

HACEDOR DE SENTIDO
josé luis de leonardo ferrer
VIRTUAL
EDICIONES

Lorién es un joven que vive en el total sin-sentido de la vida en una pequeña y aislada localidad de España. Durante su primer año de universidad conoce a un especial profesor, quien le encomienda una misión para preservar el mas importante y mejor guardado patrimonio de la humanidad: "Las cuatro Disciplinas de acceso a Lo Profundo".

A partir de ese momento comienza su enfrentamiento a los dueños del mundo, quienes quieren apropiarse de las Disciplinas para seguir controlando nuestras conciencias y evitar que el ser humano, como especie, pueda dar el salto cualitativo que necesita para resolver esta crisis de la civilización.

HACEDOR DE SENTIDO

Contacto con el autor: www.hacedordesentido.net / hacedordesentido@gmail.com

ePub I.S.B.N.: 978-956-7483-67-9

Ilustración Portada: Morgana Miranda
Producción gráfica: Virtual ediciones

Santiago de Chile; Septiembre de 2017



Basta con que una generación despierte
para que haya despertado el Universo.

SILO

Para Silo, el mayor de los poetas. Todo en este libro es de él.

Para los jóvenes, constructores del nuevo Mito Mundial. Este es su tiempo.

Para los Mensajeros de la nueva vida.

A mi Propósito por traerme hasta aquí.

A mis padres, yo soy su continuidad en el tiempo.

Capítulo 1: Teruel

No imagines que estás solo en tu pueblo, en tu ciudad,
en la tierra y en los infinitos mundos…

En el primer día de universidad. En ese otoño deprimente y colorido. Lorién caminaba desganado por el campus, con sueño y con sed, producto de la jarana de la noche anterior, la boca como un trapo y la cabeza como un tambor.

No podía imaginar, desde ese oscuro estado en el que se encontraba, que ese día iba a comenzar una profunda y total transformación de su vida, que daría sentido a su existencia y provocaría una poderosa reacción en cadena que afectaría a toda la humanidad.

Tras una seguidilla de clases cuál de todas más aburridas y tediosas llegó a la última clase del día arrastrando el cuerpo, era un optativo, Antropología Cultural.

Había solo seis personas, a cuatro los había visto antes, aunque nunca había hablado con ellos a los otros no los conocía. Claro. ¿Quién se iba inscribir en esta gilipollez?

El profe entró justo detrás de él, un tipo de unos sesenta y cinco años, alto, con gafas, con el pelo negro y con algunas canas. Sorprendentemente, para la edad que parecía tener se movía con una agilidad extraña, con un dominio inusual de su cuerpo y con

una extraña mirada que te hacía sentir que te conocía. Su sonrisa contagiosa lo confirmaba. Los encontró a todos con la misma desgana, echados arriba de las mesas y sillas, cada uno metido en su móvil, todos aislados.
Saludó y se presentó muy sucintamente.
—Soy Federico Arcos y vamos a estar juntos todo el año con este interesante tema. ¿Lo escogieron por lo apasionante, verdad? —dijo con un ligero acento sudamericano mientras se reía con una contagiosa risa.
Por un lado, se sintió predispuesto a reír con él, le gustaba su desenvoltura, esa de la que el carecía y solo salía a flote con unos tragos en el cuerpo. Eso mismo le molestó y decidió que le caía mal. Sin decir nada más se fue a la pizarra y escribió: Conciencia-Mundo.
—Conciencia y Mundo es una sola estructura, —dijo con su expresión cómplice y divertida.
Eso fue un aguijonazo para Lorién, un despertón, inmediatamente levantó la mirada del teléfono y cambió la postura, de estar tirado en el asiento pasó a estar en una postura erguida y atenta.
—Veamos qué es conciencia para ustedes y qué es mundo.
Nadie dijo nada, los demás seguían igual de tirados y aburridos escribiendo mensajes en el móvil. Solo Lorién había agudizado los oídos y el profesor lo notó.
—¡Eso quería! Una clase protagónica y participativa —se rió él, inmune al desaliento—. ¿Pero antes, qué les parece si nos presentamos?
—No, qué lata, qué aburrido, avance y déjenos tranquilos… —se escucharon las expresiones de molestia y de queja de todos los presentes.
—Bien, nos vamos a presentar de la siguiente forma. Primero, mi nombre, en segundo lugar, por qué escogí este optativo, y, en tercer lugar, van a decir, al menos, tres virtudes propias. ¿Quién parte? Vamos a partir con este voluntario, —dijo indicando a uno de los asistentes, que puso mala cara.
—Mi nombre es Kiko y estoy aquí porque me equivoqué y virtudes no tengo, —comentó con desplante un flaco alto, desgarbado, con el pelo ondulado, castaño y con cara sonriente sin levantar la cabeza

del móvil.
—¡Bien, ese es el espíritu! Perfecto, ya que él es un tanto tímido le vamos a ayudar, quiero que cada uno afine su intuición y lo conozca o no, le digan una virtud, parto yo —dijo. — Directo y claro, creativo. Ahora ustedes —insistió él.
A Lorién le estaba empezando a divertir, su tono desenfadado, grandilocuente e histriónico, sobre todo por el contraste con los estudiantes, todos desmotivados, aburridos y perdidos en sus teléfonos. Mientas los otros tres compañeros protestaban y se quejaban, él observó a Kiko y le llamó la atención, porque sin conocerlo también le dio la impresión, sin saber por qué, de que era creativo, además de inteligente pese a su actitud. Así que dijo:
—Inteligente y valiente.
Kiko se le quedó mirando con los ojos a cuadros y los otros igualmente sorprendidos, con cara de ¿qué le pasó a éste que le está siguiendo el juego al tonto del profe?
Al dar el primer pie Lorién facilitó que una de las chicas se animara a decir:
—Yo lo encuentro ingenioso.
Los otros dos dijeron que no sabían.
El profe miró a Lorién, guiñándole un ojo y dijo:
—Bien, vamos con el segundo voluntario.
Me sonreí ante su divertida ironía, aunque a los demás no les hacía ninguna gracia, exceptuando a Kiko que ya estaba un poco más metido en el juego y que estaba un poco asombrado de que hubiéramos acertado con sus virtudes.
—Mi nombre es Lorién.
Miró alrededor a ver si se reía alguien por su nombre raro. El profe primero se puso serio y después sonrió con una enorme sonrisa, que lo mosqueó un poco.
—Lorién, un nombre con raíces, con sonoridad, un nombre especial, habla de delicadeza y fortaleza a la vez.
Esto le gustó a Lorién, aunque se ruborizó ligeramente, pero siguió con su aparente tono de desidia.
—Estoy aquí porque el día que me matriculé estaba borracho. ¿Virtudes? soy bueno para chupar, tengo una buena postura en la

barra y soy de los más brutos del pueblo.
Esto despertó un griterío divertido en sus compañeros.
—¡Buena colega, grande tío!
El profe se le quedó mirando con mucho, mucho afecto y dijo suavemente:
—Te olvidaste de la sensibilidad, eres un ser sensible y luminoso, eres una buena persona, eres leal y tienes muchas inquietudes internas, seguro que te gusta leer…
Lorién se puso rojo y no dijo nada, solo quería desaparecer para no pasar vergüenza delante de los compañeros. Estaba impresionado. El profe lo había calado en una mirada. Los compañeros se le quedaron mirando sin cachondeo, con cara seria y concentrada. Después volvieron la atención al profe. Ahora estaban todos atentos y se notaba, había otro tono en la clase, los teléfonos habían desaparecido por arte de magia.
—Bien, vamos contigo —dijo señalando a la chica que había hablado antes.
—Mi nombre es Maribel y la verdad no se mucho por qué estoy aquí, me gusta la geología, la arqueología y los misterios del pasado. También me gusta mucho leer —terminó ella con desplante.
—¡Eso es! ¡Maravilloso! —dijo el profe—, el que no conoce el pasado no puede sentar las raíces para construir el futuro. Es una mujer con una base sólida. ¿Veis qué seguridad, qué solidez? Una mujer audaz. Sin duda tienes el futuro abierto y lograrás todo lo que te propongas, tienes, además, mucha fuerza de voluntad.
A Maribel se le cayó la mandíbula y parpadeó rápidamente, un poco recelosa, sin saber si le estaba hablando en serio o no.
—¡Qué grandes virtudes! —acotó el profe.
—Mi nombre es Juan Pablo —dijo el compañero de aspecto recio y simpático—, tampoco sé mucho de qué trata esto, pero me suena también como conocer algo de nuestras raíces. Mi virtud es ser buen amigo y el sentido del humor.
—¡Qué bien, apareció la alegría! ¡Si no hay más que verlo!, ¿Quién no le va a creer que es alegre? Y, además, tiene aspecto de ser un tipo noble, confiable con buen carácter y generoso.

—¿Supongo que no me estarás tomando el pelo, verdad? —dijo Juan Pablo con su sonrisa franca.
—De ninguna manera —le devolvió la sonrisa el profe—. ¿O es que me equivoco en lo que digo? Vamos contigo —le dijo a una chica, delgada, bonita y de pelo castaño.
—Mi nombre es Paula, me gusta bailar y cantar, la verdad es que no sé mucho porque estoy aquí —dijo con una amplia sonrisa.
—¡Grandioso! —dijo el profe—. El canto es divino, es la forma de agradecer a los dioses por estar vivos. ¡Qué buena virtud! Y el baile, la forma de hacer el ritual de conexión con lo divino. Buenísimo. Vamos contigo —invitó a otro compañero.
Este tenía bigote y barba muy cerrados, de aspecto serio y daba la impresión de ser un poco mayor que el resto.
—Me llamo José Ignacio, tampoco sé mucho a donde va esto, pero me suena a entender lo que hay detrás de las cosas. Mis virtudes: soy reflexivo y tengo buen sentido del humor.
—Qué buenas virtudes y juntas mejor todavía —exclamó el profe—. Reflexivo y con buen humor, fantástico y es otro que tiene inquietudes profundas. Un buscador —afirmó—. Bien, nos queda nuestra última compañera.
—Mi nombre es Iovanka —expresó ésta con voz suave, la típica persona que uno siente cercana y agradable, con cabello a media melena y ojos oscuros como árabes. — Soy honesta, empática y buena amiga y estoy aquí porque algo me resonó cuando vi el nombre de la asignatura, es más una intuición que otra cosa.
—Excelente, además de ser un gran ser humano se le ve que es muy compasiva. ¿Quién no quisiera tenerla como amiga o compañera verdad, amigos?
¡En pocos minutos había cambiado radicalmente el clima de la clase! A todos les gustó. Aunque no sabían mucho de qué iba el tema, todos sentían lo mismo: que habían acertado plenamente al matricularse en esa asignatura.
—Este tema de las virtudes es de importancia vital. Desde niño nos han entrenado para ver lo negativo en nosotros y en los demás. Todo el sistema educativo se basa en la idea de que educar es corregir. No hemos sido educados en una cultura que refuerce lo

positivo. Lo positivo era lo obvio, lo que se daba por supuesto, nadie se fijaba en lo que ese niño tenía, lo que ya sabía, sino en lo que faltaba. Así que, desde pequeños, estamos más que entrenados para ver lo peor en nosotros —comentó el profe mirándolos divertido—. ¿Os acordáis cómo era cuando éramos pequeños? ¿Si Federico era tranquilo, qué le decían? Que parecía medio tonto, que se moviera un poco, que hay que ver a este niño, que está todo el día sin moverse. ¡Jajajá! —se reía y los estudiantes con él—. Mira a Antonio, él sí que se mueve y juega y hace cosas. ¡No como tú! Uno siempre estaba mal. ¿Y a Antonio, qué le decían? Hay que ver este niño, qué revoltoso, qué travieso, no para nunca, ¿por qué no te estás quieto un rato como hace Federico? ¡Juajuajuá! —Ahora todos se reían con ganas—. Uno siempre estaba mal, hiciera lo que hiciera. Estamos súper entrenados para ver nuestros defectos. Si en lugar de pediros que me contarais algunas virtudes os hubiera pedido un listado de defectos, ahí tenemos para no parar. ¿Verdad? Sin titubear hubiéramos podido hacer una lista de cien. Pero hay que ver lo mucho que nos cuesta hacer una lista de diez virtudes —recalcó un tanto serio—. ¿Os habéis fijado? Todos somos distintos, cada uno con sus virtudes, qué maravilla podernos mirar así. ¿Verdad? Decidme, ¿quién de todos vosotros es el mejor?

Se quedaron mirándose unos a otros en silencio.

—Nadie —dijo Maribel con frescura—, todos somos iguales en valor, pero distintos en lo que cada uno aporta.

—¡Excelente, Maribel! Efectivamente eso es lo grandioso de la diversidad: que todos somos extraordinarios y, además, maravillosamente distintos. Cada uno aporta algo que nadie más aporta. ¿Os imagináis lo aburrido que sería que todos fuéramos iguales? Ocho mil millones de Federicos jajajá —se rio con ganas, siendo coreado por el resto de la clase.— ¿Cómo me voy a enamorar de otro Federico? ¡Qué espanto!

Toda la clase estalló en risas.

—Cada uno de nosotros —prosiguió, después que se acallaron las risotadas, con tono reflexivo—, cada ser humano es algo enorme, un verdadero milagro. Nunca más dejéis que os hagan creer que no valéis nada, que sois un mero número. Cuando se trabaja en torno a las virtudes, a la mirada positiva, muchas veces queda la sensación

interna de irrealidad. Pareciera que cuando se habla de los aspectos negativos, mi parte rabiosa, mi angustia, mi depresión, mi apuro, etc., tuviera más realidad interna que mi capacidad de organizar, mi bondad, mi creatividad, mi inteligencia, mi generosidad, mi amabilidad, etc. Esto tiene su raíz en que los defectos tienen un asidero corporal más nítido. La rabia, la pena, la angustia, se las percibe claramente en el cuerpo y se sienten como más reales, se sienten más parte de uno, ese sí soy yo. Qué triste. ¿Verdad?, que me identifico más con mis defectos que con mis virtudes. ¿Cierto? —Los estudiantes asintieron pensativos—. En cambio, las virtudes parecen no tener asidero físico, son tan livianas como plumas. Así los problemas y defectos son más fácilmente reconocibles. El reconocimiento y expresión de las virtudes es una tarea difícil, pues hay que lidiar con esta trampa y con un fuerte condicionamiento social e histórico, que resalta los defectos y carencias del Ser Humano. ¡Qué mal nos lo han enseñado todo! —se exaltó Federico —. En general, podemos tomar dos caminos: martillar nuestras cabezas y culparnos para intentar cambiar todo lo que no nos gusta de nosotros mismos, o reforzar lo que sí tenemos. Esta es la propuesta, potenciar al máximo lo positivo que tenemos, observarnos y conocernos. Somos seres maravillosos, desde que nos levantamos hasta que nos acostamos, hacemos miles de cosas bien y por un pequeño error que cometemos en algún momento del día, nos tratamos muy mal. ¿Por qué no agradecer y valorar todas las cosas que hacemos bien? —Nos guiñó un ojo cómplice—. A ver contadme. ¿Hay alguna relación entre el reconocimiento de las propias virtudes con la autoestima?

Se quedaron en silencio mirándose unos a otros.

—¡Coño, claro! Si no me veo virtudes tampoco me quiero —saltó Juan Pablo espontáneo como siempre.

—Qué interesante lo que acabas de decir, efectivamente, si uno no reconoce en sí mismo un mínimo de virtudes, de algo que haga bien. ¿Cómo se va a querer un poco? ¿Cómo va a tener la mínima autoestima? Es decir, que puedo llevarme bien conmigo mismo o llevarme mal. Si me reconozco algunas virtudes seguramente me llevaré bien conmigo, si no, seguramente me llevaré bastante mal. Terrible. ¿No? El enemigo en casa, no tengo peor enemigo que yo

mismo. ¡Nadie me trata tan mal como yo mismo! —se quedó mirándolos con profundidad—. Esto es lo que quiero que cambiemos a partir de hoy día, que comencemos a tratarnos como el mejor amigo que las circunstancias de la vida, por algún motivo, por algún malentendido, nos alejaron de él. La única forma de reconciliarse consigo mismo es ver lo mejor que cada uno tiene.
Se quedó en silencio reflexivo mirando por la ventana hacia el río.
—Este cambio de mirada sobre nosotros mismos —continuó—, también nos lleva al cambio de mirada respecto a los demás. A ver. ¿Qué sucede cuando veo lo mejor en los otros y los demás ven lo mejor en mí?
—Pues que es muy fácil relacionarse así —dijo con su tono bajo y profundo José Ignacio.
—¡Muy bien! Efectivamente, cuando vemos lo mejor de los otros y viceversa, las relaciones se transforman en una danza. Nos podemos tropezar, podemos cometer errores, pero todo es divertido, se transforman en chascarros, en cosas graciosas con las que nos reímos junto con los otros y de las que aprendemos. Es como que fluimos fácilmente unos con otros. Por el contrario, ¿qué sucede cuando vemos lo peor de los otros y los otros lo peor de uno?
—Que la vida se transforma en un infierno, todos contra todos —expresó espontáneamente Paula.
—Así es. En esta situación ante el más mínimo roce discutimos y acabamos peleando, como bien dijiste, todos contra todos. ¿Os habéis fijado qué sucede cuando sentimos la mirada crítica de todo el mundo sobre nosotros, cuando sabemos que nos están despellejando?
—Claro, uno se pone torpe, se siente inseguro porque nadie confía en ti —respondió Iovanka con su tono calmado y mesurado.
—Sí, es como caminar por un campo minado, como andar pisando huevos. Andamos con la sensación de sentirnos acechados por todos lados y esto nos lleva a matar nuestra espontaneidad a perder nuestra autenticidad, nuestra frescura. —Se quedó en silencio mirándonos con atención—. Esto nos lleva a la hipocresía, a tratar de agradar a los otros, a tratar de ser como los otros nos piden o creemos que nos piden. Terminamos perdiendo contacto con

nuestro ser interior y nos terminamos identificando con el ser que nos piden, o creemos que nos piden los demás. Es como la muerte del espíritu, es como morir en vida, quedarse sin brillo interior, como un zombi, que camina, come, duerme, pero sin vida, sin brillo en los ojos. Triste. ¿Verdad?
—Sí, triste y sufriente —comentó serio Kiko—. Después cuesta un mundo volver a ser uno mismo.
—¿Alguien nos quiere decir qué es la oscuridad? —preguntó Federico como saltando de plano con una gran sonrisa y un tono alegre.
Se quedaron mirando los siete hasta que finalmente Lorién dijo:
—Es la ausencia de luz.
—¡Bien, muy bien! —se entusiasmó —. Entonces podemos deducir que la oscuridad no tiene existencia propia. ¿Verdad?
—Claro —comentaron varios sin saber a donde los quería llevar el profe.
—¡Pero esto es muy interesante! —se entusiasmó de nuevo Federico —, quiere decir que la oscuridad aparece cuando la luz desaparece, si la luz no desaparece la oscuridad no aparece. Bien, eso pasa con las virtudes, exactamente lo mismo, mientras uno está conectado con sus virtudes, no aparecen los defectos. Todos tenemos experiencia de haber estado en algunos momentos, lamentablemente pocos —se rió divertido el profe—, con una gran sensación de bienestar, de alegría. Acuérdense, en esos momentos los defectos no tienen cabida, no aparecen por ninguna parte, NO EXISTEN —casi gritó—. Los defectos solo aparecen cuando las virtudes no están, es decir cuando desviamos nuestra mirada de nuestras virtudes, cuando nos distraemos de ellas. Ahí recién aparecen los defectos, pero no porque estos existan, sino porque desaparecen o se ocultan nuestras virtudes. ¿Está claro? Los defectos no existen —terminó con una sonrisa de oreja a oreja.
—Pero si no existen, entonces, ¿qué pasa con las cosas que hacemos mal, en las que somos torpes? —preguntó un tanto molesto José Ignacio.
—Bien, yo digo que los defectos no existen, lo que sí existe es nuestro campo de mejora, nuestro espacio de crecimiento, de

desarrollo personal. ¿Verdad que suena bastante distinto a decir que estoy lleno de defectos como nos han hecho creer? no los quiero aburrir más con este tema. Dice un viejo dicho que quien persigue dragones, termina convirtiéndose en dragón. Si les creo a los defectos, termino solo observando los defectos en mí y en los otros. Por el contrario, si aprendo a rescatar mis virtudes aprenderé también a rescatar las virtudes de los demás. Ahora quiero que los siete conversen sobre como cambiarían las cosas si cada uno conectara con lo mejor de sí y con lo mejor de los demás.
Se quedaron todos mudos meditando en lo que les había dicho el profe. Lorién pensó que era verdaderamente revolucionario lo que él planteaba. Nunca se le había ocurrido ver las cosas así. Claro que estaba acostumbrado a ver lo peor de él y como esa mirada se le filtraba y terminaba criticando a los demás, aunque lo hacía solo dentro de sí. Era lo mismo, era estar pegado en lo peor de sí y de los otros. Así estábamos todos habitualmente. Sentía que un cabo de luz se había introducido en la oscuridad de su vida. Se veía conectando con sus virtudes y las de los otros y pudiendo construir una vida distinta, más feliz, amable y solidaria. Salió de su introversión al ver que los compañeros ya estaban conversando animadamente sobre las enormes implicancias en la vida y en la sociedad de lo que planteaba el profe.
—Fin de la clase. Nos vemos el lunes que viene a la misma hora.
Sin darse cuenta la clase se había pasado volando y eso que era la última del día. Salieron conversando animadamente los siete, dejando atrás la clase y al profe.
—Es un tipo divertido. ¿Verdad? —dijo Juan Pablo.
—Sí, todo un personaje —comentó Lorién—, realmente.
José Ignacio seguía con su mirada como extraviada.
—Y tú, ¿qué opinas? —le preguntó Paula.
—No sé, lo único que sé, es que entré en un tono interno muy potente durante la clase, es como si algo se hubiera abierto dentro de mí, algo que estaba dormido…— dijo reflexivo.
—A mí me sucedió lo mismo, ahora que lo comentas, fue muy clara la sensación —manifestó Kiko.
—Sí, a mí también y a mí… —estuvieron de acuerdo el resto de los

compañeros.
Se quedaron un momento todos en silencio parados en el patio.
—Nos vemos por ahí o en la próxima clase —dijo Maribel y mientras se alejaba resuelta.
Los demás caminaron reflexivos, en distintas direcciones.
Lorién se fue meditando respecto de lo mucho que había cambiado su estado anímico, de estar en un sinsentido total, a estar vibrando junto con sus compañeros, los cuales eran desconocidos un rato antes.
—Hay algo especial en este hombre —se dijo—, y al parecer él ve eso especial en nosotros también…
Pensó en cómo se sentía antes de entrar a clase, harto de todo, de sí mismo, de su vida, de esa ciudad pequeña y provinciana, del mundo. Nada lo entusiasmaba, todo lo sentía difícil y costoso.
—¿Qué tipo de vida era esa? —se preguntó. Había tratado de encajar una y otra vez, pero no le resultaba. Ni con las mujeres, ni con los estudios, ni con los trabajos esporádicos que tomaba en el verano. Todos parecían encajar bien menos él. Es como si los demás supieran una clave que él no conocía.
Cada cierto tiempo hacía un esfuerzo por encajar, por comportarse como se esperaba de él, por ser una persona normal. Era una vida insoportable.
—¿Cómo la gente podía vivir así?— Finalmente, siempre caía en el alcohol, las drogas, los botellones y se dedicaba a hacer todo tipo de locuras. Varias veces había estado a punto de perder la vida por las barbaridades que había hecho cuando estaba ebrio. Hace apenas un rato, le daba todo lo mismo vivir o morir, la sociedad en la que vivía lo tenía hastiado. Solo en los libros, de vez en cuando, encontraba algo interesante, gente que se hacía este tipo de preguntas, que habían encontrado algún sentido a su existencia, pero pasados esos momentos donde se disparaban algunas intuiciones dentro de él, volvía al sinsentido, al agobio de vivir, a los botellones. Durante el verano había estado de pueblo en pueblo, de fiesta en fiesta, sin volver por casa, tirado por cualquier lado en una borrachera eterna que duró casi tres meses, durante los cuales cada vez se había encontrado en situaciones más oscuras. En una

despertó en una casa que no conocía, escuchaba voces fuera de la habitación, pero no tenía ni idea de quienes podrían ser, estaba totalmente desorientado. Todavía en medio de los efluvios del alcohol, cada vez que escuchaba a alguien pasar por la puerta, se apretaba y se encogía dentro de la cama. Hasta que entró una muchacha a la que tampoco conocía, aunque al parecer ella a él sí y por el trato dedujo que algo había pasado entre ellos. Se duchó y se escabulló de la casa lo más rápido que pudo, con la ropa echa un asco. Al salir a la calle y comenzar a caminar reconoció el lugar. Era un pueblo al que habían llegado la noche anterior a las fiestas. Ya iban pasados de copas y desde que entraron al pueblo se habían puesto a hacer barbaridades en los bares y en la calle, molestando a la gente. Varias veces habían estado a punto de partirles la cara, pero él tenía la habilidad de terminar haciéndose amigo hasta de los tipos que le querían golpear. Con unas copas en el cuerpo se volvía dicharachero y entretenido, se movía con una soltura total. Era como que aparecía otra personalidad.
Otra noche iban en una moto y él iba atrás tan borracho que se había ido hacia un costado arrastrando al piloto y terminando los dos con la moto en una acequia, donde perdió el móvil, que fue lo único que le molestó. De no haber caído al agua se podían haber matado.
En otra ocasión, después de andar dando tumbos, borracho como una cesta por la ciudad, había querido experimentar lo que se sentía al colgarse del viaducto, un puente de unos cuarenta metros de altura. Estaba pasando al otro lado de la baranda para sujetarse con las manos y quedar colgando en el vacío, cuando dos conocidos que lo vieron corrieron y lo agarraron para que no lo hiciera. Se fue molesto porque no se lo permitieron. Un rato después vio una grúa del tipo pluma, cuyo brazo horizontal estaba a unos treinta metros de altura en una obra. Subió por la grúa hasta arriba y cuando llegó al brazo horizontal, se colgó como un mono, recorriéndolo con el cuerpo colgando en el vacío. En un momento dado, cuando ya estaba llegando de vuelta para bajar, se le había soltado un brazo y de milagro no se había matado. Se le pasó la borrachera de golpe y quedó empapado de un sudor frío y angustiado. Cuando se le soltaba la mano que tenía agarrada y estaba a punto de caerse,

sintió como que alguien a su lado lo sostenía y le permitía llegar a agarrarse con la mano que se le había soltado. Claro, seguro había sido una alucinación producto de las copas, ya que estaba solo. Pero le dio que pensar.
En otra ocasión, yendo a las fiestas de otro pueblo, se habían empotrado, con el vehículo en el que andaban, con una casa al salirse de la carretera. El amigo que conducía había salido despedido por el parabrisas y estaba con la cabeza bajo el escombro de la casa, inconsciente. Él había tenido más suerte, había salido despedido por la puerta y solo tenía unas magulladuras en el cuerpo.
En el último accidente de automóvil que había tenido, casi estuvo a punto de perder el brazo al volcar el coche. Él llevaba el brazo con la ventanilla bajada, apoyado en el marco de la ventana. El coche, al volcar, se lo aplastó y le rompió el hueso por tres partes y al parecer la chapa, o algún hierro del coche, le había desgarrado el brazo. Pusieron unos ochenta puntos por dentro y por fuera, le colocaron tres varillas de titanio para permitir que las fracturas cerraran. En la cabeza tenía alrededor de cuarenta puntos, la tenía abierta desde la frente casi hasta la coronilla, la oreja también en dos pedazos.
A pesar de estas y de muchas otras historias de accidentes, roturas de brazos y piernas, nada había cambiado en él. Seguía con el mismo tedio hacia la vida, con una sensación de estafa existencial. Como si a él no le hubieran entregado algo que a los otros sí.
Caminó reflexivo durante un buen rato. Cuando iba por la calle del Óvalo, escuchó una voz que le hablaba.
—Hombre, Lorién, ¿cómo te va?
Se giró, era el profe Federico.
—Bien, bien —dijo él—, la verdad es que me ha llamado la atención su clase y estaba todavía masticando lo que me había pasado en ella.
—¡Qué interesante! No hay nada como que la gente reflexione, se haga preguntas, no podría pedir nada mejor. Me acabas de alegrar la noche, Lorién. ¡Jajajá! ¿Ves que tenía razón sobre tus inquietudes internas? —rió de nuevo—¿Quieres compartir conmigo algunas de

tus reflexiones?
—Pensaba que la vida como se vive habitualmente no tiene mucho sentido, esto de dormir, comer, estudiar o trabajar y morir, que quizás sea posible estar de otra forma en el mundo, eso de las virtudes me hace sentir de otra forma, mirarme de otra forma y mirar a los demás de manera distinta. Sentir que mis acciones pueden tener un sentido más trascendente… En fin, no quiero aburrirlo con estas cosas.
—¿Cómo me vas a aburrir con ellas? No encuentro tema de conversación más interesante que el que estás comentando. Esas mismas preguntas e inquietudes son las que me mueven a mí, así que me siento hermanado contigo. No es que las cosas que comentas estén mal, eso de comer, dormir, trabajar etc. Solo que como vida humana es un poco pobre, es como si estuviéramos llamados a tener un destino superior y estuviéramos adormecidos. En algunos instantes esas inquietudes nos despiertan y nos permiten vernos y ver el mundo de una forma nueva, lo cual es muy interesante. ¿Verdad? ¡Jajajá!
A Lorién le llamaba la atención su buen humor, su risa fácil, su tono liviano a pesar de estar hablando de cosas muy profundas.
—Bueno, no quiero seguir interrumpiendo tus reflexiones. Adiós. —Y se fue con su paso elástico y alegre, mientras él se quedaba mirándolo absorto, sintiendo que una puerta se estaba abriendo dentro de sí, una esperanza que le abría el futuro, una nueva forma de ver el mundo, la vida, a sí mismo…
Pasó la semana y, a pesar de tratar de mantener ese tono interesante de los primeros días y de ver sus virtudes y las de las personas que lo rodeaban, de todas formas, le volvió el hastío, el aburrimiento y el sin-sentido. Así llegó el lunes con la desgana habitual. Finalmente, se hizo la hora de la clase de Antropología Cultural y allí se encontró con los otros seis compañeros. Al segundo de estar sentados entró el profe. Con un buenas tardes, queridos compañeros de viaje.
—Es simpático verdad esto de ser compañeros de viajes, de reflexiones, de aventuras internas y externas —se rió él—. Bien, ¿alguien quiere comentar cómo ha estado su semana?
—La mía estuvo muy interesante—dijo Paula—. Estoy en un grupo

de baile y canto y estamos preparando una obra para un concurso en dos meses más. Además, les comenté a mis compañeros lo de las virtudes y se generó una cosa entretenida en los ensayos, me agradecieron por el aporte.
—Y a ti José Ignacio, ¿cómo te ha ido?
—Bueno, ha sido una semana un poco rara a raíz de la clase pasada, me he estado haciendo algunas preguntas respecto de la vida que llevo y del sentido…
—Jajajá! —rió el profe—, parece que no eres el único, Lorién, ¿qué te parece? Jajajá!
Lorién sonrió con un poco de rubor.
—Sí, también yo me he estado haciendo preguntas de ese tipo, pero me duró poco y volví a mi tono habitual aburrido y sin brillo…
—¡Joder! —saltó Juan Pablo—. Pues yo también me he estado haciendo algunas preguntas de esas. ¡Jajajá! ¡Qué divertido! ¿No?
—¿Y tú, Maribel?
—Yo he estado resolviendo algunos problemas en mi casa, no ha sido una muy buena semana.
—¡Pero mirar lo que comenta Maribel! —exclamó el profe—. Son los problemas, las dificultades, las resistencias las que nos fortalecen. Además, fijaros que buen ejemplo nos da. Nos dice que ha estado re-sol-vien-do problemas, no que ha estado aproblemada, no que ha estado preocupada, se ha ocupado y por lo tanto los problemas ya se están resolviendo, ¿verdad? O mejor dicho estás aportando para que se resuelvan.
—Así es—dijo Maribel un tanto confundida, pero agradada por el cambio de perspectiva.
—Interesante, ¿verdad? Apareció la intencionalidad humana, ¿No es maravilloso?
Todos se quedaron en silencio sin saber qué decir.
—Cada uno de vosotros es algo extraordinario, un verdadero prodigio. Lleváis dentro lo sagrado, lo divino, no sois un mero número estadístico, no sois un número de identidad, no sois un número de consumidor. Sois algo grandioso cada uno y quiero que os vayáis dando cuenta de esto. —Mientras decía esto sus ojos brillaban de una forma increíble e hipnótica, los tenía a todos

enganchados y pegados a sus ojos y palabras, su tono de voz se hizo profundo y bajo—. Quiero que cada uno de vosotros vaya erradicando esa mirada de ser una hormiguita y se empiece a dar cuenta de la enormidad de lo que es y de lo que puede llegar a ser, del fuego sagrado que lleva dentro de sí. Y si comienza a compartir ese fuego con otros, y se va despertando mientras despierta a otros de este letargo, ya no habrá quien los pueda detener… —Dejó esas frases en el aire vibrando, mientras cada uno de los asistentes vibraba internamente—. ¡Nos han engañado!, ¡nos han estafado! ¡Nos han contado todo al revés!, ¡nos han hecho creer que no somos nada! Esto no ha sido casual. Hay intenciones detrás para controlar, manipular, mantener al Ser Humano, así con mayúsculas, dormido, creyendo que no puede hacer nada interesante con su vida…

Estaban todos anonadados, completamente pegados al profe, escuchándolo con todo su ser, nunca antes habían oído algo semejante, sentían cómo su cuerpo se energizaba y sentían algo grande y potente que se abría paso a través de ellos. Sentían como sus mentes se abrían y aparecían implicaciones que antes no se les había ocurrido. Era como si tomaran contacto con una parte de ellos que no sabían que estaba y ésta se iba desplegando desde adentro hacia afuera. Era como un parto interno.

> *—Si acaso te imaginas como un bólido fugaz que ha perdido su brillo al tocar esta tierra, aceptarás al dolor y al sufrimiento como la naturaleza misma de las cosas. Pero si crees que has sido arrojado al mundo para cumplir con la misión de humanizarlo, agradecerás a los que te precedieron y construyeron trabajosamente tu peldaño, para continuar en el ascenso.*
>
> *Nombrador de mil nombres, hacedor de sentido, transformador del mundo… tus padres y los padres de tus padres, se continúan en ti. No eres un bólido que cae, sino una brillante saeta que vuela hacia los cielos. Eres el sentido del mundo y cuando aclaras tu sentido, iluminas la tierra. Cuando pierdes tu sentido, la tierra se oscurece y el abismo se abre.*
>
> *¡Ama la realidad que construyes y ni aún la muerte, detendrá tu vuelo!*

Se produjo un silencio épico, no hacía quince minutos que habían entrado a clase y ya había cambiado radicalmente su visión de la realidad, la percepción sobre ellos mismos, sobre los demás, sobre el mundo y sobre la vida. Estaban perplejos por un lado y por otro fueron conectando con una Fuerza Interior que los hacía sentir capaces de cualquier cosa, no había ni rastro del pobrecito ser humano, que había entrado en clases apenas unos minutos atrás.
Los ojos del profe brillaban como luciérnagas, al igual que los de los estudiantes. Era como que estaban todos más grandes, más crecidos, hasta más altos, sus rostros estaban brillantes y hermosos, estaban todos transfigurados. Para Lorién fue el momento más mágico y poderoso de su vida y seguramente para los otros también.
El silencio habrá durado unos pocos segundos, pero fueron eternos, unos instantes que todos compartieron en una especial sintonía.
Poco a poco el momento pasó y se miraron entre sí sin poder creer lo que habían vivido.
—¡Qué fuerte tío! —exclamó Juan Pablo—. ¡No me había sentido así en mi vida! —poniéndole palabras a lo que todos sentían.
El profe se les quedó mirando con una sonrisa reflexiva.
—Ahora ya saben lo que son y el tremendo poder interior que tienen —dijo con una voz profunda, como más allá de él—. Bienvenidos a la vida con sentido y plenitud. El tema es… ¿qué hacemos con esto? Tenemos media hora para que conversen sobre el tema.
—Profe, pero ¿a qué se refiere con qué hacemos con esto? —preguntó Iovanka.
—No sé a qué me refiero, ¡Jajajá! Vosotros veréis si algo os resuena y qué os parece que se puede hacer con eso…
Después de una intensa conversación entre los siete, decidieron invitar amigos para compartir y llevar esta experiencia a otros y emprender acciones con sentido en el mundo. Acordaron darse esa semana para invitarlos para el sábado en la casa de José Ignacio, que vivía en una casona grande. Estaban todos eufóricos, con cientos de ideas en la cabeza, pero decidieron dejarlo todo para el sábado, a ver que salía del intercambio entre todos los que llegaran. Crearon un grupo en whatsapp para estar todos comunicados.

Finalmente le dijeron al profe que les gustaría que asistiera.
—Bien dijo el profe, si eso es lo que queréis, estaré con mucho gusto el sábado en la casa de José Ignacio a las 10 de la mañana, ¡Jajajá! ¿Estáis seguros? Ahora estáis muy entusiasmados, pero acordaros del viernes por la noche…
Dijeron que sí, que era importante contar con la gente capaz de priorizar y salir de la mecanicidad.
—Bien amigos, se nos fue la clase. Nos vemos el sábado que viene.
Salieron de la clase conversando animadamente, con mucho entusiasmo. Sin saber por qué, al salir les dio por despedirse de un abrazo, era como un sello de compromiso entre ellos, como un propósito compartido.
Los días pasaron rápidamente. Ahora todo tenía un sentido, conversar con otros, invitarlos. El mundo se veía de otra forma, había algo más interesante que hacer con la propia vida y descubrieron otra forma de estar en el mundo, conectada, potente, intensa…
El sábado a las 10 fueron llegando todos. En total veintiuna personas más el profe, que comentó:
—Qué poder de convocatoria tienen.
Se respiraba una atmósfera fresca, entusiasta y con mucha chispa. Después de cinco minutos de intercambiar naderías, Iovanka tomó la palabra, dio la bienvenida y propuso que se presentarán todos. Primero con el nombre, en segundo lugar, por qué había aceptado la invitación y en tercer lugar dos virtudes propias por lo menos. Partieron ellos, el grupo convocante, incluido el profe, que dijo que estaba aquí porque lo habían invitado, como si él no tuviera nada que ver con el asunto…
La mayoría manifestó que estaban por curiosidad, que les había llamado la atención el cambio operado en sus amigos, que estaban distintos y querían saber qué les había pasado, por qué estaban cambiados; tenían otro tono y la invitación había sido un tanto intrigante, a cambiar la propia vida, a darle sentido. Nadie quería perderse esto.
El ambiente desde el principio fue muy bueno. Desde las motivaciones para asistir, hasta el tema de las virtudes, que puso un

tono muy emotivo, cercano e inclusivo que abrochó de forma magistral José Ignacio con su rigor habitual. La acogida estuvo a cargo de Paula y Lorién con su cercanía y calidez y Juan Pablo y Maribel como maestros de ceremonias, con su simpatía y chispa habitual, marcando los tiempos. Fue divertido porque sin planificarlo, cada uno tomo un rol y funcionaron como si fueran un equipo largamente aceitado.

Terminó Kiko leyendo las frases que les había transmitido el profe y que les habían hecho vibrar a todos Nombrador de mil nombres, hacedor de sentido…. Lo hizo con un tono muy conectado, desde adentro, que los dejó a todos pasmados y que los volvió a meter en ese tono épico y trascendente que habían vivido el lunes en clase con el profe. Se volvió a producir el silencio perplejo y en sintonía al final de la exposición de Kiko, donde todos sabían lo que sentían los demás, sin necesidad de palabras. Todos se sentían vibrando a un nivel muy alto. Fue tremendo. Pasado ese instante varios amigos se emocionaron hasta las lágrimas. El ambiente que se había generado fue enorme, altísimo, multiplicado por cada uno de los asistentes.

Después de un rato fuerte y emotivo, Iovanka tiró la pregunta:

—¿Qué hacemos con esto?

Se produjo una lluvia de ideas y rápidamente acordaron que se iban a juntar en cuatro grupos para que cada equipo hiciera sus propuestas. Después de una hora, Juan Pablo les dijo que ya era tiempo.

—Bien, tenemos unos papeles *kraft*. Le vamos a dar uno a cada grupo para que anote sus propuestas y después nos las explicarán aquí adelante.

Después de que cada grupo hubo expuesto sus propuestas, se llegó a la siguiente síntesis:

- Pedirle al profe Federico que nos oriente en esta dirección del sentido y despertar. Que nos siga nutriendo con información materiales y técnicas.
- Desarrollar actividades, campañas y proyectos que tengan que ver con superar el dolor y el sufrimiento en nuestra ciudad.
- Invitar a otros a esas actividades y a las reuniones

organizativas.

Finalmente acordaron incluir a todos en el grupo de *whatsapp* al que bautizaron como *Hacedor de Sentido*. Además, difundir toda la experiencia que habían vivido por las redes sociales para que llegara a todos sus contactos e invitarlos a participar en los proyectos y actividades.

—Estas actividades y proyectos tienen que tener una característica: que no sean paternalistas y que pongan a las personas que se van a beneficiar de ellas, como protagonistas y no como pobrecitos que hay que ayudar. Facilitando que se hagan cargo, organizándose con otros para resolver sus propios problemas. — terminó Lorién.

Terminada la síntesis, le pidieron al profe Federico que los orientara en este proceso.

—¡Con mucho gusto! —respondió—. Nada me agradará más, aunque la verdad es que sin orientación habéis hecho muchísimo. Me pongo en disposición de aportar en todo lo que os parezca. Para ponerle ruedas a estas propuestas que tenemos, propongo que, para la próxima reunión, nos dediquemos a definir las actividades, campañas y proyectos a llevar a cabo. Propongo también que siempre en nuestras reuniones tengamos, además, una parte de trabajo interno para potenciar y fortalecer nuestra Fuerza, nuestro fuego interior. En esta dirección os quiero enseñar una técnica muy sencilla para conectar con la fuerza interior y hacerla crecer. Os invito a cerrar los ojos y a seguir las indicaciones que os voy a ir guiando. Es una experiencia para tomar contacto con la Fuerza Interior.

Comenzó a guiar la experiencia:

Relaja plenamente tu cuerpo y aquieta la mente...

Entonces, imagina una esfera transparente y luminosa que, bajando hasta ti, termina por alojarse en tu corazón...

Reconocerás que la esfera comienza a transformarse en una sensación expansiva dentro de tu pecho...

La sensación de la esfera se expande desde tu corazón hacia afuera del cuerpo, al tiempo que amplías tu respiración...

En tus manos y el resto del cuerpo tendrás nuevas sensaciones...

Percibirás ondulaciones progresivas y brotarán emociones y recuerdos positivos...
Deja que se produzca el pasaje de la Fuerza libremente. Esa Fuerza que da energía a tu cuerpo y mente...
Deja que la Fuerza se manifieste en ti...
Trata de ver su luz adentro de tus ojos y no impidas que ella obre por sí sola...
Siente la Fuerza y su luminosidad interna...
Déjala que se manifieste libremente...
Dejó transcurrir unos instantes en silencio.
Con esta Fuerza que hemos recibido, concentremos la mente en el cumplimiento de aquello que necesitamos realmente...

Al terminar la experiencia con la Fuerza, permanecieron un largo rato en silencio, sobrecogidos por la experiencia, en un elevado estado de conciencia, sintiendo como la fuerza circulaba con una enorme intensidad por su interior y entre ellos, algunos muy conmovidos y disfrutando de esa enorme luminosidad interior que los había invadido. Un inmenso agradecimiento los invadió a todos en medio de esa atmósfera, donde los cuerpos se habían difuminado para dejar paso a esa Fuerza interior que todos habían descubierto dentro de sí.

Poco a poco fueron abriendo los ojos y volviendo de la poderosa experiencia, reenfocando la vista para volver a la realidad. Se miraban entre ellos sin hablar y era como estar compartiendo algo con mucha claridad con los otros, sin necesidad de palabras…Era como tener dentro un ciclotrón de energía poderosísimo, que hizo que su interior se expandiera de forma infinita en una explosión de luz, vida y amor. Era tan poderosa, fuerte y conmovedora la experiencia que los dejó a todos sin palabras.

—¿Cómo es posible que dentro de nosotros haya esa enorme Fuerza, ese poderoso fuego interior, ese fuego de los Dioses, sin que nos diéramos cuenta? ¿Cómo es posible que, con todo este poder interior, sintiéramos que no valemos nada, que no somos nada? —se preguntaban maravillados.

Ahora se entendía más lo que quería decir el profe Federico con esas palabras: *Eres el sentido del mundo y cuando aclaras tu sentido, iluminas la Tierra.*

Mientras se miraban los unos a los otros asombrados, el profe les regaló esta frase:

> *Así hoy vuela hacia las estrellas el héroe de esta edad. Vuela a través de regiones antes ignoradas.*
> *Vuela hacia afuera de su mundo y, sin saberlo, va impulsado hasta el interno y luminoso centro.*

Se quedaron todos meditando en esas palabras tan poderosas, inspiradoras, sugerentes y certeras, respecto de lo que estaban sintiendo, comprendiendo y reinterpretando de sí mismos.

—¿Hay alguien que todavía sienta que no vale nada, que es una pobre hormiguita? —preguntó el profe.

Y de repente todos estallaron en risas, rieron y rieron, hasta que se les saltaron las lágrimas, se acercaban a los compañeros y se daban golpecitos en la espalda, se miraban, se apuntaban con los dedos y se doblaban de risa, no podían parar. Esta catarsis de risa, duró unos cinco minutos. Con su risa tenían la sensación de que estaban purificando y borrando todas las tristezas, todos los dolores, todos los sufrimientos y pesares, todas las angustias y desazones, para sentirse limpios internamente, colmados de luz y de bienestar. Los ojos de todos expresaban esa nueva sabiduría, proveniente del nuevo estado de conciencia al que habían accedido…

—Esta es una pequeña parte de nuestro legado —prosiguió Federico —, el legado de toda la humanidad, es la sabiduría que La Escuela ha preservado a lo largo de la historia y que una y otra vez resurge transmitiendo los procedimientos para conectar con Lo Profundo, con el fuego sagrado que se grafica en el mito de Prometeo, el que nos pone en contacto con nuestro dios Interior. El ser humano no es una cosa, no es un animal, es algo más —prosiguió—, como un dios encadenado que tiene que liberarse—haciendo el gesto de las muñecas atadas y luego separándolas—, tiene que desencadenarse, pero para eso, debe tener otra actitud. Para liberarse necesita otra mirada. No es una imagen que se pueda trabajar con ejercicios o prácticas, es algo que uno siente y ese registro se produce por meternos en otra mirada—haciendo un gesto con la mano bajando desde los ojos hacia el corazón como una ola—. Una mirada hacia el otro en la cual el otro es algo más que quiere liberarse. Este sistema deshumanizado no tiene esta mirada, para el sistema el ser

humano es solo su trabajo, su situación económica, una hormiga, paciente, consumidor y ahora finalmente es algo que sobra. Pero el ser humano es algo más, no es su dolor de muelas, ni su hambre, es algo más que sus problemas y cuando nos metemos en esa mirada un poco especial, todo cambia. Uno mismo se siente como algo más. Hay que hablar con la gente de sus cosas profundas, de las cosas importantes de su vida, sin ningún miedo, con convicción, con mucha fuerza y habrá gente que quedará shockeada. Mejor eso a que no les pase nada. Hay que buscar ese registro, hay que buscar esa mirada hacia el otro y allí pasarán cosas interesantes, al compartir estos temas con toda la fuerza. A este sistema, no le interesa que la gente crezca, despierte, se sienta algo enorme, grande y maravilloso, porque pierde control y manejo. La gente conectada con su fuego interior no es controlable, no es predecible. Se les escapa de las manos, porque al ser un fenómeno que no controlan ni entienden, les asusta y por lo tanto tratan de evitar que estas cosas se difundan y se multipliquen, es una larga lucha a lo largo de la historia humana. Cambian las personas, pero los emplazamientos permanecen. Por un lado, La Escuela que aflora en los momentos más críticos de la historia y por otro, el sistema, los que tratan de controlar, de manejar las cosas, de cosificar a la humanidad para sus propios fines. Es el sí y el no, es la libertad y la imposición. Evidentemente, el sí y el no están también dentro de cada uno de nosotros, somos parte de este sistema, pero al tomar contacto con nuestro Dios interior, se produce un Despertar, es como sacar la cabeza del agua, levantarla y pasear la mirada por el horizonte. En esos momentos aparece la posibilidad de elegir, de ejercer nuestra libertad. Mientras no salgamos de la caverna, no vamos a ver del mundo y de la realidad más que sombras, reflejos de reflejos y en esto nos convertimos, en espectros, en seres que caminan, que comen que se reproducen, que trabajan, pero que no tienen vida propia, que no tienen un Propósito propio, que sus acciones no tienen un sentido, un significado, una dirección, una trascendencia…

Aquí se quedó callado unos instantes. Estaba serio, su expresión se había ensombrecido como viendo algo que solo él veía. Sacudió la cabeza como alejando algunos pensamientos poco gratos y sonrió

exorcizando esos temores.
—Pero hoy estamos celebrando nuestro Despertar y nuestro Propósito de ayudar a despertar a otros, de tener vida propia y no de preocuparnos ahora por estos siniestros personajes del sistema. Yo ahora me retiro. Lorién tiene mi número telefónico por si alguien necesita intercambiar algo conmigo. Nos vemos prontamente.
Lorién se dirigió a él y le dio un apretado y sentido abrazo mientras le susurraba gracias al oído. Él lo miró con su sonrisa resplandeciente diciendo:
—Gracias a ti, Lorién, y a todos estos maravillosos amigos, que renuevan y fortalecen nuestra dirección de vida.
Los demás amigos se fueron despidiendo del profe con un abrazo. Una vez que se fue, todos se quedaron conversando sobre lo extraordinario de lo que habían vivido, de lo increíble que era el contraste con la vida de cada uno solo hace un rato y la que sentían palpitando dentro de sí en esos momentos. Era como que todos se habían hecho conscientes de la vida que hay dentro de ellos y en el mundo, del milagro que cada uno es y del milagro que los rodea y del que son parte. Era como que veían el mundo por primera vez, todo tenía otro brillo, otra profundidad; el mundo chato, gris y plano había desaparecido. No podían creer como habían estado tan ciegos y por tanto tiempo…
El domingo fue un día distinto para Lorién, esa noche se durmió temprano, pero tuvo unos sueños muy vívidos. En uno de ellos tuvo una experiencia con la Fuerza, enorme, tanto que se despertó completamente electrificado, sintiendo esa enorme cantidad de energía alrededor y dentro de él. Se puso a pensar en el destino de la especie humana. Veía que el ser humano llevaba dentro de sí el germen para desarrollarse evolutivamente, para convertirse en un verdadero Ser Humano. Que todos lo llevamos dentro, pero que muy pocos son capaces de hacerse conscientes de ello. Agradeció profundamente la enorme fortuna que le había deparado la suerte de poder despertar a ese Destino Mayor, a esa posibilidad mayor de desarrollo.
Después de un buen rato meditando sobre estos temas, finalmente se durmió y despertó a media mañana. Se despertó luminoso,

sintiendo como que estaba más grande, como que se sentía más amplio, distendido y feliz. Cayó en cuenta que esto tenía que ver con las experiencias con la Fuerza, que de alguna forma le hacían conectar e identificarse con la energía y como ésta se ampliaba. Era como que su cuerpo se había difuminado un poco, para pasar a estar en segundo plano y esa sensación de la energía estuviera en primer plano.

Desayunó reflexionando sobre estas cosas y le dieron ganas de dar un paseo por el campo. Así que se fue a caminar en dirección a unos bosques de pinos que había a unos diez kilómetros de distancia. Caminó calmado, sin prisas, disfrutando de todo a su alrededor, del fresco del día, del sol que lo iluminaba y le daba su calidez, de los pájaros, de las montañas que lo rodeaban, de la belleza y de la vida en su totalidad. Poco a poco, se fue alejando de la ciudad para internarse en unas sendas en el campo, ya en completa soledad. En un momento dado se detuvo y cerró los ojos en medio de ese silencio que lo conectaba con todo. Sintió como su Ser se expandía y se fundía con todo lo que le rodeaba, que tenía que ver con todo lo existente, que todo estaba bien. Tuvo una tremenda conmoción interna al comprender esto, que todo estaba bien. No supo cuánto tiempo estuvo así, cuando volvió a la realidad se dio cuenta que tenía sus ojos arrasados de lágrimas, que le habían corrido silenciosas por las mejillas y sentía un agradecimiento y una emoción tan grande en su interior que por momentos creía iba a explotar.

Llegó al bosque de pinos y caminó y caminó sin rumbo entre ellos, viendo como cada uno aportaba a la preservación del bosque en su totalidad, en una rara, pero perfecta sinergia. Cada árbol era importante, cada uno entregaba al conjunto algo distinto, los sentía vivos, así como a los animales que vivían en su interior.

—Qué perfección, qué maravilla —se admiraba.

Así estuvo disfrutando del bosque, de las montañas, del día, de los animales y de sí mismo, como nunca había disfrutado, en total plenitud. Al atardecer, comenzó su regreso, lentamente, todavía disfrutando, aunque ya había perdido parte de la enorme inspiración que le había sobrevenido en la mañana.

Cuando llegó a las afueras de Teruel, ya era de noche. Pensó en irse

directamente a su casa, pero de pronto, a pesar de estar muy cansado por la enorme caminata del día, sintió la necesidad de dar un pequeño paseo por el óvalo, quizás porque días atrás se había encontrado con el profe allí. Se empezó a acordar de todo lo vivido desde que él había aparecido en su vida, así se encontró en el óvalo. Era noche cerrada y hacía mucho frío, pero se sentó en un banco a contemplar la ribera del río que se adivinaba entre las penumbras. Después de unos cinco minutos le pareció escuchar como un siseo, ptssshh, ptssshh, miró a su alrededor, pero no vio nada, de pronto asomó una sombra a través de la barbacana. Ptssshh repitió, le resulto familiar la silueta y de repente lo vio, ¡era el profe! Se acercó lentamente, dada la forma misteriosa de comportarse de él y se apoyó de forma casual en la barbacana. Una vez allí el profe le habló muy quedo.
—Qué bueno que llegaste Lorién!, ya estaba desesperando que fueras a hacerlo. No mires hacia donde estoy, sigue mirando al río y al horizonte como si estuvieras solo—le susurró desde las sombras —. Lorién, escucha con atención. Me están buscando, estoy en una situación muy peligrosa. —Le habló del sistema y de los personajes siniestros que siempre quieren parar la evolución y el desarrollo humano—. Ellos hace rato que están tras de mí. Pensé que esta vez los había despistado, pero me encontraron mucho más rápido de lo que pensaba.
Se interrumpió unos instantes y después prosiguió:
—Escucha, como te dije, La Escuela ha preservado los procedimientos para acceder a lo Sagrado y estos sicarios buscan apoderarse de ellos para controlarlos y hacerlos inaccesibles a las personas. Este tesoro de la humanidad se sintetizó hace miles de años en cuatro Disciplinas de Acceso a Lo Profundo. Para evitar que nadie se las apropie, están ocultas en distintas partes del mundo y protegidas por un iniciado cada una de ellas. En el pendrive que hay al lado de tu mano derecha, tómalo sin mirar, está la introducción y las pistas para llegar al lugar donde se oculta la primera de ellas. Dada la peligrosidad de la situación te pido que no hables con nadie de esto y que busques, preserves y ayudes a que lleguen a todo el mundo las cuatro Disciplinas. Lamento entregarte una tarea tan pesada y peligrosa, pero algo me dice que eres la

persona indicada. Te repito que tengas mucho cuidado y que no hables con nadie de esto. Si logro escapar, trataré de ayudarte en tu cometido, pero tú actúa como si yo no existiera, sigue el camino con corazón y ese camino te guiará cuando no sepas que hacer, como hiciste ahora: te trajo al lugar en que yo te esperaba. Cuando consultes el pendrive, desconecta Internet, es muy importante para que no logren tener acceso a ti y al material. Esta es una apuesta muy arriesgada. Nuestra ventaja es que nadie va a sospechar que le entregamos esta enorme responsabilidad a alguien tan joven y que apenas conocemos. Confío plenamente en ti, cuando quieras encontrarte conmigo, haz la experiencia de fuerza y en ese vacío, evócame y pregúntame lo que necesites, siempre estaré contigo. Te deseo paz en el corazón y luz en el entendimiento…
Al llegar aquí a Lorién le caían las lágrimas a raudales por sus mejillas, de forma silenciosa, pero no se atrevía a moverse para no delatar al profe. Después de algunos segundos no pudo evitar mirar al lugar de donde venía su voz y para su sorpresa no había nadie. Miró alrededor entre los arbustos y por la cuesta y no se veía ni rastro de él. Pensó que podía haber sido una alucinación, pero en su mano derecha sintió el pendrive, lo guardó en su bolsillo con un movimiento casual, se secó las lágrimas con dos manotazos y se dio vuelta de forma brusca. Alcanzó a vislumbrar a una persona alta, vestida de oscuro, que se perdía a la vuelta de una esquina. No sabía si tendría que ver con ellos o no, en ese momento se sentía en un estado de paranoia total, desconfiaba de todo y de todos, veía ojos y sonidos raros por todos lados. Echó a caminar en dirección a un bar que frecuentaba, porque estaba muerto de miedo. Mientras caminaba se decía que esto no podía estar pasando, que era una ilusión.
—Estoy soñando, ya despertaré y habrá pasado todo
Pero algo le decía en su interior que estaba despierto y bien despierto. Seguía caminando mientras sentía alrededor todo tipo de ruidos y miradas, se devolvió varias veces, pero no vio más que gente andando normalmente. Aun así, su corazón andaba desbocado a mil por hora, con el estómago completamente apretado, casi hasta la náusea y unas ganas inmensas de llorar. Por fin llegó al bar. Al entrar lo recibió el poderoso estruendo de la música y el calor del

ambiente. Pidió un cubata al camarero.
—¿Qué te pasa Lorién, que traes esa cara? ¿Estás enfermo? ¿Has visto un fantasma?
—¿Se me nota mucho? —preguntó.
—Bueno, la verdad es que sí, estás muy pálido y andas con los ojos nerviosos como un cervatillo acechado por lobos, estás transpirando y la noche está fría, andas mirando para todos lados como esperando que en cualquier momento algo se te eche encima… ¿Quieres que siga? ¡Jajajá!
—Tienes razón, Fernando, la verdad es que me he llevado un buen susto y todavía no me repongo, ¡Jajajá! pero al ver tu fea cara se me van aclarando las ideas —dijo Lorién con una sonrisa desganada.
—Me alegra que mi hermosa cara sirva para algo. ¡Jajajá! —contestó el camarero con buen humor, mientras le servía su bebida y se alejaba para atender a otro cliente.
—Tengo que calmarme —se dijo Lorién—, si Fernando se ha dado cuenta, cualquiera lo puede ver y más esa gente de la que me advirtió el profe.
Respiró profundo y trató de conectar con la sensación de la Fuerza expandiéndose por su cuerpo. Sintió como se ampliaba su respiración y se volvía más sosegada, poco a poco se fue relajando, con la ayuda y el calorcito del alcohol, volvió a sentir cierto dominio de sí mismo.
—Tengo que pensar con claridad, sin acelerarme. Todo esto es increíble, no me puede estar pasando a mí, que soy una persona insignificante, viviendo en esta pequeña y ridícula ciudad. Espera un momento, de nuevo te dejaste llevar por lo que el sistema dice de ti —se dijo—. A ver, vamos a recapitular todo lo que ha sucedido desde que conocí al profe. Fernando, ¿tienes una hoja de papel en blanco?
—Claro, hombre, aquí está, ya tienes mejor color, ¿son buenos mis cubatas, ehh? ¡Jajajá!
Comenzó a anotar lo más importante de lo que había dicho el profe y de lo que había sucedido desde entonces. Era impresionante, solo habían pasado dos semanas y cómo había cambiado su vida, la percepción de sí mismo y del mundo. ¡Como se había acelerado

todo! ¡Era increíble! Al evocar las palabras del profe, del milagro que somos cada uno, que somos el sentido del mundo y que cuando aclaramos nuestro sentido iluminamos el mundo, le fue invadiendo de nuevo esa sensación de fuerza interior.

—Somos como dioses encadenados que se quieren liberar —se dijo.

Volvió a conectar con el fuego interior puesto ahí por los dioses…

—Bien Lorién, bien, ya estamos un poco mejor.

Levantó la cabeza para saludar a un conocido que pasaba. Siguió recordando y anotando en el papel los eventos y situaciones más importantes y se le fue aclarando el panorama.

—Bien—se dijo—, por un lado, tenemos los grupos en marcha que iniciamos el sábado, por otro está la enorme responsabilidad que el profe depositó en mis manos, de una gran peligrosidad, por cierto, que ni siquiera sé de qué se trata lo que está en el pendrive…Vamos despejando temas. El primero, el proyecto de humanizar la ciudad, no me necesita y puede seguir sin mí. El tema central es esto que me ha endilgado Federico, ¿qué hago, tiro el pendrive a la basura? Si vienen a por mí, ¿lo entrego, lo escondo, hago mía la responsabilidad o me hago el loco como que no tengo nada que ver con esto? ¿Lo hago solo, le digo a los compañeros?

La cabeza le daba vueltas con tantas preguntas y dudas en su intento por aclararse.

—Habla de viajar, de huir, de buscar, de custodiar a espaldas de los poderosos, de ser el cuidador, el protector de algo, tan, tan importante como es el futuro de la humanidad. ¡Joder, si todavía no cumplo dieciocho años! —se le escapó en voz alta.

Fernando, el camarero, y otros que estaban en la barra se le quedaron mirando extrañados.

Se acordó de lo que le dijo el profe, del camino con el corazón. Hizo el pequeño ejercicio de la experiencia de fuerza, allí en medio del bar, del estruendo, de los borrachos, trasnochadores, parejas, conversaciones de elevado tono, ruidos de vasos… Y fue conectando poco a poco con su interioridad, con su fuerza interior, fue sintiendo como se vaciaba de contenidos, pensamientos y temores y lo iba llenando primero una paz creciente y después lo inundó la Fuerza con su poderosa y cálida luminosidad. Se quedó allí unos

minutos en medio de esa burbuja luminosa y pidió internamente que se le aclarase el camino a seguir, el camino con corazón. Una sonrisa apareció en su rostro y cuando abrió los ojos se sorprendió al ver que estaba en medio del bar, se había evadido completamente del lugar en que estaba, sumergido completamente en la experiencia de fuerza y en la meditación de la dirección que debía escoger. Ahora estaba calmado, tranquilo, volvía a sentirse fuerte y enorme, con el futuro abierto y claro.

Había tomado una decisión. Asumía como suyo el reto y la responsabilidad que implicaba, con sus peligros e incertidumbres, con sus temores y desasosiegos, pero con intensidad y pleno sentido. Algo dentro de él se sentía capaz de llevarlo adelante. Se acordó: Ama la realidad que construyes y ni aun la muerte detendrá tu vuelo.

Bien, era hora de comenzar a caminar la senda que su decisión había puesto delante de él. Lo primero ir a casa de un amigo para que le prestara un ordenador. Trató de pensar en algún conocido que no hubiera asistido el sábado, seguía en ese estado de luminosidad que le permitía mantener la fuerza y la claridad en sus imágenes y propósitos. Desde ahí rápidamente se acordó de Adolfo, un amigo que vivía muy cerca del bar en que estaba. Inmediatamente, tomó el móvil y lo llamó.

—Hola, Adolfo, soy yo el Lorién. Necesito un pequeño favor: que me prestes tu ordenador veinte minutos.

—Vale colega, vente para casa, no hay problema—le contestó con su tono alegre.

Lorién se sonrió…—Cuando uno aclara su sentido, todo se aclara, se ilumina y se da… Mira que linda frase me ha salido, si al final terminaré convirtiéndome en un filósofo. ¡Jajajá! —se rió de sí mismo.

Se levantó, pagó el cubata, del que solo había tomado un par de sorbos.

—Vaya Lorién, ahora si tienes buena cara. Siempre pensé que mis cubatas son buenos, pero nunca pensé que fueran milagrosos, ¡Jajajá! venga, ¡qué te vaya bien majo!

—Sí, realmente milagrosos que buena mano, ¡Jajajá! Adiós y gracias

por todo, Fernando. No sé si te volveré a ver a ti y a esta ciudad, que ahora me doy cuenta lo mucho que la quiero—se dijo para sí con un pequeño ataque de nostalgia.
Caminó las cuatro calles que había hasta la casa de Adolfo de forma tranquila, disfrutando de la noche, con la cara mirando las estrellas y sintiendo el frío como un manto acogedor y protector que lo mantenía a salvo, despierto y vivo. Fue rara la sensación. Nunca se imaginó sintiendo esas emociones respecto del intenso frío. ¡Debían de hacer entre ocho y diez grados bajo cero! Y él sentía esa cordialidad, esa protección, ese abrazo del clima de su ciudad, duro, tosco y acogedor como sus gentes. Se emocionó hasta las lágrimas con esa inédita sensación.
Llegó a la casa de Adolfo y este le abrió la puerta inmediatamente.
—¡Joder tío qué sorpresa, domingo y a estas horas!
—Espero no estar molestando por lo tarde.
—Que no hombre, que no, tú sabes que yo me acuesto tarde. ¡Venga, entra que hace un tremendo frío esta noche! –Fueron a su habitación y allí le ofreció su portátil.
—Ahí lo tienes, estaba jugando un rato, pero dale, total no es mi noche más inspirada en el juego. – Lorién se dirigió al portátil cuando en un rincón vio el viejo ordenador.
—Oye Adolfo y ese ¿seguirá funcionando?
—Sí, sí funciona, pero está sin Internet y es muy lento, es viejito.
—¡Pero para mí está perfecto! —Exclamó—así no te saco del juego y yo solo tengo que ver unos archivos en Word, así que no necesito Internet, los traigo en un pendrive.
—¿Estás seguro? —preguntó Adolfo—, de verdad que no me molesta dejarte el portátil.
—De verdad, amigo, muchas gracias.
—Vale tío como quieras.
Encendió el viejo ordenador y, mientras se abría, le llamaba la atención lo extraño de la situación, a pesar del peligro en que estaba, de la enorme responsabilidad asumida, no solo no estaba asustado, sino que estaba entusiasmado y tranquilo, sentía una ondulación energética suave, pero potente en todo su cuerpo.
—¡No sé quién soy! —se dijo—. Parece que dentro de mí hay

alguien que no conocía y que me está gustando mucho.
El ordenador terminó de abrirse e introdujo el pendrive. Lo abrió y aparecieron cuatro archivos con sugestivos nombres: Para Lorién, Las Cuatro Disciplinas, La Escuela y el cuarto que decía El Camino. Una enorme excitación lo invadió, sabía que se encontraría en una situación irrevocable una vez que leyera esos archivos. Apareció una leve sombra de duda, que fue barrida rápidamente por la necesidad de saber y de develar lo que eran esas cuatro disciplinas y lo que implicaban. Abrió primero el que decía para Lorién, y empezó a leer el texto:

Querido Lorién:
Espero que estés leyendo esta carta, de no ser así probablemente habré fracasado y es posible que no podamos seguir transmitiendo y preservando las Cuatro Disciplinas de Acceso a lo Profundo. Estas Disciplinas, son el patrimonio más valioso de la Humanidad y su preservación y transmisión son la tarea más importante del Ser Humano. Sé que estarás lleno de dudas e interrogantes, lamentablemente solo voy a poder aclarar una mínima parte de ellos.
Lo primero, quiero agradecerte que hayas decidido tomar la difícil decisión de cargar sobre tus hombros esta enorme tarea. Lo segundo, decirte que sí, que tú eres la persona adecuada para llevar adelante esta misión, que tienes la claridad, la resolución y la sensibilidad que se necesitan. Seguro que, en este momento, algo dentro de ti te está diciendo que para esto te has estado preparando toda tu vida.
—¿Cómo sabía este jodido profe que eso es exactamente lo que estaba sintiendo y pensando? —se dijo estupefacto.
Cuando te conocí en nuestro primer día de clase tuve la certeza de que podías ser el nuevo Prometeo, la persona que tendría en sus manos la responsabilidad de preservar el conocimiento, de abrir La Escuela para toda la Humanidad y llevar el Fuego Sagrado al resto de nuestros hermanos. El momento preciso está a punto de llegar y tú estarás preparado, no tengo la más mínima duda. También sé que vas a cuidar con total devoción este conocimiento fundamental y único para nuestra especie.
Tenemos poco tiempo, yo esperaba tener un par de meses para poderte

preparar mejor, pero todo se ha precipitado. Lo primero, tienes que viajar a Madrid. En la calle Cuchilleros 328, encontrarás a Carlos Alcázar, él te proveerá de un pasaporte con una identidad nueva y te ayudará a cambiar tu imagen. La contraseña para él es "renacer". Además, te entregará el dinero que necesites.
Es urgente que partas lo antes posible, mientras están todavía entretenidos persiguiéndome a mí, para evitar que se te echen encima y para evitar daños a tus seres queridos. Sé que es muy fuerte lo que te digo, con apenas 18 años pedir que te alejes de todos tus seres queridos, pero no hay otra opción. Al resto de los compañeros no les digas nada, solo que tienes que viajar por un asunto familiar, que ellos se hagan cargo del proyecto de Humanizar Teruel.
En tu casa deja una carta diciendo que te vas a viajar un par de meses por Europa a dedo, que siempre has querido viajar y conocer el mundo por tus medios. No vas a poder comunicarte con ellos, ni por internet, ni por carta, tampoco por teléfono, todo va a estar intervenido.
Viaja con el primer autobús del día y lleva solo lo puesto.
Lo más importante, sigue el camino con corazón, cuando tengas necesidad busca dentro de ti y encontrarás las respuestas, puedes evocar mi presencia como tu Guía Interno para que te ayude en los momentos de vicisitudes. Si todo va bien y me puedo sacar de encima a estos perros de presa, te iré ayudando por el camino. En caso de que no lo consiga, tú tienes los recursos suficientes para sobrellevar esta misión.
Me despido con un afectuoso abrazo, deseándote mucha Paz en el corazón y luz en el entendimiento.
Federico.

—¡Mierda! —exclamó por lo bajo.
Adolfo se giró.
—¿Todo está bien? —preguntó.
—Sí, sí todo bien, gracias.
Pero había palidecido de nuevo. Volvió a intencionar conectar con su fuerza interior y se calmó un tanto.
—En menudo lío me estoy metiendo, ¡joder!
Después de unos segundos conectando con su fuerza interior, ya más tranquilo, abrió el segundo archivo: Introducción a las Cuatro

Disciplinas.

LAS CUATRO DISCIPLINAS

ANTECEDENTES

Desde antiguo existieron procedimientos capaces de llevar a las personas hacia estados de conciencia excepcionales en los que se yuxtaponía la mayor amplitud e inspiración mental con el entorpecimiento de las facultades habituales. Aquellos estados alterados presentaron similitudes con el sueño, la embriaguez, algunas intoxicaciones y la demencia. Frecuentemente, la producción de tales anomalías fue asociada con "entidades" personales o animales, o bien con "fuerzas" naturales que se manifestaban, precisamente, en esos paisajes mentales especiales. A medida que se comenzó a comprender la importancia de aquellos fenómenos se fueron depurando explicaciones y técnicas con la intención de dar dirección a procesos que, en principio, estaban fuera de control. Ya en épocas históricas, en las distintas culturas (y con frecuencia a la sombra de las religiones), se desarrollaron escuelas místicas que fueron ensayando sus vías de acceso hacia lo Profundo. Todavía hoy en la cultura material, en los mitos, leyendas y producciones literarias, se pueden apreciar fragmentos de concepciones y prácticas grupales e individuales muy avanzadas para las épocas en que esas gentes vivieron[1].

En las Disciplinas se realiza un proceso interno de transformación. El trabajo Disciplinario es calmo y se plantea sin plazo fijo, tratándose más bien de un camino que se recorre durante toda la vida.

Para entrar en las Disciplinas se debe llegar a penetrar el lenguaje de las mismas. Este es un punto importante. No se puede entrar en tema sin una ubicación mental próxima a la que dio lugar al desarrollo de esas actividades. No se puede penetrar en los mundos de la poesía o de la mística trasladando lenguajes o dando explicaciones que no se corresponden con las experiencias propias de aquellos.

Cuando hablamos de la Disciplina Material trabajamos los

objetos externos y la materia del propio cuerpo, tratando de desestabilizarlos[2]*. Cuando hablamos de la Disciplina Energética nos referimos a la energía psicofísica: su generación, desplazamiento y transformación. Cuando hablamos de la Disciplina Mental nos referimos al trabajo con los distintos actos mentales que se refieren a objetos mentales. Cuando hablamos de la Disciplina Formal nos referimos al proceso de las formas, trabajando en su formación y transformación en el interior del operador.*

LAS DISCIPLINAS

Las vías que hoy conocemos se apoyan en los descubrimientos que realizaron diferentes pueblos en un lapso no mayor a los siete mil años. Es tal la diversidad de fuentes fragmentarias que no se puede pretender abarcar todo el conocimiento y la práctica de acceso a lo Profundo. Nuestras Cuatro Disciplinas trabajan con la manipulación de objetos materiales externos (D. Material), con la energía psicofísica (D. Energética)[3]*, con los objetos mentales (D. Mental) y con las formas mentales (D. Morfológica). Queda claro que esas Disciplinas no agotan otras posibles vías*[4]*.*

La Disciplina Material se basa en los trabajos de taoístas y budistas chinos, así como de babilonios, alejandrinos, bizantinos, árabes y occidentales. A ese conjunto de trabajos en su continua transformación y deformación se lo conoció con el nombre de "Alquimia". Hacia fines del S. XVIII, la Alquimia había declinado irremediablemente, pasando muchos de sus descubrimientos, procedimientos e instrumental, a manos de la Química naciente.

La Disciplina Energética busca sus raíces en el Asia Menor desde donde el orfismo y el dionisismo se propagaron hacia Creta y Grecia sufriendo importantes modificaciones hasta que fueron abolidos por el Cristianismo triunfante. También en algunas líneas sivaítas y del tantrismo, se pueden rescatar fragmentos de una experiencia extraordinariamente rica.

La Disciplina Mental encuentra en el budismo su mayor fuente de conocimiento. Para favorecer las distinciones entre actos y objetos mentales apela al lenguaje riguroso de

alguna corriente filosófica contemporánea.
La Disciplina Morfológica reconoce antecedentes significativos en algunas corrientes de pensamiento pre-ático que florecieron bajo las influencia “orientales” de Egipto, Asia Menor y Mesopotamia, tal es el caso de la escuela pitagórica.
Las Disciplinas trabajan con rutinas que se repiten en cada momento de proceso (paso), hasta que el operador obtiene el registro indicado. Todo el proceso está convencionalmente organizado en doce pasos separados en tres cuaternas. Así como cada paso tiene una designación que aproxima a la idea del registro buscado, cada cuaterna señala un significativo cambio de etapa.
Las Disciplinas llevan al operador en la dirección de los espacios profundos[5].
Concluido el proceso Disciplinario se está en condiciones de organizar una Ascesis despegada de pasos, cuaternas y rutinas[6].

Conforme iba leyendo el texto, fue entrando como en un estado de trance.
—Qué impresionante lo que tengo entre manos —se dijo, al tiempo que sentía como lo invadía una sensación de luminosidad interna.
Cuando término de leer, se quedó en silencio, profundamente conectado, con una sensación de enorme ampliación de conciencia y de comprensión. Intuía más que entendía el texto, pero estaba claro que las implicaciones del mismo iban más allá de lo que hubiera podido imaginar nunca.
—Así que, en la base de todas las religiones y conexiones con lo divino, están estas Disciplinas —se dijo meditabundo—. Los procedimientos básicos que han llevado a los místicos de todas las épocas y culturas a trascender y conectar con lo Sagrado, a llegar a la iluminación, vaya, vaya, vaya y sin curas, ni iglesias, ni intermediarios, es como tener el al cielo directo, con razón que son tan importantes, esto es una verdadera bomba, tremendo tesoro…Y todo esto está en las manos de este infeliz.
Se levantó y se puso a caminar por la habitación sobresaltando a

Adolfo.
—¿Qué pasa tío?
—Nada, nada, solo estoy pensando un poco.
—Estás muy raro esta noche, ¿no te has metido nada al cuerpo verdad? Imagino que me convidarías, jajajá. Vale, vale te dejo tranquilo.
Otra vez se había instalado el temor, la duda y la sensación de ser una hormiguita ínfima ante la enormidad de la tarea que tenía por delante.
—¿Por qué yo? ¡Para esto hace falta un Indiana Jones, no un crío como yo! Otra vez estas cayendo en tu desvalorización y degradación, no eres una hormiga, eres el sentido del mundo, llevas dentro de ti a un dios que se tiene que liberar.
Y poco a poco volvió a retomar esa energía y fuerza interior, sobrevino de nuevo la excitación y el entusiasmo y erradicó el temor y las dudas.
—¡Ya está! —dijo en voz alta—¡no hay más que hablar!
—Si tú lo dices—dijo Adolfo divertido.
—Disculpa amigo, estoy pensando en voz alta.
Volvió al ordenador, sacó el pendrive y sin que se diera cuenta Adolfo, comenzó a formatear el disco duro. Cuando terminó se volvió hacia él y le dijo con tono de sorpresa y pesar.
—¡Joder tío! parece que sin querer te he formateado el disco duro, ¡qué cagada! Lo siento mucho, espero que no tuvieras nada importante. Adolfo se lo quedó mirando y con una sonrisa entre traviesa e irónica dijo:
—¡Bah! No tiene importancia, seguro que no, ya prácticamente no lo estaba utilizando. No te preocupes.
—Lo siento mucho, amigo, de verdad. Te recompensaré por esto te lo aseguro.
Adolfo lo miró lentamente y le dijo:
—¿No entiendes nada, ¿verdad?
—¿A qué te refieres? —dijo Lorién un tanto perplejo.
—Tengo el pálpito de que estás en algo importante y que no nos vamos a ver en mucho tiempo, por eso te voy a decir esto. —Se quedó mirando por la ventana unos instantes. —Tú me has

entregado una enormidad a lo largo de los años.
—¿Yo? —dijo confuso.
—Sí, tú—retrucó moviendo la cabeza de lado a lado, como no pudiendo entender que Lorién fuera tan obtuso—. Cuando yo era facha tú fuiste mi amigo, cuando era medio punkie, tú eras mi amigo, cuando estuve en temas folclóricos, ahí estabas tú. Durante estos años, cada cambio que yo hacía cambiaba de amistades y el único que permanecía ahí, firme, sin enjuiciarme, como una roca de aceptación, eras tú. Cuando tenía problemas, estaba confundido, el único que me escuchaba paciente y reflexivamente, que dejaba todo para atenderme, ¿adivina quién era? Tú, siempre tú. Has sido la persona más importante en mi vida y me vienes a decir que me recompensarás… ¡No entiendes nada maldita sea!
Esto lo dijo con lágrimas en los ojos, mientras Lorién sentía correr por sus mejillas sus propias lágrimas.
—Siempre fuimos amigos —farfulló Lorién con la voz ahogada—, pero nunca imaginé que fuera tan importante para ti, no sabes lo fundamental para mí que es esto que me dices, nunca lo hubiera imaginado —balbuceó, confuso y anonadado.
—Todos los amigos que te rodeamos, sentimos algo parecido, que eres la persona más confiable, más cercana e importante que hemos tenido cerca. Y tú siempre con tu sonrisa, a pesar de tus tribulaciones internas, en tu permanente soledad. Te parece tan natural, que no te das cuenta de la persona tan excepcional que eres. Siempre tuvimos la impresión de que estabas llamado para hacer algo importante y que esto ocurriría antes o después.
Nos quedamos mirando a través de nuestras lágrimas y nos abrazamos sin decir nada más.
—Hasta pronto, Adolfo y muchas gracias por tus palabras y por tu afecto, que es recíproco. No sabes lo importante que son para mí. ¡De verdad! Sobre todo, en este particular momento de mi vida —se escuchó repetir profundamente emocionado y shockeado.
Salió de casa de Adolfo como un sonámbulo, no podía creer lo que acababa de escuchar. Él que creía que su vida era un fracaso total, que no había nada que rescatar y de repente le llegaba este tremendo testimonio de afecto profundo y de admiración y por lo

que decía, eran varios los que opinaban y sentían hacia él de una forma parecida. ¡Increíble! Estaba profundamente anonadado, con un gozo en el pecho que llegaba a doler, lo sentía a punto de estallar. Dio rienda suelta a sus sentimientos y lloró y lloró largamente, mientras caminaba ciego por las lágrimas, en medio de la fría y cercana noche. Lágrimas de alivio, de alegría, de una hermosa emoción que le estaba explotando en el pecho. Las lágrimas salían con gemidos y casi gritos, en medio de la noche, caminando solo por esas calles de su entrañable ciudad, a la que tantas veces había increpado y de la que tanto se había quejado. Empezó a ver todo de una forma nueva, todo se estaba reinterpretando en su interior. Estaba verdaderamente maravillado y asombrado. Caminó lentamente a su casa, paladeando esa grata sensación de sentir que no solo no era un desecho social, sino que era profundamente valorado y apreciado por la gente que lo rodeaba. Adolfo no sabía el regalo que le acababa de hacer, justo cuando más lo necesitaba. Resonaban en él unas palabras que le había oído al profe Federico: No imagines que estás solo en tu pueblo, en tu ciudad, en la Tierra y en los infinitos mundos. Esto lo reconfortó mucho y, alegremente y con el corazón gordito, se dirigió a su casa sintiendo él frío acogiéndolo de una forma cálida y protectora, como si el universo estuviera cuidando de él.
Cuando estaba a unas dos calles de su hogar, se empezó a poner alerta por si veía algo raro, bajando la intensidad de sus pasos para hacer menos ruido. No se escuchaba nada, solo algún vehículo a lo lejos. Llegó a la puerta de su edificio, abrió con llave y subió caminando hasta el segundo piso donde vivía. Dentro no se escuchaba nada, al parecer sus padres estaban durmiendo. Sus dos hermanos mayores ya no vivían en la casa. Abrió despacio la puerta y se introdujo en su habitación. Encendió la lámpara de la mesita que daba una luz más tenue y se sentó en la cama unos segundos, con el corazón acelerado, a meditar que iba a hacer. Volvió a conectar con su interior para calmarse y despejarse, lo que ya se había convertido casi en un ritual. Se tranquilizó y pidió internamente:
—Necesito claridad para saber qué me llevo y qué tengo que hacer. Escribir la carta a mis padres.

Esto lo dejó para el final.
El dinero…Buscó y encontró que tenía 103 euros, era todo. Una pequeña mochila, donde metió dos camisetas, dos calzoncillos y dos pares de calcetines. Se cambió la camiseta que llevaba, se puso una camisa de franela y un jersey grueso encima y un pantalón vaquero. Llevaría la misma cazadora que estaba usando. ¡Y parece que nada más! Miró sus discos, media pared llena en un mueble hecho especial para ellos, cuantas horas pasadas escuchándolos, pensando, ensoñando, llorando, comprendiendo cosas. Se sonrió y emocionó al recordar a su madre, que siempre le decía: discos y libros comeremos en esta casa… Miró la librería que ocupaba la pared más larga desde el suelo hasta el techo, lleno de libros. Cuánto les debía a aquellos libros, lo mismo que con los discos, habían sido sus mejores compañeros en la búsqueda de comprensiones, de explorar y conocer lugares, otros mundos… Miró sus cuadros, los dos que tenía eran muy especiales. Uno lo había comprado hacía un año atrás, un cuadro grande y sugerente con una mujer rubia y la noche de fondo, con texturas en relieve. En ese cuadro había gastado todo el dinero que tenía en ese momento. Fue algo inesperado que le ocurrió.
Una tarde andaba sin nada que hacer dando vueltas por Teruel y sin saber por qué, decidió entrar a una exposición de cuadros, cosa que él nunca hacía. Lo normal hubiera sido estar recorriendo bares. Al entrar en la sala de exposiciones, enseguida vio el cuadro y se quedó pegado, sintió una suerte de magnetismo que lo atraía hacia él. Esa noche, ya en su cama, seguía sin poder sacarse el cuadro de la cabeza, sin saber mucho por qué. Solo que algo muy sugerente emanaba de él, algo muy significativo que en ese momento no podía develar. Al día siguiente volvió a contemplarlo por largo rato, no sabía que le sucedía con esa pintura, pero le producía una fuerte pulsión interna, algo resonaba fuertemente dentro de sí. Se fue y volvió un día después, ¡esto ya era demasiado!, ¿qué le sucedía con aquel cuadro? Lo volvió a mirar por un buen rato, mientras estaba absorto en la contemplación escuchó una voz cercana y amistosa.
— ¿Te gusta?—asintió con la cabeza sin volverse y siguió en silencio su contemplación.
—Te he visto varios días por aquí, que vienes y lo miras durante

largo rato, no sé si enojarme porque al resto de mis cuadros no les echas ni un vistazo, o agradecer por la impresionante atención que le dedicas a este—se rió.
—Ah, ¡tú eres el autor!
—Así es, Antonio es mi nombre.
—Un placer Antonio, el mío es Lorién.
Se estrecharon las manos mirándose con cordialidad y volvieron a mirar el cuadro.
—Es muy sugerente—dijo Lorién—, no sé por qué, pero me mueve muchas cosas por dentro, sensaciones que no sabría ponerles nombre, pero que no me dejan tranquilo, es como que tiene algo que ver conmigo, pero no entiendo qué… Llevo tres días en los que estoy pegado con él, solo pienso en el cuadro y no pienso nada, jajajá. Es raro, ¿no?
—Bueno, el arte tiene estas cosas—dijo Antonio—, pega en lugares dentro de nosotros que no sabemos describir con facilidad, a veces toca cosas del pasado, de la primera memoria, cuando tenemos apenas un año, es decir, que genera sensaciones cenestésicas ya que todavía no hay tiempo, pensamientos y pocas imágenes. Otras veces mueve cosas del futuro, cosas que todavía no hemos vivido, pero que de alguna forma algo dentro de nosotros reconoce eso que viene. En otros casos mueve o conecta con estados de conciencia no habituales, para los que no tenemos palabras. En tu caso, ¿crees que corresponde con alguna de estas situaciones?
—La verdad es que no lo sé, pero que me genera cosas dentro, es indudable—dijo Lorién.
—Y ¿por qué no te lo quedas?
—No lo había pensado, la verdad es que nunca he comprado un cuadro, yo no tengo habitualmente una cosa fuerte con la pintura, por eso que es raro lo que me pasa con este.
Le preguntó por el valor del mismo a Antonio.
—Bueno…—dijo, —el valor, tú sabes que uno es el económico, medido en dinero, otro el que tiene de forma artística y un tercero es el subjetivo, que tiene que ver con los significados que cada uno le da y en función de ellos las valorizaciones. El valor que tiene en euros, es de 600.

—Claro —dijo Lorién—, es una obra muy buena, así que es lógico que valga tanto dinero, además, es un cuadro muy grande.
—Es verdad —dijo Antonio—, tiene 120 por 75 cm. Es el más grande de la exposición.
—Lamentablemente, es mucho dinero, no digo que sea caro, pero no tengo esa cantidad.
—Bueno y ¿cuánto podrías pagar?—preguntó.
Lorién se sonrojó y le dijo la verdad.
—Es que solo tengo 200 euros, por eso no me atrevo a darte un valor, no puedo ni acercarme a lo que realmente vale, de hecho, yo creo que todavía es barato para la tremenda obra artística que es.
—Sabes Lorién, algunos cuadros nacen perteneciendo a alguien, como en este caso. El cuadro era tuyo de antes, solo faltaba que hiciéramos el puente para concretarlo. Así que si eso es lo que puedes pagar eso es lo que vale el cuadro. Lo importante es que se lo quede la persona que sabrá apreciarlo y valorarlo, ¿trato hecho? —Y le ofreció la mano.
—Trato hecho—dijo él sin poder creerlo y estrechándosela—. Mañana puedo venir con el dinero, pero si alguien viene antes y te paga los 600, entenderé que lo vendas.
—Un trato es un trato,—dijo Antonio—. Mañana el cuadro te estará esperando, como te dije, el cuadro era tuyo desde antes, el pago es una mera formalidad. Hasta mañana, entonces —terminó Antonio despidiéndose.
Lorién se sonrió al recordar que había salido de la exposición como flotando, no podía creer que ese cuadro portentoso fuera suyo. Todavía al mirarlo le seguían pasando cosas. Ahí estaba ese enorme cuadro, tanto por tamaño como por su calidad artística, con sus símbolos futuristas, con la mujer rubia con esa particular mirada de futuro, tan profunda…
Miró el otro cuadro que había en la habitación,, era todo lo contrario, el marco era de una ventana pequeña, de unos 40 por 25 centímetros, con una frase grabada en él: Los niños tiran piedras a las ranas en broma, pero las ranas se mueren en serio. Recordaba que su amiga Antonia, hacía unos tres años atrás, le había pedido que le diera una frase que le gustara para hacerle un regalo y le

surgió esa frase que había leído hacía un tiempo atrás, en alguno de los muchos libros que devoraba tratando de encontrar respuestas a sus inquietudes. Al poco tiempo apareció Antonia en su casa con ese tremendo regalo. Casi se cae de espaldas al verlo, qué maravillosa obra de arte había creado, a raíz de una frase y utilizando elementos que tenía alrededor: una sábana de lienzo y el marco de una ventana, que todavía tenía en un lado el soporte de la bisagra. Lo dejó perplejo, no podía hablar de la impresión.

—¿Qué pasó, no te gustó?—Le preguntó preocupada.

—Estoy anonadado—le dijo—, no puedo creer lo que has hecho, enorme obra artística, qué maravillosa inspiración y, además, es tremendamente significativa.

—Bueno eso es culpa tuya—dijo ella con una sonrisa—. Tú con tu cercanía, comprensión, lealtad y amistad lo sembraste en mí... la frase también me la diste tú, así que no hay más culpable que tú mismo— me dijo muy fresca.

—Eres increíble, gracias, muchas gracias, no sabes lo agradecido que estoy de este hermoso regalo.

Sonrió emocionado al recordar la escena.

Finalmente, con un suspiro profundo se sentó a escribir la carta a sus padres, lo más difícil. Cuando estaba comenzando a escribir, tocaron a la puerta y apareció su madre en camisón.

—¿Estás bien, hijo?—le preguntó.

—Sí, mamá, sí, muy bien. Es solo que… —y de repente estaba llorando en sus brazos—. Tengo que irme a un viaje que ganamos con unos amigos de Zaragoza —mintió—, y nos vamos en un rato. Justo me pillaste escribiendo la carta contando los detalles.

—Pero hijo ¿así de repente? Y, ¿con quién y a dónde? ¿Con qué dinero?

Le dijo que había sido un viaje al que habían concursado hace meses atrás, al matricularse en la universidad para conocer Europa, era una especie de beca que habían ganado tres personas.

—Al parecer la carta se extravió y recién hace un rato un compañero me lo comentó por teléfono. Así que el autobús sale a las ocho de Zaragoza, por lo que tengo que coger mochila e irme con un amigo en coche para llegar a tiempo. Es todo pagado, así

que no te preocupes, Mamá —siguió mintiendo y sintiéndose fatal por ello.
Su madre lo miró largamente y dijo estas extrañas palabras:
—De alguna manera sabía que antes o después tomarías tu propio camino, no sé a dónde te conducirá, pero sí sé que en una buena dirección. Muchas veces, cuando entraba a tu cuarto y te encontraba leyendo de otros países o mundos, o te veía con la mirada perdida visualizando quizás qué lugares y aventuras. Otras veces con tu forma de ver la realidad, lo que estaba bien y lo que no. Recuerdo cuando tenías esas salidas desde chiquitito, cuestionándolo todo. Como aquella vez, en aquel hotel de lujo donde trabajó tu hermana y yo te dije, cuidado con lo que ibas a decir, que aquí estaba la gente de bien y tú en voz alta, tras mirar en derredor exclamaste, ¡pues yo no veo a nadie de bien! Siempre intuía que tendrías un destino distinto al que tuvimos los demás. Te cuento que cuando recién nos casamos con tu papá, sacamos los pasaportes para viajar a Canadá, donde nos iban a entregar tierras gratis y maquinaria, para trabajarla a fondo perdido. Estaban repoblando una zona agreste de ese país y buscaban gente de esta tierra, por su fortaleza, que fueran capaces de aguantar la dureza de los primeros tiempos y del clima frío. Finalmente, al papá le dio miedo y dijo que mejor nos quedáramos aquí, que cómo íbamos a dejar todo. Todo, pensé para mí, miseria, trabajar como burros con sueldos de pobreza, no teníamos nada. Cuantas veces, conforme iban pasando los años, me decía a mí misma:ojalá nos hubiéramos ido a Canadá, ojalá nos hubiéramos ido a Canadá. Algunos amigos que se fueron, a los pocos años estaban en una situación económica envidiable y nosotros todavía en la pobreza, trabajando de sol a sol. De alguna forma supe que eso a ti no te iba a pasar, que tú sí ibas a jugártela por tus sueños—le dijo emocionada, con las lágrimas corriendo por sus mejillas—. Vuela alto, hijo mío, vuela alto—le dijo mientras lo abrazaba—, yo viajaré y volaré contigo en tu tránsito. Cuando dudes y estés cansado, piensa en mí y sigue volando. Cuídate mucho y vuela alto. Yo le contaré al Papá, no te preocupes.
—Gracias, Mamá, por la comprensión y por acompañarme en mi vuelo—le dijo, dándole el último abrazo de despedida,

completamente sobrepasado por la emoción.
Salió de su casa con una cantidad enorme de emociones encontradas, tan grande que no podía definir lo que sentía. Por un lado, el corazón encogido por dejar su casa, su ciudad y a sus seres queridos. Por otro lado, se sentía pleno, alegre, sabiendo con total certeza que estaba haciendo lo correcto y sorprendido de cómo se estaban dando las cosas esa extraña y sorprendente noche.
Caminó a paso vivo hasta la estación de autobuses. Cuando llegó, ya eran las cinco de la mañana. La cafetería estaba abriendo recién y fue a consultar por el primer autobús que salía para Madrid. Le dijeron que a las cinco y media. Fue a la ventanilla, sacó un pasaje y se fue a una zona oscura, a esperar que fuera la hora para tomar el autobús, No quería que nadie lo viera y a su vez poder ver si alguien estaba merodeando por la estación. Los minutos se le hicieron eternos por la ansiedad y el temor de que aparecieran los tipos que andaban detrás de ellos. No se veía a nadie, a las cinco y veinte empezaron a llegar algunas personas que fueron a la ventanilla de los autobuses a Madrid. El autobús ya estaba en su andén. A las cinco y media en punto, salió rápidamente de su escondite y subió al vehículo, donde echó el asiento hacia atrás para no ser visto desde abajo. Fue el primero en subir. En seguida, comenzaron a entrar los demás, en total eran unas diez personas, la mayoría los conocía de vista y a los que no, de todas formas, tenían un aspecto muy normal. El conductor revisó los pasajes y arrancó, ¡por fin! Lorién se relajó con un suspiro profundo y se dispuso a dormir las cinco horas que tenía de viaje hasta Madrid, después del día más intenso de su vida. Era increíble que apenas hubieran pasado unas horas desde que se encontró con el profe en el óvalo y todo se disparó, la sensación que él tenía era que habían pasado muchos días, ¡Qué cantidad de acontecimientos! Pensó en lo relativo que es el tiempo, según los estímulos que llegan a la conciencia, así percibe uno el transcurrir del tiempo internamente, muy diferente esta percepción del tiempo del reloj.

Capítulo 2: Madrid

Si crees que tu vida no termina con la muerte,
debe coincidir lo que piensas
con lo que sientes y con lo que haces.
Todo debe avanzar hacia la coherencia, hacia la unidad.

Se quedó dormido en cuestión de segundos, despertó sobresaltado, alguien lo estaba moviendo y diciéndole:

—¡Venga que ya hemos llegado a Madrid chaval!

—Gracias —balbuceó medio dormido.

¡Joder! Qué tremenda dormida se había pegado, con tanta adrenalina no se había dado cuenta de lo cansado que estaba. Bajó del autobús un tanto confuso por el profundo sueño. Por fin estaba en Madrid.

—¿Qué hago ahora? Yo no conozco Madrid para nada, soy de una ciudad chiquitita.

De repente se sintió abrumado ante la enormidad de Madrid con sus cinco millones de habitantes, él que venía de una ciudad de apenas treinta mil. Le vino una pequeña sensación de mareo. Se sentó hasta que se le pasó y buscó informaciones y preguntó cómo ir a la calle Cuchilleros.

—Lo mejor es que te tomes un autobús que te dejará a dos calles de la plaza mayor, ahí pregunta por la calle Cuchilleros, es muy fácil.

—Ya —dijo él, con cara de provinciano y pueblerino.

Salió de la estación de autobuses y al ver la enorme cantidad de

edificios que lo rodeaban por todos partes, se volvió a agobiar por lo grande que era de Madrid.
—¡Esto es descomunal! —se dijo.
La sensación de que era un ser insignificante, de ser una hormiga, volvió y le vino una gran angustia.
—Pero, ¿qué me creo yo? ¿El paladín de los nuevos tiempos, de la nueva sensibilidad, el superhombre? Si no sé ni orientarme en una ciudad grande, adonde voy a ir solo y más en otros países en los que ni siquiera hablan castellano. ¡Esto es una puta locura! Estoy haciendo el idiota creyéndome Indiana Jones, cuando soy un simple chico provinciano que no ha viajado ni a la vuelta de la esquina, esto es un despropósito.
Se sentó en una escalera de un edificio y se puso a llorar.
—Yo no soy ningún héroe, no sirvo para esto —se decía mientras se tapaba la cara en medio de la desesperación.
De repente sintió una mano delicada en su hombro.
—¿Estás bien?
Era una voz femenina. Levantó la cara y vio a una joven de su edad más o menos, que le sonreía mientras lo miraba preocupada.
—¿Estás bien? —repitió.
—Sí, gracias —dijo con voz insegura, sorbiéndose la nariz—. Es que es mi primera vez en Madrid y no conozco nada, ni a nadie y por un momento me sentí sobrepasado en medio de una ciudad tan enorme.
—¿De dónde eres?
—De Teruel.
—Ah mira ¡Teruel también existe!, jajajá, es primera vez que conozco a alguien de Teruel. Y es lo único que sé de vuestra ciudad. Corrió por todos lados esta campaña de ¡Teruel también existe! Muy buena, yo creo que se enteraron en todo el mundo de la existencia de Teruel.
—Sí, supongo que debe de ser todo un acontecimiento —dijo él sin mucho humor.
—Bueno, bienvenido a Madrid. ¿A dónde tienes que ir?
—Voy a la calle Cuchilleros, me dijeron que tomara un autobús por aquí, pero de repente me abrumé. Ahora, al hablar contigo y haber

descargado, ya me siento mejor. Si me puedes indicar la parada del autobús, te agradeceré mucho.
—Claro, hombre, está aquí mismo. Oye, de todas formas, no tienes muy buena cara. ¿Has comido?
Lorién se quedó pensando cuándo había sido la última vez que comió y no lograba acordarse, parece que era hace siglos.
—La verdad es que no y no me vendría nada de mal, con razón que tengo esta sensación de debilidad y de desvalimiento. No he comido hace muuucho rato. ¿Habrá por aquí un bar donde comer una tapa o un bocadillo?
—Jajajá claro, lo que más hay en Madrid son bares, jajajá. Te acompaño, a mí no me vendrá mal comer algo también. Mi nombre es Concha. ¿Y el tuyo?
—Lorién. Sabes, Concha, eres como una especie de ángel de la guarda, de hada buena, en un segundo me solucionas todos los problemas que me tenían tan agobiado. Comamos, ahora me doy cuenta del tremendo agujero que tengo en el estómago.
Caminaron unos quince metros y entraron en un bar, lleno de tapas de todo tipo, calamares, albóndigas en salsa, papas bravas, berberechos, montaditos, gambas… A Lorién se le hizo la boca agua, ahora sí sus tripas rugían como leones. El camarero los atendió inmediatamente.
—¿Qué vais a tomar?
—Yo quiero un pepito de ternera —dijo Lorién.
—Yo un pincho de tortilla.
—¿Y de beber?
—Yo una caña —dijo Concha.
—A mí me pones una coca cola, a ver si me despejo, jajajá.
En cinco minutos estaban comiendo y conversando animadamente como si se hubieran conocido toda la vida.
—¿Tú qué haces, Concha?
—Estoy estudiando psicología.
—Vaya que interesante, yo estaba estudiando sociología, pero la verdad es que era por estudiar cualquier cosa. Lo que a mi realmente me gusta es leer, la música, viajar y me apasiona el Ser Humano —se entusiasmó Lorién—. Pienso que la diversidad es una

maravilla, me encanta conocer gente, cuanto más rara mejor. Siento que dentro de cada ser humano hay algo grandioso, algo enorme, como un dios interno que se tiene que liberar —dijo mirando tímidamente a Concha para ver su reacción.
—Oh —dijo ella—, que buena descripción, que buen concepto, me encantó eso de que todos llevamos dentro un dios que se tiene que liberar, es como que de alguna forma lo sentía así, pero no lograba expresarlo tan bien como tú. Me gustó mucho, lo voy a utilizar a partir de ahora, eres una caja de sorpresas, ¿eh, Lorién?
Se sonrojó un poco y reconoció que en realidad no era un concepto suyo.
—Es de un profe al que quiero y admiro mucho, pero me hace mucho sentido.
—A mí también —dijo Concha—, por eso estudio psicología, para ayudar a que salga lo mejor de cada persona. Cuando alguien saca lo mejor de sí, esto tiene un enorme potencial sanador. Estoy convencida que, si todos viéramos lo mejor de los otros, otro gallo nos cantaría, otro mundo sería este.
—¡Que increíble! —se volvió a entusiasmar Lorién—. Yo pienso lo mismo, si pudiéramos ver todas la virtudes y cosas maravillosas que llevamos dentro y a su vez ver lo mejor en los otros, cambiaría totalmente la percepción que tenemos de nosotros mismos, de los demás y del mundo. Yo he experimentado esto con mucha fuerza este último tiempo. Al igual que tomando contacto con la fuerza interior que ni sabemos que existe. Si quieres te puedo enseñar una técnica sencilla para experimentarlo.
—¿En serio? —dijo ella—. Me interesa muchísimo, va a resultar que, al final, en lugar de ayudarte yo, me vas a terminar ayudando tú.
—Bueno, así parecen ser las buenas relaciones, recíprocas, todos aportan a todos. Ese es el espíritu de los Proyectos de Apoyo Humano. Es muy distinto ayudar a otros desde el humanitarismo, que, desde un emplazamiento de reciprocidad, de igualdad, donde no hay un pobrecito que recibe, ya que él no puede hacer nada para salir de la situación en la que está. Por el contrario, desde los Proyectos de Apoyo Humano, todos pueden aportar y en ese ir aportando, se van dando cuenta de que pueden resolver cualquier

necesidad que tengan junto con otros que tengan las mismas necesidades. De esta forma, se van fortaleciendo y van dejando de creer que son unos pobrecitos, como se les ha acostumbrado a verse. Se parte por resolver las cosas más simples y se va avanzando, conforme se van fortaleciendo en lo individual y colectivo, pasan a resolver problemas más complejos y estructurales.

—No puedo creer lo que me estás contando, Lorién —dijo ella maravillada—, siempre he pensado que la caridad no sirve, que es mucho mejor, como dice el dicho, en lugar de dar pescado a alguien, enseñarle a pescarlo. Me parece maravilloso escucharte, es como que al conversar contigo, se van concretando los sueños que siempre he tenido. ¿Y estos proyectos, ya los están aplicando en algún lugar?

—Bueno, estamos comenzando en Teruel, si tienes tiempo te cuento en qué estamos.

—Por supuesto que sí, en este momento no se me ocurre nada más importante que lo que estamos conversando. Así que estoy totalmente disponible por el tiempo que haga falta. ¡No te imaginas el regalo que todo esto significa para mí! Qué paradójico es esto, me acerco a ayudarte y eres tú el que terminas dándome el regalo de mi vida...

Así fue como Lorién le fue contando la experiencia de Teruel, como se habían reunido unos pocos y después habían hecho una convocatoria más amplia a los amigos, del trabajo con las virtudes, de esas poderosas frases de humanizar la Tierra como eres el sentido del mundo y cuando aclaras tu sentido iluminas la Tierra y otras igualmente potentes. Del profe le contó que se había tenido que ir, pero que ellos seguían con mucho entusiasmo con los Proyectos. Que él tenía que hacer un viaje, pero que en algunas semanas más estaría de vuelta.

—Qué asombroso todo lo que me cuentas —exclamó Concha con los ojos brillantes—, es lo que he soñado toda la vida. ¿Me puedes poner en contacto con esos amigos?

—Por supuesto que sí, estarán felices de tener una compañera de sensibilidad en Madrid y capaz que más de alguno se anima y viene a echar una mano en la partida, si es que tú quieres desarrollar

estos proyectos aquí.
—Claro que sí y más con ese espíritu donde no hay dinero, ni intereses raros, solo el bienestar de todos, aportando cada uno desde lo mejor de sí. Es lo que siempre he querido y tengo varios amigos que se entusiasmarán con total seguridad. Estoy convencida que, en poco tiempo, esto va a estallar en una enorme red mundial por el cambio y la transformación del Ser Humano —dijo ella con la mirada perdida en la ventana, como viendo horizontes lejanos que se van acercando.
—¡Eres increíble! —le dijo Lorién—. Te acabo de contar una pequeña parte y ya estás viendo mucho más allá que cualquiera de nosotros. Realmente cuando aclaras tu sentido iluminas la Tierra. Cuando uno conecta con ese Sentido Mayor y actúa en consecuencia, se van dando las cosas y se empiezan a dar todo tipo de situaciones casuales, que hacen que todo marche fluidamente. De esto he tenido una enorme cantidad de hechos confirmativos estas últimas horas. Bien, vamos concretando. ¿Tienes una hoja de papel?
—Por supuesto —dijo ella, pasándole un pequeño cuadernito.
Lorién le anotó los teléfonos y direcciones eMail de los amigos de Teruel.
—Para que te puedas poner en contacto con ellos. Diles que es de mi parte. Solo te pido que esperes una semana antes de ponerte en contacto con ellos.
—¡Por supuesto, lo que quieras, esto es alucinante! Disculpa que lo repita una y otra vez —dijo ella—, de verdad eres como un mago que me viene a traer mi sueño más dorado, que es ser útil a los demás de una forma digna y no humanitarista. No sabes cuánto me he cabeceado días y noches pensando en esto, y llegas tú, y en un segundo me pones encima de la mesa mis platos preferidos, y gratis, jajajá. Es una verdadera locura. Gracias, muchas gracias —y se abalanzó sobre él y le dio un tremendo abrazo y un beso enorme en la mejilla.
Lorién se sonrojó y se le iluminó la cara en una sonrisa que le daba vuelta hasta la nuca.
—Disculpa, Lorién —dijo Concha un poco azorada por su propia reacción—, por ser tan expresiva, pero no lo pude evitar —

comentó bajando los ojos, un tanto turbada por su expresividad.
—¿Por qué te voy a perdonar, por mostrarme como hay que tratar a la gente? ¿Por preocuparte de mí? ¿Por acogerme y ayudarme? ¿Por tu sensibilidad y generosidad? No, no puedo perdonar eso —expresó él con su enorme sonrisa—. Al contrario, siento que tengo mucho que aprender de ti, gracias por tu cercanía y afecto, que te aseguro es recíproco.
Ahora le tocó a él turbarse por su arranque de entusiasmo y afecto. Carraspeó para salir del embarazo que sentía y dijo:
—Bien nos queda un tema más: el traspasarte la técnica para conectar con el Fuego, con la Fuerza Interior. ¿Hay algún sitio tranquilo al que podamos ir?
—Claro —dijo ella—, en mi casa, vivo en la escalera en la que estabas sentado cuando nos encontramos, jajajá, más cerca imposible.
—Vamos, entonces.
Pagaron y se fueron caminando entusiasmados, sin poder parar de hablar. Llegaron a casa de Concha.
—Hola Mamá, este es Lorién, un buen amigo, vamos a mi habitación a hacer un ejercicio para conectar con nuestra fuerza interior.
—¡Qué interesante! —dijo ella tras saludar a Lorién— ¿Va a ser privado o puedo participar? No quiero molestar, solo pregunto.
—Por supuesto —farfulló Lorién—, y disculpe que no la hayamos invitado, que tontos.
—Bien, gracias a ti, pero por favor no me trates de usted, que me haces más vieja de lo que soy, jajajá.
—Entonces, hagámoslo aquí en el comedor, si os parece —dijo Concha.
—Por mí está bien —dijo Lorién—, tomemos asiento, estas sillas están muy bien, no son demasiado cómodas para dormirse y tampoco demasiado incómodas para que molesten. —Cerró los ojos unos instantes, tomando contacto con su interior y más apaciguado, comenzó—. Comenzamos respirando profundo tres veces. Cerramos los ojos.

Relaja plenamente tu cuerpo y aquieta la mente…

Mientras guiaba la experiencia, fue sintiendo como la Fuerza y su Luminosidad lo habían invadido, sintiéndose pleno, fuerte y con una grata sensación de ampliación de la conciencia.
Al terminar, abrió los ojos y esperó a que sus compañeras hicieran lo mismo. A la mamá de Concha le corrían unas lágrimas por las mejillas, todavía con los ojos cerrados, pero curiosamente estaba con una sonrisa en la boca. Concha por su parte estaba con la boca semiabierta, con una expresión como de trance, mientras su cuerpo oscilaba casi imperceptiblemente. A los pocos segundos la mamá abrió los ojos anegados en lágrimas, pero con expresión de felicidad. Un momento después los abrió Concha, lentamente, con los ojos desenfocados y con una expresión luminosa y amplia, como si hubiera crecido.
—¡Esto es grandioso! —exclamó Concha.
—Gracias, Lorién —comentó su madre—, por este regalo, he conectado con unas emociones tan profundas y bondadosas como no creía que fuera posible. Muchas, muchas gracias.
—Esto es una bomba, Lorién —dijo con una mirada muy seria Concha—, y es una técnica tan sencilla… Cambia radicalmente la percepción que uno tiene de sí mismo. Me ayuda a ser consciente de la vida que llevo dentro, de mi existencia. ¡Es una experiencia formidable!
Su mamá asentía silenciosa, todavía con los ojos llenos de lágrimas y con una sonrisa beatífica en su cara. Se levantó y tomó a Lorién de las manos.
—Por favor, necesito darte un abrazo para agradecer toda esta poesía que siento dentro de mí.
Se estrecharon en un abrazo sentido y prolongado, sintiéndose el uno al otro. Después le tocó el turno a Concha, que mientras lo abrazaba le decía:
—Esto es maravilloso, ahora sé lo que es sentir lo humano en mí y lo siento en vosotros dos, muchas gracias, Lorién —lo decía tan seria que Lorién se echó a reír.
—Está bien, pareciera que me estás culpando de algo, con esa expresión tan seria y dramática, jajajá.
—Esto hay que llevarlo a otras personas, es demasiado hermoso y

potente como para quedárselo uno —dijo su mamá—.¿Podemos compartirla con otras personas?
—Por supuesto —dijo Lorién—, esa es la idea, verdaderamente no hay nada como conectar con lo humano en uno y en los otros. Qué lejos está esto de la sensación habitual que uno tiene de sí mismo. ¿Verdad? Es como si uno fuera un fantasma sin vida habitualmente, después de esta experiencia todo tiene otro brillo, la vida se ve de otra forma… —dijo haciendo un gesto amplio a su alrededor.
—Lorién, eres como un rey mago que ha llegado con los regalos más importantes a nuestro hogar, te estamos profundamente agradecidas —dijo Concha emocionada—. ¡Nunca olvidaremos esto! Yo ya estoy impaciente por hablar con mis amigos para contarles lo de los Proyectos de Apoyo Humano y compartir con ellos esta maravillosa experiencia, junto con las otras cosas que me has regalado.
—¿Qué son esos proyectos que hablas?
—Mamá, después te contaré en detalle, te van a encantar. Si esta experiencia de fuerza hace a lo profundo e íntimo de uno, los Proyectos hacen a lo social, con mayúsculas, a compartir lo mejor de cada uno para superar cualquier dificultad, ya te contaré después.
Lorién se acordó de repente de su misión.
—A mí me vais a disculpar, pero me emocioné tanto conversando y compartiendo estas cosas que olvidé que tengo que encontrarme con una persona. Hacia allá me encaminaba cuando el hada Concha apareció en mi vida.
—Tu sí que eres un ser mágico y bondadoso que ha aparecido en la mía —dijo Concha—. Bien, te acompaño a la parada del autobús.
La mamá le dio un abrazo de despedida diciéndole:
—Aquí tienes tu casa y tu familia siempre que lo desees, gracias por tus regalos.
—Gracias a vosotras —se emocionó Lorién—, yo estoy viajando fuera de España, pero en unas semanas estaré de vuelta y con total seguridad pasaré a ver como están.
—Hasta pronto entonces, cuídate mucho y no dudo que por donde vayas, irás sembrando la vida a tu paso —dijo la mamá.

Concha se le quedó mirando, lo tomó del brazo y se lo llevó en silencio escaleras abajo. Cuando se cerró la puerta a sus espaldas lo miró de nuevo y le dijo.
—Claro, ahora lo entiendo, al parecer tienes algo muy importante por hacer por delante. Por eso estabas tan angustiado cuando nos encontramos hace un par de horas. ¡No es posible! Tengo la impresión de que llevamos días conversando y haciendo cosas, siento una familiaridad contigo como hacía tiempo no sentía con nadie.
—Es lo humano —dijo Lorién—, cuando compartes esa experiencia con otros y se abre lo humano en nosotros, la sensación de conexión con los otros es tan potente, que genera esa impresión de familiaridad y cercanía intensa, de haberse conocido toda la vida. Es como si Lo Humano se encontrará consigo mismo.
—Sí, estoy segura de que tienes razón, me dejas tanto para pensar y reflexionar... Volviendo al tema, claro, por eso era tu angustia, es así. ¿Verdad?
—Sí, dijo él, pero no puedo hablar de ello, hay enemigos peligrosos que andan detrás y que no quieren que la humanidad se libere. Tengo que cumplir mi misión. Si sale bien, nos veremos en unas pocas semanas. Si no, de todas formas, ha merecido la pena por todo lo que me ha pasado desde que la asumí y en esto está incluido haberos conocido a vosotras.
Caminaron en silencio hasta la parada de autobús, muy conectados y resueltos cada uno con las decisiones que había tomado. Llegó el autobús y se despidieron con un fuerte y conectado abrazo.
—Mucha suerte Lorién, pediré todos los días porque te vaya bien en la tarea que tienes que cumplir y esperaré impaciente que pase la semana para comunicarme con tus amigos.
Subió al bus y sus ojos quedaron todavía unidos en una larga mirada de despedida, mientras el bus se alejaba.
—Señor, ¿me puede avisar cuando lleguemos a la parada de la Plaza Mayor?
—Claro que sí —dijo de forma jovial el conductor—, siéntate cerca y recuérdame en un rato por si acaso.
—¿Cuánto tiempo tardaremos aproximadamente?

—Unos cuarenta minutos dependiendo del tráfico, Madrid está colapsado con tanto vehículo, pero son las cuatro de la tarde y es buena hora, no deberíamos encontrar muchos atascos.
Se sentó en un asiento cerca del conductor, mirando con ojos muy grandes Madrid. Todo era impresionante, muchas de las calles que veía al pasar, plazas y monumentos le resultaban conocidos por haberlos visto en la televisión, era como estar dentro de la tele.
—¡Qué demasiado! —se dijo.
Kilómetros y kilómetros de calles, de casas, de rascacielos, miles de coches, era una locura total. Esto es Madrid, aquí te puedes perder y no volver a encontrarte nunca más, esto es enorme. Una cosa es saber que tiene más de cinco millones y otra, estar en medio sin conocer nada ni a nadie. Bueno, ahora sí conocía a alguien, a pesar del poco rato eran amistades profundas que permanecerían en su corazón. Esto le dio una seguridad que no había sentido hasta ese momento, se sentía acompañado, volvió a recordar aquellas palabras. No imagines que estás solo en tu pueblo, en tu ciudad, en la Tierra y en los infinitos mundos.
Estaba tan ensimismado que no escuchó al chofer.
—Estamos llegando a la Plaza Mayor. ¿No eres tú el que vas a la Plaza Mayor?
—Sí, sí, claro —dijo Lorién—, muchas gracias.
—Hemos tenido suerte y la hora es buena, así que hemos tenido un tráfico bastante fluido —dijo el conductor. Esta es la parada.
—Gracias de nuevo señor, que tenga una hermosa tarde.
El chofer se le quedó mirando un poco sorprendido por la calidez y honestidad de los buenos deseos del muchacho.
—Tú también, hijo, que tengas una muy buena tarde y que este Madrid de locos no te estropee el buen humor y el buen carácter.
Los pasajeros del bus se miraban entre sí un tanto sorprendidos por este diálogo tan ajeno a lo cotidiano, acostumbrados a las brusquedades, a no mirarse a los ojos, a no expresar afecto, a la indiferencia y la violencia en el trato. Este intercambio era totalmente inusual, todos ellos se sonrieron y una pequeña brisa de humanidad corrió entre ellos. Se sintió al interior del autobús una suerte de complicidad afectiva que duró unos minutos, les permitió

evocar otros tiempos cuando todos saludaban al subir al bus, se hablaban arriba con todo el mundo, sin importar si se conocían o no. Una oleada de nostalgia les recorrió.
Lorién llegó a la Plaza Mayor y se quedó admirado, ahora sí que era como estar en la tele, cuántas veces había visto la plaza en imágenes, pero claro, otra cosa es verla en vivo, era como estar dentro de una película. Bueno, en los dos últimos días sentía que toda su vida era como una novela. Se quedó un rato contemplando la plaza, recorriéndola despacio, disfrutando del mito hecho realidad. Bueno, capaz que él iba a hacer realidad un mito también, el profe le había dicho que él era el Prometeo moderno... Le dieron ganas de reírse, él un mito, jajajá, era como estar dentro de un sueño en el que en cualquier momento iba a despertar, solo que no despertaba nunca. Esto no le podía estar pasando a él, ni a nadie. Esto solo ocurría en el cine, en los libros, pero la verdad es que le habían pasado tantas cosas, tantos indicadores confirmando su decisión y sentido que, en algún momento, a pesar de la extrañeza que le causaba, tendría que asumir esta loca situación que estaba viviendo. Después de un rato, preguntó en un bar donde estaba la calle Cuchilleros.
—Mira en aquella esquina. ¿Ves ese arco? —le preguntó el camarero—. Ese es el arco de Cuchilleros, atraviésalo, baja las escaleras y estarás en la calle Cuchilleros.
De repente le vinieron unos escalofríos, estaba tan cerca de confirmar que todo aquello era cierto, que le vinieron unos temblores que lo inmovilizaron. Todavía podía ser una patraña, un cuento, una locura del profe. Todo podía ser, todavía, una historieta, un chiste. Casi deseó que así fuera. Por otro lado, le daba pena que fuera un cuento, una broma, después de todo lo que sentía que había crecido como persona.
—Bueno —se dijo—, menos historias y veamos con que nos encontramos.
Así que enfiló por el arco de Cuchilleros, con esas emociones y deseos encontrados, en busca de su destino. Bajó las escaleras y comenzó a buscar el número trescientos veinte tres. Lo encontró rápidamente. Era un taller de restauración de muebles, una casona antigua. Había un señor mayor lijando una silla. Estuvo a punto de

darse la vuelta.
—¿Qué es eso de andar jugando a los espías y preguntar por personas que no existen, dando contraseñas ridículas?, esto no pasa en la realidad —se dijo.—Está bien Lorién, has llegado hasta aquí así que hazte cargo. —Se animó.
Entró en el taller y saludó.
—Buenas tardes, busco a Carlos Alcázar —habló rápidamente y con un tono bajo.
—¿Qué es lo que dijo? —contestó el señor poniéndose la mano detrás de la oreja—. Habla más fuerte y lento para que te entienda —Gritó.
—Busco a Carlos Alcázar —dijo más fuerte y lento, con voz temblorosa y con el corazón latiéndole alocado en su pecho.
Mientras miraba alrededor y detrás de sí por si alguien lo estaba espiando, notaba como el color había abandonado su rostro.
—No, no conozco a nadie con ese nombre, muchacho.
En un segundo lo invadieron dos sensaciones encontradas, por un lado, un enorme alivio y por otro, una sensación de desengaño, de tristeza, como de estafa.
—Gracias — y ya se estaba dando la vuelta para salir cuando otra persona apareció en el taller. También con ropa de trabajo y lleno de polvo y aserrín de la cabeza a los pies, lo miró de arriba abajo.
—Buscas a Carlos Alcázar —dijo en voz baja y templada.
—Sí —graznó tembloroso, Lorién.
Este último señor lo observaba por encima de las gafas.
—Pasa por aquí, Carlos trabajó con nosotros hace años, pero se fue hace tiempo, de todas formas, pasa.
—No importa —dijo Lorién queriéndose ir y queriendo terminar con aquello.
Seguía pálido, le temblaba todo el cuerpo, apenas se tenía de pie y notaba las manos completamente transpiradas.
—Pasa hijo, pasa —dijo de forma más cálida—, me dejó un recado por si lo venían a buscar.
Lorién no sabía si salir corriendo o entrar, finalmente se resolvió diciéndose a sí mismo.
—Acabemos con esto de una buena vez.

Respiró profundo y avanzó por el pasillo que le indicaba el señor. El hombre caminó delante y lo instó a entrar en un pequeño despacho. Lo invitó a tomar asiento.
—¿Tienes alguna palabra que decirme?
En ese momento se quedó en blanco, estaba tan clara hace unos minutos atrás, cuando estaba en la plaza y ahora todo estaba emborronado en su cabeza.
—Sí —dijo muy nervioso—, pero no me acuerdo. —Casi se echa a llorar—. Hace cinco minutos me acordaba, pero ya no.
—Tranquilo chaval, relájate, respira y tomate un par de minutos, toma un poco de agua —dijo con voz amable y una sonrisa acogedora, que borró la severidad de su rostro.
Sacó una botella que tenía en un aparador y le sirvió agua en un vaso largo, con muchas filigranas, con una mujer que salía como del agua y como que renacía. Se sonrío y miro al señor ya más tranquilo, su broma interna lo ayudó a relajarse.
—Renacer —dijo.
El señor se le quedó mirando unos segundos sin decir nada, después, bajando la voz, preguntó.
—¿Te envía Federico?
—Sí —dijo Lorién aliviado, finalmente parece que se estaban entendiendo.
—Bien, espérame aquí un segundo, voy a avisar que no nos molesten.
Volvió en unos segundos.
—Sígueme —le dijo.
Ahora estaba con una actitud muy alerta. Abrió una pequeña puerta y bajaron unas estrechas escaleras de caracol con bastante polvo acumulado. Llegaron a un pequeño sótano, donde había algunas herramientas y un enorme armario, antiguo, con mucho bajo relieve y figuras alegóricas talladas. Abrió una puerta del armario y sonó un chasquido.
—Pasa por aquí —le indicó.
Pasaron por debajo de unas ropas colgadas, agachados y se abrió una pequeña puerta al fondo del armario, que los dejó en una pequeñísima habitación, donde apenas cabían los dos. En un rincón

tocó algo y una pared completa se entreabrió. El señor empujó y pasaron al otro lado. Ahora estaban en una habitación amplia, con las cuatro paredes llenas de libros, se veía que eran libros antiguos y en medio una mesa grande, con seis sillas alrededor y unas lámparas modernas de lectura. En un rincón había un pequeño escritorio con un ordenador moderno.
—Bueno, bueno, bueno, después de tanto tiempo tenemos noticias de Federico. ¿Está bien?
—No lo sé —dijo Lorién con una especie de graznido que le salió de su garganta apretada y seca—. La última vez que lo vi estaba ocultándose de una gente que lo perseguía y se escuchaba muy agobiado.
—Pues sí tenía que estar en problemas para que se vea agobiado a Federico, con la flema que tiene —dijo el señor.
Esto relajó visiblemente a Lorién, hasta aquí no sabía que estaban haciendo, a dónde lo llevaba. Estaba con los nervios tensos como cables de acero y los puños tan apretados que se había hecho sangre en las palmas de las manos con las uñas. Al aflojar la tensión se dio cuenta de lo tenso que había estado todo el rato.
—Parece que lo conoce bien —comentó Lorién.
—Digamos que sí… y tú, ¿lo conoces hace mucho?
—La verdad es que solo hace dos semanas —y le contó a grandes rasgos lo que sabía de él, lo de los Proyectos de Apoyo Humano y finalmente su aparición tras el muro del Óvalo escondido—. Bueno, y aquí estoy, sin saber mucho qué hacer. Usted me dirá —terminó Lorién con un suspiro.
Él lo miró con afecto y compasión.
—Tremenda carga que ha depositado Federico sobre tus hombros, pero parece que escogió bien, siempre fue un gran conocedor de personas.
—¿Qué escogió bien? Querrá decir que agarró lo primero que encontró.
—No, Lorién, Federico jamás hubiera actuado así, de entregarle ese conocimiento a cualquiera, con todo el peligro que entraña, de no estar seguro que era la persona adecuada para hacerse cargo de semejante misión. Por muy desesperado que estuviera, nunca

hubiera hecho eso. Yo coincido en que escogió bien —prosiguió—, cuando uno está en resonancia con el universo, ya no se actúa desde el yo, sino desde un propósito mayor, uno se abre y se entrega a una intencionalidad mayor, que se expresa a través de uno. Esa intencionalidad que nos precede y que por cierto nos trasciende, más allá de nuestra corta vida en este plano —dijo de forma incomprensible para Lorién, que no entendió nada, pero se tranquilizó—. El lugar donde encontrarás la primera Disciplina es en Estambul, Turquía. Allí te contactarás con Zuleima Martín, la encontrarás en la calle Hailcilar 320, en el Gran Bazar de Estambul. La contraseña para que ella te reconozca es León Alado. Ella te indicará la siguiente etapa de tu misión.
Se quedó en silencio unos momentos mirándolo y prosiguió:
—Cada Protector de las Disciplinas solo conoce al siguiente y no sabe nada del anterior. Como entenderás es fundamental ser cuidadosos y discretos en estos temas.
Lorién asintió muy serio.
—Bien, así que vas a viajar a Estambul. ¿Has salido antes de España?
—No señor —dijo.
—Jajajá —se rio con buen humor—. Y claro, no tienes pasaporte y supongo que no tendrás mucho dinero. ¿Verdad?
—No. Dinero, unos ciento veinte euros —dijo un tanto sonrojado.
—Jajajá —volvió a reír afable—, no te preocupes.
—A partir de ahora te vas a llamar Bruno Illescas. Te vamos a cambiar un poco el aspecto —dijo sonriente—. Te voy a cortar un poco tu larga y rizada melena y te vamos a engominar el pelo, para que se vea bien liso y pegado a la cabeza. Te vamos a poner gafas, grandes, de culo de vaso, pero verás bien, no te preocupes. Te vamos a vestir de riguroso negro, con eso yo creo que será suficiente. ¿Tienes hambre, quieres pasar al baño, necesitas algo?
—En realidad me vendría bien pasar al baño y darme una ducha si puede ser.
—No, la ducha te la darás después que te cortemos el pelo. Pasa si quieres, por aquella puerta a la derecha. Bien, voy por los equipos y vuelvo en seguida.

Fue al baño, orinó, se lavó las manos y la cara, se miró al espejo y se dijo:
—En que lio me estoy metiendo— sacudió la cabeza y volvió a la biblioteca, al poco rato volvió el señor con varias cajas. Encendió el ordenador y unos sofisticados equipos.
—¿Es usted Carlos Alcázar? —preguntó.
—Carlos Alcázar no existe, pero puedes llamarme Carlos si quieres, cuanto menos sepamos el uno del otro, mejor. Las prevenciones que te dio Federico no son ninguna exageración, más bien al contrario, extrema toda prudencia, pero muéstrate natural, seguro que de esa forma no llamas la atención y con tu encantadora personalidad atraerás todo tipo de ayuda.
—¿Cómo sabe usted eso? —dijo asombrado.
—Bueno, son las cosas que pasan cuando uno está montado en el Sentido, como tú en este caso, veo que ya te han sucedido cosas extraordinarias de este tipo. ¿Verdad? Jajajá. Sí, no todo es malo, sigue el camino con corazón, no te traiciones y tomarás siempre las decisiones correctas, estarás siempre en el momento justo, en el lugar justo y aparecerá justo la persona que necesitas. —Terminó de montar y ajustar una cámara fotográfica junto con los otros equipos —. Partamos por cortarte el pelo, lo lamento veo que tu larga y rizada cabellera tenía cierto simbolismo para ti, seguramente era una expresión externa de libertad y de anarquía, jajajá. ¿Me equivoco?
Lorién se ruborizó un poco para terminar sacudiendo la cabeza afirmativamente.
—Bueno, ahora estás encarnando esos valores desde adentro, así que ya no necesitas símbolos externos. Siéntate en esta silla.
Le puso una especie de sábana alrededor del cuello, cubriéndolo casi por entero y con una tijera le recortó el cabello.
—Ahora sí puedes darte esa ducha, en el baño tienes toallas y champú y también la ropa que vas a ponerte, a ver si he tenido buen ojo y te queda bien.
Lorién fue al baño y se dio una larga y reparadora ducha de agua caliente primero, para terminar con agua fría. Dado que estaban entrando en el invierno, estaba muy fría, pero lo templó

internamente, sintiendo su cuerpo descansado y relajado.
—Claro, una cama me vendría de maravilla, pero por el momento estoy bien, —se dijo con una sonrisa.
Se vistió con la ropa negra que le habían dejado, le quedaba casi perfecta. Volvió a la biblioteca y Carlos le puso gomina en el pelo y se lo peinó bien liso hacia atrás.
—Vas a tener que aprender a hacer esto tu solo para que te parezcas a la foto de tu pasaporte. Ahora ponte estas gafas.
Eran terribles, eran de miope total, de esas que tienen como círculos concéntricos.
—Con esto voy a ver menos que un caballo de yeso. —se rió, pero para su sorpresa, veía normal.
Se miró al espejo y casi saltó del susto, que tipo más feo, tenía una pinta de nerd total.
—Imposible que alguien me pueda reconocer ahora —le dijo a Carlos.
—Jajajá —se rio él—, efectivamente no va a haber quién te reconozca, de eso se trata. Estás perfecto. Siéntate de nuevo, te voy a hacer unas fotos para el pasaporte. Ahí quédate quieto, perfecto, otra vez, vale.
Se fue al ordenador y estuvo trabajando con las fotos, después sacó un pasaporte y estuvo trabajando con los equipos de alta tecnología, terminó su trabajo y quedó perfecto.
—Este es tu pasaporte, te llamas Bruno Illescas, eres de Soria y estás estudiando arte Bizantino.
Lo miró, era impresionante, perfecto, con su nueva cara y su nuevo nombre. Nadie podría decir que era falso.
—Aquí tienes tu reserva para el pasaje a Estambul. Tu avión sale a las 8 de la mañana, tienes que estar dos horas antes en el aeropuerto. Aquí tienes cuatro mil euros por cualquier necesidad que tengas. ¿Qué tal tu inglés?
—Ingles. ¿Qué es eso? — Exclamó Lorién con buen humor provocando la risa de Carlos compartiendo la broma.
—Bueno, no se puede tener todo. Aquí tienes los datos de la reserva del hotel en el mismo aeropuerto para que no pierdas tiempo. Aquí tienes este mini notebook para que puedas leer tus archivos

tranquilo. —Él no le había mencionado los archivos, ni el pendrive, pero bueno, ya había dejado de sorprenderse—. Cada vez que termines de leer un archivo, le haces un control F más D y borrará la información sin dejar huella. Cuando quieras conectar a Internet haz un clic aquí. Ten cuidado, nunca leas esos archivos con Internet conectado. No te comuniques con nadie que te conozca, sé que tu familia se preocupará, pero es mejor que se preocupen, a que te lloren por estar muerto o que a ellos los torturen o maten para sacarles información.

Carlos notó que Lorién se había angustiado con el comentario hacia su familia.

—Lorién, —le dijo, apoyando sus manos en los hombros del chico —, la verdad es que esto no es un juego, me gustaría ablandarte un poco la situación, pero no te ayudaría para nada con ello. La situación es la que es y hay que afrontarla. Tú ya tomaste tu decisión y sabías de las posibles consecuencias. Es verdad que al oírlo decir como que toma más peso y se torna más doloroso, pero la verdad no es buena ni mala, simplemente no tiene remedio, es como es. La gente que está detrás de nosotros trata de controlar el planeta entero y no les importa matar, torturar o lo que haga falta para obtener lo que quieren. Tienen mucha práctica y lo llevan haciendo muchos años. Tienen todos los poderes a su favor, excepto uno, el poder sobre el Ser Humano y su capacidad para recrearse, reconstruirse, para sorprender, una y otra vez. Tratan de domesticarlo, de lavarle el cerebro, de anestesiarlo, de confundirlo y de aislarlo, pero nunca llegan a controlarlo del todo. Tratan de hipnotizarlo, pero siempre hay unos pocos que se deshipnotizan y esos se encargan de ayudar a despertar al resto. Esto ya ha ocurrido antes, ellos no tienen memoria, pero nosotros sí y tenemos una fe total en el Ser humano y sus ilimitadas posibilidades de desarrollo. Pero no basta con la fe, hay que actuar en consecuencia, a dios rogando y con el mazo dando. Si no, somos como el del chiste, que estaba todos los días pidiendo a la virgen que le tocara la lotería, que le tocara la lotería… así durante años, hasta que un día se le aparece la virgen y le dice está bien, te va a tocar la lotería. ¡Pero compra, hombre, compra!, jajajá, ayuda un poco. ¡Por favor! Jajajá. Ahora entrégame tu teléfono, hay que destruirlo. Aquí tienes este

móvil, es internacional, te servirá para hacer llamadas, pero no para recibir, tiene un pequeño software dinámico que hace que el número cambie después de cada llamada, para que no sea rastreable. —Se quedó en silencio mirándose las manos—. A pesar de que es una empresa muy difícil y que nos encontramos frente a los poderes más grandes de la historia, de todas formas, yo tengo la certeza de que todo irá bien. En ese maletín, jajajá, con tu nuevo aspecto no va una mochila, tienes una muda completa, hasta los calzoncillos son negros, jajajá.

—¡Joder! —exclamó Lorién—, qué impresionante, qué despliegue logístico.

—Bueno, cada uno es bueno en algunos aspectos, este es mi fuerte y estar siempre preparado para todo tipo de coyunturas. ¡La llevaba esperando veinte años!

—¿Años? —se asombró, Lorién.

—Sí, veinte años —repitió Carlos—, con esto concluye mi misión. El momento se acerca, al final de esta década probablemente se abrirá una ventana en la historia, si entra lo nuestro tenemos asegurado el porvenir de la humanidad, sino… bueno, puede pasar cualquier cosa. —Comentó en forma reflexiva estas crípticas palabras, que a Lorién no le dijeron nada—. Bien, querido amigo —le dijo con mucho afecto—, te deseo mucha Paz, Fuerza y Alegría. Estoy seguro de que tomarás las decisiones correctas, Federico eligió muy bien.

Le dio un abrazo muy conectado y le mostró la puerta. Salieron a un callejón estrecho que llevó a Lorién a una calle más amplia, donde tomó un taxi al hotel en el aeropuerto.

Por el camino iba mirando asombrado la tremenda ciudad que es Madrid y con una fuerte sensación de entusiasmo por todo lo que estaba viviendo.

—¿Qué te parece? Así que un experto en arte Bizantino, viajando en taxi al hotel del aeropuerto, en tránsito hacia Estambul. ¿Quién lo hubiera dicho? Jajajá. —se rió solo.

Cuando llegó al hotel, pasó a la recepción a inscribirse y confirmar la reserva. Era un hotel inmenso y muy elegante. Le dio un poco de vergüenza verse con sus pelos largos, rizados y sin peinar y con su ropa descuidada, hasta que cayó en cuenta de su nuevo aspecto al

pasar al lado de un espejo.
—Claro, pero si soy todo un experto en arte, jajajá. Miope, pero elegante, jajajá.
—Su habitación es la quinientos seis, señor Illescas, —le dijo una amable recepcionista, al tiempo que le pasaba una tarjeta con un sobrecito pequeño—. Aquí tiene su llave, es en el quinto piso. Ernesto, el botones, lo va a acompañar.
—¿Y esto es una llave?, —preguntó sorprendido mientras se sonrojaba, sintiéndose de nuevo como un pueblerino.
—Sí, no se preocupe, que Ernesto le explicará cómo funciona.
—¿No tiene equipaje? —preguntó Ernesto.
—No, solo este maletín.
—Si me hace el favor de seguirme —dijo caminando hasta los ascensores.
Era un hotel enorme y muy refinado, se sentía pequeño otra vez, pero respiró profundo, echó los hombros atrás y caminó detrás del botones. Una vez en la puerta de la habitación, Ernesto sacó la tarjeta plástica del sobrecito de cartón que le habían dicho que era la llave, lo introdujo y lo sacó en un receptáculo en la cerradura de la puerta que tenía una lucecita roja. Al sacarlo, se puso verde y la puerta se abrió.
—Vaya, vaya —se dijo—, lo que hay que ver.
Ya dentro de la habitación, Ernesto metió la llave en otro receptáculo en la pared a la derecha de la puerta y se encendieron las luces.
—Cuando quiera salir saca la llave y cierra la puerta.
—Gracias, Ernesto.
—De nada señor, —dijo, pero no se movía.
Lorién hizo un amago para entrar en la habitación y Ernesto seguía sin moverse, de repente cayó en cuenta. Claro, si lo había visto en las películas cuantas veces. ¡Estaba esperando una propina! Otra vez se sonrojó.
—¡Que pueblerino que soy!
Metió la mano en el bolsillo, sacó un euro y se lo dio.
—Gracias, señor, —dijo Ernesto con una gran sonrisa, haciendo una pequeña inclinación, encaminándose hacia el ascensor.

El reloj de la habitación le indicó que eran las 19:14. Había una cama enorme, como de cuatro plazas. Corrió y se tiró arriba de ella y se empezó a reír solo, mientras daba vueltas sobre sí y saltaba alegremente, de un lado para el otro. Saltó al suelo, sobre la enorme y mullida alfombra, Abría los cajones, el frigo bar, exploraba el servicio. Era una habitación casi tan grande como su casa y todo tan cuidado y elegante… Volvió al frigo bar para ver algo para tomar: champagne, vodka, ginebra, whisky, cerveza. De pronto se acordó por qué estaba allí. Se sentó en la cama a pensar, eran demasiadas cosas en muy poco tiempo. Las tripas le rugieron,
—Claro, si no he comido nada desde el bocata de la mañana con Concha.
Vio un teléfono y marcó el 0, le respondió una recepcionista.
—Recepción, dígame.
—¿A partir de qué hora se puede cenar?
—Desde las 19 horas está el comedor abierto.
—¿Dónde está el comedor?
—En el segundo piso, señor.
—Muchas gracias.
Volvió al baño, se miró al espejo y tuvo un sobresalto, sorprendido ante la imagen.
—¡Joder! No me acostumbro a ser este nerd miope y vestido de enterrador.
Se sacó las gafas y se miró al espejo.
—Bueno, al menos los ojos me recuerdan a mí, jajajá.
Se lavó la cara y las manos y bajó al segundo piso. Estaba muerto de hambre, se sentó en una mesa y miró alrededor. Era un comedor muy grande, pero solo estaba él y una pareja mayor. Vino el camarero y le entregó la carta.
—¡Qué manera de haber cosas ricas para comer!
Pidió un consomé de pollo y unas chuletas de cordero con puré de patatas. Se devoró la comida en quince minutos.
—Mañana tengo que embarcar a las 6 de la mañana. ¿Hay algo más que tenga que preparar? —se preguntó—. Al parecer no, bien puedo aprovechar para leer un poco sobre Las Disciplinas y La Escuela.
Comió un flan de postre, pagó y se volvió a la habitación, estaba

ansioso por poder seguir leyendo los archivos, se le había olvidado el frigo bar por completo… Encendió el mini notebook e inserto el pendrive. Ahí estaban sus archivos, la carta de Federico, el archivo de las Disciplinas, otro sobre La Escuela y uno más que no le había prestado atención hasta ahora: El Camino.
—Vaya, un nombre sugerente, más para un viajero como yo, jajajá.
Lo abrió.

El Camino

Si crees que tu vida termina con la muerte, lo que piensas, sientes y haces no tiene sentido. Todo concluye en la incoherencia, en la desintegración.
Si crees que tu vida no termina con la muerte, debe coincidir lo que piensas con lo que sientes y con lo que haces. Todo debe avanzar hacia la coherencia, hacia la unidad.
Si eres indiferente al dolor y el sufrimiento de los demás, toda ayuda que pidas no encontrará justificación.
Si no eres indiferente al dolor y sufrimiento de los demás, debes hacer que coincida lo que sientes con lo que pienses y hagas para ayudar a otros.
Aprende a tratar a los demás del modo en que quieres ser tratado.
Aprende a superar el dolor y el sufrimiento en ti, en tu prójimo y en la sociedad humana.
Aprende a resistir la violencia que hay en ti y fuera de ti.
Aprende a reconocer los signos de lo sagrado en ti y fuera de ti.
No dejes pasar tu vida sin preguntarte: ¿Quién soy?
No dejes pasar tu vida sin preguntarte: ¿Hacia dónde voy ?
No dejes pasar un día sin responderte quién eres.
No dejes pasar un día sin responderte hacia dónde vas.
No dejes pasar una gran alegría sin agradecer en tu interior.
No dejes pasar una gran tristeza sin reclamar en tu interior aquella alegría que quedó guardada.
No imagines que estás solo en tu pueblo, en tu ciudad, en la Tierra y en los infinitos mundos.
No imagines que estás encadenado a este tiempo y a este

espacio.
No imagines que en tu muerte se eterniza la soledad.

—¡Vaya con El Camino! ¡Es corto, pero contundente! Si crees que tu vida no termina con la muerte… Esto es muy fuerte, está hablando de que la vida puede no terminar con la muerte. ¿Qué sería eso? Las religiones dicen que el alma, el espíritu, es lo que va más allá de la muerte, que el cuerpo es lo que muere. Interesante esto de que la vida no termine con la muerte, pero… ¿Se puede tener alguna experiencia en vida de esto? Estamos hablando de experiencias extraordinarias ¿Qué experiencias extraordinarias he tenido yo? Ah, pero claro, las experiencias con la Fuerza, pero que tonto, como no lo había relacionado antes.
Quería pegarse de cabezazos en la pared, después de esas extraordinarias experiencias con el Fuego Sagrado, cómo en esos momentos había cambiado la percepción de sí mismo y del Mundo y no solo en él, sino en todas las personas con las que había experimentado con la Fuerza. El último ejemplo, lo que había pasado con Concha y su madre. Al tomar contacto con la Fuerza, aparecía en otro espacio-tiempo distinto al habitual, el cuerpo desaparecía, pero no era la nada, ahí estaba esa poderosa Fuerza, Luminosa y Bondadosa, donde uno sentía y percibía de otra forma.
—Claro, eso es lo que vive más allá de la muerte del cuerpo, esa Fuerza que da vida al cuerpo, la Trascendencia… ¡Wuauuu! ¡Estamos hablando de la Inmortalidad! —Empezó a vibrar todo su cuerpo—. ¡Qué fuerte!
Le volvió esa fuerte energetización que sentía con la experiencia de la Fuerza y no podía parar sentado, así que se levantó y comenzó a caminar.
—Esto es muy fuerte, muy fuerte, es lo más importante que existe, ahora empiezo a verlo con claridad, ahora empieza a tener sentido lo que nos dijo el profe y lo que dice El Camino. Es como una guía, un Camino, obvio, ahora está más claro. —Estaba tan entusiasmado, que quería gritar de júbilo—. Uno no es el cuerpo, uno es esa Fuerza que lo alienta, claro, el cuerpo es fundamental para vivir en esta vida, pero al dejarlo atrás, al soltarlo… esa Fuerza se libera. ¡Qué bueno! Soltar, es lo mismo que pasa con la experiencia de

Fuerza, uno tiene que soltar el control y dejar que se exprese para que pase algo interesante.
Sentía como palpitaba todo su Ser mientras razonaba a una velocidad no habitual en él, las implicaciones de lo que estaba comprendiendo lo desbordaban. Sentía la ampliación de su conciencia, cómo el conocimiento se abría a él sin pensarlo. Al tratar de atraparlo, se alejaba y al vivirlo, al no tratar de agarrarlo, venía a raudales,
—¡Que paradójico! Con razón están persiguiendo a Federico, esto es lo más importante en la vida. Así que la Trascendencia no solo existe, sino que se puede experimentar, registrar de alguna forma en vida, una aproximación sería el trabajo con la Fuerza.
Se acordó de una frase que había leído hace un tiempo atrás, era algo así como El que muere antes de morir no morirá jamás. Es cierto que él no había sentido que se moría, le era claro que el tema iba por ahí, que ese atisbo de experiencia se podía llegar a profundizar y liberarse del temor a la muerte.
—¡Pero esto es extraordinario!— Se dijo —Si la humanidad perdiera el temor a la muerte y tuviera experiencia de lo trascendente que vive en cada uno de nosotros, sin duda que cambiaría radicalmente la percepción que tenemos de nosotros, de los demás, del Mundo y de la Vida.
No podía parar, era tanta la energía que sentía, que le parecía que su cuerpo iba a estallar, saltaba de una comprensión a otra a una velocidad increíble. Se iban desplegando las comprensiones dentro de él, con unas poderosas sensaciones, acompañado, además, de emociones muy altas y sutiles. Sentía que todo su Ser se había ampliado mucho más allá de su cuerpo a pesar de estar con los ojos abiertos, no como en la experiencia con la Fuerza. Lo asoció también con lo que su profe de física les había dicho una y otra vez y que nunca le había dado importancia, que todo es energía en distinto nivel vibratorio. En este momento, casi podía sentir la energía en las paredes, en los muebles, en el aire a su alrededor, en todo.
—¡Todo es energía en distinto estado vibratorio!
Ahora esto producía un tremendo impacto dentro de sí, tenía un sentido total.

—Entonces, también la vida podía vibrar en distinto nivel.
Era claro que, en este momento, él estaba vibrando a otro nivel que el habitual, que podía percibir, registrar y comprender sutilezas que en lo cotidiano se le escapaban. Y por qué no imaginar que todavía podía haber niveles vibratorios mucho más altos que los que estaba experimentando en ese momento, ahí se abría una posible visión de la Trascendencia, que iba levantando el nivel vibratorio en cada vida o ciclo o plano en el transcurrir inmortal y que no se agotaba, ni mucho menos con la muerte del cuerpo, que después podía seguir evolucionando ese ser energético a otros niveles o planos.
Bueno, todo eso todavía estaba lejos de su experiencia, pero las posibilidades que se abrían eran tan inconmensurables, que estaba totalmente asombrado. Por unos instantes sintió que podía llegar a comprender y experimentar todo, pero es como si hubiera topado con un límite energético, como que llegó a su punto álgido y después se fue diluyendo lentamente. Finalmente se sentó y agradeció por las comprensiones y por las implicaciones de estas.
—Es fundamental —se dijo—, abrir el horizonte más allá de la muerte a todos los seres humanos y yo me comprometo a hacer todo lo posible por aportar en esa dirección. —Se quedó en un meditado recogimiento, como decantando e integrando las comprensiones obtenidas—. Siento que hoy la muerte ya no me asusta como antes, no digo que ya no le tengo miedo, pero siento que estoy cerca de perderlo.
Le vino a la memoria la frase Ama la realidad que construyes y ni aun la muerte detendrá tu vuelo. Eso estaba haciendo: construyendo una realidad profundamente querida para él y para los demás y sentía como el condicionante máximo, la muerte, iba perdiendo fuerza en su sistema de creencias.
Miró el reloj y se sorprendió al ver que ya eran las 22 horas.
—¡Como se ha pasado el rato! Bueno, vamos a la cama, que mañana hay que madrugar, tengo que estar en la ventanilla de la aerolínea a las 6 de la mañana.
Se acostó y se durmió en pocos segundos en un sueño profundo y reparador.
Al otro día estaba a las 6 de la mañana en la ventanilla de Turkish

Airlines, con quienes tenía pasaje para Estambul o Istanbul, —bueno, el no Bruno Illescas, jajajá—. Le entregaron el ticket, hizo el check in e ingresó por la zona internacional. Al pasar frente a la policía, se puso un poco nervioso, pero lo dejaron pasar sin problemas. Un suspiro profundo se le salió cuando ya estaba en la zona restringida a pasajeros.
—Qué enormidad de aeropuerto, kilómetros y kilómetros, cientos de aviones o miles —no podía calcularlo. Su viejo sueño de viajar y conocer mundo se estaba cumpliendo a marchas forzadas—. ¡Joder! ayer Madrid y hoy Estambul, la antigua Bizancio, Constantinopla, el puente entre Europa y Asia con el Bósforo, estrecho que divide la ciudad en dos partes uniendo el mar de Mármara con el mar Negro. Siempre había soñado con conocerla y en unas pocas horas estaría allí.
Estaba tan entusiasmado por el viaje que se olvidó por un rato de su misión. Miró para atrás y se impresionó de nuevo con todo lo que había pasado en apenas día y medio.
—Esto es una verdadera maratón, yo quería aventura, pero esto es una locura total —se dijo con una sonrisa.
Hasta tenía una nueva identidad y un aspecto completamente nuevo, nadie que lo hubiera conocido sería capaz de reconocerlo. Buscó su puerta de embarque, tenía tiempo, una hora y quince minutos. Cuando la encontró, se sentó en un asiento cercano y buscó su portátil, se conectó a Internet y buscó en Google Maps la calle donde tenía que ir a encontrarse con su contacto, Zuleima Martín.
—¿Cómo sería ella? Bueno, seguramente una viejita, como Federico o Carlos, con la sabiduría y la chispa de estos.
—Vio que la calle estaba dentro del Gran Bazar que cuenta con 58 calles y 4.000 tiendas.
—¡Qué barbaridad! —exclamó—, un mercado que es tan grande como todo Teruel.
Después buscó Estambul en la Wikipedia, realmente es una ciudad de ensueño. Un verdadero crisol de culturas y etnias, con un enorme peso cultural e histórico. Fue capital del Imperio Romano, del Imperio Romano de occidente, del Imperio Latino y del Imperio

Otomano.
—¡Ahí es nada! Con una enorme diversidad humana, de pueblos y civilizaciones. —Se estuvo deleitando viendo fotos de los lugares más relevantes—. En fin, muuuucho por ver y seguramente para los que nos gusta la gente, lo más interesante, más allá de la maravilla de monumentos, palacios, museos, plazas e iglesias, el pasear por la calle disfrutando de ese tremendo colorido y diversidad humana —se dijo.
Se le estaba haciendo la boca agua, absorto en la lectura, cuando llamaron a embarcar. Se puso en la fila de los primeros con su tarjeta de embarque, el pasaporte y su pequeño maletín. La azafata le sonrió y le deseó un feliz viaje. Tenía la suerte de que le había tocado la ventanilla y sin el ala, así que iba a tener una vista privilegiada desde el aire de Estambul. Estaba completamente gozoso, como un niño pequeño. Era su primer viaje en avión también y nada menos que a Estambul…
—Me siento con ese nerviosismo rico de lo nuevo, como un gordito frente a una mesa llena de pasteles, jajajá.
Tuvieron un buen viaje, después del desayuno aprovechó para echar una cabezadita.
—Al ritmo que llevo no sé cuándo podré coger una cama otra vez —se dijo.
Tuvo un sueño intranquilo y nervioso, soñó con gente que lo perseguía por unas calles estrechas, como los zocos árabes y el corría y corría y no podía hacer nada por librarse de los perseguidores. Despertó sobresaltado y con menos entusiasmo sobre su llegada a Estambul del que tenía antes de dormir.
—Es solo un sueño —se dijo—, es normal, con el ajetreo que he llevado estos días.
Vio que solo faltaba media hora para aterrizar y, poco después, se escuchó la voz del capitán pidiéndoles que se abrochasen los cinturones, porque empezaban a descender.
—En Estambul son las 12:40, una hora más que en Madrid. La temperatura es muy agradable, 22 grados, les deseo en nombre de toda la tripulación una feliz estancia.

Capítulo 3: Estambul

Aprende a reconocer los signos de lo sagrado en ti y fuera de ti.

Miró por la ventanilla y vio que se comenzaban a abrir las nubes y apareció abajo la hermosa Estambul, con el cuerno de oro brillando a esa hora, con la ciudad extendida a los dos lados del Bósforo, con las cúpulas de palacios, iglesias y mezquitas radiantes al sol, con casas y edificios hasta donde alcanzaba la vista o comenzaba el mar.
—Si Madrid me había parecido grandioso esto ya es el colmo. ¡Qué belleza! —se asombró, viendo esa preciosidad de ciudad instalada en ese maravilloso paisaje.
Se le olvidó la pesadilla y ya estaba deseando tomar tierra para ver de cerca ese prodigio. Volvió la excitación de niño pequeño, gozoso y saltarín ante lo nuevo.
Las ruedas tocaron tierra y en unos pocos minutos se detuvo el avión. Lorién estaba ansioso por contemplarlo todo. Desembarcaron por fin, era una verdadera delicia ver lo exótico que era el aeropuerto con sus toques árabes, con sus gentes y sus vestimentas típicas, junto a ejecutivos de traje, corbata y maletín, además, de cientos de turistas con sus mochilas.
—Y yo con mi vestimenta negra. ¡Pues anda que no voy a pasar calor ni nada! —se rió de sí mismo.
Como no tenía que recoger equipaje, salió de los primeros. En

policía internacional, mostró el pasaporte. Le preguntaron a qué venía en un castellano un tanto gutural, pero entendible y dijo que a estudiar algunas de las principales muestras del arte bizantino, que estudiaba arte en España. Le preguntaron por la cantidad de días y dijo que 30. ¿Algo que declarar?, nada.
—Bienvenido a Estambul y que disfrute su estancia —le dijeron con una sonrisa de bienvenida.
Salió del aeropuerto y lo invadió un marasmo de gente, taxistas gritando y ofreciendo sus servicios y se empezó a agobiar. Trató de salir de aquel gentío. Vio unos puestos donde decía taxi y se acercó, le hablaron en inglés, él no entendió mucho y dijo.
—Español.
—Ah, español —con bastante buena pronunciación—. ¿Dónde quiere ir? —Le pasó un papel donde había anotado la dirección de Zuleima Martín—. Gran Bazar, bien espere un momento.
Habló por una radio y enseguida llegó un señor.
—Este es Erkin, él va a ser su chofer —le dijo con su graciosa pronunciación, presentándole a un hombre bajo pero fornido, de mediana edad, con cara de rasgos fuertes y que en este momento lucía una franca sonrisa.
—¿Le pago a usted o a él? —preguntó.
—A mí, por favor.
—¿Puedo pagar en euros?
—Por supuesto,— dijo. —Son 25 euros.
Pagó y el señor le dio un ticket de respaldo.
—Vamos entonces —le dijo a Erkin.
—Vamos —dijo Erkin en buen español—, al Gran Bazar. ¿Verdad?
—Sí —contestó Lorién y le pasó el papelito con la dirección.
—Bien, esto es por la puerta 8, estaremos ahí en unos 25 minutos.
—Oiga, qué bien que habla usted el castellano.
—Sí, estuve viviendo en Madrid dos años y bueno, algo aprendí —se rió—, después me volví, tenía nostalgia, la morriña que dicen ustedes. Me vino bien porque al regresar, me puse a trabajar en esta compañía de taxis y el saber español y algo de inglés, me ayudó mucho a obtener el trabajo. Estoy todo el tiempo con turistas y todo tipo de gente interesante, también alguna aburrida, pero disfruto mi

trabajo, en realidad me gusta la gente y me encanta y me apasiona mi Estambul. Para mí es la ciudad más bella del mundo y he recorrido bastante Europa —se quedó unos instantes en silencio antes de proseguir—. Disculpe si lo ofendí, no quiero decir que en España no haya ciudades muy bonitas, Granada, Toledo, Segovia, Salamanca, pero yo estoy enamorado de Estambul.
—No se preocupe —se rió a su vez Lorién—, no me sentí ofendido, al contrario, agradezco su calidez y franqueza.
—A veces me trae problemas —reconoció—, pero bueno, uno solo tiene una vida y no puede estar todo el tiempo censurándose y siendo un hipócrita. ¿Verdad?
—Jajajá —se rio Lorién—, es usted todo un personaje, me agrada mucho que me haya tocado como conductor.
—Otros no opinarían lo mismo, jajajá. Como los del gobierno que dicen una cosa y hacen otra. Yo valoro mucho a nuestro gobierno, nos ha metido en la modernidad sin perder nuestras raíces islámicas, pero el doble discurso me revienta. Aquí todavía tenemos mucha censura, justo estos días han dado orden de no seguir investigando la corrupción del gobierno y los jueces acatan todo lo que dicen ellos. Después aparecen hablando como si fueran los paladines de la libertad de expresión. Esto a mí me molesta mucho, o se es o no se es —manifestó con mucha fuerza Erkin—. Bueno, yo soy musulmán y no me gusta, por ejemplo, que se hable mal del Profeta, pero otra cosa es matar a la gente por eso, como está pasando con los yihadistas. Si matáramos a todos los que piensan distinto a nosotros, terminaríamos pegándonos un tiro nosotros mismos, porque al final también hay formas de pensar y de actuar nuestras que no nos gustan. No me gusta la intolerancia, ni la hipocresía, ni la censura. No quiero decir con esto que nuestro gobierno sean los únicos hipócritas ni censores. Esto me temo que pasa en la mayoría de los países ¿Qué piensa usted?
—Jajajá a mí me parece que es usted genial, por mi parte estoy totalmente de acuerdo con lo que dice. Y como a usted, me enferma la hipocresía y también todo tipo de violencia. He aprendido que en todas las personas hay algo sagrado, algo grande y hermoso. Si pudiéramos atender a esa maravilla que cada uno de nosotros lleva dentro, cambiaría totalmente nuestra relación con los demás y con

nosotros mismos. Me duele profundamente la desigualdad, la injusticia y la pobreza, la indiferencia ante el dolor y el sufrimiento ajeno. Nos llenamos de palabras, de valores y de principios y finalmente no vemos a nuestros hermanos, solo los vemos como prótesis, como objetos de nuestra intención —se fue entusiasmando y enojando Lorién—, los queremos en la medida que nos son útiles o nos sirven para lo que queremos y cuando no, los desechamos como si fueran cosas rotas o viejas —terminó, exaltado.
Erkin lo miró largamente por el espejo retrovisor y bajo la velocidad para decirle:
—Sabe, me han emocionado sus palabras. Es maravilloso que gente tan joven como usted pueda ver el mundo y a las personas de esa forma, me emocionó.
—Por favor, no me llame de usted —le dijo—, mi nombre es Lorién. —Algo lo impulsó a confiar en ese taxista que recién venía conociendo y a decirle su verdadero nombre—. Si me permite yo también lo puedo tutear.
—¡Por supuesto! —exclamó Erkin—, te lo ruego.
—Eres una persona buena y sensible, Erkin, y agradezco mucho haberte conocido…
En ese momento sonó el móvil de Erkin interrumpiendo a Lorién.
—Disculpa —le dijo.
Conforme iba hablando en turco por el teléfono, se le iba oscureciendo la cara. Terminó de hablar con la voz y la expresión muy complicada, se notaba que alguna mala noticia le habían dado.
—Erkin, disculpa que te interrumpa —le dijo Lorién con tono afectuoso—. ¿Algún problema?
—Sí —dijo con la voz estrangulada—, a mi hijo lo acaba de atropellar un coche y está en coma en el hospital. Te voy a dejar a ti al Gran Bazar y me devuelvo al hospital.
—No, no, no dijo Lorién. Devuélvete inmediatamente, yo ya tomaré otro taxi, no tengo prisa. Lo importante es que estés con tu hijo lo antes posible dadas las trágicas circunstancias.
—No sabes cuánto te lo agradezco Lorién —dijo emocionado—, pero no me gustaría dejarte en cualquier parte, por si te pasa algo.
—Hagamos una cosa —se inspiró Lorién—, te acompaño al hospital

y una vez allí, después que veas como está tu hijo, me puedes buscar un taxi de confianza que me lleve al Gran Bazar. Como te digo, no tengo prisa y no importa si llego hoy. Lo que sí es importante, es que tú llegues lo antes posible a ver a tu hijo.
Lo miró sorprendido Erkin.
—¿Estás seguro?
—Sí, acelera camino al hospital, no hay más que hablar.
—Gracias, Lorién —dijo con una sonrisa emocionada Erkin—, no sabes cuánto te lo agradezco, realmente eres una persona muy especial. Vamos entonces. ¡Agárrate!
Dobló en una calle a la derecha y aceleró y aceleró, iban muy rápido, pero manejaba con seguridad, se notaba que era un profesional. En quince minutos llegaron a un enorme hospital, había gente por todos lados. Aparcó en el estacionamiento de taxis y salieron corriendo los dos a todo lo que daban sus piernas. Mientras corrían, Erkin sacó el móvil y llamó a alguien, intercambió dos frases rápidamente y le dijo a Lorién:
—Está en la UCI, cuarto piso, sígueme lo más rápido que puedas.
Entraron al hospital por la puerta principal y subieron por la escalera para ganar tiempo, corriendo. Llegaron al cuarto piso congestionados por el esfuerzo y, en la entrada de la UCI, Erkin se encontró con su familia y abrazó a una mujer de unos 40 años que estaba llorando desconsoladamente. Él le habló un poco seco y ella le respondió entre hipos y lloros con una enorme desesperación. Erkin también comenzó a llorar. Lorién se mantenía cerca, pero dejándoles espacio.
—Este es Lorién, un amigo —lo presentó Erkin después de unos segundos a su mujer—, Lorién, ella es mi esposa Lale —siguió Erkin en Castellano—. Me cuenta que está en coma y que los médicos dicen que no se puede hacer nada por él, que si en dos horas no ha salido del coma, morirá. ¡Solo tiene 15 años! —terminó desesperado.
—Lo siento tanto —dijo Lorién, uniéndose a sus sollozos.
—Quiero pasar a verlo —dijo Erkin en castellano.
—Solo nos dejan pasar de a uno y estar 10 minutos —contestó Lale en un castellano un poco menos fluido.

Lorién, sin saber por qué, se escuchó diciendo:
—¿Puedo pasar a verlo contigo?
Erkin lo miró un segundo y encogiendo los hombros dijo:
—Vamos.
Llamó a la puerta y habló con el enfermero que le abrió. Éste lo dejó pasar y Lorién entró a continuación, pero el enfermero le cortó el paso. Erkin se volvió y con voz seca le dijo dos o tres frases en turco, el enfermero dudó. Erkin, impaciente, le dijo algo más, finalmente lo dejó pasar.
Lorién siguió a Erkin en silencio hasta la habitación 4 en la que se encontraba su hijo. Estaba muy pálido y con la cara contraída, la respiración apenas se notaba y el pulso se veía muy débil en la máquina. Erkin le tomó la mano mientras lloraba en silencio. De repente, sin saber por qué, Lorién se escuchó pidiendo internamente.
—Federico, ¿cómo puedo ayudar a esta gente? Tú me dijiste que cuando necesitara ayuda, evocara tu imagen. Ahora necesito ayuda, dime, ¿cómo podemos ayudar a esta buena gente?
La palabra fuerza se instaló en su mente, no supo si la escuchó y si la pensó, pero ahí estaba. Abrió los ojos y dijo.
—Erkin, quizás te parezca un poco raro lo que te voy a proponer, no te lo propondría si hubiera alguna posibilidad, pero dada la situación… —Erkin lo miró con sus ojos anegados de lágrimas y desesperación y volvió a encogerse de hombros—. Te voy a guiar una pequeña experiencia para conectar con nuestra Fuerza interior, con el Fuego Sagrado que todos llevamos dentro y traspasarla a tu hijo. ¿Cómo se llama?
—Haluk —dijo con voz lúgubre.
—¿Te parece bien? —Volvió a encoger los hombros—. Vamos a cerrar los ojos y a tomar una mano cada uno de Haluk.
Lorién respiró profundo, pidiendo internamente a Federico:
—Ayúdame a conectar, ayúdame a que conecte Erkin, ayúdanos a traer de vuelta a Haluk.
Después, comenzó a guiar la experiencia con la Fuerza:

Relaja plenamente tu cuerpo y aquieta la mente….

Mientras iba guiando la experiencia, escuchaba los sollozos

entrecortados de Erkin.

Deja que la fuerza se manifieste en ti.

Sintió cómo la fuerza brotaba dentro de sí, cómo lo inundaba con su luminosidad y bondad. Se dio cuenta que la respiración de Erkin era más amplia y que ya no sollozaba.

Siente la Fuerza y su luminosidad interna... Déjala que se manifieste libremente…

Se sintió pleno de Fuerza y luminosidad, todo su ser vibraba.

—Con esta Fuerza que hemos recibido, vamos a hacerla llegar a Haluk…

Canalizó toda la Fuerza que sentía a través de la mano de Haluk mientras decía:

—Haluk, toma esta Fuerza que te estamos entregando y vuelve con nosotros…

Seguía intencionando canalizar la Fuerza hacia Haluk y volvió a repetir:

—Haluk, toma esta Fuerza que te estamos entregando y vuelve con nosotros…

En un momento dado sintió que los tres estaban conectados y creyó sentir la presencia de Federico también, conectando con ellos y canalizando la Fuerza hacía Haluk. Siguieron así unos minutos, hasta que el silencio fue interrumpido por un gemido y una respiración abrupta. Abrieron los ojos y vieron a Haluk respirar de forma mucho más pronunciada y de pronto, para asombro de ellos, abrió los ojos con una sonrisa desmañada. Erkin, comenzó a llorar de nuevo, pero ahora de felicidad.

—Erkin, avisa a los médicos. ¡Rápido! —le dijo.

Lo miró y salió corriendo. Volvió en un minuto con dos médicos que miraban a Haluk de forma extrañada y sorprendida. Se dijeron unas palabras entre ellos. Mientras uno le tomaba el pulso, el otro lo auscultaba y miraban los indicadores vitales que arrojaba la máquina.

Finalmente les dijeron algo a Erkin y Lorién. Aunque Lorién no entendió las palabras, comprendió que les pedían que salieran. Cuando estuvieron fuera, Erkin corrió a abrazar a su esposa, mientras le hablaba en turco muy exaltado y contento. Después de

unos minutos la soltó y abrazó a Lorién, mientras se deshacía en sollozos y expresiones de agradecimiento.
—Gracias Lorién, muchas gracias, no sé cómo podré agradecerte esto, gracias, gracias —lloraba y reía al mismo tiempo, mientras lo abrazaba y saltaba con el apretado entre sus brazos.—, jajajá, ¡Se está recuperando! Al Hamdu Lillah, Al Hamdu Lillah[7].
Mientras tanto, Lale, su esposa, se había arrodillado a los pies de Lorién y le agradecía, abrazada a sus piernas, en medio de un charco de lágrimas de gratitud.
Erkin y Lorién la tomaron de los brazos y la levantaron, terminando abrazados y llorando de alegría los tres.
Toda la gente en la sala los miraba sorprendida.
Salió uno de los médicos y Lale y Erkin se dirigieron a él. Les habló unos segundos y ellos volvieron donde yo estaba y lo volvieron a abrazar.
—¡Se va a salvar, Lorién, se va a salvar! ¡Al Hamdu Lillah!
Finalmente se sentaron y Erkin le contó lo que el médico había dicho.
—Dice que sus signos vitales son buenos ahora, que su corazón está bien y que su respiración es buena, el traumatismo cerebral parece que ha remitido, tiene dos costillas y una pierna rotas, pero se va a salvar. ¡Lorién, se va a salvar! Lo van a trasladar a una sala de observación, pero al parecer está fuera de peligro. Gracias Lorién, muchas gracias —le repetía mientras lo abrazaba de nuevo—. Eso que hiciste fue algo extraordinario, sentí a dios, dentro y fuera de mí. Sentí su Fuerza, su luz, su amor y fuera sentí su presencia trayendo a Haluk de vuelta. Te sentí a ti, como un ser luminoso y bondadoso. Nunca podré pagarte esto, voy a estar en deuda contigo para siempre.
—No faltará a quién echar una mano en el camino, siempre hay gente que necesita de uno, al igual que nosotros necesitamos de los demás —dijo Lorién un poco abochornado por las cosas que le decía Erkin.
—Amigo mío, tienes que contarme de donde viene esto, quiero saber más, esto es algo maravilloso —proseguía Erkin entusiasmado.

—No entiendo nada de lo que estás hablando Erkin —dijo su esposa —. ¿Será que mi castellano es muy malo, te has vuelto loco, o hay cosas que no me has dicho?
Erkin le relató en detalle lo que había sucedido en la sala de la UCI, la experiencia con la Fuerza que Lorién había guiado y todo lo extraordinario que habían vivido y el abrir los ojos de Haluk y su cambio de respiración. De que él sintió a dios flotando sobre ellos, mientras le traspasaban la Fuerza a Haluk. Cuando terminó, Lale estaba con la boca abierta mirando a Lorién con una adoración total y de nuevo fue a arrodillarse para agradecerle, pero Lorién fue más rápido y se lo impidió.
—Ejem, ejem —carraspeó este—, la verdad es que a mí me enseñaron esta técnica hace apenas cuatro días, yo lo único que hice fue guiarla y concentrarme en canalizar la Fuerza a Haluk, soy tan responsable como Erkin —dijo sonrojado.
Erkin lo abrazó de nuevo.
—No seas humilde, Lorién, desde que íbamos en el taxi ya expresaste cosas de una profundidad y belleza extraordinarias que ya me conmovieron en ese momento y después, en lugar de permitirme llevarte a tu destino, casi me obligaste a traerte conmigo y finalmente salvas la vida de mi hijo... Cuéntanos, queremos saber más de este maravilloso mensaje que traes contigo.
—La verdad es que no hay mucho más.
Les contó todo lo que había pasado desde que comenzó a ir a las clases de Federico, cómo había ido cambiando su vida, del grupo que formaron para poner en marcha los *Proyectos de Apoyo Humano* en Teruel.
—Es extraordinario lo que cuentas Lorién, con Lale siempre hemos querido aportar a la construcción de un mundo mejor y es justo lo que nos describes. Los musulmanes siempre hemos tenido como gran valor la solidaridad, pero este tipo de proyectos es mucho más interesante que la simple solidaridad a la que estamos acostumbrados.
Lale afirmaba enfáticamente con su cabeza.
—Bueno, yo os puedo poner en contacto con mis amigos para que compartáis experiencias, estoy seguro que estarán felices, pero os

pido que esperéis al menos una semana. —Les escribió en un papel teléfonos y direcciones de los compañeros, como había hecho con Concha en Madrid—. Y eso es todo.
Erkin lo miró profundamente.
—Sé que hay mucho más de lo que me dices, pero, al parecer, no puedes hablar de ello. No importa, querido amigo, ya nos has regalado más de lo que podríamos pagar en diez vidas. Además de tener el corazón más compasivo que he conocido, tienes un don con el que bendices a todos los que tenemos la fortuna de conocerte. ¡Gracias dios mío, por habernos enviado a Lorién! —terminó Erkin, alzando los brazos y la mirada al cielo.
Erkin se levantó y volvió a tocar la puerta. Habló algo con el enfermero y desapareció dentro. Volvió a los cinco minutos con una sonrisa enorme.
—Pedí que me dejaran verlo un minuto y sigue bien, pude hablarle y me entiende, no puede hablar todavía, pero está lúcido y ha recuperado el color. Me dicen que, si sigue así, mañana ya estará en una habitación normal.
De nuevo se le llenaron los ojos de lágrimas al mirar a Lorién, abrazó de nuevo a Lale y le dijo:
—Como veo que está bien Haluk, voy a terminar mi trabajo con Lorién, lo voy a llevar a su destino.
—Gracias Erkin, pero con que me ayudes a tomar un taxi es suficiente.
—No, de ninguna manera, te llevaré yo mismo, además, estamos muy cerca, en diez minutos estaremos en el Gran Bazar. Lale, en unos minutos toca la puerta y pide ver a Haluk, verás que sorpresa. Yo volveré en media hora.
Lale se volvió hacia Lorién y lo volvió a abrazar con la emoción desbordada de agradecimiento.
—Gracias Lorién, nunca te olvidaremos, eres un ángel que nos ha enviado dios para traernos este mensaje y para salvar a nuestro hijo. Nosotros nos encargaremos de difundir este maravilloso mensaje aquí en Estambul.
Lo besó en las dos mejillas con mucho afecto después de darle un abrazo final.

—Adiós Lale, yo lo que siento es que dios me ha bendecido a mí al poner en mi camino a unos seres tan hermosos como vosotros, lo agradezco profundamente, me refuerzan la fe en el mundo y en mí mismo para la tarea que tengo por delante. Siempre os llevaré en el corazón.
—Vamos, entonces —dijo Erkin y Lorién lo siguió en la salida, mientras Lale tocaba a la puerta de la UCI.
—Lo primero, toma mi tarjeta —le pidió Erkin—, en ella está mi teléfono móvil, cualquier cosa que necesites, lo que sea, a la hora que sea, llámame, por favor, déjame devolver en alguna medida lo mucho que nos has dado.
—Te aseguró que lo haré con mucho gusto, querido amigo, si lo necesito —dijo Lorién, guardando la tarjeta en su cartera.
Subieron al taxi y poco después se adentraron en la ciudad vieja, estaban de verdad muy cerca, comenzaron a ver los enormes y majestuosos monumentos.
—Mira, esa es la mezquita azul, aquella es Santa Sofía. —Lorién lo miraba todo, impresionado.
—Al ver las fotografías en Internet, no podía imaginarme que fueran tan grandes, tan majestuosas y tan bellas. Estar aquí, es como estar en medio de un cuento de las mil y una noches —dijo impresionado—. Entiendo perfectamente por qué volviste y por qué estás enamorado de Estambul, es una ciudad con espíritu, con vida propia, me encanta la gente que veo, sus caras, llenas de vida, sus ojos brillantes. En esta enorme mixtura de pueblos y razas que alcanzo a ver.
—Bien, ya estamos en los alrededores del Gran Bazar, te voy a dejar en la puerta 8, ahí giras a la derecha y ya estarás en la calle que buscas, solo tienes que buscar el número, es muy fácil.
Paró el taxi frente a una magnífica puerta, antigua, desgastada por muchos siglos, pero conservando su prestancia, belleza y solidez. Erkin salió del taxi y se estrecharon en un largo y sentido abrazo.
—Muchas gracias, Erkin.
—Gracias a ti hermano mío y gracias a dios por haberte conocido. Por favor, si necesitas algo a la hora que sea, llámame, estaré feliz de volver a verte y de ayudarte.

—Así lo haré amigo mío.
—Hasta pronto, entonces —se despidió Erkin.
Lorién caminó hacia la puerta y cuando estaba a punto de traspasarla se volvió y vio a Erkin mirándolo con su expresión emocionada. Levantó la mano a lo que correspondió Erkin y entró en el Gran Bazar. Era un mar de gentes, lleno de turistas, de tiendas pequeñas y grandes, jamás hubiera imaginado un bazar tan enorme. Dobló a la derecha como le había indicado Erkin y en la primera tienda donde encontró a un vendedor desocupado, le presentó el papel con la dirección.
—Busco esta dirección —dijo en castellano.
—Spanish, sí, sí bien. Tú, cerca.
Lo acompañó a la puerta y le indicó el número de su tienda que era el 23, mientras mostraba con un gesto que siguiera en la dirección que llevaba.
—Gracias —dijo Lorién.
El vendedor hizo una pequeña inclinación y con la mano derecha indicó las mercaderías de su tienda, llena hasta arriba de alfombras, joyas, sandalias y miles de cosas más.
—Muy hermosa tu tienda, pero no vengo a comprar.
Sonrió el vendedor y Lorién siguió su camino. Cada cierto rato buscaba los números en las tiendas, mientras iba embelesado por la diversidad de la gente y belleza de las mercaderías y del bazar mismo, con niños que le hablaban y que le tomaban de la mano queriéndole entrar a alguna tienda. Era como caminar por un pantano, no avanzaba mucho, pero estaba feliz. Buscó de nuevo un número y vio que era el 305.
—Estoy muy cerca —se dijo y ahí se empezó a poner un poco nervioso.
Siguió andando, ya solo atento a la numeración y se encontró con el número 323. Se detuvo y miró atrás y vio una pequeña tienda que le había pasado desapercibida en medio del gentío y de la cantidad de productos llenando todas las paredes. Se acercó y buscó el número. Mientras lo hacía, escuchó una voz juvenil que venía de adentro de la tiendecita.
—What are you looking for?

—Ehh, estoy buscando el N° 321 —dijo, mientras miraba al interior que estaba en penumbra y solo veía una silueta sentada, rodeada de alfombras.
—¿Qué necesita? —dijo ella en castellano con un acento entre español y sudamericano.
Miró alrededor a ver si alguien lo estaba mirando y se introdujo en la tienda mientras su visión se adecuaba a la penumbra. Ahora la vio con más claridad, con su pelo rubio tirando a castaño, brillando bajo un pequeño rayo de luz que entraba por arriba. Una muchacha, como de su edad. Se le cortó la respiración, era preciosa, tenía como un halo alrededor y había algo familiar en ella que no alcanzaba a precisar, la sensación era como si la conociera, pero a la vez estaba seguro de que nunca la había visto. En ese estado de perplejidad estaba, cuando ella le volvió a preguntar con tono seco:
—¿Qué necesita?
No había nadie más en la tienda, solo ellos dos, volvió a mirar hacia atrás y dijo:
—Busco a Zuleima Martín.
Ella se quedó con la boca abierta.
—¿Quién te envía? —graznó después de un carraspeo nervioso.
—Federico —dijo Lorién con la voz trémula.
Ella se levantó precipitadamente y cerró la puerta, descolgando unos tapices que estaban colgados en el marco.
—Ven por aquí —dijo y pasó a través de una cortina a una habitación que había detrás, muy chiquitita.
Levantó varias esteras y apareció una trampilla que alzó también, le indicó que la siguiera y bajaron por una escalerita a un sótano desproporcionadamente grande, lleno de alfombras muy bien ordenadas.
—Jajajá —se rio ella—, una tienda tan pequeña con un sótano tan grande. ¿Verdad? —le adivinó el pensamiento—, son las ventajas de tener uno de los locales más antiguos. Hace años mi padre vendió el noventa por ciento del espacio de arriba y se achicó a la tiendecita que existe hoy, pero mantuvo el sótano en su tamaño original, dado que el principal negocio es la exportación de alfombras, más que la venta directa en el Gran Bazar —dijo con su exquisito acento.

Lorién no podía parar de contemplarla, con esa sensación de conocerla de antes.
—¿Por qué me miras con esa cara embobada? ¿Nunca antes habías visto una mujer? —se rió.
El sacudió la cabeza.
—No es eso, es que hay algo en ti que me resulta muy familiar, es como si te conociera de antes, pero estoy seguro de que no nos hemos visto nunca, no lo habría olvidado —dijo y se sonrojó inmediatamente.
Ella se volvió a reír con su risa cantarina y fácil. Lorién carraspeó mientras se pasaba las manos por la cara.
—Disculpa, como te dije busco a Zuleima Martín. ¿No se encuentra?
Ella se volvió a reír.
—Claro que se encuentra, por eso te he hecho pasar. Espera que la llamo, ¡Zule, Zule!
Y se fue hacía un rincón y desapareció entre una enorme pila de alfombras.
—¡Aquí estoy! —se escuchó una voz un tanto atiplada.
—¡Pasa! —le gritó la muchacha a Lorién.
Él se dirigió hacia allí y se encontró a la muchacha doblada de la risa.
—¿Que sucede? —dijo mosqueado—. ¿Y Zuleima?
Ella ya no pudo aguantar más.
—Juajuajuá —su risa fuerte, potente y contagiosa sonaba en todo el sótano.
Después de unos instantes de perplejidad, Lorién se unió al jolgorio.
Y se rieron como tontos durante un buen rato los dos, las lágrimas les corrían por las mejillas y no podían hablar. Cada vez que lo intentaba, volvían las estruendosas carcajadas, se miraban y se mataban de risa. Finalmente, Lorién fue recuperándose y preguntó:
—¿Por qué tanto jolgorio? —Eso significó otro ataque de risa por parte de la muchacha—. Disculpa que te pregunte de nuevo... ¿Y Zuleima?
Fue como un alarido que salió se ella y se dejó caer en un montón de alfombras desmadejada de la risa.
—Qué divertido eres —lloró después de un rato, cuando por fin

pudo hablar, todavía con la risa a flor de piel—. Yo soy Zuleima —comentó, poniéndose un tanto seria.
—¿Cómo? —dijo Lorién, sorprendido.
—Parece que Federico ha perdido su habilidad para conocer gente, muy inteligente no eres. ¿Verdad? —y se volvió a carcajear de esa manera suelta y desenfadada, tan alegre que Lorién no pudo sentirse ofendido.
—Tú eres Zuleima, vaya, vaya —se extrañó él—. Tú eres el contacto, el Protector de la primera Disciplina —comentó incrédulo como para sí.
—Siento haberte decepcionado —se sonrió ella, todavía con la risa saltarina en los ojos—. Tienes algo que decirme.
—León Alado —dijo Lorién, un tanto intranquilo y sin saber a qué atenerse.
—Bueno, pues parece que sí vienes de parte de Federico. Llámame Zule. Y tú, ¿cómo te llamas?
—Mi nombre es Lorién, pero el del pasaporte que me hicieron los amigos de Federico dice Bruno Illescas. Así que será mejor que me llames Bruno.
—Después de tanto tiempo —se puso seria ella de repente—, pensé que este día ya no llegaría— comentó en un susurro.
—¿Mucho tiempo, dos o tres semanas?
—¡Estás loco! Hace seis años que mi padre murió y Federico me dejó a cargo esta misión.
—¡Seis años! —exclamó Lorién atónito—, pero, ¿cómo es posible?, yo hace apenas tres semanas que conocí a Federico.
—Federico y la gente de La Escuela venían previendo esta situación hace muuuchos años. En principio era mi padre el contacto, pero lo mataron, en su agonía me traspasó a mí la misión. —Se ensimismó ella y los ojos se le anegaron de lágrimas—. Bueno, pero ya pasó —dijo con rabia y de dos manotazos se secó los ojos—. Ahora hay que ponerse en marcha. Vamos a caminar un rato. —De un rincón sacó un pequeño paquete y lo guardó en un bolsito que se colgó en bandolera—. Vamos.
Subieron al piso de arriba, le pusieron candado a la trampilla y tapándola con alfombras salieron cerrando la puerta con llave.

—Vamos a la agencia de viajes de un amigo.
Salieron del gentío del Gran Bazar a la avenida. Caminaron un par de calles y entraron en una agencia de viajes.
—Hola, Ibrahim, saludó ella. Este es Ibrahim —le presentó a Lorién —, pero no habla nada de castellano.
Se saludaron con un apretón de manos. Zule le dijo algunas cosas a Ibrahim y el buscó en el ordenador. Le contestó, seguramente por los vuelos que había encontrado. Conversaron un par de cosas más y ella le entregó la tarjeta de crédito. Después de unos instantes el pidió el pasaporte. Zule le pasó los dos a Ibrahim y en cinco minutos estaban listos. Se despidieron y salieron de la agencia.
—Zule, disculpa que te pregunte, se supone que me ibas a pasar la primera Disciplina y el contacto de la persona que tiene la segunda. No entiendo por qué sacaste dos pasajes.
—¿Tú crees que voy a dejar algo tan importante como la primera Disciplina en manos de un palurdo como tú?, ¡Con todos los peligros y sacrificios que he corrido por años para cuidarla! Además, está en riesgo la vida del Protector de la segunda Disciplina. Así que, cuanta menos gente conozca su identidad y paradero, mucho mejor.
—Pero nadie me dijo que me ibas a acompañar.
—Bueno, pues ahora te lo están diciendo. ¿O es que estás sordo? —se burló ella, dejando oír su risa cantarina.
—Bueno, bueno, yo soy una persona muy obediente que siempre hago lo que me dicen —se rió a su vez, él.
Caminaron de vuelta a la tienda de Zule, entre bromas, con Lorién feliz por tener un compañero de viaje y de aventuras tan especial. Cuando estaban a unos 50 metros de la tienda agarró fuerte del brazo a Lorién.—Vámonos, nos persiguen.— Le dijo muy alterada, mientras lo arrastraba a una calle lateral.
Fueron zigzagueando entre callejuelas al interior del Gran Bazar, caminando rápidamente. Lorién, a pesar de tener una buena orientación, estaba completamente perdido. No sabía cuál era el norte y cual el sur. Finalmente salieron del enorme mercado a otra gran avenida. Entraron a un cajero automático y Zule sacó dinero. Rompió la tarjeta de crédito en dos pedazos y la tiró a la basura.

Lorién la miró un tanto desconcertado y ella se encogió de hombros sin palabras.

Después entraron a una tienda y compró dos chips para móvil, llamó por el móvil y habló en turco con alguien un par de frases cortas. Sacó el chip y lo tiró. Colocó uno nuevo y paró un taxi. Le dio una dirección y partieron.

Él le empezó a decir algo, pero ella le impuso silencio con un dedo en los labios. Atravesaron el Bósforo por un puente, eran las 18.30 horas en Turquía y las tripas le empezaron a rugir, no había comido nada desde el avión.

—Con el régimen que llevo me voy a quedar más chupado que la pipa de un indio —se dijo.

Estaba comenzando a oscurecer y el atardecer incendiaba el estrecho. Ahora entendía por qué lo del Cuerno de Oro: se reflejaba en las cúpulas de las mezquitas, llenando de encanto el ocaso. Se quedó boquiabierto, impresionado por tanta belleza. A Zule, que venía con la cara contraída por la preocupación, se le distendió y una sonrisa fascinada le iluminó el rostro.

—Istanbul —pronunció en turco—, es mágica. ¿Verdad?

Lorién no pudo más que asentir, arrobado por el embrujo y esplendor de ese increíble atardecer.

Atravesaron el Bósforo y siguieron por unas callejuelas hasta llegar a una plaza. Ahí se bajaron del taxi y se sentaron en un banco. Él fue a decir algo, pero sus tripas hablaron primero con un estruendoso rugido.

—Lo siento —dijo él, un tanto avergonzado—, no he comido desde el desayuno en el avión.

A Zule se le ablandó la cara en una sonrisa y fueron a un kebab que estaba muy cerca. Lorién se chupó los dedos.

—¡Qué delicioso! —exclamó.

Se chorreó la ropa por todos lados, ella se mataba de la risa a su costa, pagó y se volvieron a sentar en un banco en la plaza, ya de noche.

—Cuéntame. ¿Qué está sucediendo? —le pidió Lorién.

Ella se puso muy seria.

—Me estaban vigilando constantemente, pensé que después de

tanto tiempo me habían dejado tranquila ¡Qué ingenua! Mi estupidez casi nos cuesta la vida. Debería haberlo supuesto y haber salido inmediatamente de la tienda, en lugar de perder tanto tiempo y para estropearlo más, después volví a la tienda de nuevo —dijo con amargura.
—Bueno —dijo él—, afortunadamente te diste cuenta a tiempo.
—Sí, afortunadamente —suspiró.
—¿Cómo te diste cuenta?
—Cuando estábamos llegando a la tienda, desde lejos vi a dos tipos a ambos lados de la calle con aspecto de lugareños, pero con ojos mirando a todos lados menos a la mercadería. La puerta estaba distinta a como la dejé, estaba cerrada sin la punta de una alfombra en la esquina de arriba, es una pequeña señal por si acaso, afortunadamente en esto no fui descuidada. Están encima de nosotros, sin duda les llamaste la atención tú, que no te conozcan, que no parezcas turco y que hayamos salido juntos.
—Claro —dijo él en voz baja—, sobre todo, ahora que estaban persiguiendo a Federico, o quizás ya lo alcanzaron, con mayor razón extremaron la vigilancia.
Le contó su encuentro con Federico y como le había pasado el pendrive mientras le pedía que asumiera la misión.
—Por supuesto, era obvio, están con las alarmas puestas en todo el mundo.
Se estremecieron mientras observaban a la gente pasando por las calles y por la plaza, viendo en todos ellos a sus perseguidores.
—Tenemos que cambiar de aspecto e identidad, este ya lo conocen. Afortunadamente precaví en coger los pasaportes alternativos que guardaba en la bodega. Los pasajes que sacamos ya no nos sirven, a estas alturas ya tienen la información, si llegamos al aeropuerto con esas identidades nos detendría la policía inmediatamente. ¡Necesitamos ayuda urgente! Un lugar donde podamos operar y acomodar tu pasaporte a tu nuevo aspecto —se desesperó Zule—. El problema es que a mí me tienen muy controlada y seguro que estarán vigilando todos mis contactos. ¿Qué podemos hacer? Piensa, piensa Zule —se desesperaba ella.
Lorién, carraspeó y dijo:

—Yo conozco a alguien que nos podría ayudar.
—¿A alguien aquí, en Estambul?
—Sí, el taxista que me trajo al Gran Bazar.
—Claro, es como si yo le pidiera ayuda al taxista que nos acaba de traer a la plaza. ¡No seas ingenuo! y déjame pensar —se molestó ella.
—Confía en mí, lo voy a llamar.
Sacó su teléfono. Ella lo miró muy seria.
—Esto no es un juego, Lorién, esto es muy serio, no solo nos va la vida en ello, sino que de nosotros depende la Misión más importante de la humanidad.
—Estoy perfectamente consciente de lo que dices —contestó un tanto molesto también Lorién—. Pero antes de llegar al Gran Bazar, le salvé la vida al hijo de este taxista y el me enfatizó una y otra vez que, si llegaba a necesitar cualquier cosa, lo que fuera y a la hora que fuera, que lo llamase.
—Vaya, vaya, parece que eres una caja de sorpresas. ¿Cómo que le salvaste la vida a su hijo? ¿En qué momento? Bien, tienes razón, por algo te habrá escogido Federico, si él confió en ti, también tengo que hacerlo yo. Además, tenemos que aprender a confiar el uno en el otro. Discúlpame y llama a tu amigo, pero mejor llama de mi teléfono, para una vez hecha la llamada, cambiar de chip.
—No te preocupes, el teléfono que me dieron en Madrid tiene un software dinámico que cada vez que hace una llamada, cambia el número, así que no se puede rastrear. El inconveniente, es que nadie puede llamarme, solo puedo llamar yo.
Lorién marcó el número de teléfono de Erkin y se escuchó al otro lado su voz en turco.
—Erkin, soy yo Lorién. Disculpa que te moleste, pero estoy en una situación crítica y necesito ayuda.
—Dime dónde estás y estaré ahí inmediatamente.
—Espera —dijo—, te paso con mi amiga, ella te dará las indicaciones.
Tomó el teléfono Zule y habló rápidamente en turco con Erkin.
—Bien —dijo finalmente—, estará aquí en unos veinte minutos. Bueno. ¿Por qué no me cuentas algo de tus andanzas aquí en

Estambul? —dijo ella con una sonrisa.
Lorién le contó y ella iba asintiendo y lanzando exclamaciones de sorpresa. Cuando terminó, dijo:
—Realmente eres un tipo increíble, lleno de sorpresas. Ya me contarás más de esos Proyectos de Apoyo Humano, pero tus respuestas a la situación crítica de Erkin, tu compasión y tu sensibilidad me han conmovido. Ven para acá tonto, que me has hecho llorar —le dijo, mientras lo abrazaba.
Unos minutos después un radio taxi llegó a la plaza y tocó la bocina, se acercaron lentamente y Lorién reconoció a Erkin, lo saludó con la mano y él les abrió las puertas.
—¿Dónde vamos? —preguntó.
—La verdad es que no tenemos donde ir, estamos totalmente controlados por los servicios secretos, la policía y quizás un montón de siniestros matones a sueldo —dijo Zule, probando a ver como respondía Erkin.
—Fiuuu —silbó Erkin—, casi nada.
—Todos mis contactos en Estambul estarán controlados —dijo Zule.
—Entonces os llevaré a una casita que nos dejaron unos amigos que se fueron de vacaciones.
—Erkin —dijo Lorién—, toma en serio lo que dice Zule, estamos en una situación muy complicada y no queremos involucrarte en ella.
—Estoy seguro de ello, sé la clase de persona que eres, a poco que tu amiga sea parecida a ti y tiene aspecto de serlo. Debéis de estar en una situación muy problemática, sé que si tuvierais alguna alternativa, no me habrías llamado. No hay más que hablar. ¡Vamos! —zanjó Erkin con resolución.
—Erkin, ¿cómo se encuentra Haluk?
—Está muy bien —dijo muy contento—, realmente esto es un milagro Lorién. Cuando llamaste estaba con él. Lo acababan de cambiar a una sala de observación. A esa sala envían a los que ya están casi fuera de peligro y lo mejor es, adivina… que estábamos conversando con él —se emocionó—. Se expresa bien, está muy adolorido, pero entiende todo, no tiene ninguna secuela cerebral. Nadie lo puede creer en el hospital, los médicos están verdaderamente impresionados, hasta comió un poquito. Si pasa la

noche igual de bien que la tarde, mañana o pasado lo envían a casa. ¿Lo puedes creer? —Se le quebró la voz a Erkin—. Y todo gracias a ti, agradezco profundamente a dios por haberte traído —terminó con un sollozo.
—Me da una alegría enorme saber esto, querido amigo, una enorme alegría— dijo Lorién, emocionado también.
—Contarme mientras vamos a la casa de mis amigos. ¿De qué forma os puedo ayudar?
Zule, tomó la palabra y dijo:
—Lo primero es lo que dices, un lugar donde estar tranquilos unas horas, para poder cambiar de identidad y aspecto. Necesitaremos que nos compres algunas ropas, los pasajes de avión y unos equipos especiales.
—¿Podéis contarme algo de lo que pasa?
—La verdad es que cuanto menos sepas, mejor para ti y tu familia. A grandes rasgos tiene que ver con el Mensaje que hace libre e inmortal al Ser Humano. Nosotros somos los encargados de velar por que este Mensaje se preserve y cuando llegue el momento, que lo podamos hacer llegar a todo el mundo. Es el patrimonio más importante de la humanidad y los poderes fácticos quieren impedirlo y controlarlo. Ya tuviste una muestra con la experiencia con la Fuerza.
—Imaginé que sería algo así —dijo Erkin—. ¡Malditos poderosos! Quieren mantener el poder a costa de lo que sea y de quien sea.
Llegaron a un barrio de clase media baja, con casitas pequeñas, pero arregladas. Erkin detuvo el coche y los invitó a bajar.
—Aquí es.
Sacó un manojo de llaves y fue probando a ver cuál era, hasta que acertó con una. En ese momento salió una persona de la casa de al lado. Erkin lo saludó con afecto y se los presentó en turco. Lorién hizo una pequeña inclinación mientras le daba la mano. Zule, junto con darle la mano, le dijo unas palabras en turco. Conversaron unos segundos más Erkin y el vecino y después entraron a la casa.
Conectó el automático y encendió la luz.
—Bueno, aquí tenéis un refugio por un tiempo. —Era una casita que estaba muy limpia y arreglada, se notaba que era gente de trabajo

que les había costado conseguir sus cosas y las cuidaban—. Fue muy bueno que nos hallamos encontrado con Hasan, ahora ya os conoce y no le parecerá raro que estéis aquí. Nos conocemos hace muchos años. Es muy buena gente.
—Erkin —tomó la palabra Zule—, necesitamos que compres varias cosas para nosotros. Como ya te conté, algunas ropas para Lorién, que sean muy coloridas y vistosas, gafas grandes de sol y trae varias pelucas que tú sientas que van con las ropas. Llévate una camisa y un pantalón para verificar las tallas, también necesitamos unos equipos especiales de alta tecnología. Los encontraras en estas tiendas —escribió en un papel las características técnicas y agregó — las pelucas y ropas en esta tienda que se encuentra en…
—Sí, sí —la interrumpió él—. Sé perfectamente dónde está.
—Los equipos de alta tecnología, los encuentras en estas empresas en…
—Sí, también sé dónde quedan.
—Si no tuvieran esas que te indico, que ellos te sugieran otras que entreguen un rendimiento igual o superior, en ningún caso inferior. Si pudieras comprarnos algo de comida hecha, también se agradecería, no sabemos cuánto tiempo estaremos en esta casa. Aquí tienes dinero más que suficiente —dijo Zule.
—Fiuuu —silbó asombrado Erkin—, tanto dinero…
—Sí, son equipos muy caros, pero el dinero en este momento no es importante, lo importante es que el pasaporte de Lorién quede perfecto y no genere ninguna duda.
—Bien, nos vemos en un rato —dijo partiendo Erkin.
Fueron a explorar la casa, vieron los dos dormitorios que estaban muy arreglados, el baño y la cocina. Atrás tenía un pequeño patio muy agradable con unas sillas. En la cocina pusieron a calentar agua y Zule preparó un té para los dos.
—Bueno Lorién, ahora que estamos tranquilitos, porque no me cuentas desde el principio cómo te metiste en esto.
—Hace muy poco tiempo, apenas tres semanas… —y comenzó su relato en detalle, mientras Zule le iba haciendo algunas preguntas entre medio.
Cuando terminó exclamó Zule:

—Realmente eres un tipo extraordinario. Sin comerlo ni beberlo te metiste en una aventura peligrosísima y, a pesar de todo, la tomaste como tuya, sin quejarte y no solo eso, por donde vas pasando vas dejando un reguero de gente maravillosa conectada con el Mensaje y los Proyectos de Apoyo Humano, como Concha y su madre en Madrid o Erkin y su familia aquí en Estambul. Eres una bomba de relojería caminando, por donde pasas dejas una tremenda siembra y en tan poco espacio de tiempo. Debes de estar un poco mareado con tantas cosas como has vivido en estos tres días y no solo no te quejas, no estas asustado, sino que todavía te das tiempo de tomar unas decisiones completamente locas para ayudar a una gente que ni conoces. Realmente Federico eligió muy bien. Pasaste de ser un pueblerino a convertirte en un tipo de mundo en apenas unas horas. Estoy segura que tus amigos y familia no lo podrían creer si vieran todo lo que has hecho y por todo lo que estás pasando.
—Bien, ahora me gustaría que me cuentes tu historia, Zule —dijo Lorién—. Por cierto, qué bien se está aquí, con esta penumbra y este clima tan agradable.
—Bueno, como ya te conté —comenzó Zule—, mi padre era el contacto inicialmente. Él… —se interrumpió al oír que tocaban a la puerta.
Zule le pidió silencio y se acercó a la entrada sigilosamente, miró por la mirilla de la puerta y vio a Erkin.
—¡Vaya! que pronto has vuelto — comentó ella, abriendo la puerta.
—No tan pronto, estuve fuera una hora y media.
—Qué manera de pasarse el tiempo —dijo Lorién, entrando al comedor.
Erkin los miró con una amplia sonrisa en la cara y carraspeó como cambiando de tema.
—¿Me ayudáis a bajar las cosas del coche?
—Claro, con todo gusto —dijeron Zule y Lorién, mirándose sin entender.
Bajaron todos los paquetes y cajas.
—En estas bolsas están las ropas de Lorién. En estas cajas vienen los equipos, tuve que recorrer tres empresas para poder encontrarlos todos. En este paquete vienen diversos tipos de comida preparada,

solo hace falta calentarla un poco. Espero que os gusten.
—¡Erkin, eres una maravilla! —Y Zule le plantó un beso en la mejilla—. Lorién, ve probándote las ropas, mientras yo monto los equipos.
Erkin se sonrió de nuevo mirándolos a los dos sin decir nada.
Lorién se probó sus ropas de colores chillones, tipo rastafari. Venían con dos pares de gafas de sol, grandes. Le daban un aire de jamaicano despistado. Finalmente le pasó una peluca de pelo castaño, con sus rastas colgando. Se la puso y realmente era otro.
—¡Excelente! —exclamó Zule.
Erkin asintió.
—Sí, está perfecto, ninguno de nosotros te hubiera reconocido si te hubiéramos encontrado por la calle con este aspecto.
Por su parte, Zule terminó de montar los equipos de alta precisión y los conectó al portátil de Lorién.
—¡Listo! Ven Lorién, a ver si está bien calibrada
Se acercó Lorién y se sentó en la silla y en la postura que le indicó ella. Le hizo varias fotos con su nuevo aspecto. Sacó un papel de fotografía especial e imprimió una de las fotos.
—Excelente —dijo Lorién, asombrado—. Y a la primera.
—No, no está perfecta todavía, pixelea un poquito, muy poquito, pero a un experto no lo engañaría. —Ajustó de nuevo la cámara y los equipos. Hizo nuevas fotos. Y volvió a imprimir—. ¡Aja!, ahora sí —exclamó ella, satisfecha.
Sacó de su bolsito el paquete que había tomado en su tienda y de él tomó un pasaporte, lo puso en uno de los equipos, la ajustó de nuevo, escribió en el ordenador los nuevos datos de Lorién.
—Cruzar los dedos amigos, allá va. —Imprimió el pasaporte con la fotografía y los datos de Lorién. Con otro equipo imprimió las marcas de agua y los entramados especiales. Finalmente, con otro aparato instaló el chip. Sacó una pequeña lupa y miró el resultado desde varios ángulos gruñendo satisfecha—. Se ve bien.
—¿Bien? —dijo Lorién—, se ve perfecto. Entonces ahora me llamo Antonio Aguilar Sánchez, nacido en Madrid, hijo de Juana y de Enrique. Vale, a partir de ahora llamadme Antonio para que todos nos vayamos acostumbrando, yo el primero. ¿Y tú? —preguntó

Lorién a Zule—, también conocen tu nombre y aspecto. ¿No lo vas a cambiar?
—Cada año cambio mi aspecto y me hago un pasaporte nuevo de reserva.
Entró al baño y salió completamente transformada, también con aspecto de rastafari, con sus rastas envueltos en un pañuelo en la cabeza y con la ropa a juego.
—¡Wuau! —exclamaron ellos. Formaban una hermosa y entretenida pareja.
—Mi nombre es Marcia Jones, originaria de Jamaica. Residente en Madrid.
—Tú sí que eres previsora —dijo Lorién.
—Sí, durante seis años he estado atenta. Falta una última cosa. —De su mochila sacó un timbre que estampó en su nuevo pasaporte con el sello de entrada de la policía internacional, tomó el de Lorién e hizo lo mismo—. Ahora tengo que comprar los nuevos pasajes. Erkin, ¿me puedes llevar a un cibernet para comprarlos por Internet? Uno que te dé seguridad y que esté relativamente cerca.
—Claro que sí —dijo este—. Espéranos Lorién, en media hora estaremos de vuelta.
Subieron al coche y se fueron.
Lorién aprovechó para recostarse en la cama para descansar unos minutos y se quedó dormido en un segundo. Había sido un día muy intenso.
Se despertó sobresaltado al escuchar que abrían la puerta y se puso alerta inmediatamente, escuchando con atención. Oyó que la voz de Zule lo llamaba.
—Lorién, ¿dónde estás?
—Aquí —dijo con un bostezo, se levantó y salió al comedor, donde estaban Zule y Erkin sonrientes—. ¿Todo bien? —preguntó.
—Muy bien —dijo Zule—. Tenemos los pasajes. Mañana partimos a las 9 de la mañana a Lima, Perú. En un principio apostarán por atraparnos en el vuelo inicial que habíamos reservado a Santiago de Chile. Ellos no saben que nosotros sí sabemos que nos están esperando. Ya son las 10 de la noche, es hora de que comamos, ya que a las cuatro de la mañana nos tenemos que levantar.

—¿Qué dices, Erkin, te quedas a comer con nosotros? —lo invitó Zule.
—No gracias, tengo que volver a casa. Mañana pasaré a recogeros a las cuatro.
—Gracias Erkin, eres un gran amigo, estamos en deuda contigo —dijo Lorién.
—¿Estás loco? le has salvado la vida a mi hijo, me has ayudado a conectar con dios y todavía dices que estás en deuda conmigo, ni se te ocurra volver a decir algo semejante —expresó de forma tajante Erkin—. Aquí el que no solo está endeudado contigo, sino que encantado de haberos conocido a los dos, soy yo y, además, estoy medianamente consciente de lo importante que es para toda la humanidad que vuestra misión llegue a buen término. Aunque no hubieras salvado la vida de Haluk, de igual forma estaría haciendo lo que hago con todo el gusto.
—Gracias de todas formas —lo abrazó Lorién espontáneamente.
—Gracias Erkin —le dijo también, en medio del abrazo, Zule.
Erkin se fue renuente, como si le costara separarse de los muchachos, en unas pocas horas les había tomado un enorme afecto.
Zule se quedó mirando a la puerta cuando Erkin salió.
—¡Qué gran persona es! ¿Verdad?
—Sí —dijo Lorién—, desde el primer momento que lo conocí me emocionó lo gran persona que es, lo honesto, lo limpio de corazón, lo compasivo. ¡Es un regalo ser su amigo! —exclamó.
—Jajajá —se rio Zule—, es como si te estuvieras describiendo a ti mismo, jajajá. Así eres tú. Nunca más volveré a dudar de tu criterio, te pido disculpas de nuevo.
—No tiene importancia, a cualquiera le hubiera sucedido lo mismo.
—Cualquiera sí, pero tú no, estoy segura de que no hubieras reaccionado como yo y eso me avergüenza.
—No pasa nada.
La abrazó Lorién. En ese momento se vieron reflejados en un espejo, los dos abrazados con sus disfraces de rastafaris y rompieron en carcajadas al unísono
—jajajá.

—Vaya par de dos, jajajá. El duo… —dejo esperar un segundo—, … deno —terminó Zule.
—JUAJUAJUÁ, —estallaron los dos en una explosión de risas tremendamente escandalosas.
Zule se puso a trastear las bolsas de comida.
—A ver que nos trajo el bueno de Erkin. Dürüm, Falafel, Lahmacun, Arroz Basmati, Cordero Samosa. Qué barbaridad de diversidad y cantidad, esto da para alimentar a media docena.
—Erkin se aseguró de que algo de todo lo que trajo nos gustara, es un pan de dios. Se me hace agua la boca de oler esas cosas ricas, quiero probarlo todo —comentó Lorién.
—Voy a calentarlo inmediatamente —dijo Zule.
A los pocos minutos estaban comiendo con mucho apetito los dos, intercambiando bromas. Sobre todo de Zule hacia Lorién, por su poca habilidad para comer la comida turca y su talento innato para ensuciarse de arriba abajo.
—Qué deliciosa la comida turca —se deleitó Lorién, palmeándose el estómago.
—Sí, es muy sabrosa y diversa. Van a ser las 11 de la noche y a las 4 de la mañana tenemos que estar en pie. Así que será mejor acostarse.
—De acuerdo jefa —asintió Lorién, con una sonrisa que le llenaba toda la cara.
Cada uno se acostó en una habitación y se durmieron nada más tocar sus cabezas las almohadas. Estaban muy cansados, con tantas emociones, incertidumbres, temores, comprensiones y el influjo del otro, que se sentía recíproco, estaba en el aire…
A las 4 estaban en pie, se lavaron y vistieron. Erkin llegó a las cuatro y cuarto. Rápidamente recogieron sus escasas pertenencias.
—Erkin —dijo Zule—, puedes devolver los equipos para que te reintegren el dinero, o al menos parte de él, para no perderlo todo y para que no queden huellas de ellos en la casa de tus amigos.
—Así lo haré, pero me parece poco honesto quedarme con el dinero, son equipos muy caros.
—Bueno —dijo Lorién—, si finalmente decidís poner en marcha los Proyectos de Apoyo Humano, os vendrá bien ese dinero para

iniciarlos y poder ayudar a mucha gente, confiamos en tu criterio y en tu recto corazón.
Subieron al taxi y Zule le pidió a Erkin que los dejara en una avenida céntrica para tomar otro, para no comprometerlo a él con las cámaras en el aeropuerto. Erkin se negó ofendido, pero entre Lorién y Zule lograron hacerlo entrar en razón, finalmente era lo más razonable para todos.
Se despidieron de Erkin con unos abrazos muy sentidos. Lorién le pidió que le llevará sus mejores deseos a Lale y Haluk. Zule agradeció por haberlo conocido y por todo lo que los había ayudado. Los tres tenían lágrimas en los ojos.
Erkin les dijo que nunca los iba a olvidar y que en el momento que pase el peligro le gustaría tener noticias de ellos. Así se lo aseguraron. Erkin se quedó detenido en la avenida, contemplándolos con las lágrimas corriéndole por sus mejillas, mientras abordaban otro taxi camino al aeropuerto.
—¡Cuidaros mucho, hijos míos, cuidaros mucho! Qué enormes seres humanos que sois los dos, tan jóvenes y tan grandes a la vez —terminó murmurando para sí emocionado.
En diez minutos estaban en el aeropuerto, que a esa hora estaba lleno de gente que llegaba y que partía. Recogieron sus pasajes y se resolvieron a embarcar.
—¡Cuanto antes mejor! —dijo Lorién enfáticamente, para salir de los temores al contrastar sus pasaportes.
Pasaron por la puerta que los llevaba a policía internacional y Zule empezó a gastarle bromas a Lorién para que se soltara y estuviera más relajado.
—Vaya pinta de rasta que tienes, si pareces un rasta de Wall Street, jajajá, —se reía ella de buena gana.
—¿Y tú? —le retrucó él—, si pareces la princesa de Mónaco embutida en unas ropas rastafaris, jajajá.
Así, con esa aparente soltura y buen talante fueron llegando a la ventanilla de control. Desde antes los policías los estaban mirando por lo buena pareja que hacían y por lo expresivos que eran los dos en su alegría. Todo el mundo los contemplaba con simpatía.
Presentaron sus pasaportes y después de una rápida mirada el

funcionario les puso el sello de salida, deseándoles un buen viaje. Ellos siguieron caminando en medio de sus bromas, pequeños empujones y risas, como si nada. Buscaron su puerta de embarque y se sentaron, con un profundo suspiro al unísono.

—En realidad hemos corrido un riesgo innecesario al viajar juntos, deberíamos haber viajado separados y hacia distintos destinos.

—Tienes razón —dijo Lorién—, yo también lo pensé, pero —se sonrojo— no quería separarme de ti.

—A mí me pasó lo mismo —dijo ella tironeándose la blusa nerviosamente mientras miraba con extrema atención una pelusa que tenía en el pantalón, también sonrojada.

—Tenemos más de una hora hasta que parta nuestro vuelo —carraspeó Lorién—. ¿Por qué no aprovechamos y me cuentas tu historia? La estabas comenzando cuando nos interrumpió Erkin anoche.

—Como quiera el señor. ¿Necesita alguna otra cosa el señor? —dijo ella con tono de falsa sumisión y los ojos chispeantes.

—No, con eso será suficiente por ahora, gracias —dijo él, con tono suficiente y altivo. Se rieron los dos con ganas.

—Como te contaba, el contacto era mi padre, Eduardo Martín Lange, nieto de español e hijo de alemana, nacido en Puno, Perú, en la ribera del mágico lago Titicaca. Él era rubio como el sol en un país de morenos que adoran al sol, jajajá. Por su parte, él se enamoró de los Andes y su cultura, la hizo suya, a diferencia de otros de ascendencia extranjera que siempre se sintieron y se mostraron como no peruanos. Mi padre siempre hizo apología de ser peruano y andino. Desde niño siempre fue un lector y un buscador acérrimo, siempre con muchas inquietudes internas, un humanista de corazón, que creía que, si todos los pueblos conectaban con lo mejor de su cultura, desde ahí se podían encontrar con las otras culturas, dado que en las mejores épocas de cada pueblo aparecían lo que él llamaba Momentos Humanistas…

—Espera, espera un poco Zule, no tan rápido. Cuéntame, ¿qué es eso de los Momentos Humanistas?

—Lo que caracteriza a los Momentos Humanistas es una sensibilidad, la Actitud Humanista, que se puede sintetizar en seis

puntos: Uno, la ubicación del Ser Humano como valor y preocupación central; dos, la afirmación de la igualdad de todos los seres humanos; tres, el reconocimiento de la diversidad personal y cultural; cuatro, la tendencia al desarrollo del conocimiento por encima de lo aceptado o impuesto como verdad absoluta; cinco, la afirmación de la libertad de ideas y creencias y seis, el repudio a la violencia.

—¡Qué grande tu padre! —exclamó Lorién—, esos seis puntos describen en lo fundamental lo que yo siempre he sentido y anhelado y nunca lo había podido ver así, tan resumido y tan claro —dijo asombrado—. Esto es lo que nos une, ahora lo entiendo, lo veo en mis amigos de Teruel, lo veo en Concha y su madre en Madrid, lo veo en Erkin y su hermosa familia, lo veo en ti y en mí. Es maravilloso —se entusiasmaba cada vez más Lorién—. Todo lo que nos pegó tan fuerte desde el principio, lo de ver las virtudes en uno y en los otros, ver lo mejor de uno y de los demás. Es en lo personal lo mismo que en los pueblos. Si cada pueblo conecta con lo mejor de su cultura, también conecta con lo mejor de la sensibilidad de los otros pueblos, que se sintetiza en esta maravilla de la Actitud Humanista. ¡Maravilloso!

La abrazó exaltado, se levantó y bailoteó con ella por la sala de espera hasta que, de repente, se dio cuenta de que estaban en el aeropuerto. Se había sumido tanto en el relato de Zule, que se había olvidado de donde estaba. La gente alrededor los miraba divertidos. Se sonrojó un poco y se volvió a sentar junto a ella que lo miraba con los ojos cáusticos, llenos de humor y también de afecto.

—Disculpa por comportarme como un tonto —dijo Lorién, un poco avergonzado—, pero es que me maravilló esto de lo simple que es y como explica nuestra sensibilidad, independientemente de en qué pueblo o cultura se haya uno criado. ¡Es magistral! —se volvió a entusiasmar.

—¿Vas a bailar de nuevo, me vas a seguir abrazando o vas a improvisar algo nuevo esta vez? —dijo Zule con mucha sorna y con una sonrisa de oreja a oreja.

Otra vez se sonrojó un poco, pero se echó a reír inmediatamente.

—Jajajá. Eres una malvada que siempre se ríe de mí.

—Y tú eres un ser maravilloso que has traído más alegría a mi vida en unas horas de las que he tenido en seis años —dijo de forma espontánea ella, ruborizándose al final.
—Jajajá —se rio Lorién a su vez—, vaya pareja que estamos hechos, espontáneos, alegres y divertidos, jajajá. Contigo es tan fácil ser espontáneo y pasarlo bien... Desde el primer momento, en tu tienda de alfombras, sentí eso, a pesar de la tremenda responsabilidad que cargamos sobre nuestros hombros. Sin embargo, tenemos la capacidad de reírnos de nosotros mismos y disfrutar de cada situación. ¡Me encanta estar contigo!
—A mí también —dijo ella—, quiero decir, a mí también me encanta estar conmigo juajuajuá.
Y sus carcajadas se escucharon por todo el sector de espera en el que estaban. Con un carraspeo dijo:
—Bueno. ¿Quieres que siga o no? No paras de interrumpir —se rió de nuevo—, así no vamos a terminar nunca, jajajá.
—Sí, disculpa —dijo Lorién—, otra vez me entusiasmé, pero una última cosa. Es que acabo de darme cuenta de que lo que aparentemente era una incoherencia, una dicotomía, una contradicción, en realidad no lo es —Zule lo miraba curiosa y atenta a la vez—. Quiero decir que, por un lado, yo siempre he sentido el gusto y la necesidad de conectar con los mitos de mi pueblo, de mi gente, de mi cultura y, por otro lado, sentía también la necesidad de estudiar, de conocer y valorar los mitos y las culturas de los otros pueblos, pero lo sentía internamente como contradictorio, como incoherente, como que iban en dos líneas antagónicas: si valoro mi cultura me diferencio y separo de las otras y si valoro las de los demás dejo de valorar las propias. Pero con esta genialidad se diluye la dicotomía, al valorar lo mejor de mi cultura me conecta con lo mejor de la cultura de los demás, con la sensibilidad que hay detrás de los mejores momentos de cada pueblo. Y más todavía —se levantó otra vez encendido por el entusiasmo—, esto lo asocio con algo que hace años leí, no me acuerdo dónde, ni de quién. Era una suerte de alegoría donde se graficaba en una rueda de carro, en la que cada radio era una persona y dios estaba en el centro, en el eje de la rueda. Entonces, si uno se acercaba a dios, hacia el centro, se acercaba inevitablemente

a las otras personas y viceversa, si uno se acercaba a las otras personas, a los otros radios, se acercaba a dios. Por el contrario, si uno se alejaba de las personas, de los otros radios, se alejaba de dios, del centro, dirigiéndose hacia la parte externa de la rueda, donde están más separados los radios —dijo apasionadamente. Otra vez se sonrojó al caer en cuenta de su entusiasmo—. ¡Joder! estoy hablando como un puto místico —y se sentó de nuevo avergonzado.
—Eso es lo que eres —dijo Zule, esta vez muy seria y con los ojos emocionados—. Un místico, un ser profundamente espiritual, todos tus actos van siempre a ayudar a otros, sin pensar en lo que eso pueda ocasionarte. Me has dejado profundamente sobrecogida con la relación que has hecho entre los Momentos Humanistas, la Actitud Humanista, las personas y dios. Es algo impresionante, la construcción que has hecho, te agradezco profundamente por compartir conmigo tus comprensiones —dijo muy conectada y seria. Hasta que cayó en cuenta y comenzó a carraspear y a tironearse la blusa y mirar para cualquier lado.— ¡Ya basta! ¿Me vas a dejar seguir, sí o no? ¡No paras de interrumpir!
—Jajajá —la abrazó Lorién—, claro que sí y gracias por tenerme paciencia.
—Bueno, vale, vale —dijo ella, dándole manotazos para salir de su abrazo—, pero deja de interrumpir, que tipo tan molesto eres, jajajá —se rieron los dos.
—Por su vocación estudió historia, antropología, historia de las religiones, historia de las civilizaciones y buscó esos momentos humanistas en las diferentes culturas. Comentaba que vamos en dirección a la Nación Humana Universal y se preguntaba qué contribución harán las culturas de cada pueblo al proyecto común de la Nación Humana Universal ¿Aportarán la frustración, la discriminación, las guerras y la violencia que caracterizaron a algunos momentos de su pasado? ¿O buscarán los momentos humanistas en sus propias culturas? Estos momentos en los cuales el Ser Humano era considerado el valor más importante, la paz y la cooperación entre grupos diversos eran consideradas fundamentales, se rechazaba la violencia como el peor enemigo de la humanidad, se respetaban todas las creencias religiosas, incluyendo el ateísmo y en los cuales la ciencia y las nuevas ideas

eran desarrolladas para hacer retroceder el dolor y el sufrimiento en los seres humanos. Es tiempo de que cada cultura apele a estos momentos humanistas, en esta fase histórica, tan crítica y especial, de la civilización en la que estamos viviendo. Buscó estos momentos humanistas principalmente en América, por ejemplo, en la Mesoamérica precolombina, por la figura del gobernante tolteca de la ciudad de Tula, Topiltzin, a quien se adjudica la instauración de la actitud humanista denominada toltecayotl. Otro tanto ocurrió con el gobernante de Chichen-Itzá y fundador de la ciudad de Mayapán, llamado Kukulkán. También con Metzahualcóyotl, en Texcoco, se observa la apertura de un nuevo momento humanista. En la Sudamérica precolombina, la misma tendencia aparece en el Inca Cuzi Yupanqui, que recibió el nombre de Pachacútec, reformador, y en Túpac Yupanqui. Desde este punto de vista, interpretó la acción de los grandes reformadores religiosos y de los héroes culturales como la apertura de nuevos momentos humanistas. Desde esta mirada, el Renacimiento Europeo fue un momento humanista más, en la larga y diversa historia de la humanidad.

Zule se detuvo mirando reflexiva a Lorién. Este le hizo un gesto con la mano como si se hubiera puesto una cremallera en la boca, para indicar que no iba a interrumpir más. Ella se sonrió divertida y enternecida a la vez.

—Mi padre se preguntaba qué faltaba para que nuestra especie pudiera llegar a la Nación Humana Universal. Se respondió que tiene que suceder algo nuevo en la psique humana, un modo enteramente nuevo de experimentar la sociedad, tiene que aparecer el nuevo mito mundial, que facilite que esto nuevo pase en nuestro psiquismo. La pregunta crucial que nos tenemos que hacer es con qué sociedad, con qué grupo social se va a identificar cada persona. ¿Será con toda la gente del planeta o será con su grupito particular, con su propia cultura? Este es el quid de la cuestión se dijo.

—Esto es apasionante —saltó de nuevo Lorién, sin poderse contener —. La Nación Humana Universal hacia la que toda la humanidad está tratando de llegar, a pesar de los mezquinos intereses de los de siempre de sembrar la discordia y la destrucción entre los pueblos. Realmente tu padre era un erudito. ¡Qué sabiduría! El nuevo mito.

¡El mito mundial! ¡Claro!
—Sí, con una sensibilidad exquisita, como la tuya —dijo ella, con una sonrisa seria.
—Querrás decir como la tuya —retrucó él, riendo.
Después de unos segundos de reflexión dijo:
—Entonces, producto de sus estudios, en algún momento se ha debido de encontrar con Federico y la gente de La Escuela.
—Así fue, eres muy intuitivo. Producto de sus trabajos y publicaciones, algunos miembros se contactaron con él y rápidamente comenzaron a trabajar juntos. Él aportó esa mirada y recibió a cambio los procedimientos para acceder a Lo Profundo, a Lo Sagrado, en el interior de sí, sintetizados en Las Disciplinas. La experiencia con la Fuerza que tú andas desparramando a diestro y siniestro —se burló ella—, viene de las Disciplinas.
—¡Wuauu! —exclamó él—, estoy impaciente por conocer más, hasta ahora no he tenido tiempo más que de leer la introducción, que se ve muy potente. Además, esa se supone que es nuestra labor, recopilar las Cuatro Disciplinas, preservarlas y, cuando llegue el momento, hacerlas llegar a toda la humanidad.
—Así es. Esa es nuestra misión. Mi padre se integró a La Escuela. En uno de los encuentros que tuvieron, conoció a mi madre Esra, turca, nacida en Estambul. En algún momento de los años 80, comenzaron a perseguir a los miembros de La Escuela, matando a varios para tratar de hacerse con este conocimiento, restringirlo, manipularlo y controlarlo, como lo han hecho siempre los grupos de las religiones oficiales y algunos poderosos asociados. Así, en un momento dado, acordaron nombrar a cuatro Protectores, uno por Disciplina. Separarse y no tomar contacto entre ellos. Federico quedó como coordinador y sería el único que sabría dónde estaban y quiénes eran los cuatro Protectores y solo él, o alguien enviado por él, podría tomar contacto con ellos. Mi padre fue uno de ellos, con mi madre decidieron vivir en Estambul. Al poco tiempo nací yo. La mataron cuando yo tenía apenas tres años —dijo con voz triste—, me hubiera gustado tanto haberla disfrutado, apenas tengo algunos muy vagos recuerdos, más que recuerdos, sensaciones… —se le escapó un sollozo—. Mi padre me contó tantas cosas de ella...

Lorién la abrazó y acunó en su pecho, sin decir palabra, ella rompió a llorar.
—He estado tan sola, Lorién, tan sola, no te puedes imaginar cuánto, todos los días con el temor de que iban a venir a por mí, supongo que mi edad los confundió. ¡Nadie iba a dejar a cargo de una mocosa de catorce años semejante tesoro!
Lorién sacó un pañuelo desechable y se lo pasó, ella se sonó y se limpió las lágrimas.
—Pero me estoy adelantando, disculpa, es que lo de mis padres me pega muy fuerte.
—¿Cómo no? —dijo Lorién—, no quiero ni imaginarme por todo lo que has pasado todos estos años, realmente tienes un coraje y una consistencia interna extraordinaria, tus padres claramente se continúan en ti y de forma mejorada, estoy seguro de ello.
Zule le sonrió con los ojos todavía lacrimosos y prosiguió:
—La mataron por pertenecer a La Escuela y sin duda trataron de sacar alguna información de ella, pero desde el momento de la separación de La Escuela, cada uno de los miembros lleva un anillo con una potente carga de cianuro, previniendo de que fueran apresados por estos miserables y en caso de que no vieran salida, la consigna era activarlo y morir antes de ser torturados y terminar revelando datos de otros miembros, o de La Escuela y sus Disciplinas. Mi padre, después del asesinato de mi madre, decidió que nos fuéramos a vivir a España. ¿Te suena? —se burló ella—. Nos fuimos a vivir a Toledo, ciudad que encantaba a mi padre, por haber sido un lugar donde convivieron en buena forma las tres culturas: cristianos, judíos y musulmanes y por sus bibliotecas que todavía contienen algunos incunables que solo se encuentran allí. Esto, para un erudito y estudioso como él, era un atractivo enorme. Allí vivimos hasta mis doce años, después volvimos a Estambul. Cuando tenía trece años, mi padre me confió lo siguiente: si muero, no importa de qué forma, sigue aquí en la tienda de alfombras con tu tío. Me llevó al sótano que tú conoces y me mostró un ladrillo en la pared, que se activaba al hacer presión y se abría dejando un pequeño espacio dentro, donde dejó una carta y donde estaba la Primera Disciplina en su cajita. Me recalcó: solo en caso de mi muerte, nunca, nunca, en cualquier otra situación. Me hizo

prometerlo por la memoria de mi madre. Yo me asusté mucho del tono grave de mi padre, ya que él siempre era muy alegre y más con el tema de su muerte, después de perder a mi madre, en lo único que no quería pensar era en la muerte de mi padre. Así que prácticamente lo borré de mi cabeza hasta el día de su muerte, casi un año después de mostrarme el pequeño escondite detrás del ladrillo. Cuando supe que había muerto, quise morirme también, esto no me podía estar pasando de nuevo, perder ahora a mi padre, no, no podía ser. Lloré y grité durante días, sin comer, sin querer saber nada de nada, ni de nadie. Mis tíos trataron de cuidarme y de devolverme la cordura, ellos creían que la había perdido y no estaban lejos de la verdad. Estuve rota por dentro varios meses, con el sufrimiento palpitando en mi corazón y en todo mi ser. Han sido los momentos más terribles y sufrientes de mi vida. Andaba como un zombi, donde me sentaban allí me quedaba, sin expresión ninguna. Si me sacaban a la calle, caminaba sin ver. Hasta que un día llegó Federico. Les comentó a mis tíos que había conocido a mi padre y que pasaba a ver como estaba y se encontró con la sorpresa de su muerte. Al ver el estado en que me encontraba, les pidió a mis tíos que me dejaran con él un rato a solas en su habitación, que era psiquiatra y quizás algo podría hacer por mí.
No sé exactamente lo que hizo, solo sé que tenía la sensación de estar en un cuarto oscuro donde no llegaba ningún estímulo sensorial, luz, olores, sensaciones de ningún tipo. De repente una luz cálida y amable hizo aparición en ese cuarto oscuro, esa luz poco a poco me fue sanando por dentro, hasta que de alguna forma derribó el muro de protección que había erigido alrededor de mi conciencia para no sufrir más y volví al mundo, lo vi a él, lo sentí en todo su amor y compasión hacia mí —volvió a sollozar Zule.
—Zule, si es muy fuerte, no es necesario que lo cuentes —dijo mientras la abrazaba con afecto y ternura.
—Quiero hacerlo Lorién, necesito hacerlo, descargar esta enorme pena que llevo dentro por tanto tiempo y contigo siento que puedo hacerlo. Permíteme hacerlo —pidió ella.
—Por supuesto, por supuesto, es un tremendo honor el que me haces, gracias por ello —dijo abrazándola con más fuerza.
—Como te decía, volví al mundo, vi a Federico y me abracé

desesperadamente a él y lloré y lloré y lloré durante horas. Mis tíos escuchaban a través de la puerta y en una ocasión se asomaron y nos vieron abrazados mientras yo lloraba desconsoladamente. Claramente entendieron que había salido del ostracismo en el que había caído y que, de alguna manera, estaba volviendo a la vida después de cinco meses. Así que no interrumpieron. Finalmente, me fui calmando mientras él me acariciaba el cabello y la cabeza, con una paciencia y un amor eternos. Estoy segura de que lo hubiera seguido haciendo hasta el fin del mundo, si hubiera sido necesario. Federico habló con mis tíos y les dijo que me estaba recuperando, pero que necesitaba estar cerca de mí un tiempo para volver completamente a mi ser. Ellos estaban locos de contento, era un milagro el que había hecho Federico a sus ojos, así que todo lo que él dijera o hiciese referido a mí, era aceptado sin dudar. Se instaló en mi habitación y me cuidó noche y día por un mes aproximadamente. A la semana ya podíamos conversar casi de forma normal. A las dos semanas comenzamos a salir de la habitación y dimos algunos paseos por las calles y las plazas cercanas. Finalmente, en la tercera semana, comenzamos a hablar sobre lo que había ocurrido. Me contó de La Escuela a grandes rasgos y me preguntó si mi padre me había develado algún secreto antes de morir. En principio dije que no, porque no me acordaba del escondite del ladrillo. Me preguntó varias veces, hasta que de repente apareció el recuerdo y se lo dije. Lo acompañé al sótano y abrimos el escondite. Ahí estaba la carta, unos pasaportes falsos y la primera Disciplina. Leímos juntos la carta, en ella mi padre me decía lo mucho que me quería y que esperaba que nunca tuviera que leer esta carta, pero que si la estaba leyendo, que no tuviera pena, que él había volado libre hacia la transcendencia inmortal; que seguro que esto me parecerían cuentos, pero que es cierto y que esperaba que yo pronto tuviera experiencia directa de que la muerte no existe: que la cajita de plata guardaba uno de los mayores tesoros de la humanidad y que yo tenía que guardarlo, como lo había guardado él por años; que en algún momento Federico se pondría en contacto conmigo y me daría más detalles. Me decía también que en ningún caso me fuera de donde estaba viviendo con mis tíos, que tratara de hacer vida normal y siguiera con el negocio

familiar de la exportación y venta de alfombras; que lo más importante era preservar esa cajita. Nada era más importante en el mundo que eso; que cuando llegará Federico podría entender más. Se despedía diciendo que era la luz de sus ojos y de su corazón y que confiaba plenamente en mí, que él y mi madre se continuaban en mí, que siempre estarían en mi corazón. Y así ha sido hasta el día de hoy —dijo, sonándose ruidosamente la nariz—. Al terminar la carta volví a llorar desconsoladamente, pero algo en mí se había sanado, había un extraño consuelo en esas palabras de que la muerte no existe y que ellos se continuaban en mí y que pronto lo comprendería por experiencia directa. Federico me abrazó y me consoló de nuevo y me habló de La Escuela, de la Misión que había tenido mi padre como Protector de la Disciplina Material, que había tres Disciplinas más, que estaban a cargo de una persona distinta cada una de ellas, en lugares remotos para facilitar su preservación. Me dio los datos para encontrar al Protector de la Disciplina Energética. Me dijo que corrían tiempos muy peligrosos y que tuviera una total y completa discreción, que él también confiaba en mí y me pedía que fuera la Protectora de la Disciplina Material. Me dio este anillo, ya sabes qué es y me dejó otro por si alguien venía en su nombre. Abrió su bolsito y me entregó un anillo de oro blanco liso, sin ninguna inscripción, como el de Zule.
—¿Y cómo actúa? —preguntó Lorién.
—Está hueco, dentro está el cianuro, al tacto notarás en un punto que es un poquito más delgado que el resto, casi no se nota. ¿Lo sientes?
—No, dijo él dándole vueltas.
—Hazlo lentamente, en algún momento lo sentirás, a medida que te familiarices con él, cuando lo sientas, es cosa de que aprietes justo en ese lugar con la uña del pulgar y se activará. Federico me dijo que me tenía que capacitar para manipular pasaportes, para eso me envió a una escuela de diseño especial, para familiarizarme con las impresoras, cámaras y con los programas, para poder desempeñar las funciones perfectamente. Tuve un curso especial de impresión y manipulación de chips con equipos de alta tecnología. Me sugirió que aprendiera algún arte marcial, como el judo o el aikido, que me mantendrían la mente y el cuerpo afinados y en caso de necesidad

me vendrían bien. Lamentablemente, no iban a poder comunicarse para no hacer peligrar la misión, pero que el tiempo de abrir de nuevo La Escuela y dar a conocer las Disciplinas a toda la humanidad estaba cerca. Me repitió que, en algún momento, él mismo o una persona enviada por él, vendría —se quedó mirando a Lorién con ojos socarrones—. Y mira quien apareció, nada más y nada menos que tú, jajajá. ¡Menudo ejemplar! —se burló ella—. Bueno, es lo que hay —dijo con aires de resignación, tomándole el pelo.

En ese momento por el altavoz anunciaron el embarque de su vuelo.

—Vamos, remolón —le dijo con buen humor.

—Eres verdaderamente admirable Zule, realmente eres la persona más extraordinaria que he conocido.

—Bueno, eso no es mucho decir para un pueblerino que no ha salido nunca de su casa —se burló ella de nuevo.

—Eres una admirable y maravillosa mala persona —le dijo él, riendo también—. Tengo tantas cosas que preguntarte…

—Bueno, pues tendrá que ser en otro momento, ya está todo el mundo embarcando.

Efectivamente, ya había embarcado casi todo el mundo. Mostraron sus tarjetas de embarque con sus pasaportes a la azafata y embarcaron por fin.

Ocuparon sus asientos, esta vez les tocó el ala. El avión despegó y volvieron a ver parte de la hermosa Estambul por la ventanilla.

—Me da mucha pena no haber tenido un poco de tiempo para haberte presentado a esta bella ciudad, Lorién. Espero que en otro momento tengamos ocasión de volver y poder recorrerla tranquila y disfrutadamente.

—A mí también me gustaría mucho —dijo él, feliz—. Zule, ¿conoces El Camino? Que comienza así Si crees que tu vida termina con la muerte…

—Sí, lo he estado leyendo y estudiando constantemente el último tiempo, ha sido un consuelo y una fuente de comprensión e inspiración en mi vida. Sin él me hubiera resultado mucho más difícil aguantar sola estos años.

—Bien, yo lo leí por primera vez anteayer y me generó unas

reflexiones que me gustaría compartir contigo. Son unas notas que tomé en el hotel, en el aeropuerto en Madrid, sobre la trascendencia. En la carta de tu padre, comenta el tema.

—Encantada —dijo ella.

Lorién le leyó sus notas y ella lo escuchó con mucha atención, conforme iba leyendo. Cuando terminó, le dijo:

—Lorién, no paras de asombrarme. Sin tener datos, sin tener una guía sobre estos temas, sin haberlos estudiado y trabajado antes, es increíble como llegas con una velocidad y una fineza a estas compresiones y reflexiones, que son muy complejas. Es realmente sorprendente. Tienes una intuición muy, muy fina y sutil, que aún sin datos, siempre te lleva a hacer lo correcto y a las conclusiones certeras. Eres un tipo muy extraño —le dijo ella, mientras le tironeaba una oreja—, jajajá.

—¡Pues anda que tú! —le dijo él, mientras le daba un ligero empujoncito cómplice riéndose—. Lo que te quiero preguntar es lo siguiente, aunque en esas notas intuyo algunas cosas, me gustaría si pudieses ayudarme a precisar algunos conceptos: por un lado, está el cuerpo, por otro, esa energía que lo alienta. ¿Hay algo más? ¿Me puedes precisar y ampliar estos temas?

—Vamos a intentarlo, será difícil con un tipo con la cabeza tan dura como tú, pero lo intentaremos —se rió de nuevo—. Lo que tú experimentaste y que con tanta precisión describes en tus notas, es la experiencia de lo Sagrado. Esta se manifiesta desde la profundidad del Ser Humano, de ahí la importancia que tiene la experiencia de la Fuerza como fenómeno extraordinario que podemos hacer irrumpir en el mundo cotidiano. Sin la experiencia, todo es dudoso, con la experiencia de la Fuerza tenemos evidencias profundas. No necesitamos de la fe para reconocer lo Sagrado. Esto es algo que tú intuiste muy certeramente.

—Sí, pero no se me había hecho evidente hasta que lo dijiste. Que no necesitamos la fe para reconocer lo sagrado. ¡Wuauuu! Tremenda frase para el bronce.

—En realidad no es mía, la leí en algún material de la Escuela de los que me dejó Federico. Bien —prosiguió ella—, el contacto con la Fuerza provoca una aceleración y aumento de la energía psicofísica, sobre todo si cotidianamente se realizan actos coherentes que, por

otra parte, crean unidad interna, orientando hacia el nacimiento espiritual. La Fuerza se puede exteriorizar a distancia y mayor es su influencia si actúan numerosas personas. Entre familiares, amigos y seres queridos, la acción de la Fuerza aumenta. —Lo miró con sorna —. ¿Todavía me sigues, no te has perdido todavía? Jajajá.

—Un poco, pero hago lo que puedo —se rió él—. Es muy interesante lo que me dices, eso de experimentar directamente lo Sagrado dentro de uno y en los demás. Y que no necesitamos la fe para vivir directamente esa experiencia —dijo él muy concentrado —. Es muy fuerte lo que estás diciendo. Desde esa lógica, desaparecen todas las castas sacerdotales que, en lugar de facilitar el contacto con lo sagrado, lo interfieren utilizando su posición para manipular y controlar a la gente, para sojuzgarla y atemorizarla… —terminó, reflexivo.

—Bien, siguiendo con tu pregunta inicial. La materia viviente genera un campo de energía al que tradicionalmente se ha llamado alma. El alma, o doble energético, actúa en el interior y alrededor de los centros vitales de los seres animados. Con la muerte se produce la disolución del cuerpo, al tiempo que ocurre la separación y aniquilamiento del doble energético. La evolución constante de nuestro mundo ha producido al Ser Humano, también en tránsito y cambio, en el que se incorpora (a diferencia de las otras especies) la experiencia social capaz de modificarlo aceleradamente. El Ser Humano llega a estar en condiciones de salir de los dictámenes rigurosos de la Naturaleza, inventándose, haciéndose a sí mismo, física y mentalmente. Y es en el Ser Humano donde aparece un nuevo principio generado en el doble. Desde antiguo a este nuevo principio se lo llamó espíritu. El espíritu nace cuando el doble vuelve sobre sí mismo, se hace consciente y forma un centro de energía nueva.

—Wuauuu —dijo asombrado Lorién—. Esto sí que es revolucionario: El Ser Humano llega a estar en condiciones de salir de los dictámenes rigurosos de la Naturaleza, inventándose, haciéndose a sí mismo física y mentalmente —parafraseó a Zule—. Entonces, es el Ser Humano, como el mayor exponente de la vida en la tierra, el que en su acumulación histórica y social puede hacerse consciente y construirse a sí mismo, generando el espíritu. ¡Enorme!

Y todavía andamos por la vida sintiéndonos unos pobrecitos… —terminó asombrado.
—Realmente eres increíble, Lorién —dijo ella, sorprendida—. ¡Qué capacidad tienes para intuir y atrapar lo fundamental! Estos temas a mí me llevaron años para comprenderlos mínimamente y tú en dos segundos los haces tuyos.
—Entonces es el espíritu el que trasciende —comentó pensativo y en voz alta Lorién.
—Sí, así es. Bueno, siguiendo con nuestro relato: el Ser Humano no ha terminado su evolución. Es un ser incompleto y en desarrollo que tiene la posibilidad de formar un centro interno de energía... Tal cosa ocurrirá de acuerdo al tipo de vida que lleve. Según que los actos realizados sean coherentes, se irá estructurando un sistema de fuerzas centrípetas al que llamamos espíritu. Si los actos son contradictorios, el sistema será centrífugo y por tanto no habrá nacido el espíritu, o tendrá una conformación elemental sin desarrollo.
—Zule, disculpa, ya dijiste antes, lo de los actos coherentes. ¿Qué actos son estos?
—Los actos coherentes, son los que dan unidad interna. Es lo que se llama pensar, sentir y actuar en la misma dirección. Durante milenios se discutió sobre cuál era la mejor forma de actuar o sobre qué hacer, cuál es la acción valida. La gente de la Escuela hace siglos comprendió que la respuesta no puede estar fuera de uno. ¿Cuál es la base de la acción válida? La base de la acción válida no está dada por las ideologías, ni por los mandatos religiosos, ni por las creencias, ni por la regulación social. Aun cuando todas estas cosas sean de mucha importancia, la base de la acción válida no está dada por ninguna de ellas, sino que está dada por el registro interno, por la sensación interna que deja la acción que uno lleva a cabo. Hay una diferencia fundamental entre la valoración que parece provenir del exterior y esta valoración que se hace de la acción, por el registro que el Ser Humano tiene de lo que precisamente hace. ¿Y cuál es el registro de la acción válida? El registro de la acción válida es aquel que se experimenta como unitivo, es aquel que da al mismo tiempo sensación de crecimiento interno y es, por último, aquél que se desea repetir porque tiene

sabor de continuidad en el tiempo.
—Eres tremenda Zule. Realmente es maravilloso lo que me cuentas. Todos nos damos vueltas y más vueltas preguntándonos por cual es la mejor forma de actuar en el mundo y nunca llegamos a nada. Con la Acción Valida que tú describes, la referencia deja de ponerse fuera para ponerla dentro de uno. Si te entiendo bien, es la sensación interna que siento al hacer algo, la que se transforma en mi referencia a la hora de actuar. Si me deja una impresión de unidad, voy bien. Si me deja una sensación o registro de contradicción voy mal. ¡Claro! Ahora que lo pienso, cuando actúo con unidad o coherencia, me siento bien y cuando actúo con contradicción interna, sufro, lo paso mal. ¡Maravilloso! Con esto ya no necesito preguntarle a nadie si lo que estoy haciendo está bien o mal. Solo tengo que atender a la impresión, al registro interno que me deja la acción realizada. ¡Gracias, Gracias! —dijo entusiasmado, abrazándola y bailando con ella en el pasillo del avión, para divertimento del resto de los pasajeros, que los miraban con ternura y dulzura al ver a esa pareja de jóvenes disfrutando y siendo felices, mientras se daban codazos de complicidad y sonreían contagiados por ellos.
—Ejem, ejem, —dijo Zule, con una enorme sonrisa picarona—. No pretendo cortar tu espontaneidad, ni tu alegría, pero no estamos solos.
Lorién se dio cuenta de que todo el mundo los miraba y se puso colorado como un tomate, mientras farfullaba unas atropelladas y avergonzadas disculpas a Zule, sentándose rápidamente.
Por su lado, Zule tenía un ataque de risa descomunal y alcanzó apenas a sentarse en su asiento, ya que las piernas no la sostenían y no paraba de hacer todo tipo de ruidos raros, a la par que se agarraba el estómago completamente doblada sobre sí misma.
Pasados unos segundos de perplejidad, Lorién se contagió al igual que la mayoría de los pasajeros que los rodeaban, terminando todos muertos de la risa y con lágrimas en los ojos.
Después de unos minutos y ya más calmados, Zule le preguntó con sus ojos socarrones y divertidos:
—¿Quieres que sigamos o vas a proseguir con otro de tus numeritos para la galería?

—Sigue, sigue, por favor y disculpa de nuevo por mi salida de tono.
—Entonces —prosiguió ella, volviendo a su tono reflexivo—, como tú bien intuiste, un ser humano puede nacer, llevar adelante su vida, dejar su cuerpo y seguir evolucionando sin límite.
—Gracias, gracias Zule —se entusiasmó y emocionó de nuevo Lorién—. Me acabas de dar unas claves valiosísimas.
Hizo amago de levantarse de nuevo, cuando se dio cuenta de los brillantes y burlones ojos de Zule y se volvió a sentar un tanto avergonzado, mientras que ella se mataba de la risa. Terminó con un fuerte ataque de tos, que hizo que Lorién se preocupara seriamente por su estado y sin saber mucho qué hacer, solo acertó a darle algunos golpecitos en la espalda. Los que paradójicamente a Zule le provocaron una agudización en sus toses y preocupantes gorgoteos. Después de un rato ella, respirando con dificultad, se puso en pie para caminar un poco, en medio de grandes suspiros, mientras trataba de controlar su jolgorio. Finalmente se volvió a sentar, con la cara llena de lágrimas.
Lorién, por su parte, la miraba entre avergonzado y divertido.
—Por favor Zule, sigue con tu explicación, no me dejes así. Estoy consciente de lo disperso y lo mucho que interrumpo, pero es que las cosas que me estás contando son de verdad muy profundas y una guía fundamental para mí.
—La verdad es que no dan ganas de contarte nada, que desastre de hombre, no para de interrumpir y de dar espectáculo —dijo mientras lo abrazaba a su vez y le daba un beso en la mejilla, poniéndose colorada inmediatamente, al darse cuenta de lo que había hecho—. Ves las cosas que me haces hacer, no solo me distraes, me dejas en vergüenza delante de todo el mundo, no atiendes a las cosas que te cuento y no contento con eso, me terminas mareando llevándome a hacer el ridículo. ¡No tienes arreglo! En que estaría pensando Federico cuando te embarcó en esta misión —terminó, volviendo a su tono picaron y divertido—. Bien, volviendo al tema del cuerpo, el doble y el espíritu, a ver si ahora me dejas terminar sin hacer cosas raras... La producción y reproducción artificial de vida están al alcance del Ser Humano y también la prolongación del ciclo vital. En todos los casos, el Ser Humano será acompañado por su campo energético hasta un

tiempo después de la muerte física. Si se ha generado el espíritu, éste podrá permanecer en regiones próximas al plano de la vida física, pero finalmente cumplirá con su ciclo de espíritu individual para seguir avanzando hacia planos más evolucionados. El espíritu se puede formar tomando energía del doble.

—¡Chacal! Eso que dijiste. La producción y reproducción de vida están al alcance del Ser Humano. Es verdad, hace poco leí en algún lado que se había podido crear por fin vida artificial. Esto lo cambia todo. Este descubrimiento de la vida artificial merece… ¡un brindis! ¡Sí, lo merece! Que este nuevo descubrimiento lo vayan a manipular, que lo vayan a instrumentar…, no cabe la menor duda, eso se ha hecho con todas las cosas. Pero, de todos modos, ya se ha escapado de las manos, de los controles de siempre. Se ha escapado —se exaltó de nuevo—. Ahora hay algunos que están enojadísimos con eso. ¡Hay que dejarse de jugar a dios!, dicen estos que lo quieren controlar todo. Estamos jugando a dios y esto de estar jugando a dios, me parece, es una muy buena dirección. Como decían nuestros queridos antepasados, ya muy lejanos: ¡Ni dios, ni amo! Disculpa, Zule, se me salió mi vena anarquista.

—Jajajá, eres muy divertido. Pero estoy totalmente de acuerdo con lo que dices. Los mismos que nos persiguen y que no quieren que las Cuatro Disciplinas lleguen a la gente, son los que se rasgan las vestiduras porque... ¡están jugando a dios!

—Volviendo al tema. Si entiendo bien, entonces podemos hablar de tres principios en el Ser Humano: uno es el cuerpo, otro el doble energético o alma, que es el que le da aliento y vida al cuerpo y el tercero es el Espíritu, que se puede llegar a desarrollar desde el doble, en función de que haya logrado unidad interna. Ahora caigo, esto es a lo que se refieren algunos con un centro de gravedad permanente —terminó, dándose una palmada en la frente.

—Así es mi querido feligrés —dijo ella con tono divertido para después, de forma más sería, continuar—: Lo has expresado de forma muy simple y precisa. Efectivamente, —continuó ella—, entonces todo el proceso vital sería un proceso en que la persona puede generar esa cohesión interna, ese centro de gravedad interno, que no depende de lo que pase afuera, tiene su propia identidad, tiene su propia autonomía.

—Uff —exclamó Lorién—. Dejémoslo hasta aquí por ahora. Es mucha información para masticar para un recién llegado como yo. Necesito pensar y reflexionar sobre lo que me has contado, tremenda clase magistral sobre el cuerpo, el doble y el espíritu. Yo pensando que te había hecho una pregunta simple y cortita, me has dejado anonadado... Muchas gracias, Zule.
—¿Ves que eres un cabeza de madera? Se te dan un par de datos y no eres capaz de retenerlos —se rió ella—, contigo no vamos a llegar a ninguna parte —se burló, con ojos chispeantes.
—Bueno, por el momento voy a echar una cabezadita, aprovechando que estamos en el avión, que después una vez que aterricemos ya me conozco el cuento y uno no para nunca más —dijo Lorién, reclinando su asiento y acomodándose para dormir.
—¡Así son los hombres! —exclamó ella—, te dejan sola en cualquier momento, una se desvela por ellos, por desburrarlos, culturizarlos y ellos solo piensan en dormir, jajajá. —se desternillaba de risa ella.
—Vale, vale, halla paz —dijo con voz somnolienta Lorién—. Te quiero Zule. —Y se durmió.
Zule se quedó pasmada con la expresión de cariño de Lorién, se le llenaron los ojos de lágrimas y una bondadosa y tierna expresión le invadió el rostro mirando a Lorién semidormido.
—Yo también te quiero, Lorién —dijo en un murmullo emocionado y casi inaudible.
Lorién se despertó con el ruido del carrito de la comida que empujaba la azafata, repartiendo las colaciones a los pasajeros. Tenía la sensación de que había soñado algo importante. Al mirar a Zule se acordó de pronto.
—¡Zule, Zule! —la sacudió agitado.
—¿Qué sucede? —preguntó ella medio dormida.
—Zule, ya recuerdo de que te conozco, donde te había visto antes —dijo Lorién, exaltado.
—Pero Lorién, si no nos habíamos visto nunca antes.
—Es cierto, pero yo ya te conocía. Eres la mujer del cuadro que compré —se entusiasmó él.
—¿De qué estás hablando? ¿Te ha dado algún tipo de delirio, te has metido al cuerpo algo raro? —dijo ella, frotándose los ojos, todavía

medio dormida.
—¡No, el cuadro! ¡El cuadro! —repitió él, sin poder sosegarse.
—Vale, Lorién, vale —dijo ella con tono suave y concesivo, como con un niño pequeño—. Vamos a hacer una cosa, vamos a hacer como que yo no sé nada y tú me cuentas en detalle todo. ¿Te parece bien el método? —dijo ella socarrona.
Lorién se sonrió, siempre le hacían gracia las bromas de Zule y se tranquilizó un poco.
—Claro, no te he contado del cuadro, disculpa lo impetuoso, pero es que me remeció darme cuenta...
—Bien, bien —le interrumpió ella—. ¿Qué te parece si volvemos al método que acordamos? ¿Te acuerdas? Me cuentas todo calmadito como si yo no supiera nada. ¿Está bien? ¡Qué tipo tan difícil! —dijo con un divertido resoplido.
—Tienes razón —se rió él—, parto desde el principio. Hace un año aproximadamente fui a una exposición de arte, donde había unos veintitantos cuadros expuestos, era un día de lluvia y yo andaba vagando por la calle, así que entré sin ningún motivo especial. Me llamó la atención un cuadro grande con una mujer de pelo rubio-castaño pintada en él… —Y le contó todo lo sucedido con el cuadro, terminando con su compra después de ir a verlo varias veces, invirtiendo todo el dinero que tenía—. ¿Entiendes ahora?
—No —dijo ella—, todavía no me dices que tiene que ver conmigo.
—¡Qué esa mujer del cuadro eras tú! Por eso me resultabas familiar, conocida desde el principio, a pesar de estar seguro de que no nos habíamos visto nunca antes.
—¿Quieres decir que esa mujer del cuadro se parecía a mí? —comentó ella, con tono pedagógico.
—¡No! Esa mujer eras tú, no solo es tu aspecto físico el que de alguna forma está plasmado en el cuadro, también tu clima interno, tu forma de ser. Toda tú estás representada en el cuadro. ¿Me entiendes? No solo conozco tu aspecto, sino tu forma de ser y de alguna forma me había enamorado de esa mujer —dijo, sonrojándose hasta las raíces del pelo—, y es de ti de quién estoy enamorado, ahora lo veo con claridad. ¡Te quiero Zule, te amo! —dijo, exaltado y rojo como la grana y, de improviso, la besó en los

labios.
Zule se quedó de piedra con la boca abierta.
—Disculpa, disculpa —dijo él, consternado—, por haberte faltado al respeto, lo siento mucho, de verdad, no quería hacerte sentir mal.
—No me has hecho sentir mal, ni me has faltado al respeto —dijo ella, ya respuesta y divertida—. Es solo que tienes una forma muy particular de declararte, jajajá y con toda esa historia del cuadro. En fin, hay que reconocer que eres creativo para declararte, un poco rebuscado y un tanto intempestivo e invasivo. No sé si podré sobrellevar semejante espécimen conmigo, pero bueno, es lo que me ha tocado en suerte —dijo ella con tono jocoso y lo agarró de la pechera, atrayendo hacia sí al sorprendido Lorién y dándole un beso esta vez más calmo, disfrutado y participativo.
De pronto se escuchó una tosecilla respetuosa.
—Disculpen que interrumpa el amor con temas tan banales como la comida —dijo la azafata con expresión divertida.
—Oh —dijeron ellos, sonrojados, al mismo tiempo.
—No, no pasa nada —dijo Zule—. Gracias.
Una vez que la azafata les dejó las bandejas y se fue a atender a otros pasajeros. Zule lo miró con cara de enojo y le dijo:
—¿Ves en las situaciones que me pones? Vergüenza debería de darte. ¡Avergonzándome en público!
Lorién puso cara de estar desolado y empezó a tartamudear una disculpa y ella estalló en carcajadas.
—Juajuajuá, que tonto divertido eres —se rió ella de buena gana.
—¿Entonces, no estás enfadada? —dijo él, entre sorprendido, aliviado y esperanzado.
—¿Cómo voy a estar enfadada, tontorrón? —se volvió a reír ella—. Me encantas —y lo volvió a agarrar de la pechera para terminar el beso truncado.
Ahora sí, nadie los interrumpió en ese largo, largo y disfrutado beso.
—¡Soy el hombre más feliz de la Tierra! —dijo Lorién en su oído.
Y ella, conmovida, respondió:
—Yo también Lorién, yo también, no te puedes imaginar cuánto —le dijo, dándole un pequeño coscorrón en la cabeza y riéndose—.

Vamos a comer, que se va a enfriar la comida, que a ti cualquier cosa te distrae de lo importante.
—¿Importante? —farfulló él, de nuevo confundido.
—¿Te amo, tontorrón! —Y le estampó otro beso en los labios—. ¡Qué sin vivir contigo! Si es que no gano para sobresaltos desde que te conozco. Desde que llegaste, se fue la tranquilidad y la vida plácida de mi entorno. ¡Qué calamidad de hombre! —dijo enfáticamente y con los ojos chispeantes—. ¡Ven y dame otro beso, que no traes más que problemas! —y le dio otro beso—. ¿Dónde te habrán enseñado a ti a cortejar a una mujer? —decía indignada, mientras le daba un beso tras otro—. ¡Hay que ver que desastre de hombre! —terminó, dándole un beso más—. Y ahí lo tienes, inmóvil como un pasmarote, en lugar de abrazarme. No tienes arreglo, o vas muy rápido o muy lento. ¡Qué desastre que estás hecho! —le decía, mientras se dejaba abrazar por el felicísimo Lorién, que no decía nada, pero que tenía una sonrisa de felicidad en la cara como nunca en su vida.
Ahí se quedaron en silencio, disfrutando felices de ese momento único. Finalmente, Zule recuperó la palabra.
—¿Entonces me quieres decir que hace un año te gastaste todo tu dinero en un cuadro, sin saber por qué? No, si está claro que yo voy a tener que hacerme cargo de las finanzas porque tú... ¡eres un inútil! —exclamó feliz—. ¿Y si no es porque te acuerdas del maldito cuadro no me hubieras dado un beso nunca? Hay que ver que poco genio y que poca iniciativa. En fin, para eso estoy yo, está claro que de ti solo vienen problemas y líos, todavía no te he visto hacer nada productivo. ¡La suerte que tienen los hombres de que existamos las mujeres!
Lorién seguía en silencio y feliz abrazándola, con su sonrisa de idiota, deseando que ese momento eterno no se acabara nunca.
—¡Bueno, di algo! —lo increpó ella, mientras se acurrucaba feliz entre sus brazos—, aunque para decir tonterías, mejor que sigas callado, jajajá, —se reía ella, flotando lánguida entre sus brazos.
Pasaron las azafatas a recoger las bandejas de comida.
—Vaya, vaya que felices se les ve a los dos.
—Sí, —dijo Lorién, con los ojos brillantes y su sonrisa XL.

—Sí, —dijo Zule—, a pesar de este señor, jajajá. —Y se reían los dos con su risa fácil y contagiosa.
Cuando se fueron las azafatas, Zule comentó:
—Bueno, a pesar de que no se puede tomar en serio nada de lo que dices, realmente es asombroso lo que comentas respecto del cuadro. ¿De verdad se parece a mí?
—Sí, eres tú, no hay duda alguna y tu forma de ser está, no sé cómo, reflejada en el lienzo. El autor me comentó lo siguiente: el arte tiene estas cosas, pega en lugares dentro de nosotros que no sabemos describir con facilidad, a veces toca cosas del pasado, de la primera memoria, cuando tenemos apenas un año, es decir, que genera sensaciones cenestésicas ya que todavía no hay pensamientos y pocas imágenes. Otras veces, mueve cosas del futuro, cosas que todavía no hemos vivido, pero que de alguna forma algo dentro de nosotros reconoce eso que viene. Otras veces, mueve o conecta con estados de conciencia no habituales para los que no tenemos palabras.
Claramente algo extraordinario pasó,— prosiguió Lorién,— primero en el artista, al plasmar en la tela a alguien que no conoce y, en segundo lugar, en mí al reconocer algo que iba a suceder en el futuro. En este caso alguien. ¡Y qué tremendo alguien! —se rió.
—A ver, a ver. ¿Qué pasa con ese comentario, eh? Que estoy presente —se desternillaba de risa ella.
De repente se puso a recitar:

A veces me he adelantado a hechos que luego sucedieron.
A veces he captado un pensamiento lejano.
A veces he descrito lugares que nunca visité.
A veces he contado con exactitud lo sucedido en mi ausencia.
A veces una alegría inmensa me ha sobrecogido.
A veces una comprensión total me ha invadido.
A veces una comunión perfecta con todo me ha extasiado.
A veces he roto mis ensueños y he visto la realidad de un modo nuevo.
A veces he reconocido como visto nuevamente algo que veía por primera vez.
…Y todo ello me ha dado que pensar. Buena cuenta me doy

que, sin esas experiencias, no podría haber salido del sin-sentido.

—¿Qué es eso? —preguntó Lorién.

—Es un texto que me dejó Federico, se llama Sospecha del Sentido —contestó ella—. Es claro que nuestras capacidades mentales están prácticamente sin desarrollar y sin explorar. Todos hemos tenido en algún momento experiencias extraordinarias o no habituales.

—Sí, —dijo él—, yo he tenido varias de las que describiste y claro, lo dejan a uno reflexionando, es como si el psiquismo de uno entrara en otra frecuencia por un rato y ese tipo de experiencias te hacen cuestionarte la realidad. Está muy bien el título, Sospecha del sentido, te hace sospechar que uno puede funcionar de otra forma, percibir la realidad de otra forma, tener claridad que uno no es un pedazo de carne que se mueve por el mundo... Que uno es algo más, mucho más que eso... Es como en las experiencias con la Fuerza, uno se percibe a sí mismo de otra forma, tiene otra visión de sí y de la realidad. ¡Muy interesante!

Se quedaron reflexionando un rato en silencio.

—Al parecer Federico te instruyó bien —dijo Lorién.

—Sí y me dejó mucho trabajo, materiales y ejercicios para que me auto instruyera en su ausencia.

—Volviendo a Federico, ahora tenemos con nosotros la Disciplina Material, vamos al Cusco encontrar la segunda Disciplina, la Energética. ¿Verdad?

—Así es —dijo ella.

—¿Por qué en Estambul y Cusco?

—Buena pregunta. No lo sé exactamente, pero sospecho que tiene que ver con lugares que han sido centro del conocimiento y donde se han dado momentos humanistas. Acuérdate que Bizancio, el nombre inicial de la actual Estambul, concentró todo el saber del Imperio Romano, más todo el saber acumulado en Alejandría. Cuando ésta fue tomada por los cristianos, se vació de sabios, estudiosos y científicos que emigraron a Bizancio. Como ves, sobran los motivos para que fuera uno de los lugares escogidos para la Disciplina Material. Respecto del Cusco, fue algo parecido a Bizancio, pero en América del Sur. Acuérdate que es el centro de un

gran imperio y que dos de sus Incas instalaron Momentos humanistas: Cuzi Yupanqui, más conocido como Pachacútec y Túpac Yupanqui. Cusco, considerada la Roma de América. Dicen que es la ciudad habitada más antigua de América y capital administrativa y espiritual del Imperio Inca, que es lo mismo que decir de Sudamérica, este iba desde Ecuador hasta el sur de Chile. Son argumentos suficientes. ¿Verdad?
—Sí, me parece que sí. ¿Cómo encontraremos al Protector en el Cusco?
—Mmmmm —dijo ella—. no sé si decírtelo, cuantas más personas lo sepamos, más riesgo corremos.
—Es cierto —convino Lorién—, pero si por cualquier azar te llega a suceder algo, yo no podría dar con él de ninguna forma.
—Mmm —volvió a repetir ella, pensativa—. Sí, creo que tienes razón. De hecho, cuando lleguemos a Lima, será bueno que desembarquemos separados y que nos juntemos en la estación de autobuses. Hemos actuado de forma imprudente y no puede volver a pasar. Ellos nos buscarán juntos. Esto nos dará una oportunidad si nos están esperando.
—Es lo más prudente —estuvo de acuerdo él—, aunque todo mi ser se rebela contra ello. Ahora que te he encontrado, que me siento más feliz que en toda mi vida y pensar en separarnos y no saber si te pasó algo, va a ser una incertidumbre insoportable.
—Sí, a mí me va a suceder lo mismo —dijo ella cabizbaja—. Pero es lo más prudente —suspiró apesadumbrada.
Después de unos instantes de reflexión comentó:
—Bien haremos esto, grábalo en tu dura cabezota —se rió ella—. El Protector, Protectora en este caso, se llama Charlotte James. Tiene una librería de usados en la calle Heladeros 135, en el centro histórico del Cusco. La contraseña es transmutación. Cuando aterricemos yo saldré primero y tú saldrás de los últimos. Lo primero, es ir a cambiar dinero. Una vez que hayamos cambiado, cada uno se dirigirá a un taxi y se encaminará al terminal de buses Cruz del Sur. Allí nos encontraremos en la cafetería. Podríamos ir en avión, sería mucho más rápido, pero estaríamos más controlados. Una vez que nos encontramos en el terminal, sacamos los pasajes

juntos. Los autobuses salen en la tarde y llegan en la mañana. Solo esperaremos al otro durante cuatro horas. Si en ese lapso no ha aparecido, quiere decir que lo han atrapado. Y el que pueda tendrá que seguir su camino. En este caso, será más prudente tomar un pasaje a otra ciudad que no sea el Cusco, a Nazca, por ejemplo. Y recién ahí tomar un autobús al Cusco. También será bueno que cambiemos el aspecto. Antes de tomar el autobús desde Lima, cerca de la estación de Cruz del Sur, hay algunas tiendas de ropa. —Los dos estaban un tanto pálidos—. Pero no pensemos en esto ahora —dijo Zule—, estoy segura de que todo irá bien y nos encontraremos en la estación de autobuses sin problemas.

—Yo también —dijo con una sonrisa animosa Lorién.

Poco a poco volvieron a tomar su animado y cariñoso ritmo de conversación. Había tantas cosas que querían saber uno de otro, que no paraban de preguntarse y de interrumpirse mutuamente, con muchos abrazos y besos entre medio, una vez recuperado el buen humor habitual en ellos. Hasta que de nuevo pasó la azafata con el carrito de la cena.

—Vaya, se nos pasó el tiempo volando —dijo ella con un bostezo—, y parece que ya me está dando sueño otra vez.

—Eres una dormilona y una comilona, eso es lo que te pasa, no vas a poder salir del avión porque no vas a poder pasar por la puerta —se burló él.

—Si querías una flaquita, haber comprado otro cuadro, juajuajuá, —se doblaba ella de risa.

Se durmieron finalmente abrazados y felices.

Unas horas después comenzaron a encender las luces y los despertaron para el desayuno.

—En una hora más estaremos llegando al aeropuerto de Lima —les comunicó el comandante de la nave.

—Uaaaahhhh —bostezó Lorién, con un gran estiramiento de su cuerpo un tanto anquilosado—. ¡Despierta dormilona! —le dijo a Zule, sacudiéndola con cariño.

—Qué tipo tan molesto eres, no dejas ni dormir, ni vivir, ni respirar. Con razón que no tienes novia, jajajá. —se rió ella de buen ánimo.

—Nos la pasamos comiendo y durmiendo —dijo él, compartiendo

las risas—. Aquí viene el desayuno.
Comieron en medio de bromas y arrumacos y cuando terminaron, les habló el comandante de nuevo, invitándolos a abrocharse los cinturones porque estaban descendiendo hacia el aeropuerto de Lima, en el que aterrizarían en unos minutos. Aprovecharon para ir al baño y rápidamente aterrizaron sin inconvenientes.
—¡Ten mucho cuidado Lorién, no me hagas pasar rabias! ¡Cómo te pase algo, te mataré! —dijo ella, sacudiéndolo enfáticamente.
Se dieron un beso y abrazo muy prolongado. Se despidieron con una sonrisa y con los ojos brillantes de lágrimas.
—Te amo, cuídate mucho —le dijo Lorién, mientras ella comenzaba a alejarse por el pasillo, sintiendo un nudo en la garganta y una especie de desgarro interno.

Capítulo 4: Lima

Aprende a resistir la violencia que hay en ti y fuera de ti

Lorién esperó hasta que la mayoría hubo descendido del avión para hacerlo él. Cuando por fin lo hizo ya no se veía Zule. Caminó hacia policía internacional donde había una buena fila. Alcanzó a ver que Zule pasaba sin problemas. Después de unos diez minutos le tocó el turno a él, lo miró el funcionario durante unos segundos y finalmente le timbró el pasaporte y pasó con una sensación de alivio.

—Todo está bien —se dijo, más tranquilo.

Buscó el baño y se lavó la cara y las manos, sacándose la peluca, que arrojó al basurero. Salió de la zona de privada de pasajeros y preguntó por un lugar donde cambiar dinero. Esta vez no vio a Zule. Cambió mil euros en nuevos soles, la moneda peruana.

Le dio la impresión de que un par de tipos fornidos lo observaban, pero no hizo mucho caso. Se dirigió a la zona de taxis y de repente sintió una presencia cerca de él, miró y eran los dos tipos que lo tomaron por los brazos, al tiempo que le ponían una pistola en el pecho, disimulada debajo de un abrigo.

—Quédate quieto o te mato aquí mismo. No digas ni una palabra —le dijo uno de ellos con su acento peruano.

Trató de forcejear, pero eran muy fuertes y la pistola se apretó más fuerte contra su pecho.

—Otro movimiento y disparo, somos policías, a nosotros no nos

pasará nada, pero tú quedarás como un terrorista de Sendero Luminoso, que se resistió al arresto.
Salieron a la puerta del aeropuerto y lo metieron en un coche azul oscuro, con antena detrás, con los cristales oscurecidos. Una vez dentro vio otros dos hombres dentro de él.
—¿Están seguros de que es él? —preguntó el que iba de copiloto—. Se ve distinto a las fotos.
—Creemos que sí.
—¿Y su compañera?
—No sabemos si salió antes o después. Si salió antes, no la hemos visto. Si lo hizo después, es probable que Horacio y Germán la puedan atrapar.
El copiloto tomó una radio y habló por ella.
—Horacio, tenemos al chico. ¿Me copias? Tenemos al chico.
—Sí, jefe, te copio alto y claro.
—¿Han visto a la chica?
—Todavía no.
—Quédense hasta que aparezca, revisen los baños de mujeres, ellas siempre se demoran en estos menesteres.
—A la orden, jefe —contestó Horacio.
—¿Dónde está tu compañera? —preguntó el jefe.
—No sé de qué me habla, estoy viajando solo —dijo con cara de sorprendido Lorién, mientras internamente pedía y pedía para que no atraparan a Zule, sintiendo un miedo cerval —. No me esperes Zule, corre, corre rápido, por favor, que no te atrapen. Me da mucha pena no volver a verte, pero la felicidad que me has dado estos días será mi pasaporte a la eternidad. ¡Gracias amada mía! —se decía en su interior.
Se le había olvidado la misión y estaba completamente aterrado, más que por él, por Zule. Lo invadió un gran temor de que la fueran a torturar y a dañar.
—No te hagas el idiota, sabemos que viajas con esa Zuleima, cuanto antes nos digas la verdad, menos tendrás que sufrir. ¿Dónde está tu amiga? —preguntó de nuevo con dureza.
—De verdad no sé de qué me habla señor.
El jefe le hizo un pequeño gesto a uno de los policías de atrás y este

le dio un fuerte bofetón que lo dejó aturdido, con un pitido enorme en la cabeza.
—No nos lo pongas difícil, sé buen chico —dijo el jefe con tono afectivo.
—¿Dónde está?
—Ya le dije que no sé de qué me habla, exijo que se me lleve a la embajada española.
El jefe hizo otro gesto casi imperceptible y le dieron un tremendo puñetazo en la boca del estómago, que le produjo un dolor enorme y unas tremendas arcadas mientras luchaba por respirar.
—¿Qué os parece? —les dijo con sorna a sus compañeros—, el chico quiere ir a la embajada de España. Por cierto, te están buscando por falsificación de documentos oficiales. Si en algún momento te entregamos a ellos, que lo dudo si no cooperas, te esperan unos cuantos años en la cárcel, lo tienes difícil chico.
—Bien, vamos al Refugio, allá lo ablandaremos —dijo el jefe, con tono siniestro, mientras el coche partió rechinando las ruedas—. Aquí no tenemos los instrumentos para hacer el trabajo fino que necesitamos, dado que el muchachito no quiere colaborar.
Lorién estaba completamente aterrado, además de adolorido y todavía aturdido por los golpes. Trató de conectar con su respiración baja, pero le costó mucho esfuerzo lograrlo. El temor y el golpe recibido le dificultaban ampliar su respiración y la sentía estrangulada y corta en la garganta. Finalmente comenzó a lograrlo, cerró los ojos para estar más concentrado y comenzó una experiencia de Fuerza.
Inmediatamente, sintió un fuerte puñetazo en el rostro, que le hizo bailar la mandíbula, le rompió los labios, dejándolo casi grogui.
—¿Qué te piensas que es esto, un paseo? ¿El señor cree que se puede dormir cuando quiera y relajarse como si fuera en un viaje de placer? —dijo el jefe—. Espera que lleguemos al refugio y te vas a enterar. Aquí les tenemos muchas ganas a los españolitos que nos hicieron mierda, que nos esclavizaron, que se llevaron nuestro oro, que destrozaron nuestro mundo, quinientos años de masacres y robos. ¿O acaso esperas que estemos agradecidos porque hayan venido ustedes, conchadesumadres, a civilizarnos? —escupió las

palabras con rabia.
A pesar del enorme dolor que sentía en la cabeza, en la boca y en el estómago lo único que le llegaba era el sufrimiento, la amargura y el resentimiento de aquel hombre, provocándole una profunda compasión por él. La compasión y el amor lo fue llenando de tal forma que desapareció el temor. Ahora los miraba a los cuatro y sentía lo mismo.
—¿Cuánta gente dañada en el mundo? —pensó, mientras comenzaba a llorar por ellos, desbordado por la conciencia de su profundo sufrimiento.
—Parece que el muchachito ya no se hace el duro —dijo el jefe—, míralo cómo le caen las lágrimas. ¿Tienes miedo, verdad cabrón? Pues pronto te vas a estar cagando encima con la que te vamos a dar. ¡Escuchaste conchadetumadre!
Lorién sintió como la Fuerza lo invadía llenándolo de afecto y bondad hacia esas personas, su sufrimiento interno, negado y anestesiado por tantos años, le llegaba nítido y directo al corazón, llorando por ellos.
—Lo siento tanto —dijo entre sollozos.
—Miren al niñito, como llora, pronto se estará meando en los pantalones —comentó con sonrisa lobuna—. Ahora ya no se hace el machito, ahora que se dio cuenta de la situación difícil en la que está. ¡Dice que lo siente el conchesumare! ¡Ahorita no más sí que lo vas a sentir! —le volvió a decir el jefe.
—Lo siento de corazón —dijo de nuevo Lorién—, siento tanto que estéis sufriendo de esta forma. Si mi dolor y sufrimiento puede paliar en algo el vuestro, adelante. Sólo quiero que dejéis de sufrir, me duele demasiado vuestro dolor —volvió a decir, entre lágrimas.
—¿Pero, qué le pasa a este tipo? ¿Está mal de la cabeza? Aquí el único que va a sufrir vas a ser tú. ¿Entiendes? —dijo el jefe, haciéndole una seña al policía de atrás, que de nuevo le atizó un puñetazo en el costado.
Lorién se dobló por el dolor mientras lo miraba a los ojos muy adentro, con un amor y un afecto que empezó a hacer mella en el jefe, insegurizándolo. Se sintió mirado en lo más profundo de su conciencia y algo se removió en ella, un lejano recuerdo de niño,

que no sabía que tenía y vino con un tremendo dolor, con un tremendo sufrimiento. Es como si le hubieran tocado el núcleo de su dolor. Casi se le saltan las lágrimas de golpe y tuvo que carraspear y mirar por la ventana, mientras gritaba con una voz chillona y descontrolada:
—¡Callen a ese conchesumadre!
Todos estaban atónitos en el coche, todos estaban tocados por ese muchacho indefenso, que los hacía sentir como niñitos de pecho a su lado. Todos carraspearon para aflojar el nudo de la garganta y las ganas de llorar mientras seguían en silencio, cada uno mirando por una ventanilla. Nadie era capaz de mirar a los ojos a Lorién, que cada vez sentía con más fuerza el sufrimiento de esa gente y la enorme compasión que espontáneamente sentía por ellos. No le importaba morir si con eso podía ayudar a que dejaran de sufrir.
Llegaron por fin a una casa en un barrio de la periferia de Lima y bajaron apresuradamente a Lorién, evitando mirarlo a los ojos y evitando mirarse entre ellos.
—Lo siento, tanto, tanto —volvió a musitar Lorién.
El Jefe no se pudo aguantar más, le pegó una patada a uno de sus subalternos y le gritó sin poder evitar que las lágrimas le corrieran por la cara.
—Llévalo al carnicero para que lo ablande. Yo voy al baño.
Y salió corriendo, mientras los tres miraban cada uno para un lado, tocados profundamente y con el corazón en un puño y sintiendo que se iban a ahogar por el enorme nudo que tenían en la garganta y las desesperadas ganas de llorar a gritos que tenían.
Al que le habían dado la patada, lo empujó suavemente hacia adelante, casi pidiéndole disculpas y Lorién se dejó ir dócilmente.
Entraron a la casa y bajaron a un sótano. Allí el policía tocó una puerta. Abrió un tipo enorme con la cara un tanto desfigurada, que al verlo sonrió con crueldad. Lo miró a Lorién y dijo:
—Vaya, vaya, me traen a un corderito, ya viene llorando a mares, pero no te creas que por llorar te va a tocar menos de lo que te corresponde. Cuando me envían a alguien para que lo ablande, lo ablando, ya vas a saber pronto lo que es llorar y gritar, jajajá. —se reía con su expresión loca y cruel.

El policía que lo había conducido a Lorién se dio vuelta sin decir nada y corrió escaleras arriba entre gemidos apenas audibles
—Qué raro que está mi pata hoy —dijo el carnicero, al verlo irse sin decir palabra—. Pasa, pasa —sonrió de forma torcida, dirigiéndose a Lorién—, eres el invitado de honor —le comentó con sorna, mientras reía y le tomaba la cabeza para que lo mirara a los ojos—. Mírame bien, te vas a acordar de mí el resto de tu vida —rugió con su risa demente.
Lorién lo miró profundamente y conectó con el sufrimiento que estaba tapado bajo muchas capas de memoria y debajo del sufrimiento con un fondo de delicada sensibilidad.
—¡No me engañas, tú también eres dios! —le dijo entre sollozos, sin saber por qué.
El torturador se quedó inmóvil, mirando a Lorién, como si le hubieran dado un mazazo en la cabeza, sintiendo su mirada en lo más íntimo de su ser, en lo más delicado de su oculta sensibilidad. Bajó la mirada avergonzado ante aquella profunda y compasiva mirada.
—¿Qué has dicho? —dijo con voz queda y entrecortada, totalmente conmocionado.
—Que tú también eres dios, que veo en ti lo sagrado, veo ese ser hermoso que llevas en tu interior y que ha sufrido y sufrido, tantos y tantos años y necesita liberarse. Necesita que lo dejes salir, que te reconcilies contigo mismo, que entiendas que fue un error lo que pasó hace tantos años y que no tuviste la culpa y, si la tuviste, ya has pagado en demasía por ello. Vuelve a casa —lo abrazó Lorién y el torturador se deshizo en sus brazos—. Hoy decreto tu liberación y que la vida vuelva a habitar en ti.
El hombre cayó de rodillas llorando a gritos, agradeciendo a Lorién. Sintiendo como ese terrible sufrimiento que había estado escondido por tantos años salía por fin desbordándolo, mientras notaba cómo, desde Lorién, brotaba una Fuerza purificadora que iba llenando todo su interior, fusionándose e integrando el terrible sufrimiento hasta hacerlo desaparecer, purificándolo completamente.
—No sé lo que me has hecho, pero gracias, muchas gracias —decía con su rostro transfigurado y luminoso el que hasta hace pocos

minutos había sido un torturador—. Ahora te tienes que ir, pero necesito que me des un golpe en la cabeza para que yo pueda decir que has escapado, que me golpeaste en un descuido. Pégame fuerte con esa barra de hierro que ves ahí.

—No puedo hacer eso, va contra todo lo que siento dentro de mí. ¡Prefiero morir antes que golpearte! —exclamó Lorién, agobiado por el pedido.

—Tienes que hacerlo por mí. Si no lo haces, cuando lleguen me torturarán a mí hasta matarme. Tú no sabes qué tipo de gente está detrás de ti. Por favor… —le imploró.

Lorién estaba desolado, sentía una terrible contradicción dentro de sí. Por un lado, esto iba contra todo lo grande y bueno que había ido creciendo las últimas semanas y, sobre todo, la última hora en él. Por otro lado, entendía lo que decía este buen hombre. Así que finalmente comprendió que era el mal menor, dentro de la terrible contradicción a la que estaba sometido y que lo inmovilizaba.

—¡Perdóname, perdóname! — le rogó, mientras agarraba la barra y le daba un fuerte golpe en la cabeza. —Tenías razón, amigo mío, nunca te olvidaré —le susurró afectuoso, mientras lo besaba en la frente golpeada, con los ojos arrasados de lágrimas.

Salió tambaleándose del sótano. Extrañamente no se cruzó con nadie. Salió a la calle y un taxi se le echó encima. Iba a saltar a un lado cuando una voz le dijo:

—Sube al coche.

No podía creerlo. ¡Era Zule! Subió y el taxi partió rápidamente.

—¿Estás bien, Lorién? ¿Qué te han hecho? —decía Zule, mientras lo abrazaba y lloraba de alivio y preocupación a la vez, por el torrente de lágrimas de Lorién y por el mal aspecto que presentaba, con la cara un tanto desfigurada por los golpes y la conmoción.

Lorién por su parte la abrazó con mucha fuerza y la besó con desesperación entre sollozos.

—¡Estás bien, Zule! ¡Estás bien! Gracias al cielo. ¡Estás bien! —repetía como un demente.

—Sí, amor mío, estoy bien, pero y tú, ¿cómo estás? Estaba tan preocupada… ¿Te hicieron mucho daño? ¿Te torturaron? —Le acariciaba la cara con delicadeza, pensando que lloraba por el

dolor.
—Ah. ¿Lo dices por esto? No, esto no es nada, nada, de nada. Solo que es terrible conectar directamente con el sufrimiento humano. Pobre gente, que manera de sufrir, que dolor tan tremendo…
—¿Pero, de qué estás hablando? ¿A quién te refieres? —preguntaba sorprendida.
—A los policías… —dijo con pesadumbre.
—¿Qué? —exclamó ella, incrédula—. No entiendo nada, Lorién. ¿Me quieres contar desde el principio, de forma pausada y con palabras coherentes, para que pueda entenderlo? Parece que estás bastante traumatizado por la experiencia.
En medio de la conversación el taxista preguntó tímidamente, mientras conducía despacio.
—Disculpen que los moleste, pero, ¿a dónde vamos?
—Disculpa José, este es Lorién —le sonrió.
—Sí, ya me he enterado de eso. Hola Lorién, es un gusto conocerte —lo saludó de forma cordial.
—Hola José —saludó Lorién, con una débil sonrisa—, gracias por cuidar de Zule y gracias por subirme a tu taxi.
—José, nos dirigimos al Cusco y tal como están las cosas, mejor partimos de inmediato, el dinero no es problema.
—Al Cusco, entonces. Si no paramos, mañana al medio día podemos estar allá.
—Cuando estés cansado, para en algún hotel o residencial, insisto, no te preocupes por la plata.
Se volvió de nuevo hacia Lorién que se veía más tranquilo, mirando hacia atrás.
—No te preocupes, Lorién —le dijo, abrazándolo de nuevo,— ya no nos van a atrapar.
—No me preocupa tanto eso, sino las terribles vidas que llevan estas gentes.
—Bien, Lorién, te pido de nuevo que me cuentes todo desde el principio —le dijo, preocupada.
Lorién comenzó a contar su historia, de cómo se había quitado la peluca en el baño del aeropuerto, para pasar más desapercibido. Cómo lo habían agarrado después de cambiar el dinero, justo

cuando iba por un taxi.
—Sí, yo ya había tomado el taxi de José y le pedí que esperásemos unos minutos para ver si te iba bien a ti. Entonces te vi aparecer con esos dos gorilas agarrándote de cada brazo y tengo la sospecha de que uno te estaba apuntando con una pistola, y cómo te metieron al coche de los cristales oscuros.
—Sí, ahí empezaron a preguntar por ti —prosiguió Lorién—, y al negar que te conocía, me golpearon unas cuantas veces. Conocían nuestros nombres, no los de los pasaportes, los auténticos.
Le contó todo lo sucedido en detalle, con la mirada perdida. Mientras ella exclamaba incrédula una y otra vez.
José paró el taxi. Lloraba sin poderse contener. Zule estaba en la misma situación, lo miraba con un amor y una admiración total. Lo miraba en silencio, sin poder articular palabra, por la enorme emoción que la embargaba. Solo alcanzaba a acariciarle la mano de forma torpe y desmañada. Mientras se escuchaban los sollozos de José, con la cara tapada, apoyada en los brazos en el volante.
Lorién se fue tranquilizando y también Zule y José, que lo miraban totalmente arrobados, conscientes de estar asistiendo como testigos privilegiados a un auténtico milagro, algo único. Sintiendo la presencia de lo sagrado expresándose en el mundo a través de Lorién.
—Lorién —dijo Zule, todavía conmocionada—, lo que cuentas es de verdad un milagro, es un verdadero prodigio. Tú eres como un vehículo a través del cual se expresa lo sagrado, con razón que te escogió Federico. Hasta ahora no has parado de hacer cosas increíbles, pero esto ya no tiene nombre. ¡Qué tremendo amor por los demás! Me faltan palabras para describir esto tan grandioso que se expresa a través de ti.
—Sí, es extraordinario —dijo Lorién, reflexivamente—, al parecer los seres humanos, cuando dejamos de lado un poco el yo y el para mí, facilitamos que lo sagrado o lo verdaderamente humano se exprese en el mundo. Me pregunto cómo es posible que de lo mortal surja lo inmortal o lo sagrado —se quedó en silencio unos instantes y se respondió como desde muy adentro, como desde muy lejos—. O quizás deberíamos preguntarnos cómo es posible que lo inmortal genere la ilusión de la mortalidad.

Se quedaron los tres en silencio, abrumados por la enormidad de lo que acababa de expresar Lorién, o algo a través de él, y ante las inmensas implicaciones que se derivaban de esa pregunta-afirmación. Los tres estaban conectados profundamente con lo trascendente y lo sagrado en cada uno de ellos, sin pensar, solo sintiendo y viviendo directamente esta experiencia excepcional. Zule fue la primera en hablar.

—Yo necesito caminar, siento algo tan enorme dentro de mí, que, si no me muevo, va a terminar por estallar todo mi ser…

Y salió del coche y comenzó a caminar en forma reflexiva. José, la siguió y finalmente Lorién, caminaron sin rumbo como flotando, como ajenos a todo y, después de algunas calles, como de mutuo acuerdo, comenzaron a devolverse hacia el coche, regresando a su vez a un estado más habitual.

—Seguramente el trabajo con las Disciplinas debe de llevar a este espacio que hemos rozado, donde el tiempo y el espacio es otro, donde no hay yo y aparece eso otro enorme que somos. Ese lugar donde está lo sagrado en todos los seres humanos —dijo pensativo Lorién.

—Por eso la importancia de preservarlas y velar para que lleguen a toda la humanidad, sin que unos pocos se apropien de ellas y las utilicen para sus oscuros fines. Con razón que nos persiguen con tanta virulencia —reflexionó Zule—. Cuentan con todos los medios, políticos, técnicos, policiales, económicos y materiales a su favor.

—Yo estoy absolutamente perplejo —exclamó José—. Ni siquiera podía imaginar que existiera algo así y personas como ustedes, qué corazones enormes que tienen, qué coraje, a pesar de la corta edad. Realmente, me siento la persona más afortunada del planeta por haberlos conocido y por hacerme experimentar esto enorme dentro de mí. Después de esta experiencia, nada volverá a ser igual —afirmó con total resolución, profundamente emocionado—. Muchas gracias —les dijo, con una sentida inclinación de respeto.

—Gracias a ti, José, por tu sensibilidad, tu valentía y por tu ayuda —expresó cálidamente Zule, tomándole una mano con afecto. Se quedó pensativa unos instantes—. Mejor no hablar más de lo que hemos vivido —comentó ella—, porque diluye la experiencia y, por mi parte, quiero atesorarla en mi interior para siempre. Como dice

El Camino:

No dejes pasar una gran alegría sin agradecer en tu interior.
No dejes pasar una gran tristeza sin reclamar en tu interior
aquella alegría que quedó guardada.

—Tienes toda la razón— concordó Lorién. —Yo estoy agradeciendo profundamente por haber podido experimentar lo sagrado y lo divino en mí. Poco a poco se va aclarando a qué se refería Federico, cuando hablaba de que uno tiene dentro como un dios interno, que se tiene que liberar. ¡Vaya que tiene razón! —exclamó con total certeza.

—Bien, entonces, pasemos a cosas prácticas —dijo Zule, mirando a José—, porque para hacer tonterías Lorién es fantástico, pero para resolver cosas prácticas, es un completo inútil —se sonrieron los dos, mientras José los miraba un tanto extrañado, sin entender el cambio de tono.

—No sabes cuánto te extrañé, Zule —dijo abrazándola con mucho afecto—. Pedí tanto porque estuvieras bien, que corrieras bien lejos para que no te atraparan y te hicieran daño... Parece que estoy hablando de hace meses y apenas han pasado… —miró el reloj—. ¡Dos horas! ¡No es posible! —exclamó asombrado.

—Yo tengo la misma sensación —dijo José, tímidamente—. Qué raro esto del tiempo.

Los tres se quedaron pensativos.

Después de unos minutos, Zule exclamó:

—Vamos, vamos, ahora, en lugar de un pasmado, tengo dos. ¿Es que no hay ningún hombre con un poco de sentido común y un poco de iniciativa propia? ¡Qué desastre! ¡Y me tienen que tocar a mí los peores! —se rió.

José miró a Lorién, parpadeando con cara de no entender mucho, mientras este se reía con ganas al ver su expresión.

—Ya te irás acostumbrando a Zule y su especial sentido del humor. En fin, cada uno con su cruz —dijo, suspirando él, poniendo los ojos en blanco, mientras seguía riendo.

Zule por su parte, con una expresión de dignidad ofendida, contestó:

—Ahí lo tienes, José, una se preocupa por él, le salva la vida, trata

de que no se meta en líos a cada rato y así se lo paga. Así que no esperes mucho agradecimiento de este señor, solo respuestas desabridas y de mal tono.
José seguía un tanto perplejo, pero empezó a sonreír de a poco.
—¡Qué colosal pareja que forman ustedes! —terminó, entre asombrado y risueño.
—Si el señor ha terminado de quejarse —dijo Zule, refiriéndose a Lorién—, podríamos entrar en temas prácticos. Lo primero comer, ahora que me doy cuenta, tengo un hambre bestial. Después comprar algunas ropas para cambiar nuestro aspecto.
—José, ¿conoces algún sitio cerca para comer?
—¡Sí, claro!, ¡Estos son mis dominios! —dijo con seguridad.
—Vamos, entonces —coincidió Lorién—, y me contáis lo vuestro. ¿Cómo os encontrasteis, como vinisteis a buscarme?
—¡Ves, si es un controlador y un celoso! —le decía a José, aparentemente indignada—. Una no puede tener vida propia. ¿Qué te parece el místico que nos ha tocado, eh?
José se sonreía ahora ante los comentarios de Zule, ya le iba pillando el tono de humor que tenía. Le asombraba como, en cuestión de segundos, eran capaces de pasar de lo más profundo y sagrado a lo más liviano y superficial. Por su parte, Zule se reía con sus ojos socarrones.
Subieron al taxi y José los llevó a un restaurante cercano y pequeño, pero muy agradable y limpio.
—Lo atienden los propios dueños, les dijo, yo los conozco y les pediré que me presten el botiquín para curarte un poco. Buenos días, don Rodrigo —saludó a la persona que los fue a atender, un señor de unos sesenta años de edad, de cara sonriente y mirada bondadosa.
—Hola, José, que gusto, hacia un tiempo que no lo veíamos por aquí.
—Sí —respondió él—, he estado muy movido últimamente. ¿Cómo andan las cosas por aquí?
—Todo muy bien gracias. Afortunadamente el restaurante se mantiene y nosotros con buena salud. María estuvo hace unas semanas con la pierna un poco reumática, pero nada, cosas de la

sejuela.
José se reía y, al ver que Lorién y Zule no entendían, les terminó la broma —Se jue la juventud, jajajá —se rieron todos.
—Veo que no son de por acá los señores —dijo don Rodrigo.
—No, venimos de España, dijo Zule —con un guiño a Lorién.
—Pues nada, bienvenidos. ¿Qué van a servirse? —preguntó don Rodrigo.
—Don Rodrigo y la Sra. María son de Tarapoto, de la Amazonia Peruana. Y la Sra. María tiene una mano exquisita para lo que aquí le llamamos comida de la selva —les explicó a Zule y Lorién—. Lo primero, quisiera molestarlo pidiéndole que me preste el botiquín, mi amigo se ha pegado un fuerte golpe, se tropezó y se golpeó en la cara, mire como la tiene.
—Por supuesto, se los traigo en seguida. ¡María! ¿Dónde tienes el botiquín?
—Mejor te lo busco yo porque tú nunca encuentras nada, —se escuchó una voz desde adentro—. ¡Aquí lo tienes!
Don Rodrigo salió con el botiquín y se lo pasó.
Lorién hizo un amago de tomarlo, pero Zule le pegó dos manotazos.
—Anda quita, quita, que tú no sabes hacer nada.
Fueron al baño de hombres y en el lavamanos lo limpió y lo curó.
—Hay que ver cómo te han dejado la cara, con la boca y el ojo inflamados. ¡Vaya pinta que tienes! Todo por irse con sus amiguetes en lugar de esperar a su novia. ¡Cuánto me vas a costar de criar! —decía ella entre risas, mientras él la miraba con sus ojos llenos de amor, para terminar dándole un suave beso.
—Quita de ahí hombre, que siempre terminas aprovechándote de esta pobre mujer. Aprovechador, que eres un aprovechador —le decía ella con falsa indignación, mientras Lorién reía feliz.
Volvieron a la mesa y le devolvieron el botiquín a don Rodrigo.
—¿Qué tiene de bueno para comer? —preguntó José.
—Tenemos plátanos rellenos, Juanes de yuca y tacachos con cecina.
Se miraron Zule y Lorién y se encogieron de hombros.
—La verdad es que nos gustaría probar los tres platos, tráiganos uno de cada —dijo Zule.
—Buena idea —apoyó José—, y picamos de los tres.

—¿Y de beber? —volvió a preguntar don Rodrigo.
—A mí tráigame un Inca Kola.
—¿El qué? —preguntó Lorién.
—Inca Kola —repitió José—, es una gaseosa peruana.
—Pues yo quiero probarla —dijo él.
—Yo también —se sumó Zule.
—Tres entonces —dijo don Rodrigo—, en seguida vuelvo con sus pedidos.
—Me muero de curiosidad por probarlo todo —dijo Zule.
—Yo también —concordó Lorién.
—Claro. ¡Ya salió el envidioso! ¿Ves, José, que con gente así, sin iniciativa propia, no se puede ir a ninguna parte? —se mofó ella.
José ahora se reía con ganas.
Trajeron las Inca Kolas, unas bebidas de color amarillo, de sabor refrescante y sabroso.
—Bueno, cuéntame José, ¿cómo te metió Zule en este enredo? Es una liante tremenda. ¿Verdad?
—Eh, eh, mucho cuidado con lo que dices —saltó Zule—, habrase visto el insolente…
—Pues no sé mucho por dónde empezar —dijo José, pensativo—. Es tan raro todo lo que pasa con ustedes —comentó rascándose la cabeza—. No hacen ni dos horas que los conozco y han pasado tantas cosas y tan extraordinarias, que parece que fue hace mucho tiempo cuando Zule me tomó en el aeropuerto, para una carrera al terminal de buses de Cruz del Sur. Se subió al auto y me pidió que esperásemos un poco a un amigo suyo. Como diez minutos después, Zule dijo ahí viene, ya nos podemos ir y, de repente, te tomaron esos dos gorilas por detrás y te metieron al vehículo con los cristales oscuros. Zule me dijo que los siguiéramos. Yo dudé, porque se notaba que eran policías y estos no se andan con tonterías, además, si lo habían detenido, seguramente sería porque algo habría hecho. Finalmente, una vocecita interna, no sé, una intuición supongo, me dijo que le hiciera caso. Tanto ella como tú se veían tan jóvenes y con cara de ser tan buenas personas, que costaba pensar que hubieran hecho algo malo. Así que me decidí y partí detrás de ellos. Le pregunté qué porque los perseguían y me comentó que tú eras

una especie de Mensajero que iba por el mundo, ayudando a la gente para que se organice y juntos puedan resolver sus problemas, que eso se llaman Proyectos de Apoyo Humano o algo así, que es justo la diferencia entre dar un pescado a la gente que quieres ayudar y enseñarla a pescar. Que son proyectos que le devuelven la dignidad a la gente. Que por donde pasabas quedaba gente enganchada con este tipo de proyectos trabajando articuladas, en redes locales, conectadas a redes nacionales e internacionales, de tal forma de aprender todos de las mejores experiencias de todos. Sumar inteligencia, en definitiva, no hace falta que en cada rincón del planeta descubran el café con leche. Con uno que lo invente, es suficiente para que les llegue la información a todos los demás. Estos proyectos, además, trabajan con elementos de desarrollo personal y tienen como eslogan la transformación personal en función de la transformación social. No sé si entendí bien —dijo con cierta timidez a Zule.

—Entendiste perfecto, lo estás expresando mucho mejor de lo que yo lo hice. Comento Zule—. Para que aprendas, —le dijo a Lorién. Este se sonrió divertido y no dijo nada.

—A mí me encantó lo que me contó Zule —prosiguió José—. En mi país hemos pasado por muchas crisis y hay tanta pobreza, que me estremece. Siempre quise hacer algo para ayudar a mi gente y, de hecho, siempre he estado metido en proyectos para ayudar a otros, pero, o eran muy paternalistas y la gente a la que se pretendía ayudar, quedaba en el mismo lugar una vez que se acababa la ayuda, o los voluntarios éramos unos tontos útiles, de los que se servían las ONG de turno para lucrar con la pobreza. Entonces esto que me comentó Zule, es justo lo que necesita la gente que está en estas condiciones de abandono y vulnerabilidad social. Al contarme de estos proyectos, la simpatía hacia Zule y hacia ti aumentó y mi decisión de que estaba haciendo lo correcto se confirmó. Ya no tuve más dudas, ayudaré a estos dos muchachos todo lo que pueda, me dije, gente así con ese espíritu no se encuentra habitualmente. Además, que también tenía mucho interés en entender más profundamente estos proyectos y ver cómo llevárselos a mi gente.

—Pero Zule, ¿por qué hiciste esto de esperarme y seguirme? Habíamos acordado todo lo contrario, por eso nos habíamos

separado, además, fue idea tuya.
—Ves, ves José, si este hombre con nada está contento —dijo un tanto sonrojada—. La verdad es que tienes razón, pero tuve un pálpito, una sensación de que te debía esperar y después, cuando te tomaron preso, que te debía seguir. No era solo que te amo profundamente. —se volvió a sonrojar—. Era algo más. A lo largo de los años he aprendido a hacerle caso a mis intuiciones, siempre las decisiones que tomo desde ahí me llevan a buen lugar y, al contrario, cuando no les hago caso, siempre salen mal las cosas. Así que, a pesar del acuerdo que teníamos, decidí seguir mi pálpito. ¡No es para enojarse tanto! —dijo ella sacudiendo la cabeza, mientras se tironeaba la ropa nerviosamente.
—Claro que no, Zule, muchas gracias por seguir tu intuición, no sé qué hubiera hecho en la situación que me encontraba sino hubierais dado conmigo —dijo, tomándole una mano, cariñoso—. Te daría un enorme beso, pero me duele muchísimo la boca.
—Hombre, mira por donde, —dijo ella, haciendo como que se lo sacaba de encima,—si es para no creerlo, si hasta sabe agradecer y todo.
—Te quiero Zule —le dijo muy serio, mirándola profundo a los ojos.
—No hagas eso —se removió ella, nerviosa,— que me vas a hacer llorar. ¡Tonto! ¿Ves José? ¡Siempre causando molestias!
—Eres mi heroína —le reafirmó Lorién.
—Bueno, ya basta. Sigue José, porque si es por Lorién, no vamos a terminar nunca. ¿Ves lo que te digo, de que es poco práctico? —se volvió a reír.
—Qué hermosa pareja hacen ustedes —dijo José, contemplándolos embelesado—. Bueno —prosiguió—, después de un rato de seguirlos, vimos que se dirigían a los extrarradios y finalmente llegaron a una casa donde se detuvieron. Nosotros pasamos de largo para no despertar sospechas, pero dimos la vuelta a la cuadra y regresamos lentamente. Los vimos a todos muy raros, gritando, fuera de sí uno, con lágrimas en los ojos, mientras uno te llevaba hacía la casa con un respeto y un temor reverencial, que llamaba la atención. Y a ti te vimos con sangre en la cara… En fin, que no teníamos idea de lo que estaba pasando, pero no tenía buena cara la

cosa. Nos estacionamos cerca para ver que sucedía y nos quedamos esperando muy inquietos. Allí estábamos los dos en silencio, sintiéndonos impotentes y sin saber qué hacer.
—Yo quería salir corriendo para la casa y por último preguntar cualquier cosa, pero José me convenció de no ir, podía agravarse todo, me podían reconocer y empeorar las pocas posibilidades que teníamos. ¡Estaba desesperada! —dijo, a punto de echarse a llorar —. Fueron los minutos más largos de mi vida y de improviso, saliste tú, como si nada, como Pedro por su casa. ¡Vamos!, le grité a José y este arrancó al instante a toda velocidad.
—Sí, yo pensé que me iban a atropellar, hasta que escuché tu voz y frenó el coche. No entendía nada, cómo era que estabas allí. Estaba tan aturdido, que no sabía si era una ilusión, si era un sueño o que era eso. Me sentía en estado de shock.
En ese momento llegó don Rodrigo sonriente con los tres platos.
—Aquí tienen, se los dejo en el centro de la mesa y ustedes ven como se los reparten, si quieren les traigo algunos platos vacíos para que se vayan sirviendo un poco de cada cosa.
—Si no es mucha molestia, estaría muy bien eso, muchas gracias —dijo Zule.
—Ninguna molestia, mijita, en seguida se los traigo.
Se quedaron mirando los platos Zule y Lorién. José dijo:
—Yo sugiero que José coma plátanos rellenos, tienen carne picada de res y maní. Y que pruebe las partes más blandas de los otros platos.
—¿Y este qué es? —preguntó Zule.
—Eso son Tacachos con cecina. Esas bolas que ves son de plátano, se machaca y se hace una especie de puré y dentro se le pone chicharrón o tocino.
—¿Y este otro?
—Estos se llaman Juanes de Yuca. Rallan la yuca y le añaden gallina y cecina de res y todo eso mezclado se envuelve en esas hojas y se ata con esas cuerdecitas, es muy, muy rico. Este también le irá bien a Lorién.
—Al ataque entonces —dijo Lorién—, qué hambre tengo, con tantas emociones… Pareciera que hace años que no como.

—Lo que pasa es que eres un tragón y no piensas más que en comer —lo molestó Zule, divertida.
—Umm, ummm, que rico, qué bueno que está esto y esto —se alternaban en las expresiones Zule y Lorién—. ¡Qué delicia!
—¡Qué barbaridad! nos lo hemos zampado en dos bocados, que brutos somos —dijo Lorién.
—Tú sí hijo, por una vez estoy de acuerdo contigo. ¿Qué va a pensar don Rodrigo de nosotros? Si es que no se te puede sacar de casa, haciéndonos pasar estas vergüenzas por dónde vamos. Te vamos a tener que encerrar y llevarte la comida a la cueva. Pues menos mal que tenías la boca mala que si no… —se reía ella a costa de Lorién.
José los miraba encantado del buen humor, del afecto, de la camaradería.
—Es que hay que ver —seguía Zule—, no ha dicho ni una palabra el tío, venga a comer y a comer, si no le quito la mesa, sigue con ella. A este hombre hay que echarle de comer a parte, jajajá, —disfrutaba ella.
—Vale, vale, la próxima vez seré más comedido —se excusaba Lorién, con poco empeño.
—¿Qué tal, como estaba la comida? Preguntó don Rodrigo después de ver que se lo habían comido todo con muchas ganas.
—Exquisito, riquísimo todo. Muchas gracias —exclamó Zule—. ¿Podemos tomar un café?
—Por supuesto —dijo don Rodrigo.
—Yo prefiero un té de hierbas —dijo Lorién.
—Eso, ahora a hacerse el delicado, el que toma hierbecitas. ¡Pero si todo el mundo está escandalizado con el espectáculo que has dado! ¿A quién quieres engañar ahora? —se reía a carcajadas ella, con su fuerte y contagiosa risa.
José tampoco podía parar de reír, tenía los ojos llenos de lágrimas de la risa que le daba.
—Realmente ustedes no pasan desapercibidos en ninguna parte, o por una cosa, o por otra. —Se reía él.
—Claro, si es que con este no se puede… Siempre llamando la atención, que manía que tiene, si no monta el show no se queda

tranquilo —lo gozaba ella, doblada de risa—. Es que es de un pueblo pequeñito y el pobrecito no puede evitar el hacerse notar, no puede soportar pasar desapercibido. Juajuajuá, —se descoyuntaba ella de la risa.
—Vale, vale que se me va a caer la manzanilla con tantas risas y, además, me duele la cara y los abdominales al reírme. Por favor, no más. ¡Para, por favor! —le rogaba Lorién, adolorido entre quejidos.
—En fin, don Rodrigo, esperamos no haberle espantado a la clientela con el espectáculo que ha dado aquí el señor —continuó Zule pinchando a Lorién—. ¿Nos trae la cuenta, por favor?
Don Rodrigo llegó con la cuenta y Lorién la tomó, pero Zule se la quitó de los dedos de un tirón.
—Míralo ahora, tratando de hacerse el generoso. Si lo dejamos, se pegará toda la tarde, dándole vueltas y vueltas a la cuenta sin pagarla, con lo tacaño que es. Anda, anda, no nos hagas pasar más vergüenzas por hoy, por favor —y le pagó ella a don Rodrigo—. Quédese con el vuelto, por favor, y muchas gracias por todo. Ya nos llevamos a la fiera para que no le siga asustando a la clientela, jajajá —se regodeaba ella a las espaldas de Lorién.
—Muchas gracias a ustedes—, dijo don Rodrigo—, ha sido un placer tenerlos en nuestra casa. De verdad, hacía tiempo que no teníamos gente tan simpática y con tan buen sentido del humor y además, generosos. Muchas gracias y la próxima vez que vengan, va por cuenta de la casa.
—Lo de simpático y buen sentido del humor no lo dirá por este. ¿Verdad? —se carcajeaba ella.
José, que se estaba tomando un trago de agua, con esta última expresión de Zule, no pudo aguantarse la carcajada y con la boca llena de agua pego un estallido que mojó un poco a Zule.
—Lo que te faltaba Lorién —dijo Zule, con la cara muy seria—, echarte un colega. Yo pensé que contigo tenía bastante, pero ahora empieza a hacer méritos también José. No sé qué voy a hacer con vosotros.
Toda la gente que estaba en el local, que habían seguido de cerca las bromas y comentarios, no podían parar de reír, contagiados por el buen humor de los tres.

Zule, los miró muy seria de nuevo a Lorién y a José.
—¿Qué, os parece que ya habéis dado bastante el espectáculo y nos podemos ir o pensáis seguir?
Lorién y José no se podían sostener de la risa, igual que el resto de la gente en el restaurante, hasta la Señora María había salido para ver qué pasaba y estaba secándose las manos en el delantal riéndose de buena gana.
Don Rodrigo, la llamó.
—Disculpen, pero me gustaría presentarles a mi esposa María.
—Mucho gusto —dijo Zule, dándole un beso en la mejilla—. Señora María —dijo muy seria—, no se preocupe que ya me llevo a estos perlas a pasar vergüenzas a otra parte.
La Señora María reía de buen humor.
A continuación, Lorién también la abrazó y le dio dos besos y la señora quedo un poco enredada por la falta de costumbre con los dos besos. Y Zule estalló:
—¿Pero lo ve, señora María? Si es que no respeta ni a las personas mayores. ¿Ve que es un aprovechado? ¿Qué tendrá este hombre en la cabeza? —se reía ella, ya sin disimulo.
—Pues a mí me parece un muchacho muy cariñoso —dijo la señora.
—¡Se lo regalo, se lo regalo! —aullaba Zule, ya sin ningún disimulo.
Se terminaron de despedir y salieron del restaurante con los saludos de todo el mundo.
Una vez arriba del coche, Zule dijo.
—Bien, ahora que ya habéis llamado suficientemente la atención, nos toca cambiar de ropa, a ver si pasamos un poco desapercibidos, porque con vosotros está claro que no se puede —se reía ella con ganas.— José, llévanos a algún lugar donde podamos comprar ropa normal, tirando a gris, que no destaque mucho.
—Si es para pasar desapercibidos, ni con ropa gris, ni de ningún otro color —se rió José.
—¿Qué quieres decir, que no fuimos discretos en el restaurante? —preguntó Zule, con tono cándido—. Yo que creía que habíamos pasado completamente desapercibidos —y se empezó a reír a carcajadas—. Bueno, vale, a partir de ahora seremos más moderados —terminó, muerta de la risa.

José sacudía la cabeza, sonriente.
—No hay caso con ustedes jajajá. Son de verdad tremendos, pasan de conectarlo a uno a lo más profundo de uno mismo, de ponerlo en contacto con lo espiritual y lo más elevado, a llevarlo a uno a lo más mundano y ordinario.
—Así es la vida José, compleja, llena de matices. Así somos los seres humanos, necesitamos, comer, reír, reflexionar, emocionarnos, inspirarnos, divertirnos, encontrarnos etc. etc. etc. Lo humano no está reñido con lo divino, como bien nos ha hecho saber Lorién. Lo terreno no se opone a lo eterno —dijo ella de forma reflexiva—. Nos han contado las cosas mal, nos han engañado, nos han estafado. Siempre puestos en situación de o eres esto, o eres lo otro. O eres espiritual o eres mundano. O eres bueno o eres malo. O eres alegre o eres triste o serio... Somos todo José, todo. Somos seres complejos y nuestras certezas se expresan generalmente en paradojas, no somos simples. Pero sí, los principios tienen que ser simples y aplicables en cualquier cultura o pueblo. Jajajá, de nuevo con paradojas. ¿Ves?
—Sí, me doy buena cuenta de ello —afirmó José—. También me doy cuenta de que todas esas aparentes dicotomías las han creado para controlarnos, o estás con nosotros o estás contra nosotros, eres esto o eres lo otro. La realidad es una para todos, la verdad es una sola, el día se opone a la noche y viceversa. Me encanta que ustedes vivan la vida en su total integridad. Yo siempre tuve la intuición de que la vida no era como nos la habían contado... Las culpas, los sacrificios, las amenazas del infierno…
—La alegría, el amor al cuerpo, a la naturaleza, a la humanidad y al espíritu. ¿Por qué tendrían que estar enfrentadas unas con otras, si todas son necesarias? —se preguntaba Lorién a su vez—. Se expresa también en la represión sexual a la que han sometido a nuestras sociedades. De nuevo el control. Nos han hecho verlo como algo pecaminoso. ¿Cómo va a ser algo pecaminoso lo que nos da vida? El control. ¡No se vayan a sentir como dioses que pueden crear vida cuando quieran! ¡Anatema! Por el contrario, el sexo yo lo veo como algo hermoso, lleno de belleza, de alegría. Desde ahí se impulsa toda la vida, toda creatividad... Es santo, es sagrado. Son los envenenadores del espíritu los que nos han hecho verlo pecaminoso,

para controlarnos.
—Bien, parece que hay motivos de sobra para que los policías del espíritu y los controladores nos persigan. Así que tenemos que lograr que no lo consigan —dijo Zule—. ¡Vamos a por esas ropas chicos!
José arrancó el coche y condujo por unos veinte minutos, hasta llegar a un barrio de muchas tiendas pequeñas de ropa.
—Esto es Gamarra, aquí pueden encontrar toda la ropa que quieran.
—Excelente José —agradeció Zule.
Bajaron del coche y fueron mirando los escaparates y vitrinas.
—Echemos un vistazo aquí — dijo Zule—. ¡Hay de todo!
Media hora después estaban en el coche transformados, habían dejado atrás sus ropas de rastas y llevaban vaqueros y camisetas los dos.
—¿Qué hacemos ahora? —preguntó José.
—Nos vamos al Cusco. ¿Hay algún camino que nos pueda llevar allá, que no sea el tradicional, a través de Ica, Nazca, Arequipa? —preguntó Zule—. La verdad es que si pudiéramos no utilizar la panamericana, sería ideal.
—Vaya —se sorprendió José—. ¿No sabía que conocías Perú?
—No lo conozco —reconoció ella—. Pero mi padre nació en Perú, en Puno, y me habló bastante de su país. Pasábamos horas y horas, donde me hablaba de las tradiciones, mitos, historia, geografía, leyendas y de su biografía, jajajá. Así que estoy aquí como metida en un cuento de niños, si no fuera por los personajes que nos persiguen.
—Pues sí, hay una ruta que nos puede llevar por el interior, será mucho más lenta y con muy malas carreteras, muy de montaña, pero también más discreta —comentó José.
—Vamos, entonces —concordó Lorién—. Por cierto, José, ¿avisaste a tu familia que te ibas a ausentar?
—Sí, mientras ustedes compraban ropa en Gamarra. No podía irme sin avisar. Bien, primera estación, Huancayo. Si tienen sueño, echen una cabezada, vamos a subir muy alto en menos de cien kilómetros ascenderemos hasta una altura de cuatro mil ochocientos metros de altura sobre el nivel del mar. Es probable que sientan el soroche, el

mal de altura. Yo llevo unas pastillas en base a hoja de coca para paliar los efectos.
—¡Pero es una locura! —exclamó Lorién—. ¿Cómo vamos a pasar del nivel del mar a tanta altura en apenas cien kilómetros?
—Sí, por eso es que se da un gran rodeo por la panamericana, en lugar de ir directo, porque atravesar la cordillera de los Andes es toda una aventura y mucho más lento. Hay muchos autos que no están preparados para la altura y se quedan en el camino. Ya verán como les da el mareo, dolor de cabeza y quizás otros síntomas. Como empezar a hablar incoherencias, jajajá, parece que algunos estén borrachos.
Zule miró para atrás a Lorién.
—Bueno, a Lorién no se le notará mucho, siempre habla incoherencias, jajajá.
Después de unos cincuenta kilómetros, la carretera empezó a empinarse bruscamente. Aquello de verdad era una locura, subían por unas cuestas con un nivel de inclinación que nadie hubiera creído posible, se ablandaban con el zigzag de la carretera, que iba culebreando para hacer más suave la durísima subida. El paisaje era como la luna, duro y agreste. Cuando llegaron a la parte más alta, sentían como les palpitaba el cerebro y un embotamiento enorme, además de los oídos tapados. José paró el coche y los invitó a bajar para contemplar el paisaje.
—Llegamos al paso del Ticlio, a cuatro mil ochocientos metros de altitud —les dijo.
Zule bajó del asiento de delante y se tuvo que apoyar en el coche porque se le doblaban las piernas. Después salió Lorién del asiento de atrás y sintió un poco de mareo y debilidad, pero pudo dar unos pasos.
Zule miró a Lorién y le dijo muy seria:
—Esta noche, si no puedes dormir en la luna, no te quejes, que yo ya he hecho todo lo que he podido. ¿Eh? Así que ve poniéndote los calcetines para que te puedan reconocer, ya sabes que tu mamá no va a estar ahí.
Lorién la miró un poco raro.
—¿Otra de tus bromas, Zule? —preguntó, mientras intentaba

bostezar para despejar los oídos y la cabeza.
—¡De que bromas hablas! —Espetó Zule—. Ya oíste lo que dije, ahora hay que portarse bien, sino capaz que nos dejen sin comer.
Lorién la miraba confuso.
—Disculpa Zule, no estoy entendiendo nada. José, ¿tú entiendes algo de lo que dice? —Se giró para mirarlo y vio a este doblado de la risa—. ¿Qué te pasa José, hice algo gracioso?
—No —dijo este, entre balbuceos y lágrimas—. Es Zule, tiene un sorochazo tremendo, mira las incoherencias que habla, es el mal de altura o soroche.
—¿Qué estáis hablando? Si seguís así no vais a tener espacio. Yo me voy a sentar y vosotros hacer lo que queráis.
Y se fue a sentar en el suelo, pero tropezó y se cayó. Lorién trató de correr para tomarla, pero sintió que le faltaban las fuerzas y se le doblaban las piernas y que le costaba respirar. Así que se sentó también mientras José recogía a Zule y la ayudaba a sentarse, todavía con los ojos llenos de risa.
—No se muevan bruscamente, háganlo despacio, sin agitarse, aquí hay mucho menos oxígeno, además del brusco cambio, de pasar de estar a nivel del mar a llegar a esta tremenda altura. Con calma pueden mirar alrededor y contemplar la majestuosidad de estas montañas, de esta tremenda cordillera, que belleza. ¿Verdad?
—Realmente —contestó Lorién—. Es portentoso el paisaje, qué dureza, me recuerda a algunas zonas de mi tierra, pero claro, no tan altas. Esto es a otro nivel.
—Junto con el Tíbet, son las carreteras y la vía férrea más altas del planeta —volvió a comentar José.
Se notaba orgulloso de su tierra, de esa poderosa cordillera, donde habían vivido siempre sus antepasados.
—Es realmente sobrecogedor —comentó Lorién, sintiéndose mejor. Se acercó a Zule, la abrazó y le acarició la cabeza con afecto—. ¿Cómo te encuentras?
—Mejor —dijo ella, reposando la cabeza en su hombro, con la mirada ya más enfocada, pero con las aletas de la nariz abriéndose compulsivas, mientras se le marcaban las venas en la frente.
—¿Quieres que sigamos camino?

—Todavía no —dijo, abrazándose a él—. Hace mucho frío aquí arriba, pero el paisaje es inigualable, no te puedes imaginar cuantas veces soñé con estar en estos parajes, para ver por mí misma las descripciones que mi padre me hacía de su cordillera de Los Andes. Así la sentía él, allá en Estambul y en Toledo, añorando este frío de altura, estos cielos despejados, donde la mirada puede ver muy, muy lejos, al no haber humedad y muy poco oxígeno. Es impresionante lo lejos que alcanza la vista a ver pequeñísimos detalles. Atesoremos este momento juntos, amor mío —le dijo, muy apretada contra Lorién. De pronto se sonrió—. ¿Sabes a donde vamos, Lorién?
—Al Cusco —dijo este.
—Sí, al Cusco, pero antes pasaremos por…, adivina ¡Jauja!
—¿Cómo Jauja? ¿Ya te ha vuelto a dar el soroche?
—Jajajá, no, el mito de Jauja viene de un lugar por el que, si no me equivoco, vamos a pasar. ¿No es así, José?
—Es cierto, vamos a pasar muy cerca.
—Me estáis tomando el pelo. ¿Verdad?
—Es en serio Lorién —le aseguró José—. Se encuentra en un pequeño valle de fértiles tierras, un poco más adelante.
—Yo pensé que no existía —dijo Lorién—. Desde chico escuchando expresiones como: esto es Jauja, vivir en Jauja y otras más, que sonaba como el paraíso. Y mira tú, resulta que existe Jauja. ¡Qué divertido! Bueno, por otro lado, en Teruel tenemos dos pueblos prácticamente deshabitados, el Paraíso Alto y el Paraíso Bajo, jajajá. Así que no necesitamos Jauja —se rió él.
—¿De verdad? —le preguntó Zule con mirada cándida.
—Sí, de verdad, de la buena —dijo él, sonriendo.
—Así que vienes del Paraíso —le dijo ella, recuperando su sonrisa picarona.
—Así es —volvió a afirmar él.
—Entonces, cuando terminemos con nuestra misión. ¿Me podrás llevar a él? Supongo que manzanos no habrán. ¿Verdad? —volvió a reír ella, socarrona.
—Pues sí, hay mucho manzano en la zona, de hecho, los Paraísos son parte del Municipio de Manzanera —dijo él divertido.

—Vaya novio que me ha tocado, va del Paraíso a Jauja, qué personaje estás hecho —se reía ella a carcajadas.
—Parece que nuestra Zule revivió. Cuando quieran podemos reiniciar el camino.
—Vamos entonces —dijo Zule, levantándose con cuidado, todavía sintiendo debilidad.
—Despacio —le decía Lorién con cariño, tomándola con un brazo por la cintura y con el otro de la mano. Él también se sentía débil y que no le llegaba el suficiente oxígeno, pero se sentía más firme que antes.
Se volvieron a instalar en el coche y prosiguieron ruta, pasando cerca de unos hermosos lagos. Les impresionó ver un pueblito donde vieron a unos jóvenes jugando fútbol, cuando ellos apenas podían respirar.
—Realmente, qué capacidad de adaptación tiene el Ser Humano —pensó Lorién.
Después de unos kilómetros, se empezó a ver vegetación y una cuenca comenzó a abrirse, hasta llegar a un punto donde se divisaba casi todo el valle. Lorién le pidió a José que se detuviera para contemplar la gran belleza del mismo.
—Ese es el valle del Mantaro —dijo José—, por aquí pasaba una de las principales carreteras Incas hacia el norte, a Cajamarca, pasando por Junín.
A los pocos kilómetros, José les señaló una pequeña ciudad.
—Adivinen como se llama esa ciudad.
—No sé —dijo Lorién.
—No será... ¿Jauja? —exclamó Zule.
—Efectivamente. Tiene su historia —dijo José—, es una de las primeras ciudades fundadas por los españoles —le guiñó un ojo a Lorién—. Y adivinen… Fue la primera capital del Perú, antes de construir y fundar Lima. Actualmente, debe de tener unos treinta mil habitantes.
Era impresionante estar en ese valle maravilloso, a tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar, con muchos sembrados y una gran laguna, varios pueblos de gran belleza y sus habitantes quechuas, prácticamente como si el tiempo no hubiera pasado por

ellos, con sus aguayos y prendas típicas.

Capítulo 5: Huancayo

Aprende a superar el dolor y el sufrimiento en ti,
en tu prójimo y en la sociedad humana.

Zule se quedó dormida y poco después Lorién. Le pareció que acababa de cerrar los ojos cuando José los despertó al grito de Huancayo. Abrió los ojos y vio que estaba oscureciendo. Zule también se removió y abrió los ojos, estirándose como una gata.

—¡Ahhhh! ¡Qué agradable! —se desperezó Zule—. Vaya, pero si está anocheciendo.

Lorién vio una ciudad de buen tamaño en medio del amplio valle.

—Huancayo —dijo en voz baja.

Le pareció que ese nombre tenía una fuerte resonancia en su interior.

—No les conté que yo nací aquí —dijo José, mirando la ciudad con afecto—. A los dieciocho años me fui a trabajar a Lima y he venido pocas veces desde entonces. Este sería un muy buen lugar para empezar con un proyecto de Apoyo Humano —comentó con los ojos brillantes—. ¿Qué os parece?

Se miraron Zule y Lorién. Este habló por fin.

—La verdad es que no es prudente, ya viste qué clase de gente nos persigue. Harán todo por encontrarnos y podríamos dañar a la gente que esté cerca de nosotros. Sin embargo, tengo una resonancia enorme con este lugar y lo que tú me dices me hace mucho sentido. ¿Cómo lo ves tú, Zule?

—Estoy completamente de acuerdo, es una imprudencia total, pero mi intuición también me dice que sería interesante hacer algo aquí en Huancayo. Federico me comentó en algún momento, que hay dos motores en la vida, el amor y el temor. Todo lo que se hace desde el temor, sale mal, deja mala sensación, tiene un sabor de frustración, de traición a sí mismo, a los propios sueños. Por otro lado, todo lo que se hace desde el amor, independientemente de los resultados, siempre deja una sensación de unidad interna, de acuerdo con uno mismo. Así que me parece que no hay más que hablar. Estamos en tus manos, José. Convoca a tantos amigos como quieras y tendremos un lindo encuentro con ellos para hablar de estas cosas y hacer alguna experiencia. ¿Verdad, Lorién? —dijo con una sonrisa —. Solo por hoy, mañana seguiremos ruta hacia Ayacucho y el Cusco.

—¿De verdad? —José no podía estar más feliz, estaba radiante, no podía creerlo—. Este es el mejor regalo que me podían hacer. Muchas, muchas gracias amigos.

Y paró el coche para abrazarlos entusiasmado.

—Primero llévanos a algún lugar donde podamos hacer noche y que no nos pidan registrarnos, cuantas menos huellas dejemos mejor y después que nos hayamos duchado, pasas a recogernos para llevarnos al lugar de la reunión. Aquí te dejo un poco de dinero para que eches gasolina y para los gastos del lugar donde nos quedemos.

—De acuerdo, de acuerdo —confirmó, entusiasmado.

Ya estaban circulando por la ciudad de Huancayo, se había hecho de noche rápidamente.

Unos minutos después se detuvo en la puerta de una casona antigua y tocó la puerta. Abrió el portón una señora entrada en años.

—Tía Estela —le dijo José—, soy yo, José Rivadeneyra.

—José, ¡qué sorpresa! —y se abrazaron con afecto.

—Vengo con dos amigos. ¿Podemos alojar aquí esta noche? —le preguntó José, mirándola con cariño.

—Por supuesto, ya sabes que esta es tu casa. Te hemos echado mucho de menos y llegas de repente y sin avisar.

—Sí, fue un viaje repentino que nos salió, tía.

—Los dejo en sus manos, muéstreles su habitación, una que tenga ducha y yo vuelvo en un rato. Tengo que ver a alguna gente.
—Hay que ver estos jóvenes —dijo ella—, no tienen sosiego para nada, acaba de llegar y ya se va. Te espero a cenar.
—No tía, vamos a salir a cenar, así que solo dormiremos después de una reunión que vamos a tener.
José la agarró por atrás, la abrazó de nuevo mientras la besaba.
—Me da mucho gusto verla tan bien, tía.
—Suelta, suelta, que eres un enredador —mientras le daba manotazos, pero se reía feliz—. No pueden dejar a los viejos tranquilos —refunfuñaba ella con poco entusiasmo.
—Lo que pasa es que te quiero mucho, tía —le decía José, sin soltarla de su abrazo.
Ella siguió dándole manotazos de broma y él se soltó diciendo:
—Me voy antes de que me deje lisiado. Vuelvo en un rato.
—Vaya, vaya, ustedes sí que son jovencitos, pero hacen muy buena pareja. ¿Eso de la cara, es porque te sobrepasaste con ella? Muy bien hecho, que los jóvenes ahora tienen las manos muy largas.
—Síí —le dijo muy seria Zule—, tiene las manos muy largas y muy malos hábitos, así que estoy obligada a meterlo en vereda, pero es un poco corto de entendederas y le cuesta cambiar esas malas costumbres que trae.
—Bueno, pasen, que hace frío. Hay que ver los hombres, José ni nos presentó, si es que ahora no tienen formalidad…
—Mi nombre es Lorién.
—Y el mío Zule.
—Bueno, yo soy Estela, la tía de José. Él es muy buen chico, un poco alocado y aventurero, pero buen chico.
Ella fue encendiendo las luces. Era una especie de hostal o residencial muy bien cuidado, decorado con motivos andinos, aguayos, tapices. Unos sillones en el hall y algunas sillas. Alrededor se veían varias puertas. Ella se dirigió a una y la abrió.
—Esta es la habitación de ustedes, con dos camas. Bueno, si en la noche quieren gatear, ya es cosa suya. Tiene el cuarto de baño privado con ducha.
—¡Qué maravilla! —dijo Zule—. Tengo muchas ganas de darme una

buena ducha.
—Yo también —dijo Lorién—. A ver si me despejo, con la tremenda ascensión, tengo todavía los oídos tapados y estoy un poco atontado.
—Bueno, pero no le vas a echar la culpa de estar atontado a lo que hemos subido —soltó ella divertida, con mucho desplante.
—Ya empezamos —suspiró Lorién, poniendo los ojos en blanco.
—Jajajá, —se rio la señora Estela—. Los dejo entonces.
Zule se fue al baño y exclamó:
—¡Mira, si tiene toallas limpias y todo! Partiré yo con la ducha —dijo ella.
Lorién, mientras tanto, se había acostado en una de las camas. Con la altura, además del atontamiento y los oídos tapados, todavía le dolían más los golpes recibidos en la cara.
—¡Vamos dormilón! —lo removió Zule —. ¡A la ducha!
Se desperezó Lorién y la abrazó con cariño, sintiendo el exquisito aroma en su piel y cabello húmedos.
—¡Quita, quita! —exclamó ella, pero abrazándolo a su vez.
—No sabes las ganas que tengo de que podamos estar un rato a solas, tranquilos, teniendo tiempo para nosotros… —dijo él con un suspiro.
—Yo siento lo mismo —contestó ella por una vez seria—. Bueno, bueno, no te quedes ahí pasmado, a la ducha, que tienes un olor a tigre que tira de espaldas —le decía ella, mientras lo empujaba, besándolo en la mejilla para no hacerle daño en los labios.
Se quedaron así un rato, abrazados, fusionados en un solo ser por un instante. Se separaron lentamente y ella se sacudió unas lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos.
—Vamos dúchate y deja de molestar —dijo Zule con un pequeño sollozo emocionado.
Lorién se separó de ella cabizbajo, camino del baño. Por un momento se sintió muy, pero que muy cansado.
Se duchó sin poder dejar de pensar en qué historia de locos se había metido, tenía la sensación de que llevaba años metido en este lío, por ese inmenso cansancio que sentía y por la enormidad de cosas que habían pasado y seguían pasando en tan poco tiempo. Suspiró

de nuevo en la ducha y el agua se llevó sus lágrimas y parte de su cansancio y tensiones.
Cuando salió se sentía más ligero y descansado.
Zule ya estaba vestida. Le comentó que José había vuelto y que estaba esperándolos fuera, mientras se dirigía hacia Lorién y lo abrazaba sentidamente de nuevo.
—Ya llegará nuestro momento, Lorién, por ahora yo soy muy feliz de poder estar contigo y agradezco todo lo que nos está sucediendo, porque me permitió conocerte y hacerte mi compañero —comentó con los ojos llenos de agua.
Lorién la abrazó con fuerza diciéndole:
—Yo siento lo mismo Zule, no cambiaría nada, nada, nada de lo que me ha pasado. Han sido los días más locos y aterradores de mi vida, pero también los más felices por conocerte a ti y por conocer a un Lorién que no sabía, no tenía idea de que podía existir. Así que agradezco profundamente todo lo vivido hasta ahora. Es solo que, por momentos, me siento sobrepasado y abrumado por los acontecimientos. De todas formas, si tuviera que morir hoy, daría por bien empleado todo lo vivido y hecho. No me arrepiento de nada, por el contrario, me siento un privilegiado. Además, contigo cerca, cada una de las células de mi cuerpo grita de felicidad.
Permanecieron unos instantes más abrazados, ella se separó mirándolo a los ojos profundamente y diciéndole:
—Te amo, Lorién —con un tono de voz tan conectado y sentido que Lorién se emocionó hasta las lágrimas.
—Y yo a ti, amada mía, no sabes cuánto —terminó él, con los ojos arrasados, abrazándola con desesperación.
En ese momento desapareció todo y solo quedaron ellos…
Finalmente, se separaron lentamente, deslizando las manos cada uno sobre los brazos del otro hasta quedarse un segundo muy largo tocándose solo con la punta de los dedos, estirando ese momento eterno de comunión, mientras estaban prendidos uno en los ojos del otro…
Lorién se terminó de vestir y sin decir palabra salieron al hall tomados de la mano.
Allí estaba José con su tía Estela. Al verlos venir, se quedaron en

silencio. Algo en esos dos jovencitos los hacía sentirse pequeños y felices de tenerlos cerca, irradiaban algo muy grande, indefinible. Verlos venir tomados de la mano, como viniendo de otro tiempo y otro espacio, tuvo el efecto en ellos de sentir que algo sagrado y milagroso estaban presenciando. Por un largo instante se quedaron todos callados, detenidos, ante ese momento de Reconocimiento, de comprensión, de felicidad, en que todo estaba bien y en su lugar, que eran parte de una misma cosa. Ese momento especial que estaban compartiendo los llevó a abrazarse los cuatro sin decir una palabra.

José, una vez que se separaron, comentó emocionado:

—Gracias por estos momentos mágicos que me regalan constantemente. El problema es que me estoy acostumbrando y después, cuando ya no los tenga cerca, no sé qué voy a hacer… —dijo medio en broma, medio en serio—. La verdad es que yo los seguiría hasta el fin del mundo si hiciera falta…

—Gracias a ti, José, por toda tu ayuda, tu sensibilidad y cercanía. Sin tu ayuda, no sé qué hubiéramos hecho, querido hermano —le contestó Lorién, mientras lo volvía a abrazar.

—De verdad son ustedes unos jovencitos bien especiales —comentó la tía, también emocionada—. Entiendo que José los quiera seguir al fin del mundo, si yo fuera más joven haría lo mismo.

José carraspeó y se enjugó los ojos con los nudillos de los puños y le sonrió a su tía.

—Organicé una reunión en casa de Roberto. Nos esperan allá. Cuando quieran podemos ir.

—Vamos, entonces. ¿Qué estamos esperando? —dijo la tía.

Los tres la miraron sorprendidos y ella les dijo guiñándoles el ojo:

—Estoy vieja, pero no muerta, jajajá.

—Tía, pero no le hemos contado de qué es la reunión.

—No me importa, si están estos jóvenes, será interesante y yo no me lo quiero perder. Por el camino me pueden ir contando —dijo ella resuelta.

—Adelante pues —dijo Zule—, somos todo tuyos José.

Por el camino le fueron contando a la tía, a grandes rasgos, de los *Proyectos de Apoyo Humano*.

—Eso es de mucho interés para mi pueblo.—comentó ella muy seria —. Mi gente lleva siglos clamando por recuperar su dignidad, ya es momento —dijo con expresión resuelta—. José, llévame a casa de Dorotea, yo me voy a hacer cargo de este tema, vamos a empezar inmediatamente, hemos esperado mucho tiempo. Ella me ayudará a convocar a la gente sabia de Huancayo, para que en media hora estén en casa de Roberto.
—Pero tía… —comenzó José.
—¡Nada de tía! Yo me voy a hacer cargo de esto, ahora deja a los grandes y tú encárgate de nuestros Mensajeros, hace mucho que los esperábamos —expresó rotunda, con una profunda voz de autoridad —. En cuanto a ti, ya hablaremos después. ¡Mira que no invitarme, ni decirme nada! —masticó muy seria.
Zule y Lorién se miraron sorprendidos por los derroteros que iba tomando el asunto.
—Esa es mi sangre —dijo José, orgulloso, después de dejar a la tía —. ¿Entienden ahorita de dónde vengo? — comentó riendo—. Es una tremenda mujer, con una gran autoridad entre los Amautas Quechuas.
—¿Por qué no la invitaste inicialmente? —preguntó Lorién, sorprendido.
—Porque es una fuerza de la naturaleza imparable, si algo no le calza, te aplasta, pero si le encaja, no hay quien la detenga —se sonrió—, por eso los llevé a alojar en su casa, sabiendo que, al conocerlos, le iba a pasar algo importante. Si le hubiera dicho de los proyectos por mi lado, seguramente se hubiera opuesto, se opone a casi todo lo que no sale de ella, jajajá. Además, al conocerlos y no invitarla directamente, sabía que le iba a picar la curiosidad, jajajá. Y ya la habéis visto, va a poner en pie esta noche a todos los sabios de Huancayo y les aseguro que estarán en media hora en la reunión, y pobre del que llegue tarde —se reía él—. Convenciendo a mi tía, les aseguro que en un mes se va a incendiar toda la cordillera de los Andes, desde Quito hasta La Paz. Nosotros, la gente de la sierra, no nos engañamos con las falsas fronteras con las que han querido dividirnos. Los Amautas de mi Pueblo siguen en contacto, independientemente de que estén en Ecuador, Perú o Bolivia.
—¿Qué son los Amautas? —preguntó Lorién.

—Son los sabios de la cultura quechua. No son los que tienen el poder político, pero es a los que se consulta en las decisiones importantes y los que orientan al Pueblo Quechua. Por lo que parece, la tía Estela no solo es una persona que aloja gente, sino que es alguien muy importante dentro de los Amautas, que son a su vez las personas más respetadas y veneradas dentro de esta cultura —se sonrió Zule.
—Vaya, vaya con la tía Estela —dijo Lorién, pensativo y sorprendido por la situación—. No me esperaba esto.
—Ya vas a ver en un rato —se rió José.
Llegaron a casa de Roberto, donde ya estaban conversando una buena cantidad de personas.
Cuando entraron, se hizo un silencio y todos se les quedaron mirando.
—Aquí están nuestros Mensajeros, Zule y Lorién —anunció José.
—Pasen, pasen, yo soy Roberto —se presentó el dueño de casa, con gesto acogedor—. Deben de tener mucha hambre, pasen a la mesa por favor, mientras comen podemos ir conversando.
—Gracias —dijeron al unísono, Zule y Lorién.
Se sentaron a la mesa.
—Aquí tienen varias cosas: choclos con queso; papas a la huancaína; patasca, que es sopa de mote; pachamanca, que tiene diversas carnes. Espero les guste.
El aroma era delicioso. Zule y Lorién no se hicieron de rogar y comenzaron a probar los diferentes platos con expresiones de agrado, mientras les presentaban a las personas que estaban presentes. Todos tenían entre dieciséis y veinticinco años. Al principio, los miraban con curiosidad y timidez, pero en cuestión de minutos se fueron soltando y comenzaron a hacer bromas entre ellos, a las que rápidamente se incluyeron Zule y Lorién.
Poco a poco fueron llegando más invitados, algunos muy jóvenes como ellos y otros ancianos. Se notaba claramente quienes llegaban por José y cuales por Estela. Se reunieron algo más de treinta personas. Llegó finalmente la tía Estela y tomó la palabra inmediatamente.
—Queridos hermanos, tenemos una visita extraordinaria en

Huancayo. Estos dos jóvenes que nos traen un mensaje Sagrado, largamente esperado por nuestro pueblo.

Todos los miraron sorprendidos.

—No se dejen engañar por su juventud, son personas muy especiales, yo solo los vi diez minutos y me di cuenta, estoy segura que a ustedes les va a ocurrir los mismo. Les damos la palabra para que nos expresen el Mensaje que nos traen —término la tía Estela, breve y contundente.

Zule y Lorién se miraron y Zule le hizo una señal de asentimiento a Lorién.

—Queridos hermanos, gracias por vuestra cálida acogida —comenzó éste con timidez, poniéndose de pie—. Estamos aquí por invitación de José, nuestro compañero y vuestro hijo. Él nos pidió si podíamos comentarles de los *Proyectos de Apoyo Humano*, a lo cual accedimos gustosos, pensando en una pequeña reunión. Bueno, esta reunión claramente desborda nuestras expectativas. De cualquier forma, trataremos de expresarles de la mejor forma posible en qué consisten estos proyectos y el espíritu de los mismos —continuó, con voz más firme y segura—. Para partir, los quiero invitar a compartir una sencilla ceremonia, que nos pondrá en la sintonía adecuada para entender el espíritu que sustenta los proyectos. Les pido que tomen asiento, lo más cómodo posible, que cierren los ojos y se relajen.

> *Relaja plenamente tu cuerpo y aquieta la mente…*

—comenzó Lorién, con voz profunda.

> *Entonces, imagina una esfera transparente y luminosa que, bajando hasta ti, termina por alojarse en tu corazón...*
> *Reconocerás que la esfera comienza a transformarse en una sensación expansiva dentro de tu pecho...*
> *La sensación de la esfera se expande desde tu corazón hacia afuera del cuerpo, al tiempo que amplías tu respiración...*
> *En tus manos y el resto del cuerpo tendrás nuevas sensaciones ...*

Lorién comenzó a sentirse energetizado y continuó con una voz cada vez más profunda.

> *Percibirás ondulaciones progresivas y brotarán emociones y recuerdos positivos...*

Deja que se produzca el pasaje de la Fuerza libremente. Esa Fuerza que da energía a tu cuerpo y mente...

Deja que la Fuerza se manifieste en ti…

Sintió como la sensación de la Fuerza se iba ampliando más y más allá de él.

Trata de ver su luz adentro de tus ojos y no impidas que ella obre por sí sola...

Siente la Fuerza y su luminosidad interna...

Déjala que se manifieste libremente…

La Luz y la Fuerza inundaron todo su interior de una forma suave y potente a la vez, sintiendo como se iba despersonalizando, cómo perdía identidad y se fundía en esa fuente de luz sagrada, que era la esencia de su Ser y de todo el universo y cómo se hacía Uno con todos los que estaban en la habitación.

Un pequeño rescoldo de Lorién después de unos minutos, habló con una voz procedente de otro espacio-tiempo y los invitó a ponerse de pie.

Con esta Fuerza que hemos recibido, concentremos la mente en el cumplimiento de aquello que necesitamos realmente… —prosiguió Lorién, con esa extraña y poderosa voz.

Después de un tiempo, terminó:

Paz, Fuerza y Alegría para todos... —Con un tono transfigurado, que los sacudió energéticamente a todos, a lo que contestaron profundamente conmocionados:

—*También para ti, ¡Paz, Fuerza y Alegría!*

Lorién se sentía en ese instante como el eje alrededor del cual circulaba todo el universo, se experimentaba tan inmenso y con una energía tan vasta, que no había palabras para describir esa enormidad.

Poco a poco fue regresando a este espacio/tiempo, a la habitación y abrió los ojos todavía con la mirada desenfocada y sin instalarse todavía en su yo habitual.

Alrededor, los ancianos lloraban sin recato, sus rostros normalmente inexpresivos, sonreían como los de un niño, llenos de bondad, arrobamiento y maravilla. Los jóvenes, por su parte, se miraban y abrazaban sin poder evitar reír y reír sin parar.

Finalmente, todos se fueron aquietando, mientras observaban a

Lorién y a Zule que se veían como nimbados por un aura luminosa y que a su vez los miraban a ellos, con un afecto y un amor total.
—Inti ha vuelto a nosotros —dijo la tía Estela, profundamente conmovida, poniéndole voz a lo que todos sentían—. Inti ha vuelto a habitar en nuestros corazones. Gracias queridos Mensajeros, por devolvernos lo más preciado para nosotros, nuestro dios interior Inti, del cual el Sol es solo una alegoría externa. Nunca les podremos agradecer lo suficiente por este insuperable regalo que nos han hecho. Les doy las gracias no solo por mí, sino por mi Pueblo entero y les quiero pedir humildemente que nos permitan llevar a nuestros hermanos este maravilloso don que nos han entregado. Gracias, gracias, mil veces gracias —dijo ella, emocionada, mientras se arrodillaba ante los jóvenes, que se precipitaron a levantarla.
—Por favor, tía Estela, nosotros solo somos Mensajeros, no somos ninguna divinidad, o al menos no lo somos más que ustedes mismos —le expresó Lorién, mientras la abrazaba afectuosamente.
—En nosotros también se despertó este dios interior, que cambió nuestras vidas y nuestra misión es llevarlo a otros, como Mensajeros —dijo a su vez Zule, abrazándola también con mucha ternura.
—No sabéis lo que significa para nuestro Pueblo este largamente añorado presente —volvió a decir emocionada, con su expresión metamorfoseada, su rostro rejuvenecido y embellecido por una enorme sonrisa fresca, bondadosa y delicada—. Esto ha sobrepasado largamente cualquier expectativa que pudiera tener. Es verdad que algo en mí, cuando los vio, intuyó que Inti volvía a nuestros corazones a través de ustedes, pero era absolutamente inimaginable la dicha y la felicidad que iba a sentir. Lo siento, pero no puedo dejar de agradecer y agradecer —repetía ella.
Se acercó Roberto a Lorién y Zule y les preguntó tímidamente si podía abrazarlos.
—Claro que nos vamos a dar un gran abrazo, para agradecer por esta experiencia maravillosa que todos hemos vivido —expresó Zule, exultante.
Todos se abrazaron entre sí, como si en el abrazo se pudieran acercar a esa sensación de unidad que habían experimentado todos ellos.

Después de un buen rato se volvieron a sentar, mientras todos reían por nada, felices simplemente de estar conscientes de estar vivos y que todo estaba vivo, y que eran parte de ese todo maravilloso.
Zule tomó la palabra.
—Bien. ¿Quieren saber qué son los *Proyectos de Apoyo Humano*? —dijo ella, con tono picarón.
—Por supuesto —exclamaron todos.
—Bien, pues los PAH son lo mismo que han vivido con la experiencia con la Fuerza, pero expresado en forma de proyecto en el mundo, para facilitar que la gente recupere su dignidad y que todos se apoyen entre sí para crecer juntos.
Y comenzó a contarles los detalles de la auto-organización; de trabajar en red; de que sea un verdadero humanismo, es decir, donde la gente se relaciona de igual a igual y no humanitarismo basado este último en el paternalismo, que más atrofia que facilita el desarrollo de la gente y de los pueblos.
—Es el viejo dicho de enseñar a pescar en lugar de dar pescado —terminó.
—La verdad —volvió a hablar la tía Estela—, después de la experiencia que hemos tenido, cualquier cosa que nos hubieran propuesto la hubiéramos aceptado entusiasmados, pero tal como describes, estos proyectos son de verdad transformadores, tanto en lo personal, como en lo social. Son la herramienta perfecta para que nuestro pueblo recobre su dignidad. Así que no hay mucho más que hablar. Sabemos que ustedes tienen que seguir con su misión y tienen que viajar temprano. Nosotros nos hacemos cargo de organizar esto para que puedan ir a descansar. Les aseguro que, en pocos meses, con Inti en nuestros corazones y con estos proyectos, vamos a transformar toda la cultura Andina. ¡Tienen mi palabra! —terminó ella con determinación.
Los demás asistentes asintieron enfáticamente y manifestaron su compromiso de convertirse también en Mensajeros, para llevar a otros tanto el contacto con la Fuerza, con el Inti interior, como los *Proyectos de Apoyo Humano*.
Roberto y la tía Estela los acompañaron hasta la puerta para despedirse de ellos y reiterarles su agradecimiento por el enorme

regalo recibido.
Zule, Lorién y José subieron al taxi pensativos, sin poder creer lo que había sucedido, todavía conectados con esa Fuerza o entidad trascendente con la que habían sintonizado. José manejó en silencio hasta la casa de la tía.
Una vez dentro Zule dijo:
—A las ocho será una buena hora para levantarnos, dado que ya son más de las doce de la noche.
Lorién y José asintieron sin palabras y se fueron a sus habitaciones.
Zule y Lorién entraron y se quedaron inmóviles en el centro de la habitación mirándose. Hasta que dieron un paso al unísono y se besaron, suavemente al principio, con ardiente pasión después. Se acariciaron con desenfreno y se arrancaron las ropas mutuamente, poseídos por el fuego del amor, por la búsqueda desesperada de ser con el otro, de morir o de vivir en el otro.
Se amaron y se amaron. Subieron por una escalera de luz y de pasión sin límites, se perdieron el uno en el otro, en una fusión eterna, en un solo ser extasiado. Se incendiaron los últimos restos de sus individualidades y se amaron y se amaron y se amaron, como solo se aman los desesperados, los que viven al límite, los que ya no tienen carne, inflamada ésta por el espíritu y por la percepción de que pueden morir en cualquier momento y que, al mismo tiempo, ya no morirán jamás. Se amaron con el dolor del largamente sediento; con la pasión del que sabe que solo existe el instante presente; se amaron y amaron la vida, amaron la muerte como transición a otra forma de ser. Amaron el universo, en un instante eterno, que explotó en un estallido de luz y de placer, en una supernova de vida sedienta de más vida, en un big bang hacedor de vida y de mundos. Y se amaron y se amaron y se amaron, sintiendo cómo estallaban sus células, en un estertor de vida, de éxtasis místico…
Despertaron sobresaltados al sentir que tocaban la puerta, abrazados, adoloridos, plenos y felices. Se sorprendieron de estar vivos, de estar en cuerpos separados, de estar en este plano, en este espacio-tiempo. Eran incapaces de moverse. Volvió a sonar el llamado en la puerta hasta que Lorién preguntó:

—¿Quién es?
—Soy yo, José, son las ocho y media.
—¡Cielos! —exclamó Zule—. ¡Ya vamos!
Se miraron todavía abrazados con una ternura emocionada, tan delicada que los dos se sintieron conmovidos por el milagro que estaban viviendo y protagonizando. Se besaron suave y largamente y finalmente, con un gran esfuerzo, se separaron, sintiéndose huérfanos sin el otro. Con los cuerpos cansados y los espíritus renovados. Se observaban sin palabras, mientras hacían los preparativos para ducharse, sin poder despegarse uno de la apreciación del otro, en largas miradas llenas de amor y vida.
Cuando salieron al comedor, los esperaban José y la tía Estela, los dos con los ojos brillantes de exaltación y de alegría.
—¡Todavía estoy vibrando por todo lo vivido en la reunión! —Exclamó la tía—. No he podido dormir en toda la noche, llena la cabeza de ideas, proyectos, imágenes, con el corazón tan lleno de entusiasmo, que creía que me iba a dar un infarto. Nunca me había sentido tan viva! —finalizó, con un suspiro profundo y largo—. Y todo gracias a ustedes dos, que son la propia vida hecha personas.
—Yo estoy igual que la tía —dijo José—, sin poder dormir, pero más feliz que nunca en la vida. He estado agradeciendo y agradeciendo toda la noche por haber tenido la fortuna de haberlos encontrado.
Zule y Lorién les regalaron una sonrisa llena de luz, vida y amor. Mientras se sentaban a la mesa a tomar el desayuno en silencio, mirándolos con profundo afecto. Esa mirada los emocionó a José y a su tía y los enmudeció, atesorando este nuevo momento de maravilla en sus vidas.
Comieron despacio, de forma agradecida y devota, compartiendo ese estar juntos sin necesidad de palabras, diciendo más con ese silencio de afecto compartido que con mil discursos. Hermosos y luminosos los cuatro.
Terminaron el desayuno y, sin palabras, se levantaron y se abrazaron afectuosa y largamente los cuatro, conscientes de que algo enorme se estaba poniendo en marcha en el mundo a través de ellos.

Ya en el coche, por muchos kilómetros, siguieron callados, contemplando ese hermoso valle en el altiplano de los Andes, para adentrarse después en la bella y agreste aridez llena de colores de sus cerros y montañas. Con unas cromaturas que van del rojo al amarillo y al púrpura, con el blanco y el gris entre medio, a más de tres mil metros de altura. Paisajes con un aire limpio y duro por el intenso frío en la mañana y calor cuando el sol está más alto. Unos paisajes que invitan a la reflexión, a irse para adentro.
Conscientes de su pequeñez ante la magnificencia de esta poderosa e inmensa cordillera.
—Es una lástima que no tengamos un poco de tiempo para ir a visitar la bella Huancavelica, al igual que para haber recorrido Huancayo —comentó José, al pasar por un cruce en un pueblo con el nombre de Izcuchaca.
—Para mí, con poder contemplar estas majestuosas cumbres, tengo bastante —murmuró Zule—. Escuché tantos años hablar a mi padre de ellas, que siempre añoré conocerlas. Ahora es como si viajara con nosotros y las estuviéramos viendo juntos.
—Yo no puedo estar más feliz, después de haber conocido a todas esas hermosas personas en la reunión de anoche. Que gente bella, que pueblo maravilloso del que formas parte, José, es para sentirse orgulloso. Gracias por compartirlo con nosotros —expresó Lorién.
—Seguimos ruta pues hacia Ayacucho —continuó José—. Toda esta región sufrió muchísimo con el alzamiento de Sendero Luminoso, un grupo marxista-maoísta que se levantó en armas, para luchar por los derechos de la gente más pobre, contra el terrorismo de estado y contra la corrupción de la oligarquía. Yo tengo muchos amigos que murieron siendo senderistas. Buena gente todos —dijo emocionado —. Estuve a puntito de unirme a ellos, pero algo dentro de mí me decía que la violencia iba a engendrar más violencia. Me acuerdo, conversando con ellos, donde les decía que finalmente terminarían matando a la propia gente que querían liberar. Ellos se reían de mí y me decían humanista —se quedó en silencio un rato pensativo—. Y así terminó pasando, terminaron matando a los que querían liberar. Mi gente ha sufrido mucho, primero con los Incas, después con los españoles, después con los gobiernos que siguieron, que siempre miraron con desprecio a los indígenas y pueblos

originarios, maltratándolos, vejándolos y discriminándolos. Por eso cuando apareció Sendero Luminoso, mucha buena gente tomó las armas y siguió ese movimiento, terminando muchos muertos. Esto a su vez sirvió para que el funesto Fujimori llegara al poder, ya en los años noventa, con la excusa de luchar contra la corrupción y contra Sendero Luminoso. Mucha gente se ilusionó con él porque no venía del mundo político y en pocos meses, de ser un simple rector de universidad, pasó a ganar las elecciones. Poco después comenzó una guerra sucia contra Sendero y contra todos los que se le opusieran, llegando a dar un auto-golpe junto con el ejército para convertirse en un dictador, masacrando y persiguiendo a medio mundo, a todos los que no estaban de acuerdo con su dictadura. Todo esto apoyado en un siniestro personaje de apellido Montesinos. Las torturas, la corrupción, el matonaje, camparon a sus anchas y el empobrecimiento de mi gente se hizo más profundo. —Se quedó un momento en silencio.

—Les cuento esto, para que entiendan el contexto de lo que mi tía expresaba, respecto de que había llegado la hora de que nuestro pueblo recuperase su dignidad. Han sido muchos siglos de degradación y de tratar a mi gente como animales —expresó con un suspiro—. Nuestra gente está con una enorme necesidad de levantarse y de hacer una revolución, pero de una forma no violenta.

—Mi padre me habló también del sufrimiento de su pueblo con gran dolor para él. Ese fue el motor que lo llevó a investigar y encontrar lo que él llamó los Momentos Humanistas —le contó Zule.

—¿A qué te refieres con los Momentos Humanistas? —quiso saber José.

—Básicamente es una revolución social no violenta.

Zule le contó con detalle en qué consistían los Momentos Humanistas y su relación con la Actitud Humanista.

—Finalmente —terminó—, se puede decir que es cuando se instala la Actitud Humanista como sensibilidad social.

—¡Pero Zule! —exclamó entusiasmado José—, a esto me refería cuando les comenté que no me había unido a los senderistas, porque intuía que había otra actitud desde la que hacer las cosas y

tú vienes y me la describes tan simple, breve y claramente. Pero esto es muy, muy importante —se exaltó él—. Esto se tiene que conocer, ahora veo los *Proyectos de Apoyo Humano* como la preparación para llegar a un Momento Humanista —pensó en voz alta.

—Los mejores momentos de cada Pueblo han tenido como eje esta actitud humanista. De hecho, la acción de los grandes reformadores religiosos y de los héroes culturales se interpreta como la apertura de un Momento Humanista, continuado en una nueva etapa y hasta en una nueva civilización —le confirmó Zule.

—Zule, esto es una barbaridad —José paró el coche—. Disculpen. ¡Pero esto es enorme! —dijo entusiasmado, mientras se bajaba del auto.

Zule y Lorién aprovecharon el momento para bajar también y estirar las piernas, mientras José caminaba frenético de un lado para otro, pensativo.

—Pero entonces esto es lo que estamos haciendo. ¡Estamos construyendo los cimientos de una nueva civilización! ¡Se dan cuenta! —prosiguió, muy agitado—. Además, viene con la instalación de una nueva sensibilidad. La Actitud Humanista y los grandes reformadores religiosos traerán una nueva cosmovisión y un nuevo Mito, una nueva espiritualidad —siguió con sus reflexiones, en voz alta.

Ahí se detuvo como si una comprensión lo hubiese golpeado profundamente y los miró detenidamente.

—¡No se dan cuenta! —les gritó, eufórico.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lorién.

—Ustedes son esos reformadores espirituales. ¡Los que nos traen esa nueva espiritualidad! ¡Pero, cómo no me di cuenta antes!

—¿De qué estás hablando? —dijo Lorién, dubitativo—. Nosotros somos simples Mensajeros, nada más.

—¿De verdad no lo ve ninguno de los dos? —se admiraba José, mientras los observaba asombrado—. Son ustedes esos reformadores, está clarísimo. Lorién, ¿tú crees que cualquier persona es capaz de conmover a los cuerpos más fríos, crueles y duros de la policía? ¿Tú crees que cualquier muchacho es capaz de

sacudir, conmover y hacer comportar como niños a los Amautas más ancianos, sabios y profundos de nuestra gente?
—No, no, no, José —dijo Lorién—, lo que pasa es que tú nos tienes mucho aprecio y estás un poco conmocionado por la experiencia de anoche, y por eso nos estás endiosando, jajajá —se rio con nerviosismo Lorién—. Zule, coméntale tú que nosotros, de eso que se está imaginando José, nada… —volvió a decir, con un graznido de voz, mientras Zule lo miraba con una sonrisa divertida y pícara en sus ojos—. Dile a José que todo ha sido una cosa accidental, que Federico me pasó a mí una misión de pura casualidad… —farfullaba, mientras sentía unos sudores fríos—. Yo no tenía nada que ver con estas cosas, José, créeme —prosiguió nervioso.—Zule, ¡díselo! —le pedía agitado.
—La verdad, Lorién, cuando José comenzó a decir estas cosas, como que me reí por la locura que representaba, pero conforme ha seguido hablando y he ido recapitulando lo que has vivido en apenas cuatro días, las experiencias en Madrid, Estambul, Lima y Huancayo, junto a los *Proyectos de Apoyo Humano* que tus contactos han ido generando, más la síntesis de José, que me parece genial, de sumar al paquete los Momentos y la Actitud Humanista… ¿Qué quieres que te diga? Me parece que tiene mucho sentido lo que dice José, aunque también me parece raro.
—¡Estáis locos los dos! —estalló Lorién—. ¡Sí apenas tengo dieciocho años! Yo lo único que estoy haciendo, es tratar de recopilar las cuatro Disciplinas y ayudar a preservarlas, para ponerlas al servicio de todo el mundo, cuando llegue el momento. Soy un mero Mensajero —se acaloró.
—Eso que describes como objetivo, tiene tanto sentido como todo lo que vas haciendo por el camino. ¿Eres consciente de la cantidad de milagros que suceden a tu paso?
—Querrás decir a nuestro paso —contestó Lorién, sin poder creer que Zule viera así las cosas.
—Jajajá. Yo vivía muy tranquilita hasta que llegaste tú a Estambul, jajajá —se rio con ganas—. Tú eres el que hace todas esas cosas raras, yo solo soy la chica normal, humilde y sencilla que se dedica a las cosas prácticas —se mataba de la risa.
—No me hagas esto Zule, por favor —imploró él, con cara de susto.

—Yo creo que no hay que darle más vueltas —dijo Zule un poco más seria—. En realidad, este no es el tema. El tema es que cada uno tenemos que hacer lo que tenemos que hacer y si eso nos convierte en revolucionarios, mesías, profetas o lo que sea, bueno, pues eso será. Para qué ponerles nombre a esas cosas. Hagamos lo que tenemos que hacer y no nos enredemos con palabras, con secundariedades.

De repente Zule comenzó a recitar con su hermosa voz:

Cuando emprendas tu viaje a Itaca
pide que el camino sea largo,
lleno de aventuras, lleno de experiencias.
No temas a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al colérico Poseidón,
seres tales jamás hallarás en tu camino,
si tu pensar es elevado, si selecta
es la emoción que toca tu espíritu y tu cuerpo.
Ni a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al salvaje Poseidón encontrarás,
si no los llevas dentro de tu alma,
si no los yergue tu alma ante ti.
Pide que el camino sea largo.
Que muchas sean las mañanas de verano
en que llegues —¡con qué placer y alegría!
a puertos nunca vistos antes.
Detente en los emporios de Fenicia
y hazte con hermosas mercancías,
nácar y coral, ámbar y ébano
y toda suerte de perfumes sensuales,
cuantos más abundantes perfumes sensuales puedas.
Ve a muchas ciudades egipcias
a aprender, a aprender de sus sabios.
Ten siempre a Itaca en tu mente.
Llegar allí es tu destino.
Mas no apresures nunca el viaje.
Mejor que dure muchos años

y atracar, viejo ya, en la isla,
enriquecido de cuanto ganaste en el camino
sin esperar que Itaca te enriquezca.
Itaca te brindó tan hermoso viaje.
Sin ella no habrías emprendido el camino.
Pero no tiene ya nada que darte.
Aunque la halles pobre, Itaca no te ha engañado.
Así, sabio como te has vuelto, con tanta experiencia,
entenderás ya qué significan las Itacas.

Terminó Zule de recitar, con la mirada perdida a lo lejos. Se produjo un gran silencio dentro y fuera de ellos. Hasta que Lorién preguntó:

—¿Qué es eso que recitaste? Es bellísimo —dijo emocionado.

—Itaca se llama el poema de Constantin Kavafis —contestó Zule, todavía con la mirada perdida.

—Qué bien describe lo que estamos viviendo —dijo Lorién—, y el sentido del viaje. Sabes Zule, estoy totalmente de acuerdo con lo que dices, hagamos lo que tenemos que hacer y no nos enredemos con los nombres. ¿Qué opinas José?

—A mí me parece muy bien, pero también me parece que el único que está complicado con el tema eres tú —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Vaya hombre, por una vez me va a dar la razón este hombre. José, ¿crees que, si hacemos un monumento para conmemorar tan magno evento en este mismo lugar, nos llevará mucho tiempo? Porque realmente es un momento memorable —se burló ella de Lorién.

—Bueno, bueno, si ya habéis terminado de reíros a mi costa, podemos aprovechar para comer algo. ¿Qué os parece?

Estuvieron de acuerdo inmediatamente. José sacó un paquete con sándwich hechos por la tía Estela y comieron con buen apetito los tres.

—A la que hay que hacerle un monumento es a tu tía —dijo Lorién, una vez terminado de comer—. ¡Qué rico estaba todo!

—Bueno, si les parece podemos proseguir camino hacia Ayacucho, nos faltan unos doscientos kilómetros de mala carretera, espero que

aguante el carro —comentó José.
Efectivamente, poco después empeoró notoriamente el estado de la carretera y se terminó el valle. Pasaron por túneles y por varios precipicios. El camino era muy árido y con una belleza salvaje y agreste que los impactó. Se veían derrumbes a los lados del camino y en un momento dado, tuvieron que desviarse y salir de la senda para poder sortear, con muchas dificultades, un desprendimiento que tapaba toda la calzada. Después de unas dos horas de camino accidentado, Lorién y Zule se quedaron dormidos.
Los despertó José a la voz de Ayacucho…
Lorién y Zule abrieron los ojos, mientras José les contaba:
—La histórica Ayacucho. Muy cerca, a unos veinticinco kilómetros está Wari, cuna de la cultura Huari, de aproximadamente quinientos años antes de nuestra era. Alrededor de la ciudad hay muchos restos arqueológicos, hay cuevas donde se han rescatado restos que se remontan a más de doce mil años antes de nuestra era. A unos cuarenta kilómetros se encuentra la Pampa de la Quinua, donde tuvo lugar la última batalla en Latinoamérica por su independencia. Allí, Sucre venció a los españoles y terminó la guerra. También Ayacucho fue la cuna de Sendero Luminoso. Como pueden ver, Ayacucho o Huamanga, como le llaman sus habitantes, siempre ha estado en todas la coyunturas históricas del Perú.
—Impresionante, José, muchas gracias —dijo Lorién—. Es como para echarle un vistazo.
—¿Qué hora es? —preguntó Zule.
—Van a ser las cuatro de la tarde —comentó José, fatigado.
—Vaya, somos unos dormilones. Debes de estar muy cansado. ¿Verdad? —preguntó Lorién a José.
—La Verdad es que sí, el camino es difícil y fueron muchas horas. Mi tía me pidió si podíamos pasar a casa de un amigo suyo, don Raúl, para dejarle una carta. Seguramente él nos dará alojamiento también. Es un Amauta como ella. Así que pueden imaginar el contenido de la carta.
—Lo primero es ir a comer y después pasar a ver a don Raúl.
—Sííí —dijo Zule—, yo tengo mucha hambre.
Se detuvieron en un pequeño restaurante y comieron mientras José

les contaba más cosas de Ayacucho.
—Bien, ahora sí podemos ir a casa de don Raúl —dijo José.
Se detuvieron en una casona con un gran portón, donde José llamó y se escuchó un ¡adelante! desde adentro. Pasaron y se encontraron con una señora ya entrada en años, que les dijo que esperasen un momento.
A los pocos minutos apareció un señor de unos sesenta años, con ojos profundos y la piel de la cara muy curtida, como la mayoría de los habitantes de la sierra. Los miró en silencio con su expresión hosca y poco expresiva.
—Me dicen que traen un recado de Estela —dijo con su voz grave.
—Sí, don Raúl, yo soy José, el sobrino de Estela y estos son Zule y Lorién, dos buenos amigos —dijo, mientras le entregaba la carta.
Don Raúl la abrió lentamente, mientras la leía los miraba con cara un tanto sorprendida y curiosa. Los hoscos rasgos se le fueron difuminando hasta terminar con una expresión perplejidad, que contrastaba fuertemente con el rostro sereno poco expresivo anterior. Los tres, a duras penas, pudieron contener la risa ante este inusual espectáculo.
Carraspeó don Raúl mientras los invitaba a sentarse, todavía con la cara un tanto perpleja y pensativa.
—José, ¿tu tía estaba bien cuando te entregó esta carta? —preguntó en forma cuidadosa.
—Sí, don Raúl, estaba mejor que nunca.
—Hhmmm —murmuró este—, su carta es extraña por decirlo menos —dijo, mientras miraba con mucha curiosidad a Lorién y Zule—. Pero a pesar de lo extraña —continúo—, si hay alguien en quien confío en su buen juicio, es en Estela. Me habla de unos *Proyectos de Apoyo Humano* que le devolverán la dignidad a nuestro pueblo y me sugiere que prepare una reunión, para que estos dos amigos nos presenten estos proyectos y nos conecten con una experiencia que cambiará nuestra visión del mundo y de nosotros mismos —carraspeó de nuevo—. La verdad es que es una carta sorprendente y más sorprendente el verlos a ustedes, tan jóvenes y ajenos a nuestra cultura, espero no se ofendan por mi comentario, por favor.

—No se preocupe —dijo Zule con una gran sonrisa—, estamos a su disposición. Para que no suene tan extraño, le voy a hacer un breve resumen de lo que son estos proyectos, para que usted vea si puede ser de interés el convocar esa reunión esta misma tarde-noche. Mañana temprano nosotros tenemos que proseguir nuestro camino.
—Por supuesto que será de interés para nosotros, como les dije, confío plenamente en el buen juicio de mi amiga Estela. ¿Pero, así tan de repente, para hoy?
—Sí —reafirmó José—, si no es hoy, no va a poder ser.
—Bien, bien, disculpen, me estoy portando como un perfecto asno, soy el peor anfitrión que existe. Les doy la bienvenida a mi casa y les pido disculpas de nuevo, pero es que es todo un tanto imprevisto y sorprendente, me han dejado sin palabras —dijo un tanto compungido—. ¡Francisca, ven a atender a estos amigos!
Volvió la señora que los había atendido inicialmente.
—Francisca, este es José, sobrino de Estela de Huancayo y estos dos amigos son Zule y Lorién. Te pido que los acojas mejor de lo que yo lo he hecho, acomódalos en la mejor habitación que tengamos, por favor. Mientras, yo comenzaré a invitar a algunos amigos.
—Con todo gusto —dijo Francisca—, los hombres son un verdadero desastre —confidenció, guiñándole un ojo a Zule.
—Jajajá —se rio ésta—. Estoy completamente de acuerdo. Si lo sabré yo, que ando viajando con dos.
Francisca los acompañó. En el camino les preguntó cómo querían repartirse. Zule le comentó:
—Aunque me gustaría dormir tranquila por una noche, si dejo a Lorién en una habitación solo, capaz que se pierda. Juajuajuá —se reían las dos con ganas.
Lorién y José se miraron con un encogimiento de hombros y con una sonrisa cómplice.
—Así será, entonces. Cuanto trabajo y cuantas preocupaciones que dan estos hombres —dijo Francisca—. Si no fuera por nosotras, no sabrían encontrar su mano derecha.
Zule la tomó del brazo y caminaron juntas delante de Lorién y José, como si estos no existieran.
Una vez alojados y después de darse una ducha, bajaron al comedor

de la casa. Allí ya se encontraba José conversando con don Raúl animadamente.
Este último los miró con cara de asombro, claramente José les estaba contando lo que sucedió en Huancayo, y se levantó en señal de respeto cuando los jóvenes se acercaron.
—En una hora más, tendremos una reunión aquí mismo, con algunos Amautas y otros amigos que pudieran tener interés en estos temas —dijo don Raúl.
—Yo también me tomé la libertad de invitar a algunos amigos telefónicamente y a través de las redes sociales, así que tendremos una hermosa reunión —completó José.
—Estupendo —dijo Zule—, a ver qué hace Lorién esta vez, jajajá —se rio con ganas.
—¿Qué les parece que vayamos a dar un paseo por Ayacucho? —los invitó José.
—¡Bien! —exclamaron Lorién y Zule al mismo tiempo.
—Vamos pues, que solo tenemos una hora. Nos vemos en un rato don Raúl —dijo José.
Salieron de la casa y, mientras caminaban, José les contó que tenían a don Raúl muy confundido.
—Por un lado, está lo que le cuenta la tía Estela, que para él es una referencia y, por otro, los ve a ustedes tan jóvenes y de otras culturas y no entiende nada —la gozaba José, muerto de la risa—. Me preguntó sobre la reunión de Huancayo y aún quedó más confundido con lo que le conté, jajajá. Ahora ya no sabe si mi tía y yo nos volvimos locos, o se volvió loco el mundo, o se está volviendo loco él, jajajá. ¡Pobre don Raúl! —se rieron los tres.
Mientras caminaban, iban viendo unas tremendas casonas que, según les dijo José, tenían más de cuatrocientos años. Eran casas que se construyeron los españoles decididos a quedarse a vivir allí. Les mostró varias: la casa del Corregidor, la casona del Marqués de Mozobamba, entre otras. Llegaron por fin a una enorme plaza.
—Esta es la Plaza Mayor —dijo José.
Vieron que estaba rodeada de casonas antiguas en su mayoría.
—Es una de las plazas más grandes del Perú —completó José.
Pasearon por el centro de la misma y disfrutaron del colorido de las

vestimentas de la gente del lugar. En el centro se veía la estatua del Mariscal Sucre.
—A mí lo que me gusta es la gente —comentó Lorién—, con esos ponchos y gorritos tienen algo señorial, algo muy digno en sus portes y formas de comportarse. Por otro lado, me llama la atención que de repente estallan en risas y esa seriedad se resquebraja en cuestión de un instante.
—Sí —convino Zule—, se ven tan serios y circunspectos y en un instante ríen como niños. Me siento tan hermanada con ellos... Cuánto me gustaría que mi padre estuviera aquí con nosotros —se emocionó.
Lorién la abrazó con afecto, mientras se sentaban a contemplar a la gente que pasaba.
—Mi gente es muy sufrida —dijo José, después de un rato en silencio—. Son muchos siglos de tragedia y de vejaciones, por eso y por lo agreste del entorno. La sierra es muy dura, muy áspera y así son nuestras gentes, duros por fuera y blanditos por dentro. Por eso aparentemente son poco expresivos, pero cuando entran en confianza, se entregan como niños. Con un poco de buen trato, mi gente florece —dijo poéticamente José—. Por eso mi tía tiene tantas esperanzas, y siente que llegó el momento de desarrollarse y levantar la cabeza humillada por tantos siglos. Tenemos que volver —dijo José—, el tiempo pasa volando y no es bueno hacer esperar a la gente, se sentiría como una descortesía por nuestra parte.
Regresaron lentamente a la casa de don Raúl, por unas calles distintas a las iniciales para seguir conociendo Ayacucho.
Cuando llegaron eran las seis menos cinco, entraron y se encontraron con una gran cantidad de gente, sobre todo jóvenes. Aunque se repetía la compositiva, los jóvenes esta vez duplicaban a los ancianos. Unas quince personas mayores y más de treinta alrededor de los veinte años.
—Aquí llegan nuestros invitados, ¡bienvenidos! ¿Pero, de dónde han salido tantos jóvenes? —preguntó don Raúl, un tanto extrañado a José, comenzando la ronda de presentaciones. Todos los miraban con mucha curiosidad sin saber mucho qué esperar de ellos.
En la mesa había algunos refrigerios.

—Agradezco a don Raúl por acogernos en su hogar, por convocar esta reunión para contarles un poco de los *Proyectos de Apoyo Humano*, que están despertando mucho interés en Huancayo y en otros lugares. Para entender el espíritu de estos, los quiero invitar a participar de una sencilla ceremonia, que nos permita conectar con nuestra fuerza interior, con el Inti que llevamos dentro —dijo Lorién, con tono tranquilo y cálido.

Los invitados se miraron sin saber mucho a qué atenerse.

—Después, mi compañera Zule les contará en detalle sobre estos proyectos, ella es hija de Eduardo Martín Lange, un eminente intelectual y erudito peruano.

—¡Ohh! —exclamaron varios de los presentes más mayores, que habían escuchado hablar de él.

Algunos habían leído sus trabajos y uno lo había conocido personalmente. Miró a Zule y le hizo un asentimiento de reconocimiento.

—Les pido que cierren los ojos y se sienten cómodamente —comenzó Lorién.

> *Relaja plenamente tu cuerpo y aquieta tu mente...*
> *Imagina una esfera transparente y luminosa…*

Lorién se fue conectando.

> *En tus manos y el resto del cuerpo tendrás nuevas sensaciones…*

Se comenzó a energetizar con mucha fuerza.

> *Deja que la Fuerza se manifieste en ti.*

Lorién sintió como se incendiaba por dentro y como esa poderosísima e incontenible Fuerza se abría paso y conectaba con las otras personas que estaban en la habitación, incendiándose juntos con el Fuego Sagrado. Se sonrió sin querer ante esa sensación de poder, de bondad y de sabiduría, que lo iba invadiendo mientras se iba conectando con el Todo.

> *Con esta Fuerza que hemos recibido, concentremos la mente en el cumplimiento de aquello que necesitamos realmente...*
> *Los invito a ponerse de pie para hacer el pedido sobre aquello que necesitamos realmente…*

Volvió a repetir Lorién, ya transfigurado, sintiendo esa Fuerza y esa luminosidad inextinguible, que nada ni nadie puede interrumpir su

paso inmortal y trascendente.
En ese estado Lorién pidió porque toda esa gente buena encuentre su destino, pidió que el Fuego interior se abra a ellos, pidió poder ayudar a que ese Fuego sagrado les llegue a todos los seres humanos.
Lentamente volvió a la habitación, donde se encontró con que todos estaban profundamente conmocionados, llorando y riendo a la vez. Se sintió totalmente hermanado con ellos. Miró a su derecha y ahí estaba Zule, contemplándolo con una sonrisa calma y profunda. Le tomó la mano y agradeció profundamente por todos los regalos que había recibido. Volvió a sentir que ya no creía en la muerte como el abismo que detiene todo, ese muro de sin-sentido y absurdo. Por el contrario, sintió la certeza de que la muerte no detiene el futuro, que la muerte, por lo contrario, modifica el estado provisorio de nuestra existencia para lanzarla hacia la trascendencia inmortal. Mirando a Zule, sentía que ella compartía la misma certeza con él. Se apretaron la mano con afecto, en ese estado sagrado en el que se encontraban, unidos con todas esas hermosas personas.
Cuando sintió que era el momento Lorién preguntó:
—¿Alguien quiere comentar algo sobre la experiencia vivida?
Don Raúl levantó la mano, todavía con lágrimas en los ojos, y dijo:
—Ahora entiendo lo que veladamente Estela me quería transmitir en su carta, nos has traído de vuelta a Inti, nos has ayudado a volver a sentirlo en nuestros corazones, nos has traído el mayor regalo que pudiéramos imaginar, nos has devuelto el espíritu y la vida. Nunca podremos devolverte ni una pequeñísima parte de lo entregado por ti —terminó, conmovido.
—A mí no me debéis nada, si le debéis a alguien algo, es a vuestro pueblo, a vuestros hermanos. Llévenles esta experiencia, esta certeza de que la vida tiene sentido, de que la muerte no existe —contestó Lorién, con profunda voz.
—¡Por supuesto que lo llevaremos a nuestros hermanos y a todo el mundo que se cruce en nuestro camino! —exclamó enardecido Juan, un invitado de José, mientras todos los demás asentían.
—Yo quiero decir —comenzó Pedro, un señor de aspecto venerable—, que es la experiencia más maravillosa que he tenido en mi vida,

que de alguna forma es lo que siempre había buscado y no lo sabía. Disculpen si sueno un poco incoherente, pero es muy raro esto de tener la certeza de que es lo que siempre busqué y, por otro lado, que lo acabo de descubrir. Es como que en mí está el Pedro mundano, el que come y camina por el mundo, y otro Ser trascendente que sabe de estas cosas, y es este el que siempre había estado tratando de conectar con esta Fuerza, con este Fuego Sagrado, con lo Luminoso, con Inti. A partir de ahora me convierto en su humilde seguidor, haré cualquier cosa que usted me diga, ahora que, por fin, después de toda una vida, encontré y volví a descubrir que soy vida dentro de la vida. Es como ser un pez que descubre que alrededor hay agua, vuelvo a pedir disculpas por las incoherencias, pero no sé mucho como expresar toda esta maravilla que se me ha develado —expresó, con su rostro luminoso y transfigurado.

—Nosotros somos como ustedes, seres inmortales que, hasta hace cuatro días, ignoraban que lo eran y se sentían como orugas arrastrándose por el suelo y gracias a esta pequeña ceremonia y otras experiencias que hemos ido teniendo, la vida cambió y cobró un sentido pleno, dotando de intensidad nuestros actos. Así nosotros, con Zule, tenemos una tarea que cumplir y ustedes verán cuales son las tareas que sienten propias. Somos simples Mensajeros que llevan este mensaje que hace libre y grande a quien lo escucha. Creo que todos compartimos ese sentimiento y esa necesidad de llevar a otros esto grande y bueno que ha sucedido en nuestras vidas. Me parece que todos nos sentimos como una fuerza de la naturaleza, que a su paso no encuentra resistencia. Ahora, Zule les contará sobre los *Proyectos de Apoyo Humano*, por si les hace sentido implementarlos y difundirlos.

Zule tomó la palabra.

—Fuerte la experiencia para todos. ¿Verdad? —preguntó con buen humor—.

> *Distinta es la actitud frente a la vida y a las cosas, cuando la revelación interna hiere como el rayo* —expresó con mucha certeza, mientras todos asentían con fuerza—.

Bien, los *Proyectos de Apoyo Humano* tienen como centro al Ser Humano y sus necesidades inmediatas; buscan la transformación

personal y social en simultáneo. A su vez, los participantes en ellos se convierten en protagonistas de sus propias transformaciones, en todos los ámbitos de su vida, incluyendo el espiritual.
Y les fue explicando en detalle el funcionamiento de los mismos, mientras la gente asentía y afirmaba, compartiendo completamente el espíritu de los proyectos, como sus objetivos y su forma de operar.
—Bien, esto es, en definitiva. ¿Algún comentario o duda? —preguntó.
—Creo que no hablo solo por mí —comenzó don Raúl—, cuando manifiesto que estoy no solo totalmente de acuerdo con el formato de estos proyectos, sino maravillado por su simpleza y potencia. Lo que más me sorprende, es que teniendo todo para ponerlos en marcha, no lo hayamos hecho antes.—Asentían todos ante las palabras de don Raúl—. Te escucho y siento que todo lo que dices es obvio. El apoyo mutuo, el trabajar todos por el bien común en función de lo que cada uno sienta con más encaje o gusto por hacer, desde sus habilidades o vocación, y cómo estos proyectos le devuelven la dignidad a la gente, al hacerlos dueños de su vida, hacedores de su propio destino y dejando de esperar que vengan a traerles limosnas. Estos proyectos, junto con despertar la Fuerza dentro de nosotros, van a generar una explosión en nuestros pueblos. Reitero mi profundo agradecimiento y propongo al resto de los amigos aquí presentes, volver a juntarnos mañana a las nueve de la mañana, aquí mismo, para planificar cómo iniciar estos proyectos aquí en Ayacucho, y a su vez llevar este Mensaje de liberación hasta el último rincón de nuestra América. En lo personal, después de esa reunión, viajaré a Huancayo para coordinar con Estela y la gente de allá, para ponerle inteligencia conjunta.
Todos manifestaron estar completamente de acuerdo con lo expresado por don Raúl. Poco a poco se fueron despidiendo unos de otros, entre abrazos afectuosos y de camaradería, al sentirse parte de un proyecto mayor, con un Propósito trascendente que llevar a todo el mundo.
Don Hilario, el viejito que había conocido al padre de Zule, se quedó unos minutos hablando con ella.

—Sí, yo conocí a tu padre, guardo el mejor de los recuerdos de él, un erudito con una sensibilidad hacia el sufrimiento de los desposeídos que me emociona solo de recordarlo —expresó don Hilario, con los ojos brillantes—. No es habitual, entre los intelectuales, tener ese grado de compromiso y sensibilidad con la gente. Lamentablemente, en algún momento le perdimos la pista y no lo volvimos a ver. Después de unos años alguien comentó que había muerto en Turquía. ¿Es eso cierto?
—Sí —dijo Zule emocionada—. Yo nací en Turquía, él fue uno de los iniciadores y preservadores de este Mensaje que estamos difundiendo. Conectó con las fuentes de La Escuela, que se remonta a los principios del desarrollo de Ser Humano, y que aparece siempre en los momentos de necesidad de la especie, para dar un salto cualitativo, en las crisis como la que estamos viviendo. Murió por tratar de protegerlo —dijo ella, emocionada—. Nosotros estamos siendo perseguidos por los mismos que lo mataron y si nos alcanzan, nos matarán también —dijo Zule con desapego.
—Es realmente sorprendente escuchar a jóvenes de vuestra edad con esa sensibilidad exquisita y, por otro lado, sin ningún temor a la muerte —dijo él.
—Bueno, con Lorién hemos aprendido que lo peor que uno puede hacer con su espíritu y con su vida, es traicionarse a sí mismo. Por otro lado, como ustedes también han experimentado, la muerte no existe. Cuando uno toma contacto con su Fuerza interior, ya nada vuelve a ser lo mismo —comentó ella, sonriente.
—Son ustedes una pareja realmente notable —contestó él.
—Ya lo creo que lo son —interrumpió José y les contó todo lo que había vivido con ellos, desde que los conoció en el aeropuerto de Lima—. Estoy seguro que esos policías deben de estar tan transformados como nosotros por el contacto con Lorién.
—Realmente es extraordinario lo que cuenta José —dijo don Raúl, profundamente admirado—. ¡Qué nivel de compasión, de sensibilidad y de empatía hacia la gente que lo estaba torturando, es realmente increíble! Si no fuera por lo que ha pasado aquí esta noche, no podría creerlo —terminó, maravillado.
—Son cosas que no se entienden desde el nivel en que nos movemos habitualmente —dijo Lorién, un tanto sonrojado—, cuando uno se

entrega y conecta con lo trascendente, ocurren todo tipo de milagros. En esos momentos, el yo y sus temores prácticamente desaparecen, tomando el mando ese otro Ser que comentaba don Pedro.
—Como sea, es un placer haberlos conocido —dijo don Hilario, despidiéndose con un abrazo emocionado—. Que dios los bendiga.
—Así lo hace, a través de ustedes y de tanta gente maravillosa que nos vamos encontrando por el camino —contestó Lorién—. Oye José, ¿cómo hiciste para convocar en tan poco espacio de tiempo a tantos amigos? —se extrañó Lorién.
—La verdad es que el primer sorprendido fui yo, ya que no conocía a más de la mitad. Después, hablando con ellos, me contaron que a algunos les llego la experiencia de Fuerza y algunos comentarios sobre los *Proyectos de Apoyo Humano* a través de las redes sociales, y cuando invité a mis contactos, ellos invitaron a los demás por esta vía.
—¡Wuauuu! —exclamó Zule, con una gran sonrisa—. Parece que esto se está disparando a través de los jóvenes. El fenómeno ya no nos sigue, ahora va por delante, jajajá.
—Bueno, me van a perdonar si los llevo a temas más mundanos —dijo don Raúl—. Se ha hecho muy tarde. ¿Qué les parece si cenamos algo?
—Es verdad! —exclamó Zule—. Qué manera de pasar el tiempo, ya son las diez de la noche. Hasta ahora no había pensado en la comida, pero ahora que lo dice, tengo un hambre de león.
—Yo también —convino Lorién—, necesitamos alimentar tanto el cuerpo como el espíritu —se rió.
—Qué bueno… ¡Francisca! —llamó él—. A ver si nos puedes preparar algo para cenar —le dijo don Raúl, cuando ella apareció.
—Si tuviera que esperar que los hombres me digan cuando hacer las cosas, estaría muerta hace años —expresó ella con mucha gracia y todos se rieron con ganas—. Ya está todo preparado, falta que nos sentemos a la mesa. Los invito a pasar a la cocina, que es más acogedora, chiquitita y cálida. A esta hora aquí en la sierra se pone muy frío.
Comieron con buen apetito los cinco.

—Tengo que confesarles algo —dijo, un tanto sonrojada, doña Francisca—. La verdad es que, en algún momento, sentí que algo extraordinario estaba pasando y miré por la puerta, mientras Lorién estaba guiando la ceremonia, cerré los ojos y tuve una experiencia extraordinaria. Quería agradecerles por esa bella vivencia que me regalaron, muchas gracias —dijo, emocionada.
—Disculpa, Francisca, que no te haya invitado —se ruborizó don Raúl—, pero no sabía mucho de qué trataba el tema y, la verdad —se sonrojó más todavía—, es que no se me ocurrió. Perdóname amor mío, perdóname.
—Menos mal que una no espera nada de los hombres —dijo con mucho desplante—, como decía mi madre, el que espera la comida de otros, o no se la come nunca, o se la come fría.
—Le quiero pedir también disculpas, doña Francisca —dijo compungido Lorién—, pero no me atrevía a interferir en las costumbres de la casa, fue un error imperdonable, lo lamento mucho.
—No hay nada que lamentar, hijo mío —dijo ella con mucho afecto—, todo lo contrario, solo agradecerles por el Mensaje, la experiencia y la esperanza que nos han traído a nosotros y a nuestra gente —se emocionó, los ojos llenos de lágrimas—. Así que te comunico —dijo con tono severo a don Raúl—, que a partir de hoy me declaro mensajera y voy a llevar esto a todas las personas que pueda, partiendo por las mujeres.
—Claro, claro —decía don Raúl confundido—, por supuesto.
Zule estaba que se caía de la silla de tanta risa, mientras a la pasada doña Francisca le guiñaba un ojo cómplice.
—Ya sabemos que los hombres son unos completos inútiles, así que tendremos que involucrarnos las mujeres, si queremos que estos proyectos lleguen a buen puerto —expresó ella con rotundidad—. Mañana pues, mientras ustedes los hombres —se dirigía a su marido— estén perdiendo el tiempo en su reunión, nos juntaremos las mujeres, para hacer algo de provecho —le volvió a guiñar un ojo a Zule—, y desarrollar estos proyectos en cada localidad —terminó, muy seria.
—Claro que sí, Francisca —dijo don Raúl, con tono apaciguador.

—No te estoy pidiendo permiso —retrucó ella—. Te estoy comunicando, para que después no te sorprendas, y porque alguien con un poco de sentido común tiene que tomar las cosas importantes en sus manos.

Zule terminó en el suelo entre lágrimas. Don Raúl fue a recogerla.

—Te has hecho mucho daño, maldita silla, disculpa por la caída —le decía, preocupado por las lágrimas y por los aullidos que emitía.

—Quita, quita, que no haces más que estorbar —le decía doña Francisca a su marido, mientras lo apartaba a empujones, muerta de la risa, tendiéndole una mano a Zule que no se podía tener de pie, por lo tomada que estaba por el jolgorio, mientras no paraba de aullar. Lorién y José se terminaron contagiando y finalmente don Raúl, al que le fue cambiando la cara de perplejidad y confusión a la risa franca, al comprender la situación.

Estaban todos riendo de buen humor, cuando tocaron la puerta.

—¿Quién será a estas horas? —se preguntó don Raúl, mientras se acercaba al portón y miraba por la mirilla—. Es Sergio —les dijo, mientras abría la puerta.

—Don Raúl —comenzó Sergio de forma atropellada—, ¡Es la policía, están buscando a Lorién y Zule! ¡Ya vienen por ellos!

Los tres reconocieron a don Sergio, uno de los invitados. Don Raúl reaccionó rápidamente.

—Sergio, toma el carro de José y acelera para ir en dirección a Pisco. Aunque encuentres controles en el camino, no pares. Te van a atrapar, pero ojalá que les cueste un buen rato, para poder dejar a estos jóvenes a salvo. José, súbete a tu auto con Sergio y bájate antes de salir de Ayacucho, dirígete a casa de alguien que conozcas que no haya estado en la reunión, trata de buscar un lugar donde esconderte en el campo por un buen tiempo. ¡Vamos, vamos! —urgió don Raúl— No hay tiempo para despedidas. Yo me hago cargo de Zule y Lorién. ¡Vamos, vamos, rápido! Ya teníamos esto contemplado por si acaso.

—No los voy a dejar solos… —comenzó José

—Vete José, todos juntos somos demasiado fáciles de identificar —le dijo Zule con pena, dándole un fuerte abrazo—. Cuídate, pronto tendrás noticias nuestras.

Lorién le dio un abrazo muy sentido mientras le agradecía emocionado al oído.
José se fue renuente con lágrimas en los ojos.
—Por favor, cuidaros mucho, los necesitamos y envíen noticias en cuanto puedan —terminó, con la voz estrangulada por la emoción.
Don Sergio lo sacó del brazo.
—Zule y Lorién vienen conmigo y… —prosiguió don Raúl.
—Espera un poco, Raúl —dijo doña Francisca—. A ti te conocen todas las autoridades y policías de Ayacucho. Yo, en cambio, soy una cholita más. Tú vas a entretener a la policía, mientras yo me los llevo a un lugar seguro. Mañana en la reunión, atiende a tus invitados y a los míos, que llegarán a la misma hora y después de entregarles la experiencia con la Fuerza, dispérsalos rápidamente, para que cada uno viaje por una ruta, pueblo por pueblo, llevando este Mensaje a nuestra gente. Es lo más urgente, antes de que se organicen y nos frenen.
—Francisca, ahora no es el momento de… —volvió a tratar de expresar él.
—No hay nada que hablar —cortó en tono categórico doña Francisca—. Yo me hago cargo.
Dicho esto, les indicó que la siguieran. Zule y Lorién recogieron en un minuto sus escasas pertenencias y fueron tras ella.
Doña Francisca los dirigió hacia otra parte de la casa que no habían visto, después de unos pasillos que se veían llenos de cachivaches y cosas en desuso. Llegaron a un cuarto lleno de trastos viejos, donde se metió detrás de un colchón viejo. Allí sonó un clic y Zule y Lorién la siguieron a través de una pequeña puerta oculta, que rechinó oxidada al abrirse. Salieron a una callecita estrecha. Doña Francisca cerró la puerta con llave y los urgió a que la siguieran.
Dos calles más allá, tocó una puerta y abrió una mujer de unos treinta años, con su atuendo de cholita.
—Doña Francisca, que agradable sorpresa…
—Silencio Isabel —cortó enérgica ella—. Es una urgencia, saca el carro inmediatamente, necesitamos que nos lleves hasta Andahuaylas.
—¿Qué? —preguntó ella, sorprendida.

—No tenemos tiempo ahora para explicaciones. ¡Vamos! —terminó tajante.
—Espérenme un segundo —y se metió en la casa.
No había pasado un minuto y volvió a salir.
—¡Vamos! —dijo con resolución.
En silencio se dirigieron a una camioneta 4x4 que había al frente de la casa. Doña Francisca subió adelante. Isabel arranco rápidamente el vehículo y partieron hacia las afueras de Ayacucho.
—Entiendo, por lo que le escuche a Raúl, que van al Cusco. ¿Verdad? —preguntó doña Francisca.
—Así es —confirmó Zule.
—Bueno, Isabel, allá vamos, por el camino a Andahuaylas te iremos contando. Te iba a decir mañana en la mañana en nuestra reunión, pero no alcanzó el tiempo. Maneja con prudencia. —Se dirigió a Zule y Lorién— El camino es de tierra y sube y baja como un tobogán por varios puertos arriba de los cuatro mil metros antes de llegar a Andahuaylas.
—Gracias Isabel, gracias doña Francisca —dijo Zule—, no me gusta para nada exponerlas a ustedes a estos peligros por nosotros, pero la verdad es que estamos en sus manos, sin ustedes estamos muertos —terminó ella, con voz suave.
—¿Cómo que exponernos? ¿Pero qué te piensas que somos, un mueble que no podemos tomar nuestras propias decisiones? ¿Que no tenemos dignidad, acaso? ¿Qué clase de gente te parece que somos? ¿Que dejamos tirados a nuestros invitados al mínimo problema? —expresó ella molesta—. ¡Menos todavía con ustedes que se están jugando la vida por nosotros! ¡Ni una palabra más! —terminó, ofendida—. Solo espero que Sergio haga su trabajo y pueda distraerlos por unas cuantas horas y que Raúl sea lo suficientemente listo para dirigirlos hacia Sergio. Y ya me tienen harta con tanto doña Francisca, a partir de ahora me llamarán Francisca a secas, o los bajamos del auto.
Zule se sonrió emocionada y en un arranque abrazó a doña Francisca por detrás con los ojos brillantes.
—Gracias —le susurro tenuemente al oído.
—No hay por qué, pequeña —contestó Francisca con voz

emocionada y acariciándole una mano—, tenemos que hacer todo lo posible por preservarlos a ustedes, no hay nada más importante en el mundo. ¡Ni siquiera nuestras vidas! —volvió a su tono resuelto y categórico.
—De todas formas, gracias, la verdad es que hemos sido un tanto descuidados —convino Lorién—. Deberíamos haber seguido camino hacia al Cusco y no haberlos expuesto de esta forma.
—Claro, y habernos dejado a nosotros sin el Mensaje, sin esa experiencia, sin ese regalo de los dioses. Ustedes nos trajeron la vida, el sentido, la libertad, la dignidad y todavía nos piden disculpas… Disculpa Zule, este chico tuyo es joven, buen mozo, pero muy inteligente no parece. ¿Verdad?
Estallaron en risotadas las tres a costa de Lorién, que se sonrió, resignado y feliz.
—Espero, Isabel, que estés descansada para manejar toda la noche —dijo Francisca.
—La verdad es que descansada no estoy, pero si es tan urgente como los escucho, no hay cansancio que me pare —contestó Isabel.
—Esa es mi amiga. ¡Por eso te fui a buscar a ti! ¿Ven, amigos, de qué material estamos hechos en la sierra? —se dirigió a Lorién y Zule—. De todas formas, ya es hora de que te contemos, Isabel.
Y comenzó a hablarle de los *Proyectos de Apoyo Humano*, mientras Isabel asentía concentrada. Cuando le relató la experiencia con la Fuerza, Isabel paró el vehículo a un lado del camino, en medio de la oscuridad, iluminada por ese cielo estrellado que se veía tan cerca y se giró, perpleja, para mirarlos detenidamente.
—Eso que cuentas Francisca —comenzó Isabel dubitativa—. ¿Es algo que te pasó a ti o a alguna otra persona?
—¡Nos pasó a todos Isabel!, de distinta forma, pero a todos —dijo Francisca, evocando el momento, sintiendo como esa Fuerza luminosa volvía a estar presente por todo su cuerpo y más allá de él —. Ahora mismo, conforme lo voy evocando para contarte, me vuelve esa enorme vivencia —dijo con voz profunda—. Esta experiencia que cambió mi vida, nada volverá a ser como antes querida mía —dijo con voz queda y con los ojos luminosos.
Isabel volvió a mirar a Zule y a Lorién con la mandíbula caída y

expresión desconcertada.
—Y ustedes están conscientes de lo que están generando en la gente con esas experiencias? —preguntó, todavía sin poder creer todo lo que le estaban contando.
Lorién y Zule la miraron con seriedad y asintiendo levemente.
—Claro que están conscientes, Isabel —le contestó Francisca—. ¿Por qué te crees que se están jugando la vida? Porque están conscientes de que no hay nada más importante que transmitir este Mensaje a todo el mundo.
—¡Pero, tan jóvenes! —Exclamo Isabel, más para sí que para ellos.
—Distinta es la actitud frente a la vida y a las cosas, cuando la revelación interna hiere como el rayo —recitó Zule.
Isabel ahora se sentía un tanto empequeñecida en presencia de ellos, algo irradiaban esos jóvenes, algo extraordinario. Sus miradas habían adquirido una profundidad y una sabiduría sorprendente.
—No somos nada extraordinario, Isabel —dijo cercano y con mucha ternura Lorién—, lo que ves en nosotros es lo que verás en cualquier persona que haya pasado por experimentar la Fuerza dentro de sí. ¿Quieres experimentar lo que se siente?
—Por supuesto —dijo ella, un tanto temerosa, pero sin querer perderse esa cosa extraordinaria de la que se estaba hablando.
Bajaron todos del vehículo.
—Aquí vamos entonces —dijo él, al tiempo que le ponía una mano en la espalda y otra en el corazón y comenzaba a traspasarle directamente la Fuerza. Esta fue aumentando en él y despertándose en ella. Pronto comenzó a sentir un fuerte hormigueo en las manos y como ondulaciones progresivas le iban bamboleando el cuerpo, al tiempo que la Fuerza le estallaba dentro, llenándola de luz y vida… Se quedó unos minutos experimentando esas bellas emociones, asociadas a una claridad mental y a una enorme ampliación de su conciencia.
Cuando abrió los ojos, sintió que se mareaba un poco y Francisca la sujetó para afirmarla. Se quedaron mirando los cuatro ese cielo lleno de estrellas encima de ellos, limpio, y que parecía que con estirar una mano podían alcanzarlas, de brillantes y cercanas que se veían. Los cuatro sentían que había un Sentido Mayor, un Plan en el

universo, que nada era azaroso y que ellos podían tomar conciencia de él y trabajar para facilitar su desarrollo con la felicidad, la intensidad y la unidad interna que eso significaba. Estaban llenos de significados profundos, ya no interpretaban el mundo desde la externalidad, sino desde la comprensión que les llegaba de esa conexión interna que los llevaba a entender, sin palabras, que lo de adentro y lo de afuera era la misma cosa, que lo de arriba y lo de abajo era la misma cosa, que el sol y las estrellas ocupan más espacio en el corazón de los seres humanos que en los cielos. Se sentían profundamente unidos los cuatro y a su vez con todo.

Isabel de repente rompió a llorar, suave y con callados sollozos que apenas le sacudían los hombros, y los cuatro se abrazaron en ese momento de gran comprensión y comunión espiritual.

—Gracias, Lorién, por esta maravillosa experiencia. Ahora entiendo a qué te referías, Francisca. Yo también siento que antes no estaba viva, que era como una especie de zombi que se movía por el mundo sin vida interior. Gracias —volvió a repetir, con esos tremendos lagrimones cayendo a raudales por sus mejillas quemadas por el sol y por el frío—. También entiendo que estés dispuesta a jugarte la vida por esto, no hay nada más importante y no hay necesidad más grande que devolverle la vida a nuestra gente y a todo el mundo. Ayudarlos a Despertar. A partir de ahora, ya no importa si pierdo la vida, estos minutos que han transcurrido desde esta extraordinaria experiencia, me han dado más sentido que todo lo vivido el resto de mi vida. En estos momentos me siento capaz de todo, siento que nada es imposible, miro para atrás y me veo en una vida tan pequeña, tan vacía, que no puedo creer que todos vivamos así, teniendo dentro de nosotros este fuego sagrado. Somos un milagro cada uno de nosotros. ¿Cómo es posible que no nos hayamos dado cuenta? ¡Qué dormidos que estamos! —terminó, asombrada.

Montaron de nuevo en el vehículo en silencio, cada uno perdido en sus reflexiones y siguieron con la ascensión por el enrevesado camino de tierra. Curvas y más curvas muy cerradas en serpentina, muy lentamente y cada vez más arriba. Hasta que llegaron arriba del puerto.

—Echen el último vistazo a Ayacucho —les dijo Isabel—, la

próxima curva dejaremos de verlo.
Efectivamente se veía Ayacucho al fondo y abajo en el valle, con sus muchas lucecitas en la oscura noche, con el cielo incendiado de estrellas claras y enormes. El coche prosiguió la marcha mientras miraban Ayacucho y al doblar una curva desapareció, como había dicho Isabel.
—Este es el paso Toqto, aproximadamente a cuatro mil doscientos metros sobre el nivel del mar —los ilustró Isabel.
—Con razón que tengo los oídos tapados y la cabeza atontada —dijo Lorién.
Zule lo miró y estuvo a punto de decir algo, pero se agarró la cabeza con una mueca de dolor y no dijo nada.
Poco a poco el malestar por la altura y la rápida subida fue remitiendo. Desaparecido Ayacucho, el brillo de las estrellas y de ese cielo infinito y majestuoso era mayor todavía. Tanto Lorién como Zule estaban extasiados contemplándolo, se veía tan cerca, que creaba la ilusión de que lo podían tocar con las manos. Vieron satélites, estrellas fugaces y todas las constelaciones que alguna vez les habían dicho que existían y que nunca habían podido contemplar, como la Cruz del Sur, que siempre indica hacia el polo sur, Orión, con las tres marías que forman su cinturón. Era el escenario adecuado para la inspirada expedición que iba dentro del vehículo.
De pronto, una luz en el cielo avanzó rápido por el horizonte, se detuvo en el aire y después, como impulsada por un resorte, salió disparada en un ángulo imposible, perdiéndose en cuestión de segundos en el despejado cielo.
Zule y Lorién se miraron a la vez.
—¿Viste eso? —dijo ella.
—Sí —asintió Lorién, sorprendido.
—Qué bueno, porque pensé que era cosa del tremendo soroche que todavía tengo. Claro, que tú no eres muy de fiar con tus delirios místicos habituales —se rió ella de buena gana, pero terminó con un gemido agarrándose la cabeza—. Esto me pasa por mala persona —dijo entre gemidos, mientras se reía de forma más suave.
—¿Qué vieron, chicos? —preguntó Francisca.

—Algo raro, una luz que vino muy rápido hacia nosotros y se detuvo encima, pero muy arriba, así que no se veía ningún detalle, solo una luz detenida y de repente, giró de una forma extraña y se fue rápidamente, desapareciendo en cuestión de segundo —dijo Lorién, extrañado.
—Por toda la sierra central se ven siempre cosas raras en los cielos, siempre hay cientos de ufólogos que vienen a contemplar ovnis o lo que sean esas cosas —dijo Francisca.
—No sé si es porque el cielo es muy limpio por lo seco y lo alto que estamos, o porque de verdad es un lugar de encuentro para esas cosas.
—¡Qué lugar sin igual! —comentó Zule embelesada—. Mi padre siempre me hablaba de estos cielos y lo embargaba una tremenda añoranza y melancolía, a pesar que no era de tono melancólico habitualmente, pero cuando hablaba de su altiplano, de sus cielos, de sus gentes, del mágico lago Titicaca, ahí sus ojos tomaban un brillo especial… —siguió contando con sus ojos brillantes—. Cuántas veces soñé con poder contemplar estos cielos, que largamente me describía con lujo de detalles. ¡Pues aquí estamos, querido padre! —dijo resuelta y tomando del brazo a Lorién, mientras se apretaba mucho contra él—. Lástima que a mi novio le falta romanticismo para apreciar este momento especial —rió picarona de nuevo.
—De verdad es un momento mágico — dijo Lorién, besándola suavemente.
—Es que contigo no se puede ser romántica, inmediatamente te aprovechas de mi ingenuidad —siguió ella, divertida, apretándose más todavía con él y besándolo con ganas.
Isabel y Francisca se miraron sonrientes. Poco después se quedaron dormidos los dos en el asiento trasero. Francisca e Isabel los contemplaron con ternura y Francisca los tapó con una manta a los dos abrazados.
—Estamos llegando, dormilones —dijo Francisca con tono afable unas horas después.
Lorién se removió y abrió los ojos con un dolor fuerte en el costado, se dio cuenta que era el codo de Zule. Al sentir que se movía abrió

los ojos y le sonrió amorosa.
Efectivamente, estaba amaneciendo y ya había una gran claridad.
—Estamos a punto de llegar a Talavera —prosiguió Francisca—, ahí nos detendremos, los dejaremos en casa de nuestra amiga Herminia y nosotras iremos a dar una vuelta por Andahuaylas, a ver si está todo tranquilo. Si es así, pasaremos a por ustedes y atravesaremos Andahuaylas, camino a Abancay. Si está complicado, pondremos en marcha el plan B: iremos a caballo, rodeando Andahuaylas hasta encontrarnos más allá con Isabel, que nos estará esperando. Si llegaran a detenernos, Herminia los llevará a caballo más allá de la ciudad y les conseguirá alguien que los lleve en carro.
—Muchas gracias, Francisca, por favor, cuidaros mucho —dijo Lorién.
—Ya vamos a empezar otra vez —dijo con aparente mal humor Francisca—. Parece que solo los jovencitos pueden correr riesgos. ¿Qué te parece, Isabel?
—Me parece que tienen un corazón de oro —dijo ella con una gran sonrisa—. No se preocupen, tendremos mucho cuidado. Bien, ya estamos entrando a Talavera, de aquí solo hay cinco o seis kilómetros hasta Andahuaylas.
Resultó ser una pequeña ciudad muy agradable y, a pesar de la hora, ya se veía gente en las calles. Isabel finalmente detuvo el coche frente a una casa relativamente moderna. Bajó Francisca y tocó el timbre de la puerta. Un momento después abría una mujer de unos cuarenta años, con pelo castaño y vestida de forma más occidental que Francisca e Isabel. Francisca les hizo señas para que bajaran del auto.
—Esta es nuestra amiga Herminia. Estos son nuestros amigos Zule y Lorién, hay que cuidarlos como hueso de santo —los presentó Francisca.
Francisca tomó del brazo a Herminia y se la llevó a un lado, donde le estuvo diciendo algunas cosas de forma muy enérgica. Herminia comenzó a echarles unas miradas sorprendidas a ellos, mientras le hacía algunas preguntas a Francisca, que ésta contestaba rápidamente, para seguir con su explicación. Finalmente, Herminia los miró una última vez extrañada y asintió con su cabeza a

Francisca. Volvieron donde habían quedado los tres y Francisca les dijo:
—Herminia os va a recibir en su casa, mientras nosotros vamos a ver cómo está la ciudad. Si no hemos vuelto en una hora, ella llevará a cabo el plan B con ustedes.
Herminia volvió a asentir con fuerza en dirección a ellos.
—Vamos, pasen y prepararemos el desayuno, seguro que tienen hambre.
—Los dejamos en buenas manos —se despidió Isabel, poniendo en marcha el vehículo.
Entraron a la casa y les llamó la atención que todo era bastante moderno: los electrodomésticos, los muebles, los adornos, en fin, que no era a lo que estaban acostumbrados desde que habían llegado a Huancayo.
—Si quieren me pueden acompañar a la cocina a preparar el desayuno y vamos conversando mientras.
Les indicó que se sentaran alrededor de la mesa, mientras ella rápidamente preparaba unas tostadas de pan con mermelada y les hacía unos huevos con jamón.
—Vaya, así que eres maestra —dijo Zule, asintiendo respecto de lo que les venía conversando Herminia—. Me llama la atención que tus formas son menos tradicionales que las del resto de personas que hemos conocido en la sierra.
—Jajajá, sí, a algunas personas les costó acostumbrarse, siempre me pareció fundamental conocer y valorar nuestras tradiciones, pero también ampliar la mirada. Al igual que hablo fluidamente el quechua, también lo hago con el inglés y el alemán. Mi padre era peruano y mi madre suiza, ella era una científica importante y dejó Europa y se vino a vivir a Perú, a estudiar las miles de variedades de la papa. Siempre amó al Perú y a mi padre. Después, cuando yo fui adolescente, me llevó a Suiza con su familia donde estudié, y me dio a elegir dónde quería vivir. Hasta el día de mi muerte le agradeceré por ese regalo, normalmente siempre nos imponen las cosas, ella no, siempre fue muy respetuosa conmigo y con los demás. También con mi padre al que amó y respetó mucho. Él fue maestro también, en un montón de lugares de la sierra, era un

hombre muy querido por todos. En los ochenta lo tomaron por senderista y lo mataron —dijo con un resto de pena, que rápidamente se sacudió—. Su fuerte vocación para mejorar la calidad de vida de la gente, a través de la educación, se me contagió y seguí su camino. Yo los admiré mucho a los dos. —Sorbió un trago de té antes de proseguir.— Escogí venir a enseñar aquí, a la sierra, donde se necesita una visión más amplia del mundo. Francisca, a pesar de lo aparentemente tradicional que es, fue una de las primeras que valoró y apoyó mi punto de vista hace diez años cuando llegué, eso facilitó mucho las cosas. Ella es una mujer que ha dedicado toda su vida a luchar por mejorar las condiciones de vida de nuestro pueblo, sobre todo de las mujeres, tiene un prestigio muy bien ganado. Donde vaya, siempre es reconocida, valorada y querida.
—Me llama la atención lo parecida que es nuestra historia —dijo Zule y le contó a grandes rasgos su propia biografía.
Al terminar se dieron un abrazo de reconocimiento y consuelo mutuo.
—Y eso nos trae a la situación actual —dijo Herminia.
—Así es, como te conté yo vivía tranquilamente en Estambul, hasta que llegó este hombre a poner todo patas arriba —comenzó con un guiño a Herminia—. Me sacó de mi casa, de mi negocio familiar de venta de alfombras y me hizo recorrer medio mundo para llegar a Perú, perseguidos por los poderosos de todo el mundo y sus sicarios. Incluidos entre estos muchas de las fuerzas de seguridad de los distintos países…
Y le fue contando lo sucedido desde que aterrizaron en el aeropuerto de Lima, el secuestro de Lorién, la llegada a Huancayo y Ayacucho, los *Proyectos de Apoyo Humano*…
—Bueno, además, a Lorién le da por hacerse el místico y comienza a hacerle ceremonias raras a la gente que se pone como loca después —se rió, después de sacarle la lengua a Lorién.
Herminia estaba con la boca abierta y los ojos como platos.
—Si no fuera porque los trajo Francisca y vi la devoción que les tiene, me resultaría completamente imposible creer lo que me estás contando —dijo, todavía perpleja—. Yo que creía que la había

impresionado mucho —se volvió a reír—, pero ustedes sí que la han dejado loca, jajajá —se rieron con ganas los tres—. Ahora entiendo los mensajes que me llegaron a través de las redes sociales. Justo estaba comenzando a leer algunas cosas sorprendentes, cuando llegaron ustedes. Me encantó lo de los Proyectos y, desde ya, voy a ser una promotora de ellos por toda esta parte de la sierra. Es tan simple y evidente que así se tienen que hacer las cosas, que no deja de ser sorprendente que no lo hayamos hecho antes —se dijo sorprendida—. Me gustaría también —comentó con cierta timidez —, que compartan esa experiencia maravillosa conmigo —terminó sonrojada.

—Claro que sí —dijo Lorién—, no es ningún secreto, por el contrario, parte de nuestra misión es llevar la experiencia a cuanta más gente mejor, para que, a su vez, la lleven a otros. Zule, ¿quieres guiarla tú?

—No, no, no, a mí no me líes con tus cosas raras. El místico de la familia eres tú, yo soy la chica que se encarga de las cosas simples y prácticas —se burló de nuevo.

—Bien, ponte cómoda.

Cerró los ojos y evocó la experiencia con la Fuerza, sintió como rápidamente lo inundaba ésta, cada vez le resultaba más rápida y fácil la conexión.

—Ponte de pie —le pidió a Herminia, con una voz profunda e incuestionable.

Esta se puso de pie y lo miró sorprendida por el cambio de tono, y algo advirtió en él que no había percibido antes y que la hizo quedarse sin aliento, algo en su postura, en su aura, en la profundidad irresistible de sus ojos…

—Cierra los ojos —le dijo Lorién, al tiempo que le ponía una mano en el corazón y otra en la espalda, traspasándole la Fuerza en poderosas oleadas.

El cuerpo de Herminia se sacudió con el impacto y se volvió a quedar sin aliento, por lo inesperado de lo que estaba sintiendo. Rápidamente se energetizó, sintiendo como su cuerpo oscilaba, manteniéndose a penas en pie y, dentro suyo, sintiendo como la invadía un torrente imparable de Fuerza Luminosa, que fue

creciendo y creciendo en su interior hasta ir más allá de ella. Percibió un enorme poder y sabiduría dentro de sí, al tiempo que sentía una inmensa bondad, que brotaba de ella e iba hacia toda la especie humana, en una conmoción sin precedentes en su vida. Conectó con lo sagrado que habitaba dentro de sí, esos espacios sagrados que no sabía que existían. La conmoción fue tan grande que se tuvo que sentar, ya que no podía tenerse de pie. Zule le llevó un vaso de agua y poco a poco se fue calmando, mientras los miraba con gran veneración.

—Ese espacio sagrado y esa sabiduría están dentro de ti —dijo Lorién—, yo solo he facilitado la toma de contacto. Ahora que ya lo hiciste podrás conectar siempre que quieras por tu cuenta —terminó de explicar Lorién—. Aquí te dejamos la experiencia, para que la puedas reproducir en grupos o como quieras —dijo, pasándole una hoja de papel que ella tomó en sus manos, como el tesoro más preciado y frágil.

—Muchas gracias, amigos míos, muchas gracias. Tengan por seguro que haré buen uso de lo que me han entregado de forma tan generosa —terminó, todavía emocionada.

—Ya ha pasado casi una hora desde que se fueron y… —estaba comentando Zule, cuando sonó el timbre de la puerta.

Abrió Herminia con su cara transfigurada, con su postura y figura enaltecida por la experiencia. Eran Isabel y Francisca.

—Bien, Herminia, ya estamos aquí… —comenzó Francisca y se interrumpió al verla tan cambiada—. Vaya, veo que los chicos ya han estado haciendo de las suyas contigo, bueno, así todo será más fácil —dijo, mientras la abrazaba—. Ahora entiendes por qué es tan importante que estos muchachos prosigan con su misión —manifestó en un tono intimista y cercano, sentándose a la mesa de la cocina con los demás.

—Bien, la situación no es fácil —comenzó—. Llegamos a la entrada de la ciudad y vimos varios carros estacionados de forma aparentemente casual, con personas dando vueltas alrededor. La situación le hubiera pasado desapercibida a cualquiera que no viaje a Andahuaylas con frecuencia. Los vehículos eran mejores que la mayoría que se ven en la ciudad habitualmente. La gente a su alrededor tenía unos cortes de pelo y unas complexiones claramente

militares o policiales, y el exceso de vehículos y de gente a esa hora... En fin, nosotras pasamos como si nada y rápidamente un carro de los que estaban estacionados comenzó a seguirnos. Hicimos como que íbamos conversando normalmente, mientras Isabel manejaba despacio, y nos dirigimos a casa de una amiga, la Remigia, donde paramos a saludarla, sin dar señales de que estábamos al tanto de que nos seguían. Tampoco le dijimos nada a ella, para que siguiera comportándose de forma natural. Pasamos a su casa a tomar desayuno, y a los veinte minutos salimos. Volvíamos por la misma entrada por la que habíamos llegado, cuando nos detuvo un coche policial, nos pidieron documentación y preguntaron por nuestro viaje a Andahuylas. Afortunadamente, tanto Isabel como yo venimos con frecuencia, ya que tenemos distintas actividades. Isabel por negocios y yo, porque trabajo con muchos grupos de mujeres. Así se lo comentamos y, después de revisar el carro por dentro y por fuera, nos dejaron ir. Da la impresión que no tienen muy claro que nosotras tengamos algo que ver con los muchachos —terminó Francisca—. Así que esa es una vía que no vamos a utilizar. Seguiremos el Plan B. Isabel irá a visitar a un cliente que tiene una tienda en San Jerónimo, pasado Andahuaylas, que le debe un dinero y a ofrecerle alguna mercadería. Si la detienen y la interrogan, contará que está en ruta hasta Abancay, donde va a seguir viendo clientes, dando los datos concretos de estos clientes. Nosotros tomaremos unos caballos de Herminia y rodearemos la ciudad para encontrarnos a la salida de San Jerónimo, un pueblito pasado Andahuaylas, con Isabel y seguir ruta juntos, hasta casi llegar a Abancay. No podemos correr el riesgo de volver a entrar en ciudades grandes. Así que nos desviaremos y daremos un rodeo para ir por la sierra profunda, llegaremos hasta Lambrama y desde allí, por parajes casi desiertos, llegaremos al Cusco. Es muy difícil que nos puedan rastrear por esos caminos y carreteras secundarias. ¿Estamos todos de acuerdo? —preguntó, finalmente, Francisca.

Isabel y Herminia se miraron sin decir nada. — ¿Qué sucede? —preguntó Francisca un tanto molesta.

—Con todo respeto y cariño, Francisca —tomó la palabra Herminia—, tú no estás para cabalgar dos horas hasta San Jerónimo. A pesar

del portentoso físico que tienes, a tu edad, tienes en el cuerpo un cansancio excesivo.
Isabel asintió con firmeza.
—Estoy completamente de acuerdo con Herminia —dijo Isabel—. Ya estuviste ayer todo el día haciendo cosas, has estado toda la noche viajando sin dormir y cabalgar dos horas, después casi tres horas a Lambrama, es demasiado para ti.
—¿Qué quieren decir, que estoy vieja? —preguntó en mala forma Francisca.
—Quieren decir que todo tiene un límite —dijo Zule, conciliadora —. Tú ya has hecho más de la cuenta por cuidarnos, ahora te tienes que enfocar en difundir rápidamente el Mensaje entre tus círculos de mujeres. Así que lo mejor será que vuelvas con Isabel, que ella te deje en Andahuaylas, que aproveches el día para reunirte con todas las personas que puedas. Es urgente que esto se difunda, antes de que traten de pararnos. Tú estás hecha para organizar todo esto por toda la sierra, esa es tu responsabilidad —terminó con voz suave y tono de pedido.
—Pero, pero —comenzó con tono de enojo, que se fue ablandando, para terminar en un puchero, en un rictus de pena, que se expresó en un sollozo casi inaudible—. La verdad es que con ustedes me he sentido más despierta, viva y fresca que en toda mi vida anterior —les dijo a Zule y Lorién, tomándolos por los hombros con mucho cariño—, y me cuesta despegarme de ustedes, sabiendo que es muy probable que nunca más nos volvamos a ver. Sé que vuestra misión va a seguir por otros continentes y países, y yo quería alargar el momento de la despedida lo más posible —terminó, llorando sin disimulo.
Zule y Lorién la abrazaron y acariciaron con mucho afecto.
—A nosotros también nos cuesta separarnos de ti —le dijo Lorién, con una voz muy dulce y cálida—. Nos gustaría también poder descansar unos días en algún sitio para poder estar tranquilos —dijo con un suspiro—, pero cada uno tiene que hacer su parte. Nosotros tenemos que llegar rápidamente al Cusco, antes de que se organicen mejor, y tú tienes que difundir este Mensaje por todo este enorme sector, antes de que se den cuenta de lo que está pasando —terminó con un afectuoso abrazo y un beso en la frente.

—Tienen razón —concedió Francisca—, es solo que soy una vieja porfiada y terca, pero ahora ya tengo claridad de nuevo —dijo erguida y digna, limpiándose los ojos—. Como bien dices, cada uno de nosotros tiene su tarea. Gracias por recordárnoslo.
Le dio un fuerte abrazo y un beso en la mejilla mientras los contemplaba con un amor infinito.
—Bien —dijo Francisca con tono enérgico—, parece que todos tenemos mucho que hacer, vamos entonces.
Se despidió de Herminia y subió al coche con Isabel, saludando con la mano y una gran sonrisa emocionada a través de la ventanilla del vehículo.
Zule y Lorién también tenían lágrimas en los ojos mientras decían adiós con la mano.
—¡Vamos! —dijo Herminia—. Supongo que los dos sabéis montar a caballo. ¿Verdad?
—Yo sí, pero Lorién no lo tengo tan claro —comentó con ojos picarescos.
Lorién carraspeó comentando:
—Efectivamente, no he subido a un caballo en mi vida.
—Siempre hay una primera vez para todo —se rió Herminia—. ¡Vamos pues!
Caminaron unas ocho calles hasta llegar a las afueras del pueblo donde había una casita con unas cuadras de caballos, los que estaban sueltos dentro del redil.
—Aquí están nuestros amigos —dijo Herminia—. A ti Lorién, te dejaremos esa yegua color café que es muy tranquila y dócil, no tienes más que mantenerte arriba, ella seguirá a nuestros caballos sin que tú tengas que hacer nada, solo mantén las riendas relajadas. Yo iré primera, después Zule y en tercer lugar tú.
Ellos asintieron.
—Espero que no empieces a hacerle imposiciones de manos a la yegua —dijo Zule con un brillo socarrón en sus ojos—, que tú eres capaz de hacer cosas muy raras con tal de llamar la atención, juajuajuá —se descoyuntaba de la risa ella, casi sin poderse tener de pie.
Herminia y Lorién la contemplaron divertidos y se contagiaron de

su fresco y genuino buen humor, riendo con ganas. Herminia tocó la puerta de la casa y sin esperar más entró, encontrándose dentro con un señor mayor que se sacó el sombrero con mucho respeto.
—Señora Herminia, que gusto tenerla por aquí —dijo con el sombrero en la mano.
—Este es Humberto —les presentó a Lorién y Zule—. Es una muy buena persona, me ayuda en el cuidado de los caballos, de unas gallinas, de unos cuyes que tenemos, es como de la familia para mí —comentó, mirándolo con afecto—. Humberto, vamos a salir a dar un paseo con nuestros amigos. Me gustaría que nos ensilles a la Melosa, a Puka y a Rastrillo —le pidió.
—Con todo gusto señora Herminia.
Y comenzó a enjaezar a los caballos.
—¿Cuándo dejarás de llamarme señora, Humberto? Me conoce desde que tomaba pecho, siempre ha cuidado de mí —les dijo.
Él se sonrió sin decir nada y siguió aparejando a los animales.
En diez minutos estaban listos y partieron lentamente para que Lorién se fuera acostumbrando a andar a caballo. A la media hora, sentía la entrepierna muy adolorida y los muslos acalambrados de tanto apretar para no caerse. Herminia le vio la cara y dijo:
—Vamos a darles un poco de descanso a los caballos y a estirar las piernas nosotros.
Lorién apenas pudo bajar del caballo de lo adolorido y tenso que estaba. A Zule también le costó bastante bajar, pero porque estaba muerta de risa de ver los gestos y caras de Lorién. Al final era tanto el jolgorio que tenía, que se cayó del caballo y siguió riéndose en el suelo. Herminia y Lorién se contagiaron y allí estaban los tres tirados en el suelo sin poderse poner de pie de la risa que los desbordaba. Cuando se fueron calmando, estiraron un rato las piernas y Lorién, con el paseo a pie, fue aflojando sus calambres y ya caminaba casi normal. La forma de caminar de Lorién produjo otra explosión de risa en Zule y empezó a imitarlo de forma tan genial que de nuevo terminaron los tres revolcados de risa.
—Si no dejas de hacer cosas raras —le dijo a Lorién con los ojos picarones—, cuando lleguemos donde Isabel ya será el fin de los tiempos —siguió riéndose jubilosa.

Después de unos quince minutos caminando, partieron de nuevo arriba de los caballos. Ahora se veía a Lorién un poco más suelto y menos aprensivo, aprendió a acoplar sus movimientos con los de la yegua Melosa y esto facilitó mucho la cabalgata. Esta vez anduvieron una hora y media, durante la cual pasaron cerca de las afueras de Andahuaylas, que fueron rodeando para llegar al punto de encuentro a las afueras de San Jerónimo. En este trayecto hicieron trotar a los caballos en varias ocasiones. Lorién, a pesar de que seguía adolorido, se sentía mucho mejor y terminó disfrutando de la cabalgata. Finalmente, casi tres horas después de haber salido de Talavera, llegaron al lugar convenido. Allí estaba estacionado el vehículo de Isabel, que estaba dormida dentro. Se despertó con el ruido de los caballos y corrió hacia ellos.
—¡Qué bueno que todo fue bien! —dijo aliviada.
—Todo muy bien para casi todos —contestó Zule, mirando de reojo a Lorién con sus ojos burlones—. Lo digo por la pobre yegua, lo que ha tenido que sufrir teniendo a Lorién tambaleándose y apretándola encima de ella... ¡Pobre animal! —terminó, muerta de la risa de nuevo.
—Jajajá —se contagiaron Isabel y Herminia.
Lorién se sonrió ahora ya con sus ojos brillantes por la excitación. Realmente había disfrutado la última parte del viaje montado en Melosa. Aunque de nuevo le costó bajar del caballo y las piernas apenas lo sostenían de temblonas y acalambradas. El descenso del caballo y la caminada tan poco grácil de Lorién, provocaron otro estallido de risas de Zule, que a su vez contagió a Isabel y a Herminia.
—¡Ese es el paso de los hidalgos españoles cuando van a conquistar nuevos lugares! —exclamó en medio de un aullido ahogada de la risa.
Estuvieron un buen rato riéndose desmadejados por la risa.
—Hay que despedirse, chicos —dijo Isabel y dirigiéndose a Herminia la abrazo con afecto.
—Nunca los olvidaré —les dijo Herminia al abrazarlos a Zule y Lorién—. Mañana comenzaré mis quehaceres como Mensajera para llevar esta experiencia maravillosa a todos mis hermanos, a toda mi

gente. Gracias de todo corazón, yo siempre creí que era una persona luminosa, pero recién ahora sé lo que eso significa, gracias de nuevo —terminó emocionada.
Subieron al vehículo y emprendieron la marcha camino de Abancay y de Lambrama donde pasarían la noche en casa de una amiga de Francisca.
—A mí me vino de perlas esa cabezada que he dado. Después de manejar toda la noche estaba destruida, ahora ya puedo manejar hasta Lambrama de un tirón, serán cerca de tres horas de viaje aproximadamente. Vamos a rodear Abancay por el poniente para evitar los casi seguros controles a la entrada a la ciudad, como ya vimos en Andahuaylas. Así que recorreremos caminos y carreteras poco transitados, lo que nos demorará más tiempo, pero nos dará más seguridad.
—Adelante, entonces —dijo Zule—, seguimos nuestra aventura camino hacia el Cusco. Isabel, y de Lambrama al Cusco. ¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar?
—Cerca de cuatro horas, pero esas carreteras y caminos no habituales tienen siempre algunas sorpresas —respondió Isabel.
Los primeros kilómetros andaban muy pendientes de que hubiera algún control en la carretera.
—Dado el despliegue que había a la entrada de Andahuaylas era probable que crean que nadie puede pasar sin que ellos lo noten —les comentó Isabel.
A la media hora de viaje, Isabel se relajó visiblemente y comentó que con la tensión se había olvidado de decirles que en el portaequipaje llevaba comida en unas bolsas. Así que paró el vehículo y tomaron las bolsas.
—Por el apuro compré un pollo asado y papas fritas —se sonrojó un tanto Isabel pidiendo disculpas—, era lo más rápido que se me ocurrió y no quería mostrarme mucho —terminó con voz contrita.
—A mí me encanta el pollo asado y las papas fritas. Por cierto, que hace tiempo que no lo comemos. ¿Verdad, Lorién?
—Desde antes de conocerte, amada mía —dijo él con tono emotivo—. ¿Sabes? me cuesta recordar algo antes de conocerte, en realidad antes de que Federico me notificara de la Misión. Han pasado

tantas, tantas cosas que no me reconozco —se quedó pensativo—. ¡Apenas han pasado 7 días! —exclamó asombrado—. Esto del tiempo mental, a diferencia del tiempo de calendario, cada día me sorprende más. Zule —comentó reflexivo—. ¡Hace apenas cinco días que nos conocemos! ¡Es increíble! Parecen años —volvió a asombrarse a viva voz.

—Está bien que una sabe que los hombres se aburren pronto de las mujeres, pero de todas formas tenía la expectativa de que te llevara al menos unos seis meses —comentó Zule con cara de dignidad ofendida—. Lo tuyo es de récord colega. ¡No has llegado ni a los seis días! —exclamó ella, todavía con el tono ofendido, pero con el brillo en sus ojos que la delataba.

—No, Zule, no quería decir eso —comenzó a farfullar Lorién, confuso.

—Pues a las dos nos ha quedado clarito lo largos que se te han hecho estos pocos días. ¡Parecen años! —remedó ella el tono de él de forma muy divertida—. ¿No es cierto, Isabel? —le dijo mientras le guiñaba un ojo.

Isabel trataba de mantener la cara seria, pero no pudo aguantar más y estalló en risotadas, que Zule acompañó de forma estruendosa. Lorién, que al principio no se había percatado, pasó rápidamente de la cara perpleja a la ofendida y a desternillarse de risa como ellas.

—Eres terrible, Zule —dijo él con tono ofendido, pero todavía con la risa en los ojos—. Realmente terrible.

—Sí, mi amorcito —dijo ella melosa—, discúlpame, pero es que pones las ocasiones a la mano y a mí me cuesta no tomarlas, jajajá —se rio de nuevo—. Pero tienes razón —habló ahora con tono serio y la mirada como perdida—, a mí también me cuesta pensar o acordarme de algo antes de conocerte, el tiempo interno se ha acelerado tanto, han pasado tantas y tantas cosas, tanto internas como externas, que yo misma no me reconozco. Y también me cuesta reconocerte a ti, ese pueblerino que entró a mi tienda hace apenas cinco días y ver lo enorme que estás, en lo que te has convertido en tan poco tiempo. La sensación es de haber vivido tantas cosas juntos, que a ratos abruma un poco, pero por otro lado lo agradezco tanto, tanto… —se quedó un momento en silencio—. Gracias a todo lo que ha sucedido, hoy me encuentro cumpliendo

uno de mis sueños: viajar y conocer el altiplano peruano, con toda la carga que este tiene para mí por mi padre —terminó ella con un suspiro.
—A mí me sucede también y eso que los conocí recién anoche —comentó Isabel, también un tanto sorprendida—. Yo misma tampoco me reconozco, soy otra y también lo agradezco profundamente, gracias a ustedes.
Comieron en silencio, cada uno en sus propias cavilaciones sobre la vida, lo que significa estar vivo, sobre la identidad con la que uno se identifica, sobre el sentido de las acciones y de la vida…
Volvieron a ponerse en marcha, todavía sumidos en el silencio.
—Isabel, te pido disculpas, pero creo que me estoy quedando dormido —dijo Lorién desde atrás—, espero que no te importe si me echo un sueñecito.
Zule, que iba adelante, asintió y pidió comprensión también.
—No se preocupen, descansen ahora que pueden. Ustedes llevan sobre sus jóvenes hombros una carga descomunal y desproporcionada. Pongan su empeño en cumplir su misión, los demás lo pondremos en cuidarles para que todos podamos ser testigos de que se logró. Digo esto desde el desconocimiento de que se trata vuestro cometido, ya que intuyo que es más de lo que hemos conversado hasta ahora. Intuyo que es trascendental para toda la especie humana —terminó Isabel, mirándolos con mucho afecto.
Dicho y hecho, antes de cinco minutos estaban los dos dormidos.
—Descansen, queridos míos —dijo, en voz queda y con una gran ternura, Isabel—. Qué enorme responsabilidad llevan sobre sus hombros, ojalá pudiera aliviarla de alguna forma —se emocionó ella.
Zule despertó y se desperezó con un sonoro bostezo al cabo de unas horas.
—Hola, Isabel. ¿Cómo vamos?
—Bien, muy bien, ahhh —le contestó ésta, contagiada por el bostezo—. En unos quince minutos estaremos en Lambrama.
—¿En serio? —se sorprendió Zule—, pensé que había dormido menos.

Lorién, también abrió los ojos estirándose y bostezando.
—Vaya, qué bien he dormido —dijo.
—Ya estamos llegando dormilón —le dijo Zule—, hay que ver qué hombre, que no aporta nada, solo dormir y dormir —dijo guiñando un ojo a Isabel.
—Eso es lo que más me gusta de Zule, que no lo deja a uno dormirse en los laureles. Inmediatamente, saca la crítica despiadada y sostenida. ¡Qué capacidad tiene! —se rió Lorién, sacándole la lengua.
—Realmente el mundo está lleno de gente desagradecida, una se pasa la vida cuidándolo y desvelándose por él, ayudándolo con todo, porque el muchacho, de saber hacer, no sabe hacer nada y lo que recibe en lugar de agradecimiento, son exigencias, quejas y desprecios.
—Pues ya se pueden ir peinando y arreglando un poco —dijo Isabel —, porque aquellas casas que vemos allá es Lambrama. Estaremos ahí en cinco minutos.
Zule y Lorién miraron con atención y se sorprendieron al ver cuánto había cambiado el paisaje. ¡Era mucho más verde y se veían hasta algunas palmeras! Después de la sequedad a la que venían acostumbrados por la sierra, se notaba más humedad en el ambiente. Se veía un río que circulaba, paralelo a la pequeña localidad y a la carretera, en un pequeño valle entre imponentes montañas. Se alcanzaba a ver una iglesia y casas de dos pisos. El paisaje era muy hermoso.
—¿A qué altura estamos? —preguntó Zule con los oídos tapados.
—Hemos descendido unos mil metros. Lambrama debe de estar a unos tres mil cien metros sobre el nivel del mar y veníamos de estar arriba de los cuatro mil —comentó Isabel.
—Qué bonito lugar, sería hermoso quedarse una temporada a vivir aquí, tranquilitos por un rato —dijo Zule con ojos soñadores, mientras entraban en la localidad.
Llegaron a la plaza, muy costumbrista y agradable, rectangular y muy amplia y por una calle lateral se detuvieron en la puerta de una casa de dos pisos muy grande.
—Aquí es donde vive la señora Rosa.

Tocó el portón con el puño y una voz desde dentro los invitó a pasar.
Entraron y dentro, en la penumbra, distinguieron a una mujer joven de unos veinte años, que estaba limpiando el suelo.
—Buenas tardes —dijo Isabel—. Buscamos a la señora Rosa, todavía vive aquí. ¿Verdad?
—Sí —dijo la mujer—, está arriba cuidando a mi hermano Edgar, que tuvo un accidente ayer. Se cayó del techo y está más allá que acá —les contó, explotando en llanto.
—Vaya, qué tragedia —dijo Isabel abrazando a la joven—. Ahora me acuerdo de ti, tu eres Miguelina, la hija de la señora Rosa. ¿Podemos subir a verla?
—No sé si querrá recibirlos, está muy angustiada y no quiere separarse de mi hermano ni un solo segundo, no quiere ni comer... —les contó con un gemido—. El médico ha dicho que no hay nada que hacer por él, que nos vayamos despidiendo —expresó con otro sollozo.
—Vamos —dijo Lorién con resolución—, guíame hasta ella.
Las tres se le quedaron mirando confusas.
Finalmente, Isabel, al ver la resolución de Lorién, le pidió a Miguelina que les mostrara el camino.
Ésta, todavía confusa, los guio sin rechistar por una escalera que daba a un pasillo en el segundo piso, en el que se veían cuatro puertas. Se dirigió hacia la segunda a su izquierda, los miró dubitativa y Lorién le hizo un gesto afirmativo de que tocara la puerta. Miguelina dudó un segundo más y finalmente tocó tímidamente. Dentro no se escuchaba nada, nadie respondió al llamado.
Lorién apartó con suavidad a Miguelina y abrió suave y silenciosamente la puerta, entró en la habitación seguido por Isabel.
En la habitación en penumbra pudieron vislumbrar una cama de plaza y media con alguien acostado en ella. Al lado, en una silla, se veía la figura de una mujer inmóvil. Isabel le acarició el hombro y ella siguió sin reaccionar.
Lorién se dirigió hacia la persona que estaba en la cama y cuando lo tocó, la mujer inmóvil en la silla reaccionó, apartándole las manos y

mirándolo airadamente.
Isabel le volvió a acariciar los hombros y con voz muy suave le dijo:
—Déjalo Rosa, yo le he visto hacer cosas extraordinarias, hazlo por tu hijo.
Rosa se la quedó mirando a Isabel como alelada, sin entender y de repente la reconoció, y fue como que volviera de algún lugar lejano y se rompió a llorar a gritos, en brazos de Isabel.
—Mi hijo, mi hijo, mi hijito chiquitito, se está muriendo Isabel y no podemos hacer nada, nada —repetía profundamente angustiada.
Isabel le acarició los cabellos y le dijo con mucha ternura:
—Probablemente nadie pueda hacer nada, pero si alguien puede hacerlo es este joven, confía en él.
Rosa lo miró sin entender y finalmente se encogió de hombros en un gesto de resignación y entrega.
Lorién cerró los ojos y pidió profundamente a su dios interior despertar la Fuerza para poder sanar a este adolescente. En cuestión de segundos, la Fuerza lo inundó y lo sacudió más fuerte que nunca, sintiendo esa sensación poderosa en su interior de que todo es posible, a la vez que sintió una enorme bondad y compasión, mientras lo colmaba ese sentimiento de maravilloso éxtasis y felicidad. Notaba como se iba convirtiendo en un mero instrumento de algo más grande que actuaba a través de él. Trató de conectar con el exiguo hálito de vida que todavía latía en el interior de Edgar. Lo percibía como algo frío, casi muerto y distante, hasta que finalmente pudo conectar con una infinitesimal brasita que todavía palpitaba en su interior.
Percibió con claridad cómo se estaba apagando rápidamente su fuego vital. Dejó que fluyera la Fuerza, la Vida, la Bondad a través de él, hacia el muchacho, al que ni siquiera se le notaba la respiración. De pronto, el joven inhaló con fuerza con un estertor ahogado y casi se sentó en la cama por el fuerte remezón ocasionado por la Fuerza al invadir su interior, canalizada a través de Lorién. La Fuerza recorrió todo su cuerpo reavivando las brasas de su Fuego interior. Edgar soltó un gemido.
—¡Aaaahhg!
Lorién sintió cómo, renuentemente al principio y después con más

resolución, Edgar iba regresando a este tiempo y espacio.
Advirtió con claridad cómo se abría paso la vida dentro de él de nuevo. Mientras sentía dentro de sí como se iba debilitando, pero permaneció firme traspasando toda la Fuerza que podía canalizar, hasta que ya no pudo más y cayó desmadejado al suelo como un trapo, quedando inconsciente. Al mismo tiempo que Edgar comenzaba a respirar más profundamente, al principio un tanto irregular, para irse armonizando de nuevo, como si su cuerpo estuviera aprendiendo a respirar de nuevo.
Durante los pocos minutos que duró el proceso, en la habitación todos quedaron en silencio profundo, estando conscientes de que estaban asistiendo a algo absolutamente extraordinario. Percibieron cómo el aire entorno a ellos se electrificaba, a la par que alrededor de Lorién se hacía visible un halo tenuemente brillante que, poco a poco, iba rodeando a Edgar. Notaron cómo ellas cuatro eran también tocadas por esa Fuerza que se incendiaba y se hacía presente en su interior, inflamándolas de vida y éxtasis, maravilladas por ese milagro del que se sentían parte al estar todos conectados. Percibieron, finalmente, cómo de alguna forma ese Fuego interior que se había inflamado dentro de ellas, era canalizado a través de Lorién hacia Edgar. Era clara la sensación de cómo se iban desvitalizando todas ellas para fortalecer a Edgar, hasta que Lorién cayó al suelo y Edgar comenzó a respirar en forma casi normal. Sintieron cómo se interrumpía el flujo al perder el sentido Lorién. Isabel y Zule lo recogieron con preocupación, pero sintieron que su corazón latía y que respiraba débil, pero con claridad. Por su parte, Rosa y Miguelina se abalanzaron sobre Edgar llorando de alegría. Lo acariciaron, vieron como el color iba regresando a su piel, al tiempo que aumentaba su temperatura corporal.
Después, su atención fue hacia Lorién y ayudaron a Isabel y Zule a levantarlo y llevarlo a una cama en la habitación de al lado, donde lo acostaron amorosamente y lo taparon. Rosa lo besaba y repetía entre lágrimas de felicidad una y otra vez:
—Gracias, gracias, gracias.
Lorién empezó a removerse poco a poco y abrió los ojos débilmente, con la mirada perdida. Al ver a Rosa no la reconoció y no entendía

dónde estaba, ni quién era ella que lo acariciaba y besaba, mojándole el rostro con sus lágrimas.
—Gracias, gracias, gracias —le repetía ella como un mantra, con su gesto transfigurado en una expresión de adoración hacia él.
Lorién pudo distinguir a Zule y a Isabel con sus expresiones de preocupación y el entendimiento fue invadiéndole, hasta ser consciente de todo lo que había sucedido y dónde estaba. Rosa lo besó y acarició por última vez, repitiéndole:
—Gracias, gracias, gracias, seas quien seas y vengas de donde vengas, gracias —dijo finalmente, volviendo a la habitación donde yacía su hijo.
Lorién le sonrió débilmente a Zule, que lo abrazó y lloró de alivio, con su cabeza pegada a la suya. Isabel le tomó una mano con mucha ternura y delicadeza, mirándolo con su cara ampliada en una bella sonrisa.
—Estoy bien —dijo Lorién, por fin tratando de incorporarse.
—¡Quédate quieto! —lo conminó Zule—. Estás muy débil todavía.
—Voy a buscar agua y algo liviano como un caldo para que coma, no lo dejes levantarse.
—¡Eres un tonto! —le dijo con tono de falsa indignación Zule—, menudo susto me has dado —lloraba ella mientras lo besaba con ternura.
Él sonrió tranquilo y feliz, sin palabras. Se quedaron así, abrazados en la cama, disfrutando de la calidez y felicidad de estar juntos.
Isabel regresó en unos pocos minutos con una jarra de agua y una taza con un caldo caliente. Lorién se sentó lentamente en la cama ayudado por Zule y tomó un poco de agua y después, lentamente, fue tomando el caldo del tazón, mientras le iba volviendo el color al rostro.
Entraron Rosa y Miguelina y al verlo consciente y con buena cara, se arrodillaron en el suelo mientras le tomaban la mano y le agradecían. Lorién negó con la cabeza y con su tenue voz, les pidió que se levantaran. Así lo hicieron ellas con sus caras llenas de dicha y veneración.
—No tengo palabras para expresarte nuestro agradecimiento —y su voz se rompió en un sollozo—. No es mucho lo que tenemos o lo

que somos, pero todo ello es tuyo —dijo con voz ahogada por la enorme emoción que sentía.
Lorién le sonrió mientras sentía que las fuerzas regresaban y le dijo pausadamente y con mucha ternura:
—Ustedes son muy buenas personas y estoy seguro que toda su vida la han dedicado a ayudar a otros. Sigan haciendo eso por los demás. Yo no hice nada que no hubieran hecho antes por mí, somos todos hermanos. ¿Qué otro sentido tendría la vida, sino ser útil a los demás, apoyarnos mutuamente, estar disponible para el otro en cualquier momento, ver lo sagrado en cada ser humano? —terminó con voz tenue.
—Te prometo Lorién, que si algo hemos hecho bueno en la vida, a partir de hoy redoblaremos nuestros esfuerzos por ser mejores —se comprometió Rosa, mientras Miguelina afirmaba muy seria.
—¿Cómo está Edgar? —alcanzó a articular Lorién.
—Se ve muy bien —dijo Miguelina entusiasmada—, respira de forma normal, tiene buen color y le pudimos dar un poco de agua y unas cucharaditas de sopa —terminó radiante.
—Todo gracias a ti, gracias, gracias —se le quebró la voz por el llanto, la emoción y la inmensa felicidad que sentía—. Nunca podremos devolverte ni agradecerte mínimamente lo mucho que has hecho por nosotros… —le decía Rosa.
Isabel la interrumpió.
—Bien, hay que dejar a Lorién que descanse, así que todas fuera. Y tú, a dormir un rato, después de esta enormidad que has hecho, necesitas recuperarte —le dijo con mucho afecto.
—Yo me quedaré con él un rato… —comenzó Zule.
—No, Zule, si tú te quedas, él no va a descansar. Yo me quedaré un rato hasta que se duerma y después me podrás relevar —dijo con tono firme Isabel.
Zule, un tanto enfurruñada, iba a empezar a discutir, pero Lorién le hizo un gesto de asentimiento con una sonrisa amorosa en su cara y terminó accediendo, aunque de mala gana, y salió de la habitación junto con Rosa y Miguelina.
Lorién despertó y vio que entraban unas rendijas de luz por la ventana, pensó que había dormido poco ya que todavía era de día,

pero se encontraba bien y descansado. Observó el bulto de una persona en una silla apoyada en la cama durmiendo. Pensó que sería Isabel y no la quiso despertar, pero le dolía el cuerpo de estar en la misma postura y al moverse, se despertó. Era Zule.
—Por fin has despertado dormilón —dijo ella desperezándose.
—Pero si todavía es de día —dijo él extrañado.
—Claro que es de día pedazo de vago. ¡Pero dos días después! —dijo ella divertida.
—¿Cómo? —preguntó él, incrédulo.
—Llegamos el sábado en la tarde a Lambrama y es la mañana del lunes.
—¿En serio? —dijo él, confundido—. Vaya, pues sí que he dormido, al parecer estaba muerto de cansancio.
—No digas esa palabra sino quieres que yo te mate de verdad, nos has tenido muy preocupadas. Tú siempre haciendo cosas para llamar la atención, a ver cuando empiezas a comportarte como una persona normal —dijo ella con su brillo risueño en los ojos—. Vaya personaje que estás hecho —se rió ella—. ¿Cómo te encuentras? —preguntó, cambiando el tono a uno más serio.
—La verdad es que muy bien, con el cuerpo un tanto adolorido, la cabeza un poco embotada, pero me siento descansado. Tengo sed y un hambre de lobo.
—Por supuesto él solo piensa en cosas mundanas, menos mal que estoy yo para las cosas importantes, porque si no mal nos iba a ir —terminó ella divertida, mientras se incorporaba y le daba un beso—. Vamos, dame un beso. Hay que ver qué tipo tan descariñado eres.
Le dio también un vaso de agua, que se tomó de un trago y pidió más.
—Despacio Lorién, despacio. Voy a avisar a la gente que despertó el finado —se rió contenta—, y para que te preparen algo de comer. Ahí tienes tu ropa, si estás muy débil espérame unos minutos y te ayudo.
—¿Cómo está Edgar? —preguntó él.
—Mejor que tú —dijo ella con una gran sonrisa—. La verdad es que se ha despertado dos veces y ha hablado unas pocas palabras y ha comido y bebido, ahora está durmiendo otra vez. Vino el médico a

verlo y no podía creerlo. Les pedimos a Miguelina y Rosa que no dijeran nada de tu intervención, para no generar ruidos a nuestro alrededor. Aunque tú lo pones bastante difícil, parece que tuviste poco cariño de pequeño. ¡Qué obsesión con llamar la atención! —le dio un último beso contenta y salió.

Lorién se estiró dentro de la cama, disfrutando de la calidez de las sábanas, de su cuerpo descansado y la felicidad de tener cerca a Zule. De pronto, se dio cuenta de que estaba desnudo. ¡Vaya, lo habían desnudado mientras dormía! Bueno, la verdad es que le hacía falta un lavado a su ropa. Se incorporó en la cama con el cuerpo protestando después de tantas horas sin moverse. Puso los pies en el suelo y se puso de pie lentamente, observando si sus piernas lo sostenían. Sintió un pequeño vahído al levantarse, pero se quedó quieto y pasó en unos pocos segundos. Con cuidado, pero sintiéndose más seguro, se fue poniendo su ropa. Cuando terminó, se sentía muy bien, mucho más firme que cuando se había despertado. Estaba terminando cuando Zule llegó.

—Mira, si se está reivindicando el caballero, no le gusta que le digan que es un vago —se rió—. Ven que te ayudo, que tú eres un inútil y no sabes hacer nada solo, ni caminar —le decía ella contenta.

Lorién, con una sonrisa feliz, se apoyó en ella y se dejó ayudar, aunque se sentía bastante bien mientras se apretaba a ella. Zule exclamó:

—¡Mira el fresco, ahora se quiere sobrepasar conmigo! Este hombre no tiene punto medio, o se está muriendo, o anda pensando en cochinadas.

Se reían tanto, que tuvieron que sentarse en la cama hasta que se les pasó y pudieron caminar de nuevo. Bajaron lentamente del segundo piso.

Al llegar abajo, Lorién se separó de Zule para probar si podía caminar bien y para su sorpresa, se sentía perfectamente, con un poco de debilidad en las piernas, llevaba dos días sin comer…

—Claro, ahora que las ve a ustedes, se pone en plan machito autosuficiente, cuando él sabe que no puede dar un paso sin mi ayuda —dijo risueña Zule.

Isabel y Rosa se rieron también, felices de ver a Lorién caminar y con buen aspecto.
—Bienvenido al mundo de la vida densa —le dijo con buen humor Isabel, mientras le daba un afectuoso abrazo. Después Rosa lo abrazó casi con desesperación y enterró la cabeza en el pecho del muchacho, mientras le afluían las lágrimas de nuevo y Lorién le acariciaba con ternura la cabeza. Fue un abrazo profundamente sentido y largo, pleno de afecto y en silencio. El abrazo decía más que todas las palabras del mundo. Lorién también terminó emocionado, con los ojos brillantes y acuosos. Se separaron por fin y ayudaron a Lorién a sentarse a la mesa, aunque este sentía que no lo necesitaba.
Partió comiendo una rica sopa, después un poco de pollo y papas cocidas, con un pedacito de pan.
—Despacio —le decía Isabel—, seguro que tienes mucha hambre, pero dejemos que pasen un par de horas y vuelves a comer. Eso es más saludable. Hiciste un esfuerzo enorme Lorién, y tu cuerpo lo resintió y necesita recuperarse de a poco.
—Tenemos una tarea por delante —dijo serio Lorién.
—Es verdad —dijo Zule—, pero si no te recuperas, no la podremos llevar a buen puerto.
—Ya me encuentro bien, mañana deberíamos partir —volvió a comentar él.
—De acuerdo —dijo Isabel—. Según cómo te veamos hoy, si te vemos recuperado, mañana partiremos a primera hora.
—Bien —dijo él—, pero contarme algo de lo que habéis hecho, fuera de cuidarnos a mí y a Edgar.
—Lo que hemos hecho fue hacer tu trabajo. Mientras tú te hacías el enfermo para no hacer tu parte —dijo con sorna Zule—, nosotras le contamos de los *Proyectos de Apoyo Humano* a Rosa y ella convocó una reunión de hombres y mujeres. Rosa es una dirigente social muy reconocida en la zona. Nos juntamos en la sede vecinal y allí yo les conté de los proyectos e Isabel les transmitió la experiencia con la Fuerza.
—Fue algo increíble —dijo Rosa—, todo el mundo terminó conmovido por sentir a la Fuerza dentro de sí. Fue la cosa más

importante que le ha pasado a nuestra gente desde antes de la llegada de los españoles. Isabel parecía una sacerdotisa de Inti, profunda y conectada. Nos hizo sentirlo profundamente adentro de todos nosotros. Está todo el pueblo trastornado.
—Vaya, vaya —dijo Lorién—. Así que Isabel se soltó las trenzas, yo estaba seguro que lo ibas a hacer muy bien —dijo cariñoso y apreciativo, mientras Isabel se sonrojaba—. Bien, después de esto, ya la piedra se convirtió en alud —comentó el pensativo—, esto ya no lo para nadie, porque ya no depende de nadie, cada uno de los que han asistido a nuestras reuniones se transformó en un multiplicador, en un mensajero.
—Sí —convino Rosa—, ya hemos coordinado donde va a viajar cada uno de nosotros, hoy ya partieron los primeros. Martín está esperándolos a ustedes para llevarlos al Cusco, donde tiene contactos y llevar el Mensaje.
—Lo estuvimos conversando con Zule, que mi carro ya lo han visto mucho y que sería mejor que fueran en otro vehículo y con otra persona al Cusco. Seguro que al volver a la carretera principal cerca del Cusco, habrá mucha gente vigilando o tratando de localizarlos a ustedes. Por mi parte, voy a ir recorriendo pueblos y ciudades en mi viaje de vuelta a Ayacucho, difundiendo el Mensaje —se le llenaron los ojos de lágrimas—. Me da una pena enorme separarme de ustedes, es todo tan mágico cuando están cerca —se secó a manotazos las lágrimas que le caían por las mejillas—. Entiendo perfectamente lo que le sucedía a Francisca de no querer separarse de ustedes. A mí me sucede lo mismo, es un desgarro enorme, es peor que separarme de mis hijos —expresó ella, un tanto avergonzada—. Pero es lo mejor para todos y es necesario —terminó con resolución.
—Te das cuenta, mientras unos duermen otros trabajan —volvió a la carga Zule con sorna—. ¿Qué te parece el señorito? Se pasa durmiendo dos días y después despierta exigiendo explicaciones de lo que hemos o no hemos hecho. Te entiendo perfectamente, Isabel, que quieras sacarte de encima a este dictadorzuelo —terminó, abrazando a Isabel, también conmovida—. Muchas gracias por todo, Isabel —dijo de forma muy sentida y queda en su oído.
Mientras Isabel se sonaba la nariz y no podía articular palabra.

Lorién también la abrazó emocionado.
—Nunca te olvidaremos, querida amiga, muchas gracias por todo.
Ella trató de decir algo, pero lo único que le salió fue un fuerte hipido seguido de una especie de graznido y siguió llorando sin ser capaz de emitir una sola palabra. Terminó saliendo de la casa a la calle para tranquilizarse un poco.
—Nos habéis transformado a todos —dijo Rosa, muy seria y emocionada.
Lorién carraspeó y pidió ver a Edgar, juntos volvieron a subir las escaleras y entraron silenciosamente a la habitación del muchacho, donde estaba Miguelina cuidándolo. Esta se giró al advertirlos y se abrazó con total entrega a Lorién, con una sonrisa enorme y con los ojos arrasados de lágrimas. Algo debió de sentir Edgar que en ese momento abrió los ojos, los miró y sonrió ampliamente a Lorién.
—Eres de verdad —dijo con voz queda y un poco afónica—. Tú me salvaste, me trajiste de vuelta y me devolviste la vida, pensé que lo había soñado —dijo con la cara llena de luminosidad—. Pero al verte, te reconocí, solo que ahora en carne y hueso. Pensé que eras un ángel o dios mismo el que había venido a traerme de vuelta a la vida, pero eres tú. Gracias, estuve a punto de no volver. Los paisajes por los que estaba transitando eran demasiado hermosos y no quería perderlos, pero algo me dijo que no era el momento, que esos bellos paisajes estarían ahí para cuando emprenda definitivamente mi tránsito…
Lorién le tomó la mano, emocionado. Todos estaban sobrecogidos ante la magnitud del relato que estaban escuchando. Por un lado, la rápida recuperación de Edgar y por otro, la detallada descripción de ese milagroso evento, contado desde adentro, con la identificación de esos paisajes y de Lorién.
—Ahora conozco tu energía mejor que la mía propia —dijo Edgar al sentir su mano.
—Fue un lindo encuentro —se emocionó Lorién—. Descansa ahora, querido hermano —le dijo y lo animó a seguir durmiendo.
Edgar le sonrió de nuevo y se le fueron cerrando los párpados suavemente. Isabel les hizo señas para que salieran todos lentamente de la habitación. Solo se quedó Miguelina.

—Les tengo que contar algo —dijo Rosa al llegar al comedor—. Sobre lo que hablábamos antes, de que la cosa ya no la para nadie. Un poco antes de que despertara Lorién, me llamó una amiga que es de aquí de Lambrama, pero que vive en Abancay. Ella está casada con un policía. Me llamó para preguntarme si sabía qué estaba pasando. Su marido le había dicho que toda la sierra se había vuelto loca. Por todos lados se habían estado desarrollando reuniones de unos proyectos, gente que se decían Mensajeros o algo así. Les habían dado orden de detener a todos esos activistas, pero que era una verdadera locura ya que estaban apareciendo en todos los pueblos y ciudades. Cientos, miles de grupos, no sabían. Lo más raro es que hay entre esos activistas mucha gente conocida, Amautas y dirigentes sociales, pero muchísima más gente común: campesinos, pastores, artesanos, dueñas de casa, trabajadores asalariados, la mayoría de ellos sin estudios. Decía que era todo muy raro, porque todos tenían el mismo sello, decían que Inti había despertado en su interior y que lo iban a llevar a todos sus hermanos. Al detenerlos, ninguno ofrecía resistencia, al contrario, los tocaban a los policías amablemente y les decían cosas como nunca más vamos a ser insensibles, indiferentes ante el sufrimiento ajeno; siento cómo estás sufriendo hermano. Y los policías decían que se sentían raros, porque al ser tocados por ellos, les llegaba como una bondad y un bienestar extraño que les impedía detener a esta gente, que era gente normal que ellos conocían. Se contaban cosas, que en varias comisarías los policías habían renunciado como funcionarios y dejado salir en libertad a estos detenidos. Más todavía, se habían unido a ellos y ahora se decían Mensajeros. Comentaba que sabía que, en la cárcel de Huancayo, donde habían metido presos a muchos de estos Mensajeros, habían terminado contagiando a todos los presos y funcionarios donde, finalmente, los funcionarios renunciaron a sus puestos, dejaron libres a todos los presos y se habían unido a los Mensajeros. Me contó también que incluso los presos que habían cometido los crímenes más atroces, también se habían unido a los Mensajeros, y lloraban amargamente por sus crímenes y se habían juramentado para reparar doblemente el daño hecho a las personas y a la humanidad. Que las redes sociales estaban estallando con estos temas y los jóvenes estaban

muy raros, con mucha actividad, formando grupos y haciendo experiencias. Que habían cortado Internet en el país para que no se siga propagando esa especie de locura colectiva. Así que me llamaba a mí porque sabe que, como dirigente vecinal, siempre me entero de todo lo que pasa a nivel social en la sierra, que ella estaba muy desconcertada. Le comenté que no, que no tenía idea de lo que me estaba hablando, pero que me parecía muy hermoso todo lo que ella me decía, que algún día tenía que llegar en que todos nos mirásemos con comprensión, sintiendo que el sufrimiento del otro no nos es indiferente… Extraordinario. ¿Verdad? Bueno, ahora, mientras bajábamos de ver a Edgar, se me ocurrió que podíamos pedirle a toda nuestra gente que vaya por distintos medios al Cusco, para llevar el Mensaje y generar más confusión a los que quieren detenernos, para que Lorién y Zule puedan, en medio de la confusión, pasar más desapercibidos. ¿Qué opinan? —terminó ella.
Los tres se habían quedado inmóviles como estatuas, sin poder creer lo que les estaba contando Rosa.
—Pero Rosa —atinó por fin Isabel—, pero esto que nos cuentas es milagroso, es increíble. ¿Cómo no nos lo habías dicho?
—Como les digo, fue justo antes de que bajara Lorién. Cuando Zule nos dijo que estaba bien, me emocioné tanto, que solo tuve pensamientos para verlo a él y a mi Edgar recuperados. Disculpen —dijo un tanto acongojada.
—¡Pero esto es maravilloso! —saltó Zule—. ¡Es maravilloso! —gritó, mientras la abrazaba.
Finalmente, todos terminaron en una piña abrazados, riendo y saltando.
—Nunca imaginé que esto podía ir tan rápido, siempre supuse que sería una cosa más secuenciada, más paulatina. En realidad, nunca me imaginé nada. Solo íbamos haciendo esto para ayudar a la gente con la que nos íbamos encontrando, mientras avanzábamos en el cumplimiento de nuestra tarea. Pero jamás, ni en mis sueños más delirantes, hubiera podido sospechar esta reacción en cadena, este salto exponencial —terminó perplejo Lorién—. Cuando yo dije antes que esto ya no lo paraba nadie, me imaginaba algo así como que ahora, al tomar estos temas en vuestras manos, se iniciaba un proceso que duraría unas cuantas décadas, para llegar a esto que

cuentas que ha pasado en apenas cuatro días. ¡Esto es alucinante! —exclamó asombrado.
—Realmente increíble —repitió Zule—. De todas formas, hay que ver la reacción de los poderosos mundiales. Ahora los hemos pillado a contrapié, por sorpresa, jajajá. Ni nosotros nos imaginábamos tal cosa, jajajá. ¿Cómo no los vamos a pillar por sorpresa, si los más sorprendidos somos nosotros? —seguía riendo, contagiando a los otros—. Lo que me queda claro, es que no se van a quedar de brazos cruzados viendo como pierden el control.
—¿A cuántas horas estamos de Cusco? —preguntó Lorién
—Unas cuatro horas aproximadamente —contestó Rosa.
—Estamos tan cerca… —dijo para sí Lorién—. Veo dos opciones —siguió, dirigiéndose principalmente a Zule—. La primera, quedarnos un par de días más aquí y dejar que se genere más confusión por toda la sierra y en Cusco en particular. La ventaja de esta opción, es que llegaríamos con total tranquilidad a Cusco; la desventaja, que seguro que nos están rastreando y alguna de las personas con las que nos hemos cruzado de forma bienintencionada, les hablará de nosotros y quedarnos en el mismo sitio aumenta el riesgo. La segunda —prosiguió pensativo—, es lo que tú dices Zule, estos locos con tal de mantener el control son capaces de hacer cualquier cosa, por lo que cuanto antes nos movamos mejor, aun con los riesgos. ¿Cómo lo ves?
—Estoy de acuerdo con tu análisis Lorién y creo que, a pesar de los riesgos, hay que moverse rápido, esa ha sido la clave de que no nos hayan atrapado todavía. El movernos de forma vertiginosa y por lugares poco lógicos, esto y el no saber adónde nos dirigimos. Desde este punto de vista, si tú te encuentras fuerte, partiría mañana a primera hora. De todas formas, necesitas descansar una noche más, estuviste más débil de lo que piensas —dijo ella con una sombra de preocupación en los ojos.
—Bien —concordó Isabel—, para mi dolor estoy de acuerdo con ustedes y la decisión que están tomando, pero hay que disfrazarlos para que dejen de ser tan evidentes. Ellos buscan a dos gringos, Lorién con el pelo corto y castaño, Zule con su pelo rubio. Destacan más que una mosca en una taza de leche. Los vamos a vestir con ropa típica nuestra y estoy seguro que varios de nuestros amigos

estarán dispuestos a entregar sus cabelleras para hacerles unas pelucas, con esto y unos sombreros, más un poco de maquillaje, en un primer vistazo pasarán desapercibidos.
—De acuerdo Isabel —dijo Zule—. ¿Qué te parece Rosa?
—Estoy también de acuerdo, aunque tengo que reconocer que me había entusiasmado con la idea de tenerlos aquí unos días más con nosotros. Sobre el pelo, yo me lo corto inmediatamente si hace falta —dijo ella con total resolución—. Por otro lado, en el carnaval campesino que celebramos aquí, en Lambrama, se ocupan algunas pelucas y ropas que quizás les pueden servir.
—Bien —dijo Isabel—, tenemos un plan, pongamos manos a la obra. Rosa y yo nos encargamos de avisar a Martín para que los pase a buscar temprano mañana, vamos a pedirle a todos los que puedan que se dirijan esta misma tarde al Cusco a llevar el Mensaje, vamos a ver vuestros disfraces y ustedes aprovechen para descansar un poco. Ya son las cuatro de la tarde y aquí anochece temprano. A Lorién lo veo cansado de nuevo. ¿Verdad?
—Sí, es cierto —dijo él con pesar—, me hubiera gustado mucho dar un largo paseo con Zule por Lambrama, me encantó cuando entramos, pero se me agotó la energía, estoy más débil de lo que pensaba. Voy a comer un poco más y me voy a la cama, que mañana será un día muy animado.
—Por una vez muestras un poco de sentido común. ¡Me tienes asombrada, Lorién! —exclamó ella con los ojos muy abiertos y la mandíbula caída.
Era tan desopilante la interpretación de Zule que todos se troncharon de risa.
—Me quedo a vigilar a Lorién para que después de comer se acueste sin falta —dijo Zule sirviéndole comida al muchacho, que se veía un tanto pálido.
Lorién comió y se acostó, esta vez le costó más subir las escaleras, realmente se le habían disipado las fuerzas. Y agradeció enormemente la ayuda de Zule y el acostarse en la cama, donde se durmió rápidamente.
Zule se quedó unos minutos velándolo con una mano tomada, a la que besaba cada tanto, mientras la acariciaba y le decía

quedamente:
—Gracias, Lorién, por toda la felicidad que has traído a mi vida, amor mío. Eres realmente un ser extraordinario, tienes el corazón más grande que he visto nunca. Gracias por compartirlo conmigo.
Zule lo despertó al día siguiente.
—Vamos dormilón —dijo ella sacudiendo a Lorién, que abrió los ojos sorprendido, sin saber muy bien donde estaba—. Ya son las seis de la mañana —le comentó, dándole un beso de buenos días.
—Qué bien, así da gusto despertar —se relamió el zalamero con una gran sonrisa.
—¿Cómo te sientes? —preguntó ella.
—Muy bien —comentó Lorién, después de unos segundos—, sorprendentemente bien, me siento fuerte y con muuucha hambre.
—Excelente —se alegró ella—, vístete y baja a desayunar. ¿Necesitas ayuda?
—No, de verdad me siento muy bien.
—Vale, te espero abajo —dijo, despidiéndose con un beso.
Lorién se levantó despacio, deteniéndose un momento a ver qué tan fuerte estaba. Se sintió perfectamente normal, un poco flojas las piernas, pero bien después de tres días en cama. Se vistió rápidamente, pasó al baño a lavarse y bajó fresco y con buen ánimo.
Abajo lo recibieron con un gran desayuno y con unos aromas deliciosos que lo llegaron a marear del hambre que tenía. Pan, tostadas, huevos, jamón, queso, fruta, miel, mermelada, leche, te, un pastel. Había de todo, claramente para la austeridad de la sierra era como un banquete de bodas en honor de ellos, lo entendió y se emocionó al ver como aquellas buenas gentes estaban dispuestas a dar todo, hasta sus vidas por ellos.
—¿Por qué lloras? —se preocupó Rosa.
—Porque me emociona vuestra generosidad sin límite —dijo él, frotándose los ojos y carraspeando para aclararse la garganta.
Se dirigió a Rosa y la besó en la frente.
—Gracias —le susurró al oído.
Ella se apretó muy fuerte a él emocionada sin poder decir palabra.
—Bueno, bueno —empezó Zule, disimulando que se secaba las

lágrimas—, este hombre siempre metiéndonos en dramas, en lugar de disfrutar, siempre termina haciéndonos llorar a todos. ¡Qué calamidad de hombre! No deja ni desayunar en paz.
Todos se sonrieron a la vez, pero estaban de verdad emocionados, sabiendo que en un rato se iban a separar probablemente para siempre. Lorién comenzó a comer con gran apetito, sirviéndose de todo, para terminar con el pastel.
—Realmente Lorién —volvió a la carga Zule—, vamos a tener que trabajar duro para poder alimentar esa boquita de piñón ¡Qué alimaña! ¡Qué manera de comer! —se rió.
Le estuvieron contando todos los preparativos que habían hecho. Que finalmente ayer tarde habían salido casi cien personas hacia el Cusco por diferentes vías, autos, autobuses, quedando casi desierto el pueblo. Rosa les contó también que después de acostarse él, habían seguido llamándola de diferentes partes, comentándole cómo el Mensaje avanzaba por todos lados y cómo las autoridades se habían visto desbordadas y en muchos casos se habían unido al Mensaje.
—Por curiosidad, llamé a un par de amigas en Cusco —prosiguió ella— y les pregunté si sabían algo de estos temas y me comentaron que sí, que ellas también eran Mensajeras y que había mucho movimiento. Todo estaba trastocado, la gente había dejado de trabajar para ir a llevar el Mensaje a otros y cómo éste estaba corriendo como la pólvora por toda la sierra. También he tenido noticias de Pisco, Ica, Arequipa y Lima. La cosa se sigue acelerando. Han dejado de detener a la gente, están buscando a los cabecillas, jajajá —se rio ella—. No entienden nada de lo que está pasando. No entienden que la gente, al tomar contacto con sus espacios sagrados, con su Fuego interior, ya no necesita líderes, ni nadie que piense por ellos, ni les diga lo que tienen que hacer. Ahora todos tenemos motor propio. Aquí el pequeño cuartel de la policía se convirtió entero, querían renunciar, pero les pedimos que siguieran ellos, porque si no, traerían a otras personas de fuera. Ahora todos nos damos cuenta de que existimos porque el otro existe —dijo emocionada.
—Esto es un verdadero tsunami humano —comentó Zule—, ya nada volverá a ser lo mismo. Bien, la gente está haciendo su parte,

nosotros tenemos que hacer la nuestra y recuperar las Cuatro Disciplinas, el momento ha llegado para devolverlas a la gente.
—Lo primero es disfrazarlos —dijo Isabel—. Zule, tú ponte estas ropas de Miguelina que es de una talla parecida. Tú Lorién ponte estas otras.
Se vistieron y maquillaron, finalmente les pusieron las pelucas y sombreros. Estaban de verdad irreconocibles, Zule con sus trenzas negras y Lorién con su pelo tieso y negro. Zule empezó a burlarse de Lorién y éste de Zule, terminaron todos riéndose como posesos. Hasta Martín que se había unido al grupo.
Fueron a despedirse de Edgar, que ya estaba consciente y despierto la mayor parte del tiempo, con un aspecto muy saludable.
Finalmente subieron al vehículo de Martín, una camioneta de doble cabina y partieron en silencio. Se encaminaron por unas carreteras y caminos secundarios para evitar la carretera principal.
Atravesaron unos parajes maravillosos, salvajes, con unas montañas imponentes, con fuerte contraste entre el verde en algunas partes y la roca dura y desnuda. El camino en general fue por estrechos desfiladeros de una belleza sin par. Lorién, después de una hora, se durmió, todavía débil.

Capítulo 6: Cusco

La real importancia de manejar la Fuerza, a fin de lograr unidad y continuidad, me llenó de un alegre sentido

Lo despertó Zule cuando estaban llegando a Cusco. Ahora circulaban por la carretera principal, bien asfaltada y amplia, por la que avanzaban a buena velocidad. Aparecieron las primeras casas del Cusco. Tanto Lorién como Zule se sentían emocionados por estar llegando a esta mítica ciudad, capital del Imperio Inca y por estar cerca de recuperar la segunda Disciplina.

—Es una ciudad con mil historias y mitos —les contó Martín—. Es considerada la capital histórica del Perú, con una población de medio millón de habitantes aproximadamente. Es patrimonio de la humanidad, por su gran cantidad de monumentos pre incaicos y post incaicos. Se la denomina la Roma de América, por la cantidad de monumentos que contiene. Además de ser paso obligado a la mítica Machu Picchu. Se dice que el plano original de la ciudad tiene la forma de un Puma, con el pecho en la plaza central y la cabeza en la colina donde se encuentra la fortaleza Sacsayhuaman, con sus megalíticas piedras encajadas al milímetro, nadie sabe muy bien cómo, es parte de los muchos misterios del Cusco y del Imperio Inca —comentó, orgulloso, Martín—. Pronto vamos a estar entrando en la ciudad. Pero está ocurriendo algo raro—comentó Martín.— Hay mucha gente alrededor de varios carros de policía, me da la impresión que nuestros compañeros están aplicándose en su labor de confundir y enredar a los controles de la entrada. Esto nos ayuda

mucho —dijo, con un suspiro de alivio.
Dobló en una esquina y salió de la avenida principal.
—Vamos a ir por calles alternativas. Zule, me dijiste que es la calle Heladeros. ¿Verdad?
—Así es.
—Bien, eso está en el mismo centro histórico, muy cerca de la Plaza de Armas y, si no me equivoco, al lado de la plaza El Regocijo —comentó Martín.
—Vaya, que entretenido nombre para una plaza, me encantó —sonrió Lorién.
—Están muy raras las calles —dijo Martín—. Hay muchos grupos de personas conversando, lo habitual es que estén caminando, las plazas están llenas de gente. A esta hora debería de estar trabajando todo el mundo. No me cabe duda que todo esto es producto del Mensaje. No es normal —dijo él.
Siguieron circulando hasta que cada vez se hizo más patente que llegaban al centro histórico del Cusco, con monumentos por todos lados, casas con balconadas, iglesias enormes, calles empedradas y casonas con cientos de años.
—Ya estamos en pleno centro, vamos a llegar en cinco minutos. Me sigue llamando la atención que circulan muy pocos carros y hay mucha gente en la calle, en grandes grupos, conversando y se ven todos sonrientes, cosa no habitual en nuestro sufrido pueblo… ¡Llegamos! —exclamó por fin Martín—. ¿Qué número es?
—Ciento treinta y cinco —dijo Zule.
—Está aquí mismo, noventa y cinco... Aquí esta. Es una librería —dijo él.
—Sí —confirmó Zule—. Ahí es. Martín, no tenemos como agradecerte por tu amabilidad y generosidad… —empezó Zule.
—¿Están locos ustedes? Nosotros somos los que les estamos profundamente agradecidos por todo lo que están haciendo por nuestro pueblo y por toda la humanidad. No son conscientes de lo emocionante que es para mí ver a mi pueblo feliz, con dignidad, sintiendo que tiene el futuro abierto. Sin hablar de habernos puesto en contacto con Inti, en nuestro sagrario interior. No, Zule, ustedes nos han dado más de lo que toda nuestra generación podría

agradecer, serán recordados por mucho, mucho tiempo y los que tuvimos la fortuna de conocerlos, somos unos verdaderos privilegiados. Así que yo quiero agradecerles por el honor de haber podido compartir estas horas con ustedes, me gustaría mucho poder acompañarlos en sus siguientes pasos, pero sé que esto no es posible —dijo emocionado, con una seria y sentida inclinación de cabeza.
Bajaron del coche y se abrazaron con afecto sin palabras.
—Tenemos todos el futuro abierto, Martín, sé que cada uno de nosotros hará su parte —terminó, con tono profundo, Lorién.
Efectivamente, era una librería de libros usados. Entraron. El lugar estaba en penumbra, tenía una enorme cantidad de libros, algunos se veían muy antiguos, pero todo estaba cuidado y ordenado. No se veía ningún cliente en la tienda. Colgaba de la pared, entre los libros, un reloj antiguo que marcaba la una veinte. Sentada en un escritorio leyendo estaba una mujer con aire juvenil, a pesar de que debía de tener alrededor de sesenta años. Con rasgos del norte de Europa, rubia y rostro cincelado de carácter. Con ojos brillantes y profundos y con una encantadora y acogedora sonrisa.
—Buenas tardes. ¿En qué puedo servirlos? —dijo ella.
—Buenas tardes, buscamos a Charlotte James —respondió Zule.
Ella los miró reflexiva y se quedó esperando. Como Zule y Lorién no decían nada, preguntó:
—¿Algo más?
—Transmutación —añadió Zule.
Suspiró profundamente la mujer y se dirigió a la puerta en la que corrió el pestillo y le puso el cartel de cerrado. Corrió las cortinas y se hizo más oscuro todavía el lugar.
—Pasen por aquí.
Los invitó por una puertecita que comunicaba con unas escaleras. Bajaron por ellas y se encontraron con un sótano enorme, rodeado de estanterías llenas de libros y con cajas en el suelo. Encendió una luz y los conminó a sentarse alrededor de una mesa con cuatro sillas. Preparó un té en un hornillo que tenía en un rincón y les puso una taza a cada uno, con gesto parsimonioso, pero preciso.
—Llegan en un momento muy especial —comenzó ella—. ¿Se han enterado de lo que está pasando? Es un auténtico desborde

psicosocial —dijo, observándolos con su mirada penetrante.
Zule y Lorién cruzaron una mirada cómplice.
—Errr, sí, sí, nos hemos enterado, de hecho, tenemos algo que ver con el fenómeno —expresó ella con una sonrisa—. Pero lo primero es presentarnos, yo soy Zule, hija de Eduardo Martín Langue, quizás lo conoció. Y él es Lorién.
—Vaya, vaya, nada menos que la hija de Eduardo... Claro que lo conocí y a tu madre también —dijo mirándola de reojo, esperando su reacción—. Lo siento mucho Zule —expresó con tono pesaroso—, qué buena pareja que hacían, tanto física como intelectual, lo pasaban muy bien juntos —se sonrió—. Eran un par de locos maravillosos… Yo estoy en La Escuela gracias a tu padre, nos conocíamos desde la Universidad —se quedó en silencio unos segundos, como evocando aquellos años con una sonrisa divertida —. Pero no me quiero salir de tema. ¿Dices que ustedes tienen algo que ver con este estallido psicosocial?
—Sí, —continuó Zule, con los ojos chispeantes y una gran sonrisa —. Todo comenzó en Lima, cuando llegamos al aeropuerto…
Y le fue contando a groso modo lo que había sucedido en esos días. La cara de Charlotte era todo un poema, pasó del pasmo inicial y la mirada incrédula, cuando le contaron la anécdota de Lorién con la policía, hasta caérsele definitivamente la mandíbula después, cuando le fueron contando las experiencias con la Fuerza y los Proyectos de Apoyo Humano. Finalmente, ya no dio más de sí y se puso en pie, mirándolos con un asombro sin límites, cuando le contaron la experiencia de devolver a la vida a Edgar, exclamando:
—¡No puede ser cierto lo que me cuentan! ¡No es posible! Esto es realmente increíble, incluso para la gente que llevamos años en La Escuela. ¿Están conscientes ustedes de la magnitud de lo que cuentan? Todos en la Escuela sabíamos que el tiempo de los milagros, como lo llamamos nosotros, estaba llegando y que de pronto la gente iba a hacer cosas que antes eran imposibles, simplemente por saltar por encima de la censura y sobre todo de la autocensura. Sabemos que se viene un momento religioso, que seguramente orientará y fundará el nuevo Mito y la nueva civilización planetaria que ya se atisba. Pero esto que me cuentan, hecho por dos jovencitos y la velocidad abismal que ha tomado el

fenómeno, realmente supera todas nuestras expectativas. Así que el tiempo ya llegó —dijo para sí reflexivamente y repitió—, ya llegó.
—Sí, nosotros también estamos sorprendidos —comentó Lorién—, intuíamos que al tomar contacto la gente con su Fuerza, con su Templo interior, todo iba a cambiar. Fue sorprendente ya desde las primeras experiencias en España, después en Estambul y se confirmó aquí en el altiplano peruano. Pero nunca imaginamos esa vertiginosa velocidad que iba a alcanzar la multiplicación.
—Así que ustedes son los que han puesto en marcha a los Mensajeros… Es de verdad increíble, disculpen que me repita, pero estoy realmente sobrecogida por la dimensión del fenómeno. No sé si están ustedes al tanto de la explosión que se dio a través de las redes sociales. Los jóvenes tomaron el tema del Mensaje como propio y comenzaron a experimentar con la Fuerza en comunidades auto organizadas y se ha difundido más allá del Perú, viralizándose aceleradamente. Ayer, para tratar de frenar el fenómeno, cortaron Internet en el país. Pero ya es tarde, son millones de jóvenes los que están llevando el Mensaje a todas partes, dentro del Perú y fuera. Siempre soñé y pedía internamente ser protagonista y testigo del fenómeno de cambio, pero ni en mis más alucinados sueños imaginé algo como lo que me cuentan y lo que yo misma he estado observando. Sí, definitivamente la cosa ya se disparó, y por la sensibilidad con la que está la gente, claramente se abrió la ventana que esperábamos. Llegó el momento justo para divulgar las Cuatro Disciplinas a todo el mundo. Con la que han armado ustedes, está claro que el campo está más que abonado para recibirlas.
—¿A qué te refieres cuando dices que se abrió la ventana que esperabais? —preguntó Lorién.
—Cuando una civilización se desploma —se explicó Charlotte—, los últimos tiempos son de desvencije general. Todo se desestructura, los estados nacionales por un lado están heridos por los golpes que le propinan desde abajo los localismos y desde arriba la regionalización y la mundialización; las personas por otro, los códigos culturales, las lenguas y los bienes se mezclan en una fantástica torre de Babel. En nuestro tiempo vemos como las generaciones se abisman entre sí, como si en un mismo momento y lugar existieran subculturas separadas en su pasado y en sus

proyectos a futuro; que los miembros de la familia, que los compañeros de trabajo, que las organizaciones políticas, laborales y sociales experimentan la acción de fuerzas centrífugas desintegradoras; que las ideologías, tomadas por ese torbellino, no pueden dar respuesta, ni pueden inspirar la acción coherente de los conjuntos humanos; que la antigua solidaridad desaparece, en un tejido social cada vez más disuelto y que, por último, el individuo de hoy, que cuenta con mayor número de personas en su paisaje cotidiano y con más medios de comunicación que nunca, se encuentra aislado e incomunicado. Por nuestra parte, a todo ello le llamamos crisis, pero estamos muy lejos de considerar a esta crisis como una decadencia final, porque vemos que, en realidad, la disolución de las formas anteriores va correspondiendo a la ruptura de un ropaje que ya queda chico al Ser Humano.
—Es cierto —dijo Zule—, las instituciones que antes soportaban y cohesionaban la sociedad han perdido credibilidad. Por ejemplo, los partidos políticos a través de los cuales la gente canalizó sus ideales, los cambios que transformaron las sociedades, que velaron y dieron continuidad a los derechos y logros sociales, se han convertido en ámbitos de corrupción y de poca credibilidad. Los sindicatos, que dieron cobijo y fortalecieron y cuidaron los derechos de los trabajadores, padecen el mismo mal. Las religiones, que daban sustento moral y espiritual, pierden relación con sus seguidores y éstos dejan de sentirse interpretados por sus representantes. Todos los que antes lo representaban a uno, ahora se convierten en personajes sospechosos para el propio interés y lucro, al instalarse en la cúspide social el dios dinero. Quedando la gente huérfana. —Reflexionó un momento mordiéndose el labio y prosiguió. — Lo que me parece más interesantes es eso de que no es una decadencia final, sino que el Ser Humano necesita un ropaje, un nuevo sistema, una nueva sociedad acorde con el tamaño actual, ya que ha crecido y los ropajes anteriores en lugar de servir se convierten en una tortura que lo tienen apresado.
—Así es, Zule, se nota la casta de tu padre —Zule se sonrojó un tanto ante el halago, mientras Charlotte proseguía—. Por otro lado, ésta desestructuración no solo se produce en el exterior, sino también en lo más profundo del Ser Humano, en su sistema de

creencias. Los paradigmas, las creencias que lo sustentaron, dejan de tener encaje y dejan de dar cobijo y sentido. Las personas se quedan en un espacio bisagra entre dos tiempos. El tiempo que se fue, que ya no nos sostiene con sus creencias e instituciones que quedaron obsoletas y anquilosadas, y el tiempo nuevo, que todavía no llega —carraspeó, mientras los miraba reflexiva y tomaba un largo trago de su taza de té—. En ese transcurrir, las sociedades van cayendo en el individualismo, en la desconfianza mutua y finalmente ese proceso de desestructuración también llega al interior de la persona, que termina desconfiando de sí misma, al relativizar todo principio, valor o creencia moral que lo sustentaba. La palabra de las personas deja de ser válida, ya que lo dicho hoy, no vale para mañana y cada cual se guía por sus intereses, que los dejan como cáscaras vacías de sentido, nadando en la coyuntura, perdida toda noción de proceso. —Sonrió a los dos jóvenes, continuando con su relato. — Llegamos a ese momento histórico que Ortega y Gasset llamó del alma desencantada o desilusionada. El alma envilecida no es capaz de ofrecer resistencia al destino, y busca en las prácticas supersticiosas los medios para sobornar esas voluntades ocultas. Los ritos más absurdos atraen la adhesión de las masas. Y campan a sus anchas todo tipo de supercherías. El alma supersticiosa es como el perro que busca un amo. Ya nadie recuerda siquiera los gestos nobles del orgullo, y el imperativo de libertad, que resonó durante centurias, no hallaría la menor comprensión. Al contrario, el Ser Humano siente un increíble afán de servidumbre. Quiere servir, ante todo: a otro hombre, a un emperador, a un brujo, a un ídolo. Cualquier cosa, antes que sentir el terror de afrontar solitario, con el propio pecho, los embates de la existencia. Tal vez el nombre que mejor cuadra al espíritu que se inicia tras el ocaso de las revoluciones, sea el de espíritu servil.
—Es tan claro lo que describes, que sensación de vulnerabilidad, de desvalimiento, así me he sentido todo este tiempo y así he visto a todo el mundo. Uno tiende a creer que es uno el que tiene problemas. Al escucharte me doy cuenta de que así está toda la sociedad, que los problemas no son personales sino sociales, que se sufren de forma personal claro. Esto me abre los ojos para poder entender porque estamos como estamos.—dijo Lorién pensativo—.

¡Qué manera de sufrir!
—Efectivamente, mi joven amigo —concordó Charlotte—, ese proceso de desestructuración tanto externo como interno, va vaciando de creencias y dejando al Ser Humano en ese estado de desvalimiento y vulnerabilidad. Cuando llegamos a esta situación es que conectamos como individuos y como especie, con una profunda necesidad de encontrar algo que dé sentido, significado y dirección a nuestras vidas, que sea capaz de darle sustento y de abrir el horizonte cerrado. El vacío de creencias, producido por la desestructuración, va dejando espacio para la búsqueda verdadera dentro de sí. Desde esa necesidad desesperada, el Ser Humano comienza esa humilde y sentida búsqueda, cada vez más profundamente dentro de sí:

> *Vuela hacia las estrellas el héroe de esta edad... vuela hacia afuera de su mundo... y sin saberlo, va impulsado hasta el interno y luminoso centro.*

Volvió a quedar en silencio con la mirada perdida. Después de unos segundos, retomó el hilo con una profunda voz.
—Cuando el Ser Humano conecta con ese Centro Luminoso dentro de sí, todo tiene sentido. El nacimiento de toda nueva civilización, tras el desplome de la anterior, siempre tuvo a algunos Héroes que conectaron con ese Centro Luminoso, desde esa experiencia, rápidamente se transmitió la vivencia y los procedimientos para esa conexión. Aparece y se instala el Nuevo Mito. Los únicos mitos capaces de generar una mística, son los mitos que traducen señales de los espacios profundos y, desde estas señales, se llega al corazón de la gente... Esa nueva espiritualidad lo desborda todo, llegando a todo el Mundo rápidamente, es incontenible… Lo que importa es la traducción de esas señales. Es la traducción de lo interno profundo lo que produce grandes cosas en el desarrollo de las religiones.
—se los quedó mirando y de pronto se echó a reír—. Pero, qué les cuento a ustedes, si están siendo los protagonistas de este Nuevo Mito... Yo, al lado de ustedes, soy una simple teórica. Ustedes, sin embargo, encarnan el Nuevo Mito y la gente lo reconoce en ustedes con total facilidad. Estamos asistiendo a la instalación acelerada de la nueva espiritualidad. —Se rió de nuevo.
—Pero todavía no entiendo a qué te refieres cuando hablas de la

ventana que se abriría… —dijo Lorién.
—Jajajá, claro, claro, jajajá —se rió de nuevo—. ¿Ves?, me voy por las ramas, como los buenos teóricos y ustedes son lo práctico, van al grano inmediatamente, sin tantas vueltas, jajajá —se volvió a reír de sí misma—. A ver si logro ser más sintética y clara en mis explicaciones y divagar menos —se rió de nuevo—. Cada civilización es puesta en marcha por el Nuevo Mito, éste se instala en el interior del sistema de creencias de esa civilización, es lo que les da cohesión y un enorme dinamismo y, una vez instalado, pasará mucho, mucho tiempo, hasta que otro mito aparezca. Permítanme un símil: es como los óvulos, alrededor hay millones de espermatozoides, creencias, solo una de todas ellas se instalará en su interior. Una vez que éste se instala, ya no puede entrar otro, se cierra el momento. Esta es la ventana a la que me refería antes, un espacio de muy poco tiempo, en el que se genera un vaciamiento, a través de ese proceso de desestructuración que comenté antes. Hay un momento en el que el anterior paradigma, el sistema de creencias que ha sostenido a la sociedad, el anterior Mito, se debilita y con él, se desploma una civilización. Ese vacío se llena rápidamente, porque los seres humanos necesitamos siempre un paradigma, un sistema de creencias que nos sostenga, nos dé dirección y sentido. Cuando se produce el vaciamiento de uno, es sustituido por otro. Este es el momento crítico, dada la cantidad de supercherías y supersticiones que hay en ese momento histórico. Una nueva espiritualidad se instala y una vez que el Nuevo Mito se establece, ya no hay nada que hacer, hasta dentro de cientos o quizás miles de años, cuando se desgaste ese nuevo núcleo de creencias.
—¡Wuauu! —Exclamó Lorién— tremendo repaso de historia, de religión, de espiritualidad, de sociología y de procesos humanos. Me has dejado completamente anonadado. En unos minutos me has entregado más conocimiento que el que había recibido en toda mi vida. Voy a tener que masticar todo esto que nos has contado con calma. Así que apareció el nuevo Mito y la nueva espiritualidad se está instalando…
—Jajajá — volvió a reír Charlotte—La verdad es que, en La Escuela, estudiamos y reflexionamos mucho para poder entender los

procesos humanos e históricos y poder hacer nuestro aporte en buena forma, en el momento oportuno, cuando se nos necesita. Sí, es como dices.
—¿De dónde provienen esas señales que nos comentaste antes, que el Ser Humano traduce? —preguntó Zule.
—Las señales que dan origen al mito vienen en el equipo con que nace el ser humano, otra cosa es que se las escuche y traduzca adecuadamente, ya que pueden ser interpretadas de diversas maneras. Estas señales de lo profundo que siempre están ahí, gracias al vaciamiento de creencias en el interior de las personas, comienzan a ser escuchadas cada vez más por las personas, y aparecen las épocas religiosas. En esta etapa, el Nuevo Mito impulsa la dinámica social. Este fenómeno conecta el destino individual con la sociedad. Lo desestructurado de otras épocas se integra. Lo personal, social, religioso, económico y político son parte de un mismo paquete, que va en una misma dirección. Lo separado logra la unidad. Lo fragmentado, falto de relación, lo desestructurado y segmentado, etc., todo esto se integra en una misma globalidad. Los integrismos no admiten la separación ni la desestructuración, que es parte de la etapa anterior prerreligiosa. Y sucede entonces, que por dentro de los individuos y más allá de la cosa externa, ritual y periférica, nuevamente se reconecta esa gran correntada, en la que las individualidades comienzan a navegar otra vez, y empiezan a registrar la unidad que da esa nueva causa, esa empresa común. —Tomo un sorbo de su taza reflexivamente. —Empieza a sentirse la fuerza de un nuevo espíritu. ¡La nueva espiritualidad! En ese momento irrumpe el plano transcendental, en el plano histórico. Estamos asistiendo justo a ese momento.
—¿Qué determina esta irrupción del plano trascendental en el plano histórico? —preguntó Lorién.
—Lo determina un momento histórico donde todo se viene abajo, creando un gran desorden, que se apodera de la gente, originándose un enorme clamor en las personas producto de esta gran necesidad de volver a tener referencias y claridad en medio del desorden general. —matizó Charlotte.
—Claro, toda la gente con la que hemos trabajado estas ceremonias o experiencias con la Fuerza, nos comentaban eso: la gran

necesidad, el que nada está funcionando, un clamor… —terminó Lorién.

—Con el surgimiento del Nuevo Mito, aparece el tiempo de los milagros del que hablábamos antes. Bueno, no hay mejor ejemplo de esto que lo que ha generado la gente, en apenas cuatro o cinco días, por toda la sierra, por todo el país y viralizándose aceleradamente por todo el planeta, a través de las redes sociales y los jóvenes. Un milagro detrás de otro, sin hablar de las cosas que tú Lorién has hecho. Bueno, vamos a ver muchas, muchas más cosas de este tipo. Todo lo que nos parecía imposible antes, producto de la censura y autocensura, ahora se ve posible. No hay más que ver como de un día para otro todo está cambiando, de millones de individuos aislados, sin pertenencia a nada, a sentirse un solo ser, a sentirse integrados y participes de una corriente mayor.

—¿Si todos los seres humanos traen en su equipo los mismos sistemas de señales, porqué tan diferentes traducciones? —preguntó Zule.

—La diferencia no está en las señales, sino en la traducción que se hace de esas señales —contestó Charlotte.

—¿Se va a activar el sistema de señales que hay en todos los seres humanos de ésta época? —preguntó Zule.

—Sí, eso está ocurriendo, ustedes mejor que nadie lo han podido comprobar. El tema fundamental, es que la gente tenga los contextos adecuados para que estas traducciones de lo profundo se abran paso de la mejor forma, con bondad. Es lo que ustedes hicieron al vincular la experiencia con la Fuerza a los Proyectos de Apoyo Humano, que tienen una inspiración no violenta y de apoyo mutuo a todo el mundo. Es decir, surgen de una profunda bondad. Nosotros tenemos una ceremonia que se llama de Reconocimiento. Es una ceremonia de inclusión en nuestra comunidad. Inclusión por experiencias comunes, por ideales, actitudes y procedimientos compartidos, es decir, nuestros contextos. ¿Quieren que se las lea?

—¡Por supuesto! —exclamaron los dos a una.

Se levantó de su asiento y fue a una estantería, donde sacó una carpeta y de ésta sacó unas hojas, que comenzó a leer lentamente:

> *La realización de esta ceremonia ha sido pedida por aquellas personas que desean incluirse activamente en*

nuestra comunidad. Aquí se expresará un compromiso personal y conjunto para trabajar por el mejoramiento de la vida de cada uno y por el mejoramiento de la vida de nuestro prójimo.

El dolor y el sufrimiento que experimentamos los seres humanos retrocederán si avanza el buen conocimiento, no el conocimiento al servicio del egoísmo y la opresión.

El buen conocimiento lleva a la justicia.

El buen conocimiento lleva a la reconciliación.

El buen conocimiento lleva, también, a descifrar lo sagrado en la profundidad de la conciencia.

Consideramos al Ser Humano como máximo valor por encima del dinero, del Estado, de la religión, de los modelos y de los sistemas sociales.

Impulsamos la libertad de pensamiento.

Propiciamos la igualdad de derechos y la igualdad de oportunidades para todos los seres humanos.

Reconocemos y alentamos la diversidad de costumbres y culturas.

Nos oponemos a toda discriminación.

Consagramos la resistencia justa contra toda forma de violencia física, económica, racial, religiosa, sexual, psicológica y moral.

Por otra parte, así como nadie tiene derecho a discriminar a otros por su religión o su irreligiosidad, reclamamos para nosotros el derecho a proclamar nuestra espiritualidad y creencia en la inmortalidad y en lo sagrado.

Nuestra espiritualidad no es la espiritualidad de la superstición, no es la espiritualidad de la intolerancia, no es la espiritualidad del dogma, no es la espiritualidad de la violencia religiosa; es la espiritualidad que ha despertado de su profundo sueño para nutrir a los seres humanos en sus mejores aspiraciones.

Queremos dar coherencia a nuestras vidas haciendo coincidir lo que pensamos, sentimos y hacemos.

Deseamos superar la mala conciencia reconociendo nuestros fracasos.

Aspiramos a perdonar, a reconciliar y a persuadir.

Nos proponemos dar creciente cumplimiento a esa regla que nos recuerda tratar a los demás como queremos ser tratados.
Comenzaremos una vida nueva.
Buscaremos en nuestro interior los signos de lo sagrado y llevaremos a otros nuestro mensaje.
Hoy comenzaremos la renovación de nuestra vida.
Empezaremos buscando la paz mental y la Fuerza que nos dé alegría y convicción. Después, iremos hasta las personas más cercanas a compartir con ellas todo lo grande y bueno que nos ha ocurrido.
Para todos Paz, Fuerza y Alegría.

—¡Es maravillosa! —exclamó Lorién, emocionado.

—Sí, qué manera de sintetizar, en tan poco texto, tanto y tanto —comentó con voz reflexiva Zule, con sus ojos brillantes.

—¿Es posible que podamos sacar algunas copias? —preguntó Lorién—. Nos hubieran venido tan bien… Efectivamente, entrega lo que decías: los contextos adecuados para que las traducciones de lo profundo se expresen con bondad en el mundo. ¡Genial!

—Por supuesto que podemos sacar todas las copias que quieran —dijo Charlotte—. Siguiendo con lo que estábamos conversando: la ventana se abrió, el momento ha llegado, el fenómeno psicosocial se ha disparado, el plano trascendental está irrumpiendo y es verdaderamente asombroso, pero no podemos relajarnos. El fenómeno ha pillado desprevenidos a los poderosos, hasta a mí me pilló desprevenida —se volvió a reír de sí misma—, pero ya han empezado a reaccionar los que controlan el sistema. En Perú se declaró la ley marcial por un tema sanitario, dicen. A nivel internacional, han declarado en cuarentena al Perú, han cerrado las fronteras para que nadie entre ni salga, solo los que a ellos les parezca. A los medios de comunicación se les ha prohibido informar cualquier cosa que no sea lo que el gobierno les escribe. Se han cortado las señales de Internet, solo quedan funcionando las que ellos manejan de forma exclusiva. Los celulares y teléfonos no pueden llamar ni recibir llamadas del extranjero. En definitiva, se ha aislado al País para que la epidemia no se extienda a otros países. Mientras, están estudiando y tratando de entender y

controlar el fenómeno. Esto lo escuché media hora antes de que llegaran ustedes. Veo por vuestras caras de asombro que no tenían idea. Bueno, era de esperar, cuentan con todo el poder de gobiernos, policías, ejércitos, tecnología, científicos que quieran, además, controlan los medios de comunicación. Pero no van a poder parar el fenómeno —se rió Charlotte—, éste sí los tiene desbordados. Han llevado al ejército a cercar Huancayo y, de alguna forma, los soldados entregaron las armas y se unieron a los Mensajeros, a pesar de tener órdenes de no acercarse, ni dejar que nadie se acerque a ellos. En estos momentos, todos los cuarteles de policía y del ejército están con órdenes de disparar a cualquiera que se acerque. Pero el fenómeno psicosocial es también psíquico y concomitante, es decir que, aunque no haya contacto físico ni de palabra, se va produciendo un contacto y contagio psíquico del fenómeno. Es como tratar de contener el agua en una cesta de mimbre, jajajá —se reía con ganas—, están desesperados. Pero —se puso seria de repente—, son tan locos, que son capaces de dejar caer sobre el país bombas atómicas o bacteriológicas para matar a todos los peruanos, si sienten que es necesario hacerlo. La gente siempre les ha importado un carajo —terminó, con el ceño fruncido —. Bueno, pero que estos pensamientos fúnebres no nos hagan perder la alegría. Lo primero es entregarles lo que vinieron a buscar.

Detrás de una estantería, en un rincón, estuvo manipulando algo, hasta que se abrió una pequeña puertecita de la que sacó una cajita preciosa.

—Aquí está la Disciplina Energética, ahora queda en vuestras manos —se la pasó a Zule, que la guardó en su mochila—. Lo más urgente es sacarlos a ustedes del país para que estén a salvo, aunque tengo la impresión que, en este momento y con el caos que hay aquí, no hay un lugar más seguro en el mundo. Pero, además, tienen que recoger las otras dos Disciplinas. La siguiente está en Benarés, India, el Protector es Jaidev Shah, aquí están sus datos y dirección —les pasó un papel doblado que recogió Zule—. Una vez que tomen contacto con Jaidev, este les dará a conocer los datos del Protector de la Cuarta Disciplina.

Se quedó pensativa un instante, para agregar después:

—Me parece que, dada la situación, el punto más débil de la cuarentena es Bolivia, dado que es un país que está un poco fuera del control de los poderosos, del Para-Estado. Lo primero es prepararles documentos nuevos.

Tocó algo al lado de una estantería y se abrió un panel oculto, develando una pequeña puerta por la que los invitó a pasar. Dentro había un pequeño espacio, con un moderno ordenador y equipos de alta tecnología, muy parecidos a los que vio en Madrid Lorién. Les hizo unas fotografías y las estuvo trabajando en el ordenador, hasta que quedó satisfecha. Después sacó unos pasaportes y fue trabajando paso a paso a través de cada aparato hasta quedar satisfecha.

—Zule, tú serás paraguaya, nacida en Asunción y estás turisteando con un amigo español por Argentina, Chile y Bolivia. En la Paz tomarán un pasaje a India. Todos sabemos que vuestra seguridad depende principalmente de que se muevan rápido.

Sacó un móvil y llamó.

—Francisco, sí, soy Charlotte y necesito que vengas con la camioneta para un viaje a Bolivia. Bien, te espero en media hora, gracias. Listo, en un rato llegará Francisco, un gran tipo, una especie de discípulo que tengo en La Escuela y que también recibió la experiencia de la Fuerza en una reunión con algunos Mensajeros. Él me preguntaba si esto no tenía que ver con La Escuela y yo no sabía mucho qué decirle, todo indicaba que sí, pero yo no sabía nada. Se van a llevar muy bien.

—Charlotte, ¿has tenido alguna noticia de España o de Turquía, de que se hayan producido algunos fenómenos parecidos a estos? —preguntó Lorién.

Charlotte se lo quedó mirando pensativa y de repente se dio una palmada en la frente exclamó.

—¡Claro que sí!, tienes toda la razón, esto fue hace tres o cuatro días, antes de que cortaran las comunicaciones con el extranjero. Efectivamente, en el noticiero escuché de unos grupos de gente que se estaban multiplicando rápidamente en toda España, principalmente en Aragón y Madrid. También que algo similar estaba sucediendo en Turquía. ¡Qué tonta más grande soy! Años esperando recibir estas noticias y cuando llegan, no las reconozco.

Obviamente tú también estás detrás de todo esto, jajajá. Eres un tremendo personaje Lorién. Con esa cara de no matar una mosca y estás poniendo el mundo entero patas arriba —se rió de nuevo—. No sabes cuánto me alegro de haber tenido el privilegio de conocerte, si me lo hubieran contado no hubiera sido lo mismo —decía mientras saltaba de alegría, como si hubiera rejuvenecido veinte años—. ¡Qué grandioso que eres, chico! jajajá —y bailaba y los abrazaba feliz—. Ha llegado el momento de informar a La Escuela —dijo, poniéndose seria repentinamente—, ahora ya no hay dudas.
Sacó un portátil parecido al que tenía Lorién y comenzó a escribir como si estuviera poseída. Después de unos minutos levantó la cabeza, cerró el portátil y los miró.
—Llegó el momento —volvió a repetir pensativa—. Ya avisé a todo el mundo, les conté de ustedes, del fenómeno que se ha disparado en España, Turquía y Perú. Aunque estoy segura que, a estas alturas, ya estará desplegándose en varios países más. Finalmente, les confirmé que la ventana se abrió, que el fenómeno es mucho más fuerte y rápido de lo que nos imaginamos. Que salgan con todo a la calle, a difundir con la experiencia de Fuerza y la ceremonia de Reconocimiento, que no se guarden nada, el momento llegó y tenemos que ayudar a que se multiplique el fenómeno en todo el planeta rápidamente, que facilite la instalación del nuevo Mito. Ahora sí que la fiesta se armó —comentó, muy emocionada.
—A veces dudé de que este momento llegara, pero ya está aquí, y lo han traído ustedes. Ahora nuestros amigos de La Escuela también comenzarán a hacer su parte, durante muchos años estuvimos perseguidos y escondidos esperando este momento. Ahora ya no importa si nos matan en medio de la tarea. Ya podemos partir tranquilos a la trascendencia inmortal. Aguantamos muchos, muchos años, incomunicados entre nosotros, por miedo a que desapareciera La Escuela y sus conocimientos, que el legado de toda la humanidad muriera con ella.
Muy pronto La Escuela se mostrará y hará su presentación en sociedad, para transmitir todo este invaluable conocimiento que hemos guardado durante tantos y tantos miles de años, el Silo se abre y las semillas vuelan a la búsqueda de los suelos fértiles que las

recibirán sedientos —terminó, transfigurada y radiante, con lágrimas en los ojos, mientras los miraba con afecto.
—¿Pero, cómo pudiste enviar el Mensaje si no hay Internet? —preguntó Zule.
—Este es un equipo especial, creo que Lorién sabe algo de esto —comentó, guiñándole un ojo—. Conecta directo con una línea exclusiva satelital. Solo se puede usar una vez, era para una enorme emergencia o para el Gran Anuncio, afortunadamente fue para este último. El equipo ya no se puede volver a usar, porque una segunda señal nos pondría en situación de ser localizados.
En ese momento se escuchó un toque muy particular en la puerta de arriba.
—Ese es Francisco, es nuestra contraseña. Vamos, llegó la hora de partir, yo me voy a quedar a remover el gallinero y a dirigir a todos los Mensajeros que pueda a Bolivia por el Desaguadero, que es por donde van a pasar ustedes. Para que en la confusión les sea más fácil pasar desapercibidos. Ahora son ustedes unos mochileros más, dentro de los miles que tenemos en esta época, entre el Cusco y La Paz. Francisco trae sus mochilas con ropas, tiene que ser todo adecuado al disfraz que utilicen. Después, prepararé las condiciones, al igual que el resto de los amigos en cada país, para que se puedan transmitir masivamente las Cuatro Disciplinas, esto va muy rápido…
Subieron las escaleras y Charlotte abrió la puerta por la que entró un joven de unos veintiocho años, moreno y fornido, con sonrisa bonachona en su ancho rostro.
—Este es Francisco —les presentó—. Estos son Zule y Lorién, son los que han creado todo el alboroto de los Mensajeros en la sierra, jajajá, increíble. ¿Verdad?
—¿De verdad todo este fenómeno de los Mensajeros lo han puesto en marcha ustedes? —dijo con sorpresa en su rostro y respeto en su voz, mientras les daba la mano a cada uno.
—Claro que sí —cortó Charlotte—, ya te lo contarán todo por el camino, ahora es urgente que partan enseguida. Aquí tienen diez mil dólares por cualquier imprevisto —les dijo, mientras les pasaba un sobre que tomó Zule—. Francisco, compraste comida para el

viaje. ¿Verdad?
—Sí, Charlotte, está todo listo para no perder tiempo en el camino.
Los miró en silencio y los abrazó de forma larga y sentida.
—Gracias por la buena nueva que traen con ustedes. Muchas, muchas gracias y por favor cuídense mucho, los necesitamos…
—Gracias a ti, Charlotte, por la buena acogida y por las facilidades que das a nuestra misión. Cada uno tenemos la nuestra. Nos hubiera encantado quedarnos unos días contigo y conocer el Cusco y que, como buena erudita, nos deleitaras con las historias de este maravilloso pueblo. Al fin y al cabo, soy hija de un enamorado de la cultura andina…
—Gracias por todo, Charlotte, y cuídate mucho también. Haz lo que tienes que hacer, pero cuídate, también te necesitamos y ojalá podamos volver y disfrutar de esos días juntos aquí, en el mítico Cusco.
Subieron a la camioneta, una Chevrolet doble cabina 4x4 y se despidieron a través de las ventanillas.
Francisco conducía con tranquilidad, a pesar del poco tráfico que había en la ciudad. Por todos lados se veían grupos, se sentía como algo inusitado en el ambiente.
—Por aquí la cosa ha estado muy movida los últimos dos días. Ayer ya fue un desborde de gentes, de reuniones, de experiencias multitudinarias. En un pequeño estadio se juntaron unas mil personas, que hicieron la experiencia de Fuerza y conversaron en grupos sobre cómo organizar los Proyectos de Apoyo Humano. Sobre todo, por parte de los jóvenes, a través de las redes sociales, han viralizado rápidamente el fenómeno y son los protagonistas principales del mismo. El formato político y económico del país se está transformando en cuestión de horas. Se acabó la indiferencia con los desheredados, con los más pobres, todos somos hermanos. Hoy día duele profundamente cada persona que está en una situación de sufrimiento, y rápidamente la gente alrededor se hace cargo, para transformar esa situación. Es una revolución silenciosa, sin líderes o, dicho de otra forma, todos son líderes, todos sienten la Fuerza, el Fuego Sagrado en su interior. Todos tienen la certeza de la trascendencia y de que la vida no termina con la muerte, sino

que, por el contrario, transforma este estado provisorio que llamamos vida en algo más interesante. No tienen miedo a nada, están llenos de compasión y con un nivel de empatía y sensibilidad hacia los demás, que emociona. Da igual que sean más jóvenes o más mayores, la gran mayoría responden igual de bien. Y todo se lo debemos a ustedes, estoy de verdad impresionado —dijo, mirándolos con admiración.

—Bueno —carraspeó Lorién, un tanto incómodo—, nosotros no hemos inventado nada, Francisco, tanto a Zule como a mí, Federico nos transmitió estas cosas, así que mucho mérito no tenemos —terminó, dubitativo.

—Será como quieras, Lorién, pero a mí también me transfirió La Escuela estas experiencias y no he hecho explotar Los Andes…

—¿Y qué ha pasado con la policía y el ejército? —quiso saber Zule.

—Ayer estuvieron intentando parar el fenómeno —se sonrió—, pero todos los policías y militares terminaron sumándose a los Mensajeros. Así que decidieron aislar con barricadas los puntos donde estaban concentrados, pero de igual forma, dado que el fenómeno es psicosocial, se vieron afectados por la tremenda carga psíquica y también terminaron formando parte de los Mensajeros. Ahora ya solo controlan desde el aire. De todas formas, se han visto unos tipos raros en autos con los cristales oscurecidos a las entradas de la ciudad, como si estuvieran esperando a alguien…

Se los quedó mirando unos instantes y, de repente, se dio una palmada en la frente

—¡Pero claro, era a ustedes a los que buscan y estaban esperando! Ahora lo entiendo. Estos tipos tienen algo en los oídos como auriculares, que a algunos protege de la onda psíquica, pero a otros no. Así que parece que están estudiando formas de contrarrestarla para no ser afectados. Hay que ser muy estúpidos, cuidarse de conectar con lo más maravilloso que existe, con ellos mismos y con la experiencia directa con lo sagrado —afirmó.

—¿Las carreteras están despejadas? —preguntó Zule.

—Al principio trataron de poner bloqueos carreteros, pero se les volvieron en contra. Actualmente, hay algunos bloqueos en las carreteras principales, controlados desde el aire, ya no con gente en

tierra, a no ser esos tipos raros que se ven como los de las películas del FBI.
—Esperemos que no tengamos problemas en la carretera hacia Puno —dijo Lorién.
—Si llega a haber algún bloqueo —acarició el volante, cariñoso, Francisco—, con mi amiga, probablemente lo podamos sortear. De todas formas, a ustedes me parece que no hay quien los pare. Alguien me contó una historia de un joven al que habían retenido en Lima que cuando lo iban a torturar, conectó con lo humano de esos torturadores, que terminaron uniéndose al movimiento. Sospecho que fuiste tú.
—Vaya. ¿Y quién te ha contado semejante cosa? —preguntó Lorién curioso.
—La verdad es que fue de segunda o tercera mano. Al parecer, uno de esos policías transformado, cuando se enteró de lo que estaba pasando en la Sierra, tomó su carro y manejó para encontrarse con el fenómeno y para buscar a la persona que lo había transformado, sospechando que todo ese movimiento tenía que ver con él —dijo, mirando a Lorién a través del espejo retrovisor—. El caso es que pasó por Huancayo y se encontró con la gente que inició el tema del Mensaje allá y preguntó por ti, no tengo ninguna duda de que fuiste tú —afirmó Francisco, volviendo a mirarlo por el espejo—. Le comentaron que ibas hacia Ayacucho y partió rápidamente para allá. También allí se encontró con los Mensajeros y le dijeron que viajaban hacia Abancay. Finalmente, allí te perdió la pista, pero se conectó con la gente que estaba transmitiendo la experiencia con la Fuerza y él les habló de esta situación.
—¿Y para qué nos quería encontrar? —preguntó Lorién.
—Dice que no solo te debe la vida, sino la conciencia y que tiene que volverte a ver para agradecerte y, si puede, ayudarte a que puedas seguir cumpliendo tu misión. La persona que me lo contó ayer, dice que estaba muy, muy emocionado, mientras le relataba esto. Le confesó que había sido policía y torturador por muchos años y que desde pequeño que venía haciéndole daño a la gente. Que tú le ayudaste a conectar con la esencia de lo humano que tenía escondida desde los primeros años de vida. Cuenta que hasta te llegó a golpear y no puede vivir sin tu perdón y sin ver la

posibilidad de ayudarte de alguna forma —terminó Francisco, mirando de soslayo por el espejo a Lorién.
Este se quedó pensativo sin decir nada.
—Disculpen lo maleducado —dijo Francisco—, olvidé que deben de estar muertos de hambre, mil disculpas, pero es que no puedo creer que tenga la fortuna de estar viajando con ustedes. Lorién, a tu lado, atrás, hay unas bolsas con sándwiches y fruta. Les pido disculpas de nuevo, pero me entusiasmé.
—Al contrario, Francisco, muchas gracias por preocuparte por nosotros —le dijo Zule con una luminosa sonrisa y, dirigiéndose a Lorién, dijo con aparente tono molesto— ¡Vamos, hombre, que no tenemos todo el día! ¿O es que te lo vas a comer todo?
Lorién se sonrió y Francisco la miró preocupado, pensando que por su culpa podían estar peleando. Zule, que le notó la cara de preocupación, le dio unas palmaditas en la espalda.
—No te preocupes, Francisco, es que este hombre es un completo inútil, no sirve ni para pasar un sándwich. Te pido que le tengas un poco de paciencia, no es mal muchacho, pero sí es poco avispado —terminó, doblándose de risa, mientras Francisco los miraba sin entender nada, con una cara de perplejidad que ni siquiera Lorién pudo contenerse y se ahogó de la risa, tanto, que terminó tosiendo de forma tan preocupante que Francisco paró el vehículo, para ver si estaba en problemas.
Por su parte, Zule miró a Lorién y le dijo a Francisco:
—¿Ves que es un verdadero inútil? no sabe ni comer sin ahogarse.
Dicho lo cual, cayó desmadejada de risa contra el salpicadero del vehículo, con un sándwich en la mano, pero sin poder llevárselo a la boca. Lorién, por su lado, cada vez hacía sonidos más preocupantes en la parte de atrás del vehículo. Finalmente, Francisco salió de la camioneta y fue a socorrer a Lorién, que estaba tirado en el espacio entre asientos, sin fuerzas para levantarse y emitiendo unos gruñidos y gañidos de tono cada vez más alarmantes. Francisco, muy preocupado, trataba de darle vuelta e incorporarlo, pero con mucho cuidado, por temor a ahogarlo más. Lo único que veía eran las lágrimas que le caían a Lorién por las mejillas, lo que lo dejó más preocupado todavía. Finalmente, logró

ponerlo sobre el asiento, muy asustado, y empezó a darle palmaditas en la espalda. Zule alcanzó a incorporarse también con lágrimas corriéndole por las mejillas y cuando vio el cuadro, le volvió a dar otro ataque y se cayó sin fuerzas hacia adelante. Francisco, que no entendía nada, solo veía la cara congestionada de Lorién, seguía dándole golpecitos en la espalda, sin saber qué hacer. Poco a poco a Lorién se le fue pasando el jolgorio y, limpiándose la cara de lágrimas, le sonrió y agradeció a Francisco.

—Gracias Francisco, ya estoy bien, disculpa por el espectáculo que te hemos dado. Ya te acostumbrarás al humor de Zule, es muy particular ella.

—¿Pero solo te estabas riendo? —parpadeó él, todavía confundido.

—Sí —dijo él sin fuerzas—, gracias por tu preocupación y disculpa, pero el humor de Zule me mata.

—Claro, ahora voy a ser yo la culpable de tus torpezas y de tu muerte. ¿Qué te parece, Francisco? Ni siquiera se hace cargo de su vida. ¿Qué se puede esperar de alguien así?

Francisco los miró inseguro y de repente una sonrisa le lleno todo su afable rostro.

—Jajajá, ya te voy pillando Zule —expresó, contento por estar en sintonía.

—Bueno, afortunadamente tenemos alguien inteligente en el vehículo, a ver si aprendes Lorién —le dijo con los ojos picarones.

Lorién asintió y le volvió a dar un ataque de risa.

—Gracias por los sándwiches, Francisco —dijo Zule—. Están muy ricos, y por la fruta, me hacía falta. ¿Cuánto calculas que tardaremos hasta Puno?

—En tiempos normales, unas seis horas, ahora, con lo raro que está todo, nos podemos encontrar con cualquier cosa en el camino.

—Así que vamos a llegar como a las ocho de la noche —dijo ella pensativa—. Bien, nos espera un largo camino, aprovecharemos de descansar un poco —dijo con un gran bostezo.

Lorién también estaba bostezando en el asiento de atrás.

Terminaron de comer y en pocos minutos se quedaron dormidos.

Lorién se despertó al sentir que el coche se había detenido. Abrió los ojos y vio que estaban tras una larga fila de coches, parpadeó

para despejarse.
—¿Qué pasó, Francisco?
Francisco lo miró por el retrovisor.
—Al parecer hay un bloqueo en la carretera, voy a echar un vistazo a ver de qué se trata.
Zule que se había despertado con la conversación. Dijo:
—Vamos todos, así estiramos las piernas y vemos qué sucede, se ven muchos coches.
Salieron del vehículo y caminaron junto a otras personas que también querían averiguar qué estaba sucediendo. Entre todos ellos había una camaradería y un hermoso buen tono.
—¿Son ustedes Mensajeros? —les preguntó Francisco.
Se miraron entre ellos y casi todos dijeron que sí.
—Nosotros también —dijo él, contento y orgulloso.
—Nosotros vamos a Bolivia a llevar el Mensaje —dijeron unos.
—Nosotros a Puno.
—Vaya, nosotros también a Puno.
—Nosotros a Juliaca —exclamaron otros.
—Nosotros a Yunguyo.
Y así, la gente se fue expresando sobre sus destinos, mientras caminaban amigablemente juntos. Y sobre cómo les había cambiado la vida desde que habían conectado con la Fuerza interior.
—Ya nada es igual que antes —comentó un joven de poco más de veinte años con mirada afectuosa—. ¿Cómo es posible que estuviéramos tan ciegos? Cuando era tan fácil todo. Siempre estuvo ahí esa Fuerza, al alcance nuestro, siempre estuvo la gente delante nuestro y, sin embargo, recién me doy cuenta de que existen, de que yo existo porque ellos existen.
—Sí —dijo una señora—, es maravilloso, todavía me cuesta entender lo embrutecidos e insensibles que estábamos. Todos solos y aislados, todos sufriendo y pasándolo mal.
—Es verdad —dijo un tercero, sonriéndole a su pareja—, ahora es tan claro todo... Todos los problemas son tan fáciles de resolver, ya nadie está solo con sus dificultades, los problemas de uno son de todos.
—¿Cómo tan tontos? —comentó un señor entrado en años—. Con lo

mal que se pasa solo y creyendo que los demás eran los enemigos de uno. Creyendo que había que cuidarse de los otros, cuando gracias a los demás es que uno es consciente de su existencia y le ayudan a uno a darle sentido a su propia vida, al poder ser útil a las otras personas.

—Hoy todo esto está fuera de discusión. Todos trabajamos para todos y todos nos apoyamos entre todos y la gente que tiene dificultades por enfermedad, por discapacidad, por edad o por lo que sea, siempre tiene al lado a toda la comunidad de vecinos que se pelean por ayudarlos —dijo una mujer con vestimenta típica boliviana, con su sombrero con forma de bombín inglés sobre sus largas trenzas, su mantilla, sus múltiples polleras—. Yo soy de La Paz y me encontré por casualidad en Cusco visitando a unos parientes, a los cuales los invitaron a una ceremonia donde, además de la experiencia con la Fuerza, nos contaron de los Proyectos de Apoyo Humano, proyectos cuyas características ahora nos resultan obvias desde la conexión profunda con uno mismo. Yo voy a La Paz a llevar este Mensaje a mis hermanos, a mi pueblo, que tanto lo necesita —terminó, emocionada.

—Es verdad lo que dice la señora —se expresó un señor de unos treinta y cinco años. Yo trabajaba en una empresa con más de doscientos trabajadores, vivíamos compitiendo unos contra otros, temiendo que nos despidieran en cualquier momento, cobrando una miseria, con maltratos y vejaciones constantes. Ayer en la mañana llegó un pata, un compañero, y nos convenció que antes de empezar a trabajar, hiciéramos una ceremonia para conectar con la Fuerza Interior. Muchos de nosotros habíamos escuchado rumores de estas ceremonias así que, más por curiosidad que por otra cosa, participamos, sin esperar mucho, la verdad, uno sabe que la gente siempre exagera. Y terminamos todos conmocionados, llorando de alegría, abrazándonos unos a otros —comentó emocionado al evocar el momento—. Después de la ceremonia, fuimos a hablar con el dueño. Al principio nos recibió de malos modos, gritándonos e insultándonos, pero conforme le hablábamos, con mucho afecto y sentido, él fue conectando con lo que le decíamos y, sobre todo, con el espíritu de la Fuerza que sentíamos todos y de un momento para otro, se empezó a dar golpes en la cabeza, mientras lloraba

amargamente y nos pedía a gritos perdón por el maltrato de toda una vida. Se arrodilló ante nosotros pidiendo desesperadamente que lo perdonáramos, que en realidad lo único que merecía era que lo matáramos por mal bicho y que nos regalaba la fábrica, ya que nosotros sabríamos hacerla funcionar para el bien de todos, no como había hecho él, para explotar y hacerse rico a costa del trabajo de la gente. Todos nosotros lo levantamos con mucho afecto y lo abrazamos en medio de nosotros, diciéndole que cómo se le ocurría semejante cosa, que él era uno de nosotros y que juntos trabajaríamos a partir de ahora, que todos habíamos estado ciegos, no solo él, que todos nos habíamos comportado mal, pero que ahora iba a cambiar todo. Él no podía creer que, a pesar de todo lo que nos había hecho, lo quisiéramos como a un hermano y lloraba de alegría y arrepentimiento, sin poder hablar de la emoción que tenía el hombre —lloraba emocionado y sin ningún pudor, mientras les contaba su vivencia—. Rápidamente, se reorganizó el trabajo para hacerlo más eficiente y productivo, pensando en el bien común. Nunca habíamos trabajado tan bien y con tanta energía y alegría. Al cerrar la jornada, la producción se había triplicado y estábamos todos felices. Volvimos a tener una asamblea y decidimos que algunos de nosotros tenían que llevar la experiencia a otras fábricas, yo tengo familia en La Paz y allí me dirijo, para llevar la experiencia a todos los hermanos trabajadores bolivianos —terminó, todavía emocionado.

—Ahora, todos los problemas tanto personales como sociales, son tan fáciles de resolver, todo es tan simple, que cuesta entender cómo antes nos complicábamos y angustiábamos por cualquier cosa —dijo un señor que vestía un elegante terno—. Yo también estoy viajando a La Paz a llevar el Mensaje y nuestra experiencia. Yo era la mano derecha del Alcalde de Cusco, tenía cientos de personas a cargo en el Municipio y nos pasó algo similar a lo que cuenta el amigo. Alguien en la mañana propuso hacer una ceremonia en la Alcaldía y todos quedamos conmovidos. Rápidamente, nos repartimos para ir a todos los servicios y departamentos dependientes del Municipio, a replicar esa ceremonia. Finalmente, nos juntamos un grupo para repensar como ser una Alcaldía de verdad, que estuviera al servicio de todos por igual. Que sirviera

para que estuviéramos mejor coordinados todos los vecinos y para organizar los recursos, para que llegasen en buena forma a todos, sobre todo a los más necesitados. Desde este punto de vista, la salud y la educación se convirtieron en las prioridades, rápidamente se solucionaron los problemas más urgentes de pobreza. Todos sentíamos que teníamos una deuda con estas personas que habíamos marginado y condenado a la pobreza. Así que se les albergó en las mejores casas y con los mejores alimentos y recursos. Todos nos dimos cuenta que las necesidades reales eran muy pocas y que el tema era gestionar los recursos de forma que dieran respuesta a esas necesidades básicas. Como dije al principio, ahora todo era muy sencillo de organizar. Ya no hay un Alcalde, hay una comisión de personas que fueron escogidas rápidamente por la mayoría de la asamblea. Varios fuimos invitados a llevar el Mensaje y la experiencia a otros lugares.
—Es maravilloso lo que cuentan —dijo un señor con refinada vestimenta, de unos cuarenta años—. Yo, al contrario que ustedes, vengo huyendo con mi mujer y mis hijos del Cusco, de lo que para nosotros era el caos y la locura total. En el vehículo llevo todo nuestro dinero, joyas y todas las cosas de valor que pudimos recoger. Mientras esperábamos en el carro, algo se fue modificando en nosotros y ahora, al estar con ustedes y escuchar las cosas que cuentan, me siento tan avergonzado... —reconoció, con lágrimas en los ojos—. Nunca me preocupé más que de mí mismo y de mi familia. Los otros empresarios eran competidores, las demás personas, eran gente de mala raza, de mala educación, floja, envidiosa y ladrones. Ahora los veo como hermanos y me doy cuenta de todo lo que he sufrido al estar lejos de ellos. Siento algo enorme en mi interior, algo grande y bueno que me conecta con ustedes, como si fuéramos un solo ser. Escuché que alguien dijo con mucha verdad que ahora yo existo porque tú existes. ¡Qué gran verdad! Es así, es la mejor forma de explicarlo. Como he podido estar tan ciego. Les quiero pedir disculpas por mi egoísmo y por el ser miserable que he sido hasta ahora —expresó en tono contrito y avergonzado—. Les pido perdón de todo corazón, hermanos míos, y les pido que nos acepten como uno más entre ustedes.
Todos espontáneamente los abrazaron a él y a su familia, con un

enorme afecto.
—Claro que sí —dijo uno rotundo—, si todos somos lo mismo. Todos queremos ser felices, todos hemos sufrido, todos necesitamos ser queridos y valorados por los demás, todos queremos ser útiles a nuestro prójimo.
Alrededor de ellos se había formado una gran multitud. Uno de ellos exclamó:
—Viene un grupo de gente hacia nosotros, a ver qué noticias traen.
Efectivamente unas quince personas venían en dirección contraria e iban hablando con cada uno de los vehículos. Uno se adelantó y vino a nosotros.
—Hermanos —comenzó—, hay una barrera de bloques de hormigón que impide el paso, tampoco se puede vadear por los costados. Hemos tratado de correrla entre todos, pero un helicóptero del ejército está vigilando desde arriba y se ha puesto a disparar en cuanto hemos tratado de desarmar la barrera. Estamos atrapados, no podemos avanzar, ni retroceder.
Efectivamente miraron al cielo y vieron un helicóptero a lo lejos, que daba vueltas en círculo, manteniéndose a unos cien metros de altura.
—Francisco, llévanos con tu camioneta a la barrera, los demás sígannos a pie —dijo Lorién, con tono firme.
Todos lo miraron curiosos por lo joven, por el acento español y por la certeza que reflejaban sus palabras.
Se dirigieron a la camioneta rápidamente y avanzaron por el costado de la carretera, por la tierra, hacia el bloqueo y el helicóptero. La gente los seguía a pie, lo más deprisa que podían, mientras se iban pasando la voz entre ellos. Todos tenían mucha curiosidad por ver lo que iban a hacer esos jóvenes.
Llegaron por fin a la barrera de hormigón, seguidos por una enorme multitud.
—Acercaros a mi alrededor —pidió Lorién, una vez que todos hubieron llegado—. Vamos a tomar contacto con nuestra Fuerza Interior —dijo, cerrando los ojos y conectando internamente.
Todo se silenció, solo se escuchaba el viento alrededor y las aspas del helicóptero muy arriba. Pronto se sintió una tremenda carga

energética.
—Hermanos —comenzó, con toda esa Fuerza concentrada—, ahora vamos a dirigir esta Fuerza hacia las personas que están en el helicóptero, en forma de afecto total hacia ellos. Concentremos nuestra Fuerza en un afecto total e incondicional hacia nuestros hermanos que están en el helicóptero —repitió, quedándose en silencio y dirigiendo sus manos hacia la aeronave.
Todos sintieron como un cañón enorme de afecto se dirigía hacia el cielo. A los pocos segundos, el helicóptero comenzó a bajar y aterrizó a unos veinte metros de donde estaba la multitud agrupada. De él bajaron dos personas llorando y corriendo hacia ellos. Se arrodillaron cuando llegaron al enorme grupo.
—Gracias, gracias —decían llorando—, gracias por vuestra bondad y afecto, que no merecemos. Gracias —repetían incansables.
La multitud los tomó y los levantó con cariño, mientras los abrazaban con mucho aprecio.
Pasado el momento, los pilotos volvieron a subir al helicóptero y sacaron los bloques de hormigón con unos fuertes cables acerados, dejando expedito el paso por la carretera hacia Puno. Ya era noche cerrada, pero con una gran luna. Todos estallaron en aplausos y vivas. Una vez más se confirmaba que no había nada que los pudiera detener.
La camioneta de Francisco fue la primera en pasar, despidiéndose con bocinas y brazos en alto de toda la gente de los otros vehículos, que fueron partiendo cada uno hacia su destino en una larga caravana.
—¿Cuánto nos falta para Puno? —preguntó Zule.
—Una hora y media aproximadamente, si no tenemos más interrupciones. Estamos muy cerca de Juliaca. En pocos minutos más deberíamos comenzar a ver el lago Titicaca a nuestra izquierda —dijo Francisco—. Qué buena la idea que tuviste, Lorién, de enfocar con un rayo de afecto a los pilotos, realmente genial.
—No fue nada del otro mundo, antes o después se le habría ocurrido a alguien —contestó Lorién—. No sé vosotros, pero a mí se me abrió el apetito.
—¿Ves, Francisco? Lorién solo piensa en comer. Toda la gente

pensando en sus destinos, en cómo hacer un aporte a la humanidad y Lorién, pensando en la comida. ¿Qué te parece? ¿Extraordinario, no es cierto? —se burló Zule.
Francisco los miró un tanto inseguro y, al ver el brillo que tenían los dos en los ojos, se rió de buena gana.
—Jajajá. Son tremendos ustedes, acabamos de pasar por uno de los eventos más extraordinarios que uno pueda imaginar y ustedes como si nada, son realmente notables, jajajá —terminó, con buen humor.
—Lorién sí qué es notable, qué te apuestas que, en cuanto coma, le dará sueño y se dormirá, como el que hace esto todos los días —se rió ella, porque había visto como Lorién reprimía un bostezo.
La verdad es que Lorién estaba feliz, pero todavía se sentía un poco débil después del evento de Lambrama y, a los pocos minutos, se durmió en medio del jolgorio de Zule.
Lo despertaron entrando a Puno. Lorién abrió los ojos y contempló la luna casi llena sobre el lago, un espectáculo asombroso. Al frente se podía ver las miles de luces de la ciudad.
—¡Qué mágico! —dijo Lorién—. Tiene magia el lago Titicaca, con esa luna reflejándose en sus aguas infinitas, a cuatro mil metros de altura. Es un espectáculo increíble. Gracias por haberme despertado.
Permanecieron en silencio unos minutos disfrutando de la magia del momento.
—¿Qué tan grande es Puno? —preguntó Zule.
—Pues debe de andar por los ciento sesenta mil habitantes aproximadamente —comentó Francisco—. Viven principalmente del turismo, aunque también tiene algunas pequeñas industrias, pesca y ganadería, principalmente. El lago atrae a millones de turistas al año, que quieren conocer sus islas. Sobre todo, los Uros, las islas flotantes de totora del Titicaca, deben de ser unas diez aproximadamente, con sus edificios, corrales de gallinas y cuyes, hasta tienen una pequeña cancha de fútbol. Obviamente, viven principalmente del turismo y artesanía, aunque también pescan.
—Totora es una especie de junco grueso que crece en el lago —le dijo Zule a Lorién—. Los van trenzando hasta hacer una especie de

esteras amplias y gruesas, o las amarran, como en el caso de los caballitos de totora del Titicaca, que son pequeñas embarcaciones que se usan desde tiempos inmemoriales en el lago.

—Vaya, y hacen islas con sus casas y todo, que sorprendente, nunca había escuchado algo semejante —dijo Lorién, admirado.

—Sí parece que es algo único en el mundo —comentó Francisco—. Por cierto, Zule, estás muy bien informada de nuestra cultura.

—Sí, desde niña escuché los relatos de mi padre sobre la cultura quechua, aymara, sobre el Cusco, sobre el lago Titicaca. Mi padre era de Puno —se quedó pensativa—. Si tuviéramos un poco más de tiempo, me gustaría buscar a mis familiares, pero nuestra misión es lo primero y tenemos que movernos rápido. Así que estamos a tu disposición para alojarnos donde te parezca adecuado, no te preocupes por el dinero, tenemos bastante, además, Charlotte nos dio más todavía.

—Bien, los llevaré a un hostal muy agradable que conozco, ya es tarde.

Ya estaban circulando por dentro de la ciudad de Puno y, finalmente, Francisco detuvo la camioneta en la puerta de un hostal. Salió del coche y se estiró.

—Bueno, ha sido un largo tirón manejando.

Entraron al hostal donde una mujer joven los recibió con mucha amabilidad y abrazó a Francisco con afecto. Les mostraron sus habitaciones y bajaron a cenar donde, a sugerencia de Francisco, comieron pescado. Quedaron encantados.

—Ella es una tía mía, se llama Silvia y nos tenemos mucho aprecio —les contó Francisco—. Tía, ¿cómo están las cosas por aquí? —preguntó.

—La verdad es que muy movidas —se agitó ella—. Hay unas personas que se dicen Mensajeros que empezaron a llegar entre ayer y hoy y cuentan que están haciendo reuniones por todos lados. En ellas comentan que la gente conecta con los dioses, con la Fuerza, no sé. He escuchado tantas cosas que ya no sé qué pensar. Por otro lado, hasta ayer teníamos una enorme guarnición de soldados por aquí, pero hoy levantaron el campamento y se fueron. Al parecer era para detener a estos Mensajeros, pero no les resultaba, por el

contrario, los propios soldados y policías se convertían en Mensajeros también. Yo estoy muy confundida la verdad. De hecho, yo tengo aquí a varios pasajeros que viajaron en la mañana al Cusco y se tuvieron que volver con el bus, porque habían puesto una barrera después de Juliaca y no dejaban pasar a nadie. Me dijeron que habían intentado moverla entre todos, pero desde el aire un helicóptero les había disparado. Supongo que ya la habrán sacado si ustedes pudieron pasar. ¿O no vienen del Cusco?
—Efectivamente, venimos del Cusco y nos encontramos con esa barrera de cemento que habían colocado en el camino y con el helicóptero que disparaba si trataban de sacarla. No lo creerás, pero finalmente toda la gente nos juntamos y tomamos contacto con nuestra Fuerza Interior y sintonizamos con todo nuestro afecto hacia los pilotos de la aeronave, y les enviamos un rayo de amor y afecto enorme. Pues bien, a los pocos minutos bajaron del helicóptero emocionados como nunca y pidiendo disculpas por sus maldades, absolutamente conmocionados por el amor recibido. La gente los abrazó masivamente y ellos con el propio helicóptero sacaron la barrera.
—Realmente extraordinario lo que me cuentas, si me lo contara otro no sé si le creería. ¿Y por qué hicieron semejante cosa? —preguntó ella, dudosa.
—Porque la mayoría somos Mensajeros. ¿Y a ti, no te han invitado a ninguna de esas reuniones? —volvió a preguntar él.
—Pues sí, pero he estado muy ocupada, así que no he podido, aunque tengo mucha curiosidad —reconoció.
—Bueno, si quieres podemos hacer una reunión con la gente que tienes alojada en el Hostal, más los amigos que quieras. ¿Qué te parece?
Ella lo miró dubitativa, finalmente sonrió y dijo:
—Tú desde chiquitito siempre andabas en cosas raras. Todo lo que te sonara a mística, ibas detrás a investigarlo, no es raro que estés también metido en esto. La verdad es que me muero de curiosidad y mejor contigo que con otra gente que conozco menos. Tú sabes que uno no puede dejar entrar en casa a cualquiera. Además, ya es tarde, así que, si se puede hacer en media hora más, sería ideal —terminó ella.

—De acuerdo, en media hora más aquí en el comedor —dijo Francisco.
—Yo, la verdad, estoy muy cansado y me voy a ir a dormir, todavía no me he recuperado del todo de mi convalecencia —comentó Lorién.
—Sí, mejor que te vayas a descansar. Yo me quedaré un rato —comentó Zule.
—Pero yo pensé que ustedes iban a hacer la ceremonia —dijo un tanto confuso Francisco.
—No, no, Francisco, nosotros ya hicimos nuestra parte, ahora es la propia gente la que lo tiene que direccionar y lo está haciendo todo el mundo muy bien. De hecho, mejor que nosotros, que no tenemos los códigos y las formas culturales de aquí. Tú, además, ya tienes experiencia —le sonrió Zule—. Te quiero pedir que no comentes nada de nosotros, por favor. Ya fue demasiado expuesto lo que Lorién hizo a la vista de todo el mundo esta tarde. Acuérdate que nos están buscando desesperadamente.
—De acuerdo, como vosotros digáis. La verdad es que tienes toda la razón, es solo que me había hecho la perspectiva de verlos a ustedes, pero no es bueno que llamen más la atención y ahora nos toca a nosotros —terminó rotundo.
Zule acompañó a Lorién a la habitación.
—¿Cómo te sientes? —le preguntó.
—Cansado y un tanto débil, pero bien, la verdad es que mejor de lo que yo me imaginaba cuando partimos anoche. Ha sido un día largo y mi protagonismo para sacar la barrera también me desgastó un poco. Casi no me tengo de pie —confesó.
—Bien, descansa, yo iré un rato abajo a ver cómo va la cosa.
Le dio un beso cariñoso y lo dejó acostándose.
Unas horas después Lorién sintió que lo estaban zarandeando y despertó un tanto sobresaltado.
—¿Qué sucede?
—Vamos dormilón —dijo Zule amorosamente—, ya son las siete de la mañana y tenemos un largo camino en barco a través del lago Titicaca.
—¿Qué? ¿En barco a través del Lago? —preguntó sorprendido.

—Sí, dúchate y baja a desayunar y ahí te contaremos.
Ya en el comedor, tomando desayuno, preguntó Lorién:
—¿Cuéntenme lo de anoche y lo de ir a través del lago?
—La ceremonia de anoche fue maravillosa —dijo Zule—. Llegaron unas treinta personas, entre pasajeros del hostal y algunos invitados por Francisco y por su tía Silvia. Francisco ofició una ceremonia de forma maravillosa. La gente terminó muy conmovida y transformada, con una necesidad enorme de llevar esto a otros. Tengo la impresión de que la Fuerza cada vez pega más fuerte en cada uno y más rápido. Con mucha facilitad se pusieron de acuerdo en qué iba a hacer cada uno para llevar esto a otros y dónde. También para cambiar la organización humana y social de Puno. La tía Silvia, también muy golpeada por la ceremonia, planteó la necesidad de organizar de otra manera el hostal, ya no se sentía dueña de él, por el contrario, se avergonzaba de haber sido tan egoísta y miserable. Así que parece que la tendencia es esa, de irse haciendo comunitarias todas las empresas y organizaciones. Se está levantando una nueva forma de organización a nivel humano, político y productivo. La empresa privada ya no tiene encaje en nadie. Las iniciativas y emprendimientos personales, se transforman rápidamente en iniciativas y emprendimientos comunitarios, donde la gente por gusto y afinidad se va dividiendo las funciones y tareas —se quedó pensativa—. Está cambiando todo Lorién, todo. Es de verdad extraordinario cuando aparece lo humano y todos conectan con el registro de la propia existencia y de los otros, todo se transforma. Es como si la especie humana estuviera transmutando en su totalidad y a una velocidad de vértigo, sin imposiciones, sin que nadie sienta que le obligan a algo. Todos hacen lo que quieren, con un enorme encaje interno. Es realmente maravilloso…
—Sí —continuó Francisco—, es realmente increíble, nunca nadie pudo imaginar semejante cosa. Yo estoy feliz y orgulloso por mi pueblo y por la especie humana. Es de verdad extraordinario. Es como si cada uno supiera qué hacer, cuál es su lugar para ser más feliz y útil a los demás.
—Realmente las cosas están yendo mucho más allá de lo que nosotros mismo imaginamos —comentó pensativo Lorién.
—Bueno, pasemos a cosas prácticas —dijo Zule—. En cuanto

terminemos de desayunar, nos embarcamos con un amigo de Francisco que estuvo anoche en la ceremonia. Tiene un pequeño bote para turistas y nos va a llevar atravesando el lago hasta Puerto Carabuco, en el lado boliviano. La travesía debería de durar una hora y media aproximadamente. Una vez allí, él mismo nos conseguirá un todo terreno para que viajemos a La Paz. Unas tres horas aproximadamente desde Puerto Carabuco. De esta forma nos evitamos pasar por la aduana a Bolivia y eludimos encontrarnos con otros posibles bloqueos.

—Maravilloso —dijo Lorién—. Tú, Francisco, vendrás con nosotros hasta La Paz.

—Errr —carraspeó Francisco—, la verdad es que me encantaría, pero anoche comprendí que cada uno de nosotros tiene que hacer su parte y aunque separarme de ustedes es lo último que me gustaría hacer, mi compromiso con mis hermanos me lleva a quedarme aquí —comentó con resolución.

—Bien, vamos entonces —conminó Zule—. No tenemos todo el día.

Fueron a recoger sus cosas y rápidamente estaban de vuelta en el comedor. Se despidieron de la tía Silvia y partieron en la camioneta hasta la orilla del lago, donde los esperaba Gregorio. Se despidieron con un sentido abrazo de Francisco y se embarcaron en el bote de Gregorio. Este los recibió con una gran sonrisa, abrazó primero a Zule a la que ya conocía y después a Lorién.

—Bienvenidos a mi humilde bote, los recibió afectuoso.

Era una lancha con un motor fuera borda, con una cabina en la que había espacio para unas cuatro personas y para otras cinco fuera. Pequeña, pero limpia y moderna. Puso en marcha el potente motor fuera borda y comenzaron a navegar rápidamente.

—Les voy a mostrar al pasar algunas de las islas de totora que hay en la bahía de Puno —les dijo—. Ahí, a la izquierda, se ve la más grande, tiene hasta una pequeña iglesia. Ahora se puede apreciar con más detalle, las casas, el suelo, hasta una pequeña cancha de fútbol. Extraordinario. ¿Verdad?

—Sí —convino Lorién—, realmente extraordinario. ¿A quién se le puede ocurrir semejante cosa, de hacer islas con juncos sobre las que vivir? Es una idea extraña. En lugar de vivir en tierra firme,

vivir en una isla flotante y frágil.
—No te creas que tan frágil. Son mucho más fuertes de lo que parecen. Han recibido muuuchas tormentas y ahí siguen, claro que van renovando constantemente la totora.
—Debe de ser un tanto mareante vivir ahí, sobre todo en medio de una tormenta. ¿No? —volvió a preguntar Lorién.
—Habitualmente no, están acostumbrados y el lago no tiene mucho oleaje, pero en las tormentas fuertes sí, es un buen baile el que se genera. Cuando se prevén tormentas grandes, se desalojan las islas y los habitantes van a Puno, después vuelven —comentó Gregorio.
—Es realmente increíble —se deleitó Zule—, qué belleza, qué extraordinaria creatividad la de esta gente. Mi gente —comentó en voz baja.
A los pocos minutos vieron una isla mucho más grande que rápidamente crecía en el horizonte.
—Esa es Taquile, es una de las islas más grandes, fue de los últimos reductos que resistieron a los españoles —dijo con un guiño para Lorién—. Estos la utilizaron como prisión. Actualmente debe de tener unos dos mil doscientos habitantes, es larga y estrecha, como van a poder ver, vamos a pasar cerca. Todavía conserva muchas muestras de arqueología Inca. Es un lugar maravilloso para vivir, mucha pesca, muy buen clima y buenas cosechas, mucho más que en el continente.
Siguieron acercándose a la isla, observaron que iban a pasar cerca del lado más estrecho, mientras se alargaba hacía poniente. Vieron a la gente de lejos, los cultivos y varios botes de pesca. Atrás iba quedando el continente, de Puno solo se veían los barrios altos, mientras poco a poco fueron apareciendo en el horizonte las montañas al otro lado del lago, al principio de forma difusa y cada vez más nítidas. Zule y Lorién viajaban en la cabina, saliendo de vez en cuando a observar algo en particular. Era muy temprano y hacía frío y con el viento producido por la aceleración del bote, más todavía. Gregorio, por su parte, no parecía preocupado, sentado con el timón en la mano, un gorro y el rostro descubierto y curtido, con su perenne sonrisa.
—¡Qué lago mágico este! —comentó Lorién—. Es realmente un

lugar increíble, cuánto me gustaría tener el tiempo para recorrerlo y conocerlo en buena forma, debe de ser uno de los lagos más extraordinarios del mundo.
—Claro que es mágico —afirmó Gregorio—, si pudieras conocer las islas del Sol y de la Luna, con sus templos, santuarios y centros ceremoniales, construidos desde la cultura Tiahuanacota, mucho antes que la Incaica, como del siglo II de nuestra era, con su vegetación y sus montañas, te darías cuenta de lo mágico que es. Se dice que, de la isla del Sol, salieron los legendarios Manco Cápac y Mama Ocllo para fundar el Tahuantinsuyo, el Imperio Incaico. Para todas las culturas del altiplano ha sido central el lago, en todas las tradiciones figura como el lugar donde se inició la vida. Es mágico, ya lo creo que sí.
La orilla del lago a la que se dirigían fue apareciendo en el horizonte lentamente, hasta divisarse la pequeña villa que configuraba Puerto Carabuco. Finalmente llegaron y desembarcaron, dejando el bote amarrado en el embarcadero. Se dirigieron a una casa donde los salió a recibir un señor de unos cincuenta años, bajito, rechoncho y de aspecto fuerte.
—Este es don Armando —les presentó Gregorio—, ellos son Fernanda y José —les guiñó un ojo cómplice, mientras estrechaba la mano de don Armando, imitándole Zule y Lorién—. Don Armando, nos puede arrendar su camioneta, necesitamos hacer un viaje a Tiahuanacu. Se la traigo de vuelta a la tarde.
—Claro que sí, no hay problema, usted siempre me ha respondido bien, Gregorio, aunque es mejor avisar antes por si acaso, pero la tengo disponible para usted.
—Excelente, don Armando. Le dejo encargado mi bote, échele un vistacito de vez en cuando.
—Con todo gusto, que tengan un buen viaje —se despidió, pasándole las llaves a Gregorio.
Subieron a la camioneta y partieron rápidamente.
—Francisco me dijo que había que ser discreto con vuestros nombres —les dijo, guiñándoles el ojo de nuevo.
—Gracias —dijo Zule—. La verdad es que toda precaución es poca y tengo que reconocer que a veces no somos lo suficientemente cautos

—le sonrió.
—Después que nos separamos anoche, me encontré con unos amigos que acababan de llegar de Cusco y me contaron toda una historia increíble con un helicóptero y dos jóvenes, que eran los que habían iniciado todo esto en la sierra. Me los describió y no hay dudas, es difícil no reconocerlos... Quién lo hubiera imaginado, que fueron ustedes los que pusieron en marcha semejante fenómeno —comentó, asombrado.
—Ves, ahí tienes la prueba de lo poco discretos que somos, a pesar de que tenemos a todo el mundo buscándonos —convino ella.
—Supongo que la brisa del lago les habrá abierto el apetito. En mi mochila cargué algunas cosas, algunos sándwiches, agua, un termo con café. Lorién, saca lo que quieras y el resto nos lo pasas a nosotros —dijo Gregorio.
Comieron tranquilos, mientras avanzaban sin prisa por una carretera asfaltada no muy transitada, con el espectáculo del lago a su derecha.
—¿Ven esas islas? La grande es la isla del Sol y la pequeña la de la Luna. Más al fondo, lo que parece una isla grande, en realidad, es una península. Ahí está Copacabana y el estrecho de Tiquina. Tiene unos ochocientos metros de anchura. Hay barcos ferry que trasladan los vehículos hasta Copacabana. Ahí se encuentra la Virgen de Copacabana, la más venerada en Bolivia. En realidad, desde antiguo se veneraba a Kopakawana, una deidad que favorecía las uniones y daba fecundidad a la pareja. Es como la Afrodita Andina, jajajá. Cuando llegaron los cristianos, construyeron una iglesia y a la virgen le pusieron el nombre de la diosa. Bueno, es lo mismo que han hecho en tantas partes del mundo. Es una ciudad preciosa, con constantes peregrinaciones, muy buena cocina, sobre todo de pescado.
—Ya estamos llegando a Achacachi y… —se interrumpió de golpe —. Parece que tenemos un control de carretera. No estaba ahí antes, así que, seguramente, tiene que ver con el fenómeno de Los Mensajeros y con ustedes. Déjenme hablar a mí.
Efectivamente, unos cien metros adelante se veía un improvisado control de carretera, con tres policías y su vehículo. Les dieron la señal de detenerse. Lorién le tomó la mano a Zule y comenzó a

conectar con la Fuerza, ella hizo lo mismo, en cuestión de segundos estaban sintiendo ese bienestar y profundidad sin igual, que daba el contacto con lo Sagrado.
—Buenos días oficial, soy Gregorio, trabajo en turismo. ¿Sucede algo? —dijo con tono cordial.
—Los documentos, por favor —dijeron con voz seca—, también los del vehículo.
—Mire oficial… —trató de seguir conversando Gregorio, pero fue interrumpido abruptamente.
—¡Los documentos, he dicho y ni una palabra más! —gritó con malos modos el policía con galones de Cabo, mientras sus dos compañeros los encañonaban con las ametralladoras.
Lorién y Zule salieron del vehículo con calma, dejando que se expresara a través de ellos el profundo afecto y deseos de bienestar que sentían hacia los tres policías. A estos les fue cambiando la expresión de molestia y bronca, por una de agradecimiento y felicidad. Finalmente, el policía que había llevado la voz cantante, soltó la pistola que tenía empuñada en la funda como si quemara, y les dijo que no se preocuparan, que todo estaba bien, que no hacía falta que les mostraran sus documentos, que se notaba que eran gente de bien. Los otros dos policías también soltaron las ametralladoras, avergonzados, mientras asentían ante las palabras del cabo.
—Les pido disculpas —siguió diciendo el cabo— por mi brusquedad y mal trato. Si hay algo que podamos hacer por ustedes, lo haremos encantados.
—Nosotros también queremos pedirles disculpas —dijeron sonrojados los otros dos policías.
—No se preocupen, ustedes están cumpliendo con su deber —dijo Zule.
—¿Nos pueden contar qué es lo que ha sucedido por aquí? ¿Por qué está este retén de control en la carretera? —preguntó Gregorio—. Antes no estaba.
—Queridos hermanos, esta mañana nuestro Teniente nos comunicó que algo muy raro estaba pasando en Perú. Que había un caos enorme por todos lados y que ya estaba llegando a Bolivia a través

del Desaguadero. Con este motivo triplicaron el contingente policial en la aduana que se encuentra allí. Y a nosotros nos mandaron para que cubriéramos esta parte, por si acaso...—comentó el cabo.
—¿Alguna otra información? —preguntó Lorién.
—No, nada más, solo que estos dos últimos días hemos escuchado rumores de gente que se transforma de un momento para otro y se hacen llamar Mensajeros y cuentan cómo lo ven todo de una forma nueva y sagrada. La verdad es que me parecían puras tonteras de la gente que cree en cualquier cosa. Ahora, al verlos a ustedes y sentir toda esta belleza que siento por dentro, la verdad es que ya no me parece ninguna cosa rara. ¡Por el contrario, siento que estaba muy equivocado! —exclamó el cabo—. Bien, casos de esos se rumoreaba que estaban pasando por todos lados, hasta en La Paz, pero oficialmente nadie ha dicho nada. Solo que todas las fronteras con Perú estaban bloqueadas por precaución. No se sabía si era un virus, si eran terroristas o solo gente crédula —terminó incómodo el cabo.
—No se preocupe. ¿Por cierto, cómo se llaman ustedes? —dijo, de forma festiva, Lorién.
—Mi nombre es Miguel —dijo el cabo, — ellos son José y Ramiro.
Saludaron cada uno al escuchar su nombre con una amplia sonrisa.
—No se preocupen —repitió—, está todo cambiando muy rápido y nuestras formas anteriores todavía nos confunden. Ahora seguramente sienten un agradable bienestar dentro de ustedes, como que perciben de alguna manera también algo grande y bueno en nosotros. ¿Verdad? —Asintieron ellos vigorosamente—. Al tomar contacto con la Fuerza interior, con lo Sagrado, todo se aclara y ordena. ¿Quieren experimentar con mayor profundidad la Fuerza dentro de ustedes?
—Sí, por favor —se manifestaron los tres.
—Bien —dijo Lorién, mientras se acercaba a ellos y les pedía que se tomaran los tres de las manos, mientras él les tomaba también las manos, formando un pequeño círculo.
Dejó fluir la Fuerza a través de sus manos hacia ellos, con mucho afecto y cariño. Los tres se sacudieron un tanto sorprendidos para inmediatamente dejar que una amplia sonrisa se instalara en sus

rostros, mientras unas blandas lágrimas de felicidad les caían por las mejillas y se abrazaban entre los tres. Después les pidieron permiso a ellos para abrazarlos y agradecerles por toda la hermosura que sentían dentro sí mismos y por toda la belleza que percibían en ellos.
—Nunca me había sentido más vivo —dijo Ramiro—. Nunca había sentido este inmenso bienestar. Es como abrir los ojos al mundo por primera vez —dijo un poco avergonzado—. Si hasta veo el mundo de forma poética —se animó.
—Nunca había sentido este amor hacia el mundo y hacia mí mismo. Siempre pensé que era un pobre diablo —dijo a su vez José, mirando con pudor a sus compañeros—, pero ahora me doy cuenta de que soy algo enorme, un verdadero milagro. Ya no tengo temores, ni tengo que demostrar nada a nadie. Soy como siempre quise ser —terminó enfático, mientras sus compañeros asentían.
—También me siento avergonzado por todo lo malo que hice —comentó Miguel, sonrojado—. No voy a detallarlo ahora, pero se me cae la cara de vergüenza.
—Todos venimos del mismo lugar Miguel, todos —dijo Gregorio con afecto—. Hasta ayer me reía de estas cosas, de todos los que contaban y contaban cómo habían visto cambiar a otros, me sucedía lo mismo que a ti. Hasta anoche, que asistí a una ceremonia con un amigo y todo cambió. Ahora soy un Mensajero de la vida, porque lo de antes no era vivir. Mi nombre es Gregorio, ellos son Fernanda y José. Aquí les dejo estas hojas con la ceremonia que hicimos anoche, por si la quieren hacer con amigos, vecinos, familiares, compañeros de trabajo. Estamos cambiando el Mundo, después de Perú viene Bolivia y después el mundo entero —comentó exaltado, mientras les pasaba las hojas de la ceremonia.
—Yo como policía llego hasta aquí —dijo Miguel—, no quiero tener nada que ver con armas.
Sus compañeros asintieron en acuerdo.
—Antes de abandonar uniforme y armas, les pedimos que nos acompañen con el coche patrulla hasta la Paz y nos abran paso, por si llegara a haber algún control en el camino o alguien nos detiene. ¿Les parece bien?

—Por supuesto, exclamó Ramiro, yo los acompañaría hasta el fin del mundo si me lo piden.
Los demás estuvieron de acuerdo.
Partieron hacia La Paz con el coche patrulla delante abriendo paso. En el camino se encontraron otro puesto de control, con otra patrulla. Miguel paró y habló con ellos, indicándoles que tenían que escoltar a estos amigos porque tenían un mensaje urgente que entregar en la comandancia. Sin más trámite los dejaron pasar.
Llegaron finalmente sin problemas al aeropuerto en el Alto, en La Paz. Se despidieron de Gregorio con un abrazo enorme.
Después les pidieron a los tres policías que los acompañasen a comprar los pasajes y que averiguasen cual es el primer avión despegaba hacia la India. Resultó que había un vuelo de Lufthansa que partía en tres horas, haciendo escala en Santa Cruz de la Sierra y en Berlín, antes de llegar a Delhi, en India. Se dirigieron al mesón a comprar los billetes haciéndole sentir al funcionario el gran afecto que sentían por él y el maravilloso ser que era. El funcionario estaba con cara malhumorada, peleando con unos documentos y, de repente, levantó el rostro. Se le fue formando una sonrisa al verlos.
—Pasen, pasen, por favor. Qué gusto me da de poder atenderlos. ¿En qué puedo ayudarles?
Ellos le comentaron que necesitaban comprar los pasajes, pero que tenían problemas con los pasaportes. Él, feliz, se los vendió, sin darle mayor importancia a que los pasaportes no tuvieran los visados de entrada al país. Después los acompañó al mesón de embarque de Lufthansa, donde habló con un compañero, facilitándoles el paso inmediatamente para embarcar sus equipajes y donde se les entregó sus tarjetas de embarque. Finalmente se despidieron de él afectuosamente.
Zule les pidió a los amigos policías que los acompañaran a policía internacional, para hablar con alguien que les franqueara el paso, les visara el pasaporte y no les hiciera problemas. Los acompañaron a una oficina y al entrar y darle la mano al funcionario Lorién le transmitió su afecto. Él, sin ningún problema, les visó el pasaporte y les franqueó el paso a la zona de embarque. Aprovecharon para despedirse de los amigos policías, que los estrecharon entre sus brazos como si fueran los seres más queridos.

Eran las tres de la tarde, quedaba una hora para subir al avión. Zule y Lorién, con un suspiro, se separaron de sus amigos con cierta melancolía. Era la despedida del altiplano, de los poderosos Andes, en los cuales, ellos mismos, se habían transformado. Ya no eran los adolescentes que habían partido de Estambul, eran otros seres que se habían metamorfoseado. Se miraron en silencio, sabiendo cada uno lo que estaba sintiendo y pensando el otro. En un segundo revivieron todos los acontecimientos desde que llegaron a Perú. ¡Hacía apenas una semana!
Sorprendidos por todo lo que habían vivido y puesto en marcha en una semana, por todo lo que habían crecido, finalmente se abrazaron sin palabras, en un abrazo sin tiempo. Sintiendo como eso Sagrado y enorme que llevaban dentro había crecido de una forma imposible. Finalmente, se separaron.
—Sabes, me acabo de acordar que hoy es mi cumpleaños —dijo Lorién como de pasada, un tanto sorprendido por lo mundano del tema.
—Vaya, vaya, qué callado lo tenías, es que te da vergüenza hacerte viejo —se burló ella—. Bien, vamos a celebrarlo con un café y un pastelito en la cafetería, nos queda poco tiempo —dijo, tirándolo del brazo en dirección a la cafetería.
Pidieron unos pasteles y unos cortados, Zule habló en voz baja con el camarero pasándole un billete disimuladamente. Lorién quedó curioso, sin saber qué le había dicho. De pronto una voz se escuchó por los altoparlantes.
—Estamos en un significativo día, celebramos el cumpleaños de Lorién, que se encuentra en aquella esquina.
Y apareció el camarero con un pastelito con una vela, mientras la voz seguía:
—Cantémosle el cumpleaños feliz todos juntos.
Y comenzó dando ejemplo en el mismo momento que el camarero, con el pastel y la vela, llegaba frente a Lorién.
—Cumpleaños feliz, te deseamos a ti, cumpleaños Lorién, que los cumplas feliz.
Toda la gente entre risas se unió al coro de celebración, muchos brindando con sus bebidas en la mano.

—Vamos Lorién —prosiguió la voz por el parlante—, antes de apagar la vela, tienes que pedir un deseo.
Lorién, sorprendido y rojo hasta la raíz del pelo, miró dubitativo al camarero con el pastel, a la gente que le cantaba y brindaba por su cumpleaños y finalmente a Zule, que lo miraba con su expresión más traviesa y picaresca. Finalmente, Lorién se concentró, cerró los ojos y pidió profundamente antes de abrir los ojos y apagar la vela de un soplido. Inmediatamente el silencio estalló en muchos aplausos, silbidos y gritos entre la gente. Lorién abrazó a Zule y le dio un largo beso en los labios, con lo que se redoblaron los aplausos y expresiones de entusiasmo, animándolos a que siguieran besándose. Ahora le tocó el turno de ponerse colorada a Zule. Se separaron y agradecieron a todos con inclinaciones, sonrisas y besos.
Un espacio, donde apenas había un pequeño ruido de fondo, en cinco minutos lo habían convertido en un espectáculo. La gente que esperaba sus embarques se fue acercando a ver qué ocurría, hasta juntarse una multitud de cientos de personas que los miraban con afecto y complicidad. Esos pocos minutos rompieron el aislamiento y el individualismo de cientos de personas, que por unos momentos compartieron ese ser parte de la misma espontánea fiesta.
Finalmente, se comieron sus pasteles y bebieron los cortados, muertos de la risa entre bromas mutuas. En ese momento avisaron por altavoz el embarque de su vuelo. Dejaron una buena propina y se despidieron de los camareros con afecto y de la gente que estaba en la cafetería, que los despedía con todo tipo de expresiones de simpatía y cercanía. Se encaminaron rápidamente a la puerta de embarque, donde hacían fila muchos de los que estuvieron animándolos en la cafetería, que los miraron cordialmente y haciendo comentarios entre ellos, mientras los señalaban sonrientes. Mostraron sus documentos y embarcaron sin problemas. El avión estaba a medio llenar, seguramente en Santa Cruz de la Sierra subiría más gente hasta Berlín.
—Eres incorregible Lorién, no hay caso contigo, siempre por donde pasas necesitas llamar la atención. ¿No te parece mucho? —dijo ella, con falso tono de reconvención—. Estamos diciéndole a todo el mundo que sean discretos y tú a lo tuyo, a llamar la atención. No sé

qué se te va a ocurrir arriba del avión. ¿Hacer un striptease? ¡No tienes remedio! —terminó, muerta de la risa.
—Bueno, bueno, tú tampoco lo has hecho nada de mal, eres mi mejor ayudante para generar shows.
—¿Cómo que ayudante? —retrucó ella—. Aquí el único ayudante eres tú, a ver ahora si te vas a creer el dueño del circo. ¿Qué te parece? Los hombres son todos iguales, les das un poco de manga ancha e inmediatamente creen que son los dueños de la creación. ¡Si es que os tenemos muy mal criados! —se rió ella.
Él la agarró con cara de enojo y empezó a darle besos, al principio para molestarla y no dejarla seguir hablando y finalmente se fueron entusiasmando los dos, hasta que una voz les dijo:
—Por favor, se pueden poner los cinturones, estamos despegando.
Era la azafata.
—¿Ves las vergüenzas que me haces pasar? Contigo no se puede ir a ninguna parte, en seguida te sobrepasas. ¿Qué va a pensar la gente de esta casta y pudorosa doncella? Por tu culpa estoy agarrando muy mala fama, debería de darte vergüenza —le decía ella, mientras le hacía arrumacos y lo besaba muy divertida.
El avión despegó y el Alto se fue extendiendo bajo las alas. Inmenso en su planicie, con sus miles de casitas. Subieron un poco más y pasaron por encima de La Paz, ese maravilloso anfiteatro que cobija a la ciudad con forma de embudo, que va desde los cuatro mil metros del Alto, hasta los tres mil doscientos de Sopocachi y Miraflores, en la zona baja de la ciudad. Qué belleza la vista desde arriba, qué ciudad extraordinaria con el poderoso y bello Illimani al fondo, con su cumbre nevada, como una especie de guardián, dándole un toque perfecto para esta ciudad de ensueño, que en la noche se transforma en una montaña de luces derramándose por las laderas del monte.
El avión se siguió elevando y pudieron ver a lo lejos el lago Titicaca, brillando con los rayos del sol. Dejaron atrás La Paz y pudieron contemplar las bellas cumbres que rodean la ciudad, para finalmente comenzar el descenso hacia Santa Cruz. Fue cambiando rápidamente el paisaje de lo agreste de las alturas a la ceja de selva, que comenzaba a partir de los tres mil metros en un verde paisaje

semi tropical, que iba descendiendo por las montañas, con coloridos pueblitos perdidos entre ellas. Después pasaron por encima de Cochabamba, una bella ciudad a unos dos mil seiscientos metros de altitud, con un verde paisaje alrededor. Al poco rato comenzaron a ver la inmensa selva amazónica de Bolivia, que se extendía ante sus ojos como un verde tapiz sin fin, con los grandes ríos serpenteando entre medio, convirtiéndose en las principales vías de comunicación y transporte junto con las carreteras.

—Qué increíble país de contrastes de culturas y paisajes —comentó Zule—. Desde las desoladas y duras alturas del altiplano Andino, donde no crece casi nada, a las inmensas planicies de la selva, con su tremenda y prolífica vegetación. Desde los Collas del altiplano Andino, con sus rostros poco expresivos, cincelados en piedra y quemados por las extremas temperaturas, con sus miradas profundas, pérdidas en el horizonte, que miran más hacia adentro que hacía afuera, con su carácter introvertido y su melancólica música, abrigados por múltiples capas de ropa, hasta los Cambas del oriente amazónico, con sus sonrientes y expresivos rostros acostumbrados a la exuberancia y generosidad del entorno natural en el que viven. Acostumbrados a vivir al día, al colorido y bullicio, tan extrovertidos estos, como introvertidos aquellos, con su ropa ligera y colorida y sus constantes fiestas y bailes. Y finalmente todos iguales, como el resto del mundo, un pequeño barniz de diferencia en cuanto al color de la piel, la estatura, el idioma, la cultura, pero internamente la misma identidad esencial, los mismos rasgos esenciales —se admiró ella.

—¿Qué son esos rasgos esenciales? —preguntó Lorién.

—Las esencias de los procesos mentales. Son las cosas comunes de la gente, independiente de su cultura, de su conformación, de su intelecto. Son las cosas comunes, en las que trata de moverse La Escuela desde tiempos inmemoriales. Al tocar o activar ciertas partes dentro del Ser Humano, se despliegan los mismos fenómenos. Como hemos estado viendo con la experiencia de Fuerza. Con la misma ceremonia se despliegan fenómenos y conexiones muy similares —comentó pensativa Zule—. Total, para el que quiere ver diferencias, siempre las va a encontrar, cuanto más superficial te hagas, más diferencias vas a ver. Empiezas en la ropa y después...

En nuestro caso es ir en la dirección opuesta, como de costumbre, jajajá, no hacia la ropa, no hacia la diversidad, sino hacia esa cosa íntima, más profunda y similar a todos. Estamos hablando de una religiosidad profunda, cuanto más profunda, mejor. Efectivamente está creciendo en todos lados la espiritualidad explícita o implícita. Y la expresión de La Escuela a través de su Mensaje, ya que estamos en eso, es una fuerza que se va abriendo paso poco a poco, por sus componentes espirituales, no por otra cosa.
—¿Por qué llega a la gente tan fácilmente? —volvió a preguntar él.
—Llega al corazón de la gente por el contenido espiritual que tiene. Así es que acá, no se necesita buscar a esos intelectuales que se convierten en los teólogos de los nuevos momentos. No, para qué necesitamos a un teólogo, para qué necesitamos a un filósofo. No es así, tiene que ser sencillito y mientras más sencillo mejor. Como lo hemos venido haciendo nosotros y como lo ha venido haciendo la gente que ha ido despertando. Eso es lo que se está abriendo paso en un mundo cada vez más complicado, más desordenado, más revoltijado. Se está abriendo paso por unos códigos, pocos códigos, que lleguen a las personas y que toquen lo esencial de la gente que cada día va a ser más diversa. ¿Cómo vas a comunicar a toda la gente entre sí, si no se entiende uno ni con su propio espejo? Será con los rasgos esenciales de las personas. Esos serán muy parecidos. Entonces conectar con los rasgos esenciales de los seres humanos tiene su gracia.
—Es cierto Zule —convino Lorién—, es cosa de vernos a nosotros, dos simples jóvenes, con un Mensaje sencillo. Rápidamente se está multiplicando y se ha ido multiplicando, no por los intelectuales de turno, los formadores de opinión, sino por la gente sencilla con la que hemos ido topando. Por eso se hace imparable este Mensaje, por su simpleza, que permite a todo el mundo conectar con lo Sagrado dentro de sí, con su religiosidad interior y ésta, al estar desprovista de los rasgos culturales, se expresa de una forma muy parecida en todos lados. Tengo curiosidad por ver qué va a pasar en India, ese pueblo antiquísimo, forjador de las religiones más antiguas del planeta. Tengo ganas de ver cómo responde ante el estímulo del Mensaje.
En ese momento el comandante del avión anunció que estaban

arribando a Santa Cruz. Ante ellos se desplegaba la hermosa Santa Cruz, rodeada de exuberante vegetación tropical.

—Una de las ciudades de más rápido crecimiento en América Latina —le contó Zule—. Es la ciudad más poblada de Bolivia, con aproximadamente un millón y medio de habitantes, eje del desarrollo industrial del país. Desde el aire se aprecia como si fuera una diana de dardos, o una tela de araña, que se ha ido expandiendo desde un centro de forma circular, en lugar de cuadrada como es lo habitual, con grandes avenidas longitudinales y circunvalaciones que las unen entre sí. Con el río Piraí que la acompaña. Qué tremendo cambio, desde los cuatro mil metros de altura del Alto en La Paz, a los aproximadamente cuatrocientos de Santa Cruz.

Descendieron algunos pasajeros y después comenzaron a embarcar, hasta que casi se llenó el avión. La próxima escala sería Berlín, allí tenían que cambiar de avión para llegar a Delhi.

—Estos países son maravillosos —comentó Zule—, son países muy nuevos y tienen una diversidad cultural muy rica. El problema es que todavía siguen teniendo rasgos de sociedades feudales, con sus grandes terratenientes o empresarios, o la nueva aristocracia del dinero. Con una enorme desigualdad en la repartición de la riqueza y una constante privación de los derechos básicos a la gente de menos recursos, que es la mayoría —se quedó pensativa un rato—. Me recuerda una historia que me contó mi padre cuando era pequeña.

—Bueno, pero todavía sigues siendo pequeña —se burló Lorién.

—Cuando era más pequeña todavía, bocazas —le dijo, mientras lo golpeaba con el puño—. ¿Quieres que te la cuente, o no?

—¡Por supuesto! No me la perdería por nada del mundo.

—Bien, aquí va, se llama El Espíritu y la Opresión:

> *Existió un hombre muy poderoso que tuvo gran cantidad de ovejas. A fin de impedir su escape levantó un cerco. Sin embargo, algunas rompían la prisión y lograban fugar. Para evitar esto, el hombre poderoso trajo perros que las vigilaban noche y día.*
>
> *A pesar de todo, algunas podían huir y otras eran muertas por los cuidadores que arruinaban su carne y su piel con*

feroces dentelladas. Entusiasmados con esto, penetraban al redil continuando la matanza.

Vio el hombre poderoso que el cerco era frágil para contenerlas y los cuidadores peligrosos.

Mandó entonces en busca de un mago. Este durmió a todas las ovejas y les hizo soñar que eran libres. Al despertar, siguieron creyendo que obraban voluntariamente y ya no abandonaron a su amo.

De este modo, el hombre poderoso retiró el cerco y los cuidadores, bastando tomar de las ovejas a su gusto cuando necesitaba de carne y de piel.

—La oveja, es el espíritu del Ser Humano —prosiguió Zule—. El hombre poderoso, aquél que quiere utilizarlo. El cerco, los perros y el mago, son los ayudantes del opresor. Cercar el espíritu, es separarlo del mundo por la ignorancia. Rodearlo con cuidadores, es mantenerlo en la docilidad por la violencia y la fuerza, infundiéndole el temor. Finalmente, adormecerlo, es degradar el espíritu con persuasión y con bellas falsedades. A través del tiempo, se han usado esas tres formas de asesinato del espíritu. La ignorancia y el temor no han sido suficientemente poderosos como para contener los impulsos de libertad. Por otra parte, un hombre ignorante y temeroso no es tan útil al opresor como aquel que ha sido instruido y no es necesario ejercer ya violencia en él, porque está de acuerdo con la infamia. Cuando un hombre no necesita de cercos ni de cuidadores y está conforme con la falsedad de su vida, es porque su espíritu ha muerto —declamó Zule, un tanto exaltada —. Hay quienes venden su libertad interior con tal de lograr seguridad o bienestar material. Estos son los que se dicen libres, porque no desean otra vida y les resulta injurioso quien habla de la necesidad del Despertar. Cuando los hombres duermen de ese modo, colaboran con la opresión y producen en bien del opresor. A ellos se les considera útiles a las causas del Estado, que a la vez sirven dócilmente a los poderosos que están detrás. Un hombre que se ha degradado a tal punto, es un triunfador y se lo pone como ejemplo de trabajo y como ejemplo de superación. Ese recibe su paga a costa del sufrimiento de otros a quienes considera incapaces. El triunfador puede llegar a serlo únicamente colaborando con los

mandatos del amo, se llame Estado, Moral o Religión. El falso triunfador duerme, pero a menudo sus sueños están llenos de sobresalto, porque tarde o temprano algunas ovejas despiertan y comienzan a despertar a las demás... Poco a poco en el redil se advierte que ya no se cree en la falsa libertad.

—Por eso el Mensaje va hacia los fracasados —dijo Lorién—, por eso nos persiguen con tanto ahínco los poderosos. En realidad, están asustados.

—Sí —dijo ella—. Fracasados son los pobres y los enfermos y los sin fuerza y los sin porvenir. Son los que han sido defraudados en sus ideales, truncados en sus amores, escarmentados en su fe, traicionados en su bondad.

—Me estoy acordando de algo que leí en los textos que me paso Federico —dijo Lorién, pensativo—. A ver si me acuerdo:

> *Aquellos que llevaron el fracaso en su corazón pudieron alumbrar el último triunfo, aquellos que se sintieron triunfadores quedaron en el camino como vegetales de vida difusa y apagada.*

—Yo siempre me sentí un fracasado —comentó Lorién—. Desde pequeño, sentía que algo estaba mal en mí, los demás eran felices, se adaptaban y yo no entendía nada. Recuerdo que desde pequeño lo que siempre me movió fuertemente fue la injusticia y la necesidad profunda de ayudar a otros. Cuando de chico me preguntaban qué quería ser de mayor, miraba a mi alrededor y no quería ser nada de lo que veía. Después, de adolescente, lo mismo, me iba mal con los estudios, por la forma impositiva y poco reflexiva de acercar el conocimiento. Así me fui alejando de los estudios oficiales, para leer por mi cuenta todo tipo de libros de filosofía clásica, de místicos, de buscadores… Hasta que empecé a encontrar en algunos de ellos algunas respuestas a mis inquietudes, que no había encontrado nunca en mi medio. Los libros, puedo decir que me salvaron la vida, me salvaron la psiquis y el espíritu. Sin ellos no sé si hubiera podido sobrevivir —suspiró—. Fueron años duros, tenía dificultades con todo, ni siquiera me resultaba salir con chicas, a los pocos días la cosa ya no funcionaba y yo tenía claro que la culpa era mía, nuestros intereses no coincidían. Yo buscaba y buscaba y no había caso. Como forma de evasión ante esa

realidad aplastante, comencé a beber a muy temprana edad, como a los trece años y constantemente tomaba más de la cuenta. Durante las borracheras, de alguna forma se ablandaba o se alejaba ese mundo en el que yo no tenía espacio, y entre borrachos y delirantes, cualquier cosa era mucho más entretenida que jugar a ser triunfador en un mundo en el que no teníamos cabida. Así que nos la pasábamos haciendo locuras de todo tipo. Varias veces estuve a punto de perder la vida como ya te conté. La verdad es que estoy vivo de milagro —comentó reflexivo Lorién—. Afortunadamente, cada cierto tiempo, dentro de mi soledad o de mi relación superficial con mucha gente, me encontraba con algunos amigos con los que recorríamos algunos tramos del camino y después, de vuelta a la soledad. Cada uno de estos compañeros, al igual que los libros, fueron los que me salvaron la cordura y la vida y les estoy profundamente agradecido. En eso estaba cuando me encontré con Federico, en un constante pendulazo entre la búsqueda profundamente anhelada y el sinsentido más total, donde recaía en borracheras de días y días y donde hacía todo tipo de locuras para descargar las enormes tensiones internas que iba acumulando con mi fracaso incesante, con mi desencaje constante con el mundo. Por eso, a pesar de la locura de su propuesta, yo prácticamente no dudé ni un segundo y me lancé al precipicio, sin saber si había red. ¡Y aquí estamos! Gracias a esto te encontré a ti y he tenido el privilegio de vivir estas maravillosas experiencias. Quién lo diría, todavía no hace un mes y parecen años desde aquel día que Federico me encomendó la misión —terminó Lorién, reflexivo.
Zule lo abrazó con cariño y en silencio. En eso estaban cuando el comandante del avión avisó que estaban a punto de despegar y que se abrocharan los cinturones de seguridad.
Volvieron a disfrutar del paisaje hermoso de aquel fecundo vergel y poco a poco tomaron altura, para terminar distinguiendo solo la enorme y tupida selva y los grandes ríos serpenteándola, como los únicos caminos visibles desde el cielo.
A los pocos minutos pasaron a servirles un refrigerio, que agradecieron porque ya eran pasadas las siete de la tarde. Por delante tenían trece horas hasta Berlín. Inmediatamente se durmieron los dos, agotados por tantas vivencias y por el cansancio

acumulado.
Los despertó la azafata a la hora de la cena, eran casi las once de la noche. Se desperezaron un poco, fueron al baño y cenaron. Finalmente, una vez que recogieron las bandejas de la cena, se levantaron a estirar las piernas. Se fueron encontrando con gente que les sonreía, sin duda eran algunos de los que habían estado en la celebración del cumpleaños de Lorién. Ellos les devolvían el saludo o la sonrisa con mucho gusto. Un hombre de unos treinta y cinco años, alto, delgado, con aspecto europeo, se les acercó con una sonrisa.
—Aprovecho para felicitar al cumpleañero ahora de cerca —dijo con un fuerte acento francés, tendiéndole la mano y la sonrisa a Lorién.
Después saludó con un beso en la mejilla a Zule.
—Son ustedes una pareja muy llamativa y notable, no solo por la alegría que destilan, no solo por los jóvenes que son, ni siquiera porque tengan hermosos rostros. Es un algo, una sintonía que tienen entre ustedes y que de alguna forma nos hacen cómplices a los demás con sus miradas afectuosas. Es raro ver a gente que mire a los demás sin prevenciones, casi viéndolos como hermanos. Hay una familiaridad con la que se mueven hacia y con los demás que es muy llamativa, claramente les gusta la gente. Eso se nota y yo lo reconozco, porque me sucede lo mismo. Hay, además, un aura, un brillo que les rodea. Ustedes tienen algo más que no sabría definir. Perdón, lo primero es presentarme, disculpen la falta de delicadeza. Mi nombre es Jean-François —dijo con una pequeña inclinación de cabeza.
—Yo soy Zule y él es Lorién, el famoso cumpleañero —se rió ella—. ¿Qué andas haciendo por estos lados Jean-François? —preguntó.
—Oh la, la, América Latina como África para mí son como mi casa, los amo. Amo a sus gentes y me encanta perderme entre ellas, cuando puedo, por un tiempo. Habitualmente trabajo con la cooperación francesa en África. Ahora estuve unos siete meses dando vueltas por estos maravillosos pueblos, desde la costa, a la sierra y la selva por Ecuador, Perú, Colombia, Brasil y Bolivia. He estado viajando sin rumbo hacia donde me iban indicando las señales. A lo largo de mi viaje, prácticamente sin dinero, me fui

encontrando con personas con la que viajaba un tiempo hermanados, fui recibido en casas por gente maravillosa, en muchos casos personas muy pobres que me entregaron una barbaridad. Tanto que a veces me sentía miserable en mi forma de relacionarme con el mundo y eso que yo me consideraba una persona sensible y generosa. En fin, ha sido una experiencia maravillosa, llena de aprendizajes, de algunas experiencias que podríamos llamar de tipo místico y un montón de cosas que todavía no integro, no mastico en mi interior y que con el pasar del tiempo irán decantando. Vine a conectar con esta hermosa gente y a la vez a encontrarme a mí mismo. Vuelvo más sensible, vuelvo con la sensación de haberme renovado y desde esta sensibilidad es que me surge la intuición de que en ustedes hay mucho de esto. ¿O me equivoco? —preguntó con una sonrisa.

Zule y Lorién se sonrieron a su vez.

—¿Quieres conectar internamente con algo todavía un poco más profundo que lo que nos cuentas?

—Por supuesto —dijo él, rotundo y serio.

—Bien, relaja tu cuerpo y déjate invadir por la luminosa Fuerza que despertará en tu interior tus espacios Sagrados —dijo Lorién, al tiempo que le hacía una imposición de manos.

Jean-François abrió mucho los ojos y un segundo después, lo invadió una sonrisa enorme y beatífica, algo en él pareció expandirse. Los miró con los ojos emocionados y agradecidos. Después observó a su vez al resto de las personas que estaban en el avión, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Qué bellos son todos, qué luminosos. ¿Cómo podemos estar todo el tiempo peleando entre nosotros, como es posible que no veamos lo maravillosos que somos y que son los demás? Es tan claro todo ahora, que yo existo porque tu existes, porque existen los demás. Que sin los otros no soy nada. Sentir esta Fuerza maravillosa, poder conectar con este espacio Sagrado dentro de mí, sin duda es lo más maravilloso que me ha sucedido nunca. De alguna forma con las experiencias que fui teniendo en mi viaje, intuía que éramos todos una misma cosa. Que cada persona es un universo maravilloso, pero eran intuiciones de realidades mayores, las que ahora tengo frente a mí. Les estoy completamente agradecido. Tengo ganas de ir a todos

ellos a contarles a ayudarlos a despertar, a abrir los ojos a esta nueva realidad con mayúsculas de la que la otra es solo un pálido reflejo. ¡Qué ciegos, qué sordos, qué insensibles estamos! —se exaltó él.

—Te vamos a pedir que por ahora mantengas cierta discreción sobre esta experiencia. ¿A dónde te diriges? —preguntó Zule.

—A Berlín, a ver a unos amigos que conocí en África. Estaré dos días y después vuelo a París, donde permaneceré una semana visitando familiares y amigos. Después regreso a África, a Burkina Faso.

—Entonces te queremos pedir que ni en este avión, ni en el aeropuerto en Berlín le manifiestes a nadie nada sobre este tema. En Berlín puedes expresarte con libertad y por supuesto en Francia y África. Nos están persiguiendo y no podemos dar señales muy claras para que nos sigan el rastro. Para facilitar que puedas difundir este Mensaje, aquí te dejamos estas dos ceremonias para que puedas compartirlas con tanta gente como quieras. Una es la experiencia de contacto con la Fuerza y la otra una ceremonia que le da contexto para que salga lo mejor de cada uno. ¿Te parece bien? —preguntó Zule.

—Ah, pero esto yo lo conozco —comentó Jean-François—, justo antes de subir al avión, me llegó un mensaje con esta ceremonia de un amigo de Brasil. Estaba deseando juntarme con algunos compañeros para hacerla juntos. Ahora con mayor motivo, después de experimentar la Fuerza directamente. Es algo maravilloso, ya estoy desesperado por llegar a Berlín para visitar a mis amigos e invitar un montón de gente con quién compartir este milagro —dijo él, agradecido y con los ojos brillantes.

—Vaya, vaya, así que la cosa ya está por todas partes. ¡Qué buena noticia! —se alegró ella.

—Ha sido un placer conocerte Jean-François —le dijo Lorién, dándole un fuerte abrazo—, ahora ya eres un Mensajero de lo Profundo… —terminó mirándolo a los ojos y fundiéndose con él por un instante.

Jean-François sintió el impacto de la fusión en un solo ser, esa despersonalización y conexión con lo suprapersonal.

—¡Esto es lo real! —expresó Jean-François con voz grave y ojos luminosos.
Se dieron un sentido abrazo también con Zule y se dirigieron a sus respectivos asientos, ya era pasada la medianoche.
—En seis horas más estaremos en Berlín —comentó Zule—, así que será bueno que echemos una cabezada, ya que en Berlín hay que cambiar de avión y tenemos una espera de casi cuatro horas.
—Me sigue impresionando como el sentido se abre paso —comentó Lorién, reflexivo—, cómo la gente que está en búsqueda termina encontrando. Como dicen en España: Dios escribe derecho con renglones torcidos.
—Bueno, ya no es hora de filosofar —se burló Zule—, es hora de dormir.
Le dio un beso y se acomodó para dormir en su asiento.
Lorién se despertó unas horas después con el ruido de nuevo de las bandejas y de las luces que se habían encendido en el avión. Levantó la tapa de la ventanilla y vio que era de día. Removió cariñosamente a Zule y esta abrió los ojos diciéndole con tono de enojo:
—¡No me gusta que me despierten! —y le dio un beso risueño.
—Buenos días, querida mía —le dijo Lorién—. Es realmente una maravilla despertar y ver tu rostro todos los días, un verdadero regalo, sí señor.
—Pues sí es verdad que tienes suerte —dijo ella socarrona—. A mí, sin embargo, lo que me toca es verte el careto todos los días. En fin, nadie dijo que la vida es justa —suspiró divertida.
—Son aproximadamente las 10 de la mañana en Berlín, en una hora estaremos aterrizando. ¿Has visto qué hermoso sol? —dijo él, mientras la abrazaba meloso.
—Tú como siempre, así como el que no quiere la cosa, hablando de cualquier tema y aún no se ha dado cuenta una y ya está atrapada entre tus garras otra vez. ¡Si es que eres un pulpo hijo! Está bien que hayas tenido carencias afectivas en la infancia, pero es que contigo. ¡Es un sinvivir! No dejas ni respirar, ni despertar, ni desayunar.
Terminaron riéndose a carcajadas con total despreocupación,

contagiando a muchos de los que se estaban despertando y de los que ya estaban despiertos, que los miraban con simpatía. Divisaron a Jean-François en su asiento, conversando animadamente con el compañero de asiento. Los vio a su vez y les hizo un saludo con la mano, al que ellos correspondieron con afecto. En ese momento llegó la azafata con el carro del desayuno deseándoles un buen día. Desayunaron con buen apetito, entre bromas. Les retiraron las bandejas y en seguida el comandante avisó que estaban comenzando el aterrizaje en Berlín, que se abrochasen los cinturones de seguridad.

—Berlín —dijo Zule como para sí—, la capital de Alemania, una de las ciudades más influyentes del mundo desde su reunificación, después del desmembramiento de la Unión Soviética y la caída del muro, que dividía a la ciudad en dos. Así como estaba dividido el mundo entre socialistas y capitalistas después de la segunda guerra mundial. Con la caída de la Unión Soviética, el mundo parecía quedar bajo el imperio norteamericano en expansión. Para las mentes ingenuas, había sido derrotado el socialismo y el capitalismo quedaba como vencedor en la arena histórica. Algunos hasta llegaron a declarar el fin de la historia, el fin de las ideologías. Sin embargo, los norteamericanos hicieron tan mal las cosas, fueron tan prepotentes y soberbios que, en lugar de constituirse en el nuevo imperio mundial, generaron todo tipo de tensiones y polarizaciones a nivel mundial, tanto a nivel político, como militar, como económico. La que parecía consagrarse como la única y gran potencia en el mundo, por sus errores ha terminado cediendo espacios en todos los campos. Hoy día estamos en presencia de un mundo multipolar. Pasó la oportunidad de convertirse en el primer imperio mundial. Por otro lado, vemos la tendencia hacia la Mundialización, que a diferencia de la Globalización (este es un término netamente economicista), se refiere a lo humano. Un proceso que resulta del simple desenvolvimiento de la historia. En efecto, con la mundialización que se desarrolla en todas las direcciones y latitudes y en donde las influencias de unos puntos sobre otros, de unas culturas sobre otras, de unas religiones, de unos estilos de vida, son recíprocas y van contribuyendo al intercambio en dirección a una civilización total

y, en definitiva, en dirección a una Nación Humana Universal. Esta será la primera civilización planetaria que el Ser Humano haya visto, y surgirá del corazón de la humanidad, no de sus líderes; regida por la libertad, la solidaridad, la igualdad de derechos y de oportunidades, por la no-discriminación y la no-violencia.
—¡Wuauu! Vaya clase magistral socio-política que me acabas de dar, jamás hubiera podido verlo así por mí mismo. — Exclamó asombrado.
—Jajajá, se ve claramente que este fenómeno de mundialización, donde las personas y las culturas cada vez se buscan y se encuentran más mezclándose, va facilitando un rico arco iris de convergencia en la diversidad y claramente se encamina hacia la Nación Humana Universal.
—¿Por qué resaltas tanto lo de igualdad de oportunidades Zule? ¿Es que no basta con decir igualdad?
—Como ya hemos conversado en otros momentos, claramente todos somos distintos y diversos, somos iguales en valor, pero distintos en nuestras formas. Entonces es fundamental poner el acento en que dentro de esa diversidad tengamos todos igualdad de oportunidades. Esto nos da la posibilidad de minimizar la injusticia social y personal.
—Tienes razón —dijo él—. También veo esta intención de los pueblos, que cada vez se va haciendo más consciente. La hemos visto claramente con el fenómeno del Mensaje. Cómo la gente salta por encima de sus aparentes diferencias para conectar con lo profundamente humano. Y la diversidad desde este punto de vista, sirve para enriquecer, facilitar la creatividad y las múltiples soluciones a los diferentes problemas, conflictos y dificultades que seguirán apareciendo en el horizonte humano. Estamos presenciando los rudimentos de lo que será la Nación Humana Universal, pero con esto no se han acabado ni los problemas, ni la historia humana, solo nos estamos dando un salto cualitativo más como especie.
La ciudad se les había ido agrandando progresivamente a través de la ventanilla, con ese enorme contraste de las ciudades de Europa, con monumentos y casas y edificios muy antiguos conviviendo con modernísimos rascacielos, autopistas y grandes avenidas.

Finalmente aterrizaron sin problemas en la pista del aeropuerto. Recogieron sus pertenencias y se quedaron sentados tranquilamente, mientras la gente esperaba impacientemente de pie a que abrieran las puertas para bajar del avión.
—Qué desesperación por salir. ¿Verdad? —se rió Jean-François, que se había sentado en el asiento detrás de ellos.
—Sí —convino Zule divertida—. Cuando uno ha viajado mucho, tiene menos prisas, se da tiempo para disfrutar de todo. En lugar de estar todos cómodamente sentados, están todos incómodamente de pie apretados unos contra otros, jajajá.
—En lo personal —prosiguió él—, hace ya un rato que procuro tomarme la vida con más tranquilidad, disfrutar más de todo lo que hago y dejar más espacio a lo no planificado, minimizando el estrés y el encadenamiento con los objetivos. Como en el viaje a Itaca de Kavafis.
—Vaya, vaya —comentó Zule—, parece que también compartimos el gusto por lecturas similares, jajajá. Bueno, es normal, sensibilidades parecidas buscan y encuentran significados similares.
Finalmente abrieron las puertas y la gente comenzó a descender, saliendo ellos tres los últimos, conversando animadamente.
—Bien Jean-François, aquí nos despedimos —dijo Zule—. Nosotros seguimos en tránsito y entiendo que tú llegas hasta aquí.
—Así es, la verdad es que me hubiera encantado seguir con ustedes, pero también entiendo que tienen una misión y ahora yo también tengo la mía. Llevar el Mensaje a mis amigos aquí en Berlín, después en Francia y, sobre todo, en África, partiendo por Burkina Faso, que será mi primer destino en ese maravilloso y antiguo continente.
Se dieron un fraternal abrazo y se despidieron afablemente.
Zule habló en inglés con una azafata para preguntarle por el camino a seguir para embarcar en el siguiente avión a Delhi. Ésta, amablemente, le indicó que fueran en dirección a un mesón de atención, donde les confirmarían el pasaje y les entregarían la tarjeta de embarque para el nuevo vuelo.
Hicieron la fila frente al mesón hasta que los atendió el funcionario, quien comenzó a fruncir el ceño al ver sus pasaportes. En ese

instante le llegó el afecto y el bienestar que Zule y Lorién le estaban expresando desde lo más profundo. Los miró por primera vez a los ojos y les sonrió amablemente, diciéndoles que todo estaba bien, extendiéndoles sus tarjetas de embarque y deseándoles un feliz día y un feliz viaje.
Se despidieron de él amablemente y siguieron su camino hasta la puerta de embarque indicada para el vuelo a Delhi. Tenían dos horas por delante. Una vez ubicada la puerta de embarque, se dedicaron a dar una vuelta por el enorme aeropuerto para estirar las piernas. Fueron al duty free donde se probaron ropas, vieron CD, libros y como siempre, llamaron la atención por su buen humor y sus contagiosas risas. Al final apenas compraron un par de camisetas y un pantalón cada uno y dejaron las que llevaban en el basurero del baño. Después fueron a la cafetería y cuando estaban terminando su consumición, escucharon el llamado para embarcar de su vuelo.
Caminaron con calma y cuando llegaron a la puerta de embarque ya la mayoría habían subido al avión por lo que fue muy rápido el trámite.
Estaban buscando su número de asiento cuando una pareja de unos cuarenta años con aspecto de indios que estaban sentados, los saludó amablemente en un castellano con fuerte acento.
—¡Feliz cumpleaños, amigo! —exclamó la mujer con una gran sonrisa.
Les devolvieron la sonrisa y una inclinación de cabeza los dos, antes de proseguir hasta encontrar sus asientos.
—¿Qué simpática la pareja? —dijo Lorién.
—Sí, la verdad es que es una sorpresa, pensé que de Bolivia nadie volaría a India —comentó Zule.
Se acomodaron en sus asientos y poco después despegó el avión.
Lorién al rato se levantó al baño y al salir se topó con el señor indio que los había saludado.
—Adelante amigo —le dijo Lorién amablemente.
—Gracias —dijo él—, qué gusto me da volverlos a encontrar, fue muy entretenido y divertido su cumpleaños en aeropuerto.
En ese momento su pareja salió del baño de mujeres y también le

sonrió amablemente.
—Mira Priya, a quien me encontré —dijo el señor, con su fuerte acento indio.
—Hola —dijo ella—. Ustedes dos hacen una pareja fantástica. Qué bonita ceremonia que le regaló su novia. Los dos se ven tan enamorados y tienen un aura tan cálida. Con Prayesh, mi marido, estuvimos comentando mucho lo hermoso que había sido todo —terminó, con una mirada amorosa a su marido.
—Un gusto conocerlos, mi nombre es Lorién —se presentó, dándoles la mano—. Sí, Zule, mi novia, tiene esas cosas de gastarme bromas por un lado y por otro es verdad que nos queremos mucho. Muchas gracias por sus palabras y por su amabilidad.
—No, no gracias a ustedes —insistió ella—. En estos tiempos que vivimos, con tantas tragedias y sufrimientos, ver personas como ustedes le devuelve el optimismo y la esperanza a uno —comentó de forma sentida—. Estoy segura de que por donde vayan les irá bien y, además, ustedes son una bendición para todo el mundo que los puede tener cerca.
Lorién se quedó pensativo y de repente dijo:
—¿Quieren que les haga un regalo?
—Ah, pero ya nos han regalado mucho ustedes dos con su alegría, su amor, su simpatía, su optimismo y sus ganas de vivir. Nos han regalado lo más importante —comentó el marido.
—Gracias, queridos amigos. Les quiero hacer un regalo mucho mayor. Denme sus manos.
Lorién tomó contacto con la Fuerza en su interior y canalizó todo su amor hacía ellos. La pareja se quedó inmóvil por un largo segundo hasta que empezaron a correrles las lágrimas a raudales a los dos por las mejillas.
—No es posible lo que estoy sintiendo —dijo ella—, esto es como si dios me hubiera tocado directamente, llevándome hasta el cielo. No sé qué me hiciste, pero de pronto soy consciente de la belleza inmensa que llevo dentro, de la belleza inmensa que llevamos todos dentro de nosotros. Es como un Despertar a lo Sagrado, a la Vida con mayúsculas. Es como un parto, como comenzar a estar vivo por primera vez, como si el velo de maya se hubiera corrido y de pronto

pudiera ver la realidad tal cual es. Gracias amigo mío, gracias. Con razón que había algo sagrado y bello que irradiaban ustedes.
Lo abrazó, profundamente conmovida y agradecida. Abrazo al que se sumó su marido sin palabras, pero haciéndoles sentir todo su agradecimiento.
—No hay por qué —dijo Lorién—. Estamos todos despertando poco a poco de un largo sueño y sentimos la necesidad de compartir este Despertar con los demás. ¿A dónde se dirigen ustedes? —preguntó él.
—Somos de Delhi, pero hace diez años que vivimos en Bolivia. Allí tenemos un pequeño negocio de importaciones. Venimos a ver a la familia y amigos y a comprar mercadería. Es nuestro viaje anual, además, para no perder los vínculos con nuestros seres queridos —dijo Prayesh.
—Bien, ahora tienen un regalo más que traerles en esta ocasión—les pasó las copias de las ceremonias—. Pero les quiero pedir que ni en el avión, ni en el aeropuerto les comuniquen este regalo a otras personas. A nosotros nos persiguen por estar llevando este Mensaje a todo el mundo. Una vez en Delhi, pueden hacerlo llegar a quién quieran, al igual que cuando vuelvan a Bolivia. Aunque si se demoran un poco, encontrarán que el Mensaje ya se desparramó por el País.
—Haremos como tú quieras, después de este regalo que nos has entregado, cualquier cosa que nos pidas no te la podríamos negar —expresó de forma muy sentida Priya.
—Sí van a Delhi, los podemos alojar en nuestra casa, nos sentiremos muy honrados si aceptan nuestra hospitalidad —dijo Prayesh, rogándole con sus ojos de niño grande.
—Gracias, queridos amigos, pero llegando a Delhi tenemos que tomar otro avión inmediatamente. Pero les agradezco de corazón por su generosidad y por su cálida acogida—. Se separaron por fin con otro afectuoso abrazo.
Zule, estaba mirando hacia atrás buscándolo con la mirada.
—Pensé que te había pasado algo, me tenías preocupada —dijo ella, con cara de alivio—. Te pierdes más que un paraguas —se burló.
—Sí, disculpa Zule, pero a la salida del baño me encontré con la

pareja que nos saludó cuando subimos al avión y tuvimos una conversación tan emocionante que no pude negarles el regalo del Despertar. Nos estaban invitando a quedarnos en Delhi, pero les comenté que tenemos que viajar inmediatamente. No les dije a donde, pero si les dije que nos perseguían y que no le transmitieran a nadie el Mensaje, hasta estar fuera del aeropuerto.
—No te preocupes Lorién, yo he aprendido a confiar en tu criterio y en tus intuiciones. Si sentiste que había que hacerlo, lo comparto y la verdad es que, recordando las caras de esos señores, se veían tan hermosos y lindos, que entiendo perfectamente que lo hayas hecho.
—Bien, ahora me toca a mí ir al baño, espero tardar menos que uno que conozco —se rió ella, sacándole la lengua.
Cuando volvió Zule, ya les habían servido las bandejas con la comida. Comieron con apetito y después durmieron una siesta.
Lorién despertó y por la ventanilla vio un espectáculo increíble. ¡Los Himalayas! Despertó a Zule para que los contemplaran juntos.
Efectivamente, la inmensidad de los Himalayas se veía en horizonte hacia el que se dirigían, majestuosos en su enormidad.
—La cordillera más alta de la Tierra —musitó Zule—, con sus montañas por encima de los ocho mil metros de altura y con el poderoso Everest, con sus casi nueve mil metros, como la montaña más alta del planeta. Aquí se supone que vive el legendario Yeti y que se encuentra el mítico y sagrado Monte Meru, el cual sería la morada del dios Shiva. Para algunos esotéricos, éste monte tendría una presencia no física, sino mental y representaría la alegoría de un camino iniciático hasta llegar a la cumbre y transfigurarse en divino el iniciado. Se decía que era el eje del universo, encuadrado en el medio de los Himalayas.
—Vaya, qué interesante —dijo Lorién—. Y tú ¿qué opinas Zule?
—Yo me quedo con que corresponde a relatos verdaderos que tienen que ver con realidades internas. ¿Conoces la Guía del Camino Interno?
—No, pero suena muy interesante —contestó Lorién.
—A ver si me acuerdo…
Y comenzó a recitar:

Por el camino interno puedes andar oscurecido o luminoso.

Atiende a las dos vías que se abren ante ti.
Si dejas que tu ser se lance hacia regiones oscuras, tu cuerpo gana la batalla y él domina. Entonces brotarán sensaciones y apariencias de espíritus, de fuerzas, de recuerdos. Por allí se desciende más y más. Allí están el Odio, la Venganza, la Extrañeza, la Posesión, los Celos, el Deseo de Permanecer.
Si desciendes más aún, te invadirá la Frustración, el Resentimiento y todos aquellos ensueños y deseos que han provocado ruina y muerte a la humanidad.

—¡Wuauu! —exclamó Lorién—. ¡Qué buena!, te da señales claras de donde estás, según lo que sientes, según lo que estás registrando internamente.

—Para esto fue creada, como guía para el que se va iniciando en sus mundos internos, para tener claridad de dónde se encuentra y hacia dónde se dirige, según lo que va sintiendo internamente la persona.

—Fíjate que interesante —se entusiasmó Lorién—. El odio, la venganza, la extrañeza, la posesión y los celos, todos aparecen en un nivel bajo de conciencia, pero todavía más abajo están la Frustración y el Resentimiento y todos los deseos que van contra la humanidad. Qué gráfico —se maravilló él—. La próxima vez que me vea en alguna de estas emociones, ya sé dónde estoy ubicado. Realmente Zule, saliste a tu padre, eres una auténtica erudita. ¿Cuántas sorpresas más guardarás en esa hermosa cabecita?

Y le dio un amoroso beso, mientras ella fingía que se lo sacudía de encima.

—¡Suéltame, pulpo! Una hablando de cosas elevadas y él, inmediatamente, le baja el nivel a la cosa —terminó riendo—. Bueno, quieres que siga o no —se impacientó ella, con una sonrisa.

—Por supuesto, no quiero perderme esa joyita que me estás regalando. Además, tú sabes que yo me pierdo más que un paraguas, sin una buena guía yo termino en cualquier parte —se rió él.

Si impulsas a tu ser en dirección luminosa, encontrarás resistencia y fatiga a cada paso. Esta fatiga del ascenso tiene culpables. Tu vida pesa, tus recuerdos pesan, tus acciones anteriores impiden el ascenso. Esta escalada es difícil por acción de tu cuerpo que tiende a dominar.

—De nuevo da señales claras, para abajo se va rápido y fácil, para arriba cuesta bastante trabajo, ya que hay que intencionar y ponerle mucha conciencia para liberarse de las creencias, de las inercias y del arrastre de lo físico —reflexionó en voz alta Lorién.

Zule prosiguió:

> *En los pasos del ascenso se encuentran regiones extrañas de colores puros y de sonidos no conocidos. No huyas de la purificación que actúa como el fuego y que horroriza con sus fantasmas. Rechaza el sobresalto y el descorazonamiento. Rechaza el deseo de huir hacia regiones bajas y oscuras. Rechaza el apego a los recuerdos. Queda en libertad interior con indiferencia hacia el ensueño del paisaje, con resolución en el ascenso.*

—¡Tremendo! —Volvió a exclamar Lorién—. Empiezan a aparecer paisajes internos interesantes y, además, nos indica que no solo abajo hay emociones y climas mentales pesados, también aparecen arriba el sobresalto, el descorazonamiento. El deseo de huir hacia regiones oscuras. ¡Qué grande! ¡El apego a los recuerdos! —se volvió a entusiasmar—. Este apego no te deja ascender. ¡Qué buena! Hay que liberarse hasta de los recuerdos más queridos para ascender y que no tiren para abajo, hay que contemplarlos con indiferencia, con desapego y poniendo toda la resolución en ascender. ¡Brutal! —acotó entusiasmado.

Continuó Zule:

> *La luz pura clarea en las cumbres de las altas cadenas montañosas y las aguas de los mil-colores bajan entre melodías irreconocibles hacia mesetas y praderas cristalinas.*

—¡Ahí aparecen las cumbres de las altas cadenas montañosas de las que hablábamos! —parafraseó él—. La luz aparece arriba y la oscuridad abajo. Interesante elemento de orientación.

—Bueno. ¿Me vas a dejar seguir o no? ¡Qué tipo tan indisciplinado, no puede escuchar calladito algo por dos minutos! —se enojó ella con una enorme sonrisa.

—Sigue, sigue, disculpa.

> *No temas la presión de la luz que te aleja de su centro cada vez más fuertemente. Absórbela como si fuera un líquido o un viento porque en ella, ciertamente, está la vida.*

—Esto yo lo he sentido con la Fuerza, al conectar con el Centro Luminoso en lo Profundo, cuando se despliega es como que te presiona y te aleja de sí, a no ser que la absorbas —dijo pensativo Lorién—. Ya lo creo que en ella está la vida, es la vida diría yo.

> *Cuando en la gran cadena montañosa encuentres la ciudad escondida debes conocer la entrada. Pero esto lo sabrás en el momento en que tu vida sea transformada. Sus enormes murallas están escritas en figuras, están escritas en colores, están 'sentidas'. En esta ciudad se guarda lo hecho y lo por hacer... Pero a tu ojo interno es opaco lo transparente. Sí. ¡Los muros te son impenetrables!*

—Debes conocer la entrada… —murmuró en voz baja pensativo— ¿Esto quiere decir que hay que conocer la entrada antes de entrar a la ciudad escondida?

—Yo lo interpreto como que uno tiene que tener un Propósito cuando te vas hacia lo Profundo —comentó Zule de forma reflexiva —, porque en el momento que queda el yo en suspensión, algo tiene que dar continuidad a la búsqueda en lo Profundo, ya que el yo ya no está operando. Es la entrada a los espacios sagrados internos.

—¡Ah! Y por eso los muros te son impenetrables, son impenetrables para el yo. Ahora entiendo.

—Sí —dijo Zule—. La entrada a los estados profundos ocurre desde la suspensión del yo. Ya desde esa suspensión, se producen registros significativos de conciencia lúcida. En ese tránsito el practicante debe tener claro el Propósito de lo que desea lograr como objetivo final de su trabajo. No podemos hablar de ese mundo porque no tenemos registro durante la eliminación del yo, solamente contamos con las reminiscencias de ese mundo, como nos comentara Platón en sus mitos —explicó ella.

—¡Qué bárbaro! Zule, me has dejado con la boca abierta con tu explicación. ¡Qué manejo de estos temas! El Propósito. ¡Qué importante! Sin él no se puede entrar en la ciudad escondida. Podríamos decir que vivir sin un Propósito, es un enorme despropósito —se rió él con su propia broma.

—Así es, mi querido, feligrés —se burló ella.

Para proseguir:

> *Toma la Fuerza de la ciudad escondida. Vuelve al mundo de*

la vida densa con tu frente y tus manos luminosas.

—¡Que belleza, que poesía! —se apasionó él—. Me encantó eso de vuelve al mundo de la vida densa con tu frente y tus manos luminosas, me ha emocionado profundamente… Traer el Fuego Sagrado a mis hermanos. Esto sintetiza mi sentir y mi Propósito. Gracias Zule. Ahora entiendo a qué te referías respecto del Monte Meru, cuando comentabas que desde tu punto de vista tenía realidad interior, realidad mental.

En esos momentos estaban volando sobre la frontera de Pakistán con India, en una hora estarían llegando a Delhi. Los Himalayas se veían enormes, bellos y majestuosos.

Llegaron las azafatas con las bandejas de la merienda. Lorién y Zule comieron con buen apetito y aprovecharon para ir al baño. Se estaban acomodando de nuevo en sus asientos cuando el comandante de la nave comentó que estaban iniciando el descenso hacia Nueva Delhi, para que se abrocharan los cinturones.

Abajo comenzó a vislumbrarse la enorme ciudad, la capital de India con alrededor de veinte tres millones de habitantes. Comentó Zule:

—India el segundo país más poblado del mundo después de China, con mil trescientos millones de habitantes. Un crisol de culturas que conviven desde hace milenios. Prácticamente, un subcontinente por su riqueza cultural, religiosa y comercial y por su colosal peso histórico. Aquí se originaron cuatro de las religiones más importantes del planeta: el hinduismo, el budismo, el jainismo y el sijismo. Además de haber adoptado en su seno al zoroastrismo, al judaísmo, al cristianismo y el islam. Sumado a éstas se pueden contar miles de ashram y sectas religiosas. Cuna de Gandhi que, con su metodología de la no-violencia, expulsó a los ingleses del país, logrando su independencia en mil novecientos cuarenta y siete. Metodología que después instalaría en Estados Unidos Martin Luther King, con su movimiento en pro de la igualdad de derechos humanos. India —prosiguió Zule—, es la segunda entidad geográfica con mayor diversidad cultural, lingüística y genética del mundo, después del continente africano. Cuenta con veinticuatro lenguas oficiales y más de mil seiscientos dialectos.

—Es realmente impresionante —comentó Lorién asombrado—, qué enormidad de país, tiene más peso que casi cualquier otro

continente.
—Sí, Lorién. Además, como generador de culturas, religiones y civilizaciones solo se le puede comparar con la antigua Mesopotamia en oriente medio. Algo extraño y particular tienen estos lugares para engendrar una y otra vez civilizaciones y religiones que sacuden al Mundo.
En ese momento el avión tocó tierra. Eran las nueve quince en India, estaba oscuro. Tenían el tiempo justo para comprar pasajes a Benarés. Después de un rato se abrieron las puertas y fueron saliendo los pasajeros del avión. Cuando bajaron ellos se encontraron en un pasillo con Priya y Prayesh, que los estaban esperando para despedirse de ellos.
—Intuimos que están en una importante misión y no queremos hacerles perder tiempo. Solo queríamos despedirnos y agradecerles de nuevo por nuestro Despertar —dijo Priya con los ojos brillantes, mientras su marido asentía emocionado—. Y ofrecerles cualquier ayuda que puedan necesitar de nosotros.
—Aquí está mi tarjeta con nuestros datos, como dice Priya, cuenten con nosotros para lo que sea —terminó Prayesh.
—Gracias amigos —dijo Zule—, les quedamos muy agradecidos y quién sabe cuándo uno va a necesitar ayuda, nosotros sabemos mucho de esto. ¿Verdad, Lorién? —se rió ella.
—Es así, gracias a tanta hermosa gente que nos hemos encontrado en el camino que hemos llegado tan lejos, solos ya estaríamos muertos —dijo con tono alegre Lorién.
—Pero nos pueden ayudar a salir lo más rápidamente posible del aeropuerto para comprar los pasajes —les comentó Zule.
—Vamos entonces —se resolvió Prayesh—. Síganme, si voy muy deprisa me dicen —dijo, encaminándose rápidamente por los pasillos del aeropuerto, tomando algunos atajos y ascensores hasta llegar a la zona de policía internacional, donde se separaron en filas distintas los habitantes de India de los extranjeros.
Había unas filas inmensas y, sobre todo, se veía mucha policía. Algo raro pasaba, vieron como a los extranjeros jóvenes los demoraban más tiempo que a las personas de mayor edad y a varios de ellos llegó la policía para llevarlos a otra parte.

—Nos están buscando —dijo por fin Zule.
—Sí, yo tengo la misma impresión.
—Vamos con Priya y Prayesh. ¡Rápido! —dijo ella, tirando de la mano de él.
Encontraron al matrimonio ya cerca del control de documentos. Zule, les transmitió sus sospechas y les pidió que los dejaran ir con ellos.
—Con todo gusto, no saben la alegría que nos da poder serles de utilidad —se entusiasmó Priya.
—Pero puede ser peligroso para ustedes —comentó Lorién.
—Lo terrible es no tener vida, gracias a ustedes es como tener una vida nueva y si morimos así, lo haremos agradecidos —expresó ella emocionada—. Siempre les estaremos en deuda, en esta vida y en la otra… Pero debemos de disimularlos un poco —dijo, haciéndole una seña a su marido mientras ella le hacía un turbante a Zule y Prayesh a Lorién—. De cerca no va a funcionar, pero al menos de lejos no se notarán tanto.
Quedaban tres personas por delante de ellos cuando Lorién dijo:
—Aquí nos separamos.
—Y tomando la mano de Zule, adelantó a las dos personas que estaban esperando antes para pasar directamente a la ventanilla del funcionario.
El funcionario los miró inquisitivamente cuando de pronto le llegó la oleada de afecto y bienestar de Zule y Lorién y se le cambió inmediatamente la expresión.
—Señor, disculpe nuestros malos modales, pero se nos va el avión, si usted o algún compañero suyo pudiera ayudarnos, le quedaríamos muy agradecidos —dijo Zule en inglés.
—Por supuesto, no faltaba más —dijo el funcionario, mientras les sellaba los pasaportes y tomaba un teléfono pidiéndole a un compañero que se hiciera cargo de la ventanilla.
Zule le comentó que necesitaban sacar rápidamente los pasajes para Benarés, pero que no querían llamar la atención, si él podía llevarlos por el camino más rápido y discreto que pudiera. El funcionario se sintió feliz de poder ayudarlos y los orientó rápidamente para salir de la zona de tránsito internacional hasta la

zona de vuelos nacionales.
Le dieron las gracias y se despidieron alegremente de él.
Alcanzaron a sacar los billetes, el vuelo partía en una hora. Fueron a embarcar a la zona nacional. El funcionario les pidió los pasaportes. Cuando le llegó la oleada de bienestar, les dio un vistazo por encima y con una gran sonrisa les franqueó la entrada.
—Esto está complicado Lorién, se ve que están alerta, más que nunca, y que nos están buscando. Estoy segura que pronto revisarán las cámaras y verán el extraño movimiento del funcionario que nos acompañó. Por otra parte, también se darán cuenta que sacamos pasajes a Benarés. Ojalá tarden lo suficiente como para que lleguemos a nuestro destino y no puedan detenernos en el aeropuerto.
—Sí, yo opino lo mismo. Tenemos que estar muy atentos y ante cualquier señal rara movernos con rapidez —coincidió él—. De todas formas, no debemos de perder nuestro buen tono habitual —terminó él con una sonrisa.
—Totalmente de acuerdo, amor mío. ¡Por eso te quiero! —expresó ella con mucha alegría, estrechándolo en sus brazos y besándolo con fruición—. Vamos, vamos, date prisa, que ya están llamando a nuestro vuelo, que tú enseguida te quedas pegado. ¡Qué hombre por dios! —se rió ella mientras tiraba de él.
Llegaron a la puerta de embarque y la azafata que estaba controlando el acceso les dio paso libre inmediatamente.
Se sentaron en sus asientos con un suspiro de alivio y a los pocos minutos emprendieron el vuelo a Benarés. Alcanzaron a comer un aperitivo que les sirvieron y a cerrar los ojos quince minutos. Estaban molidos después de un día y medio de viaje, les dolía todo y estaban mal dormidos.

Capítulo 7: Benarés

Aprende a tratar a los demás
del modo en que quieres ser tratado.

Los despertó la voz del piloto que anunciaba el aterrizaje en Varanasi, como llaman los indios a Benarés. Alcanzaron a ver la hermosa ciudad desde el aire, con el Ganges, el río sagrado, serpenteando en medio de ella.

—Ahí está la sagrada Varanasi —comentó Zule—, una de las ciudades más veneradas de la venerable India. Según los arqueólogos, su fundación tiene más de cuatro mil años, que se dice pronto… Aparece nombrada en las dos grandes epopeyas indias, el Ramayana y el Mahabarata. Según el hinduismo, todo aquél que muera en la ciudad queda liberado del ciclo de reencarnaciones. Así de santa es la ciudad para ellos. La gente se baña en el río Ganges porque purifica los pecados y cura las enfermedades. Te puedes encontrar a todo tipo de personas, pobres y ricas, bañándose juntas en sus contaminadas aguas, mientras se celebra algún funeral en sus orillas, en las que están quemando el cadáver. Si además la familia es pobre, muchas veces no alcanza a quemarse bien y quedan pedazos enteros que flotan en el río. Según la tradición hinduista, todos deben visitar la ciudad al menos una vez en la vida. Estas creencias han convertido a Benarés en destino de ancianos, enfermos y moribundos, que deben ser la cuarta parte de los tres millones y medio que tiene Varanasi aproximadamente. En sus

orillas se concentran los crematorios de la ciudad.
—Vaya, vaya con Benarés —dijo Lorién—, sin duda que es una ciudad privilegiada, que lástima no tener unos días para conocerla, pero es lo mismo que me ocurrió con Estambul y con Cusco, ciudades que toda la vida he soñado con conocer y cuando llego a ellas, tengo que salir rápidamente, jajajá —se rio de sí mismo Lorién.
Una vez efectuado el aterrizaje comenzaron a descender los pasajeros. Esta vez Lorién y Zule no se quedaron los últimos, por el contrario, se apresuraron a desembarcar, incluso empujando a otros pasajeros, por el temor a que los estuvieran esperando. Bajaron del avión muy atentos a su alrededor. No vieron nada sospechoso y se dieron prisa para salir del aeropuerto y tomar el primer taxi que vieron. Zule le mostró la dirección de Jaidev y le pidió que los llevara al hotel más cercano.
Resultó que el taxista los llevó a la parte más moderna de la ciudad, a un hotel casi nuevo al lado del centro de negocios, lugar de la dirección de Jaidev.
Pidieron un rápido refrigerio en la habitación y se desplomaron en sus respectivas camas, completamente destruidos por el cansancio, pasada la medianoche. A las siete de la mañana los despertaron de recepción como habían solicitado. Se ducharon y desayunaron, aunque no pudieron cambiarse de ropa ya que habían dejado sus mochilas en el avión. A las ocho treinta se dirigieron a la dirección de Jaidev, que efectivamente era una oficina de corredores de bolsa en pleno centro de negocios de la ciudad. Un tanto sorprendidos entraron y preguntaron por Jaidev. Este los recibió inmediatamente y pidió que no los molestaran.
Se encontraron con una persona de unos sesenta años, un metro setenta aproximadamente, de piel mate o tostada, con una generosa panza y con una amplia y acogedora sonrisa en su cálido rostro.
—Bienvenidos, amigos queridos, yo pedir disculpas por español malo —dijo con un mal hablado castellano—, si vosotros hablan inglés, para mí más fácil. Yo entender muy bien español, pero hablarlo más difícil para mí.
—Entonces hablaremos en castellano y tú nos contestas en inglés cuando no encuentres las palabras en castellano, yo le traduciré a

Lorién.

—Gracias, gracias. Yo sorprendido de verlos tan pronto, cuando llegar mensaje de Charlotte pensar que tardar más tiempo en llegar —dijo Jaidev—. Ser tan jóvenes y bellos vosotros, es uno gran placer verlos y acogerlos —terminó, con una reverencia y otra enorme sonrisa en su rostro.

—Muchas gracias Jaidev. Bueno, tú sabes la misión que nos trae y la urgencia e importancia de ésta —comentó Zule.

Jaidev les comentó en inglés que efectivamente era la misión más importante del mundo y que estaba consciente del peligro que los acechaba, de hecho, era increíble que hubieran llegado tan lejos. Les contó también que hace cuatro días, cuando llegó el mensaje de Charlotte, habían comenzado a movilizar a todos los miembros de La Escuela y todos sus simpatizantes y adherentes. Que había coincidido con la explosión de las redes sociales transmitiendo la ceremonia y contando experiencias de distintas partes del mundo, de cómo los jóvenes estaban protagonizando la expansión e integración del fenómeno, a pesar de que habían cortado Internet para que no se siguiera multiplicando, pero ya no era posible pararlo. Jaidev, que había seguido en su función de corredor de bolsa para esperarlos a ellos y no llamar la atención, se entusiasmó al contarles cómo el fenómeno del Despertar se había propagado rápidamente en las principales ciudades y en todos aquellos lugares donde tenían algún contacto.

—Era lo que muchos años esperando, muchos, muchos años —dijo emocionado en su mal castellano.

Les comentó que todo el país estaba en alerta y que estaban tratando de aislar el fenómeno, aunque ya sabían que no había cómo, por las experiencias de Perú, España, Turquía, Bolivia, Ecuador, Portugal, Francia, Alemania y el resto del planeta, por los que se estaba propagando rápidamente el fenómeno psicosocial. Les pidió que le contarán como se había iniciado todo y le contaron en detalle. Él iba afirmando con su cabeza y con sus ojos cada vez más abiertos y sorprendidos conforme avanzaba el relato. Le encantó cuando le hablaron de los Proyectos de Apoyo Humano. Les contó como esos proyectos habían partido en India a finales de los noventa. A través de la Fundación para la Humanización, fueron

tomando contacto con organizaciones sociales, ONG y grupos organizados en poblados con alto nivel de pobreza y fueron instalando la metodología. Le pusieron por nombre Manavta Kendra, que significa Centro Humanista, donde la gente por sus propios medios, organizados por temas a resolver, comenzó a mejorar dramáticamente su calidad de vida, tanto externa como interna. Los proyectos les sirvieron también para fortalecerse y sentir que su futuro y su desarrollo dependía de ellos y no de gobiernos o de ONGs, que les entregaban migajas, que perpetuaban la pobreza en la que se encontraban por cientos de años. Les contó lo emocionante que había sido cómo, al no tener dinero, en cada casa se habían comprometido a poner un puñado de arroz todos los días y con ese arroz reunido al final de la semana, pudieron comenzar a comprar algunas herramientas y elementos tecnológicos para trabajar sus tierras con ellos. Con lo que progresivamente fueron modificando ellos mismos sus condiciones de vida y recuperando la dignidad perdida por años. En muchos de esos poblados y barrios pobres —les siguió contando—, es donde hemos comenzado con nuestras experiencias con la Fuerza y la ceremonia de Reconocimiento. Les contaba lo impresionados que estaban por cómo se había extendido y multiplicado el fenómeno. En India, al mantenerse cierta cohesión social, la desestructuración no había sido tan fuerte y por lo mismo, la velocidad de propagación era mayor que en otras culturas.
Siguió contándoles como habían prohibido, después de los primeros contagios, que interviniera la policía y el ejército. Cuando lo hacían, era equipados con una especie de cascos de aislación sensorial, pero aún con estas precauciones, muchos de ellos se veían afectados por la poderosa capacidad de contagio del fenómeno. En este momento trataban de aislar las principales carreteras y con armas y misiles impedían que la gente se trasladara. De todas formas, el fenómeno proseguía por caminos secundarios y también por el formidable efecto psicosocial.
—Nosotros, en el aeropuerto, vimos que hay mucha más seguridad que habitualmente, pero que, además, estaban deteniendo a los jóvenes —comentó Zule—. Claramente nos están buscando, quizás crean que si nos detienen podrán detener el fenómeno.

—De hecho —aportó Lorién—, estamos seguros que pronto estarán buscándonos aquí en Benarés y no queremos crearte problemas.
—¡Problemas! —exclamó Jaidev con una sonrisa enorme. Les comentó lo feliz que estaba por todo lo que habían traído con ellos y lo privilegiado que se sentía por haber alcanzado a ver, por sus propios ojos, el cambio y también por haberlos conocido a ellos. Les comentó que no tenía miedo a la muerte y que podía morir en paz en cualquier momento, que su centro interno estaba consolidado y que su función en este plano ya había cumplido su ciclo.
—No tener miedo —terminó en Castellano—. Cuando irse vosotros yo empezar también a hacer ceremonias con todos los que tener alrededor. No puedo imaginar mayor felicidad que esa —terminó, haciendo un gesto amplio, señalando a las personas que tenían cerca.
Les contó también que no había vibrado internamente tanto desde principios de los ochenta, cuando llegó Alejandro a Bombay a hacer una presentación. Que eran muy poquitos en aquel tiempo en India y que, a pesar de eso, habían hecho una gran difusión del evento que se iba a realizar en una playa.
—¿Alejandro? —preguntó Lorién
—Sí, Alejandro Fernández.
Se encogieron de hombros ellos, sin saber de quien hablaba.
El mismo día que se iba a realizar el evento, había un diluvio enorme que parecía iba a durar varios días. Una hora antes del comienzo, le preguntaron a Alejandro si suspendían el evento. Este miró la lluvia e hizo una contorsión rara mientras se velaban sus ojos, quedando en silencio. Después de unos segundos, volvió a su estado habitual y comentó que iba a parar justo al comienzo y al termino volvería a llover. Que no había por qué preocuparse. Los compañeros lo miraron con todo tipo de dudas, pero nadie dijo nada, aunque todos estaban segurísimos de que no iba a parar.
Curiosamente, a pesar del enorme diluvio que caía en la playa, la gente fue llegando y agrupándose delante del pequeño escenario montado para la ocasión. Todos los amigos estaban muy nerviosos, porque había miles de personas y no se veía de ninguna forma que fuera a parar la lluvia. Justo cinco minutos antes de la hora, inexplicablemente, paró de llover, la gente recogió los paraguas y se

dispuso a escucharlo. Finalmente, terminó de hablar y a los cinco minutos se volvió a desplomar el cielo sobre la gente. Así estuvo tres días sin parar. Fue algo extraordinario.

—¿Quieren leer lo que dijo?, lo puedo imprimir.

—¡Por supuesto! —exclamaron a dúo.

Jaidev tecleó en el PC y salieron dos hojas impresas.

—Aquí está —dijo, pasándoselas a Zule.

Ésta comenzó a leer:

> *En un pequeño pueblo campesino, al pie de los montes más altos de Occidente, en la lejana Sudamérica, dimos nuestro primer mensaje.*
>
> *¿Qué dijimos entonces?*
>
> *Dijimos: Sin fe interna, sin fe en uno mismo hay temor; el temor produce sufrimiento, el sufrimiento produce violencia; la violencia produce destrucción. Por ello, la fe en uno mismo supera la destrucción.*

—¡Qué bárbaro, que grande! —se entusiasmó Lorién—. Qué claro es, cuando uno no tiene fe en sí mismo, tiene temor y ¡éste produce sufrimiento! Algo tan simple y tan claro. ¡Magistral! Y, además, dice que el sufrimiento es el que produce la violencia, que síntesis maravillosa, claro, la violencia viene del sufrimiento. Mis momentos más violentos corresponden a mis momentos más sufrientes. No se puede salir del círculo de la violencia si no se sale del sufrimiento y, a su vez, no se puede salir del sufrimiento si no se sale antes de un emplazamiento, de un clima mental habitual de temor y éste viene dado por la falta de fe interior. ¡Es tan claro! Si esto lo hubiera sabido antes, en lugar de machacarme y maltratarme por mi violencia, me hubiera podido preguntar por qué no tengo fe interna, por qué tengo temor, a qué le tengo miedo. ¿Cuál es el sufrimiento que está detrás de mi violencia? En lugar de preguntarme por qué soy tan violento… Cuánto sufrimiento y contradicción me hubiera podido evitar de haber conocido esto tan simple —se quedó pensativo.

—Por eso desde que conecté con la Fuerza interior, no tengo temor, no tengo sufrimiento y ya no siento violencia dentro mí, sentimiento que me ha acompañado toda la vida. Así como el sentimiento de temor, de estar acechado por todo, que todo me iba

a hacer daño… ¡Qué fuerte! —reflexionó unos instantes—. Ahora que tengo fe en mí mismo, también tengo fe en los demás y por eso puedo sentir afecto incluso por la gente que me quiere hacer daño, porque conecto con lo mejor de ellos, conecto con su sufrimiento, como me sucedió en Lima. Cuánto sufrimiento me podría haber evitado de haber sabido esto antes.

Estaba perplejo y asombrado, que algo tan simple nunca se le hubiera ocurrido, ahora era tan obvio.

—Pero disculpa Zule, continúa, por favor.

> *Y también dijimos: hay muchas formas de violencia y destrucción. Hay una violencia física, una violencia económica, una violencia racial, una violencia religiosa, una violencia psicológica y una violencia moral.*
>
> *Y denunciamos las formas de violencia y entonces nos dijeron que debíamos callarnos.*
>
> *Y nos callamos, pero antes explicamos: Si es falso lo que hemos dicho, pronto desaparecerá. Si es verdadero, no habrá poder en el mundo capaz de detenerlo.*
>
> *Pasaron 12 años de silencio y ahora hablamos nuevamente y nos escuchan miles y miles en los distintos continentes de la Tierra.*
>
> *Y en el oeste cínico, ahora nos dicen: ¿Cómo puede ser que alguien te escuche si no prometes dinero, ni prometes la felicidad; ni haces milagros, ni curas; si no eres un maestro, si eres simplemente un hombre como todos? Nada hay de extraordinario en ti: no eres un ejemplo a seguirse, no eres un hombre sabio o alguien que ha descubierto una nueva verdad... Y ni siquiera hablas nuestra propia lengua. ¿Cómo es posible que alguien quiera escucharte?*
>
> *¡Oh, hermanos del Asia, ellos no entienden la voz que habla de corazón a corazón!*

—La voz que habla de corazón a corazón —repitió Lorién reflexivo —, esto tan simple, tiene una resonancia tan fuerte dentro de mí… —se emocionó.

> *Ellos han logrado un cierto nivel de desarrollo material. Han logrado un nivel material que también nosotros necesitamos. Pero queremos desarrollo y progreso sin su suicidio, sin su alcoholismo, sin su drogadicción, sin su locura, sin su*

violencia, su enfermedad y su muerte.

—Sin su sin-sentido añadiría yo. Todo eso que describe es lo que he vivido desde niño —volvió a comentar Lorién.

Nosotros somos gentes comunes, pero no somos cínicos, y cuando hablamos de corazón a corazón, los hombres buenos en todas las latitudes nos entienden y nos quieren.

¿Y qué decimos hoy desde India, palpitante corazón del mundo? Desde India cuya reserva espiritual y moral ha sido y será enseñanza y respuesta para un mundo de mente enferma.

Decimos: ¡Trata a los demás como quieres que te traten a ti! No hay acto humano superior a éste, no hay moral más elevada que ésta. Cuando el Ser Humano comprende esto y lo lleva a la práctica en cada día y en cada hora de su día, progresa y hace progresar a otros con él.

—De nuevo algo tan simple. ¡Trata a los demás como quieres que te traten a ti! Y practicarlo todos los días. Ahora es tan fácil y claro, esto después de conectar con el Fuego sagrado adentro de uno…

La Tierra se deshumaniza y se deshumaniza la vida y la gente pierde fe en sí misma y en la vida. Por ello, Humanizar la Tierra, es humanizar los valores de la vida. ¿Qué cosa hay más importante que superar el dolor y el sufrimiento en los demás y en uno mismo?

Hacer progresar la ciencia y el conocimiento es un valor si va en la dirección de la vida.

—Qué potente esto: ¡Humanizar la Tierra! Se me remece todo por dentro al escucharlo y al pronunciarlo —volvió a comentar Lorién —. Claro que la gente pierde fe en sí misma si siente que es desechable, que es una hormiga, que es una cosa, un objeto de usar y tirar. Qué claro es, no hay nada más importante que superar el dolor y el sufrimiento en los demás y en uno mismo. ¡Esto es extraordinario! —se apasionó de nuevo Lorién—. ¿Qué otro sentido puede tener la vida sino ser útil a los demás? Disculpa, Zule, por tanta interrupción…

La generación y distribución justa de los medios de subsistencia; la medicina; la educación; la formación de intelectuales con sensibilidad social, son tareas que deben entenderse con el entusiasmo y la fe que merece toda obra

que lucha por superar el dolor en los demás.
Bueno es todo lo que mejora la vida. Malo es todo lo que se opone a la vida. Bueno es lo que une al pueblo. Malo aquello que lo desune.
Bueno es lo que afirma: ¡Todavía hay futuro! Malo es decir: No hay futuro ni sentido en la vida. Bueno es dar a los pueblos fe en ellos mismos. Malo es el fanatismo que se opone a la vida. Humanizar la Tierra es humanizar también a quienes tienen influencia y decisión sobre otros, para que escuchen la voz de los que necesitan superar la enfermedad y la pobreza.

—Me emocionaron estas frases por lo simples y lo claras. ¡No es tan difícil! Bueno es todo lo que mejora la vida. Malo es todo lo que se opone a la vida. Bueno es lo que une a la gente, Malo aquello que la divide. Simple y claro. Uno escucha a los políticos, formadores de opinión, dirigentes religiosos y todo es enredado y oscuro y aquí se escucha claro y simple… Estoy de verdad maravillado cómo, en cuatro frases, se puede decir tanto…

Trata a los demás como quieres que te traten a ti.
Únicamente si se pone en práctica este principio opuesto a la insensibilidad, al egoísmo y el cinismo, se podrá comenzar a Humanizar la Tierra. No hay valor más alto que este.
Este es el impulso moral que se debe canalizar en las nuevas generaciones y que debe practicar quien verdaderamente desee comenzar a Humanizar nuestra Tierra.
Muchas personas quieren perfeccionarse, muchos quieren superar su confusión interior y su enfermedad espiritual y creen que pueden hacerlo cerrando los ojos al mundo en que viven, y yo digo que crecerán espiritualmente solo en el caso de que comiencen por ayudar a otros a superar el dolor y el sufrimiento.
Porque si no se renueva la fe en uno mismo, en el sentido en que uno puede contribuir al progreso y si no se renueva la fe en las posibilidades de cambio de los otros (aún cuando existan defectos) quedaremos paralizados ante el futuro y entonces sí, triunfará la deshumanización de la Tierra.
Formar comunidades de familia, de compañeros de trabajo, de amigos, de vecinos, formarlas en las ciudades y en los

campos como fuerza moral que dé fe en sí mismos a los individuos y los conjuntos humanos, será crecer espiritualmente mirando el rostro de tu hermano para que también crezca.

Y si crees en dios, considera su infinita bondad y su designio de que el Ser Humano se ponga un día en pie y honre a la Tierra humanizándola.

Debes empezar una vida nueva y debes tener fe en que puedes hacerlo. Pero ya hemos hablado demasiado y necesitamos ahora hacer.

Para que lo dicho sea posible, acompáñame en un acto libre, valiente y profundo que sea, además, un compromiso...

Pongámonos en pie y preguntemos a nuestro propio corazón: ¿Es necesario para mí y para otros que fortalezca mi fe en la vida?

Entonces, en silencio, escuchemos la respuesta de nuestra voz interna. ¿Es necesario para mí y para otros que fortalezca mi fe en la vida?

¿Quiero fortalecer mi fe en la vida?

¿Creo firmemente que se fortalecerá mi fe en la vida?

¡Entonces, que brote en mí la fuerza y la luz de la vida!

—Ahí está —dijo Lorién. con el rostro transfigurado—. ¡Que brote en mí la fuerza y la luz de la vida! Si todo esto ya estaba tan claro hace años. ¿Por qué hemos tardado tanto en llegar a este momento?

—Es lo que nos comentó Charlotte. El nuevo mito, el nuevo paradigma, solo puede enraizar cuando se han vaciado las creencias, cuando se ha producido la desestructuración social y personal. Hasta que esto no se produce, es como que estas cosas que son tan obvias ahora, ni siquiera se ven o se tienen en cuenta cuando cada uno está pegado a sus propias creencias —le dijo Zule —. Pero no he terminado…

Hoy, y no mañana, inicia una vida nueva. Saluda a tu padre y a tu madre, a tu marido o a tu mujer; a tu amigo y tu enemigo, y diles con el corazón abierto: Algo grande y nuevo ha pasado hoy en mí. Y explícales luego lo que pasó para que ellos también puedan llevar este mensaje de reconciliación.

Ahora para todos: ¡PAZ, FUERZA Y ALEGRÍA!

—Es realmente maravilloso —dijo Zule—, gracias por compartirlo con nosotros.
—Sííí —se volvió a entusiasmar Lorién—, qué maravilloso mensaje de reconciliación.
Jaidev les comentó que la Paz tiene que ver con la reconciliación con el pasado, la Fuerza tiene que ver con estar aplicado y ubicado en el presente y la Alegría con visualizar el futuro abierto y promisorio.
—Qué enorme sentido tiene lo que dices —comentó Lorién—, si el pasado no está reconciliado, se sufre como bestia, si uno no está aplicado en el presente, se debilita y si no se avizora un buen futuro, si éste se siente amenazador. ¿Qué alegría puede haber? De nuevo es llamativo lo simple que es todo. Nos han estafado toda la vida, haciéndonos creer que las cosas son difíciles y complejas. Tanto se han retorcido, que cuesta ver la simpleza que tiene la vida en su esencia. Muchas gracias de nuevo por estos maravillosos regalos.
—Por cierto, —comentó Zule— falta que nos entregues la Tercera Disciplina, entiendo que es la Mental. ¿Verdad?
—Inmediatamente la entrego.—Dijo Jaidev.
Se levantó y fue a la caja fuerte, de donde sacó una hermosa cajita, con una suave fragancia a sándalo.
—Aquí está —dijo, entregándosela a Zule con una reverencia.
Zule abrió la cajita y vio una bolsita dentro de la cual se encontraban unas hojas dobladas primorosamente.
—Bueno, pues ya tenemos tres de las cuatro. Ya falta menos —comentó Zule.
—Será un alivio cuando terminemos nuestra misión, pero seguro que después, echaremos de menos este enorme trasiego que hemos vivido.
—Jaidev, necesitamos también la dirección y el nombre del Protector de la Cuarta Disciplina —le dijo Zule.
—El Protector es Alejandro Fernández, lo encuentran en Nueva York, Estados Unidos en esta dirección —dijo Jaidev, entregándole un papelito.
—Muchas gracias por todo Jaidev, realmente te estamos muy

agradecidos —dijo Zule.
—No, no, yo soy el que estar agradecido de ustedes. Mucho bueno han hecho por todos nosotros, por toda la humanidad —dijo con otra reverencia—. Ya es hora de comer —dijo, mirando un reloj de pared—. Prefieren comer aquí o que vayamos a un restaurant.
—Yo creo que mejor comer aquí —dijo Lorién—, en lo personal me encantaría conocer más esta preciosa y sagrada ciudad, pero creo que hay que ser lo más prudentes que podamos.
—Estoy de acuerdo por una vez con este cabezota. ¿Será que estás empezando a pensar bien o que yo me he vuelto demasiado blanda y concesiva? —comentó Zule con cara de asombro y ojos chispeantes.
Jaidev los miró sin saber qué decir y ellos dos, al ver su cara de desconcierto, estallaron en carcajadas.
—Disculpa, Jaidev, por las risas, pero es que el humor de Zule me mata —dijo Lorién, muerto de risa.
—¿Has visto cosa semejante Jaidev? —dijo Zule seria de repente—, una se comporta como una dama, se pone comprensiva, amplía sus márgenes de tolerancia para poder convivir con este Cromañón y la respuesta es troncharse de la risa a costa de una. ¿Qué te parece?
Jaidev, que ya había cogido el punto de humor de ellos, se expresó también con seriedad, pero con los ojos brillantes y jolgoriosos.
—Ser verdad, como decir sabio indio, cría cuervos y… —hizo una pausa dramática para seguir después con tono doctoral— y… ¡tendrás más! —terminó con cara muy seria.
Se hizo un silencio en la habitación de un par de segundos hasta que Lorién y Zule captaron el sentido del humor de Jaidev y, de pronto, los tres al unísono rompieron a reír de forma imparable. Lorién se agarraba la panza, Zule con la cabeza apoyada en un brazo sobre el escritorio de Jaidev mientras con la otra mano golpeaba compulsivamente una y otra vez en la mesa, por su parte Jaidev trataba de levantarse para tomar aire y no podía tenerse de pie.
En medio del escándalo que tenían entre rebuznos, gemidos, aullidos, toses y golpes, entró el secretario de Jaidev preocupado y se los encontró a los tres llorando, se quedó pasmado sin saber qué

hacer y se dejó la puerta abierta por la que fueron entrando el resto de los colaboradores de la oficina que, entre asustados y preocupados, fueron llegando a ver qué pasaba y de qué forma podían ayudar. Finalmente, uno de ellos preguntó si necesitaban un médico y los tres levantaron un momento la cabeza para mirarlo y mirarse por un segundo, antes de estallar de nuevo en un estruendo renovado de aullidos, quejidos y gestos de dolor. Lorién fue incapaz de mantenerse en la silla, cayendo al suelo. Zule, que lo vio por el costado, se fue para atrás en la suya, cayendo de espaldas con un enorme estruendo y Jaidev, que seguía pugnando con ponerse de pie, al verlos terminó por derrumbarse encima del escritorio, en medio de unos ruidos aterradores, gorgoteos, espasmos y un llanto imparable…
Los colaboradores de Jaidev, que habían ido pasando del nerviosismo y preocupación inicial a una visible angustia, se activaron y trataron de ponerlos en pie a los tres y no había forma, terminaron cayendo encima unos de otros, multiplicando los sonidos y expresiones cada vez más preocupantes que emitían los tres. Finalmente, uno de ellos se percató de que se estaban riendo y empezó poco a poco a cambiar la óptica de la situación, comenzando con unas risas discretas para pasar a unas carcajadas desatadas, al ver las miradas entre enojadas y sorprendidas de sus compañeros ante la situación. Poco a poco el resto de los compañeros fue cayendo en cuenta del estado de jolgorio en el que estaban y se fueron contagiando, terminando catorce personas en una descomunal bacanal de risas generalizadas. Después de golpearse de forma cómplice en las espaldas unos a otros, de tratar de ayudarse a ponerse en pie entre sí, terminaron todos derramados en el suelo, unos encima de otros.
El jolgorio fue remitiendo poco a poco y se fueron incorporando del suelo con dificultades uno tras otro, con algunas interrupciones y estallidos entre medio, ante las dificultades y las torpezas para ponerse de pie. Finalmente consiguieron levantarse, quedando unos sentados, doblados otros sobre el escritorio y los más apoyados de mala forma contra las paredes. En este estado los encontraron los empleados del restaurante que traían la comida para todos y se quedaron de una pieza al observar la escena. Jaidev, todavía entre

risas, les agradeció y les dio una buena propina, dejando que se marcharan.
—Ay, ay, ay —se dolió Jaidev, con una mano en los abdominales—, hacer mucho tiempo que no reír tanto como hoy. Ustedes ser muy divertidos.
—Pues anda que ustedes tampoco lo hacen nada de mal —dijo Zule con un guiño en los ojos a Jaidev y sus colaboradores.
Poco a poco se fueron organizando y en seguida tenían preparada la comida en una gran mesa para todos. Jaidev les contó a sus empleados que hoy era un día muy importante para él, para India y para la Humanidad. Les contó que hoy por fin, después de años, podía mostrarse tal cual era y aplicarse a su misión de Humanizar la Tierra abiertamente. Los invitó a una ceremonia para tomar contacto con la Fuerza interior, que él mismo ofició.
Los colaboradores abrieron los ojos lentamente, profundamente conmocionados, mirándose unos a otros como viéndose por primera vez, y sin palabras se comenzaron a abrazar espontáneamente de forma muy sentida y a expresar lo mucho que agradecían la presencia del otro y lo maravillados que estaban de no haberlos visto como realmente eran, pidiendo disculpas por ello. Después de algunas pequeñas dudas también abrazaron a Zule y Lorién como hermanos.
Jaidev los invitó a que todos comieran y fue como comer por primera vez, el percatarse de la sutileza de los alimentos, el paladearlos como nunca antes lo habían hecho. Todo se sentía como hecho por primera vez, todo tenía otro sentido, se comía más despacio, en silencio y de forma reflexiva y agradecida por la maravilla que experimentaban.
En un momento dado uno de ellos habló finalmente preguntando si podían llevar esa experiencia a otros. Jaidev les dijo que por supuesto, que a partir de ese instante los que quisieran se podían convertir en Mensajeros y llevar este nuevo Mensaje, esta nueva espiritualidad a todos sus hermanos.
Terminada la comida, Jaidev se puso en pie y les comunicó que tenía un regalo más para todos ellos, fue a su ordenador e imprimió una hoja que le pasó a Zule y le pidió que la leyera, estaba en castellano. Le dijo que eran unas notas que tomó un amigo esa

noche, después de la presentación de Alejandro en la playa de Bombay, de unas palabras que les dirigió este.
Zule las leyó en Castellano mientras Jaidev las traducía en inglés simultáneamente.
La evolución de la vida es muy larga, la vida tiene la intención de un proceso de transformación muy lento; al ritmo de la vida seguramente otros niveles de conciencia van a aparecer en cientos de miles de años más.
La vida se juega con millones de posibilidades. Y si en esa matriz de 'n' posibilidades el ser humano individual vive una vida mecánica, a la vida no le importa, la vida tiene tiempo y miles de millones de reemplazos.
La vida tiene la intención de un proceso de transformación muy lento, nosotros no queremos un proceso de transformación lento que lleve miles o millones de años. Hay un cierto desacuerdo de intenciones entre nuestra doctrina y el ritmo de la vida. Estamos muy bien equipados, pero la vida no necesita de nuestro desarrollo individual; por eso nosotros queremos transgredir el ciclo natural de la vida, nosotros queremos arrebatarle esos millones de años a la vida.
Nosotros tenemos una postura en la que fundamentamos nuestra doctrina: Queremos el futuro ahora, no en los tiempos de la evolución natural. No estamos en la espera pasiva de que de pronto un rayo baje del cielo y nos ilumine. ¡NO!
Nosotros estamos construyendo a este futuro Ser Humano ahora y ello nos da mucho sentido, nos dignifica. El nuestro es un camino de rebelión direccionada. Es un camino de Ascesis. El futuro del Ser Humano lo queremos construir ahora no en los tiempos de la evolución natural.
Si alguien dice que la vida termina con la muerte y que por lo tanto respecto a este tema no hay de qué hablar, nosotros le decimos que no, que es ahí donde recién comienza la conversación. La Doctrina apunta al Sentido, a los temas de la muerte y la trascendencia, pero todo esto hay que construirlo en uno. Estamos construyendo a este futuro Ser Humano ahora y ello nos da mucho sentido, nos dignifica. Liberar energía es permitir que la conciencia siga avanzando hacia la dirección en la que va, sin bloqueos, sin lentitud, sin innecesarios retrasos.
Cada uno tiene ganas de tener experiencias de lo más trascendental que hay en el Ser Humano. Pero esa palabra trascendental puede ser fría y

sin contextos. Hay registros de gran unidad y comprensión que están relacionados con la grandeza humana. Aspiramos a incorporar en nosotros mismos esta grandeza humana.
Hay regiones de conciencia que existen en las zonas altas del espacio de representación y están lanzando señales constantemente, pero normalmente no somos capaces de captar estas traducciones porque la energía no llega hasta esas regiones. Si hay energía libre estas regiones altas se traducen en el aparato que tenemos con los registros que tenemos. Lo nuevo tiene que ver con estas regiones de la conciencia que traduce la mente a un lenguaje que la conciencia puede captar. La conciencia puede integrar los contenidos de regiones nuevas accediendo entonces a otra visión sobre el mundo. Toda nuestra Doctrina es un ejemplo de esta visión más completa. A partir de allí nace una conducta distinta, una expresión de nuestra experiencia, en base a las nuevas construcciones hechas.
¡La muerte no existe, en la dirección hacia donde estamos avanzando!
Después de leer estas frases quedaron todos en estado de profunda meditación, sobre las enormes consecuencias de lo que se había expresado en ellas.
En un momento se comenzó a escuchar una alarma, que reiteradamente insistía, hasta que uno de los colaboradores de Jaidev tocó un intercomunicador y preguntó qué pasaba. Después de unos segundos le dijo algo al oído a Jaidev. Este reaccionó rápidamente. Les dijo a todos que las fuerzas especiales estaban entrando al edificio y que en cuestión de segundos estarían en las oficinas. Les pidió que los entretuvieran el mayor tiempo posible. Les comentó también que les hicieran llegar sus mejores sentimientos y la Fuerza a estas personas, que en ningún caso cometieran ningún acto de violencia contra ellos. Todos asintieron como si fuera algo obvio. Después de tomar contacto con la Fuerza, ya nadie se podía imaginar violentando a otros, aun si estos los violentaban a ellos. Le pidió a su secretario que avisara a alguien que tuviera el helicóptero listo en un minuto.
Tomó a Zule y Lorién de la mano y se los llevó al ascensor por el que ascendieron a la azotea, donde se encontraba un pequeño helicóptero que estaba empezando a mover sus aspas. Corrieron hacia él y a duras penas se acomodaron los tres dentro, junto con el

piloto que hizo un amago de protesta, pero de forma resolutiva Jaidev lo cortó. Comenzaron a elevarse lentamente y cuando estaban a unos veinte metros de la plataforma, aparecieron varios componentes de las fuerzas especiales indias, con unos cascos especiales que los aislaban del entorno. Levantaron sus armas para dispararles cuando el piloto dejó caer bruscamente el helicóptero ocultándose detrás del edificio. Escucharon el estampido de las balas, ellos se achicaron lo más posible dentro del aparato. La mayoría de las balas pasaron por encima, pero algunas sonaron en la aeronave, mientras, con mucho esfuerzo y pericia el piloto, trataba de controlar la maquina entre los edificios de la ciudad a baja altura, que se había tornado de muy difícil control por el exceso de peso y la cercanía de los rascacielos. Las gotas de sudor le corrían por el rostro. Todos suspiraron con alivio cuando se perdió de vista el edificio de las oficinas de Jaidev. Éste preguntó si estaban todos bien, a lo que ellos contestaron afirmativamente. Jaidev le indicó una dirección al piloto y realizó una llamada por su teléfono móvil, dándole instrucciones a alguien para que tuviera una avioneta lista lo antes posible, que había una enorme urgencia. Lorién lo vio muy pálido y crispado. De pronto, observó que debajo de él se estaba formando un charco de sangre.
—¡Jaidev está herido! —dijo lo más calmado que pudo.
—No es nada —les comunicó este con una voz debilitada.
—¿Dónde es? —preguntó Lorién.
Jaidev le indicó sin palabras una parte en su espalda y otra en el frente de su cuerpo a la altura del hígado, al parecer por donde había salido la bala.
Lorién inmediatamente tomó contacto con la fuerza y se la traspasó a Jaidev, este abrió los ojos sorprendido ante el enorme flujo de Fuerza que manejaba Lorién. Zule se unió a él. Lorién, con voz concentrada y baja, le dijo a Zule que él se iba a concentrar en el interior de Jaidev y que ella tratara de concentrarse en los agujeros de entrada y salida, para ver si podía cerrarlos o evitar que siguiera saliendo sangre. Por su parte le pidió a Jaidev que, apoyándose en la Fuerza de ellos, conectara con la propia y la expandiera protectora alrededor suyo. Lentamente la sangre dejó de correr a raudales para quedar un lento goteo mientras Jaidev, con los ojos

cerrados, iba acompasando su respiración haciéndola más lenta y profunda. La crispación del rostro desapareció, siendo sustituida por una expresión de bienestar, aunque la palidez por la pérdida de sangre continuaba.
Zule le pidió el teléfono y buscó el último número al que había llamado Jaidev y le contó a la persona al otro lado que Jaidev estaba herido, que llamase de urgencia a un médico que los esperase junto a la avioneta. Jaidev, ante la maniobra de Zule y todavía con los ojos cerrados asintió, como valorando el gesto.
En unos cinco minutos llegaron a un pequeño aeródromo. Jaidev abrió los ojos y le dio algunas instrucciones al piloto en voz baja, se le veía tranquilo, aunque débil.
El helicóptero aterrizó al lado de una avioneta, junto a la que se encontraba una ambulancia y varias personas al lado de ella. Ayudaron a descender con cuidado a Jaidev de la máquina. Rápidamente el personal sanitario se hizo cargo de él, depositándolo de forma precisa y profesional en la camilla, para introducirlo inmediatamente en la ambulancia. Jaidev pidió hablar con el piloto de la avioneta y le dio instrucciones para que llevara a Zule y Lorién a Delhi. Mientras tanto el médico le había estado revisando las heridas con cara asombrada. Fue al helicóptero y volvió con el rostro estupefacto. Les dijo que no entendía cómo se habían podido cerrar de tan buena forma las heridas solas, habiendo recibido una bala de gran tamaño y después de ver la cantidad de sangre que había perdido. Se rascaba la cabeza, incrédulo. Jaidev, con ojos chispeantes y una amplia sonrisa en su pálido rostro, le dijo que le venía de familia tener una buena cicatrización de las heridas.
Después habló con Zule y le dijo que visitara a su amigo Annand en Delhi para que les ayude, dándole los datos para ubicarlo que ella anotó en un papel.
—Adiós, amigos míos —les dijo en su mal español—, ser gran placer conocerlos y muchas gracias para cuidarme.
—Gracias a ti querido Jaidev, vaya susto nos has dado, está bien que nos gusten las aventuras, pero estas no son maneras —le espetó Zule con una gran sonrisa.
—Hacer mucho tiempo que yo necesitar hacer dieta para bajar unos

kilos —comentó él con sus ojos risueños.
Lorién y Zule se rieron con ganas, Jaidev comenzó a reírse, pero tuvo un espasmo de dolor.
—Vale, vale, ya nos vamos, no hace falta que pongas esa cara de sufrimiento —le comentó Zule, al tiempo que le daba un tierno beso en la frente.
—Hasta pronto, querido amigo y muchas gracias por todo —dijo Lorién, dándole un beso en la mejilla y un ligero apretón de manos.
Zule y Lorién subieron al pequeño avión que ya estaba en marcha y le dijeron adiós con la mano a Jaidev y al piloto del helicóptero, que los miraba embelesado, como el que mira a los dioses.
Despegaron rápidamente, pudiendo contemplar desde lo alto el brillo del sol sobre el Ganges y la bella ciudad tendida debajo de ellos. El piloto les dijo que su nombre era Rajit y fueron conversando animadamente durante el viaje. Resultó ser un consumado y talentoso narrador. Les contó que se dedicaba al turismo y los tuvo entretenidos contándoles un montón de historias sobre su país, al que amaba profundamente. De esta forma las dos horas de viaje se les pasaron muy rápido.
Llegaron a Delhi y aterrizaron en un aeródromo en las afueras de la ciudad. Una vez que Rajit detuvo la máquina, Zule le dijo que le querían hacer un gran regalo y juntos le hicieron una imposición de la Fuerza que lo sacudió y sorprendió vivamente antes de llenársele los ojos de lágrimas, mientras su amable rostro se dulcificaba todavía más en una beatífica sonrisa. Les agradeció profundamente conmovido por la experiencia, mientras las lágrimas le corrían por el rostro. Se despidieron de él con un profundo y afectuoso abrazo y se encaminaron a la salida del aeródromo. En la oficina les pidieron un taxi que los llevó al centro de Delhi a la dirección que les había dado Jaidev. Salió a abrirles un señor arriba de setenta años, alto, muy delgado y con la piel apergaminada, pero con ojos vivos, inteligentes y chispeantes, que contrastaban con la vejez que su cuerpo expresaba. Los abrazó con afecto y les dio la bienvenida a su casa.
Después de contarle a grandes rasgos los últimos acontecimientos, él les dijo en inglés que sabía de ellos por el mensaje que había enviado Charlotte desde el Cusco y que era un verdadero honor

recibirlos en su casa y ojalá poder ayudarles. Quedó un tanto preocupado por las noticias de Jaidev, ya que eran amigos de muchos años, pero sus ojos volvieron a sonreír rápidamente diciendo que, en cualquier caso, si tienen que dejar atrás este cuerpo, tampoco hay que preocuparse tanto, ya ha cumplido de sobra con su cometido, terminó con una gran sonrisa.
Se quedó pensativo un rato y finalmente los miró de nuevo y asintió como estando de acuerdo con algo que estaba pensando.
Les comentó que, dado que eran de piel blanca, lo mejor era disfrazarlos de judíos ortodoxos. Se rió de su ocurrencia. Y les pidió que lo acompañaran a comprar a una tienda cercana.
Salieron y caminaron varias calles por la populosa ciudad, entrando en un barrio de callejuelas estrechas y antiguas con muchas tiendas. Entre medio del gentío vieron a varias personas vestidas como judíos ortodoxos. Entraron por fin a una tienda donde Annand saludó al señor que atendía la tienda pidiéndole ropas ortodoxas para ellos. El dueño dudó un poco al caer en cuenta que no eran judíos, pero un empujón de afecto por parte de Annand, más el conocimiento mutuo de años, facilitaron las cosas. En pocos minutos, tanto Lorién como Zule estaban transformados en sus atuendos de riguroso negro, él con un sombrero ancho también negro como el resto de sus ropas. Ella por su lado con un pañuelo en la cabeza ocultándole el cabello y con todo el cuerpo cubierto, con falda y unas gruesas medias negras. Salieron a la calle y al mirarse se burlaron el uno del otro durante un buen rato, riéndose sueltamente los dos, contagiando al circunspecto Annand con sus payasadas. Después pasaron a una tienda donde compraron barba, bigote y unos bucles de cabello que le caían a Lorién por los costados de la cabeza, paralelos a las patillas. Zule no podía caminar de la risa de ver a Lorién con esa pinta. Así que la vuelta a casa de Annand fue un poco más lenta y mucho más divertida.
Ya en la casa, Annand les hizo unas fotos con las que preparó unos pasaportes de Estados Unidos nuevos, incluidos los sellos de entrada al País, que si no se miraban muy de cerca pasaban perfectamente bien. Después, compraron unos pasajes a Nueva York por Internet en United Airlines para esa misma tarde a las diecinueve horas, y ya eran las cuatro de la tarde. Pidieron un taxi y partieron los tres al

aeropuerto. En el camino estuvieron conversando cómo estaba todo cambiando tan rápido, como él jamás se hubiera atrevido a soñar. Les contó que en Delhi había ya barrios enteros convertidos.
Después de una hora aproximadamente de viaje, recorriendo calles y atascos, por fin salieron de la ciudad para tomar una carretera al aeropuerto. En el camino los detuvo un control. En la barrera, dos de los cinco policías tenían cascos de aislación sensorial para evitar los contagios. De todas formas, los tres tomaron contacto con la Fuerza y cuando los hicieron bajar del vehículo, se acercaron a los dos que tenían los cascos y dirigieron el foco de su afecto a ellos. Rápidamente tanto el taxista como los tres policías que estaban sin casco, se tambalearon ante la onda de amor que les llegó, comenzando a llorar profundamente conmocionados. Los que tenían el casco hicieron un amago de levantar sus armas y finalmente se sacaron los cascos entre profundas convulsiones y arrodillándose ante ellos, pidiendo disculpas por su mal corazón y su pérfida intención y que querían abandonar su trabajo como policías. ¡Nunca más iban a violentar a nadie! Zule les pidió que ese día terminaran su turno de forma normal, para no descubrirlos y que por el momento actuaran de forma normal en el control, ya que se estaban juntando varios vehículos detrás de ellos que no entendían lo que estaba pasando.
Los policías volvieron a sus puestos y sus aparentes roles, pero de cerca se veía que estaban sus caras transfiguradas y que eran otras personas.
En el aeropuerto le pidieron a Annand que se devolviera en el mismo taxi para que no corriera riesgos. Se despidieron con un gran abrazo de él y del taxista que les agradecía muy conmovido por su Despertar.
Fueron al mesón de United, caminando serios, con Zule un paso más atrás que Lorién, metidos profundamente en su rol. En el mesón de atención Zule, con una inclinación, le pidió permiso a Lorién para hablar a lo que él accedió con un movimiento de cabeza. Y ella les presentó los pasaportes, mientras Lorién, muy serio y distante, miraba al lado sin expresión. Embarcaron el equipaje, unas maletas que Annand les había prestado, con ropas y algunos libros para no parecer sospechosos sin equipaje. Les

pasaron sus tarjetas de embarque y se dirigieron directamente a la zona de vuelos internacionales para embarcar. Se pusieron en la fila y esperaron tranquilamente hasta que les llegó el turno con el funcionario. Este miró los pasaportes y a ellos con mirada rara hasta que suavemente le enviaron una oleada moderada de afecto, que lo inclinase a sentir simpatía hacia ellos sin grandes conmociones. Así fue, el funcionario comenzó a sonreír primero suavemente y a los pocos segundos sin disimulo, los miró de nuevo, sellándoles los pasaportes al tiempo que les deseaba afectuosamente que tuviesen un agradable viaje. Pasaron sin problemas y los dos soltaron un suspiro de alivio.

Tenían poco más de una hora antes de que partiera su vuelo, así que ubicaron su puerta de embarque y después se dirigieron a la cafetería, donde aprovecharon para comer algo mientras veían las noticias por televisión. En ella se veía a los presentadores hablando de las perturbaciones que se estaban dando en el país por parte de algunos grupos terroristas que querían sumir a la India en el caos, pero que ya estaban casi totalmente controlados, que ya habían detenido a los cabecillas y que, pronto, volvería todo a la normalidad, pero que por el momento seguía el estado de excepción y la ley marcial. Se le pedía colaboración a la población para denunciar a los que vieran que convocaban reuniones y comprensión por los controles y el toque de queda.

—Vaya, vaya —dijo Zule con una sonrisa—, así que ya han detenido a los cabecillas y está todo controlado —se reía ella.

—Chisst —le hizo Lorién—, tenemos que comportarnos y no despertar sospechas, acuérdate que tenemos cámaras por todos lados, tratemos de no salirnos de nuestros papeles.

Ella lo miró muy seria, agachó la cabeza con gesto compungido mientras le sacaba la lengua en un gesto rápido de burla, diciendo con tono contrito:

—Disculpe mi amo y señor a su esclava, por no estar a la altura de su magnificencia —mientras agachaba la cabeza de nuevo y cerraba los ojos con aspecto respetuoso y su cuerpo se sacudía por la risa.

Lorién cerró los ojos y con las manos en postura de rezo se tapó la cara, mientras su cuerpo también se comenzó a sacudir con espasmos arrítmicos.

Después de un rato, cuando ya se pudieron volver a mirar, Zule comentó que ya quedaba poco tiempo para subir al avión y que tenían quince horas y media de vuelo por delante. Así que se dirigieron a su puerta de embarque que ya estaba llamando a los pasajeros de su vuelo. Se pusieron a la fila y, por si acaso, le enviaron una suave onda de bienestar a la azafata que les revisó la tarjeta de embarque y el pasaporte, dejándoles pasar con una gran sonrisa de bienvenida.
Ubicaron sus asientos y al sentarse Lorién, siguiendo las instrucciones de Annand, se sacó el sombrero y se puso una kipá, en la coronilla. Zule lo miró y rápidamente agachó su cabeza en señal de respeto, mientras su cuerpo se sacudía en espasmos y se le escuchaban una especie de gemidos devocionales.
Lorién por su lado cerró los ojos y puso sus manos unidas en oración delante de él, mientras su cuerpo también comenzó a sacudirse con espasmos, mientras se escuchaban unos sonidos estrangulados de fondo. En esta piadosa postura estuvieron unos minutos hasta que levantaron las cabezas y abrieron los ojos, que tuvieron que secarse a causa de las lágrimas.
Al poco rato les sirvieron la cena y comieron con apetito.
—Sabes —dijo Lorién cuando les retiraron las bandejas—, todavía le ando dando vuelta a esas frases tan subversivas que nos regaló Jaidev.
—La verdad es que andaba dándole vueltas a lo mismo —dijo un tanto sorprendida—, me encanta el nivel de sintonía que tenemos.
—Sí, muy fuerte eso de queremos el futuro de la especie humana ahora, no en los tiempos de la evolución natural. Es enorme, es la rebeldía suprema ante lo dado, ante lo establecido, ante lo que está decretado.
—Es cierto, es de lo más transgresor. Me hace evocar a algunos mitos como el de Prometeo, que no se arrodillaba ante nada, ni ante nadie, a pesar de los castigos durísimos a los que lo sometía Zeus. Una y otra vez se ponía de pie, digno, una y otra vez, sin importarle la ira o los castigos a recibir, como ese chamán que se negó a aceptar las cosas como son, porque sabe que somos más viejos, más grandes y más fuertes que los dioses. Él sabe o intuye que nosotros los creamos a ellos y no al revés, que la intención que puso en

marcha la creación del universo no es otra que el poder del Ser Humano. Nuestra especie es la única que tiene la posibilidad de tomar conciencia de que tal poder existe en nuestro interior —dijo Zule, reflexiva.

—Wuauu, me dejaste loco, Zule. ¡Qué parrafada y qué enormidad lo que acabas de expresar! De hecho, voy a anotarlo, es tremendo y lo comparto absolutamente. Sobre todo ahora que he tomado conciencia de que llevamos en nosotros ese Fuego Sagrado, del que solo los seres humanos hemos sido capaces de hacer consciente y, por lo tanto, entrar en resonancia con el Plan mayor, con la Intención originaria que puso en marcha el universo.

—Me estremece y emociona pensar en ese homínido mal equipado físicamente, que no era muy rápido, no era muy fuerte, no tenía grandes garras, ni grandes colmillos para defenderse, no tenía la agilidad de otras especies. Ese homínido que empezó a caminar en un mundo donde todo lo acechaba y donde él era una de las presas más desvalidas. Es de verdad un milagro que haya sobrevivido en su andadura hace más de dos millones de años, desde que partió de África. Es de verdad épico, estamos aquí de milagro. Sin duda porque tenemos un destino mayor —se emocionó Zule.

—Esa es mi erudita —expresó él festivamente, pero con cara de asombro ante lo que estaba diciendo Zule—, ya en esos tiempos inmemoriales estaba esa chispa divina, esa intención abriéndose paso dentro de ese rudimentario ser humano de hace dos millones de años. ¡Tremendo! —se estremeció ahora Lorién.

—Es estremecedor realmente —comentó ella—, es el único ser vivo que pudo rebelarse contra su instinto de supervivencia y en lugar de huir del fuego, como había hecho siempre y como, hasta el día de hoy, hacen el resto de los seres vivos, lo observó, lo estudió y lo domesticó. Es realmente asombroso, ese hito que no se destaca lo suficiente. Ese romper con el imperativo de la propia supervivencia y volverse hacia el fuego.

—Tienes razón, nos lo cuentan como si fuera lo más normal y, sin embargo, algo insólito pasó en ese ser extraño, en ese homínido que recién estaba levantando su rostro hacia el paisaje, que recién se estaba incorporando sobre sus piernas. Primero se acercó al fuego con temor y cierta reverencia. Después lo observó, más tarde se

atrevió a tomar una muestra, quizás una rama prendida por la lava de un volcán o de un incendio en un bosque y finalmente aprendió a conservarlo. Han tenido que pasar medio millón de años, hasta que recién hace unos veinte mil años, aprendió a producirlo.
Se quedó pensativo Lorién unos segundos y después prosiguió apasionado:
—Algo ha debido de resonar dentro de él al ver el fuego externo, algún tipo de intuición se disparó en él, respecto a que había algo grande en el fuego que tenía que ver con un enorme poder dentro de sí. Todo esto seguro que era muy oscuro y vago. Pero algo resonó desde esa intuición, desde ese Fuego Sagrado que el Ser Humano lleva dentro, que le hizo acercarse a una de las cosas más temibles y aterradoras que existían y logró domesticarlo. Como ha hecho con todo lo demás.
—Realmente conmovedor —comentó Zule—, ese chispazo divino que se produjo en el interior del primitivo homínido desencadenó todo lo demás a partir de ahí. Desde ese momento, se aceleró su producción de herramientas, instrumentos y utensilios de todo tipo. En definitiva, se dispara la generación de tecnología. Con el fuego, dejó de vivir en un mundo de oscuridad y temor en las noches, con él ahuyentó a las bestias, con él logró darle forma y construir armas más duras y mortíferas. El fuego finalmente le permitió vivir más años, al cocinar la comida su digestión mejoró, generando un tremendo ahorro de energía. Sus dientes duraron más, por lo que le permitía mascar la comida muchos más años. El fuego finalmente transformó su estructura física, sus mandíbulas se hicieron más pequeñas, con lo cual dejó más espacio para el cerebro en su cabeza, así éste pudo crecer y generar las conexiones neuronales que le permitieron dar el salto cualitativo y la aceleración de su evolución. El fuego se convirtió en centro de la vida de la tribu.
—A mí me estremece pensar en la tragedia que significaba cuando una tribu perdía el fuego o se le apagaba, en medio de una enorme tormenta, de un cataclismo, de una lucha con otro clan… Quedaban otra vez indefensos, expuestos y vulnerables ante los clanes contrarios y ante todo tipo de fieras. Esa tribu estaba condenada a desaparecer o reducirse dramáticamente, a menos que lograran rápidamente volverlo a conseguir. El fuego lo era todo —terminó

Lorién.
—También me ha estado dando vueltas eso de rebelarse incluso contra la muerte, es la máxima rebeldía, primero con los dioses y después con el mayor determinante: la muerte. ¡Es grandioso! Aspiramos a incorporar en nosotros esta grandeza humana.
—Después de las experiencias de contacto con nuestra Fuerza interior, con nuestro Fuego sagrado —siguió la idea Lorién—, se produce un cambio en la entidad con la que uno se identifica. Toda la vida nos hemos identificado con nuestro cuerpo y hemos terminado creyendo que somos nuestro cuerpo. Entonces cuando este organismo físico se muere, se muere uno. ¡Es la gran tragedia! Ahora podemos verlo como un vehículo, como una prótesis, como un aparato maravilloso que te permite cumplir con las necesidades básicas para desarrollarte en este plano evolutivo, en este tiempo y en este espacio. Cambió totalmente mi identificación al conectar con mi chispa divina. Al principio me preguntaba si soy mi cuerpo o soy ese fuego interior. Sin darme cuenta me fui identificando crecientemente con mi fuego interior, con mi conciencia profunda. Hasta ahora que estamos hablando del tema, no me había dado cuenta del cambio que se había producido en mí. Así, la muerte ahora la veo como dejar ir con gratitud al vehículo, al cuerpo que nos sirvió también en este plano. Deja de ser una tragedia para transformarse en una maravillosa aventura hacia otro plano de conciencia, de evolución. Claro que, sin estas experiencias, sin el contacto con la Fuerza, esto serían meras palabras. Por eso agradezco tanto a Federico que haya aparecido en mi vida y que me haya encomendado esta misión. Hoy día, si muero, se abre otra dimensión de desarrollo y crecimiento. La muerte se transforma en un umbral en un paso de una forma a otra, en una transición a otro estado evolutivo para este ser consciente, este espíritu que siento se ha ido configurando en mi interior.
—Qué espectacular lo que cuentas Lorién —dijo Zule—, realmente te has transformado en un místico. En cualquier momento siento que te vas a desvanecer delante de mis ojos —se burló traviesa—. La verdad —prosiguió con voz y expresión seria—, es que a mí me ha sucedido lo mismo, al mencionarlo he caído en cuenta. Gracias Lorién.

—Gracias a ti, Zule, por ser mi compañera y mi amor, sin ti no habría llegado hasta aquí, siento que nos hemos complementado muy bien.
—Ya, ya, ya, déjate de tanto hablar y dame un beso, que cuando estás en plan místico hay que ver lo aburrido que te pones —se burló ella mientras lo abrazaba y lo besaba con ganas—. La muerte no existe en la dirección en la que estamos avanzando —volvió a parafrasear Zule pensativa—. Yo siento que tú lo has expresado muy bien: al tomar contacto con la Fuerza interior, hemos llevado energía a esos lugares altos en el espacio de representación y las señales nos llegan ahora con mucha fuerza, directamente.
—Sí —concordó Lorién—, antes nos llegaban como sombras, como intuiciones, como alguna vaga sensación o como alegoría en algún sueño. Ahora nos nace una conducta distinta, una expresión de nuestra experiencia, en base a las nuevas construcciones hechas en nuestro interior. Dentro de estas construcciones nuevas, la de que la muerte no existe, es mayúscula.
—Antes recordábamos a Prometeo —comentó Zule—, ahora se me vino a la cabeza Enki, el dios Sumerio que dota a los seres humanos del fuego, las artes, los oficios, la tecnología y, además, los preserva. Avisándoles cuando Enlil, el dios supremo, temeroso de la proliferación de los humanos, les envió el diluvio. Además, era el Custodio, el gestionador de los ME. Estos, al parecer, eran los fundamentos inmutables de los dioses y que daban sustento a las instituciones sociales, las prácticas religiosas, las tecnologías, los comportamientos, costumbres y las condiciones humanas que hacen posible la civilización. Eran leyes fundamentales para entender la relación entre los humanos y los dioses.
—¿Cuántos chamanes, cuántos rebeldes buscadores del conocimiento y divulgadores de los mismos habrá tenido nuestra especie? —comentó Lorién—. ¿Luchando siempre contra el oscurantismo, contra la censura y la autocensura, cuántos Prometeos y Enkis anónimos tenemos entre nuestros antepasados? Sin ellos, todavía estaríamos en la edad de piedra y peor, los conocimientos estarían controlados y manipulados por un pequeño grupo de tiranos, como los que nos persiguen incansablemente. Parece que hoy nos toca a nosotros ser los nuevos Prometeos… y

llevar el fuego sagrado a nuestros hermanos. Estamos cada vez más cerca de hacernos con las Cuatro Disciplinas para poder facilitar su difusión y que lleguen a todo el mundo —se quedó pensativo—. Escuchándote sobre los ME, pienso que todos ellos están más o menos a disposición de todo el mundo, aunque siguen concentrados y manipulados por este grupito de tiranos que nos persiguen, exceptuando el de los dioses mismos. Se me ocurre que las Cuatro Disciplinas es el último ME que falta por difundir, que sería el que nos da la posibilidad de transmutar como individuos y como especie, para pasar al próximo estadio evolutivo que ya avizoramos por las experiencias que hemos visto en nosotros y en la gente con la que hemos tenido contacto. Por eso es tan necesario que no caigan en manos de estos opresores, de estos policías del espíritu —terminó de forma encendida Lorién.

—Sabes que me resuena mucho lo que dices… —empezó Zule, cuando se le salió un tremendo bostezo—. Disculpa, pero creo que ya se me acabaron las neuronas, estoy muy cansada y con sueño, según la hora de India, son las once de la noche y nos quedan unas once horas más de vuelo. Con el trote y el movimiento que hemos llevado sin descanso, y con tanto cambio de horarios, estoy de verdad muerta.

—Tienes razón, con el entusiasmo no me había dado cuenta de que yo también estoy rendido, completamente agotado. Durmamos lo que podamos, que en Nueva York seguro que tenemos baile —coincidió él, con otro gran bostezo.

En menos de cinco minutos estaban los dos durmiendo profundamente y así siguieron hasta las ocho de la mañana, que escucharon a las azafatas moviéndose por el avión con los carritos del desayuno.

—Qué bien he dormido —exclamó Zule—, realmente necesitaba una buena dormida.

—Yo también —se estiró y bostezó Lorién—, qué falta me hacía un buen sueño. Menuda paliza que le he pegado al asiento.

—Realmente, si fueras igual de aplicado para otras cosas, otro gallo nos cantaría —se mofó ella, dándole golpecitos en el hombro y dándole besos en la mejilla—. Está bien, está bien, no hace falta enojarse —siguió ella divertida y traviesa—, pero arréglate la barba,

que la tienes pegada en el cogote y el bigote en la barbilla.
Lorién se tocó preocupado y palpó que los tenía en su sitio.
—Jajajá, eres un caso Zule, no das cuartel, que capacidad que tienes —le dijo, mientras le hacía cosquillas.
Zule saltó del asiento como impulsada por un resorte, dejando escapar un grito involuntario.
—Chisssshhh —le susurró Lorién—, no podemos salirnos de nuestros papeles.
—Tienes razón —expresó ella con la cabeza inclinada, con expresión contrita.
Mientras por debajo le decía:
—Te voy a matar si me vuelves a hacer cosquillas.
Se quedaron en esa posición piadosa unos minutos mientras sus cuerpos se sacudían con convulsiones involuntarias, hasta que llegaron las azafatas y les dejaron las bandejas con el desayuno.
Desayunaron de forma más compuesta y ordenada, como mandaban sus respectivos roles, mientras que por debajo se tiraban puyas y bromas, que los hacía cada cierto tiempo agachar las cabezas y ponerse en postura de oración, mientras sus cuerpos se sacudían por la risa.
Finalmente, terminaron de comer y se levantaron al baño para asearse un poco.
A la vuelta, Lorién iba mirando a los pasajeros del avión y en un momento dado le comentó a Zule:
—Me molesta no poder entregarles a toda esta gente la maravilla de la experiencia con la Fuerza. Uno los mira a cada uno, ve sus ojos, sus búsquedas para ser felices, ves sus preocupaciones, sus arrugas, sus temores. Más allá de la carcasa, todos iguales, buscando dar algún sentido a sus vidas, todos tratando de ser felices. Toda buena gente, algunos un poco más jodidos, por las experiencias complicadas que han tenido a lo largo de la vida, por lo confusos que están, porque sienten que los demás o la vida o el mundo les deben algo. Todos sufriendo, unos por imaginación, por lo que temen que ocurrirá a futuro, otros por memoria, por lo que les sucedió en el pasado y otros por sensación, por la situación actual por la que están pasando.

—Es cierto que es una lástima, la buena noticia es que pronto todo el mundo tendrá la posibilidad. Por el momento vale más ser prudentes, sobre todo ahora que estamos llegando a la última etapa de nuestra misión.
Siguieron caminando hacia sus asientos mirando a la gente, conectados con ellos.
Una vez sentados, Zule comentó:
—De hecho, estoy con un mal pálpito de nuestra llegada a Nueva York, he tenido unos sueños poco tranquilizadores esta noche. Tengo la intuición de que vamos a tener problemas. Después del nivel tecnológico que hemos visto en India que tenían algunos soldados y policías para evitar el contagio, no sé qué nos podemos encontrar en Nueva York, con todo el enorme desarrollo tecnológico que tienen. En fin, siento que tenemos que ser mucho más cuidadosos de lo que lo hemos sido hasta ahora y estar mucho más atentos. Disculpa por mis aprensiones, pero prefiero comunicártelas, así me tranquilizo un poco.
—Está bien Zule, hasta ahora lo hemos compartido todo y tenemos que seguir así, he de confesarte que yo también tengo algunas aprensiones, pero espero que no se cumplan. Al fin y al cabo, hemos salido de situaciones bastante complicadas —terminó Lorién, riéndose de sus propios temores.
—Bueno, en cualquier caso, ya no queda nada para llegar a destino, en una media hora aproximadamente estaremos aterrizando —dijo ella.

Capítulo 8: Nueva York

Nombrador de mil nombres, hacedor de sentido,
transformador del mundo...
tus padres y los padres de tus padres, se continúan en ti.
No eres un bólido que cae,
sino una brillante saeta que vuela hacia los cielos.
Eres el sentido del mundo
y cuando aclaras tu sentido, iluminas la tierra.

En ese momento el comandante de la nave les avisó que estaban prontos a comenzar el aterrizaje en Nueva York, que se abrocharan los cinturones. En pocos minutos el avión comenzó a descender. Atravesaron las nubes y abajo fue apareciendo la ciudad, al principio como un mosaico cuadriculado, para poco a poco ir tomando tridimensionalidad y relieve.
—Ahí está —comentó Zule—, la ciudad más importante del planeta, la más influyente, la más poderosa. Ahí está el mar, la isla de Manhattan, sus enormes edificios y rascacielos y el inmenso Central Park, uno de los parques más grandes del mundo dentro de una ciudad. Una de las ciudades con mayor mezcla de culturas, de razas, de conocimientos, de las tres más populosas del mundo, con unos veintitrés millones de habitantes.
Pasaron por encima de un enorme rascacielos.
—Mira Lorién, ahí estaban las torres gemelas que derribaron los aviones en el año 2001, después construyeron ese enorme edificio. Una verdadera masacre en la que murieron cerca de tres mil

personas. Nueva York —prosiguió Zule—, con su poderosa bolsa de comercio, su todavía más poderosa influencia en el arte, la cultura, la moda... Aquí se encuentra también la sede de las Naciones Unidas. En fin, es casi la capital del mundo.
Apareció ante sus ojos el aeropuerto y en diez minutos estaban aterrizando.
—Esta vez será mejor que salgamos entre medio de la gente y no al final, para estar un poco más mezclados. Aunque con estas pintas va a ser difícil pasar desapercibidos —se rió Zule.
—De acuerdo, vamos entonces —convino Lorién, poniéndose en pie y avanzando junto con los pasajeros de las primeras filas hacia la salida.
Descendieron del avión detrás de la gente que los fue guiando hasta los módulos de control de acceso al país, con los funcionarios de policía internacional. Se veía mucho policía, muchos de ellos con cascos de aislación sensorial, parecidos a los que ya habían visto en India. El acceso era lento, interrogaban a la gente y se veía que el énfasis estaba puesto en los jóvenes, como ya habían observado en Delhi. Conectaron con la Fuerza y se tranquilizaron mientras avanzaban lentamente.
—Yo hablaré por los dos, diré que estás con una fuerte afonía. Cuando lleguemos ante el funcionario le enviaremos una suave onda de afecto y bienestar, lo suficiente para que tenga una actitud favorable a nosotros sin que parezca algo raro o excesivo. Aquí son casi las dos de la madrugada.
Así hicieron, cuando llegaron el funcionario les dirigió una fría mirada para ir suavizándola de a poco. Le pasaron los pasaportes y les hizo varias preguntas. Zule le explicó con voz avergonzada y tímida la afonía de su marido por el aire acondicionado y el cambio de clima, que él recibió comprensivo. Les dio los nombres de unos supuestos parientes que vivían en el barrio judío, nombres reales y direcciones reales que les había proporcionado Annand. Asintió finalmente y les selló los pasaportes con un cuño, deseándoles una feliz estancia. Le agradecieron con una breve sonrisa y avanzaron disimulando el profundo suspiro que salió de su interior.
Unos funcionarios les indicaron, junto al resto de la fila, que pasaran por un pasillo que los llevó a unos cubículos donde les

pidieron que entraran. Se encontraron con el pequeño espacio cerrado herméticamente, con un lector de huella digital. Se escuchó una voz por altoparlante que los conminó a poner su dedo índice en el lector electrónico. Zule y Lorién se quedaron con la boca abierta, sin saber qué hacer. Lorién acercó su dedo al lector lentamente, mientras le hacía señas a Zule para que soltara toda la Fuerza acumulada en su interior y le diera toda la potencia que pudiera, dirigiéndola hacia toda la gente que estuviera cercana. Lorién dejó el dedo a medio centímetro del lector digital esperando a ver qué pasaba mientras la onda expansiva de amor y bienestar hacía su efecto.

Se oyó la voz con un tono emocionado y suave diciéndoles que estaba todo correcto, que la vida era hermosa, que salieran del cubículo. La puerta comenzó a abrirse, pero se cerró de golpe y un gas comenzó a emanar por algún lado, que los hizo perder la consciencia. El último atisbo que tuvo Lorién fue para agarrar con fuerza a Zule de la mano, antes de caer en un pozo de negrura.

Lorién volvió en sí al escuchar una fuerte voz por altavoz que, llamándolo por su nombre, lo conminaba a abrir los ojos, en un castellano con acento caribeño.

—¡Despierta Lorién, despierta!

Lorién, sin saber dónde estaba, abrió los ojos confundido para encontrarse en una camilla acostado e inmovilizado con argollas metálicas en pies y manos. Era una pequeña habitación de tres por tres metros, con una pared con una puerta, al frente un enorme espejo en el que se reflejaba toda la habitación y las paredes oscuras de los costados.

—¡Lorién, despierta! —insistió la voz de forma perentoria.

Él parpadeó todavía atontado y de pronto se acordó de lo que había sucedido.

—¿Dónde está Zule? —preguntó.

—No estás aquí para hacer preguntas —dijo la voz con firmeza—, sino para responderlas. Pero te puedo decir que ella está bien, al igual que tú está siendo interrogada en este momento en una habitación similar. Así que vamos a estar comparando vuestras respuestas y habrá severos castigos si mienten.

Lorién se quedó en silencio, anonadado por la situación, hundido por haber fallado en el cumplimiento de su misión. Pensó en las tres Disciplinas que llevaba Zule consigo y que seguro ya se las habrían arrebatado; también estuvo seguro que no saldrían vivos de allí y que seguramente nunca la iba a volver a ver. Le cayeron unos enormes lagrimones por sus mejillas, mientras la voz lo increpaba. Tomó conciencia del total fracaso de su misión y una desesperación total lo invadió, sumiéndolo en la oscuridad. Solo quería morirse cuanto antes.

—¿Quién te creías que eras, Superman, dios? —se burló la voz—. ¡Pobre diablo! ¿Qué creías, que podías ir dejando el caos a tu paso por todo el mundo impunemente, eh? Te pasaste de listo, si eres un pobre imbécil, apenas un chiquillo jugando a ser dios, que cosa más ridícula. ¿No te da risa? —se rió a carcajadas la voz anónima—. Pobre infeliz, si casi me das pena. Estuvimos observando cada uno de tus pasos desde que estabas en Teruel con tu grupito de amiguetes. Nunca pudiste ocultarnos nada, eres una simple marioneta. Has sido un tonto útil en manos de estos desalmados subversivos que solo buscan la locura, la anarquía y acabar con la civilización. Eres un niñato que te lo creíste todo, te tragaste el anzuelo, el sedal y hasta la caña completa de pescar. ¡Hay que ser bien estúpido! —se volvió a burlar y a reír la voz.

Las palabras hicieron mella en la profunda debilidad en la que se encontraba Lorién.

—Tiene razón —se dijo—, por mi culpa se fue todo al traste. ¿Quién me creía yo? Por mi soberbia y prepotencia murió el proyecto más importante para la humanidad y voy a ser el causante de las torturas y vejaciones a Zule hasta su muerte.

—Bien, lo primero es que sepas quien manda aquí y lo que te ocurrirá si no contestas. —Dijo la voz, al tiempo que le llegaba una terrible descarga eléctrica que casi le hace perder el conocimiento de nuevo.

Lorién gritó y con él todo su ser, hasta la última célula de su cuerpo sacudido por un dolor como nunca antes había experimentado.

—Bien —prosiguió la voz—, ahora ya sabes lo que te sucederá si no respondes pronta y verazmente a nuestras preguntas. ¿Quién te metió en esto?

Siguió en silencio, con la boca ensangrentada por haberse mordido la lengua y los labios con la descarga. Ya nada le importaba y estaba bien que lo castigarán por haber hecho las cosas mal. Él lo había estropeado todo. Por su culpa la misión no se iba a poder llevar a cabo y la humanidad iba a perder la posibilidad de tener a disposición las Cuatro Disciplinas. Su sueño de que todos pudieran conectar con lo Sagrado, con la Trascendencia, se murió y él se quería morir también, todo lo que había hecho era inútil. Él le había fallado a Zule y al mundo entero.

Le llegó otra fuerte descarga, mayor que la anterior, mientras la voz le increpaba con mayor dureza a contestar.

Lorién rugió de dolor y fue perdiendo el contacto con la vigilia, se dejó ir, se dejó hundir en un pozo negro, fue cayendo en una oscuridad insondable que lo fue tragando. Sintió que abandonaba su cuerpo, que su espíritu salía como un cañón de luz hacía arriba y hacia afuera de su cuerpo. Algo en él dijo:

—Así que esto es morir.

Toda su existencia, todos sus recuerdos, pasaron rápidamente ante sus ojos. En un instante recordó-sintió-escuchó las siguientes frases:

> *Rechaza ahora el sobresalto y el descorazonamiento...*
>
> *Rechaza ahora el deseo de huir hacia regiones obscuras...*
>
> *Rechaza ahora el apego a los recuerdos...*
>
> *Queda ahora en libertad interior, con indiferencia hacia el ensueño del paisaje...*
>
> *Toma ahora la resolución del ascenso...*
>
> *La Luz pura clarea en las cumbres de las altas cadenas montañosas y las aguas de los- mil- colores bajan entre melodías irreconocibles hacia mesetas y praderas cristalinas...*
>
> *No temas la presión de la Luz que te aleja de su centro cada vez más fuertemente. Absórbela como si fuera un líquido o un viento, porque en ella, ciertamente, está la vida...*

Algo en él se soltó y se dejó ir finalmente.

De pronto se encontró en un bello paisaje, donde ya no tenía el lastre del cuerpo y se sentía libre y totalmente consciente, una consciencia de todo su ser y de todo lo que le rodeaba, era como sentirse dios con todo, expandido y ampliado con una conciencia

total. Sentía un gozo, una dicha incomparable, una total plenitud en medio de una gran luminosidad. De alguna forma sabía que estaba en el Centro Luminoso…

Estaba en ese disfrute atemporal cuando de pronto, escucho una voz en su interior, suave y firme a la vez.

Tu tiempo no ha llegado, este todavía no es tu lugar, tu misión no ha concluido. Tienes que regresar. Acuérdate de tu rebeldía.

Mientras Lorién moría en la sala donde estaba su cuerpo confinado, se escuchó otra voz que increpaba a la que había estado torturando a Lorién.

—¡Eres un imbécil y un bestia! ¡Lo has matado, estúpido! Se te pasó la mano. Ahora no vamos a poder sacarle información. ¿Es que no tienes ni un gramo de cerebro en esa cabeza animaluna? ¡Mira! Los signos vitales desaparecieron del monitor.

—Pero la carga que le di no fue tan fuerte —dijo la primera voz con tono inseguro—, nunca me había pasado esto, si es que estos niñatos no aguantan nada.

—Niñatos… —le replicó la segunda voz— ¡Eres un idiota total! ¡Te lo has cargado estúpido! ¿No te das cuenta? Después de esto nos van a degradar a policías callejeros o algo peor, si es que nos llegan a ver como cómplices para no sacarles información. ¿Entiendes? Nos van a acusar de ser sus cómplices, de haberlo matado para que no confiese. ¡Imbécil, animal! De sabotear la investigación. Bajemos a ver si lo podemos revivir con masaje cardíaco. Vamos rápido.

Se abrió la puerta de la celda en la que estaba recluido el cuerpo de Lorién y entraron los dos torturadores con un traje especial de supresión sensorial. Mientras se acercaban al cuerpo, el espíritu de Lorién veía a su cuerpo desde afuera y a los siniestros personajes entrando en la celda y comprendió.

Su espíritu volvía a estar confinado en su cuerpo, regresaba al dolor, al peso, a sentirse denso y maniatado. Entretanto, le arrebataba el cuerpo a la muerte y renacía, trayendo consigo esa conciencia total que seguía vinculada con el Centro Luminoso con el que se había fusionado por unos instantes eternos. Y en una centésima de segundo conectó con la Fuerza, tomó contacto con una cantidad de Fuerza muy superior a la que había sentido nunca,

producto de su necesidad y de su resolución total y cuando las manos tocaron su cuerpo, produjo una verdadera conflagración, un estallido de amor universal, de vida, de afecto, de bienestar, que impactó en los dos personajes y, a pesar de la aislación de la celda, se expandió en un radio de cientos de metros, convirtiendo a su paso a todos los seres humanos en seres Despiertos y Conscientes.
Los dos torturadores cayeron de rodillas, llorando amargamente por su oscuridad, por sus malas intenciones, por todo el daño que habían hecho durante toda su vida. Por todo el dolor que le estaban haciendo a ese ser sagrado que era Lorién y por todo el daño que estaban a punto de hacerle a toda la humanidad, al privarle de esta experiencia de éxtasis, de vida plena, de contacto con lo sagrado, le pedían una y otra vez perdón, mientras se sacaban el traje, la máscara y se golpeaban a sí mismos, desesperados por su ignominia.
Lorién, por su parte, llevó su percepción ampliada más allá de la celda, buscando a Zule, reconoció su vibración energética en una celda que se encontraba cerca de la suya.
—¡Alto! —dijo Lorién con voz débil, pero firme—, no sabíais lo que estabais haciendo. No sois culpables —dijo—. Necesito que me llevéis con Zule, mi compañera y que me ayudéis a liberarla.
Ellos se apresuraron a ponerse en pie, mientras le agradecían por su bondad y por la dicha que había traído a sus vidas, admirados por el aura luminosa que rodeaba a Lorién. Lo liberaron de las argollas y de los cables conectados a su cuerpo. Lo subieron a una silla de ruedas que había en un rincón y lo condujeron, siguiendo sus indicaciones, por unos luminosos y asépticos pasillos blancos, a una celda similar a la suya, donde Lorién sentía la presencia de Zule.
La celda tenía la puerta abierta y se veía a dos personas al lado de la camilla de Zule. Lorién entró en la celda mientras las dos personas que la rodeaban se sacaban sus cascos, con unos enormes lagrimones en sus ojos, y se arrodillaban ante él, todos lo reconocían como el generador de esa onda de amor y consciencia que los había transformado. Vio la cara de Zule, que estaba tan conmovida y transformada como los demás, también con lágrimas en los ojos y con una bella sonrisa en su rostro. Mientras la desataban, Lorién la abrazó, rodeándola con esa profunda

consciencia de amor de la que ahora era parte. Con su percepción amplificada exploró a Zule para ver si tenía algún daño. Con un suspiro se dio cuenta de que estaba bien, al parecer habían comenzado con él y no habían tenido tiempo de hacerle daño a ella. Zule observaba a ese nuevo ser que era Lorién, renacido, transfigurado y luminoso, con amor, pero también con devoción. De él llegaba una Fuerza y una Bondad irresistibles. Se abrazaron finalmente los dos, en un abrazo luminoso.
—Estás viva, amada mía —dice él.
Ella lo abrazó y lo besó amorosa. Cuando se separaron Zule dijo:
—Estaba tan preocupada de que te estuvieran haciendo daño… pero… ¿qué ha pasado contigo? Estás distinto —le preguntó, mirándolo en detalle—, algo ha cambiado profundamente en ti.
—Nosotros lo matamos —estallaron sus carceleros en sollozos de nuevo—, pero de alguna forma revivió y volvió distinto. ¡No merecemos perdón! Por favor, castíganos o deja que nosotros nos castiguemos como merecemos.
—Ya dije que aquí no hay culpables —volvió a hablar Lorién, mientras se sentaba en la silla de ruedas, todavía débil, pero con voz profunda—.

> *¿Cómo vencerá el Ser Humano a su sombra? ¿Acaso huyendo de ella? ¿Acaso enfrentándola en incoherente lucha? Si el motor de la historia es la rebelión contra la muerte, rebélate ahora contra la frustración y la venganza. Deja, por primera vez en la historia, de buscar culpables. Unos y otros son responsables de lo que hicieron, pero nadie es culpable de lo que sucedió. Ojalá podamos declarar: no hay culpables, y se establezca como obligación moral para cada ser humano, reconciliarse con su propio pasado. Esto empezará aquí hoy en ti y serás responsable de que esto continúe entre aquellos que te rodean, así hasta llegar al último rincón de la Tierra.*

Se quedó en silencio unos instantes, mientras todos contenían la respiración, era como si el tiempo se hubiera congelado, hasta los latidos del corazón.
—En realidad, gracias a vosotros he muerto y he renacido en una condición nueva. — Continuó ahora con una voz más suave, más de

este mundo—. No hay nada que llorar, ni nada que echarse en cara. Está todo bien. Ahora necesitamos salir de aquí rápidamente, antes de que se organicen para volvernos a capturar.
—¡Vamos! ¿A qué están esperando? —Dijo ella con firmeza—. ¿Alguno de ustedes sabe dónde están las Tres Disciplinas que me quitaron?
Se miraron compungidos y uno de ellos comentó:
—Se las llevaron nuestros superiores y no sabemos dónde. Lo sentimos mucho —terminó desconsolado.
—Sáquennos de aquí lo más rápido posible. Necesitamos un vehículo y llegar lo antes posible a esta dirección —dijo Zule, dándoles las señas de W Fernández. Se quedó mirando la bata como de hospital que llevaba tanto ella como Lorién— Pero lo primero son ropas, así no podemos andar por el mundo. Por cierto, ¿cómo se llaman ustedes?
—Jonathan —dijo uno de lo que acompañaban a Lorién—, y mi compañero es Ian.
—Yo soy Nicolás y mi compañero se llama Marc.
—¿Y por qué todos hablan castellano? —preguntó ella.
—Sabíamos que los dos hablan castellano, aunque tú hablas varios idiomas —contestó Jonathan—. Sobre las ropas más adelante quizás encontremos algo.
Se pusieron en marcha rápidamente, con Nicolás y Marc adelante guiándolos y con Ian y Jonathan atrás, empujando la silla de Lorién con Zule a su lado, que lo miraba con curiosidad y con adoración al mismo tiempo.
En los pasillos por los que fueron pasando se encontraban con personas con los rostros transfigurados y sonrientes, que se miraban entre sí maravillados. Al verlos se arrodillaban y le agradecían a Lorién, de alguna forma reconocían su energía, aunque ésta estuviera muy baja en esos momentos. Jonathan se detuvo ante una de las personas que los saludaban arrodillados, miró a Lorién y asintió. En unos segundos estaba con la ropa del señor, que no podía estar más feliz de que Lorién usara su ropa. Un poco más allá Nicolás se fijó en una mujer joven e hizo lo mismo. Le llevó la ropa a Zule, que no le quedaba perfecta, pero salvaba bastante la

situación.
Tomaron un ascensor que subió diez pisos. Entraron a un hall donde la gente también estaba conmocionada y con esa mirada agradecida y despierta, tan característica de los que han tomado contacto con la Fuerza. Todos se inclinaban y se dirigían a Lorién como si fueran girasoles, encarando sus rostros hacia el sol que les da la vida.
Salieron a la calle por fin. La enorme avenida estaba con el tráfico detenido, con cientos de vehículos que habían generado un atasco mayúsculo y con los peatones y conductores mirando a Lorién como en busca de la luz que los nutría. A unos cientos de metros por ambos lados de la avenida, se escuchaban los pitidos de los vehículos que querían pasar y que no habían sido afectados por la onda impulsada por Lorién.
—Con esta inmensa congestión vehicular que tenemos es imposible ir a ninguna parte a no ser que sea con el metro —dijo Jonathan—. Tenemos una estación a dos calles de aquí.
—Totalmente de acuerdo —dijo Zule—, vamos.
Se encaminaron rápidamente mientras los seguían los rostros agradecidos de miles de personas a su paso. Tomaron el ascensor del metro y pronto llegaron al andén, donde se veía a decenas de personas que estaban sentadas en el suelo o caminando transformadas y que, al sentir la presencia de Lorién, dirigieron hacia él sus rostros. Eran todos conscientes de que él había facilitado su Despertar.
Llegó el tren subterráneo y subieron los seis. Jonathan volvió a tomar la palabra, diciéndoles que lo mejor era recorrer ocho estaciones para después bajar y tomar un taxi que los lleve a la dirección indicada. Estuvieron de acuerdo.
Mientras recorrían esas ocho estaciones, Zule le preguntó a Lorién cómo se sentía.
—Es complejo lo que siento —dijo éste con una sonrisa—, este cuerpo lo siento adolorido, lo siento como una cárcel, siento su debilidad y por otro, le estoy agradecido porque me ha permitido moverme y actuar en el mundo. Con mi muerte se produjo una identificación total con mi conciencia, con mi ser energético, con mi espíritu. Éste lo siento pletórico, poderoso, consciente, pleno. Es

algo que no se puede describir. Así que en estos momentos me siento dividido entre estas dos sensaciones de mí mismo. A mi ser energético le gustaría volar al plano al que pertenece, para poder dejar atrás el cuerpo y ser libre de nuevo, pero también mi espíritu sabe que tiene una misión que cumplir y que te ama. Además, amo a todas estas personas que nos rodean y quiero facilitar su Despertar antes de volar libremente.
—Entonces es cierto que moriste.
—Sí, me estuvieron torturando con descargas eléctricas y me sentía totalmente fracasado. Comencé a culparme por todo lo que había sucedido, por privar a la humanidad de las cuatro Disciplinas. Por el sufrimiento y dolor que te iban a causar para terminar finalmente con tu muerte, sin poder volver a verte jamás. Sentí que había pecado de arrogancia y de ingenuo. Empecé a tratarme muy mal internamente y con la debilidad que sentía en mi cuerpo, en algún momento, algo se soltó en mí y me dejé ir, no quería vivir más y mi cuerpo dejó de funcionar. Mi espíritu voló a un lugar maravilloso, lleno de luz, donde se sentía parte de todo en total plenitud. Ahí me quería quedar, era el lugar al que pertenecía, ya prácticamente no recordaba mi paso por la tierra cuando sentí-escuché una voz en mi interior que me dijo que ni mi tiempo, ni mi misión habían terminado, que me acordara de mi rebeldía. Ahí recordé mi misión, te recordé a ti y de alguna forma volví a la celda donde estaba mi cuerpo muerto en la camilla, una igual a la tuya. En ese momento entraron Ian y Jonathan para tratar de devolverme a la vida para seguir interrogándome y yo comprendí. Volví al cuerpo y rápidamente conecté con toda la Fuerza de lo sagrado del Centro Luminoso, todavía vinculado con el otro plano y se produjo un estallido impresionante de poder, de bondad y de amor. Bueno, ya viste los resultados —terminó él, un poco cansado.
—Los vi y los sentí —dijo ella reflexiva—. Fue algo impresionante, yo supe que eras tú, pero había algo más que no estaba antes en el Lorién que conocía, ahora entiendo de qué se trata. A pesar de estar acostumbrada al contacto con la Fuerza, esto fue tremendo, sentí como cada una de mis células estallaban de gozo, mientras era consciente de cada una de ellas y de todo lo que me rodeaba. Sentí como, en un microsegundo, nos fusionábamos con esa enorme

energía que tú habías enviado y a la vez con todas las personas que estaban cerca. Eso, a pesar de estar en celdas de aislación total. Era algo enorme, enorme para lo que no hay palabras.
—La verdad es que ha cambiado toda mi percepción de mí mismo, del mundo y de las cosas. En estos momentos puedo percibirte por dentro y por fuera, como puedo percibir a todas estas personas que nos rodean, siento cada célula de mi cuerpo, cada hálito energético que hay a nuestro alrededor, puedo sentir a la gente allá arriba en las calles y en sus casas. Puedo dejar de percibir a través de los sentidos de mi cuerpo para percibir todo en forma energética.
Con tanta percepción siento que estoy al filo de la locura. Espero que ésta irá bajando en intensidad, conforme me vuelva a reacomodar en mi cuerpo y en este plano. Todo esto está exigiendo a este pobre y vapuleado cuerpo al máximo. Por momentos siento que puede llegar a estallar. Espero que aguante hasta que lleguemos donde Alejandro y ver si él me puede ayudar.
—¡Oh! —Exclamó ella—, realmente has muerto y renacido…—dijo preocupada—. De todas formas, quien muere antes de morir, no morirá jamás. Bien, ahora esto es algo muy tangible y claro para ti.
Lorién asintió con una sonrisa desvaída.
—Efectivamente, quien muere antes de morir no morirá jamás. Antes era una dirección a seguir, esto que hablábamos que progresivamente uno se iba dejando de identificar con su cuerpo, para identificarse cada vez más con esa consciencia, esa Fuerza que está en nuestro interior. Bien, ahora es un hecho. Mi dificultad en este momento es volverme a identificar con este cuerpo para poder seguir actuando en este plano y terminar la misión encomendada. Ahora estoy con poca energía, pero siento que poco a poco voy encajando cada vez más en mi viejo y adolorido cuerpo —le dijo con una sonrisa tranquilizadora, pero demasiado débil.
—Aquí tenemos que bajarnos—dijo Jonathan.
Subieron en el ascensor hasta la salida a la calle, allí tomaron un taxi y se despidieron afectuosamente de Nicolás y Marc.
El chofer, al escucharlos hablar en español, les comentó:
—¿Se han enterado del tremendo atasco que hay alrededor de la Worth St. y Broadway? Está todo colapsado y por la radio dan unas

informaciones muy raras, que ha habido accidentes, que es un grupo de terroristas, que hay miles de personas alrededor contaminados por un virus. El tema es que ustedes han tenido suerte, si les llega a agarrar en esa zona, no habrían podido ir a ningún lado. Todas las calles y avenidas desde ese punto, en veinte manzanas a la redonda, están cortadas y como cien manzanas a la redonda colapsadas por que han dirigido el tráfico hacia las laterales. Así que tenemos una buena fiesta en el mismo centro de Manhattan. Tanta modernidad para esto —se rió el taxista—. Ahora están diciendo que ya colapsó también el metro. Después de dejarlos a ustedes, me voy a tener que ir a trabajar a Brooklyn, aquí en Manhattan no hay nada que hacer por hoy.
Ellos se miraron con sonrisa cómplice sin decir nada. También se veía el tráfico denso por las calles que estaban recorriendo, a pesar de haber salido de Manhattan. Finalmente, el taxi se detuvo frente a un edificio, Le pagaron y se despidieron de él con mucha calidez y una buena propina. Y aprovecharon para agradecer y despedirse cálidamente de los dos funcionarios. Estos, un poco reticentes a separarse de ellos, finalmente accedieron y se fueron en el mismo taxi en que habían llegado, despidiéndose de forma agradecida de los dos muchachos con gestos de gran afecto.
Se miraron Zule y Lorién y finalmente Zule empujó la silla hasta el portal del edificio, donde llamó a un piso.
Se escuchó una voz que sonaba familiar.
—¿Quién es?
—¿Alejandro Fernández? —preguntó a su vez Zule.
—¿Quién lo busca?
—Lorién y Zule —dijo la muchacha.
—¡Es maravilloso! —se escuchó la voz que les sonaba tan conocida a los dos—. Subir, por favor, es el piso trece —terminó con mucha calidez y alegría.
Mientras entraban al vestíbulo y llegaba el ascensor, Lorién le dijo a Zule intrigado:
—Esa voz me resulta muy familiar, pero no consigo saber a quién me recuerda.
—A mí me sucede lo mismo, tengo una gran curiosidad por saber

quién es.
Llegaron por fin al piso trece y a la salida del ascensor los esperaba…
—¡Federico! —exclamaron los dos totalmente asombrados, al unísono
—Estás vivo y estás aquí en Nueva York —dijo incrédulo Lorién.
Se abrazaron los tres. Con la sorpresa, a Lorién se le olvidó lo débil que estaba y casi se cae al levantarse para abrazarlo. Pero entre Federico y Zule lo sostuvieron. Los tres lloraban de alegría de verse. Estuvieron unos minutos así, abrazados, sin decir nada. Hasta que finalmente Federico ayudó a Lorién a sentarse.
—Qué mal anfitrión soy, os estoy dejando en la escalera en lugar de invitaros a pasar. No tengo perdón. Adelante, queridos míos. No sabéis cuanto me alegra volver a veros sanos y salvos.
—Y nosotros de verte a ti —dijo Zule, mientras se derramaba en el sillón—. Qué cansancio tengo, con la tensión y la adrenalina no me había dado cuenta.
—Espero que lo de Lorién no sea grave —expresó con un tono preocupado.
—No —dijo este—, solo es debilidad por el maltrato que le han dado a este pobre y fiel cuerpo. También por haberlo sometido a una enorme descarga de Fuerza hacia el mundo.
—Bueno, bueno, contármelo todo, por favor. Disculpar de nuevo. ¿Tenéis hambre?
Se miraron Zule y Lorién y se rieron a la vez…
—Pues ahora que lo dices, sí, —dijo ella—me comería un buey.
—Sí, yo tampoco me había dado cuenta, pero tengo mucha hambre, parece que ya me estoy volviendo a acomodar en este cuerpo, ya no lo siento tan ajeno.
—¿Cómo es eso? —Preguntó Federico con expectación—. Disculpa de nuevo, es que la curiosidad me mata. Primero preparo algo de comer rápidamente y mientras comemos me vais contando.
Federico se dirigió rápidamente a la cocina, mientras Lorién y Zule cerraban un rato los ojos y descansaban.
En unos minutos estuvo de vuelta con la humeante comida.
—Espero que os guste la lasaña, es lo único que tenía a mano para

cocinar rápido.
—Yo me comería en este momento hasta mis zapatos, así que la lasaña me parece ¡muy buena alternativa! —exclamó Zule divertida, mientras se sentaba a la mesa.
Comenzaron a engullir la comida como náufragos los dos. Federico casi no comía, solo los miraba expectante y con un enorme afecto en sus ojos.
—Disculpa nuestros modales Federico, pero estamos muertos de hambre. Algunos no solo de hambre —dijo mirando a Lorién picaresca, aunque le salió con tono preocupado.
—Vamos, vamos, contarme, que me tenéis en ascuas.
—No —dijo Lorién—, primero cuéntanos tú. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Alejandro Fernández? El Protector de la Cuarta Disciplina.
Se echó a reír de buena gana Federico. Cuando terminó, los miró con su mirada alegre y resplandeciente y les dijo:
—Respecto de Alejandro, lo tenéis delante de vosotros.
—¿Cómo? —Exclamó Zule— ¿Tú eres Alejandro Fernández?
—Pues sí, es mi nombre original. Federico es un nombre que adopté hace unos veinte años cuando empezó a ser perseguida La Escuela. Pensé que Jaidev os lo habría dicho.
—Claro —dijo Lorién—, de alguna forma lo insinuó, como si nosotros ya lo supiéramos, pero como estábamos convencidos que Federico y Alejandro eran dos personas distintas, no pudimos hacer el nexo.
—Eres un maldito bandido —le echó en cara Zule de forma expresiva—, nosotros todo el tiempo te creíamos muerto y lo hemos pasado tan mal, y tu vivo y riéndote de nosotros —le enrostró.
—No, Zule, —dijo él con cara seria— no fue fácil salir vivo de Teruel, de hecho, todavía estoy curando un balazo que me dieron —comentó mientras se subía la camisa y les mostraba una herida que estaba cicatrizando en el costado.
—Disculpa Federico, no fue mi intención dudar de ti. Es que los últimos tiempos han sido difíciles… —y se echó a llorar encima de la mesa—. Pensé que nunca iba a volver a ver a Lorién y la certeza de que me iban a torturar hasta la muerte me ha tenido al borde de

la locura…
Se limpió las lágrimas con dos manotazos.
—Los últimos tiempos, parece que estoy hablando de años y no han pasado ni dos semanas desde que este señor llegara a mi tienda, donde vivía muy tranquilita—se sonrió Zule mirando afectuosa a Lorién—, ¡Qué habilidad para enredarlo todo tiene Lorién! ¿No podías haberme enviado a alguien más normalito? —se burló Zule, mientras le sacaba la lengua a Lorién.
Se rieron los tres de buena gana, eso ayudó a relajar el ambiente, que se había tornado un tanto denso.
—Supongo que sí podía, pero estoy seguro que no lo hubieras valorado —se rió a su vez Federico—. Al parecer no os ha ido nada mal juntos —terminó, con una sonrisa satisfecha, Federico.
—¡No me digas que tenías planeado esto también, que te mato! —exclamó Zule.
—Jajajá. No, pero era una posibilidad. Los biotipos de los dos se complementaban a la perfección, así que debo de reconocer que, aunque no estaba planeado, pensé que tenía muchas posibilidades de pasar algo entre vosotros. Sé que estáis agotados, queridos míos —dijo con tono serio—, ha sido una barbaridad lo que habéis hecho. Es increíble todo lo que habéis aguantado, creo que nadie más que vosotros hubiera podido pasar por semejante prueba. Habéis recorrido cincuenta y siete mil kilómetros aproximadamente en apenas quince días. Fue realmente inhumano el mandato que os dimos. Lo increíble, lo verdaderamente increíble, es que lo hayáis logrado. Es un verdadero milagro —dijo Federico emocionado—, realmente se abrió el tiempo de los milagros y vosotros dais buen testimonio del mismo. Sin contar con todo lo que habéis hecho en el camino. ¡Tremendo desorden que habéis dejado a vuestro paso!
Se rió él con ganas.
—Toda Sudamérica encendida, trataron de pararlo, de aislar los países, pero no hubo forma. Hasta Chile, que es el país más aislado, se ha viralizado. Toda Turquía, España, Grecia, Bulgaria, Rumania, Siria, Alemania, Francia, India. Todo esto hecho por vosotros directamente. Paralelamente, el fenómeno se disparó a través de las redes sociales cuando los jóvenes lo hicieron suyo y comenzaron a

vivirlo y difundirlo hasta llegar a todo el planeta, a pesar de que rápidamente cortaron Internet para evitar su propagación. Además, nuestra gente de La Escuela se ha movilizado muy bien, con resolución, para facilitar que la experiencia tenga dirección y sentido, que se pueda interpretar en buena forma. En fin, que no tengo palabras para el tremendo desorden que habéis originado —se reía con ganas.
—No lo hemos logrado, —dijo Zule mirando apesadumbrada a Lorién, — hemos fracasado. Nos detuvieron en el aeropuerto de Nueva York, cuando ya parecía que habíamos pasado y nos quitaron las Tres Disciplinas que nos habían entregado para su custodia. Lo siento, Federico —terminó Zule sinceramente compungida, mientras le caían unas lágrimas silenciosas por las mejillas.
—No, no al contrario, claro que lo habéis logrado, o mejor dicho lo hemos logrado. Aunque la labor principal la habéis realizado vosotros.
—¿Qué? —saltó Lorién, incrédulo—. ¿Quieres decir que todavía hay esperanza?
—Por supuesto que hay esperanza, hoy más que nunca gracias a vosotros. Dejarme que os lo explique. Pero antes, insisto en saber qué pasó con vuestra misión, con vuestra captura y vuestro viaje.
Zule y Lorién le estuvieron detallando su viaje desde que Lorién salió de Teruel. Federico no dejaba de expresar su asombro una y otra vez, principalmente con Lorién, con su aporte a la recuperación milagrosa de Haluk, hijo de Erkin en Estambul.
—Es increíble Lorién, tú recién estabas tomando contacto con la Fuerza, no tenías datos, no tenías experiencia ni conocimiento sobre el tema. Es realmente increíble.
Después en Lima con los torturadores.
—Pero esto es imposible, qué sensibilidad la de este hombre, qué capacidad para empatizar con el sufrimiento de los demás y con esta gente que eran los más duros y en condiciones tan extremas. ¡Extraordinario!
Después, cuando le describieron el viaje por tierra por los Andes hasta llegar al Cusco partiendo por Huancayo, Federico no se pudo contener y se puso en pie y comenzó a caminar por la habitación.

—No sé si os dais cuenta de lo que habéis hecho. Nadie, absolutamente nadie, por más conocimiento y bondad que tenga, hubiera podido siquiera imaginar que se podría hacer lo que vosotros hicisteis a lo largo de los Andes peruanos. Es realmente increíble. Y solo dos jovencitos que no llegan a los veinte años. Volviste a salvar una vida nuevamente. ¡Te das cuenta de todo lo que has hecho, Lorién! ¡Te das cuenta del ser extraordinario que eres! Si hace un mes todavía no habías oído hablar de mí, ni de La Escuela.
La anécdota del Helicóptero al llegar al Puno, lo exaltó de nuevo,
—¿Pero, de dónde sacas esas ideas? ¿Cómo se te pueden ocurrir semejantes cosas? ¡Qué personaje increíble!
La anécdota en Bolivia, con la celebración masiva del cumpleaños de Lorién lo hizo reír a carcajadas.
—¡Sois tal para cual, vaya pareja!
Las historias en los aviones no dejaron de sacarle sonrisas constantemente. Lo de los viejitos indios le encantó.
—Qué belleza lo que contáis, qué corazón y qué sensibilidad —se extasiaba él.
Las anécdotas con Jaidev en la oficina los hicieron reír a los tres a carcajadas.
—¡Qué tipazo Jaidev! ¿Verdad? ¡Y también le salvasteis la vida! Sois realmente excepcionales. Y cada vez más difícil, en India estuvieron dos veces cerca de atraparos, pero sois como anguilas —se reía—, completamente inasibles.
Hasta llegar a Nueva York, ahí Lorién le empezó a contar a groso modo sobre la tortura y la muerte que le sobrevino. Pero Federico, no lo dejó respirar, lo bombardeó a preguntas sobre lo que había experimentado, sobre el fracaso enorme que sintió y cómo eso facilitó su muerte y renacimiento. Le preguntó una y otra vez sobre sus registros, sobre las cosas que sentía en cada momento.
—Quien muere antes de morir no morirá jamás —murmuró pensativo—. Ahora entiendo lo que comentabas al llegar, respecto de tu desencaje con el cuerpo y tu nueva identificación, lo que te estaba costando volver a sentirlo como tuyo y dejar de sentirte confinado, después de esa singular experiencia de conexión con el

Centro Luminoso. Lo tuyo es el más difícil todavía, qué ser notable eres. Cuando lloramos juntos abrazados y cuando comiste, seguramente esos dos actos facilitaron que te sientas más integrado en tu cuerpo de nuevo. ¿Verdad?
—Tienes razón —comentó Lorién—, ya no siento el desencaje tan fuerte, en este rato hablando hasta se me habían olvidado mis molestias —dijo extrañado.
—Con toda la Fuerza que canalizaste a través de tu cuerpo, no sé cómo todavía éste se mantiene en pie. Cómo no se inmoló. En ese momento todavía estabas con un pie en cada plano, en el más acá y en el más allá. A lo largo de la historia humana, no había escuchado algo semejante. Estuviste a punto de desaparecer, hasta tu espíritu llegó a peligrar por la enormidad de lo que hiciste —comentó preocupado—. Estabas en una celda aislada, en un sótano del FBI completamente impermeabilizado y en un edificio que es un bunker y, sin embargo, canalizaste tanta Fuerza que no solo afectó a todas las personas del edificio, sino a todos los que se encontraban a cientos de metros del mismo. Ahora comprendo las noticias tan incoherentes que llegaban por Internet y por la radio. Claro, nadie entendía nada. Solo los que sabían algo de vosotros dos y la mayoría estaban dentro de ese edificio. Todavía, a pesar de que han pasado varias horas, sigue colapsada toda esa zona, decenas de manzanas a la redonda. Qué increíble consistencia interna tienes hijo, realmente excepcional. Se nota que eres de Teruel.
—No podía arriesgarme a que no fuera lo suficiente fuerte para atravesar esos trajes especiales, no podía arriesgarme a que torturasen a Zule. Y claro, se me pasó la mano un poco.
—¿Un poco? —Comentó Zule divertida—, pero si casi incendias el edificio. A pesar de estar acostumbrada al contacto con la Fuerza, no tienes idea de la enormidad que me llegó, me remeció entera y golpeó de tal forma mi espíritu que se hizo consciente. Así que, desde ese momento, al parecer estoy en conciencia de sí todo el tiempo y no puedo salirme de este estado.
—Además, eso produjo la conversión en cientos, quizás miles de personas que estaban cerca. Algo inusitado. La experiencia trascendental, como estamos viendo, produce conversiones masivas de sentido.—Puntualizó Federico.

—¿Podrías explicarnos qué es eso de la conversión de las personas? —preguntó Zule.
—Las conversiones son plegamientos masivos a un nuevo estilo de vida, —se quedó pensativo unos instantes para proseguir después. —La conversión de las personas es la transformación de su sistema general de ideación de un modo rápido, de manera que se pueda concentrar la dirección de su vida en un sentido preciso.
—Ejem, —carraspeó Lorién, — ¿Podrías explicarlo de forma más sencilla?
—Jajajá, claro disculpar, me voy por las ramas con demasiada facilidad. A ver, una persona de pronto atiende a una especie de llamado (no a una ideología), tiene una experiencia y algo le pasa y a partir de ahí, cambia su forma de moverse en el mundo. Adquiere un sentido, una dirección y un significado. El sistema general de imágenes del sujeto se trasforma de un modo rápido y la dirección vital del sujeto se convierte. Desde ese momento, su vida errática toma una dirección con mucha fuerza. A esto nos referimos con la conversión masiva del sentido de la vida.
—¿Quiere decir que la conciencia humana puede ser controlada? —preguntó Lorién.
—El ejercicio del poder actual se basa en la teoría ingenua que supone que, si se monopoliza los medios de producción y se maneja los medios de comunicación (monopolio de la imagen), la gente que supuestamente es conciencia pasiva va a responder de una manera mecánica, predeterminada y reactiva a los estímulos que se les envíen, por lo tanto, siempre se podrá prever qué van a hacer en el futuro. Pero no, la conciencia humana no es pasiva, la conciencia humana es activa. Esto quiere decir que, si se lanza un estímulo a la conciencia esperando una respuesta predeterminada, podría resultar que esa conciencia hiciera algo totalmente inesperado, precisamente, porque la conciencia es activa, intencional. Esa es una mirada muy conductista. No tienen idea de lo que es el Ser Humano. El real Ser Humano está apareciendo.
—¿Qué quieres decir con esto?
—Que el Ser Humano, ese que va hacia el infinito, ese que descubre y manipula el átomo; ese que trasforma lo perceptible en bits; ese que decodifica y puede manipular a su antojo el código genético y

con eso trasformará aún más su naturaleza; ese, que cuando se le dice que la técnica genera desempleo, está dispuesto a reestructurar la organización social para liberar al hombre del trabajo y permitir que la tecnología siga su desarrollo; ese que se rebela de sólo ser considerado un animal racional que nace, crece, se reproduce, se capacita, trabaja, se enferma y muere; ese que mira su cuerpo y lo considera una antigüedad primitiva para el desarrollo de su conciencia; ese que se rebela ante la muerte; ese Ser Humano que aún no define la filosofía, ni la psicología, ni las ciencias sociales... ese Ser Humano, el real Ser Humano, ese Ser Humano del futuro, ese ya está apareciendo. El homo sapiens está haciendo fuerza para abrir su universo, para ir más allá de su aparato de creencias básicas. En esa búsqueda, el Ser Humano va a descubrir la conciencia.
—¿Qué quieres significar cuando dices: el Ser Humano va descubrir la conciencia? —saltó Zule.
—La dinámica real de la conciencia es transformarse, trasformar el cuerpo y trasformar el mundo. El comprender que la conciencia no es algo mecánico y reactivo, sino una estructura evolutiva intencional; el estar a punto de aceptar que el cuerpo humano es una antigüedad primitiva que no corresponde en su desarrollo a la velocidad de evolución de la conciencia y contar con el conocimiento y la tecnología para modificarlo; el estar próximos a liberar al hombre de la esclavitud del trabajo... todo esto son señales claras de que el Ser Humano está buscando liberarse de su aparato de creencias básicas. Con la desestructuración del aparato básico de creencias del Ser Humano, se resquebrajará su imagen del mundo y con ello se abrirá todo un nuevo sistema de posibilidades de desarrollo para la conciencia.
—Vaya, de nuevo aparece la desestructuración. —Intervino Lorién.
—Jajajá, si parece que mete la cola en todo. En los tiempos en que estamos, todo está teñido por la desestructuración. — Se rió de buena gana Alejandro. —Ese nuevo sistema de posibilidades para la conciencia va a transformarlo todo. El Ser Humano del futuro no va a querer ganar y poseer cosas; va a querer sentir, crear, construir, aprender sin límite. No va a querer poseer, tener, controlar. Ese humano comprenderá que hay millones de formas de desarrollar la

emoción y el pensamiento, que hay una diversidad inimaginable de formas de sentir y pensar. Ahora la visión del Ser Humano es muy conductual y reducida, pero a futuro todo irá bien, todo irá para donde tiene que ir.
—Wuauuu —exclamó Zule—, le acabas de poner letra a mi fe en el Ser Humano. ¡Gracias!
—Sí —comentó Lorién pensativo—, me recuerda las palabras que nos leyó Jaidev en Benarés.
—¡Bien, basta de cháchara!, soy un viejo descuidado y charlatán. Todavía corremos peligro, tenemos que salir de aquí rápidamente. Vamos a tomar un taxi, nos daremos unas vueltas en metro por si acaso nos estuviera siguiendo alguien y después iremos a un piso más discreto que este. ¿Te encuentras con fuerzas Lorién? Sé que necesitáis dormir, pero os pido un poco más de paciencia y de aguante para estar más seguros.
—Estoy de acuerdo —dijo Lorién—, después de lo que hemos pasado, toda prudencia es poca.
—Vamos entonces —dijo Zule con un suspiro.
Bajaron rápidamente por el ascensor, Lorién en su silla de ruedas, ahorrando fuerzas. En la calle tomaron un taxi mientras seguían hablando.
—Cuando conocí a Zule —decía Federico—, supe enseguida que era un ser extraordinario. A pesar de los palos que recibió desde muy niña, de la pérdida de sus maravillosos padres, de estar al borde de la locura a tan temprana edad, se levantó y se sobrepuso, alejó de su corazón el rencor, el resentimiento y la tendencia a la venganza y se dispuso a aportar lo mejor de sí para el desarrollo y liberación del Ser Humano. Yo quedé profundamente admirado ante esa inusual capacidad de resiliencia y esa sensibilidad maravillosa. Estaba seguro que algún día llegaría su hora para hacer su aporte y que éste iba a ser muy importante para la humanidad
Le acarició una mano con afecto mientras le sonreía.
—Después, cuando conocí a Lorién, con su aspecto de venir de los infiernos a pesar de ser tan jovencito, de haber sido vapuleado por la sociedad, de creer que no era nada, que era un don nadie, de creerse un fracasado total, en una pequeñísima y perdida ciudad,

casi sin existencia, ignorada por todos… Sin embargo, en seguida vi en él esa brasa inmortal que estaba tapada bajo todo tipo de creencias negativas hacia sí mismo. Esa brasa brillaba con fuerza ante el más mínimo soplo, ante el más mínimo aliento. Recuerdo nuestra primera clase, de estar en una postura casi acostado en la silla, a irse irguiendo su cuerpo y comenzar a brillar sus ojos. Ese brillo cada vez fue teniendo más profundidad. Imagínate Zule, él, el mayor desecho social, en la ciudad más perdida y olvidada del mundo, acepta una misión de un viejo loco que acaba de conocer, deja todo en un segundo para enfrentarse a todo tipo de peligros. ¿Qué te parece? —le decía, mientras sacudía la cabeza de un lado para otro asombrado—. Sois dos personas realmente extraordinarias. En algunos momentos yo mismo me preguntaba si no era una locura total el poneros en una situación semejante, el cargar semejante peso y responsabilidad sobre vuestros jovencísimos hombros, habiendo gente en La Escuela con muchísima más experiencia, gente probada y trabajada interna y externamente. Sin embargo, tenía la certeza total de que era la mejor decisión. Finalmente, los hechos le dieron la razón a esa certeza.
—Bien Federico o Alejandro, no sé cómo llamarte ahora… —comenzó Lorién con la mirada brillante, pero un tanto fría y distante. — ¿Por qué dices que lo hemos logrado si hemos perdido las Disciplinas que nos entregaron y esta era nuestra misión?, cuéntanos la verdad. Queremos saber si todo lo que hemos hecho fue para nada —terminó con su suave y agradable voz, que de alguna forma sonó más dura que una roca.
—Queridísimo Lorién, ¿cómo puedes pensar algo así?
—El interrogador me dijo que habíamos sido utilizados por vosotros y ahora estoy algo confundido.
—¿Qué dice tu corazón? Ese ha sido siempre tu tesoro más preciado.
Después de unos instantes en silencio, la mirada de Lorién cambió, se ablandó, adquirió un brillo todavía más potente y cálido y una sonrisa suave se esbozó en su rostro, que iluminó todo a su alrededor.
—La verdad es que no sé qué pensar sobre las Cuatro Disciplinas.

Pero sé que lo que he vivido ha compensado con creces las fatigas y sacrificios. Incluso mi muerte —volvió a sonreír—, ha merecido la pena. Vi lo que hay al otro lado, tomé contacto con el Centro Luminoso de donde viene todo, tengo la experiencia directa de que la muerte no existe y, en estos momentos, todo mi ser está consciente de una forma inconcebible y extraordinaria. Lo veo todo con una absoluta y total claridad —sonrió de nuevo—. Además, siempre quise viajar, conocer muchos de los lugares que hemos visitado y vivir aventuras.

Hizo otra pausa y su sonrisa ahora se hizo enorme.

—Por si fuera poco, mi desarrollo, mi crecimiento, todas las aventuras, todo lo conocido, el contacto con lo trascendental y con la vida verdadera, por si fuera poco —repitió con su enorme sonrisa —, conocí a Zule.

—Ya era hora de que lo dijeras, hay que ver lo que te ha costado, ya estaba que te daba un coscorrón a ver si te ayudaba. Con tanto mundo interno y tanta cosa… acuérdate que de mí no te vas a librar ni en esta vida, ni en la otra —terminó con voz amenazante, pero con un brillo emocionado y tierno en los ojos.

—Bien, estamos llegando a Harlem, aquí tomaremos un metro y daremos unas vueltas por si acaso antes de llegar a nuestro destino.

Siguieron conversando animadamente mientras hacían varios trasbordos por distintas líneas del metro. Finalmente, después de una hora aproximadamente, salieron del metro y tomaron otro taxi hasta unos barrios oscuros, donde claramente el nivel de vida era mucho más modesto. Los suburbios por los que iban pasando cada vez tenían un mayor aspecto de abandono y pobreza. Se veía mucha gente en las calles sin mucho que hacer, principalmente latinos y negros. Ya estaba atardeciendo.

Federico le dijo al taxista que se detuviera al lado de un edificio de cuatro pisos muy deteriorado, con cuatro jóvenes mal vestidos y con aspecto poco amigable sentados en los escalones de acceso. El taxista, al recibir el pago y una generosa propina, les pidió que se cuidaran, que esos barrios eran muy peligrosos. Le agradecieron y bajaron del vehículo. Le preguntó a Lorién si podía caminar y este dijo que sí, que había recuperado energía y fuerza y que con un poco de ayuda podría caminar sin problemas.

Al verlos bajar del taxi los cuatro jóvenes se pusieron de pie y se encaminaron lentamente hacia ellos. Zule, que estaba ayudando a Lorién a mantenerse en pie, se apretó con fuerza a él. Para su sorpresa los cuatro jóvenes se dirigieron con familiaridad a Federico y lo abrazaron. Dos de ellos tomaron la silla y los otros ayudaron a sostener a Lorién con una amplia sonrisa en sus rostros afables y amigables.
—Les presento a Lorién y Zule —les dijo—. Ellos son Rebeca, Emilia, Gregorio y Frank.
Todos se saludaron con afecto.
—Los escogimos a ellos porque saben castellano. Rebeca es de Guatemala, llegó de niña con su familia. Emilia y Gregorio son hijos de mexicanos y Frank es hijo de madre cubana.
—Bienvenidos, los estábamos esperando, hemos oído hablar tanto de ustedes que estábamos ansiosos por conocerlos.
—Sí, ellos también han tomado contacto con la Fuerza, como la mayoría de la gente de este barrio.
Entraron finalmente a un piso con una puerta deteriorada, pero que al girar la llave se notó que no era lo que parecía. Se escucharon unas barras al retirarse y, al abrirse se pudo apreciar por dentro que era en realidad una puerta de seguridad enmascarada. Dentro, el piso estaba decorado con mucho gusto, precioso, limpio, cuidados los detalles, realmente llamaba la atención, nadie se lo hubiera podido imaginar, en ese barrio.
—Jajajá —se rio Federico al ver su cara de sorpresa—. Las cosas no son lo que parecen. Este barrio hace un tiempo que ya no es el que era. Pero le hemos pedido a la gente que siga aparentando que todo sigue igual, para mantenerlo lejos de las miradas que no nos interesan.
Los cuatro amigos que los habían recibido, una vez que los dejaron instalados se despidieron y volvieron a la puerta, para estar atentos a cualquier situación anormal.
—Como podéis ver, aquí estamos más seguros que en ninguna otra parte —se rió de nuevo Federico—. Efectivamente, merecéis una explicación.
Les ofreció unas bebidas y se sentó con un suspiro.

—Cuando nos conocimos, Lorién, yo estaba recién llegado a Teruel. Venía escapando de los policías del espíritu que vosotros conocéis también. Ellos hace años secuestraron a uno de los nuestros y lo torturaron hasta la muerte. Ahí se enteraron de las Cuatro Disciplinas y a su vez de los datos de algunos de nuestros compañeros en La Escuela. Tuvimos que reestructurar todo rápidamente. Producto de esa desgraciada situación se produjo la muerte de los padres de Zule y de varios más de nuestros amigos —expresó con el rostro repentinamente oscurecido—. Hacía años que sabíamos que la crisis mundial estaba tocando fondo y que la consecuente desestructuración social y personal camparía a sus anchas con desbordes psicosociales. Preveíamos también que, en algún momento, a principios del siglo veintiuno, se abriría una ventana. Una posibilidad para que se pudiera instalar el nuevo Mito, el primer Mito Mundial, la nueva sensibilidad que daría impulso a la Nación Humana Universal. La Primera civilización planetaria que nos lanzaría a un salto cualitativo como especie. Un salto similar al que se dio con la domesticación y posterior producción del fuego.
Tomo un largo trago de café antes de proseguir.
—Cada cierto tiempo íbamos tomando muestras en la sociedad, a ver cómo respondían ante el estímulo de la Fuerza y para saber si era el momento. Siempre buscábamos lugares marginales, con poca población, para no llamar mucho la atención. Así llegué a Teruel, un sitio que, por un lado, me permitía pasar desapercibido para nuestros perseguidores y por otro, para tomar una muestra de cómo estaba de receptiva la gente ante lo trascendental. El caso es que me encontraron mucho antes de lo que yo podía imaginar. Justo te había conocido a ti y al grupito con el que estábamos comenzando a trabajar nuestros temas. Ahora te puedo confesar que cuando te vi por primera vez, tuve una sensación de reconocimiento, de certeza total, que el momento había llegado y que tú eras el elegido para impulsarlo. Bien, las primeras muestras con vosotros fueron extraordinarias, mucho mejores que nunca. En algunos momentos aparecían buenos indicadores, pero después declinaban. Esta vez los resultados eran verdaderamente increíbles. Yo estaba muy sorprendido por cómo se estaba dando el fenómeno y por lo mismo

traté de influir lo menos posible para que la muestra fuera lo más limpia posible respecto de la irrupción de lo Trascendental en este plano. La Gente de Teruel era dura, suave y sensible a la vez, justo el caldo de cultivo adecuado, gente con una enorme resistencia ante la adversidad y de una enorme delicadeza interna.
—Con Charlotte en Cusco estuvimos hablando de estos temas —dijo Zule.
—Sí, nuestra buena amiga Charlotte, una de nuestras mejores cabezas. Seguramente os comentó que, cada cierto tiempo, se producía una irrupción en este plano que facilitaba que la semilla, la brasa sagrada, los procedimientos para conectar con lo Profundo, con lo Sagrado del Ser Humano, guardada con mucho cuidado y esmero por La Escuela, pudiera encontrar el terreno fértil para desarrollarse. Estas acometidas de lo trascendental cambian radicalmente la historia.
—Sí, eso mismo nos contó ella. — Comentó Zule.
—La experiencia trascendental pega en un momento histórico afectando profundamente a la gente que es contemporánea a esa aparición de lo trascendental. Cuando estas arremetidas se acercan, empieza a variar el medio histórico y se producen fenómenos extraordinarios en el psiquismo colectivo, enormemente perturbadores. Desde esta perspectiva entendemos las leyendas de ciclones, aerolitos, cometas, que preceden a estos fenómenos. Las alegorías de cada época presentan de un modo plástico los cambios dramáticos de la conciencia colectiva. Lo trascendental necesita de condiciones psicosociales para poder irrumpir en la historia humana; esta irrupción afectará el tiempo particular de cada persona. Es un momento de mucha convulsión.
—¿Nos puedes dar algunos ejemplos en la historia? —pidió Lorién.
—Claro —dijo Federico—, por ejemplo, lo que empieza a pasar dos siglos antes de nuestra era en todo el Mediterráneo. Abruptamente, cambió la manera de ver de los seres históricos de ese tiempo. Eso es muy notable y se puede observar, lo han rastreado los historiadores. Esta irrupción de lo trascendental cambió la forma histórica, construyó otra visión del mundo en todos los campos: en lo social, en lo cultural, en lo artístico, en todo, no fue una cosa pequeña. Se terminó expresando en el Cristianismo y después en el

Islam, — quedó pensativo unos instantes, —que aunque tomaron elementos de la civilización que tenían a mano, reorganizaron estos en una visión del mundo totalmente nueva, original. Es un hecho que ellos cambiaron las coordenadas y los puntos de referencia históricos. Fue totalmente impredecible eso del Islam, totalmente fuera de lugar; nadie podía pensar que de ese lugar saliera algo. Lo mismo se puede decir de Palestina, un lugar conflictivo, con un montón de problemas, lugar pequeñísimo, frente a los imperios de ese tiempo, que eran Persia y Roma. Fue una rareza realmente.—Sí, en el momento del nacimiento del cristianismo, allá hay una crisis tremenda en todo el mundo occidental. Una crisis espantosa, muy similar a la que estamos viviendo ahora. La crisis ya se arrastraba desde hacía un par de siglos —comenta Zule.
—Así es —corroboró Federico.
—¿Qué determina al momento histórico que corresponde al surgimiento del nuevo Mito? —volvió a preguntar Lorién.
—El derrumbe de las culturas. Es este derrumbe lo que determina el clamor de los seres humanos y es el clamor de los pueblos lo que hace posible la irrupción del mundo trascendental en el proceso histórico y con ello, el surgimiento del mito.
Se quedó mirando por la ventana.
—Hay un cambio —prosiguió—, en la manera de ver el mundo, la religión tradicional se queda atrás, la gente se encuentra sin nada que la sustente internamente, en medio de una organización social más o menos firme, con sus obligaciones económicas y con una gran capacidad de comunicación en el caso del Imperio Romano. Pero con una crisis profunda al interior de la conciencia, es como que los elementos de referencia, las referencias que esos pueblos habían tenido hasta ese punto, ya no existen, han desaparecido. Ya nadie creía en la religión tradicional. Empiezan las religiones personales de salvación. Se recuperan ritos olvidados. Todas las sectas llegan a Roma. Se da un resurgir de la búsqueda religiosa y toma cuerpo en las distintas organizaciones, como si se hubieran puesto más receptivos. En otras palabras: es como si dios se acercara.
—Al parecer —comentó Zule—, en el origen de las religiones se encuentra siempre la experiencia trascendental. Esta experiencia produce, en el momento de su irrupción histórica, un impacto tan

fuerte que, a pesar que luego la experiencia se diluya y se pierda, la inercia que deja es de tal magnitud que las generaciones que la suceden crean rituales, iglesias, organizaciones jerárquicas, que se mantienen por cientos y miles de años posteriores al impacto original. Es tan poderoso este impacto original que después de desaparecer, aguanta todo eso que surge y que no tiene nada que ver con la experiencia original. En definitiva, primero se tiene la experiencia original, luego algunas generaciones alcanzan a rasguñar algo de ello y después se alejan y se va formando toda esa superestructura de ritos, iglesias, jerarquías, etc.

—Sí, eso es, exactamente así. Que buena síntesis. Te has convertido en toda una erudita Zule —la felicitó Federico—. Volviendo al tema —carraspeó—, disculpar a este viejo que se dispersa con facilidad. Estaba feliz viendo que, con pequeños contactos con la Fuerza, se estaban produciendo unas profundas conexiones en esos jóvenes. No cabía en mí del asombro. Esa tarde, cuando te pedí que tomaras la misión en tus manos, estaba llegando a mi casa y de pronto empecé a sentir una incómoda sensación de peligro. Miré a mí alrededor y todo estaba en calma, tranquilo, seguí caminando con la sensación cada vez más fuerte. Así que tomé un pequeño rodeo para entrar por otro lado a la calle donde vivía, miré desde la esquina disimuladamente y nada, todo estaba en calma. Ya iba a salir cuando vi que alguien asomaba apenas media cabeza de un portal al lado del de mi casa. Me detuve helado. Así que me fui a una habitación que había alquilado en otra parte de la ciudad como resguardo. Ahí tenía algunas pequeñas cosas de emergencia. Un portátil, unas pocas ropas, un poco de dinero. Preparé rápidamente la mochila y me quedé pensando qué hacer. Conecté con la Fuerza y pedí internamente que me llegara una respuesta sobre los pasos a seguir. Ahí apareciste tú en mi cabeza. Siguiendo este impulso, me senté al portátil y te escribí la carta que conoces y la grabé junto con los otros archivos en un pendrive. Cuando salí a la calle escuché que alguien desde arriba gritó ¡Aquí está, en la esquina! Corrí todo lo que pude y detuve a un vehículo en plena calle que casi me atropella y le dije que tenía un hijo muy grave, que me llevará a la estación de tren. Arrancó y justo ahí llegaron seis tipos corriendo desde distintos lados, un segundo más y me hubieran atrapado.

Antes de llegar a la estación, le agradecí al señor del coche y me bajé. Vi que había un par de personas leyendo el periódico, como distraídos, gente ajena a la que estaba acostumbrado a ver en Teruel. Así que me escondí en los jardines cercanos, preguntándome qué hacer. Así que cerré los ojos, me relajé y tomé contacto con la Fuerza para que te llegara una señal de que necesitaba encontrarte. Sin saber mucho porqué, me puse en pie y comencé a caminar hacia arriba, ya de noche, entre las matas, plantas y flores de los jardines hasta el muro del óvalo, donde me senté a oscuras. Volví a tomar contacto con la Fuerza y volví a poner tu imagen. Después de unos veinte minutos de espera llegaste tú, milagrosamente.

—Eso fue bien raro —dijo Lorién—, justo ese día había salido a caminar a un bosque de pinos cercano a Teruel. ¡Parece que estoy hablando de hace siglos! —se extrañó él una vez más—. Me iba a ir a mi casa y de repente sentí la necesidad de ir a dar un paseo al óvalo y ahí te encontré, o me encontraste.

—Fue una señal más de que eras la persona correcta para la misión.

—¿Pero, cuál era la misión? —se impacientó Lorién— ¿Por qué dices que lo hemos logrado si hemos perdido las Disciplinas? Sigo sin entender.—Tienes razón, sigo sin ser muy claro, trataré de serlo más a partir de ahora, pero estos temas siempre son complejos —dijo Federico con un suspiro, pasándose las manos por la cara como para despejarse—. El punto, —prosiguió— es que estos personajes siniestros estaban detrás de las Cuatro Disciplinas, querían tomarlas para ellos y manejar su poder, además de privar a la gente que pudiera experimentar con ellas y evitar que Despertaran. Para ellos, cuanto más adormecida esté la gente, mucho mejor, es más fácil de manejar y controlar. Creyeron que al ser algo tan preciado, sería muy secreto. En parte tenían razón, así que pensaron que estaría en las manos de unos pocos para mantenerlo oculto.

Las Cuatro Disciplinas son el mayor tesoro que tiene la humanidad, por ello su preservación es lo más importante. Siempre aparece gente que quiere apropiarse de ellas o puede haber un desastre natural o social, se pueden perder los manuscritos, puede dejar de funcionar la electricidad y por lo tanto los aparatos electrónicos de respaldo no servirían para nada. Para esto hace cientos de años se acordó que siempre hubiera un preservador, un Protector oficial

que velase por cada una, en dedicación casi exclusiva y un coordinador que tuviese las cuatro. En este caso yo soy ese coordinador.
Federico carraspeó y tomó un trago de su taza.
—Esa es la misión de La Escuela, velar para que se conserven las Cuatro Disciplinas, protegerlas, preservarlas y facilitar que lleguen a toda la humanidad. Mantener los procedimientos básicos para conectar con Lo Profundo del Ser Humano, con lo Sagrado en su interior. Mantener la brasa viva, como con el fuego en la etapa de conservación.
Se levantó y caminó un momento por la habitación.
—Creo que ya voy entendiendo. — Comentó Lorién. —El momento de hacerlas llegar a toda la humanidad había llegado, al estar en peligro tu vida y ser el coordinador y principal custodio de las Disciplinas, estas podían desaparecer. Ya que solo quedarían los Protectores con una Disciplina cada uno.
—¡Eso es! El momento de hacerlas llegar a toda la humanidad había llegado, pero todo indicaba que yo no iba a salir vivo de Teruel, me equivoqué por poco. El balazo que recibí estuvo a punto de causarme la muerte. Por eso tuve que recurrir a ti para que fueras a rescatarlas y pudieras difundirlas.
—Bien Federico, está clara la importancia de las Cuatro Disciplinas, la necesidad de cuidarlas y de hacerlas llegar a toda la humanidad en el momento justo, este momento, pero intuyo que hay algo más. —Comentó Lorién.
—Efectivamente, no se te escapa nada. —Se rió Federico. — La segunda parte de vuestra misión era atraer la atención de estos seres siniestros. Su persecución os iba a poner en una situación de alto riesgo. Era esencial que sintierais profundamente estas dos cosas, que por un lado corrían riesgo vuestras vidas y por otro, toda la humanidad. Estas eran las condiciones necesarias para que actuarais bajo una total necesidad y desde el amor y la compasión hacia nuestra especie. La intensidad de vuestras acciones, iba a facilitar vuestra conexión con lo Profundo y a su vez la transmisión del espíritu a otros. Después de la pequeña muestra tomada en Teruel, la persecución a la que estábamos siendo objeto la gente de La Escuela, la clara percepción de que estaba en peligro de muerte,

la certeza de que era el momento preciso, ayudaron a que tomara la decisión de entregarte esta peligrosa y difícil misión Lorién. ¡La más importante! Y la habéis llevado a cabo de forma inmejorable.
—¡Vaya! ¿De verdad nos viste adecuados para la misión desde el principio? — Comentó Lorién.
—Sin ninguna duda. Sabía que la misión de llevar el Mensaje al mundo tenía que ser de alguien muy joven, producto de este tiempo, de esta época de necesidad y de sensibilidad, no podía ser cualquiera y cuando te conocí estuve seguro. Esperaba, además, que pudieras hacer equipo con Zule, a ella ya la conocía y sabía de sus extraordinarias dotes. Estaba seguro de que erais los indicados.
—¡Pues quiero que sepas que estás a punto de ser el elegido para llevarte un palo en la cabeza! — Dijo Zule con tono de enfado, pero con una sonrisa en la cara.
—Vuestra misión, —se rió Federico mientras proseguía, —podríamos decir que se había concretado en el momento que llegasteis al Cusco y Charlotte nos envió ese email para que La Escuela saliera con total resolución en todo el planeta, para llevar a todos nuestros hermanos estas semillas sagradas guardadas por tanto tiempo en el silo de la Escuela. De todas formas, vuestra sintonía con lo Profundo es tan potente que habéis afectado a más personas vosotros dos, que casi La Escuela entera. Vosotros generasteis la condición inicial de este fenómeno psíquico, que era lo más difícil, después él solo se ha ido multiplicando de forma exponencial y ya no hay quien lo pare, sobre todo una vez que los jóvenes hicieron suyo el Mensaje y lo viralizaron velozmente a través de las redes sociales. Esa ha sido la parte más importante de vuestra Misión y la habéis cumplido de una forma que nadie de nosotros se hubiera atrevido a soñar, ni los más delirantes —se exaltó Federico, caminando otra vez por la habitación, incapaz de permanecer sentado.
—Sí, es cierto, si no nos hubiéramos visto arrastrados por la necesidad, nuestras acciones no hubieran tenido ni la intensidad, ni el sentido suficiente para cumplir la misión —reflexionó Lorién, terminando con un gran bostezo.
—Os pido de nuevo disculpas, con la conversación tan apasionante olvidé lo mucho que necesitáis descansar. Los muchachos nos tienen

unas ricas pizzas, pero primero os mostraré vuestra habitación.
Tanto Zule como Lorién le agradecieron, se sentían realmente destruidos, sobre todo Lorién. Además, con esas ropas desajustadas que usaban tenían un aspecto desastroso.
En pocos minutos estaban de vuelta en el comedor, donde devoraron las pizzas y se fueron a dormir rápidamente.
—Yo también dormiré aquí y los vecinos van a estar custodiando por si surgiera alguna cosa rara —dijo Federico.
A Lorién no le dieron las fuerzas ni para quitarse la ropa, se tapó y se durmió en el mismo segundo.
Tuvo un sueño muy especial. Soñó que se levantaba de la cama y salía a la calle, miraba la noche estrellada y su espíritu volaba hacia las estrellas, viajaba cada vez a mayor velocidad, mientras el cielo se ennegrecía y la Tierra se alejaba. Cada vez iba más rápido. Las límpidas estrellas fueron virando de color hasta desaparecer en la oscuridad total.
Al frente, vio un único punto de luz dorado que se fue agrandando. Fue hacia él. Unos segundos después se destacó un gran aro que se continuaba en larguísimo corredor transparente. En un momento, se detuvo súbitamente. Había descendido en un lugar abierto.
Atravesó la cortina de aire tibio y entró.
Se vio entre paredes transparentes que, al atravesarlas, producían musicales cambios de color.
Siguió avanzando hasta llegar a un plano en cuyo centro vio un gran objeto móvil, imposible de capturar con la mirada, porque al seguir una dirección cualquiera en su superficie, ésta terminaba envuelta en el interior del cuerpo. Sintió mareo y apartó la vista.
Finalmente encontró una figura, al parecer, humana. No pudo ver su rostro. Esta le tendió una mano en la que vio una esfera radiante.
Comenzó a acercarse y en un acto de plena aceptación, tomó la esfera y la apoyó en su frente.
Entonces, en silencio total, percibió que algo nuevo comenzaba a vivir en su interior. Ondulaciones sucesivas y una fuerza creciente bañaron su cuerpo, mientras brotaba en su ser una profunda alegría.
Supo que la figura le decía sin palabras: Regresa al mundo con tu

frente y tus manos luminosas.
—Así pues, acepto mi destino —se dijo.
Luego, la burbuja y el aro y las estrellas y la Tierra. Por último, la calle y él, humilde peregrino que regresa a su gente.
—Yo que vuelvo luminoso a las horas, al día rutinario, al dolor del hombre, a su simple alegría. Yo que doy de mis manos lo que puedo, que recibo la ofensa y el saludo fraterno, canto al corazón que del abismo oscuro renace a la luz del ansiado Sentido. —Terminó, emocionado.
Despertó llorando, muy conmovido por la bella experiencia y por su compromiso con su gente, con su especie, que pronto iba a volar a las estrellas. Pero antes, había mucho por hacer en este maravilloso planeta que los había acogido. Buscó papel y lápiz para escribir la experiencia y las palabras finales que tanto lo habían conmovido. Después de un rato se volvió a dormir. Lo despertó Zule bien entrado el día.
—Arriba dormilón, qué hombre este, se puede caer el mundo a su alrededor y él durmiendo a pierna suelta. Para ti no hay situaciones excepcionales ni nada que se le parezca. ¿Verdad? Tú a lo tuyo, a comer, a dormir y que te quiten lo bailado —lo despertó ella con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Cómo te encuentras pedazo de vago? —le preguntó con tono meloso, mientras lo besaba con cariño.
Lorién se desperezó y expresó algunos quejidos al hacerlo, pero sonrió con afecto a Zule.
—Me siento como si me hubiera pasado un tren de mercancías por encima, muy adolorido, pero descansado y vuelvo a sentirme perfectamente encajado en mi cuerpo. Aunque con un hambre atroz. ¿Es muy temprano?
—Si para ti las doce del día es temprano, pues sí, es temprano —se burló ella, sacándole la lengua.
Lorién se levantó y se duchó. Disfrutó la ducha como hacía muuucho tiempo que no lo hacía, salió relajado y descontracturado, contento y con muy buena sensación vital.
En el comedor lo estaban esperando Federico y Zule, sentados a una mesa llena de suculenta y aromática comida.

—¿Qué tal descansaste? —preguntó Federico.
—Muy bien, la verdad es que lo necesitaba. Me permitió, además de descansar, volver a instalarme en mi cuerpo, a sentirlo mío, que somos uno. Aunque una parte de mí sigue despierta y sabe que pertenece a otro lugar. La ducha también hizo lo suyo, me alivió mucho, ya que el cuerpo lo tenía contracturado, aletargado, pesado y denso. Ahora siento que vuelvo a fluir con él. Ya no necesito silla de ruedas, además, siento la energía circulando con fuerza dentro de mí. La verdad que la siento más potente que nunca antes.
—Me alegro mucho querido amigo —expresó Federico con afecto.
—Tuve un sueño muy particular —prosiguió Lorién, sacando el papel y contándoles en detalle.
—¡Qué belleza! —exclamó Zule—, me emocionó eso que dices de: Yo que vuelvo luminoso a las horas, al día rutinario, al dolor del hombre, a su simple alegría. Yo que doy de mis manos lo que puedo, que recibo la ofensa y el saludo fraterno, canto al corazón que del abismo oscuro renace a la luz del ansiado Sentido.
—Realmente fue un sueño significativo, producto de la conciencia inspirada.
—¿A qué te refieres con conciencia inspirada? —preguntó Lorién.
—Es una estructura de conciencia, cuya función es conectar los dos mundos y traducir las señales que provienen de ese espacio profundo, cubriéndolas con un ropaje poético. Sin duda que estas traducciones tienen que ver con tu experiencia de renacimiento. Es maravilloso ver cómo están presentes en esta traducción el amor y la compasión, elementos fundamentales para estar seguro que la interpretación de estas señales es desde una bondad profunda. Está claro que lo Trascendental envió una poderosa señal a través de ti. Me recordó un poema de un amigo francés sobre la bondad, Olivier Georges. ¿Queréis escucharlo?
—¡Por supuesto que sí! —exclamaron los dos a una.

La Bondad

Tú que no haces diferencias
que no consideras los cuerpos
que no consideras los sexos

que no consideras la apariencia de la gente
Tú que das sin contar
que no buscas seducir
que no buscas parecer
que no buscas ser amada
Tú que admiras o ignoras
sin pensar quien lo merece o no
tú ofreces tu suave luz a todo lo que encuentras
Sin temor a desagradar, sin temor a molestar,
sin temor a cualquier reacción
sin ningún temor a Ser, con libertad total, tú das
porque eres Inmortal, porque eres Eterna
Oh, Bondad Eterna, que vienes de tan lejos,
invade todo mi ser y exprésate a través mío
solamente te deseo como corriente de Vida
solamente te deseo en mí para que vayas hacia los demás
Apartaré cada piedra que se oponga a tu existencia
hasta que mi corazón sea el camino más puro
hasta que mi alma se parezca a ti
hasta que todo se reúna por la Eternidad.

—Realmente precioso, lo siento absolutamente propio, siento una resonancia profunda con lo que expresa este poeta —se emocionó Lorién.
Se quedaron en silencio mientras comían reflexivos.
—Los policías del espíritu reaccionaron —comenzó Federico—, han clausurado todo Manhattan, no se puede entrar ni salir, ni por tierra, ni por mar, ni por aire. Todo sellado. Están desesperados, tratando de evitar la propagación del fenómeno. Ahora ya se les metió en casa, jajajá, ya no es, en lugares lejanos, o como ellos dicen, en países tercermundistas, de gentes crédulas y poco racionales. No, en el mismísimo corazón de la bestia, en pleno Manhattan, el corazón histórico del distrito financiero, el hogar de la Bolsa de Valores de Nueva York, en el corazón del imperio. Aquí es donde tienen su trono los grandes magnates. Aquí se encuentra el paraestado, que está detrás de los gobiernos, el verdadero poder en

la sombra, los que gobiernan al mundo a sus anchas. La paradoja es que sus mejores soldados ahora están de nuestro lado. Ayer, producto de la acción de Lorién, se vieron afectados la mayoría de los corredores de bolsa. Finalmente, se paralizó la actividad de ésta y parece que va a estar sin operar por un buen tiempo, dado que casi todos los operadores, de una u otra forma, han conectado con sus espacios sagrados y están renegando del trabajo especulativo y manipulador que venían desarrollando contra los pueblos del mundo. Ahora tienen que reorganizarla, pero el daño recibido puede ser irreversible. ¡Qué justicia poética! —se deleitó Federico —. Con esta situación, la Bolsa se ha desplomado en todo el mundo ante la incertidumbre. Están todos descolocados, no saben qué hacer. Es el mayor desplome en toda su historia.
—Realmente es paradójico —comentó Zule—, la bestia misma nos metió en su panza, como los Troyanos con el caballo de los Aqueos. Ahora ésta semilla sagrada los está descomponiendo desde adentro.
—Todo Estados Unidos está en este momento en un estado de confusión como nunca antes, mientras el Mensaje se sigue expandiendo aceleradamente —retomó Federico—. Nadie sabe qué pasa, se ha declarado el estado de emergencia en todo el país. El ejército y la policía están en alerta y acuartelados. Han suspendido el derecho de reunión para evitar contagios masivos, pero con esto han paralizado las industrias y detenido al país, con lo cual se está desplomando toda la vieja organización. La televisión y medios de información están bajo supervisión del gobierno. Es decir, lo único que se transmite es lo que ellos quieren. Internet ha sido suspendido, también la telefonía móvil. La gente no sabe qué pensar, surgen todo tipo de teorías conspiracionistas, desde los judíos, hasta los ovnis, pasando por los rusos, por la guerra bacteriológica y hasta el golpe de estado orquestado por gente afín al Islam. En definitiva, una generosa y enorme confusión. En fin, un momento hermoso, bello. Lo mejor es que, a pesar de todo, prácticamente no se ha disparado un arma. Apenas ha habido algún herido, por confusiones más que por otros motivos...
Federico se quedó en silencio, meditando sobre la situación.
—Estoy seguro de que pronto se va a manifestar el ejército, que es el gran recurso final. Ahí es donde tenemos que poner nuestra

dirección mental. Pues dependerá de sus decisiones que esto termine en una masacre o en un acto poético. Aunque todavía no ha sucedido, vamos hacia la ley marcial.
—¡Wuauu! Así que para bien o para mal, estamos en los momentos cruciales sobre el futuro de la humanidad. — Dijo Lorién pensativo mientras terminaba de comer.
Se quedaron unos segundos en silencio ponderando las implicaciones del momento.
—¡Qué manera de comer la de algunos! —Dijo Zule mirando a Lorién de reojo.
—Hay que ver que hambre tenía —concordó Lorién pasándose la mano por la panza—, me he puesto tieso de comer.
—Ya te he visto, ya —comentó Zule—, si la única gracia que tienes es la de dejarnos en vergüenza por donde vamos, ¡Qué hombre! ¡Qué falta de delicadeza y de discreción!
—Tampoco ha sido tanto Zule. —Se excusó Lorién, con una sonrisa de oreja a oreja.
—¿Cómo que no ha sido tanto? Si hasta yo me he tenido que cambiar de sitio por temor a que me pegaras un tarascón y me comieras una mano. ¡Si es que no tienes medida!
Federico los miraba un tanto confundido, pero rápidamente se sonrió ante las expresiones de ellos.
—Vaya, vaya, parece que os entendéis de las mil maravillas —terminó riéndose.
—¿Entenderse con este? No sabes tú lo que cuesta. Ahora seguro que le habrá dado sueño y se quiere echar una siesta. Si es que contigo no se puede, no tienes ni el más mínimo sentido de lo que son las prioridades. Como ves, Federico, se puede estar cayendo el mundo a su alrededor y ahí lo tienes pensando en echarse una siesta. ¿Qué te parece? Lo que me vas a costar de criar —terminó diciéndole a Lorién con los ojos chispeantes.
—¿Y qué hacemos entonces con él? —preguntó Federico con cara preocupada.
—La verdad es que no tiene mucho arreglo, uno esperaría que alguien que ha pasado por lo que él, que ha recorrido medio mundo, ha estado con gente sensible, con gente inteligente, con

gente trabajadora, que sabe darle la importancia debida a cada momento. Uno esperaría que algo hubiera aprendido. Pues ahí lo tienes. ¡Nada de nada! —dijo Zule con su particular tono indignado que sus chispeantes ojos desmentían.

—¿Pero algo habrá que hacer? —prosiguió Federico, siguiéndole el juego—. Al fin y al cabo, somos responsables de él.

—¡Mucho que le importa! Responsabilidad. ¡Ja! No sabe lo que es eso, si le preguntas te dirá que le suena de algo, que en algún lugar ha escuchado algo de eso, pero de saber qué significa, nada de nada. ¡No te digo que es una calamidad! Menuda cruz que he tenido que arrastrar con él. ¡Si es que está en una edad muy mala! Uno esperaría que, a estas alturas, ya hubiera salido de la adolescencia, pero es que no hay caso con él. ¡Qué agobio de hombre! —terminó Zule y con ella estallaron los tres en carcajadas.

Lorién se terminó cayendo de la silla y ahí se quedó con su risa silenciosa, Federico lloraba sin recato. Por su parte, Zule hacía unos ruidos terribles entre mugidos y rebuznos. Era tan grande el escándalo que los cuatro amigos que estaban esperando fuera del portal entraron a ver qué pasaba, con cara de preocupación.

Cuando los tres los vieron entrar con la cara angustiada, redoblaron sus aullidos, gritos, quejidos y todo tipo de sonidos onomatopéyicos de dudosa procedencia. Terminando doblados sobre sí en el suelo y Federico agarrado a la silla como náufrago al madero, arrugado como una pasa, mientras se contorsionaba haciendo todo tipo de equilibrios para no caerse. Entretanto los tres lloraban a moco tendido.

Por su parte los cuatro cada vez estaban más preocupados y cada intento de preguntarles qué les pasaba y cómo les podían ayudar potenciaba y fortalecía los lloros, gritos, gemidos y sonidos preocupantes en una algarabía aterradora. Hasta que, poco a poco, se fueron contagiando y lentamente al principio, comenzaron a reírse también, para en pocos segundos estar pegando saltos, agarrándose el estómago, mientras se apoyaban en mesas, sillas y paredes para no caerse. El escándalo fue mayúsculo. Como, además, con la precipitación se habían dejado la puerta abierta, comenzaron a entrar y a entrar cada vez más vecinos, que se fueron contagiando también de la hilaridad general. Al final, por todo el edificio,

pasillos y hasta en la calle, había un rosario de gentes tiradas por los suelos o apoyados unos en otros en precarios equilibrios, mientras lloraban a mares ante lo ridículo y divertido de la situación. Lo peor fue cuando ya estaban casi calmados y llegó otra hornada de gente a preguntar de qué se reían. Esto gatilló un estallido general, de alaridos, gritos y carcajadas, que tuvo como resultado cientos de personas desparramadas por la calle sin fuerzas para levantarse, ni para dejar de reír.
Se congregaron alrededor más de mil personas que con mayor o menor intensidad compartieron el jolgorio y la alegría general.
Cuando se calmaron y salieron fuera, no podían creer el tremendo caos que habían generado.
—¿No te dije, Federico, que con él no se puede salir a ninguna parte? —prosiguió Zule—. Acabamos de llegar y ya se las ha arreglado para armar el tremendo lío. Lorién, está bien que hayas tenido una infancia solitaria en la que nadie te haya prestado mucha atención, pero esto es demasiado. ¿No puedes intentar pasar un poco desapercibido por una vez? ¿Ser un poco discreto en tu forma de moverte en el mundo?
Volvieron a reírse de buena gana los tres.

Capítulo 9: La Nación Humana Universal

Estamos al fin de un período histórico obscuro
y ya nada será igual que antes. Poco a poco
comenzará a clarear el alba de un nuevo día;
las culturas empezarán a entenderse;
los pueblos experimentarán un ansia creciente de progreso
para todos, entendiendo que el progreso de unos pocos
termina en progreso de nadie. Sí, habrá paz
y por necesidad se comprenderá que se comienza a perfilar
una Nación Humana Universal.

Federico se dirigió a los más de mil vecinos que los rodeaban y les presentó a Zule y a Lorién, haciendo hincapié en que ya habían oído hablar mucho de ellos. Empezaron a escucharse unos aplausos y gritos de alegría. Terminando en un ensordecedor griterío como homenaje hacia ellos.

La gente fue pasando uno a uno a saludarlos, a darles la mano y a abrazarlos. Agradeciéndoles con mucho afecto lo mucho que habían hecho por toda la humanidad. Tanto Zule como Lorién estaban absolutamente sobrepasados ante la devoción, el afecto y la admiración que les fueron expresando. Mientras uno tras otro los saludaban y se presentaban a ellos, alrededor se formaron grupos que hablaban de poesía, de sus sueños, de proyectos para transformar su barrio, su país y el mundo entero. Hablaban de experiencias que habían tenido, despiertos o en sueños, respecto de

lo trascendental. De cómo habían cambiado sus vidas. De su renacimiento como seres humanos, de tomar conciencia de su existencia y de la existencia de los otros. Como algo que siempre había estado ahí y que nunca habían caído en cuenta. Lo Humano se expresaba con claridad en todos ellos, de distintas y maravillosas formas, cada uno desde sus particulares traducciones de esas señales que venían de lo Profundo de su Ser.

Cuando terminaron todos de presentarse, varios de ellos les pidieron que les guiaran una experiencia de contacto con la Fuerza.

—Bueno Zule, aquí la única que habla inglés de los dos eres tú, así que te toca a ti o a Federico —se rió él.

—No, no, no. Nada de eso, tú siempre andas escurriendo el bulto y escamoteando tu responsabilidad —le contestó ella, rápida y vivaz —. Además, aquí el místico de la banda eres tú, —se rió ella—, así que hazte cargo y nosotros te traducimos —terminó ella sacándole la lengua.

—A mí no me mires —le dijo Federico con cara muy seria—, yo de eso de morir y renacer no tengo mucha experiencia. Así que estoy de acuerdo con Zule, tendrás que asumir tu responsabilidad y nosotros te traducimos con mucho gusto —y miró para otro lado, mientras se sacudían sus hombros y su cuerpo entero.

Las personas que estaban más cerca de ellos se miraban sin saber qué sucedía, pero algunos descendientes de hispanos les fueron traduciendo hasta que se fue extendiendo rápidamente la conversación de ellos y la risa franca de todos.

Finalmente, Lorién tomó una hoja con la experiencia de Fuerza, mientras le decía entre dientes a Zule y a Federico que se las iban a pagar, y comenzó a guiar la ceremonia.

> *Relaja plenamente tu cuerpo y aquieta la mente...*
> *Entonces, imagina una esfera transparente y luminosa que, bajando hasta ti, termina por alojarse en tu corazón ...*

Lorién inmediatamente sintió como un enorme caudal de Fuerza se abría paso a través de él hacia el resto de los presentes y cómo conectaba con la Fuerza de cada uno, como si fueran un solo ser, en una telaraña, en una red humana a través de la cual irrumpió lo trascendental, dejándolos a todos mudos por la poderosa y transformadora experiencia a la que habían tenido el privilegio de

asistir. Por un largo rato estuvieron en silencio después de terminar la experiencia. El cielo, hasta ese momento nublado, se abrió y se difuminaron todas las nubes, dejando que el radiante sol les entregara su calidez en el frío día de otoño. Todos quedaron sobrecogidos por la experiencia y por el milagro. Hubo personas que tenían problemas físicos y se sanaron. Todos se sintieron transfigurados ante el milagro compartido. Todos sintieron que lo trascendental se había alojado en el interior de cada uno, como sello indeleble de la experiencia directa con lo trascendente.

—El Ser Humano en su bondad— se sorprendió a sí mismo Lorién hablando en voz alta para todos—, en la eliminación de las contradicciones internas, en sus actos conscientes y en su sincera necesidad de evolución, hace nacer su espíritu. Para la evolución son necesarios el amor y la compasión. Gracias a ellos es posible la cohesión interna y la cohesión entre los seres que posibilitan la transmisión del espíritu de unos a otros. Toda la especie humana evoluciona hacia el amor y la compasión. Quien trabaja para sí en el amor y la compasión, lo hace también para otros seres.

Zule y Federico lo escucharon también sorprendidos, mientras traducían para los demás con la ayuda de los que sabían castellano.

—Todos hemos sido testigos de la irrupción del plano trascendental aquí. Todo indica que el momento ha llegado y se tenderá a manifestar la acción de ese plano en este, en el mundo de los acontecimientos, en nuestro momento histórico. Seguramente la conciencia humana está llamada a jugar un papel importante como receptáculo de la acción de ese otro plano. Nuestra acción por lo tanto tiene que ir encaminada a la creación de ámbitos físicos y psicológicos para que sirvan como receptáculos para la acción de ese plano, la acción de lo trascendental en este mundo.

Hizo un silencio y prosiguió unos segundos después:

—Necesitamos crear ámbitos físicos de estudio y reflexión, de experiencia trascendental. Donde cientos, miles de personas puedan juntarse y ser receptáculos de ese plano trascendental, facilitar su irrupción y su expresión en este mundo. Ha llegado el tiempo.

Volvió a quedar en silencio unos instantes. Había un silencio sagrado a su alrededor, rodeado por miles de personas y no se escuchaba ni el más mínimo sonido, era como si ese momento

estuviera congelado en el tiempo, se hubiera salido del plano del transcurrir habitual.
—Hermanos míos, estamos en una precaria situación, necesitamos tomar contacto con las fuerzas armadas y ponerlos de nuestro lado para evitar una masacre y evitar la destrucción de esta oportunidad histórica que tiene el Ser Humano para dar un salto cualitativo en su evolución y dejar instalada la Nación Humana Universal —terminó Lorién con su expresión transfigurada, como si fuera otro el que hablaba a través de él.
—Ya lo habéis oído, queridos amigos —tomó la palabra Federico—. Ha llegado el tiempo, ha llegado el momento. Tenemos que organizarnos rápidamente para llevar este mensaje a todos los barrios, para que converjan nuestros pedidos y nuestras acciones en poner de nuestro lado al ejército. Principalmente necesitamos que todos los que tengan algún familiar en el ejército, se dirijan al lugar donde están acuartelados para llevarles este urgente mensaje. Tenemos una hora para organizarlo todo y partir cada uno con sus tareas y destinos.
Ese silencio y esa quietud sagrada que se había instalado desapareció rápidamente y se generó un torbellino de actividad, de autoorganización. En menos de una hora estaban organizados, por un lado, los que iban a ir a otros barrios y ciudades a llevar el Mensaje, y por otro, los que tenían algún familiar en las fuerzas armadas. Diez minutos después, habían partido cada uno en una dirección, dejando el barrio prácticamente desierto. Quedaron ellos tres y los muchachos que habían conocido la noche anterior: Rebeca, Emilia, Gregorio y Frank.
Volvieron al piso donde estaban alojados, Emilia y Frank se quedaron en la puerta; Rebeca y Gregorio entraron con ellos.
—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Lorién.
—Tú lo preguntas —se rieron de buena gana Federico y Zule—, está claro que los que están a cargo de esto ahora sois vosotros dos. Sí, Zule, no me mires así, tú también.
Guardó silencio unos instantes y continuó.
—Hay un elemento más, en algún momento caí en cuenta de que este proceso lo tenía que llevar adelante gente muy joven. Personas

que no tuvieran en su interior límites, que su nivel de censura externa y autocensura interna fuera el menor posible, que en algún momento se sintieran capaces de todo sin limitaciones. Este es vuestro tiempo, no de los viejos maestros como nosotros. ¿Te imaginas a alguno de nosotros haciendo lo que habéis hecho vosotros en la cordillera de los Andes? No, no hubiera funcionado. Por lo mismo esto tiene que quedar en vuestras manos. Sois los representantes de la nueva sensibilidad, este tiempo os pertenece, es vuestro y sois los únicos capaces de llevarlo a cabo, nosotros nos iremos retirando silenciosamente —dijo Federico.

—¿Pero, qué estás diciendo? ¿Con lo que nos ha costado encontrarte nos vas a dejar solos otra vez? —se exaltó Lorién.

—Jajajá, la verdad es que no os he hecho mucha falta, todo lo habéis hecho vosotros —se rió Federico.

—¿Puedes describirnos esa supuesta sensibilidad que tenemos? —preguntó Zule.

—Para que se instale el Nuevo Mito que permita dar ese salto cualitativo como especie, ya comentamos que se necesita de un relato y de una experiencia que facilite la irrupción de lo trascendental en este plano. Lo acabamos de vivir ahí fuera, por cierto, fue impresionante, Lorién. Y finalmente tiene que aparecer una generación con una nueva sensibilidad. —Se quedó pensando unos instantes.

—En este escenario de desestructuración, está empezando a aparecer esa nueva generación, que vosotros representáis perfectamente bien. Sabemos que las generaciones no se suceden mansamente. Se suceden con dialéctica, con choque, los valores que se han instalado mejor que se vayan despidiendo, esta generación es distinta y comenzó a aparecer, no viene con las mismas valoraciones. Este cambio lo van a hacer los jóvenes, ellos son el futuro que viene. Ellos empiezan con lo nuevo, eso es seguro. ¡No os sorprendáis que esta vez pueda ser al revés! No vaya a ser que los mayores resulten ahora ser superficiales y sean los jóvenes quienes logren profundidad. Está apareciendo la gente joven. Son otra cosa, son lo que hemos estado esperando por décadas. Es la generación que aparece en los momentos críticos para motorizar y protagonizar los cambios. — Se levantó y caminó unos pasos por la habitación

reflexivo. Los jóvenes están apareciendo en la escena pública de todas las latitudes, son un fenómeno mundial. Muy desordenados, sin referencias, con mucho despelote, pero con nuevos impulsos. Creativos, rebeldes. Ahí están esperando, tendrán diecisiete o dieciocho años. Está apareciendo esa nueva franja generacional. Los jóvenes no quieren participar de nada que les resulte contradictorio, no quieren ser cómplices de las asquerosidades que ven. Quieren otra cosa, ni ellos saben exactamente qué... Dicen otra cosa, otra cosa queremos… Bueno, vosotros lo sabéis mejor que yo. No sé para qué pierdo el tiempo en deciros estas cosas.
—No, no, por favor, nos aclara mucho —pidió Lorién.
—Es la diferencia entre los teóricos del cambio y los que encarnan el cambio, vosotros sois esto último. Recuerdo ahora una especie de carta-poema que muestra como ésta nueva sensibilidad ha ido apareciendo. Fue durante la revuelta de Grecia de 2008. La escribieron los jóvenes griegos, amigos de Alexandros Grigoropoulos, un joven que perdió la vida por un disparo policial. Su muerte gatilló las revueltas. ¿Queréis que os la lea? La tengo por aquí —dijo mientras buscaba en el portátil.
—¡Por supuesto! —exclamaron los dos.
—Bien. ¡Aquí está! Fue leída en el funeral de Alexandros.

CARTA LEÍDA POR LOS COMPAÑEROS DE ALEXANDROS EN EL FUNERAL

Queremos un mundo mejor. Ayudadnos
No somos terroristas, ni encapuchados, ni los conocidos-desconocidos
Somos vuestros hijos.
Esos conocidos, desconocidos...
Tenemos ilusión, no matéis nuestra ilusión.
Tenemos ímpetu, no detengáis nuestro ímpetu.
Recordad, una vez fuisteis jóvenes vosotros también.
Ahora perseguís el dinero, solo os importa vuestra vitrina, engordasteis, os habéis vuelto calvos, OLVIDASTEIS.
Esperábamos que nos defendierais,
Esperábamos que os interesarais, nos hicierais sentir orgullosos por una vez.

EN VANO.
Vivís falsas vidas, habéis bajado la cabeza, os habéis bajado los pantalones y esperáis la muerte.
No tenéis imaginación.
No os enamoráis.
No sois creativos.
Solo compráis y vendéis.
Lo material lo más importante.
Amor en ninguna parte.
Verdad en ninguna parte.
¿Dónde están los padres?
¿Dónde están los artistas?
¿POR QUÉ NO SALEN A LA CALLE?
Ayudadnos, a los jóvenes...
P.D.: No nos tiréis más gases lacrimógenos. Lloramos por nosotros mismos.

—¡Wuauu, fuerte y dura! —comentó Zule—. Pero muy certera.
—Hoy día las cosas ya no se pueden plantear en términos ideológicos sino en términos afectivos. Una afectividad que si uno la experimenta tiene sabor a verdadero.
Los jóvenes se están comunicando con los demás a través de esa afectividad verdadera. Esto que nos acerca en el mundo de hoy no son las ideologías, es un registro interno profundo de la proximidad del otro…
—Yo existo porque tú existes —expresó reflexivo Lorién.
—¡Eso es! —se entusiasmó Federico—. Veis, yo puedo teorizar horas y horas y vosotros, que lo estáis viviendo, en una sola frase lo sintetizáis y lo hacéis tangible y comprensible —se rió de sí mismo —. Esta generación tiene un grado de profundidad inusitado. Una increíble facilidad para conectar con lo Profundo de la conciencia.
—Sí, eso lo hemos observado —comentó Zule.
—La gente, sobre todo los jóvenes, están descubriendo poco a poco esa dimensión profunda. ¡Claro que lo están haciendo! Cuando individualmente profundizan en ellos y empiezan a mirar dentro de sí… ¡Hay que ver! Son verdaderos mundos, no son personas planas,

figuritas de cartón que uno mira por el otro lado y no hay nada. Descubren que son mucho más que formas planas. Cada uno tiene su historia, cada uno tiene su proyecto, cada uno tiene su biografía, cada uno tiene su medio, cada uno tiene sus relaciones amistosas, familiares y demás, operando en él y a través de él. Toda una sociedad está operando a través de él, bien o mal, no tiene importancia, pero están operando muchas intenciones humanas a través de él.
—¡Lo humano que está apareciendo! — Exclamo Zule.
—Así que ahí estamos— Se rió Luis prosiguiendo—. Comienzan a ver su profundidad, y comienzan a descubrirlo en los otros. Empezamos a conectar con lo sagrado que cada uno lleva dentro y a verlo en los otros también. Aparece lo espiritual, entendiendo lo espiritual como un camino hacia la profundidad de lo humano, como un camino hacia la evolución, no un camino de retroceso al oscurantismo. Un camino que se abre al futuro. Un camino que permite nuevas preguntas, más que respuestas cerradas y dogmáticas. Un camino entendido como un recorrido que nos lleva de un punto a otro, de una realidad hacia otra. Lo espiritual entendido como una elección evolutiva. Lo espiritual entendido como futuro, como el hacia donde de la especie. Están conectando con la certeza de la inmortalidad. Esta es la generación que acompaña a la instalación del Nuevo Mito, a la irrupción de lo Trascendental en este plano.
Se quedaron en silencio meditando las implicaciones de lo que había dicho Federico.
—Volviendo a tu partida y sobre tu intención de colgarnos el mochuelo a nosotros, hay un tema más. No tenemos idea de la Escuela, ni de las Cuatro Disciplinas —le espetó Zule.
—Ah, bueno, pero eso es muy simple. Algunos de nosotros quedarán como una suerte de consultores para estos temas aburridos. Pero la chispa de lo sagrado la lleváis vosotros, los más jóvenes. Sobre la información de La Escuela y las Cuatro Disciplinas, os la voy a pasar en un pendrive a cada uno, para que la podáis difundir indiscriminadamente. La mejor forma de preservarlas es que les llegue a todo el mundo. Además, un listado de todos los amigos de la Escuela, con sus direcciones. La Escuela

ya no corre más peligro que el resto de la especie humana. Cada uno de ellos, unos pocos miles en todo el mundo, han recibido esa misma información. Así que sobre esto no tienes que preocuparte. Lo más importante lo hemos vivido recién ahí afuera. Facilitar que lo trascendental se exprese en este plano. La transmisión del espíritu. Todo lo demás es secundario.
—En mis palabras, llevar el fuego sagrado a mis hermanos —dijo Lorién.
—Qué hermoso, qué poético, sin duda ese es tu Propósito y te ha llegado desde lo Profundo.
—Sí, creo que así es. La verdad es que siento que siempre me ha acompañado, quizás venía conmigo desde antes de nacer… —dijo, reflexivo, Lorién.
—Bien, lo primero es haceros una copia a cada uno de la información de La Escuela, con las Cuatro Disciplinas y otros materiales de interés, además del listado de contactos de los amigos —dijo Federico, mientras trabajaba en el portátil—. Sobre tu pregunta, Lorién, sobre qué hacemos, la verdad es que yo tenía pensado algo más calmo: esperar aquí unos días, era un buen lugar para descansar y planificar los próximos pasos. Pero tú, en realidad lo trascendental a través de ti, aceleraron todo y me parece que es lo más conveniente. Yo mismo había dicho que lo crítico que se venía era el ejército, pero os vi tan cansados… Habéis tenido una maratón brutal durante estas dos semanas, que pensé que por unos días no pasaría nada grave. No me atrevía a volver a meteros en el baile inmediatamente. Bueno, pero esto ya no fue, este también dejó de ser un refugio seguro, porque era la gente la que lo hacía seguro. Ahora que se ha vaciado, volvemos a estar en situación vulnerable. Así que tenemos que hacer planes rápido para salir, ojalá, esta misma noche de aquí. —Comentó mientras seguía trabajando en el ordenador.
Pasados unos instantes continuó.
—Por cierto, Lorién, me sorprendió mucho lo que dijiste respecto de crear ámbitos físicos de estudio y reflexión, para facilitar la irrupción de lo trascendental en este plano. Te cuento que, en la Escuela, con mucho esfuerzo, hemos ido construyendo más de 40 parques de estudio y reflexión los últimos años. Bueno, el momento

ha llegado y finalmente tú les has dado el sentido y el propósito que tendrán estos parques, para aportar al desarrollo de nuestra especie. Eres de verdad impresionante, se nota que estás casi de forma permanente en la conciencia inspirada.
—Bien, esto ya está —dijo pasándoles a cada uno un pendrive—. Ahí está la información de La Escuela. ¿Tenéis dinero?
—No tenemos nada, nos lo quitaron todo en las dependencias del FBI —dijo Zule.
—Bien, aquí tenéis diez mil dólares cada uno y en cada una de estas tarjetas hay diez mil más, por cualquier cosa que pase, que podáis maniobrar de forma autónoma, aunque no sé por cuánto tiempo más seguirá sirviendo el dinero o las tarjetas de crédito... Finalmente, solo quería contaros que en cuanto supimos por vosotros que el momento había llegado, los nuestros salieron a la calle en todas partes, pero priorizamos los países que tienen la bomba atómica. Así que, en USA, Inglaterra, India, Francia, Israel, China, Rusia, Corea del Norte y Paquistán, nuestros compañeros inmediatamente buscaron tomar contacto con familiares y amigos de los jefes de estado y de los jefes del ejército. Mientras nosotros hacemos nuestra parte aquí para evitar una masacre, podemos confiar en que ellos están haciendo lo mismo en sus países.
—Es un alivio —comentó Zule—, porque si conseguimos que Estados Unidos deje en suspenso el uso de la violencia, principalmente a través de las armas nucleares, corremos el peligro de que otros países donde no estemos teniendo tanto éxito, aprovechen el momento para utilizar las suyas y tratar de invadir o imponerse por sobre el resto de los países.
—Así que no has aportado apenas nada. ¿Verdad? —se burló Lorién.
Y de forma más íntima:
—Gracias Federico, gracias por preservar la vida de nuestra especie, gracias por prevenir que nuestro planeta pudiera saltar en pedazos y gracias por haber confiado en nosotros. Quiero pedirte disculpas por haber dudado de ti, en ese momento algo antiguo, de los tiempos en que andaba en el sin-sentido, afloró y quiso volver a negar que la vida tuviera sentido y valiera la pena, a pesar de los cientos de pruebas que he tenido desde que te conocí. Qué fuerte es

la inercia y qué fácil es volver atrás —se maravilló Lorién, un tanto apesadumbrado.
—Es cierto lo que dices, respecto de lo fácil que es volver atrás, pero solo cuando los ámbitos siguen iguales, en este momento no hay donde volver, solo se puede ir hacia adelante. Por otra parte, tus dudas hubieran durado poco, aun si yo no hubiera estado para despejarlas. Después de tu renacimiento, tu yo se ha achicado y ha quedado supeditado a tu Propósito. Es decir, que de vez en cuando se puede dar el gusto de hacer una pataleta, pero le dura poco, porque tú ya no eres tu cuerpo, ni tu yo. Estás identificado profundamente con tu espíritu, con tu ser trascendente —terminó con afecto, dándole unas palmadas afectuosas a Lorién.
—¿A dónde te parece que deberíamos ir? —preguntó Zule.
—Déjame que piense —dijo Federico.
Rebeca carraspeó.
—Disculpen que me meta, pero yo tengo dos hermanos en el ejército, la base en la que están acuartelados está a unos veinte kilómetros de aquí. Quizás me estoy metiendo en lo que no me llaman, pero, dada la situación, lo más inteligente parece ser avanzar en lugar de esconderse.
Se miraron los tres un tanto sorprendidos por la interrupción.
—Estoy completamente de acuerdo —dijo Zule—, vamos con Rebeca a esa base donde están sus hermanos y hagamos nuestro trabajo también. Parece que la conciencia inspirada no es solo patrimonio de Lorién, jajajá.
—Sí —concordó Lorién—, a mí también me parece lo mejor, cada uno de nosotros tiene que hacer su parte. Además, si conseguimos que los uniformados de esa base militar se pongan de nuestro lado, estaremos más seguros que en cualquier otra parte.
—Acordado, entonces —zanjó Federico, mientras sonreía a Rebeca, valorando su intervención—. Recojamos algo de comer y partamos rápidamente.
En ese momento entraron precipitadamente Emilia y Frank.
—Federico —comenzó Frank—, están llegando un montón de vehículos blindados, nos tienen rodeados. Alguien sin duda nos ha vendido. —Expresó molesto.

—Todo se acelera, es el signo de los tiempos. Entiendes por qué es vuestro tiempo y no el mío. Yo estoy acostumbrado a funcionar de una forma más lenta y pastoril y todo esto me desborda. Bien, Rebeca y Gregorio lleven a Zule y Lorién al escondite en el subterráneo del edificio de al lado. Nosotros tres, Emilia, Frank y yo, tomaremos el auto que está detrás de la casa para tratar de despistarlos. Vosotros tendréis que quedaros en silencio y esperar a que se vayan. Yo sugiero que esperéis hasta mañana. En la noche, con el estado de emergencia sería un suicidio.
—¡Pero a vosotros os pueden matar! —exclamó Lorién.
—Mira, todos corremos riesgos, pero después de haber experimentado el impacto de lo trascendente en nuestras vidas, la muerte ya no tiene mucha importancia. ¿Verdad muchachos?
Asintieron con una sonrisa de oreja a oreja todos ellos.
—Además, vosotros también vais a estar corriendo peligros. Cada uno tiene que hacer su parte. Suerte para todos.
Se despidieron con un sentido abrazo.
—Ojalá que nos podamos encontrar en la base que comenta Rebeca mañana.
Salieron los tres corriendo por una puerta trasera y, en seguida, se escuchó el motor de un vehículo al ponerse en marcha. Los cuatro se dirigieron rápidamente al edificio de al lado, donde Gregorio los guio hasta una bodega que estaba en el subterráneo. Una vez dentro de ésta, tocó algo en la esquina y con un chasquido, se abrió un cuadro en la pared, suficientemente grande para que pudieran pasar de a uno gateando. Dentro escondía un pequeño cubículo, apenas lo suficiente para que entraran los cuatro. Cerró la pequeña puerta y se quedaron escuchando.
Al poco rato oyeron el estruendo de una gran cantidad de vehículos pesados que hicieron temblar suelos y paredes. Se escucharon maldiciones y la mayoría de los vehículos partieron en la misma dirección que había partido el coche de sus amigos. Poco después, se escucharon pasos y voces en el edificio. Sonaban las puertas al estallar seguramente tras pegarles una patada los soldados. Se escucharon pasos que bajaban hacia la bodega, también abrieron la puerta de una patada y se escuchó una voz diciendo que no había

nadie en el subterráneo. Los pasos se fueron alejando hacia arriba. Después de un rato el edificio se quedó en silencio. Los cuatro suspiraron aliviados y se sentaron apretados en el suelo.
—Vamos a pasar la noche aquí —dijo Rebeca—, mañana temprano tomaremos un auto que hay a unos pocos metros de aquí y nos iremos, esperemos que no quede nadie de guardia. Lo dudo, se nota que la mayoría se fue detrás de nuestros amigos y que quedaron atrás unos pocos para registrar el lugar, pero estoy segura que pronto seguirán a sus compañeros. Así que les sugiero que se pongan lo más cómodos posible y descansen lo más que puedan, mañana tendremos un día agitado. Yo haré el primer turno de vigilancia, por si acaso.
Los demás manifestaron su acuerdo. Mientras, a lo lejos, se escucharon varios disparos.
—Espero que no los alcancen —dijo Zule con voz preocupada.
—Eso esperamos —expresó Rebeca—, la ventaja es que está oscureciendo, pero todavía queda un poco de luminosidad para que nuestros amigos puedan conducir sin luces, ellos, además, conocen todos los vericuetos de estos barrios. Estoy segura de que encontrarán algún espacio por el que atravesar el cerco o algún escondite donde pasar desapercibidos.
—Ojalá que sea así —dijo Lorién.
Sorprendentemente y a pesar de la preocupación, de la incomodidad del lugar y del poco espacio, tanto Lorién como Zule se durmieron en unos pocos minutos, producto del enorme cansancio acumulado, tanto física, mental, como emotivamente. Estaban agotados.
Lorién sintió que lo zarandeaban y abrió los ojos en la oscuridad, sin saber dónde estaba. Estuvo a punto de gritar, pero escuchó la voz de Zule tranquilizándolo.
—Arriba dormilón, soy yo.
—¿Me toca el turno de guardia? —preguntó Lorién, estirándose adolorido.
—Jajajá, no, Rebeca y Gregorio hicieron trampas y nos dejaron dormir, ya está amaneciendo.
—¡En serio! —se sorprendió él—. ¿Cómo es posible que haya

dormido tanto? Pensé que no iba a ser capaz de dormir en el suelo y casi sin estirar las piernas.
—Para que veas qué tipo de zángano estás hecho, eres capaz de dormirte en una cama de clavos —se burló ella, mientras salía por la pequeña portezuela gateando.
Lorién la siguió, sintiendo que todas sus articulaciones protestaban anquilosadas por la inmovilidad.
Les costó ponerse de pie, con las piernas adoloridas y dormidas. Poco a poco volvieron a la normalidad. Todo estaba oscuro en el subterráneo. Ascendieron las escaleras tras Rebeca, que les comunicó que Gregorio había verificado que se habían ido todos los soldados y que ahora había ido por el vehículo. Pronto se escuchó el ronroneo de un motor al ponerse en marcha. Salieron a la calle. Afuera comenzaba a vislumbrarse una pequeña claridad en el horizonte, mientras las luces de un vehículo se acercaron hasta donde estaban.
Subieron y saludaron a Gregorio que sonriente estaba al volante.
—Siento mucho no haber podido hacer mi turno de guardia —les comentó Lorién, un tanto avergonzado.
—No te preocupes —dijo Gregorio, siempre sonriente—, comparado con lo que han hecho ustedes por toda la humanidad, un par de horas de sueño no es nada.
—Gracias chicos —susurró Zule.
—Adelante entonces —dijo Rebeca—, en un par de horas estaremos en la base, ahí comenzará la fiesta—terminó ella, también sonriente.
—¿Qué habrá sido de Federico, Emilia y Frank? —preguntó preocupado Lorién.
—¿Federico? —preguntó Rebeca.
—Se refiere a Alejandro —dijo Zule rápida.
—Ah, claro, la verdad es que no sabemos nada de ellos. Ellos cumplieron con su misión de sacarnos a los milicos de encima, ahora nosotros tenemos que cumplir con la nuestra —terminó ella con resolución.
El cielo se fue aclarando, lentamente al principio y rápidamente después, mientras viajaban entre una serie de barrios suburbiales,

hasta que llegaron a una carretera y pudieron aumentar la velocidad. Ya el sol estaba asomando entre los edificios. Se veían pocos vehículos, al parecer a causa del estado de emergencia y de la inseguridad sobre la situación. Rebeca sacó de unas bolsas unos sándwiches que repartió a cada uno y un termo con café que les escanció con cuidado en sendos vasos.
—Pues la verdad es que me viene muy bien —dijo Lorién—, con la preocupación no me había acordado de que estaba con mucha hambre, pero al ver la comida mis tripas han comenzado a armar una fiesta.
—Lamento no haber podido traer algo más, pero es importante que nos movamos rápido —se excusó ella.
—Para mí esto es un banquete —volvió a agradecer Lorién, masticando con entusiasmo.
Comieron en silencio, Zule y Lorién mirando con curiosidad por las ventanillas.
—¿Qué vamos a hacer cuando lleguemos a la base? —preguntó Rebeca
—Buena pregunta —convino Zule.
Todos se le quedaron mirando a Lorién.
—¡Eh! ¿Qué pasa?, no me miréis así, que no soy el mesías —dijo este.
—Pues hasta ahora lo has disimulado bastante bien —se rió Zule.
—Bueno, a mí me parece que llegando a la base lo primero es tomar contacto con las personas que tienen parientes en ella que estarán esperando fuera. Lo segundo es preguntar por ellos, para que dejen entrar a los familiares o dejen salir a los uniformados. Tomamos contacto con ellos de una u otra forma, facilitando su conexión con la Fuerza. Después de esto les pedimos que vuelvan a la base, que dentro de una hora comenzamos todos a conectar con la Fuerza, con la Bondad profunda y enviaremos una poderosa correntada de amor y bienestar a la gente que esté dentro de la base. Los soldados familiares de nuestros amigos serán una especie de repetidores y amplificadores de señal allá donde estén. Les pediremos que estén lo más cerca posible de los altos mandos para poder canalizar hacia ellos la comprensión, la bondad y el bienestar. Es todo lo que se me

ocurre, como podéis ver no es muy brillante. Así que si alguien tiene alguna idea mejor que lo diga —terminó Lorién.

Todos se le quedaron mirando con unas sonrisas de oreja a oreja.

—Bueno. ¿Qué significan esas sonrisitas? Y dejar de mirarme, me estáis poniendo nervioso —se terminó riendo él.

—Es que no lo puedes evitar, ese afán de controlarlo todo y de decirle a la gente lo que tiene que hacer —volvió a burlarse Zule.

Rebeca y Gregorio se mataban de la risa. Terminaron los cuatro riendo de buena gana, tanto, que Gregorio tuvo que parar el vehículo un momento a un costado de la carretera para no accidentarse.

Recuperados de la hilaridad y secándose los ojos, se volvieron a poner en marcha. Pronto vieron un letrero que anunciaba que la base militar se encontraba a cinco kilómetros.

Llegaron a la barrera de la base en el que ya se encontraban unas treinta personas que estaban hablando con los militares que controlaban el puesto de inspección.

Los cuatro bajaron del coche y, para su alegría, se encontraron con Federico, Emilia y Frank a los que abrazaron con alegría.

—Estábamos muy preocupados por vosotros —dijo Zule, apretándose con fuerza al cuello de Federico.

—Vale, vale, pero no hace falta que me ahogues —dijo este sonriente.

—¡Qué maravilla! —exclamó a su vez, Lorién— ¿Cómo os pudisteis liberar de semejante ejército que os perseguía?

—Ah, eso. Fue fácil en realidad —se sonrieron de oreja a oreja Emilia, Frank y Federico—. Como había un poco de luz fuimos con los faros del auto apagados, sin embargo, ellos con sus luces encendidas se delataban a kilómetros de distancia. Así que fácilmente los perdimos entre las calles. Finalmente, nos detuvimos y escondimos en un callejón. Al poco rato llegó un vehículo militar y entró a inspeccionar el coche que habíamos dejado. Nosotros, que estábamos escondidos en las sombras, soltamos un gran caudal de Fuerza y afecto profundo hacia ellos. Lo que nos permitió acercarnos y poder conversar con ellos en buena forma. Les explicamos lo que estábamos haciendo, sin ocultarles nada, con

total sinceridad y transparencia. Ellos comprendieron y estuvieron de acuerdo en ayudar. Así que nos subimos arriba con ellos y nos trajeron aquí a la base. Ellos ahora están dentro para facilitar las cosas —terminó de contar Federico, con su encantadora sonrisa.
—Excelente —dijo Lorién y les explicó lo que ellos habían pensado.
—Estoy de acuerdo con el plan —dijo Federico—, vamos a hablar con los otros.
Se reunieron con el resto de los familiares y acordaron el plan con todos. Primero, pidieron entrar a ver a los familiares, pero no les dejaron, así que solicitaron que les avisaran para verlos, y así fueron saliendo de a uno. Cuando llegaban los familiares, les contaban en qué estaban y los ayudaban a conectar con la Fuerza y la Bondad profunda. Poco a poco fueron saliendo todos, conectando, la mayoría, con ese bienestar y esas ganas de llevarlo a otros. Finalmente, a las diez de la mañana, todos juntos hicieron una ceremonia de conexión con la Fuerza y la dirigieron hacia los militares que estaban en el interior, principalmente hacia los altos mandos.
Algo pareció detenerse, se quedó todo en silencio, los militares que custodiaban la entrada se quedaron inmóviles, mirándolos primero sin entender y después con unas hermosas sonrisas en sus rostros. Cinco minutos después, todo había terminado. Los militares del control y de la puerta les cedieron el paso y avanzaron con ellos. Les salieron al paso varios soldados tratando de interrumpirles, pero muy dubitativos y poco convencidos, de tal forma que rápidamente iban integrando el grupo que fue creciendo y dispersándose por el enorme recinto militar. Se dividieron en grupos para dirigirse cada uno de ellos hacia las dependencias de un alto mando. Pronto se vio que muchos soldados y mandos medios andaban como desorientados por el recinto.
Un sargento detuvo al grupo de Federico, Zule y Lorién, apuntándolos con un fusil ametrallador, conminándolos a dar la vuelta y salir del recinto militar bajo la amenaza de disparar inmediatamente. Federico se puso delante de los chicos y avanzó con su mejor sonrisa haciéndole sentir sus mejores sentimientos. El sargento se sorprendió y quedó un tanto golpeado por la oleada de bondad que le llegó, pero no cejó en su intención de detenerlos.

Ordenó a Federico que no diera ni un paso más o dispararía. Federico siguió avanzando con los brazos abiertos cubriendo con su cuerpo a Zule y Lorién. De pronto, se oyó un estruendo y Federico cayó al suelo herido de muerte. El sargento tiró el arma como si fuera una víbora y se arrodilló junto a Federico pidiéndole perdón a gritos, mientras lloraba a moco tendido y desesperado le imploraba a que no se muriera, que lo perdonara, que había sido un accidente producto de los nervios y de la ansiedad. Lorién y Zule se arrodillaron con lágrimas en los ojos al lado de Federico, tomándole una mano cada uno y canalizando la Fuerza, tratando de ayudarlo en su recuperación física. Lorién pronto se dio cuenta que el disparo le había dado en el corazón y que no tenía remedio.

—¿Por qué, Federico, por qué? —le preguntaba desconsolado.

Federico sonrió con sus últimas fuerzas y con apenas un hilo de voz les habló al oído a los dos.

—No hay nada por lo que llorar, al contrario, mucho que agradecer. Agradezco profundamente haber tenido la fortuna de haberos conocido, antes y después de vuestras poderosas transformaciones. Sois unos seres excepcionales.

Hizo una pausa para tomar aliento y prosiguió con dificultad.

—Un día antes de que llegarais, tuve una premonición, me vi como estoy ahora con un disparo en el corazón y con vosotros a mi lado. Me pareció la mejor muerte que uno pudiera tener.

Volvió a tomar aire con un gorgoteo horrible en su interior, para proseguir obstinado.

—Mi misión en este plano ha concluido, por eso os hice el traspaso ayer.

Volvió a atragantarse mientras su rostro adquiría una palidez espantosa.

—No Federico, por favor, no te vayas, te necesitamos —le imploró Zule.

Federico sonrió desmañadamente.

—Cuando profundices en ti y yo profundice en mí, allí nos encontraremos. Yo me voy a lo Profundo ahora, a seguir mi viaje evolutivo en otro plano. Cuando queráis comunicaros conmigo, solo tenéis que ir adentro de vosotros y ahí nos encontraremos…

Federico tuvo un espasmo que interrumpió su cavernosa voz, al tiempo que un vómito de sangre salía por su boca, quedando su cuerpo sin vida, con los ojos abiertos mirando a la nada. Se le quedó finalmente una suave sonrisa en el rostro.
Zule comenzó a recitar en su oído unas palabras con voz suave, clara y pausada…

> *Los recuerdos de tu vida son el juicio de tus acciones. Puedes, en poco tiempo, recordar mucho de lo mejor que hay en ti. Recuerda entonces, pero sin sobresalto y purifica tu memoria. Recuerda suavemente y tranquiliza tu mente ...*

Hizo un pequeño silencio, retomando luego la palabra con el mismo tono e intensidad:

> *Rechaza ahora el sobresalto y el descorazonamiento...*
> *Rechaza ahora el deseo de huir hacia regiones obscuras...*
> *Rechaza ahora el apego a los recuerdos...*
> *Queda ahora en libertad interior, con indiferencia hacia el ensueño del paisaje...*
> *Toma ahora la resolución del ascenso...*
> *La Luz pura clarea en las cumbres de las altas cadenas montañosas y las aguas de los- mil- colores bajan entre melodías irreconocibles hacia mesetas y praderas cristalinas...*
> *No temas la presión de la Luz que te aleja de su centro cada vez más fuertemente. Absórbela como si fuera un líquido o un viento, porque en ella, ciertamente, está la vida...*
> *Cuando en la gran cadena montañosa encuentres la ciudad escondida debes conocer la entrada. Pero esto lo sabrás en el momento en que tu vida sea transformada. Sus enormes murallas están escritas en figuras, están escritas en colores, están sentidas. En esta ciudad se guarda lo hecho y lo por hacer ...*

Hizo otro breve silencio, retomando después con el mismo tono suave, pausado y afectivo:

> *Estás reconciliado...*
> *Estás purificado...*
> *Prepárate a entrar en la más hermosa Ciudad de la Luz, en esta ciudad jamás percibida por el ojo, nunca escuchada en su canto por el oído humano...*

Ven, prepárate a entrar en la más hermosa Luz ...

Quedaron en silencio por unos instantes, profundamente conectados con el espíritu de Federico, acompañándolo en su partida, en su vuelo libre, ahora que se había liberado del cuerpo. Terminaron los dos con una sonrisa de paz en sus rostros. Se incorporaron y ayudaron al sargento a levantarse, quien seguía deshecho en lágrimas. Tuvieron para él unas palabras de profundo afecto mientras le hacían sentir su más profundo amor y sus mejores deseos de bienestar. El militar se abrazó con desesperación a ellos, cayendo finalmente de rodillas agradeciendo con todo su ser por la bondad y el amor de ellos, que había abierto la puerta a su bondad profunda, que había estado tapada desde hacía mucho tiempo. Ellos lo volvieron a ayudar para que se incorporase y lo abrazaron con afecto. De pronto se dieron cuenta de que estaban rodeados por cientos de personas, entre civiles y militares, que los escuchaban en silencio reverente, profundamente conmovidos por la escena y por el profundo amor y compasión que venía de ellos. Zule y Lorién junto con el sargento, tomaron con mucha delicadeza el cuerpo sin vida de Federico y lo levantaron. Inmediatamente Emilia, Gregorio, Frank y Rebeca les ayudaron a levantarlo y sostenerlo. Espontáneamente, el cortejo fúnebre se dirigió hacia una hermosa zona verde con varios árboles de gran tamaño y allí depositaron el cuerpo con mucha suavidad. Sin saber cómo, aparecieron unos picos y unas palas y, en cuestión de minutos, excavaron un pozo en la blanda y fértil tierra.

Para entonces, alrededor de ellos había varios miles de personas, en primera fila los civiles y después todo el contingente militar de la base.

Volvió a escucharse la voz de Zule, fuerte y serena:

La vida ha cesado en este cuerpo. Debemos hacer un esfuerzo para separar en nuestra mente la imagen de este cuerpo y la imagen de quien ahora recordamos...

Este cuerpo no nos escucha. Este cuerpo no es quien nosotros recordamos...

Aquel que no siente la presencia de otra vida separada del cuerpo, considere que, aunque la muerte haya paralizado al cuerpo, las acciones realizadas siguen actuando y su

influencia no se detendrá jamás. Esta cadena de acciones desatadas en vida no puede ser detenida por la muerte. ¡Qué profunda es la meditación en torno a esta verdad, aunque no se comprenda totalmente la transformación de una acción en otra!

Se quedó en silencio un par de minutos para proseguir después con su voz transparente y cantarina.

Y aquel que siente la presencia de otra vida separada, considere igualmente que la muerte solo ha paralizado al cuerpo; que la mente una vez más se ha liberado triunfalmente y se abre paso hacia la Luz...

Sea cual fuere nuestro parecer, no lloremos los cuerpos. Meditemos más bien en la raíz de nuestras creencias y una suave y silenciosa alegría llegará hasta nosotros...

¡Paz en el corazón, luz en el entendimiento!

Después de unos instantes retomó la palabra.

—Ahora vamos a dar espacio para que todos le expresen a nuestro querido Federico lo que quieran.

Uno tras otro fueron diciendo distintas cosas sobre Federico, los que lo habían conocido, de lo mucho que habían aprendido con él, de lo coherente que había sido hasta el día de su muerte, del buen ejemplo y modelo a seguir que había sido. Se multiplicaron los testimonios, se contaron anécdotas significativas, divertidas, profundas. Finalmente, en medio de ese maravilloso clima humano, sagrado y alegre, varios militares que no lo habían conocido le agradecieron por este día maravilloso que les había regalado, por las enseñanzas y por la profunda comprensión de la vida y de la muerte que con su ejemplo les había quedado. Agradecían también por retirar el último obstáculo a la vida, la última ilusión, el absurdo de la muerte y por haber puesto, en su interior, la primera piedra que los encaminase hacia la trascendencia inmortal.

Introdujeron el cuerpo en la tumba con ternura y delicadeza y, rápidamente, lo cubrieron con tierra.

Terminada la ceremonia, espontáneamente todos los presentes se abrazaron alegremente. Sintiendo cómo estaban poniendo los cimientos para la fraternidad entre todos los seres humanos.

Sin darse cuenta había pasado el día y el ocaso les regaló un bello

atardecer con mucho colorido, que contemplaron en silencio, extasiados y enaltecidos por el privilegio de estar ahí y haber sido testigos de una experiencia tan importante para todos que, sin duda, iba marcar el resto de sus vidas.
En la base se habilitaron los espacios para que todos pudieran comer juntos y acordar cuales iban a ser los siguientes pasos.
Rebeca, Frank, Emilia y Gregorio durante la cena les contaron que la mayoría de los altos mandos, mientras ellos estaban cuidando el cuerpo caído de Federico, se habían mostrado de acuerdo en que no se podían usar las armas que estaban concebidas para defender al pueblo, en contra del mismo. Con mayor razón cuando estos no le estaban haciendo ningún daño a nadie. Los pocos mandos que no estuvieron de acuerdo hubo que arrestarlos y dejarlos confinados. El proceso había sido muy rápido. La ceremonia de muerte del cuerpo de Federico había sido la guinda de la torta para los pocos que habían quedado con dudas.
Por su parte, ellos les contaron como había sido la partida de Federico. Lorién les comentó de la hermosa ceremonia que Zule le había guiado al oído para facilitar su partida y le pidieron que la repitiera para ellos. Ella lo hizo con mucho gusto.
—Eres realmente una caja de sorpresas, Zule. ¿De dónde sacaste esas ceremonias tan profundas y poéticas? —preguntó Lorién.
—Son ceremonias de La Escuela, acuérdate que mis padres eran miembros y que desde chiquitita me traspasaron un montón de cosas. Muchas de ellas han ido aflorando estas últimas semanas, parece que el contacto contigo trae siempre daños colaterales —se rió ella.
—Qué belleza y qué poesía —convino Frank—, pero, sobre todo, qué precisas, qué justas las palabras, no le sobraba ni le faltaba nada.
—Sí, a diferencia de las ceremonias que estamos todos acostumbrados, no te dejan hundido en la miseria, en la tristeza, en el temor, en la perdida, sino que te dejan muy, muy arriba, con un tono alto, inspirado y que abre futuro —expresó Emilia.
—A mí me parecen tan acertadas, atinadas y adecuadas para estas situaciones, que claramente vienen de la conciencia inspirada, no

puede ser de otro modo —terminó Gregorio.
—Ha sido impresionante ver como todos fueron pasando de la sorpresa, del pasmo, del asombro inicial, a la pena por la pérdida y, finalmente, con la ceremonia todos fueron arriba, arriba, muy arriba. Lo trascendental volvió a hacer presencia —dijo reflexiva Rebeca.
En ese momento se escuchó por los altavoces una voz que invitaba a los presentes a pasar y tomar el micrófono, para manifestar cuales eran los pasos que deberían de seguir. Todos se giraron hacia Lorién y Zule, estos se miraron entre sí y se encogieron de hombros, mientras se ponían en pie.
Lorién recordó el sueño tan significativo que había tenido dos noches antes y susurro las últimas palabras.

> *Acepto mi destino, Yo que vuelvo luminoso a las horas, al día rutinario, al dolor del hombre, a su simple alegría. Yo que doy de mis manos lo que puedo, que recibo la ofensa y el saludo fraterno, canto al corazón que del abismo oscuro renace a la luz del ansiado Sentido.*

—Realmente, esas frases nos ponen en el lugar justo que Federico nos transmitió —dijo ella pensativa, mientras caminaban hacia el micrófono y un pequeño estrado para ser visibles por todos.
—Dale Lorién, yo te traduzco.
—Eres una fresca —se rió él, aceptando su destino.
—Queridos amigos, hemos sido protagonistas todos nosotros de una situación extraordinaria —comenzó Lorién—. La resolución de forma no violenta de una situación que podía haber terminado en una masacre.
Hizo silencio unos instantes. Mientras todos escuchaban atentamente, se sentía en el ambiente la intensidad de los grandes momentos.
—Hoy, unas pocas decenas de valientes y generosas personas han entrado en este recinto militar pertrechados de su buena voluntad, de su afán de llevar lo mejor de sí a otros y de evitar que millones de personas en todo el mundo mueran de forma absurda. Solo contando con la persuasión, con sus manos y su pecho descubierto, en una posición de total vulnerabilidad. Nos hemos encontrado con casi diez mil héroes que han comprendido rápidamente la

importancia de tratar a los demás como uno quiere ser tratado. Que rápidamente han sintonizado con el Mensaje simple de fraternidad que estas personas les han traído. Hemos sido testigos de la muerte de una de las personas que puso este gran movimiento en marcha en el mundo, asesinado por el temor, la intolerancia y la contradicción de una forma de estar en el mundo, que ya no tiene cabida en esta primera civilización planetaria que está naciendo. Hemos sido testigos de cómo el espíritu de Alejandro Fernández ha seguido su tránsito hacía la trascendencia inmortal, volando libre de las ataduras de su cuerpo, una vez cumplida su misión. Antes de partir, nos traspasó la responsabilidad de seguir sus pasos a Zule y a mí. Ahora quiero aprovechar para traspasárosla a vosotros. Con la partida de Alejandro, este mensaje de alegría y liberación ya no corresponde a nadie liderarlo, es de todos. Este es el legado que nos deja. Es el legado para toda la humanidad, el fuego sagrado, la trascendencia. Así como en su momento, nuestros antepasados aprendieron a manipular el fuego y esto propulsó un enorme salto cualitativo de nuestra especie, hoy todos los seres humanos están a punto de aprender a conectar con lo sagrado, con lo trascendente que vive dentro de ellos, con su fuego sagrado. El salto cualitativo que esto va a suponer para nuestra especie en este momento nos es imposible de imaginar, pero sí somos conscientes que lo va a cambiar todo. Todos los aquí presentes tenemos experiencias que modificaron nuestra visión de sí mismos, sobre los demás y sobre el mundo, sobre quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos. El día de hoy quedará en la memoria de toda la humanidad como el día de la muerte de la muerte, como el día del comienzo de la vida. Por lo tanto, declaro ante ustedes mi fe y mi certeza de experiencia respecto a que la muerte no detiene el futuro, que la muerte, por lo contrario, modifica el estado provisorio de nuestra existencia, para lanzarla hacia la trascendencia inmortal.
Se quedó unos instantes en silencio, claramente conectado con lo sagrado, nada se escuchaba en la enorme sala atestada con casi diez mil personas. Se sentía una vibración muy poderosa en el ambiente.
—Bien, es momento de que nos movamos. Sugerimos que el General Ryan, a cargo de este recinto, concrete una urgente y rápida reunión con el comandante en jefe del ejército para persuadirlo de

la necesidad de renunciar a respuestas violentas, para evitar la masacre. Mientras, el resto del alto mando se hará cargo de visitar y persuadir a los generales a cargo de las principales bases militares del país, sobre todo de las que tienen armamento nuclear, con total urgencia. Nosotros, junto a unos pocos compañeros, nos quedaremos en la base como una suerte de equipo de reserva para dar respuesta a situaciones de urgencia que se puedan presentar y poder volar rápidamente al lugar donde seamos necesarios. Esta base se convierte en nuestro centro de operaciones hasta que haya pasado la crisis. En ella solo quedarán los militares necesarios para que su funcionamiento habitual no se vea perjudicado. El resto os pedimos que vayáis a los lugares donde tengáis algún familiar o amigo para hacerle llegar el Mensaje. Si estamos todos de acuerdo, comenzamos a organizarnos ya. En media hora tenemos que estar todos listos para que cada uno cumpla con su misión. Van nuestros mejores deseos para todos vosotros, es vital en este momento crucial lo que cada uno aporte.

Se escucharon murmullos de aprobación y rápidamente se organizaron para ver qué hacía cada uno y resolver los temas logísticos para sus traslados. En menos de media hora, se había despejado casi completamente el enorme comedor de gente.

—Querido Lorién —le informó el general Ryan—, recién acordé con el general Whitman, comandante en jefe del ejército, una reunión presencial. Me costó un poco convencerlo, dada la situación de miles de urgencias que se encuentra coordinando, pero me recibirá gracias a que fuimos compañeros y amigos de muchos años. Por cierto, tenías razón, hace media hora el ejército se hizo cargo del mando del país, dada la situación de desgobierno, de emergencia y crisis que se está viviendo. En definitiva, para preservar el país. Con mayor motivo tiene sentido que vaya a ver al Comandante en jefe Whitman.

—¡Qué buena noticia! —se entusiasmó Lorién—. Esa reunión podría facilitar mucho que la crisis se resuelva rápidamente de forma no violenta. Me encantaría acompañarte, pero levantaría sospechas. Es mejor que vayas solo y cuanto antes, no vayan a hacer alguna barbaridad antes de que tú llegues.

—Sí, yo pensé lo mismo, pero ya que no me puedes acompañar, te

quiero pedir tu bendición para esta crítica misión.
—Tú eres el que me bendices a mí con tu presencia —dijo Lorién conmovido—. Será como pides.
Le puso la mano izquierda en la espalda y la derecha en el corazón y compartió con él su enorme caudal energético y su bondad más profunda. El general tuvo un poderoso espasmo, mientras abría desmesuradamente los ojos para pasar rápidamente a una expresión de arrobamiento y dulzura que suavizó su rostro, que se inundó de lágrimas de agradecimiento. Lo miró a Lorién entre lágrimas y trató de arrodillarse para agradecerle, pero éste no se lo permitió. Por el contrario, se fundió con él en un profundo y afectuoso abrazo.
Después de unos segundos se separaron y el general le hizo una inclinación de cabeza deferente y sin decir nada se dio vuelta, todavía con los ojos anegados de lágrimas y una expresión de deleite en su semblante, y caminó resueltamente a cumplir su cometido.
Zule, Lorién junto a Gregorio, Emilia, Rebeca y Frank lo observaron partir emocionados. Unos minutos después estaban dando respuesta a las múltiples peticiones de ayuda, apoyo y esclarecimiento con que los estuvieron demandando tanto de la base como de otras partes del país.
Después de un buen rato se volvieron a juntar.
—Tengo la intuición de que en este momento debe de estar a punto de comenzar la reunión del General Ryan con el Comandante Whitman. Me gustaría que hiciéramos una experiencia de Fuerza para hacerles llegar nuestros mejores deseos a ellos y a la gente que los acompaña —les comentó Lorién.
Se mostraron de acuerdo y el propio Lorién estuvo guiando la experiencia. Segundos después de terminada la experiencia, el Capitán García llegó corriendo con un teléfono.
—Lorién, Lorién, es el General Ryan, que quiere hablar contigo.
El General les comunicó que al comienzo de la reunión todo parecía ir mal. Él no estaba encontrando las palabras adecuadas y el Comandante cada vez estaba más cerrado y molesto por la propuesta y por hacerle perder tiempo. Hasta que en un momento dado se conectó con su interior, evocando la experiencia que había

tenido con Lorién. Sintió de repente que le llegaba una gran paz y una enorme bondad fluía de su interior. En ese instante sintió como una correntada que los rodeaba de bienestar y le expresó afectuosamente al Comandante, mientras lo tomaba de la mano: Paz en el corazón, Luz en el entendimiento, querido amigo. Esto produjo una poderosa conmoción en el Comandante Whitman y ablandó la mirada de los dos asistentes del mismo, que se encontraban en la oficina. Finalmente, Whitman lo miró y le expresó lo agradecido que estaba a que hubiera perseverado en su intención de persuadirlo, ya que estaba obcecado y tenso, debido a las preocupaciones, a los múltiples problemas por resolver y por no saber qué hacer en la situación en la que estaba. Su intención era imponer el orden por la fuerza, a pesar de saber que esto implicaría millones de muertes, era algo que había decidido justo unos momentos antes de que llegara el General Ryan. Le agradeció por ayudarle a ver con claridad que se deben al pueblo y que su misión es defender y cuidar la integridad de su gente. Comprendió que los tiempos de la violencia habían pasado y que era su responsabilidad facilitar que esta crisis se resolviera de forma no violenta. Rápidamente escribieron un comunicado, en el que les ordenaban a todos los mandos a cargo de las bases y recintos militares que bajo ningún pretexto hicieran uso de la fuerza, que pronto iban a llegar delegados con sus órdenes a cada recinto militar, para entregarlas personalmente a cada uno y que, hasta entonces, se abstuvieran de tomar cualquier decisión, que sellaran los recintos y que nadie entrara ni saliera. No se admitirían excusas, el incumplimiento de esta orden traería la pena de muerte sumaria, sin juicio. Inmediatamente, enviaron el comunicado.

Les contó Ryan que en ese momento estaban convocando a los delegados que iban a transferir las órdenes directamente a cada recinto militar. Que había acordado con el Comandante hacer primero una ceremonia de contacto con la Fuerza y después transmitirles el Mensaje a cada uno para que lo llevaran a su destino.

Lorién lo felicitó efusiva y profundamente aliviado.

—General, has hecho un trabajo encomiable, estarás en los anales del futuro. Ya es tarde, imagino que después de la ceremonia y una

vez que hayan partido los delegados con las órdenes, tendréis que descansar. Te quiero pedir que mañana permanezcas en el alto mando junto a Whitman. Una vez que tengamos seguro el frente interno, mañana necesitaremos asegurar el frente externo. Es decir, necesitamos llegar a un acuerdo con los países que tienen armas nucleares para la eliminación de todos esos arsenales y la firma de un tratado que elimine todas las guerras y conflictos bélicos en el planeta. Los países que no quieran firmar tendrán al frente a todo el resto de la humanidad. Nuestra gente está haciendo su parte en cada país, así como nosotros estamos haciendo la nuestra aquí. Mañana a primera hora Whitman, contigo al lado, tiene que abrir una línea directa de negociación con el resto de los países con armamento nuclear. Descansa todo lo que puedas, que te lo has ganado. Van las felicitaciones y el agradecimiento de todo el equipo desde aquí y a través nuestro, de toda la humanidad.

—¡Bien! —gritaron de júbilo todo el grupito, cuando Lorién les contó la situación.

—Es hora de que nosotros descansemos también, estamos todos muy cansados y mañana va a ser un duro día de trabajo para asegurarnos que la paz se instale por fin en nuestro planeta —dijo Zule.

Se fueron a acostar, dejando dicho a los militares de guardia que, ante cualquier urgencia, los despertaran sin dudar.

Al amanecer, llegó otra llamada del General Ryan.

Les contó que todos los recintos y bases militares estaban asegurados, que se habían dado muy pocos casos de rebeldía a las órdenes recibidas y que a esos mandos se les tenía detenidos de forma preventiva. Una vez pasada la crisis se les dejaría en libertad.

—Qué alivio eso que me cuentas, teníamos temor de que los fusilaran por entrar en rebeldía. Es una poderosa señal de los tiempos que vienen —comentó Lorién.

Ryan le siguió contando que, si todo iba bien el día de hoy, se restablecerían las comunicaciones, Internet, telefonía y televisión para que todo el mundo supiera qué es lo que estaba sucediendo en el país y en el mundo. Después le contó que tal y como Lorién había previsto, desde India, Corea del Norte, Paquistán y Rusia habían llegado llamados a través de las líneas privadas reservadas para las

emergencias. Estaban sintonizados por la nueva sensibilidad, pero preocupados a su vez de que algún país quisiera aprovechar la situación. Al principio se fueron comunicando de a uno con vaguedades, hasta que quedó de manifiesto que todos querían lo mismo: eliminar todos los arsenales nucleares. En ese momento habían abierto un canal multiconferencia, para poder conversar y negociar los nueve países con armamento nuclear a la vez. Hubo un par de países que mostraron ciertas reticencias, pero la presión de los países más grandes y poderosos los convenció. Finalmente, le comentó que en esos momentos se estaban negociando los detalles secundarios para el acuerdo de la destrucción de todos los armamentos nucleares, el grueso estaba acordado.
—Es la mejor noticia que me podías dar Jack. Terminado ese acuerdo, hay que seguir martillando en caliente y empujar para que inmediatamente se firme un tratado de no agresión entre todas las naciones. Para esto habrá que darle a Naciones Unidas la fuerza y el poder que no ha tenido nunca desde su creación, para que todos los países en paridad puedan firmar ese tratado. Después habrá que crear un procedimiento, de rápida concreción, para superar la antigüedad de los países y avanzar en convergencia hacia la Nación Humana Universal. Cuya coordinación esté a cargo de un cuerpo colegiado, con un representante de cada uno de los antiguos países, para ir monitorizando y coordinando esa gran federación de pueblos y culturas los tres primeros años. Una vez pasado ese periodo, auto disolverse y acordar un nuevo mecanismo si es que hiciera falta.
Hizo una pausa Lorién.
—Finalmente necesitamos que Naciones Unidas desarrolle un documento en el que se comprometan a destinar todos los recursos en función del desarrollo y bienestar del Ser Humano, para terminar de una buena vez con la monstruosidad de que haya personas bajo el umbral de vida digno que todos tenemos derecho a disfrutar.
Hizo otra pausa.
—Seguramente, Jack, te habrás dado cuenta que esencialmente somos un pueblo psíquico. Estoy seguro que, tal como yo, tú también sientes cómo han cambiado los pre dialogales, las creencias básicas que nos tenían amarrados a la barbarie y a su vez cómo la

copresencia del resto de la humanidad se ha convertido en algo casi tangible en nuestro interior. Hoy día, cuando uno dice yo existo porque tu existes, es más claro y tangible que nunca. Uno siente a miles de millones de personas siendo parte de esta gran conciencia humana que sostiene a cada una de nuestras pequeñas e ilusorias conciencias, con las que cada uno de nosotros realimenta al conjunto. Tenemos copresente constantemente esa ampliación de nuestra conciencia, esa poesía en movimiento que es el Ser Humano, esos bellos sentimientos que nos acompañan y que siempre estarán con nosotros. Resuenan en mí algunas palabras que escuché hace un tiempo:

> *No imagines que estás solo en tu pueblo, en tu ciudad, en la Tierra y en los infinitos mundos.*
> *No imagines que estás encadenado a este tiempo y a este espacio.*
> *No imagines que en tu muerte se eterniza la soledad.*

Lorién quedó en silencio meditando. Al otro lado del teléfono tampoco se escuchaba nada, pero había una emoción que los tenía conectados. Al cabo de unos segundos se escuchó un sollozo quedo del otro lado.

—¿Estás bien? —preguntó Lorién.

—Sí, mejor que en toda mi vida —respondió la voz emocionada del General—. No sabes cuánto me alegro de haberte conocido Lorién, no sabes cuánto. No te puedes imaginar cómo ha cambiado mi vida desde que llegaste a la base apenas ayer. Parece que hace mucho tiempo y solo ha pasado un día —se rió él, conmovido—. Como bien dices, este registro interior de existencia ha ido cobrando realce para ir creciendo y creciendo y creciendo sin parar. Ahora, a veces me parece sentir a toda la especie humana y me sucede que se me desdibujan los límites entre este viejo y tosco general y ese mar de poesía que es la humanidad. Gracias Lorién —terminó con un sollozo el General.

—Sí que lo sé —contestó emocionado también Lorién—, para mí esto es tan nuevo como para ti. Hace apenas cinco semanas yo no había escuchado hablar de la fuerza, ni tenía idea de la trascendencia y mucho menos podía imaginar esta copresencia maravillosa de toda la humanidad. Sí que lo sé, querido amigo, sí

que lo sé. Gracias a Alejandro.
Lloraba Lorién a un lado del teléfono y lloraba Jack Ryan, el General, al otro lado, sin recato, sin vergüenza alguna, conectados con un profundo agradecimiento a toda la humanidad. No solo a la que estaba presente en este tiempo y espacio sino a todas las personas que los habían precedido y que habían propiciado llegar a este nivel, se sentían en deuda con todos ellos y lloraban y agradecían y lloraban por la felicidad inimaginable que estaban viviendo.
—¿Entonces, Lorién, la Nación Humana Universal es el fin del sufrimiento? ¿Es el fin de la historia, se acabaron los problemas?
—No, querido amigo, no. Este es el comienzo de una nueva etapa vital para la especie. Al igual que nuestros antepasados, aquellos homínidos mal equipados y vulnerables a todo, cuando descubrieron el uso y manipulación del fuego, se sintieron seguros por primera vez. Sintieron que su vulnerabilidad había llegado a su fin, que éste los iba a proveer de seguridad, herramientas, comida y miles de cosas más. Fue, sin duda, un salto cualitativo como especie que nos trajo hasta aquí. Ahora viene otro salto cualitativo y el Ser Humano crecerá de nuevo hasta límites insospechados para nosotros, como insospechados serían los avances y desarrollos logrados por nuestra especie, para aquellos antiquísimos parientes nuestros que descubrieron el fuego. Y en ese crecimiento aparecerán problemas que hoy día no podemos concebir siquiera. No, no se ha acabado la historia de la humanidad. Estamos terminando con la prehistoria de la humanidad, ahora comienza la verdadera historia y quién sabe a dónde nos llevará. Claramente, una vez superadas las diferencias en nuestro planeta, el Ser Humano se abrirá a viajar y colonizar otros planetas del universo, a experimentar otras formas de vida, de cuerpos, soportes o vehículos que sostengan su humanidad o, quizás, hasta sin cuerpos… Quién sabe a dónde llegará la creatividad humana, una vez liberada de la dictadura de la violencia y del trabajo, que irán realizando crecientemente las máquinas. Quién sabe, amigo mío.
—Es tan raro todo esto, el Nuevo Mito, aquí estamos nosotros, un general de más de sesenta años, recibiendo clases de sabiduría de un jovencito que no llega a los veinte —se rió de buena gana—.

Qué buenos tiempos tenemos por delante, a poco que el resto de los jóvenes se parezcan un poco a ti.

—Ah, no tengo duda, yo soy de los más torpes, sino que se lo pregunten a Zule.

Se rieron de buena gana los dos y todo el equipo que rodeaba a Lorién, que habían seguido el diálogo conectados profundamente con las emociones de ambos, como si fueran ellos mismos los que mantuvieran la conversación.

—Querido Jack, no sé si volveremos a vernos, ahora que ya todo está encaminado mi misión aquí ha terminado. De todas formas, siempre vamos a estar conectados. Alejandro me regaló algo. Antes de partir, me dijo: cuando profundices en ti y yo profundice en mí allí nos encontraremos. Ahora esto es más claro que ayer cuando me lo dijo. Todo mi afecto para ti y todo mi reconocimiento. Gracias.

—Gracias a ti, Lorién, ahora ya sé cómo comunicarme contigo siempre que tenga nostalgia, si es que la llego a tener. Ahora es difícil sentirse solo con esta copresencia de toda la humanidad —se rió de buena gana—. Paz, Fuerza y Alegría para ti y gracias también porque ahora entiendo el significado de estas palabras.

Al terminar la comunicación telefónica, Lorién, Zule y el resto de los amigos se quedaron en silencio durante mucho rato.

—¡Parece que finalmente salimos de la prehistoria humana! —comentó Zule emocionada.

—¿Cómo sigue esto? —preguntó Rebeca.

Todos volvieron a mirar a Lorién.

Este siguió en silencio unos instantes más.

—Creo que quedó claro que ya no hay líderes, por mi parte doy por terminada mi misión y creo que volveré a echar un vistazo a mi tierra, espero que acompañado… —dijo, mirando de reojo a Zule.

—¡Claro! —exclamó ella—, hace lo que le da la gana siempre y ahora nos quiere convencer de que pide permiso a los demás. ¡Si será caradura! —terminó, dándole un abrazo y un enorme beso—. Por supuesto que voy a ir contigo tontorrón —zanjó ella—, con el desastre de persona que eres, no llegarías solo ni a la vuelta de la esquina.

Todos se rieron a carcajadas y comenzaron a despedirse con sentidos y largos abrazos hasta quedar solos.
Hablaron con el Capitán García, quién se encargó de coordinar su vuelo hasta Madrid y les proporcionó el vehículo que los llevaría temprano al aeropuerto.
Esa noche, antes de dormir, Zule le preguntó a Lorién:
—Entiendo que quieres ver a tu gente, a tu familia y para mí será una enorme felicidad conocerlos, ya los siento como si fueran mi propia familia. ¿Y después, qué te imaginas haciendo?
Lorién se quedó pensativo y esbozando una gran sonrisa dijo:
—Después de Teruel, me encantaría que volviéramos a Estambul a ver a tus tíos. Supongo que también tendrás cosas que ver con ellos, y de paso ver a Erkin, aprovechar para conocer la ciudad. Me encantaría que pudiéramos ir recorriendo con calma y de forma anónima distintos lugares, para ir viendo cómo el Mensaje va tomando variadas formas y maneras de desarrollarse y expresarse y, por qué no, echar una mano donde podamos. Poder ser testigo privilegiado en primera fila de la instalación del nuevo Mito, de la configuración de la primera civilización mundial. En síntesis, de la Nación Humana Universal.
—¡Qué alivio! Pensé que después de lo que habíamos pasado, solo querías llegar a tu ciudad y quedarte sentado viendo crecer a tus hijos y nietos. Así que tenemos baile para rato parece. ¡Jajajá! —se rió ella, mientras lo tironeaba de las orejas para darle un gran beso, en el que se perdieron por muuucho rato.

FIN
(Por ahora)

POSTFACIO

Querido lector, como comenté en la dedicatoria inicial, la mayoría de los textos y diálogos que aparecen en este libro son parte de la extensa obra de Silo (seudónimo de Mario Luis Rodríguez Cobos). A los buscadores que quieran seguir explorando su trabajo, pueden recurrir a www.silo.net, sitio oficial con su mensaje, su obra y su vida pública.

Hago mías, una vez más, sus palabras:

> *Un nuevo horizonte espiritual está naciendo en el mundo. Mientras, simultáneamente, se van desintegrando todas las estructuras.*
>
> *Una nueva espiritualidad comienza a expresarse en todo el mundo: no es la espiritualidad de la superstición, no es la espiritualidad de la intolerancia, no es la espiritualidad del dogma, no es la espiritualidad de la violencia religiosa, no es la pesada espiritualidad de las viejas tablas ni de los desgastados valores; es la espiritualidad que ha despertado de su profundo sueño para nutrir nuevamente a los seres humanos en sus mejores aspiraciones.*
>
> *También tenemos que anunciar a una nueva civilización que está naciendo, la primera civilización planetaria de la historia humana. Y, por tanto, aquellas crisis que sobrevienen y aún sobrevendrán en un futuro próximo servirán, no obstante su infortunio, a superar esta última etapa de la prehistoria humana... y cada cual sabrá si decide o no acompañar este cambio y cada cual comprenderá si busca o no una renovación profunda en su propia vida.*
>
> *Las relaciones personales deterioradas hoy al máximo muestran el aumento de una violencia sorda en la que el tú y el nosotros van desapareciendo y en la que el individuo*

arrojado a la soledad y el aturdimiento no encuentra ya salidas. Debemos reafirmar en este campo que todo ser humano tiene derecho a preguntarse por el sentido de la vida, por el amor, por la amistad... por todo aquello que hace a la poesía y la grandeza de la existencia humana y que una estúpida y pequeña cultura materialista, trata de denigrar arrastrando todo hacia los antivalores y la desintegración.

Pronto, las nuevas generaciones empezarán a enseñar a las adultas con un nuevo afecto y una nueva comprensión. Estamos al final de un obscuro período histórico y ya nada será igual que antes. Poco a poco comenzará a clarear el alba de un nuevo día; las culturas empezarán a entenderse; los pueblos experimentarán un ansia creciente de progreso para todos entendiendo que el progreso de unos pocos termina en progreso de nadie. Si, habrá paz y por necesidad se comprenderá que se comienza a perfilar una nación humana universal.

Con mucho afecto para ti,

José Luis de Leonardo



EL AUTOR

José Luis de Leonardo Ferrer. Aragonés radicado en Chile hace 26 años. Amante lector, autodidacta en las artes de la filosofía, se ha dedicado a trabajar con grupos humanos desde hace mas de 35 años.

¿Quién soy? ¿Hacia dónde voy? ¿Hay vida después de la muerte? ¿La vida tiene sentido? ¿Hay un Ser superior? ¿Existe la libertad? Son las preguntas que, al igual como han cautivado históricamente al ser humano, han sido su pasión toda la vida.

1. A lo Profundo se llegó por el lado de las anomalías y también intencionando otros estados como pasó con algunas religiones que tuvieron raptos de inspiración. Se las arreglaron para tomar contacto con lo Profundo y a veces sin la acción de agentes externos que no podían controlar, como la acción de las drogas.
Restos de las búsquedas hacia lo Profundo tenemos en la Alquimia, y en algunas prácticas sostenidas del budismo, que, por lo que nosotros sabemos, muestran un proceso intenso. Se busca la transformación personal a través de una vía mental.
Encontramos también restos de prácticas profundas de tipo energético en los cultos dionisíacos, que fueron abolidos por el Cristianismo triunfante (aunque esto no sea del todo cierto, porque el dionisismo dio mucha pelea a lo establecido y, por tanto, fue también perseguido ya en la antigua Grecia).
Si damos un salto, nos encontramos en India con los sivaítas, que no tienen que ver con el dionisismo y, sin embargo, tienen líneas de experiencia similares. Cuando surgen las mismas cosas en distintos lugares, algunos antropólogos creen que se han trasladado esos descubrimientos y pautas culturales de un lugar a otro. La realidad es que en distintas culturas se pudo haber llegado a registros similares. Esa simultaneidad de registros sin influencia directa de unos en otros, se explica por contacto directo con ciertas franjas comunes de lo Profundo, registro que se traduce en imágenes similares.
2. Sostenemos que para que haya cambios tiene que haber inestabilidad. De eso se trata, para bien o para mal, no hay cambios en las situaciones estáticas; en las sociedades permanentes no hay cambios. Las instituciones están armadas para evitar la inestabilidad. Hablamos de desestabilización en el propio cuerpo

vinculada a cambios en los objetos materiales con los que trabajamos.

3. Denominamos a esta energía psicofísica porque los fenómenos psíquicos tienen un anclaje físico, no metafísico. Ya en la psicología experimental en la época de Wundt se estudiaba seriamente la relación entre los fenómenos psíquicos y el cuerpo. Medían, por ejemplo, cambios de temperatura corporal vinculados a ciertas imágenes, la resistencia al dolor, etc. La psicología posterior, en cambio, es de muy poca experimentación.

4. Consideramos las cuatro vías que conocemos y hemos podido desarrollar, aunque pueda haber otras que no conocemos. Los sistemas de yoga en sus distintos modos, las prácticas del Monte Athos y ciertas prácticas sufíes, nos dan una idea de esta posibilidad, aunque tendrían que tener una sistemática y profundidad adecuada para considerarlas como disciplinas. Así que el nuestro no es un modelo cerrado y sacrosanto sino que admite otras variantes. Nos hemos inspirado en las cuatro causas aristotélicas: Causa Formal, Causa Material, Causa Inicial (eficiente) y Causa Final, esto ya se explicaba en el 300 antes de esta era.

5. . Son distintos cortes que hacemos con cada Disciplina. Se trabaja de modo intencional, siempre con un propósito y por distintas vías. Entrar por los objetos materiales es muy distinto a entrar por los actos y objetos, pero se trabaja con la misma energía psicofísica, aunque sean diferentes las entradas.

6. Si alguien se educa en un tipo de cultura hay cosas que se escapan y en las que no se puede penetrar. Esto proviene de la valoración social y de los códigos que uno trae consigo. Tiene que ver con una memoria actuante, con lo que se recuerda. Hay una memoria profunda que determina la forma de ver el mundo, es el paisaje de formación. El individuo no podrá acercarse a estos temas por mero voluntarismo. Dependerá del momento histórico en que se esté emplazado. Antiguamente, en la plaza pública se hablaba de cuántos ángeles cabían en la cabeza de un alfiler, hoy se habla de las empresas. En 1970 se sabía para dónde íbamos (como tono histórico), hoy no se sabe hacia dónde se va. Es la memoria actuante, que se mete en todo, que tiene que ver con las valoraciones y las búsquedas y que no es plana. Cuando hablamos

de transformaciones profundas hacemos una suerte de sustitución del paisaje de formación, que empuja y viene desde atrás, lo sustituimos por algo más consciente. Uno no es consciente del mundo en que se formó y, sin embargo, este paisaje actúa sobre uno mismo. Pero cuando lo sustituimos, reemplazamos ese mundo para movernos por los propósitos que nosotros formamos. Es un largo trabajo de formación de los propósitos, que tienen que ver con valoraciones, tonos afectivos y búsquedas. Es cosa seria, es salir del paisaje de formación dado y entrar en un paisaje armado por uno mismo. Armar un propósito es armar un paisaje de formación diferente. También hay grandes modificaciones de paisaje de formación por accidentes sociales. A veces cambia y se viene abajo toda una posición frente al mundo, es que de pronto aparece un paisaje diferente que choca con lo establecido. Por ejemplo, y hay que ver las transformaciones que se producen en la irrupción de las grandes religiones, ahí hay un gran cambio en el tema de los paisajes. O se cambia por acción intencionada o se cambia por accidente. Hay un conflicto entre lo que se recuerda y lo que se vive hoy. Hay una gran diferencia y son las cargas afectivas las que deciden. Sin la carga afectiva nada cambia ya que ésta es profundamente cenestésica y trabajan los sentidos profundos y sus representaciones son profundas.

7. Tr. Alabado sea Dios.

Índice de contenido